

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIOLOGÍA

DEPARTAMENTO DE SOCIOLOGÍA I (CAMBIO SOCIAL)



TESIS DOCTORAL

**Las raíces militares de la democracia:
Participación bélica de los trabajadores y obtención de derechos**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

Álvaro Martín Hernández

Directores

Andrés de Francisco Díaz
Francisco Herreros Vázquez

Madrid, 2015

TESIS DOCTORAL

LAS RAÍCES MILITARES DE LA DEMOCRACIA

**PARTICIPACIÓN BÉLICA DE LOS TRABAJADORES Y
OBTENCIÓN DE DERECHOS**

Álvaro Martín Hernández



Universidad Complutense de Madrid
Facultad de Ciencias Políticas y Sociología
Departamento de Sociología I (Cambio Social)

Tesis doctoral del programa de doctorado:
“Dinámicas contemporáneas de transformaciones sociales: ciudadanía, género y
trabajo”

Directores de Tesis:
Dr. D. Andrés de Francisco Díaz y Dr. D. Francisco Herreros Vázquez

Enero 2014

*Cuando el mundo está en paz, un hombre de bien
mantiene su espada al alcance de la mano.*

Estrategias de Wu, citado por Sun Tzu

*... los soldados, después de todo,
no eran sino trabajadores en armas.*

Arthur Marwick

ÍNDICE

ÍNDICE DE TABLAS Y GRÁFICOS	i
AGRADECIMIENTOS	iii
RESUMEN	v
ABSTRACT	vi
1. INTRODUCCIÓN	1
2. LA CIUDADANÍA DEMOCRÁTICA: UN ‘ESTADO CONTRAINTUITIVO DE LAS COSAS’	7
2.1. La disputa por la ciudadanía	8
2.2. Concepto de democracia	14
2.3. ¿Por qué hay democracia? Diferentes problematizaciones y teorías	28
<i>Superando la correlación entre desarrollo económico y democracia</i>	29
<i>El desarrollo económico como causa de la democracia</i>	33
<i>Los actores sociales: el movimiento obrero y las élites</i>	36
<i>Olas de democratización y contexto internacional</i>	42
2.4. Una nueva perspectiva: el estudio de los momentos de avance democrático	45
3. LA GUERRA Y SU CONEXIÓN HISTÓRICA CON LA CIUDADANÍA	51
3.1. Guerra y tipologías de la guerra	52
<i>Definición de guerra</i>	53
<i>Tipos de guerra</i>	64
3.2. El origen clásico de la relación republicana entre guerra y ciudadanía	74
<i>Grecia: constitución y escuadra democrática ateniense</i>	74
<i>Roma: ejércitos aristocráticos, populares y mercenarios</i>	80
<i>Lecciones clásicas y su conexión con el siglo XX</i>	86
3.3. Una lectura de diversos aspectos de la guerra en términos de ciudadanía	89
<i>Tecnología militar</i>	89
<i>Reclutamiento</i>	97
<i>Ratios de participación militar: entre lo posible y lo ‘deseable’</i>	106
4. LA INFLUENCIA BÉLICA EN LOS AVANCES DEMOCRÁTICOS: LITERATURA CIENTÍFICA Y ANÁLISIS DE LOS MECANISMOS QUE OPERAN EN LA RELACIÓN	111
4.1. El interés científico por los efectos democráticos de las guerras	113
<i>Desde los estudios clásicos sobre la democracia</i>	114
<i>Desde la macrosociología y la historia militar</i>	121
<i>Consideraciones recientes</i>	127
4.2. Argumento del estudio: la guerra fortaleciendo la posición de los trabajadores	134
<i>El conflicto social subyacente</i>	134
<i>Cuando las guerras arman a los trabajadores</i>	138
<i>El origen de la política social en la guerra</i>	148

4.3. Considerando otras hipótesis y mecanismos bélicos en la relación: concesiones desde la élite, imposiciones militares y nacionalismo democrático	154
<i>Los derechos como concesiones de la élite</i>	<i>155</i>
<i>La imposición militar extranjera de la democracia.....</i>	<i>161</i>
<i>La construcción nacional a través de la guerra.....</i>	<i>167</i>
5. GUERRA Y DEMOCRACIA EN EUROPA 1870-1975: EVIDENCIA EMPÍRICA CUANTITATIVA	177
5.1. Diseño empírico cuantitativo.....	178
<i>Formalización de hipótesis</i>	<i>180</i>
<i>Base de datos: War & Rights Dataset (W&RD)</i>	<i>187</i>
<i>Variables dependientes</i>	<i>191</i>
<i>Variables independientes</i>	<i>200</i>
<i>Modelos estadísticos</i>	<i>209</i>
5.2. La guerra en la explicación de los avances democráticos.....	214
<i>Avances democráticos en el terreno electoral y de gobierno.....</i>	<i>218</i>
<i>Avances democráticos en el terreno de la protección social</i>	<i>239</i>
6. ILUSTRACIÓN HISTÓRICA DE LOS MECANISMOS CAUSALES: GUERRAS MUNDIALES Y AVANCES DEMOCRÁTICOS.....	257
6.1. La situación general: guerras interesantes para la democracia.....	258
<i>Primera Guerra Mundial</i>	<i>259</i>
<i>Segunda Guerra Mundial.....</i>	<i>262</i>
6.2. Ampliación histórica de las variables dependientes.....	267
<i>Más reformas políticas.....</i>	<i>267</i>
<i>Más reformas sociales.....</i>	<i>272</i>
6.3. Ilustración de los mecanismos causales	277
<i>Las promesas durante la guerra</i>	<i>278</i>
<i>La amenaza de los trabajadores</i>	<i>283</i>
7. CONCLUSIONES.....	289
ANEXO I: BASE DE DATOS WAR & RIGHTS DATASET (W&RD)	295
ANEXO II: FORMULACIÓN MATEMÁTICA DE LOS MODELOS ESTADÍSTICOS Y MODELOS ADICIONALES	319
ANEXO III: AMPLIO RESUMEN DE LA TESIS EN INGLÉS	329
[APPENDIX III: EXPANDED ABSTRACT OF THE THESIS IN ENGLISH].....	329
BIBLIOGRAFÍA CITADA	337

ÍNDICE DE TABLAS Y GRÁFICOS

Tabla 2.1. Olas y contraolas de democracia	43
Tabla 3.1. Tipologías de guerra	70
Tabla 5.1. Guerras interestatales con participación europea, 1870-1975	215
Tabla 5.2. Países europeos por número de avances democráticos en el terreno electoral y de gobierno entre 1870-1975	219
Tabla 5.3. Modelos logit iniciales. Variable Dependiente: <i>DemPolUp</i>	222
Tabla 5.4. Modelos logit con controles temporales, según las propuestas de Beck, Katz y Tucker (1998) [BKT] y de Carter y Signorino (2010) [CS]. Variable Dependiente: <i>DemPolUp</i>	228
Tabla 5.5. Modelos <i>fixed-effects</i> y <i>random-effects</i> . Variable Dependiente: <i>DemPolUp</i>	231
Tabla 5.6. Correcciones <i>rare events</i> y errores robustos. Variable Dependiente: <i>DemPolUp</i> ...	233
Tabla 5.7. Modelos logit multinomiales con avances y retrocesos democráticos en el terreno electoral y de gobierno. Variable dependiente: <i>DemPolVar</i>	236
Tabla 5.8. Modelos logit iniciales. Variable dependiente: <i>DemSocUp</i>	242
Tabla 5.9. Modelos logit con controles temporales, según las propuestas de Beck, Katz y Tucker (1998) [BKT] y de Carter y Signorino (2010) [CS]. Variable dependiente: <i>DemSocUp</i>	247
Tabla 5.10. Modelos <i>fixed-effects</i> y <i>random-effects</i> . Variable dependiente: <i>DemSocUp</i>	250
Tabla 5.11. Correcciones <i>rare events</i> y errores robustos. Variable dependiente: <i>DemSocUp</i> .	251
Tabla 5.12. Modelos logit diferenciando ganadores y perdedores. Variable dependiente: <i>DemSocUp</i>	254
Tabla AI.1. Periodos sin datos en <i>Correlates of War</i> que han sido incorporados al W&RD ..	295
Tabla AI.2. Composición y definición de la variable <i>xrec</i> del <i>Scalar Index of Politics (SIP)</i> .	300
Tabla AI.3. Examen y decisión en casos contradictorios	302
Tabla AI.4. Reglas generales de informatización del Apéndice de Halperin, 1815-1945	310
Tabla AI.5. Decisiones en casos concretos sobre del Apéndice de Halperin, 1815-1945	310
Tabla AI.6. Listado de fuentes de datos consultadas para crear el W&RD	317
Tabla AII.1. Modelos logit iniciales. Variable Dependiente: <i>DemPolUp</i>	322
Tabla AII.2. Modelos logit con controles temporales, según las propuestas de Beck, Katz y Tucker (1998) [BKT] y de Carter y Signorino (2010) [CS]. Variable Dependiente: <i>DemPolUp</i>	323
Tabla AII.3. Modelos <i>fixed-effects</i> y <i>random-effects</i> . Variable Dependiente: <i>DemPolUp</i>	324
Tabla AII.4. Correcciones <i>rare events</i> y errores robustos. Variable Dependiente: <i>DemPolUp</i>	325
Tabla AII.5. Modelos logit multinomiales con avances y retrocesos democráticos en el terreno electoral y de gobierno. Variable dependiente: <i>DemPolVar</i>	326
Gráfico 5.1. Número de países europeos con al menos una guerra interestatal activa, 1870-1975	217
Gráfico 5.2. Porcentaje de casos de avance democrático en el terreno electoral y de gobierno en los periodos sin y con posguerra en Europa, 1870-1975	220
Gráfico 5.3. Porcentaje de casos de avance democrático en el terreno de la protección social en los periodos sin y con posguerra en Europa, 1870-1975	240

AGRADECIMIENTOS

La elaboración de esta tesis doctoral ha sido posible gracias a una beca del Programa Nacional de Formación del Profesorado Universitario (FPU) que me fue concedida por el Ministerio de Ciencia e Innovación y que disfruté entre septiembre de 2008 y septiembre de 2012 en el Departamento de Sociología I (Cambio Social) de la Universidad Complutense de Madrid. Dentro del mismo Programa obtuve financiación para realizar dos estancias de investigación, una en el Department of Politics de la New York University y otra en la Essex Summer School in Social Science Data Analysis and Collection, ambas imprescindibles para el avance de este estudio. Agradezco, por tanto, a todos los ciudadanos su contribución económica para sufragar mi labor científica.

En todo momento he contado con el apoyo de mis directores de tesis, Andrés de Francisco y Francisco Herreros, de quienes he recibido multitud de comentarios. Me siento francamente afortunado por haber tenido la oportunidad de aprender de dos mentes tan brillantes y de dos investigadores tan entregados a su labor. Agradezco también a todo el personal del Departamento de Sociología I, profesores y becarios, su acogida, su interés en mi investigación y, también, su cariño. Hago extensivo este agradecimiento a los miembros de la antigua Unidad de Políticas Comparadas del CSIC, del Centro de Investigaciones Sociológicas y de la Vicesecretaría de Estudios del Ministerio de Ciencia e Innovación, instituciones donde conocí a personas excepcionales que guiaron mis pasos hasta aquí.

Temiendo que estas categorías no son suficientes, gracias de corazón a quienes durante la redacción de la tesis me han escuchado, enseñado y ayudado. También a mis queridos abuelos, que tristemente no han podido ver el final de la misma. En particular, gracias a Patricia Pinta, mi compañera en éste y en todos mis caminos.

El trabajo que aquí presento está dedicado a mi padre, mi madre y mis hermanos. Mis hermanos, David y Javier, son mis mejores escuderos en la batalla. Mis padres, Ernesto y Montse, han forjado las armas con las que me enfrento a la vida, y cada uno de los éxitos que pueda obtener es bajo su bandera. La única angustia que me asalta es pensar que no tendré suficientes oportunidades para darles las gracias como se merecen. Sea ésta una de ellas.

RESUMEN

Esta tesis doctoral tiene como objetivo investigar si las guerras interestatales influyeron en la progresión de la democracia en Europa en el periodo 1870-1975. Se prima la consideración de los efectos de la guerra hacia el interior de las sociedades beligerantes, aunque también se discute la posibilidad de una imposición militar extranjera de la democracia. El argumento principal consiste en que la configuración particular de las guerras interestatales de ese periodo, que requería una amplia movilización de la población en el frente y en la fábrica, fortaleció a la clase trabajadora – y, en general, a los oprimidos – ante las élites en su lucha por la democracia. Así, durante ciertas guerras se fue fraguando una amenaza revolucionaria que se concretó, de una forma más o menos explícita según el momento y el lugar, al final de las mismas, produciendo entonces avances democráticos. Estos avances son explorados separadamente tanto en el terreno electoral y de gobierno como en el de la protección social. La metodología combina el análisis cuantitativo de una amplia base de datos con la ilustración histórica de sus resultados a partir de las dos guerras mundiales. La hipótesis principal se contrasta junto a otras hipótesis que incluyen las tradicionalmente formuladas en el estudio de las democratizaciones. Los resultados estadísticos confirman un efecto independiente de los periodos posbélicos en la probabilidad de ocurrencia de los avances democráticos tanto en el terreno electoral y de gobierno como en el de la protección social. La historia de las dos guerras mundiales refrenda, amplía e ilustra estos resultados.

Palabras clave: Ciudadanía, Democracia, Guerras Interestatales, Guerras Mundiales, Protesta Política, Derechos Políticos, Derechos Sociales

ABSTRACT

This PhD dissertation tests whether inter-state wars favoured the transition towards democracy in Europe between 1870 and 1975. The analysis is focused on the effects of the war within the belligerent societies, although the military imposition by a winning power is also considered. The main idea is that the particular warfare of the period, which implies an ample mobilization both in the frontline and in the factory, can enhance the bargaining power of workers in their struggle for democracy against the elite. Certain wars raised a more or less explicit revolutionary threat that led to democratic advances. I explore separately electoral advances and social ones. From a methodological point of view, the study combines a quantitative analysis using data from the original *War & Rights Dataset* (W&RD), compiled during the course of this dissertation, and historical narratives on the two world wars. The models include as controls all the other well-established hypothesis on democratic transitions. The results confirm an independent effect of post-war periods on the probability of both political and social democratic advances. A narrative on the two world wars supports, expands and illustrates these findings.

Key words: Citizenship, Democracy, Inter-state Wars, World Wars, Unrest, Political Rights, Social Rights

1. INTRODUCCIÓN

La democracia es un ideal hacia el cual resulta difícil empujar a los sistemas políticos. Que los muchos pobres libres gobiernen (Aristóteles, *Política* VI/IV.4, 1290b17-19) en igualdad política, en igual libertad (Cicerón, *De la República* I: 37), es sólo uno de los posibles resultados del conflicto de clases que subyace a la realidad política de las sociedades. Y no es, ni mucho menos, el más inmediato. Los ricos y poderosos, las élites, acostumbran a hacer uso de su posición privilegiada para evitar a toda costa verse igualados políticamente con los pobres y oprimidos, con los inicialmente desposeídos de derechos. Da igual la época. Entre los de arriba y los de abajo han mediado empalizadas, castillos medievales, ejércitos mercenarios o hileras de policías antidisturbios, utilizados ocasionalmente contra quienes reclamaban – y reclaman – igualdad política. Sólo cuando determinados elementos han desequilibrado a favor de los oprimidos la balanza del poder relativo de cada clase, sólo entonces, se ha favorecido el progreso hacia un régimen, el democrático, que inicialmente se antoja ‘contraintuitivo’ (Rueschemeyer et al., 1992). El camino que sitúa su meta en la igualdad política es, no obstante, más o menos largo en función del grado de exigencia que se imponga a la plasmación práctica del concepto de democracia y, en este sentido, está más o menos salpicado de derechos civiles, políticos y sociales. En él, la consecución de un pleno y efectivo ejercicio de la igualdad política es especialmente costosa.

La determinación de las causas que hacen avanzar a los sistemas políticos por ese sendero ha sido objeto de una profusa atención científica. No es para menos, si calibramos la importancia que tiene para los ciudadanos el premio que aguarda al final del camino, y la recompensa que se obtiene a cada paso efectuado hacia él. El desarrollo económico, el grado de desigualdad económica, la acción orientada de los actores sociales o el contexto internacional han sido factores tradicionalmente estudiados como causas de las transiciones democráticas. Su presencia es tan recurrente que parece difícil encontrar cualquier otro elemento que merezca un desarrollo científico a la altura de la lista enunciada.

Lo cierto es que en la historia se observa una asociación temporal muy marcada entre las dos guerras mundiales del siglo XX y ciertos procesos de extensión de derechos políticos y sociales. Tanto la Primera como la Segunda Guerra Mundial se relacionan con ampliaciones de la base electoral, y adicionalmente se registra la

instauración de estados de bienestar al final del segundo de los conflictos. ¿Se esconde tras estas coincidencias temporales una asociación más amplia y también más profunda entre guerra y democracia, una asociación que supere la mera imposición extranjera y que se encarne en las dinámicas internas de las sociedades beligerantes? ¿Qué tipo de guerra y qué configuraciones bélicas son capaces de favorecer los avances democráticos? ¿En qué hipótesis podemos parcelar los supuestos efectos de la guerra y a través de qué mecanismos concretos operan? En realidad la relación entre guerra y democracia se remonta al mundo clásico, cuando la ciudadanía, también en los momentos que se adjetivó como democrática, estaba iluminada por el ideal del ciudadano-soldado. El reto pasa por comprobar si en la Europa de finales del siglo XIX y de gran parte del siglo XX, nuestro marco objeto de estudio, sigue viva y de qué forma esa relación originaria entre lo militar, entre la guerra, y la democracia.

No hay una investigación sistemática y comprehensiva que dé una respuesta detallada a las cuestiones planteadas anteriormente. Los estudios clásicos sobre las causas de la democracia no han mirado a la guerra más que de forma general e inespecífica, y si han llegado a reparar en su influencia ha sido circunscribiéndola a la capacidad de imposición militar extranjera de la democracia. Muy pocas veces se ha atendido a los efectos políticos democráticos de la movilización de la población para la guerra en el seno de las propias sociedades beligerantes. La macrosociología y la historia militar sí han abordado estos efectos, bien como un género más entre todas las consecuencias posibles de la guerra, bien en una perspectiva histórica centrada en la evolución de la ciudadanía militar. Sin embargo, ni el planteamiento de la cuestión ni la prueba empírica han sido todo lo amplios que se habría deseado. Ronald R. Krebs (2006: 16) señala con rotundidad¹:

Tanto estadistas como académicos han afirmado extensamente que lo militar ejerce un poderoso impacto en la comunidad política circundante – no sólo a través de su intervención en la política doméstica o de su desempeño en la guerra, sino también en virtud de su diseño interno, específicamente el personal empleado en su política de participación. Esta afirmación ha sido tratada a menudo como un artículo de fe, más que como una proposición merecedora de examen y explicación.

Hay, no obstante, tres investigaciones recientes que permiten situar la pregunta de este estudio en una agenda de investigación activa. La guerra como agente de

¹ La traducción es nuestra. Salvo indicación en contrario, las citas de obras que aparezcan referenciadas en la bibliografía en un idioma distinto al español son traducciones nuestras.

democratización interna es objeto del artículo de Davide Ticchi y Andrea Vindigni (2008), quienes desarrollan modelos de teoría de juegos para explicar cómo las élites prometieron antes de la guerra, con el objetivo de movilizar a la población, y concedieron después, según ellos por la necesidad de mantener su reputación de cara al futuro, el derecho a voto. El artículo de Adam Przeworski (2009) y el documento de trabajo de Toke S. Aidt y Peter S. Jensen (2012) tienen en cuenta, a través de varias variables, la posibilidad de que la guerra contribuya a la explicación de las extensiones del sufragio. Encuentran alguna evidencia al respecto, pero sus estudios están centrados en analizar el papel, respectivamente, de la protesta política y de la amenaza revolucionaria, y no consideran a la guerra más que de forma accesorio. Sigue faltando una investigación a fondo centrada en las vías y mecanismos a través de los cuales ciertas guerras pudieron favorecer el avance de la democracia en diferentes planos, más allá de la extensión del sufragio, así como una fundamentación teórica consecuente con el interés específico en la guerra, y que guíe una prueba empírica más amplia.

El objetivo de este trabajo es precisamente ése: investigar si la configuración bélica de las guerras interestatales de masas favoreció el avance de los sistemas políticos hacia la democracia en el terreno electoral y de gobierno, por un lado, y en el terreno de la protección social, por otro. Nos ocupamos principalmente de la consideración de los efectos de la guerra *hacia el interior* de las sociedades beligerantes, primando, frente a la mera imposición extranjera de la democracia, la observación de cómo esas guerras interestatales de masas afectaron al equilibrio de poder entre las clases que subyace a todo sistema político.

El marco de análisis está conformado por todos los países europeos a lo largo del periodo que transcurre entre 1870 y 1975. En esta época, tal y como tendremos oportunidad de demostrar, la configuración bélica que dominó las guerras interestatales fue favorable a la participación de grandes proporciones de la población en el esfuerzo bélico, tanto en el frente como en la fábrica, lo cual sentó las condiciones de posibilidad para la influencia prodemocrática de determinadas guerras. Es cierto que en otros momentos de la historia podemos encontrar guerras con amplia participación, especialmente en el mundo clásico. También es cierto que dentro de este mismo periodo los países de otros lugares del mundo compartieron configuraciones bélicas similares a la europea, al menos en lo que a participación se refiere. En cualquier caso, hemos preferido un estudio regional por la seguridad que nos otorga el conocimiento exacto de

las características de los países incluidos, y condicionados también por la disponibilidad de datos estadísticos.

La metodología con la que se aborda el problema de investigación es muy completa. En primer lugar se realiza una amplia indagación histórica, que se remonta al mundo clásico y llega hasta nuestro periodo de observación, buscando la conexión de ciertos aspectos militares con el equilibrio político de las sociedades. De la ubicación de esas relaciones en un contexto de guerra de masas surgen las hipótesis que serán sometidas a prueba empírica, la cual combina en su diseño la investigación cuantitativa y la ilustración histórica. Es reseñable la creación ex profeso para este estudio de una nueva, amplia y completa base de datos, el *War & Rights Dataset* (W&RD), con información cuantitativa que satisface las necesidades de la presente investigación, y con una cobertura espacio-temporal que supera, en ciertas variables, a investigaciones anteriores. Sobre ella se han implementado numerosos y sofisticados modelos estadísticos, con el objetivo de observar desde el mayor número posible de ángulos la relación entre las variables. Conviene tener muy presente que la guerra aspira a participar en la explicación de la democracia de forma probabilística y siempre al lado de otras hipótesis. Es decir, la guerra interestatal podría favorecer, nunca determinar, la ocurrencia de avances democráticos, y lo haría complementando y atendiendo al resto de explicaciones que ya se han formulado al respecto aunque, eso sí, con entidad propia. Una vez obtenidas las conclusiones generalizables que facilitan las técnicas estadísticas, se recurre de nuevo a la historia para ilustrar los recovecos donde la estadística no llega y ahondar en los mecanismos concretos que se esconden detrás de sus generalizaciones. En resumen, y como puede observarse, la metodología aplicada hace que la investigación nazca de la historia, alcance la generalización estadística y retorne de nuevo a la historia, completando el círculo inductivo-deductivo.

El esquema de la exposición es el siguiente. En primer lugar, el Capítulo 2 reflexiona sobre la democracia, explicitando el carácter disputado de la ciudadanía, el concepto de democracia y las teorías que tradicionalmente se han formulado acerca de sus causas, para finalizar con la acotación teórica de la variable dependiente a observar: los momentos de avance democrático. El Capítulo 3 se ocupa de la definición y las tipologías de la guerra, narra el origen clásico de su relación con la ciudadanía y la democracia y, finalmente, realiza una lectura histórica de las acepciones ciudadanas de dos de sus aspectos: la tecnología militar y el reclutamiento. En el Capítulo 4 ambos conceptos, democracia y guerra, se encuentran en una reflexión sobre la posibilidad de

que el segundo influya haciendo progresar al primero, de que la guerra influya en los avances democráticos. Se acude a la literatura que, desde diferentes campos, ha sugerido tal relación, y se explicita el argumento central del estudio, que gira en torno a las oportunidades prodemocráticas del fortalecimiento de los trabajadores acaecido, mediante diferentes mecanismos, durante la guerra. También se toman en consideración otras hipótesis y mecanismos vinculados a la guerra: los derechos como concesiones de la élite, la imposición militar extranjera de la democracia y los procesos de construcción nacional a través de la guerra. Sobre estas guías teóricas se construye el diseño empírico cuantitativo del Capítulo 5, que tras formalizar una serie de hipótesis y describir las variables empleadas en la medición, procede a aplicar modelos estadísticos sobre la base de datos W&RD, analizando separadamente los avances democráticos en el terreno electoral y de gobierno y los avances democráticos en el terreno de la protección social. El Capítulo 6, por su parte, recurre a las dos guerras mundiales para ilustrar históricamente tanto sus imponentes dimensiones como otras reformas políticas y sociales que tuvieron lugar ligadas a ambos conflictos pero que quedaron fuera de la estandarización estadística. Ilustra también la existencia de promesas de reforma por parte de las élites y evidencia la amenaza de los trabajadores que las haría efectivas. Finalmente, unas conclusiones resumen los resultados de la investigación e invitan a reflexionar sobre ellos.

2. LA CIUDADANÍA DEMOCRÁTICA: UN ‘ESTADO CONTRAINTUITIVO DE LAS COSAS’

Este capítulo tiene por objetivo el preciso establecimiento del concepto de democracia que será utilizado a lo largo del estudio, así como el análisis crítico de las diferentes teorías que han sido consideradas acerca de sus causas. Resulta imposible observar la compleja relación entre guerra y democracia sin aclarar cuáles son las premisas teóricas sobre las que descansan ambos elementos. En el caso de la democracia, debemos tener además en cuenta que se trata de un concepto de especial variación diacrónica y sincrónica, esto es, se trata de un concepto histórico y controvertido. Efectivamente, lo que entendemos por democracia ha ido cambiando en función de los marcos filosóficos y sociopolíticos que se han sucedido a lo largo de la historia pero, también, ha sido siempre objeto de tensión y debate, incluso de aprecio y desprecio.

Ya que este estudio está plenamente comprometido con la explicación de la democracia – de los avances democráticos fundamentalmente – no puede progresar sin antes clarificar teóricamente su variable dependiente. Dichas precisiones serán, avanzamos, de gran utilidad para entender las distintas operacionalizaciones relativas a la democracia e incluidas en los análisis empíricos posteriores. La solución de continuidad entre las diferentes formas que emplearemos para identificar los avances en los niveles de democracia viene dada, precisamente, tanto por la flexibilidad como por la generalidad del concepto de democracia aquí defendido. Respecto a las teorías explicativas de este fenómeno, de su consideración en profundidad surgirán las variables independientes que habrán de competir con la guerra en la explicación de los avances democráticos.

Sin embargo, esta discusión sobre la democracia no pretende ser ni exhaustiva ni enciclopédica. El desarrollo teórico estará ligado en todo momento a criterios de utilidad y pertinencia respecto a los objetivos del estudio, acordes a la preocupación democrática que motiva este trabajo. Así, se comenzará mostrando lo difícil que les ha resultado a las clases más desfavorecidas minar un status quo que les negaba primero el acceso a la ciudadanía y después la plenitud de la condición de ciudadano. En el siguiente apartado se reflexionará acerca del propio concepto de democracia, prestando especial atención a las definiciones que surgen al calor de la época estudiada y que están relacionadas con la sociedad industrial de masas. Una vez se haya optado por una

definición de democracia, se debatirán las explicaciones causales que sobre ella ofrece la literatura científica. Este debate nos transportará al terreno de las transiciones democráticas y sus causas particulares, así como al esquema que agrupa dichas transiciones en olas de democracia. Finalmente, descenderemos con la ayuda de la perspectiva gradualista de Charles Tilly a nuestro objeto particular de estudio: los avances democráticos.

2.1. La disputa por la ciudadanía

La democracia emerge siempre en un marco de conflicto político entre clases o grupos, el cual encuentra su génesis en la disputa por la ciudadanía. Es imposible entender la primera sin aludir previamente a la segunda. Tanto es así, que ese juego de derechos y obligaciones que implica la ciudadanía ha sido considerado ‘el principio rector de la democracia’ (O'Donnell y Schmitter, 1988: 21). De hecho, sólo poniendo de relieve el carácter disputado de la ciudadanía en todos sus niveles – civil, político y social – puede comprenderse el concepto mismo de democracia y la dificultad que históricamente han tenido las clases subalternas y los movimientos colectivos para conquistarla.

La solemnidad y brevedad de una primera conceptualización de la ciudadanía nos advierte de que estamos ante un tema mayor. La ciudadanía es un ‘estatus que se concede a los miembros de pleno derecho de una comunidad’ (Marshall, 1998: 37). Dicho estatus transforma a los individuos en ciudadanos, siendo su primera característica la pertenencia: ‘el ciudadano es ante todo y más que nada un *miembro*² de una comunidad política, de un cuerpo colectivo’ (De Francisco, 2007: 102). Nótese que, por definición, cada comunidad política tiene sus mecanismos de exclusión. Nunca serán *todos* los individuos del mundo quienes lleguen a ser ciudadanos de una comunidad política en particular, sino sólo *algunos*. La ciudadanía es un estatus y, como tal, requiere de una definición excluyente, cuyo arco es extremadamente variable. Fuera de la ciudadanía, en función de la comunidad y de la fase histórica, se han encontrado grupos tan diversos como las mujeres, los pobres, los esclavos, los desterrados o, siempre en algún grado, los extranjeros.

² Cursivas del original.

Las élites que inicialmente formaban parte – en exclusiva – de ese cuerpo colectivo, del *demos*, han procurado defender las fronteras de la ciudadanía frente a quienes reclamaban acceder a ella. Compartir el estatus de ciudadano lleva implícito un reconocimiento mutuo, siquiera de humanidad, que muchas veces se ha negado a buena parte de la población para excluirlos de ese hecho crucial que es la ciudadanía, de donde manan los derechos y las obligaciones de la vida en común. Fuera de la comunidad política, parafraseando a Aristóteles en su caracterización del hombre como ser político (*zoon politikon*), sólo habría *bestias* y *dioses*, pero no seres humanos (*Política* I.2, 1253a27-29)³. No resulta entonces extraño que las élites hayan desarrollado aparatos ideológicos, diferentes en cada época, para despreciar e incluso animalizar – literalmente, asimilar a las bestias – a las clases bajas, con el objetivo de naturalizar su exclusión de la ciudadanía. No falta cálculo en este tipo de actitudes pero, sobre todo, no falta pasión en su defensa, como muestran las citas compiladas por Antoni Domènech en referencia a este fenómeno, la *demofobia* (Domènech, 2004: cap. 1). De aquí extraemos, a modo de ilustrativo ejemplo, la descripción que realiza Agustín de Foxá de los trabajadores republicanos españoles que se manifestaban en Madrid celebrando el triunfo del Frente Popular el 14 de febrero de 1936 (Foxá, 2001: 210):

Pasaban las masas ya revueltas; mujerzuelas feas, jorobadas, con lazos rojos en las greñas, niños anémicos y sucios, gitanos, cojos, negros de los cabarets, rizados estudiantes mal alimentados, obreros de mirada estúpida, poceros, maestrillos amargados y biliosos. Toda la hez de los fracasos, los torpes, los enfermos, los feos; el mundo inferior y terrible, removido por aquellas banderas siniestras.

Este tipo de juicios, aderezados con un grado variable de odio de clase, han plagado la historia de la humanidad, construyendo un triángulo de desprecio elitista (De Francisco, 2012: 154-162). El triple desprecio moral, intelectual y estético que han sentido las clases altas por las clases bajas llega todavía hasta hoy, mostrando cierto elemento atemporal en la maniobra por diferenciar a los merecedores de la comunidad política de los que no lo son. El discurso se activa con fuerza, eso sí, en cuanto el poder

³ Para aludir a los textos de los autores clásicos utilizamos su forma estandarizada de citación. Aquí indicamos entre paréntesis el año de las ediciones en castellano que hemos consultado y que, por tanto, aparecen detalladas en la bibliografía. De Aristóteles, la *Política* (2005), la *Ética a Nicómaco* (2007) y *La Constitución de Atenas* (2000); de Cicerón, *De la República* (1924); de Tucídides, el *Discurso fúnebre de Pericles* (2007) y la *Historia de la Guerra del Peloponeso* (1967-1973); de Plutarco, *Vidas paralelas* (1919); de Tito Livio, la *Historia de Roma desde su fundación* (1990); de Suetonio, la *Vida de los doce césares* (1964); de Heráclito, sus *Fragmentos* (1968).

se siente amenazado, como ha ocurrido recientemente con el aniversario del movimiento 15-M en España. La siguiente es la caracterización que realiza un conocido periodista español, Federico Jiménez Losantos, acerca de la celebración del aniversario del movimiento (Jiménez Losantos, 2012):

¿El gobierno permite que haya cinco días de festejos, de festejos de la bacteria y del microbio y del virus, y de la mugre, y de la estupidez? Pero, ¿para esto pagamos impuestos? ¿Para esto nos sube brutalmente los impuestos el gobierno? ¿Para mimar a los que antes eran *perroflautas*, ahora *yayoflautas*⁴? Hasta los perros que se pasean son ya muy añejos.

No es muy diferente la relación aquí planteada entre la suciedad de los pobres y el derecho de los ricos a la *limpieza* – en base, por cierto, al pago de impuestos – con la queja contenida en la famosa carta al director enviada por una dama a mediados del siglo XIX al *Manchester Guardian* y popularizada por Engels (Engels, 1978: 525-526):

Señor Director:

Desde hace algún tiempo nos topamos en las calles principales de nuestra ciudad con gran cantidad de mendigos, quienes en parte mediante su vestimenta harapienta y aspecto enfermo, en parte mediante repugnantes llagas abiertas y mutilaciones intentan despertar la compasión de los viandantes de una manera que a menudo es sumamente desvergonzada y molesta. Pienso que si no solo se ha pagado el impuesto para los pobres, sino que además se contribuye en abundancia para las instituciones benéficas, se habrá hecho lo suficiente como para tener el derecho de estar a resguardo de esta clase de molestias desagradables y descaradas; ¿para qué pagamos entonces un impuesto tan elevado para el mantenimiento de la policía urbana, si ésta ni siquiera nos protege lo suficiente como para que podamos salir tranquilos por la ciudad o fuera de ella? – Espero que la publicación de estas líneas en su muy leído periódico inducirá al poder público a eliminar este inconveniente (*nuisance*) y quedo

su devota servidora

Una Dama.

El desprecio elitista ha venido a apoyar no sólo la exclusión total de determinados elementos de la ciudadanía, entendida ésta en su primera acepción de pertenencia, sino también una estructuración interna desigual del espacio cívico. Y es que la ciudadanía no es sólo una cuestión de *quién* es ciudadano, sino de *cuánto*. Andrés de Francisco (2007: cap. 3) ilustra este doble eje, diferenciando las fronteras externas de

⁴ Movimiento de personas mayores, pertenecientes a la tercera edad, que apoya y forma parte del 15-M. Han tomado este nombre en clara alusión irónica al hecho de que las élites a menudo desprecian a los jóvenes del movimiento tildándolos de *perroflautas*, adjetivo que viene a connotar, en este contexto, vagancia y suciedad.

la ciudadanía, que dan lugar al binomio incluidos-excluidos, de la articulación interna del espacio cívico, donde se establecen las diferentes alturas cívicas o grados de ejercicio de la ciudadanía. En metáfora geográfica, se trata respectivamente de un eje de superficie y de un eje de altura. Cuestionarse quién pertenece al demos es una primera pregunta irrenunciable, pero con igual legitimidad cabe preguntarse cuáles son los márgenes de ejercicio de la ciudadanía para quienes aun siendo ciudadanos carecen de derechos políticos básicos. Incluso, la pregunta puede desplazarse – con radical interés democrático – al ámbito de cómo ejercen sus derechos políticos los social y económicamente más débiles (Canfora, 2004).

Entramos así en el debate acerca de los derechos civiles, políticos y sociales en los cuales se puede descomponer el concepto de ciudadanía (Marshall, 1998). Los ciudadanos, por el mero hecho de serlo, poseen un primer reconocimiento civil que les hace partícipes de los derechos básicos de la comunidad. Las libertades individuales – libertad de pensamiento, de expresión, de reunión, de asociación, inviolabilidad del domicilio, igualdad ante la ley, etcétera – son así los primeros beneficios derivados de la admisión en el demos, aunque tanto su cantidad como su calidad han variado a lo largo de la historia y del globo. El periodo de sanción moderna de los derechos civiles en Europa suele situarse en el siglo XVIII al calor del pensamiento ilustrado. En el caso británico, la formación de estos derechos tuvo lugar entre la Revolución Gloriosa de 1688 y la *Reform Act* de 1832 (Marshall, 1998: 26). Más importante resulta, sin embargo, la agregación a esos derechos civiles de otro grupo de derechos: los políticos. La ciudadanía política adquiere una importancia crucial en tanto en cuanto quienes son titulares de estos derechos pueden hacer valer sus intereses en la arena política y controlar la acción del gobierno. El derecho político por excelencia es el derecho al sufragio, tanto activo como pasivo, y su concesión ha distado mucho de ser universal en la mayoría de las épocas y países. La posibilidad de una *civitas sine suffragio* está planteada, por ejemplo, por los romanos en el IV a.C., cuando se reservaba el derecho de voto a una parte del imperio en construcción, utilizándose como moneda de cambio en las regiones conquistadas que oponían resistencia. Pero quizá los ejemplos más conocidos provengan de los sufragios censitarios establecidos – en sus diferentes versiones – a favor de la burguesía europea y latinoamericana del XIX y principios del XX y en detrimento de los trabajadores, quienes encontraban impedimentos económicos o económico-culturales para votar. Por supuesto, una forma todavía más evidente – aunque habitualmente no planteada en términos de clase – de excluir a gran parte de la

población del sufragio ha sido la negación del voto a las mujeres. Más sutilmente, otro tipo de prácticas relativas al propio proceso electoral – como la existencia del voto plural – pueden pervertir la igualdad en el sufragio (Bartolini, 1996), cuando no lo haga directamente la corrupción electoral. El resultado, en cualquier caso, es el mismo: un espacio cívico estratificado internamente en base a la desigual distribución de los derechos políticos, fundamentalmente del derecho al sufragio.

Debemos tener también en cuenta que la tendencia igualitaria en los procesos de construcción y extensión de la ciudadanía se desarrolla, desde el siglo XVII, al mismo tiempo que la desigualdad de una sociedad capitalista dividida en clases (Marshall, 1998). Aun alcanzado el sufragio universal, este hecho rompe la conexión entre derechos políticos iguales e igualdad política real, abriendo vías de reivindicación de medidas sociales para evitar que la desigualdad económica colonice la política. Así el tercer grupo de derechos, los derechos sociales, fortalecen las posibilidades materiales y cognitivas de participación de quienes, perteneciendo a la base electoral, encuentran todavía dificultades para acercarse a la política y, además, para hacerlo de forma independiente, en libertad. Las actividades políticas son una faceta más de la vida de los sujetos, pero no la única. La acción política compite en necesidades de tiempo y esfuerzo con otras múltiples necesidades del ser humano, entre ellas la lucha por garantizarse un mínimo de subsistencia en contextos muchas veces de dominación. De aquí que la desigualdad económica aleje a los ciudadanos más desfavorecidos de las tareas políticas o de la libertad en su ejercicio, y que los derechos sociales vengan a paliar esta situación. Se trata, al fin y al cabo, de que la sociedad no sea solamente *isonómica* – igual en sus normas, en este caso electorales – sino de suministrar condiciones para que florezca también la *isegoría* – igualdad en el debate político con independencia de las restricciones sociales a la participación.

Habiendo llegado al final del camino de derechos que componen la ciudadanía, trazado por T. H. Marshall, podemos realizar, al menos, tres puntualizaciones. La primera hace hincapié en la formalidad versus la realidad de los derechos, generalizando el argumento del último párrafo. La segunda y la tercera cuestionan, respectivamente, el punto de llegada de ese camino de derechos y su linealidad, remarcando ambas el componente conflictivo de la ciudadanía.

En primer lugar, la proclamación legal de los derechos de ciudadanía de cualquier género ha de ser separada analíticamente de su ejercicio efectivo. Esta observación no se aplica sólo a la puesta en práctica de los derechos políticos, como

señalábamos arriba, sino que aborda todos los componentes de la ciudadanía. Así, la sanción legal de derechos civiles, políticos y sociales no implica necesariamente una participación igualitaria de esos derechos, del mismo modo que es posible participar fragmentariamente de algunos derechos – sobre todo civiles y sociales – sin ser ciudadano. Ésta es la valiosa distinción realizada por Brubaker (1989) entre ciudadanía formal y ciudadanía sustantiva, que ha servido tanto para exigir la segunda desde la primera como a la inversa. Hay que tener también en cuenta, a la hora de observar el ejercicio efectivo de la ciudadanía, que la propia implementación de los derechos tiene un coste económico y que, en consecuencia, el estado ha de recaudar impuestos para sufragarla, ya que ‘los derechos no pueden ser protegidos o garantizados sin financiación y respaldo públicos’ (Holmes y Sunstein, 1999: 15).

En segundo lugar, aunque la existencia de derechos sociales es importante en su contribución a igualar las alturas de la ciudadanía política, este aporte es siempre insuficiente. Mientras la ciudadanía se desarrolle bajo un sistema económico capitalista, los estudios sobre participación política seguirán revelando que cuestiones como la posición social y el nivel educativo condicionan la participación. Más allá, ‘los ciudadanos participan en las elecciones y el gobierno porque ellos se acercan a la política y porque la política viene hacia ellos’ (Rosenstone y Hansen, 2003: 6), con lo cual cabría incluir el grado de apelación de los políticos a los ciudadanos – el debate público y las políticas activas de fomento de la participación – para completar el cuadro del ejercicio de los derechos políticos. Todavía más, desplazándonos a cuestiones éticas y morales, el republicanismo ha identificado la importancia de construir una república interior en la que se dominen las pasiones y desde la que se traslade el ideal de justicia a la sociedad (Aristóteles, *Ética a Nicómaco*), lo cual requeriría buenas dosis de pedagogía política para la cristalización consciente y en igualdad de los derechos políticos. El número de limitaciones a una ciudadanía en plenitud es, como vemos, elevado, y por este mismo motivo genera disputa y conflicto.

En tercer y último lugar, es cuestionable la supuesta evolución desde los derechos civiles, establecidos en el siglo XVIII, hasta los derechos sociales del siglo XX, pasando por el reconocimiento de los derechos políticos en el XIX. La linealidad del proceso descrito por T. H. Marshall no es tan perfecta (Bottomore, 1998: 128):

En tales países [las sociedades industriales avanzadas], sin embargo, los derechos se encuentran aún en pleno desarrollo, lo que nos ayuda a comprender, como ya hizo Marshall, que existe una progresión desde

los derechos civiles y políticos a los sociales, pero, al mismo tiempo, oscurece el hecho de que los derechos civiles y políticos no se fijan de una vez por todas de un modo perfecto, a partir del cual evolucionan los derechos sociales, sino que son susceptibles de posteriores ampliaciones.

Michael Mann (1988) realiza una crítica más dura a esta perspectiva, que mostraría solamente la estrategia reformista de obtención de la ciudadanía. Esta descripción, correcta si se habla de Gran Bretaña como hace T. H. Marshall, es sin embargo una posibilidad entre muchas otras. La ciudadanía no es, por tanto, una progresión necesaria, sino que está inserta en el equilibrio de poder entre la clase dominante y la clase dominada, en relación a la geopolítica del momento (Mann, 1988). Cuando T. H. Marshall afirma que ‘en el siglo XX la ciudadanía y el sistema de clases del capitalismo se han hecho la guerra’ (1998: 68), inmediatamente se centra en la influencia de la primera sobre el segundo, en cómo la ciudadanía va limando las desigualdades de clase. Sin embargo, la clase puede en su acción modificar los límites y techos de la ciudadanía de tal forma que ésta no sea ni progresiva ni unidireccional. El conflicto puede, por tanto, tener un protagonismo mayor en la consideración de la ciudadanía y añadir dinamismo al esquema inicial.

Lo dicho hasta ahora acerca de la disputa por la ciudadanía encauza el debate sobre el concepto de democracia. Si la ciudadanía es un hecho político fundacional, disputado, compuesto y complejo, los diferentes conceptos de democracia van a establecer determinadas condiciones para caracterizar una configuración ciudadana, una comunidad política, como democrática. La esencia de cualquier definición de democracia residirá, avanzamos, en el mayor o menor valor que se dé a la idea de un ciudadano *pleno e igual* – políticamente habilitado y socialmente capacitado – como sujeto del sistema democrático. Desde otra perspectiva, pero muy vinculada con la afirmación anterior, la importancia radicarán en cómo se resuelva la relación entre libertad e igualdad.

2.2. Concepto de democracia

Toda definición de democracia posee un componente normativo y un componente descriptivo (Sartori, 1988, 2007). Los enunciados normativos acerca de la democracia conviven al lado de las realidades democráticas, presentes o futuras, a las cuales aluden. Estas dimensiones están ligadas hasta tal punto que ‘lo que la democracia

es no puede separarse de lo que la democracia *debería ser*' (Sartori, 2007: 18). Lejos de tratarse de una relación estática, se genera una tensión interactiva donde realidad positiva y normatividad dialogan en el marco político. El reto consiste entonces en comprender 'la realidad a la luz de la ideología que se eleva sobre ella y la ideología desde la perspectiva de la realidad que la sustenta' (Kelsen, 2006: 61). No es posible, por tanto, buscar en el mundo constructos democráticos ideales sin una mínima dimensión operativa, como tampoco lo es pretender definiciones técnicas de democracia desnudas de normatividad. La primera maniobra avoca a un idealismo imposible. La segunda, más dañina, oculta un pragmatismo interesado en el mantenimiento del status quo (Vallès, 2000: cap. 8), cuando no viola directamente el 'acuerdo-compromiso político' concreto e inaugural, normativo, de una democracia (Morlino, 1996: cap. 3.2). Conviene situar esta apreciación como telón de fondo en la observación de las diferentes definiciones de democracia y, lo que es más importante, buscar una articulación consciente entre las dimensiones normativa y empírica cuando llegue el momento de formular el concepto de democracia de este estudio.

Por otro lado, la constatación de que existen diversas aproximaciones a la democracia no resuelve por sí misma el debate de hasta qué punto podemos hablar de *concepto* o de *conceptos* de democracia. Si se utiliza el plural de una forma acrítica y relativista, la ventaja es clara: todos los conceptos de democracia – habidos y por haber – son, por definición, correctos, ya que no han de ser juzgados más que dentro de sus propios términos. Esta comodidad intelectual conlleva, sin embargo, el riesgo de perder en el debate académico y político un hilo conductor fino pero constante en lo que podría considerarse democracia a lo largo de la historia y cuyo origen conceptual e institucional está en la antigüedad. Merece la pena, por tanto, recuperar un tronco común en teoría de la democracia, 'una corriente central que no necesita restauración para el futuro' (Sartori, 1988: 35, 2007) y que hace posible el juicio, debidamente contextualizado, de los conceptos de democracia que se han presentado como tales históricamente y de los que están por venir.

En contra de esta opinión, hay quien ha defendido vehementemente el establecimiento de una diferencia insalvable y normativa, expresada en términos de libertad, entre la democracia *de los antiguos* y la democracia *de los modernos*. Benjamin Constant, en 1819, Fustel de Coulanges, en 1864, e Isaiah Berlin, en 1958, caracterizaron peyorativamente la libertad del mundo clásico como una libertad basada en la participación directa y constante en los asuntos de la polis, que fagocitaba y

regulaba hasta el último ápice de la vida privada de los individuos. Fustel de Coulanges remarca que en esa época se llamaba libertad a los derechos políticos, pero que no hubo libertad individual, para él ‘la verdadera libertad’ (1984: 234-238). En este sentido, la libertad desaparecía tras la comunidad política, que era por definición pequeña. Por el contrario, la libertad de los modernos – ya de dimensiones estatales – sería una libertad negativa centrada en proteger a los sujetos de las injerencias del estado, limitándose la participación política a un vínculo representativo que no absorbería ni violentaría a los ciudadanos (Berlin, 1969; Constant, 1989). Es éste un cántico a la versión de la libertad promulgada por el liberalismo – libertad negativa, libertad *de* (la comunidad política) – frente a la libertad republicana – libertad positiva, libertad *para* (actuar en la comunidad política) – establecida por los antiguos. La diferencia entre ambas sería, según estos autores, insalvable y, lo más importante, estaría históricamente determinada por el tamaño de las comunidades políticas.

Sin embargo, es posible reconducir las diferencias obvias entre el mundo clásico y el mundo moderno sin generar una ruptura normativa en el concepto de democracia, sin renunciar al significado original del término. Se puede hablar más bien de una discontinuidad entre ambas fases, como hace Giovanni Sartori (2007: cap. 1.3). Ésta es la línea que parece seguir también Robert Dahl cuando, reconociendo los condicionantes que el tamaño de la comunidad impone en la configuración democrática (Dahl y Tufte, 1973; Dahl, 1992), prefiere no obstante mantener en otro plano la definición ideal de democracia, protegiéndola así del análisis concreto de su plasmación práctica moderna: las poliarquías (Dahl, 1989). El tamaño podría ser, por tanto, de importancia para la concreción práctica de la democracia, pero no trastocaría necesariamente su normatividad subyacente, su concepto de libertad. De hecho, ambos conceptos de libertad no tienen por qué ser excluyentes. Otra cuestión bien distinta es plantear la libertad negativa como el desenlace natural y único para las comunidades políticas populosas. Es más, debemos tener en cuenta que ‘lo que hoy denominamos democracia representativa tiene sus orígenes en un sistema de instituciones (establecidas tras las revoluciones inglesa, norteamericana y francesa) que, en sus inicios, no se consideraba forma de democracia o de gobierno del pueblo’ (Manin, 2006: 11).

Aquí defendemos la posibilidad de un concepto de democracia constante en el plano normativo, aunque discontinuo en su plano institucional. Dicha discontinuidad vendrá determinada no sólo por las posibilidades que ofrezca el tamaño de la comunidad política, sino por los horizontes políticos que se planteen sus ciudadanos en

cada momento histórico. Esta forma de entender los componentes prescriptivo y descriptivo de la democracia es de gran utilidad a la hora de considerar las operacionalizaciones del concepto que se han realizado hasta ahora y las que se proponen en este estudio. Es conveniente realizar, antes de nada, una definición general de democracia que apele a su componente normativo. Advertimos que optar por la definición que a continuación se presenta supone devolverle su sentido originario al término ‘democracia’, liberándolo así de las tergiversaciones posteriores a las cuales ha sido sometido.

Partimos de la concepción aristotélica que define la democracia como el régimen en el que los muchos pobres libres gobiernan⁵. Nótese que esta sencilla expresión adjetiva tres veces a los sujetos de la soberanía, distinguiéndose un elemento numérico (*muchos*), un elemento económico (*pobres*) y un elemento político-social (*libres*). Sin embargo, la cantidad no es importante en la definición, ya que ‘el que sean pocos o muchos los que ejercen la soberanía es un accidente’, luego ‘lo que constituye la diferencia entre la democracia y la oligarquía es la pobreza y la riqueza’ (Aristóteles, *Política* III.8, 1279b34-1280a41). Se apela directamente a una cuestión de clase, al gobierno de los pobres frente al de los ricos, por encima de cualquier otra consideración. Lo que ocurre, en el contraste empírico, es que los pobres suelen ser muchos, de ahí la caracterización también numérica de las democracias.

En este sentido descriptivo, Aristóteles empleó el número para clasificar los regímenes políticos en monarquías, aristocracias y repúblicas en función de que el poder fuera ejercido por uno, por pocos o por muchos. Estos tres regímenes puros degenerarían respectivamente en tiranías, oligarquías y democracias cuando perdieran su rectitud, alumbrada por la defensa del interés común, sucumbiendo entonces a los intereses privados y faccionales. Cabe llamar la atención sobre el hecho de que Aristóteles, a pesar de definir la democracia, no puede ser considerado un defensor de la misma. Desconfiaba del autocontrol de los pobres o, lo que es lo mismo, de la virtud del pueblo una vez soberano y gobernante, de su capacidad para ser justo. Este tipo de evaluaciones de la virtud quedan, no obstante, para el juicio filosófico.

Volviendo al concepto aristotélico de democracia, los muchos pobres han de ser libres, y modulamos con el adverbio *igualmente* libres. Este principio de la *aequa libertas* es el corolario normativo que la democracia radical exige al gobierno del

⁵ En sus propias palabras, ‘el régimen es una democracia cuando los libres y pobres, siendo los más, ejercen la soberanía’ (Aristóteles, *Política* VI/IV.4, 1290b17-19).

pueblo, tal y como expone Marco Tulio Cicerón (*De la República* I: 37): ‘Así es que solamente en aquellas sociedades en que el gobierno existe en el pueblo, se encuentra la libertad; la libertad que es el mejor de los bienes, y que si no es igual para todos, no es libertad’. Este extremo resulta especialmente interesante. Hacer a los ciudadanos iguales en libertad, teniendo en cuenta la fractura inicial de clase existente entre ricos y pobres, requiere de una actitud proactiva que vaya despojando de dominación las relaciones humanas, que vaya creando ciudadanos en sentido pleno. La inclusión de sujetos en una comunidad política y la posterior igualación de sus alturas ciudadanas es un camino largo y difícil (*supra*, sección 2.1). En dicho camino es fundamental la intervención de la ley, del Estado, para limar las diferencias civiles, políticas y sociales entre los ciudadanos y, así, igualar al alza la libertad de los miembros de una comunidad política. Frente al mito liberal de la existencia de ciudadanos libres e independientes por naturaleza, se impone la necesaria intervención del Estado. Paradójicamente, para ser libres necesitamos intervenir colectivamente en esa supuesta ‘libertad natural’, enterrándola bajo una ‘libertad social’ construida activamente desde la democracia (Kelsen, 2006: 41).

En este punto estamos en condiciones de ofrecer una definición normativa y extremadamente escueta de democracia. En la línea de Acemoglu y Robinson (2007: 17-19), democracia es sencillamente el régimen político que se identifica con la igualdad política. Ahora bien, aquí vamos a entender igualdad política en un sentido muy exigente y comprehensivo. La igualdad política que sugerimos no se reduce al establecimiento del sufragio universal, aun siendo éste un elemento importante en toda democracia moderna, y ni siquiera tendría que contenerlo necesariamente. Acorde a las reflexiones que hemos presentado sobre los conceptos de ciudadanía y de democracia, que todos los ciudadanos sean políticamente iguales implica la garantía de una serie de derechos civiles, políticos y sociales orientados, precisamente, a una igual libertad, a la *aequa libertas*. Dicho de otra forma, en un mundo de pobres y ricos este ideal de democracia procura que con independencia de las posesiones y de la alienación del trabajo, en el extremo con independencia también de las propias pasiones, los ciudadanos pobres consigan un acceso igual a la política.

Un concepto normativo de democracia en tanto que igualdad política admite múltiples operacionalizaciones que, por definición, nunca llegarán a satisfacer por completo a un demócrata idealista. En cualquier caso, la necesidad de aproximarnos a la realidad nos lleva a realizar esta clase de esfuerzos. Cabe advertir que algunos de los

autores mostrados a continuación, en su afán empírico, han preferido sacrificar la riqueza normativa de la democracia para reducirla al instrumento seleccionado para medirla. Este hecho viola el principio aquí enunciado de continuidad entre los planos normativo y empírico de la democracia. Se muestran, sin embargo, sus propuestas, en la medida que puedan ser reintegradas – conscientemente – en su contribución a la medición empírica de nuestro concepto de democracia.

Nos interesa particularmente la concreción de la democracia en correspondencia con el marco temporal de estudio de Europa entre 1870 y 1975. Esta realidad de referencia engloba una serie de características que van a condicionar la plasmación práctica de la democracia y, por tanto, las aproximaciones teórico-empíricas a la misma. Es la época de las sociedades industriales de masas. Los cambios técnicos y científicos acaecidos durante la revolución industrial – en sus dos etapas – produjeron un enorme desarrollo económico aparejado a la concentración de la propiedad de los medios de producción, generándose desigualdades y facilitando el florecimiento no sólo de una sociedad de masas sino de una política de masas (Crossman, 1974; Vallès, 2000). La sociedad cambió, la política cambió y, con ello, las visiones acerca de la democracia (Abellán, 2011: 247):

La extensión del sufragio universal, la formación de partidos políticos con una fuerte organización burocrática y la parlamentarización de los sistemas políticos desde el último tercio del siglo XIX crearon una nueva base política en relación con la cual se formularon nuevos conceptos de democracia en el siglo XX. [...] Los conceptos de democracia en el siglo XX tienen que ver con la realidad de la sociedad de masas que se estaba configurando en los países desarrollados.

Si pueden establecerse tipologías⁶ en las definiciones de democracia, sin duda en el siglo XX hubo un gran desarrollo del género centrado en los procedimientos políticos, en las instituciones y en la plasmación y medición de la democracia. Las teorías de Max Weber sobre las fuentes de legitimidad del poder y, en particular, el

⁶ La literatura científica es muy prolija en tipologías de definiciones de democracia. Robert Dahl (1992) realiza una detallada clasificación en dos ejes, desde las más filosóficas a las más empíricas y desde las más críticas con el propio concepto de democracia a las menos. Leonardo Morlino (1996) distingue definiciones generales, procedimentales, genéticas, mínimas y normativas. Charles Tilly (2010), de forma similar y sintetizando a varios autores, diferencia entre enfoques constitucionales, sustantivos, procedimentales y procesales. Aquí mantenemos la defensa del dualismo normativo-descriptivo en el concepto de democracia, reconociendo que unas definiciones se vuelcan en una u otra dimensión pero que, en último término, ambas dimensiones son inseparables.

liderazgo carismático, llevaron aparejadas la reducción de la democracia a un mecanismo de selección de líderes políticos⁷ (Weber, 1946, 1964). Su mayor preocupación era que el crecimiento conjunto de la democracia y la burocracia conservara el delicado equilibrio entre la selección de líderes y el escrutinio público de la democracia, por un lado, y el mérito y la experiencia burocráticas, por otro. Se trataría de evitar tanto el deslizamiento hacia un gobierno democrático de inexpertos como hacia un gobierno oligárquico de funcionarios. Pero, en cualquier caso, la democracia no tendría ningún contenido social, quedando restringida a la igualación política de los gobernados (*'leveling of the governed'*) frente a la autocracia de un grupo inicialmente restringido de burócratas. Esa igualdad se vería satisfecha con el establecimiento de mecanismos de selección de los líderes políticos y con la consiguiente expansión de la opinión pública acerca de la bondad o no de sus actuaciones.

En esta línea que reduce la democracia a sus métodos se sitúa, aunque con una postura más descarnada, Joseph A. Schumpeter (1971) en su *Capitalismo, socialismo y democracia*, publicado originariamente en 1942. Este autor arremetió contra las definiciones del siglo XVIII, que entendían por democracia el sistema institucional que realiza el bien común, perseguido por todos los ciudadanos a lomos de la voluntad general (Rousseau, 2005). Schumpeter negó la mayor, negó la existencia de un bien común a todos los ciudadanos ya que cada grupo de individuos tendría su propia versión de lo que significa ese bien común. Es más, incluso aceptando la posibilidad de su existencia, esto no aseguraría el acuerdo en las medidas a adoptar para alcanzarlo, con lo cual no habría nada parecido a una voluntad general. Dicha elaboración general, y por tanto racional, de la voluntad sería además obstaculizada por el hecho de que los sujetos se comportan en la política – igual que en los mercados – de forma infantil, irracional, resultando en cualquier caso una ‘voluntad fabricada’ desde arriba.

El planteamiento de Schumpeter reaccionó contra los conceptos de bien común y de voluntad general y, en el camino, suprimió toda preocupación normativa en su definición de la democracia, que sería presentada como nueva, como *otra teoría de la*

⁷ Traducido del original, ‘su existencia [de la democracia] sólo cambia la forma en que los líderes del ejecutivo son seleccionados y la medida de la influencia que el demos, o mejor, que determinados círculos sociales pueden ejercer sobre el contenido y la dirección de las actividades administrativas proporcionando lo que se llama “opinión pública”.’ (Weber, 1946: 225).

*democracia*⁸. En esta formulación no preexiste a la elección de los políticos ninguna opinión formada acerca del bien común, sino que la elección de los mismos en un marco competitivo es la que precede a la resolución de las controversias. Así, el ‘método democrático es aquel sistema institucional, para llegar a las decisiones políticas, en el que los individuos [los políticos] adquieren el poder de decidir por medio de una lucha de competencia por el voto del pueblo’ (Schumpeter, 1971: 343). Ese sistema institucional va a ser identificado inmediatamente con el método electoral, equiparándose entonces la democracia a la presencia de elecciones competitivas. En ellas lo fundamental sería la elección del liderazgo político de la comunidad⁹. Hay un reconocimiento expreso de que el método democrático – aunque más favorable a la libertad que otros métodos, en la medida que implica debate público para que las elecciones sean competitivas – no garantiza de por sí mayor libertad individual. Tampoco requiere de sistemas electorales proporcionales, sino más bien de mayoritarios para facilitar el ejercicio de la dirección política. En último término, ni siquiera habría requerido en el pasado de sufragio universal¹⁰, ni de elecciones escrupulosamente limpias¹¹. Es por ello que se habla de una ‘definición mínima de democracia’ para referirse a esta propuesta.

Anthony Downs (1973) parte de un planteamiento similar en su *Teoría económica de la democracia* de 1957. También prescinde de cuestiones éticas en su definición y reduce la democracia a la selección del gobierno mediante elecciones. Sin embargo, no adopta una postura tan puramente elitista como la schumpeteriana en la cual los políticos prácticamente manipulan a votantes infantilizados, irracionales. En su lugar, despliega toda una teoría económica acerca del comportamiento de los votantes y de los políticos, caracterizados ya ambos como seres racionales. Ahora bien, debido a

⁸ De hecho, estas cursivas constituyen el título del capítulo 22 de su mencionado libro (Schumpeter, 1971). Giovanni Sartori se va a distanciar claramente de él cuando defiende la existencia de una única teoría de la democracia (*supra*, p.10).

⁹ Lo relevante es elegir a un poder ejecutivo, y más concretamente a un Primer Ministro. Cuando el ejecutivo salga elegido de un parlamento, éste sólo será considerado un órgano intermedio en el proceso.

¹⁰ Se refiere a las democracias burguesas – con sufragio censitario – que, aun siendo un caso histórico especial, para él ‘sería absurdo negar que esta solución que nos desagrada es una solución y que la democracia burguesa es una democracia’ (Schumpeter, 1971: 377). Conviene aclarar que estos regímenes no surgieron completamente desconectados del concepto de democracia en lo normativo, sino en su restrictiva plasmación sociopolítica.

¹¹ No es muy exigente a la hora de excluir del concepto de democracia los casos de competencia política ‘desleal’ o directamente ‘fraudulenta’, aunque reconoce la necesidad de establecer a este respecto un *continuum* de democracia. Eso sí, ‘imperceptible’ (Schumpeter, 1971: 345).

las características del proceso político, el comportamiento racional a la hora de votar estaría restringido por situaciones de incertidumbre y por el coste de adquisición de información política. El avance respecto a Schumpeter es, no obstante, importante, ya que el análisis de Downs acerca del proceso electoral es mucho más prolijo, problematizando la situación de los ciudadanos a la hora de formular sus preferencias políticas. En este sentido, incorpora las dinámicas ideológicas no como interferencias irracionales sino como atajos que reducen los costes de información de los votantes. Se trata, dentro de la visión weberiana-schumpeteriana de la democracia como método, de devolver a los ciudadanos cierto protagonismo respecto a los intentos de manipulación de los políticos, marcando el comportamiento electoral – con sus limitaciones – como racional.

Debido a la necesidad de modelizar la realidad que impone todo análisis en términos económicos, Downs enuncia con detalle las condiciones de la sociedad democrática. Resulta llamativo que, a pesar de negar la influencia de cualquier premisa ética, el autor se vea obligado a formular un tipo ideal de democracia para su análisis. Si observamos las ocho condiciones establecidas para que una sociedad sea democrática (Downs, 1973: 25-26), se nota un profundo interés por el hecho de que las elecciones sean realmente competitivas, más allá de la mera afirmación schumpeteriana de este extremo. En cualquier caso, la definición de democracia continúa restringida a la existencia de elecciones competitivas, si bien se desvela la concurrencia de sujetos, esta vez, *limitadamente* racionales.

Sin lugar a dudas una contribución notable a la operacionalización del concepto de democracia es la realizada por Robert Alan Dahl, cuyas primeras obras sirvieron por cierto de inspiración a su contemporáneo Anthony Downs. Pero, a diferencia de los autores anteriores, Dahl es sensible a la existencia de un componente normativo de la democracia: ‘Para mí, el gobierno democrático se caracteriza fundamentalmente por su continua¹² aptitud para responder a las preferencias de sus ciudadanos, sin establecer diferencias políticas entre ellos. No es mi propósito ocuparme de las demás características que se requieren para considerar estrictamente democrático a un sistema.’ (Dahl, 1989: 13). Su definición de democracia en el plano ideal conserva los términos

¹² La inclusión del término ‘continua’ no es baladí, ya que expande la posibilidad de explorar el control sobre los políticos más allá de las elecciones. Lejos queda la visión de la democracia como entrega de un liderazgo absoluto e incondicional hasta el siguiente proceso electoral.

normativos de la igualdad política¹³ y, de hecho, prefiere emplear otro concepto para referirse a la plasmación práctica de la democracia en las sociedades de masas, consciente de que va a dejar de lado una serie de características importantes para lo que normativamente se ha considerado democracia. En la práctica de las sociedades modernas las democracias son poliarquías (Dahl, 1989, 1992: 266):

La poliarquía es un régimen político que se distingue, en el plano más general, por dos amplias características: la ciudadanía es extendida a una proporción comparativamente alta de adultos, y entre los derechos de la ciudadanía se incluye el de oponerse a los altos funcionarios del gobierno y hacerlos abandonar sus cargos mediante el voto.

Las dos dimensiones de participación y oposición, presentes también en las teorías de la democracia como método, son ahora tratadas como una plasmación práctica del concepto de democracia y no como el concepto de democracia en sí. También son entendidas en un sentido más amplio que rebasa los estrechos límites del proceso electoral. Las poliarquías necesitarían así de una serie de instituciones (funcionarios electos, elecciones libres e imparciales, sufragio inclusivo, derecho a ocupar cargos públicos, libertad de expresión, variedad de fuentes de información, autonomía asociativa) que aseguraran ampliamente tanto la participación en la formación del gobierno como el debate público y, con él, la libre competencia y oposición al poder. De la combinación de dichas instituciones se satisfarían los siguientes criterios: igualdad de voto, participación efectiva, comprensión esclarecida, control del programa de acción e inclusión (Dahl, 1992). Se deduce entonces que las poliarquías requieren, además de unas elecciones libres y competitivas, una sociedad competente, vigilante y participativa. Este autor llegaría incluso a preocuparse por la extensión de los procesos de participación y de debate público hacia las organizaciones subnacionales – sindicatos, empresas, municipios, iglesias, escuelas, etc. – (Dahl, 1989), demostrando que su operacionalización del concepto de democracia en tanto que poliarquía podía colonizar otros campos, en la medida que responde a unos principios normativos. De hecho, determinados autores señalan la preocupación de Dahl por considerar también la igualdad al lado de la libertad, y su reconocimiento de la necesidad de un consenso social básico, normativo, que haga estables a las democracias (Abellán, 2011).

¹³ En un sentido no tan exigente como el planteado en nuestra definición normativa, dado que no incluye la superación de las barreras sociales a la participación, pero que sí supera el acto electoral al preocuparse por la generación del debate público.

Después de las interpretaciones de Weber, Schumpeter, Downs y Dahl del concepto de democracia, otros autores han continuado reflexionando sobre él. Sin embargo, la práctica totalidad de ellos se ha situado en esta estela que entiende operativamente – cuando no conceptualmente – la democracia como método de elección de gobernantes, con referencias más o menos explícitas a la definición mínima schumpeteriana o a las dimensiones de participación y oposición de Dahl (Therborn, 1978; Lipset, 1987; Huntington, 1994; Morlino, 1996). La perspectiva que equipara sobre el terreno a la democracia con el sufragio universal competitivo ha triunfado, en ocasiones aderezada detrás del adjetivo ‘competitivo’ con alguna consideración más acerca del control del poder ejecutivo. Esta afirmación es todavía más clara si observamos cualquier proyecto cuantitativo, del pasado siglo o del presente, de grandes o de pequeños autores, para medir la democracia¹⁴.

Ha quedado, no obstante, espacio para el establecimiento de diferencias en el seno de las democracias. Existen clasificaciones de los regímenes políticos en función de su ubicación en las dimensiones de participación y oposición, más allá de la dicotomía entre democracia y no democracia, distinguiendo hegemonías cerradas, hegemonías representativas, oligarquías competitivas y poliarquías (Dahl, 1989). También se han establecido tipos de democracia a partir de consideraciones sobre las instituciones de gobierno, el sistema de partidos y la autonomía de la sociedad civil, derivándose modelos mayoritarios (fuertes o débiles), plebiscitarios, proporcionales y conflictuales de democracia (Morlino, 2009). Pero éstas y otras matizaciones se han realizado siempre dentro de los parámetros expresados, dejando a la medición de la democracia encorsetada – para lo bueno y para lo malo – en la existencia de elecciones periódicas basadas en el sufragio universal y en la pluralidad de opciones.

El ataque al componente normativo de la democracia, operado a través de su reducción empírica, ha sido también contestado, pero habitualmente a costa de perder capacidad de medición y catalogación masiva de los regímenes como democráticos o no democráticos. Samuel P. Huntington (1994: 20) llegó a afirmar respecto a la democracia que ‘hacia 1970 el debate había terminado, y había ganado Schumpeter’.

¹⁴ Los proyectos cuantitativos para la medición de la democracia se han visto muy influenciados por esta perspectiva en la composición de sus índices, destacando como propuesta pionera la de Freedom House en 1972, cuando Raymond Gastil combinó derechos políticos y libertades civiles en un único índice de democracia que se calcula todavía en la actualidad. Nos ocuparemos de los índices de medición de la democracia en el capítulo cuantitativo del presente estudio.

Debemos darle toda la razón si nos referimos a las aproximaciones cuantitativas para medir la democracia que, como decimos, arrastran hasta hoy el regusto de dicho posicionamiento. Sin embargo, ya en 1971 – precisamente un año después de la aseveración huntingtoniana – John Rawls publicó su *Teoría de la justicia*, donde complementaba las libertades civiles con el ensalzamiento de una idea de justicia distributiva, de una distribución social equitativa de los bienes (Rawls, 1971), susceptible de una lectura republicana desde la *aequa libertas* antes enunciada en nuestro concepto normativo de democracia (De Francisco, 2007). La inquietud generada por la reducción de la democracia al frío vínculo representativo se manifestó también en la recuperación del componente participativo de la democracia para conseguir democracias ‘fuertes’ (Barber, 1984). En esta línea, Jürgen Habermas (1987, 1994) desplazó su teoría de la acción comunicativa al campo de las instituciones políticas, defendiendo un nuevo modelo normativo de democracia deliberativa basado en el fomento del debate público para alcanzar consensos en la toma de decisiones políticas. Podríamos continuar hasta la actualidad recogiendo múltiples desarrollos de este tipo que, no obstante, rebasan el marco de referencia temporal que adoptará nuestro objeto de estudio.

Todo este despertar normativo deja, sin embargo, una pregunta abierta: ¿es posible realizar estudios empíricos, cuantitativos, que comparen a un gran número de países y que, al mismo tiempo, no sacrifiquen por ello la normatividad del concepto de democracia como ‘igualdad política’, en el sentido amplio que venimos anunciando de *aequa libertas*? Para los científicos sociales es extremadamente importante afrontar el reto de observar la realidad sociopolítica y catalogarla. Incluso, en determinadas circunstancias, esas catalogaciones han de convertirse en mediciones que resuman las características de un gran número de países durante un largo periodo de tiempo. En este sentido, toda propuesta de conceptualización de la democracia que se vuelque en el plano normativo y no ofrezca guías para ser claramente operativizada es insuficiente. Un concepto ideal que busque su confirmación directa en la realidad sólo puede ser contrastado en estudios cualitativos en profundidad, y no sin dificultades de apreciación. Además, cuanto menos operacionalizado esté, menos atenderá a criterios estandarizados y, por tanto, menor será su capacidad comparativa a la hora de contrastar varios casos, por muy detalladamente que se estudien.

Nosotros, afortunadamente, no vamos a necesitar de un equilibrio absoluto entre evaluación normativa y medición cuantitativa. Este estudio no trata directamente sobre

democracia sino sobre avances democráticos, lo cual nos exime de detallar en términos absolutos cuál es nuestra operacionalización de lo que es y lo que no es democracia. Sin embargo, en la medida que tendremos que explicar el momento en el que un país se hace más democrático – el momento en el que avanza en este aspecto – debemos tener en cuenta al menos los siguientes apuntes a nivel operativo. Las cuatro observaciones que se presentan a continuación se deducen fácilmente del recorrido realizado, constituyendo un listado que habrá de ser tenido en cuenta siempre que se afronte la medición de la democracia.

Primero, y lo más importante, cuando se operacionalice un concepto hay que ser consciente de que efectivamente se está operacionalizando un concepto. El proceso, una vez identificado, ha de ser problematizado para evitar tomar la parte empírica por el todo normativo. En este sentido parece razonable reivindicar el papel de Dahl frente a otros autores, ya que él sí afrontó la tarea empírica de clasificar a diferentes países, y lo hizo sin perder de vista que sus mediciones de poliarquía respondían a un concepto más amplio de democracia, sin agotarlo necesariamente (Dahl, 1989). Mucho antes que él, a principios del siglo pasado, Hans Kelsen también tuvo muy presente en su análisis la separación y reunión simultánea de los planos prescriptivo y descriptivo de las democracias (Kelsen, 2006). Su obra es rica en la profundización de ambos aspectos, ofreciendo al menos un buen – y temprano – ejemplo de lo que significa tomar en serio y a la par la idea y el método democráticos.

Segundo, el sufragio universal como herramienta de selección de gobernantes es un componente ineludible en la caracterización moderna de las democracias, donde las comunidades políticas adquieren un tamaño inmanejable desde un sistema de asambleas de representación directa. Ahora bien, hay que apellidar convenientemente al sufragio universal si queremos relacionarlo con la democracia. A menudo se olvida concretar que el voto – además de ser un derecho de todos los ciudadanos, sin restricciones en cuanto a posesión de tierras, ingresos, educación, realización del servicio militar, pago de impuestos, etnia, religión o sexo¹⁵ – ha de ser secreto, directo e igual, características hoy dadas por supuestas pero que jugaron un importante papel en la historia de resistencia a la democracia¹⁶. Además, ha de haber una auténtica competición electoral

¹⁵ Para una lista completa de las restricciones al sufragio que se han sucedido a lo largo de la historia véase el artículo de Adam Przeworski titulado *Conquered or granted? A history of suffrage extensions* (2009).

¹⁶ Cuando el nivel de detalle del estudio lo permita, será aconsejable detenerse en estas importantes cuestiones para la evaluación del nivel de democracia de un país. Por ejemplo, en

por el voto de los ciudadanos, basada en la pluralidad de partidos y en la garantía de los derechos civiles y, con ellos, del debate público.

Tercero, debemos considerar la protección de los derechos sociales a la hora de observar el nivel de democracia de un país. La versión que reduce la democracia a un método de elección se despreocupa de este extremo, que adquiere sin embargo una gran importancia toda vez que hayamos restaurado el significado normativo de la democracia en tanto que gobierno de los muchos pobres libres (Aristóteles, *Política* VI/IV.4, 1290b17-19), es decir, en términos de auténtica igualdad política, de *aequa libertas* (Cicerón, *De la República* I: 37). Los derechos sociales – laborales, sanitarios, educativos, asistenciales, etc. – son necesarios para reducir la vulnerabilidad de los ciudadanos, ya que proveen recursos cognitivos, materiales y de tiempo que dan cabida a la acción política en la vida cotidiana. Los hacen también más independientes de los poderosos, limando la dominación de los oprimidos en relaciones económicas muy desiguales y fomentando así una participación que además sea para todos igualmente libre. En consecuencia, la necesidad democrática de las políticas sociales se justifica por su ampliación de la independencia personal de los sujetos, a quienes defiende de diversas formas de dominación socioeconómica – igualando la intensidad de la libertad como no-dominación – y para quienes expande a través de recursos de diferente tipo – materiales, cognitivos o de tiempo – el número de opciones no-dominadas (Pettit, 1999: 208-214).

Cuarto, la operacionalización del concepto de democracia es una tarea, por definición, siempre abierta e inacabada. La plasmación práctica de esa igualdad política expresada en el plano normativo es complicada de evaluar. Pero, más importante todavía, cabe reconocer que en función del momento histórico la democracia está sujeta a diferentes expectativas prácticas para satisfacer la realización de dicho principio. Una vez alcanzado el sufragio universal masculino y femenino, e incluso en una situación de reconocimiento pleno de los derechos sociales básicos, podemos continuar interrogándonos acerca de cómo serían más democráticas las sociedades actuales. En la

Reino Unido se estableció en 1918 el sufragio universal para hombres y mujeres, aunque con un diferencial en la edad mínima para votar que se eliminó en 1928. Pero, observando la situación en detalle, no es hasta 1948 cuando se establece un voto completamente igual, ya que hasta esa fecha perdura la desigualdad en el voto derivada de la existencia de escaños universitarios y del voto de negocios (*business vote*) (Carstairs, 1980; Caramani, 2000). Encontramos otro ejemplo en Francia, que no introdujo el voto secreto hasta 1913 (Assemblée Nationale Française, 1913; Bartolini, 1996: 16; Canfora, 2004) a pesar de haber reconocido con anterioridad el sufragio universal. Hay decenas de ejemplos de este tipo a lo largo de la historia, lo cual remarca la necesidad de observar si el sufragio, además de ser universal, es secreto, directo e igual.

medida que la igualdad política es un ideal, los derechos civiles, políticos y sociales pueden ser complementados constantemente para fomentarla, así como las estructuras políticas son susceptibles de variar en su arquitectura. La dificultad residirá en cómo operacionalizar convenientemente esas nuevas implicaciones prácticas del concepto de democracia, sobre el cual ya hay reivindicaciones – por ejemplo – de justicia distributiva, de mayor participación directa y de mayor deliberación. El movimiento 15-M tiene que ver mucho con el planteamiento reciente de estas demandas y, quién sabe, a lo mejor en un futuro la sociedad y la academia se vuelven también más exigentes con la plasmación práctica del concepto de democracia, requiriendo de nuevas condiciones para calificar a un país como ‘democrático’. Pero todavía es pronto, aún muchos estudios siguen identificando automáticamente sufragio universal con democracia sin preocuparse por los derechos sociales, y, además, estas nuevas consideraciones nos alejan de 1975, fecha final de nuestro marco temporal de estudio. En último término, cabe recordar, el concepto normativo de democracia es uno y la exigencia de las clases bajas respecto a lo que ha de ser calificado como democrático está históricamente contextualizada.

En cualquier caso, nosotros no buscamos la caracterización cerrada de los países como democráticos o no democráticos. Ni siquiera nos arriesgaremos a clasificarlos en niveles de democracia. Lo que nos interesan son los avances democráticos, una perspectiva relativamente nueva que será concretada al final del capítulo y que, por el momento, bebe profusamente tanto del concepto normativo de democracia aquí defendido como de las asunciones realizadas respecto a su operacionalización.

2.3. ¿Por qué hay democracia? Diferentes problematizaciones y teorías

La pregunta que abre este apartado es susceptible de dos interpretaciones que no siempre han sido convenientemente diferenciadas. Preguntarse sobre las causas de la democracia no es lo mismo que preguntarse sobre los factores que la potencian, la sostienen o la acompañan una vez establecida¹⁷. El primer interrogante hace referencia a

¹⁷ Dankwart A. Rustow (1970) insiste en esta diferencia cuando, frente a las perspectivas funcionalistas acerca del mantenimiento de la democracia, presenta su modelo genético de transiciones a la democracia. En esta línea que señala la necesidad de separar las condiciones de mantenimiento y las causas de la democracia están Samuel P. Huntington (1994), Adam Przeworski (1988; 2000) y Carles Boix (2003), permaneciendo la idea en el trasfondo de todos los estudios que hayan hecho hincapié en la causación frente a la correlación.

las condiciones que incrementan la probabilidad de que se instaure un régimen democrático en un momento determinado (t) allí donde no lo había en el momento inmediatamente anterior ($t-1$). Dicho de otro modo, estudiar las causas de la democracia es lo mismo que estudiar las causas de las democratizaciones. Son las teorías agrupadas en torno a este fenómeno las que podrían ser extrapolables a nuestro estudio de los avances democráticos. El paralelismo es manifiesto, ya que podemos identificar los avances democráticos en aquellos momentos (t) que suponen un incremento sustancial de cualquier indicador de democracia respecto al momento inmediatamente anterior ($t-1$), sin que se produzca simultáneamente un decremento en cualquier otro indicador que pueda ser considerado de tal magnitud que anule el incremento inicial. Así, de la consideración de las teorías acerca de la instauración – o reinstauración – de la democracia surgirán las variables independientes que habrán de competir con la guerra en la explicación de los avances democráticos.

Superando la correlación entre desarrollo económico y democracia

El segundo interrogante, relativo a las condiciones que sustentan la democracia una vez establecida, sólo nos es relevante aquí en la medida que su estudio pareció suplantar, en los inicios de las teorías sobre desarrollo económico y democracia, al de las causas del fenómeno. Si bien no explícitamente, la teoría de Seymour M. Lipset (1959, 1987) acerca de la correlación entre desarrollo económico y democracia hizo atrayente y sugerente – incluso para el propio autor – la mutación causal de la misma: el desarrollo económico como causa de la democracia.

Cuando expresa esta relación, en términos confusos en lo relativo a su naturaleza simultánea o causal, el autor dice basarse en Aristóteles (Lipset, 1959: 75):

Quizá la generalización más extendida que vincula los sistemas políticos a otros aspectos de la sociedad haya sido que la democracia está relacionada con el estado del desarrollo económico. En concreto, esto quiere decir que cuanto más rica sea una nación mayores serán las posibilidades de que sustente una democracia. Desde Aristóteles hasta el presente, los hombres han sostenido que sólo en una sociedad rica, en la que relativamente pocos ciudadanos vivan en la pobreza real, llegaría a existir una situación en la cual la masa de la población podría participar inteligentemente en política y desarrollar el autodomínio necesario para evitar sucumbir a las llamadas de demagogos irresponsables. Una sociedad dividida entre una gran masa empobrecida y una pequeña élite favorecida resultaría en oligarquía

(mandato dictatorial del pequeño estrato superior) o en tiranía (dictadura basada en el pueblo).

En esta argumentación aristotélica cobra protagonismo, más que el desarrollo económico, la distribución igualitaria de la riqueza, que fomentaría el buen funcionamiento de las democracias mediante la nivelación económico-social de los ciudadanos, haciéndolos más iguales en libertad (*supra*, sección 2.2). Sin embargo, Lipset prueba su hipótesis sin ningún tipo de índice de desigualdad económica, sino con los indicadores medios de desarrollo de cada país. Aunque se pueda argumentar que determinadas medidas de desarrollo – como el porcentaje de sujetos que han recibido educación universitaria – favorecen la igualdad social, no es posible intercambiar directamente los términos ‘desarrollo económico’ e ‘igualdad’ sin incurrir en graves errores; sobre todo en lo referente al Producto Interior Bruto (PIB) per cápita, variable principal en la consideración del desarrollo económico pero que nada nos dice acerca de la desigualdad económica entre diferentes niveles de renta. La maniobra de Lipset para situarse en la senda de Aristóteles¹⁸ es discutible, pese a que él insiste – no sin cierto sarcasmo frente a lo afirmado por Schumpeter – en que su teoría no sólo no es nueva, sino que es de lo más tradicional: ‘Este capítulo no intenta formular una *nueva*¹⁹ teoría de la democracia, sino solamente la formalización y la prueba empírica de ciertos conjuntos de relaciones implicadas en las teorías tradicionales sobre la democracia.’ (Lipset, 1987: 66).

El pobre desarrollo de la estadística aplicada a las ciencias sociales en 1959 explica por qué las famosas tablas del estudio sólo muestran estadísticos descriptivos y correlaciones (Lipset, 1959: 76-77 y 81, 1987: 44-48). En ellas se comparan países ‘más democráticos’ frente a países ‘menos democráticos’, agrupados en ‘Naciones europeas y de habla inglesa’ y ‘Naciones latinoamericanas’, en torno a los valores medios de sus indicadores de riqueza, grado de industrialización, urbanización y educación. El estudio revela relaciones y correlaciones positivas entre los indicadores considerados y la democracia, lo cual puede resumirse en una única correlación positiva entre desarrollo y democracia: ‘Aunque hemos presentado las pruebas por separado, los diferentes aspectos del desarrollo económico – industrialización, urbanización, riqueza y educación – están tan íntimamente relacionados entre sí como para construir un factor

¹⁸ Cuando Aristóteles habla de las condiciones más propicias para el establecimiento de los diferentes regímenes políticos, a lo que recurre explícitamente es, como veremos en el próximo capítulo, al fenómeno motivador de este estudio: la guerra (*Política* VIII/VI.7, 1321a1-16).

¹⁹ Cursivas del original.

fundamental que posee la correlación política de la democracia.’ (Lipset, 1987: 51). Argumenta que este desarrollo económico-social, con independencia de que tuviera un ritmo más progresivo o más explosivo, terminaría apaciguando a los movimientos obreros y mantendría estable a la democracia, en base a la prosperidad general que supone.

Como hemos señalado anteriormente, este autor se siente tentado por una teoría causal de los orígenes de la democracia, si bien es consciente de que su prueba empírica dista mucho de permitir semejante afirmación. El resultado es un tanto esquizofrénico. El deseo de establecer una relación causal le lleva a situarse cercano a David Lerner (1958) y su teoría de interdependencia funcional entre democracia y desarrollo, considerando la siguiente secuencia lógico-causal: (1) urbanización, (2) desarrollo de la alfabetización y los medios de producción y consumo, (3) desarrollo industrial y (4) procesos de votación. Reconoce que sus datos no están diseñados para investigar esta teoría, pero invita a profundizar en su consideración en futuros estudios. Igualmente, en los apéndices metodológicos tanto de su artículo como de su libro recurre al lenguaje de la causación, aderezándolo con dos nuevos aportes: la posibilidad de una causalidad bidireccional entre los elementos considerados – componentes del desarrollo y democracia – y el hecho de que la democracia en su funcionamiento puede fomentar aspectos perjudiciales para ella (apatía política, burocracia y sociedad de masas) (Lipset, 1959: 65, 1987: 105). La causación, como vemos, emerge en una versión más o menos laxa, lo cual no extraña que haya confundido a algunos de los lectores de Lipset y condicionado desarrollos posteriores (Rustow, 1970: 342):

El título de Lipset es fiel a su perspectiva funcional. Tiene la preocupación de hablar de ‘Algunos requisitos sociales’ [*Some Social Requisites*], no de prerequisites, ‘de democracia’ [*of Democracy*]²⁰, y de este modo admitir la diferencia entre correlación y causa. Pero la sutileza ha escapado a muchos lectores, quienes sin pensar han traducido ‘requisitos’ como ‘precondiciones’. El texto del artículo, además, fomenta la misma sustitución, ya que se desliza repetidas veces desde el lenguaje de la correlación al de la causación.

Evitando esta confusión, nosotros estamos interesados en los auténticos análisis de las causas de la democracia, no en sus condiciones de mantenimiento²¹. Y para

²⁰ *Some Social Requisites of Democracy* es la primera parte del título de su artículo clásico, al cual nos referimos continuamente.

²¹ Se ha discutido, incluso, que el desarrollo económico sea como tal una condición de mantenimiento de la democracia. En la asociación entre desarrollo y democracia, la importancia no residiría en el indicador de PIB per cápita *per se*, sino en una serie de variables intermedias

responder a la pregunta de cuáles han sido los elementos tradicionalmente considerados como causas del advenimiento de la democracia, debemos movernos al terreno de los momentos históricamente fundacionales de las mismas: las democratizaciones.

Para definir las resulta útil recurrir al concepto de ciudadanía que hemos manejado anteriormente. De esta forma, afirmamos con las palabras de Guillermo O'Donnell y Phillipe Schmitter (1988: 22-23) que:

La democratización está referida a aquellos procesos en que las normas y procedimientos de la ciudadanía son, o bien aplicados a instituciones políticas antes regidas por otros principios [...], o bien ampliadas de modo de incluir a individuos que antes no gozaban de tales derechos y obligaciones [...] o para abarcar problemas e instituciones que antes no participaban de la vida ciudadana.

En el plano temporal, las democratizaciones son la última fase en los procesos de transición a la democracia, los cuales, no obstante, son más amplios y susceptibles de matizaciones. Estos periodos comienzan con una liberalización, una apertura política del régimen, que puede ser culminada o no con el establecimiento de la democracia (O'Donnell y Schmitter, 1988; Huntington, 1994; Morlino, 1996) y que, llegado ese punto, puede también consolidarse o no (Morlino, 1996). La consolidación ha ido adquiriendo importancia, recibiendo una atención específica en tanto que ausencia de golpes de estado posteriores a la democratización (Acemoglu y Robinson, 2007), y siendo incluida como variable independiente para estudiar, por ejemplo, la protesta política (Schatzman, 2005). Aquí nos ceñiremos, en cualquier caso, a la explicación de las democratizaciones.

Conservemos, por ahora, una definición amplia de democratización que nos permita dar cabida a diferentes versiones en la explicación de sus causas. Empezaremos por el más importante de los estudios que han recogido el guante de Lipset, al investigar si la correlación entre desarrollo económico y democracia podría realmente tener una aplicación empírica causal. A partir de aquí, en el siguiente apartado, veremos la importancia que ha adquirido no ya la consideración de las condiciones económicas de

que, aunque generalmente vinculadas a él, serían las que proporcionan los mecanismos y condiciones materiales básicas tanto para la sociedad abierta como para la competición electoral que requieren las democracias modernas (Dahl, 1989: cap. 5). También se ha reflexionado no ya sobre cómo la economía mantiene la democracia, sino acerca de cómo la existencia de un régimen democrático influye en la marcha de la economía (Maravall, 1994). En cualquier caso, el estudio de las condiciones de mantenimiento de la democracia ha tendido a girar hacia cuestiones de cultura cívica (Almond y Verba, 1963) o de capital social (Putnam et al., 1993), sustituyéndose el reduccionismo económico por la sociología.

fondo de la democratización, sino los modelos que centran su atención en la interacción entre élites y ciudadanos en los procesos de transición a la democracia.

El desarrollo económico como causa de la democracia

El artículo clásico de Adam Przeworski y Fernando Limongi (1997) pone a prueba la relación entre desarrollo económico y democracia. Diferencian dos formas de aproximarse a dicha relación. Por un lado, la explicación exógena sostendría que el desarrollo económico hace más probable la supervivencia de las democracias una vez establecidas. Ésta es la línea en la que apuntaban los análisis de Lipset, y que entiende al desarrollo económico como una condición favorable para el mantenimiento de la democracia. La incluimos aquí ya que completa la comprensión del trabajo de estos autores, aunque no nos es relevante para nuestros propósitos. Por otro lado, la explicación endógena situaría al desarrollo económico entre las causas del origen de la democracia, entre las causas de la democratización. Esta forma de entender la relación recoge el subtexto de Lipset al respecto, que va a ser esta vez realmente sometido a prueba estadística. La base de datos de los autores incluye a 135 países entre 1950 y 1990, además de aplicar modelos causales, lo cual deja muy atrás a las famosas tablas con correlaciones bivariadas que Lipset había dibujado cuarenta años antes.

Przeworski y Limongi confirman la primera de las explicaciones y desechan la segunda. Respecto a la teoría exógena, encuentran que en los países ricos las probabilidades de supervivencia de la democracia son mayores. En este sentido, también encuentran relevante la consideración de la marcha de la economía. Detectan que, para ciertos niveles de PIB per cápita, si la economía crece la democracia tiende a sobrevivir en mayor medida que si la economía decrece, incluso con independencia del nivel de riqueza inicial que tuviera el país. Sin embargo, la teoría endógena según la cual el desarrollo económico produce democratizaciones es enérgicamente rechazada por los autores, quienes aprovechan para animar el análisis de las transiciones a la democracia desde la perspectiva de los actores implicados en ellas: ‘La emergencia de la democracia no es un subproducto del desarrollo económico. La democracia es o no establecida por la acción de actores políticos que persiguen sus objetivos, y puede ser iniciada en cualquier nivel de desarrollo.’ (Przeworski y Limongi, 1997: 177).

No obstante, el libro que firman estos dos autores junto a Michael E. Álvarez y José Antonio Cheibub (Przeworski et al., 2000) puede servir para matizar este tono tan

tajante respecto a la teoría endógena. Se muestran nuevos análisis, y en uno de ellos, buscando con atención, podemos encontrar un muy leve efecto positivo – aunque significativo – del PIB per cápita en la probabilidad de que ocurra una transición a la democracia²². Los autores mantienen sus conclusiones, pero se puede notar una ligera apertura en las mismas: ‘Aunque estamos dispuestos a creer que el desarrollo económico puede abrir la puerta para la transición a la democracia, incluso cuando las condiciones para la democracia estén maduras, los resultados de los conflictos políticos son indeterminados. Por ello, no hemos conseguido detectar ningún umbral de desarrollo que haga la emergencia de la democracia predecible. En resumen, la teoría de la modernización parece tener poco poder explicativo, si es que tiene algo.’ (Przeworski et al., 2000: 137).

Lejos de conformarse con esta afirmación, Carles Boix y Susan C. Stokes (2003) volvieron sobre la parte empírica del mencionado libro. En base a una serie de apreciaciones metodológicas, y ampliando hacia atrás la base de datos hasta el año 1850, estos autores recuperan un efecto positivo y significativo del PIB per cápita en la probabilidad de democratización. Este efecto tiene, además, una intensidad diferente en función del periodo histórico considerado. Antes de 1925 la influencia del desarrollo económico en la probabilidad de ocurrencia de una transición a la democracia es mucho mayor que desde el año 1925 en adelante, cuando dicha influencia persiste pero a unos niveles muy inferiores. El sesgo de selección introducido involuntariamente por Przeworski y el resto de autores, y basado en la consideración de una muestra con un marco temporal más estrecho, había minusvalorado el efecto del PIB per cápita. Las teorías de la modernización se resisten a desaparecer del mapa de las explicaciones del origen de la democracia.

Pero el aporte más importante del mencionado artículo es la inclusión de la desigualdad económica como variable independiente²³ en la explicación de la democracia (Boix, 2003; Boix y Stokes, 2003). Una vez controlados los análisis por la existencia de una mayor o menor desigualdad económica entre la población, el efecto de los ingresos per cápita queda en entredicho: ‘Nuestros datos respaldan la idea de que la

²² La existencia de ese efecto la recoge Barbara Geddes (2007). En particular, nosotros hemos encontrado indicios de esto en la observación del coeficiente significativo de la variable LEVLAGE – ingreso per cápita retrasado un año – en la tabla 2.17 del referido libro (Przeworski et al., 2000: 124).

²³ También se incluyen otras variables de control relativas al contexto internacional: la existencia o no de dominación soviética sobre el país y el hecho de poseer o no abundantes recursos petrolíferos.

democracia no es causada por los ingresos per sé, sino por otros cambios que acompañan al desarrollo, en particular la igualdad económica.’ (Boix y Stokes, 2003: 540). A mayor igualdad económica, mayor probabilidad de ocurrencia de una transición a la democracia. Esto es así porque las reclamaciones de redistribución de renta desde los más ricos hacia los más pobres son menores en un sistema igualitario que en un sistema altamente desigual. Con un grado bajo de desigualdad económica, el votante mediano está económicamente más cerca de las élites y, por tanto, les reclama menos impuestos. Las élites, sabiendo esto, son más proclives a consentir transiciones a la democracia en semejantes contextos.

El desarrollo económico, pese a todas las veces que se ha puesto en entredicho y aun considerando el último párrafo, es una variable que nunca terminará de desaparecer en los estudios sobre transiciones a la democracia. Más allá de la comodidad empírica que supone la brillante disponibilidad de series históricas que recogen los valores de PIB per cápita²⁴, cosa que no ocurre con otras variables, lo cierto es que detrás de la riqueza de un país se pueden esconder tantas y tantas variables que hacen casi ineludible la inclusión del PIB per cápita siquiera como variable de control. Incluso Boix, lejos de despreciar para siempre las teorías de la modernización, continuará tratando de poner en diálogo el desarrollo con la desigualdad (Boix, 2009). Dicho de otro modo, la desigualdad es para él una variable intermedia, escondida, detrás del PIB. Al final, y esto parece que perdura como conclusión robusta en la Ciencia Política y la Sociología, el PIB per cápita es sólo una variable cómoda a la hora de ser incluida en los análisis, pero no hace sino agrupar a otras variables que es donde reside realmente la capacidad explicativa de los fenómenos sociales. Y esas explicaciones están basadas en la interacción entre élites y ciudadanos, en los actores sociales, en las coyunturas, en la historia. Si en algo contribuye el desarrollo económico a la explicación de la democracia es condicionando por múltiples vías – y, de esta forma, escondiendo – la interacción entre actores sociales.

²⁴ Me gustaría rendir tributo al profesor Angus Maddison, fallecido durante la redacción de esta tesis (†2010), cuyas series históricas de PIB y PIB per cápita quizá hayan sido uno de los recursos más utilizados por los científicos sociales interesados en grandes estudios cuantitativos comparados (Maddison, 2010).

Las democratizaciones, y los avances democráticos por extensión, son en último término fruto de la interacción entre actores sociales. En realidad, y esto es una posición metodológica, todo resultado social es el fruto – intencionado o no – de la interacción entre actores que persiguen sus intereses²⁵. Esta afirmación supone la atemperación de los estudios funcionalistas sobre desarrollo económico y democracia. Los críticos de este tipo de estudios, como hemos visto, han propuesto moverse desde el campo de los automatismos económicos hacia la recuperación de los actores, que son quienes establecen la democracia, la perfeccionan, la restringen o la destruyen. Ésta es la recomendación explícita, antes señalada, de Przeworski y sus coautores (Przeworski y Limongi, 1997; Przeworski et al., 2000).

Hay formas muy diferentes de considerar la interacción entre los actores sociales a la hora de abordar las explicaciones de las transiciones hacia la democracia. La teoría de juegos es la formalización por excelencia de la interacción entre actores sociales. Sin embargo, los estudios históricos de caso, y las generalizaciones obtenidas a partir de los mismos²⁶, también pueden recuperar ese componente interactivo. Finalmente, los métodos cuantitativos son susceptibles de presentarse bien como una prueba consciente de la teoría de juegos, bien como una guía para descender – con mayor o menor grado de formalismo – a los mecanismos micro de la interacción. Cualquiera de las técnicas expuestas, utilizadas excluyentemente o combinadas por los estudios a continuación mencionados, pueden recuperar a los actores en los procesos de extensión de la democracia.

La consideración misma de la desigualdad económica como factor de democratización es ya una explicación basada en los actores. En la segunda parte del artículo de Boix y Strokes (2003), cuando establecen una relación lineal y positiva entre igualdad económica y probabilidad de democratización, se está adoptando una posición

²⁵ Conviene interpretar, para la sencilla afirmación general que estamos realizando, de forma laxa la palabra ‘intereses’. Los intereses pueden ser egoístas o altruistas, así como estar sujetos a incertidumbre o a déficits de información. No es ésta una defensa, por tanto, del utilitarismo más rígido, sino una apuesta por la consideración de los actores y sus conflictos, por tener siempre presente la transición micro-macro señalada por James S. Coleman (1990).

²⁶ Una obra considerable al respecto son los volúmenes del proyecto de Guillermo O'Donnell, Phillipe Schmitter y Laurence Whitehead (O'Donnell y Schmitter, 1988; O'Donnell et al., 1988b, 1988c, 1988a). Sin embargo, en la medida que estos volúmenes recogen la tercera ola de democratizaciones, abordan una realidad fuera de los márgenes temporales de nuestro estudio. Más adelante recalaremos en la explicación e importancia de las olas de democratización.

metodológica basada en la interacción. Este extremo se plasma en el apéndice, donde la teoría de juegos ofrece el mecanismo – ya recogido en nuestro aparatado anterior – que une dichas variables.

La importancia de los actores sociales penetra brillantemente la obra de Daron Acemoglu y James A. Robinson (2007), quienes además alcanzan nuevas conclusiones acerca de la relación entre igualdad económica y democratización²⁷. Ambos elementos no están ligados lineal y positivamente, sino implicados en una relación curvilínea de U-invertida. A niveles muy bajos y muy altos de desigualdad la probabilidad de democratización es baja, siendo más probables las democratizaciones en niveles medios de desigualdad. El mecanismo que actúa detrás de esta relación está basado en la consideración conjunta tanto de los beneficios y costes de iniciar una revuelta por parte de los ciudadanos, como de los beneficios y costes de reprimirla por parte de las élites. En sociedades muy desiguales las élites estarían menos dispuestas a permitir una revuelta ya que tienen mucho más que perder, al beneficiarse de su situación en la cúspide de un sistema muy desigual. Por otro lado, en sociedades muy igualitarias los ciudadanos no estarían interesados en iniciar una revuelta, siempre costosa, dado que ya se están beneficiando de una distribución muy igualitaria de la riqueza. Serían los valores medios de desigualdad, entonces, los más favorables al inicio de revueltas exitosas que terminaran en una democratización. Quedaría, por tanto, modificado el argumento de Boix y Strokes.

Al considerar el papel de la desigualdad se está resaltando, junto a ella, un elemento central en las teorías de la democratización y en el argumento de este estudio: la presión de las clases bajas. Cuando los estudiosos de la desigualdad consideran la probabilidad de que ocurra una revuelta y de que ésta sea exitosa, se asume como elemento imprescindible de la democratización la presión de los ciudadanos. Estos, si se emplea el término por oposición conceptual a las élites, son entonces, genéricamente, las clases inferiores. Si se quiere son – en descripción más impactante pero más correcta – los desposeídos de derechos.

²⁷ Su trabajo es eminentemente teórico, basado en agudos esquemas racionales que son ilustrados mediante la comparación de varios países. Reparar en muchas variables que podrían influir en la probabilidad de democratización, tales como la existencia o no de una clase media, la globalización o la preeminencia de uno u otro factor de producción en la estructura económica. Avanzamos que la riqueza de este libro nos llevará a recuperarlo en otros momentos del presente estudio, muy ligados con la defensa de nuestro argumento que relaciona guerra y democracia.

El estudio clásico de Barrington Moore, publicado originariamente en 1966, busca los orígenes de la democracia contemporánea en dinámicas de relaciones de clase de tiempos pasados, cuyos efectos traspasan la historia hasta el siglo XX. Su análisis de los orígenes sociales de la dictadura y la democracia modernas se basa en las diferentes relaciones de clase existentes entre el campesinado y los terratenientes durante el feudalismo. Las instituciones feudales, moldeadoras de las relaciones de clase, darían como resultado tres caminos hacia la modernidad política: la democracia parlamentaria capitalista, la dictadura fascista capitalista y la dictadura comunista. Para estar en la ruta democrática dichas instituciones debían desarrollar algún grado de inmunidad para ciertos grupos ante los abusos del soberano, así como un sistema de contrato libre fuera del vínculo del vasallaje. Esta conjunción ‘no ha existido más que en la Europa occidental’, único lugar donde ‘se dio aquel delicado equilibrio entre excesivo y escaso poder real que comunicó un fuerte ímpetu a la democracia parlamentaria’ (Moore, 1991: 337). Estas condiciones históricas de posibilidad de la democracia son, en tanto que engendradas por instituciones feudales, irrepetibles en la actualidad, quedando clausurado desde el siglo XVII el inicio de este camino a la democracia.

Si considerar el equilibrio de poder entre los grupos sociales supone un grado mayor de profundización en los mecanismos de cambio social, también es cierto que situar las observaciones de dicho equilibrio en el feudalismo y aplicar sus efectos en el siglo XX es una suerte de determinismo histórico. El propio Moore señala que ‘el punto de arranque no determina del todo el curso subsiguiente de la modernización’ (1991: 336), pero esta afirmación es más una cuestión de estilismo científico que una autocritica a su obra. El problema de establecer una trayecto-dependencia (*path-dependency*) que remonte los orígenes de la democracia parlamentaria a las relaciones agrarias feudales es que se considera la acción de las clases sociales sólo en el pasado, pero con el objetivo de explicar acontecimientos muy posteriores. ‘Los actores – las clases sociales – mueven la historia en la teoría de Moore, pero operan a una distancia de siglos: la estructura de clases agraria del siglo diecisiete determina los regímenes establecidos doscientos o trescientos años después’ (Przeworski y Limongi, 1997).

Siguiendo la crítica anterior, la posición correcta a la hora de considerar la democracia fruto del conflicto entre actores sociales es estudiar dicho conflicto en la contemporaneidad del origen mismo de las instituciones democráticas. En su obra de 1979, Theda Skocpol (1984) acentúa el papel de la clase trabajadora como motor de las revoluciones, con permiso de la fuerza represiva del Estado, criticando a Barrington

Moore su olvido de dicha clase. Dietrich Rueschemeyer, Evelyne H. Stephens y John D. Stephens (1992), atendiendo a la relación entre desarrollo capitalista y democracia, ponen todo su énfasis explicativo, precisamente, en el equilibrio de poder entre las clases sociales bajo el capitalismo, situado en coordenadas variables de capacidad estatal y de influencias transnacionales. Del mismo modo, Beverly J. Silver (2005) muestra cómo aumenta el poder de negociación de los trabajadores-ciudadanos a finales del XIX y principios del XX, con los consiguientes resultados democráticos. Todas estas aproximaciones centran su atención en la capacidad de presión de las clases bajas en el momento mismo de la democratización, añadiendo cada una de ellas otros factores pero manteniendo la centralidad de la lucha por la democracia. Esta opción, enriquecedora frente al establecimiento de trayecto-dependencias, no implica en absoluto negar el papel de la historia en la explicación del presente. Los hechos tienen una base histórica que constriñe la acción, pero la acción es ejecutada siempre sobre bases sociales por los actores y no por la historia.

Hemos identificado en el conflicto político, más concretamente en la presión del movimiento obrero sobre las élites, un elemento fundamental a la hora de explicar las democratizaciones. El ejercicio de la fuerza, o la amenaza a su recurso, es la herramienta con la cual las clases trabajadoras pueden presionar a las élites para iniciar procesos democratizadores. Obviamente, a pesar de ser un elemento ineludible en estos análisis, la presión no asegura la democracia. La relación entre ambas variables es probabilística – no determinística – y está condicionada, entre otras cosas, por la posición de poder que ostenten las élites para reaccionar ante ella. Así, la existencia de una presión democratizadora por parte de las clases bajas, explícita o implícita, es condición necesaria para la democratización, aunque no suficiente (Rueschemeyer et al., 1992). No debemos olvidar que el equilibrio de poder entre clases es una balanza con dos platos, y que las élites poseen una capacidad de reacción variable e independiente de la magnitud de la amenaza planteada por las clases bajas. En visión de conjunto, se trata del modelo analítico de ‘poder relativo de clase’ (*‘relative class power’*), formulado por Rueschemeyer, Stephens y Stephens (1992), y que tiene en cuenta, al menos, a los dos grupos sociales mencionados.

De hecho, en los esquemas teóricos para el estudio de las transiciones a la democracia el conflicto político adquiere una posición preeminente. En el modelo dinámico de transiciones a la democracia propuesto por Rustow (1970) el conflicto político sería la ‘fase preparatoria’ (*‘preparatory phase’*) de la transición a la

democracia. Como único requisito previo al conflicto político (*'background condition'*) encontraríamos la necesidad de una unidad nacional, de una comunidad política reconocible sobre la que plantear dicho conflicto. Con posterioridad al mismo, las élites adoptarían unas u otras decisiones prodemocráticas en la 'fase de decisión' (*'decision phase'*), finalizando el proceso de democratización con una 'fase de habituación' (*'habitation phase'*) que habría de ser exitosa. El presente esquema, aplicable al análisis de cualquier democratización, no funciona sin conflicto político.

También los estudios que tratan la extensión del sufragio, elemento relevante en la producción de avances hacia la democracia, han encontrado sus causas en la amenaza revolucionaria y la protesta política. Existen desarrollos de teoría de juegos que muestran cómo las élites de los países occidentales, cuando sintieron una seria amenaza revolucionaria, se vieron empujadas a extender el derecho de voto a una fracción mayor de la población, no pudiendo resolver la situación con meras políticas redistributivas que contentaran momentáneamente a los trabajadores pero que peligraran una vez esfumado el potencial revolucionario (Acemoglu y Robinson, 2000, 2007). Przeworski (2009), nuevamente, aborda estadísticamente esta cuestión, situando su respuesta tras la sugerente pregunta que formula en el título de su artículo: 'Conquered or Granted? A History of Suffrage Extensions'. En él confirma la relación entre presión de los grupos excluidos y extensión del sufragio. La variable empleada para medir el nivel de protesta es la suma de huelgas, manifestaciones y disturbios retardados un año. Al confrontarla con una serie de variables que operacionalizan sus hipótesis sobre la extensión del sufragio, la presión de los grupos excluidos triunfa como factor significativamente relevante en la extensión del sufragio, dejándose notar también la influencia de encontrarse en un periodo posbélico²⁸. El derecho de voto, en consecuencia, es *conquistado* por las clases bajas. De una forma muy exhaustiva, Toke S. Aidt y Peter S. Jensen (2012) encuentran también un efecto positivo de la amenaza revolucionaria – en su versión internacional de modelo exterior, tanto proveniente de los acontecimientos revolucionarios en países contiguos como de países con una base lingüística común – sobre las extensiones del sufragio en Europa entre 1820 y 1938.

Pero la balanza del equilibrio de poder entre clases, como hemos dicho, tiene dos platos, y también podríamos considerar las posibles posturas prodemocráticas de las élites con independencia de la capacidad de presión del movimiento obrero. En el caso

²⁸ Volveremos sobre esta apreciación en el Capítulo IV de la tesis.

de las dictaduras de finales del siglo XX cabe considerar el grado de conflicto en el seno de las propias élites entre los ‘duros’ (*‘hardliners’*) y los ‘blandos’ (*‘softliners’*), cuyas diferentes acciones y preferencias son susceptibles de influir en las transiciones a la democracia (O'Donnell y Schmitter, 1988). La división también puede cristalizar en las élites, aun en ausencia de una amenaza revolucionaria, si una parte de las mismas está interesada – electoralmente – en extender el sufragio junto con la necesidad de generalizar los bienes públicos, en el fin de las políticas particularistas y clientelares de las viejas élites (Lizzeri y Persico, 2004). Más cerca de la argumentación de nuestra tesis, las élites podrían haber necesitado extender el sufragio al hilo de las guerras con el objetivo de conseguir el apoyo y la movilización de la clase trabajadora para luchar en el frente (Ticchi y Vindigni, 2008).

Aunque volveremos en el Capítulo IV sobre los postulados de Davide Ticchi y Andrea Vindigni, lo cierto es que se ha demostrado que la presión del movimiento obrero eclipsa en gran parte la concesión voluntaria de derechos por parte de las élites. Algunos de los estudios del penúltimo párrafo (Przeworski, 2009; Aidt y Jensen, 2012) son, precisamente, respuestas argumentadas estadística o racionalmente a los presentados debajo. En cualquier caso, conviene tener en cuenta la postura de las élites en cualquier estudio sobre democratización, a pesar de que la dificultad de operacionalizar estadísticamente dicha variable la confine a menudo a una consideración descriptiva y suplementaria, históricamente coyuntural. A sabiendas de esto, las teorías sobre la concesión – que no conquista – del derecho de voto han sido particularmente cautas (Lizzeri y Persico, 2004: 756):

Enfatizamos de nuevo que no vemos nuestra tesis como alternativa a otras visiones de la reforma [electoral]. En particular, creemos que la tesis de Acemoglu y Robinson de la ‘amenaza de revolución’ es también importante en la explicación de la reforma electoral. Ambas tesis pueden ayudar a explicar por qué el sufragio fue extendido pacíficamente en el siglo diecinueve en Inglaterra, y en nuestra opinión, ninguna explicación por sí misma constituye una completa visión de los incentivos de la élite para introducir la reforma.

Podríamos polemizar con esa supuesta extensión ‘pacífica’ del sufragio en Inglaterra, pero basta con señalar que las élites, como parte del juego del poder político, también pueden facilitar u obstruir el envite democratizador del movimiento obrero, con independencia de la propia magnitud de dicha presión. El común de la historia, y los estudios ya señalados, se muestran no obstante escépticos ante lo determinante de su papel propiciador.

Teniendo siempre presentes las dinámicas internas, resulta también oportuna la incorporación de una perspectiva internacional al estudio de las causas de la democratización. Para ello, un buen punto de partida es la identificación de diferentes coyunturas temporales y geográficas bajo las cuales se agrupan los momentos de extensión y de contracción de la democracia en el mundo. Los movimientos expansivos de dichas coyunturas histórico-geográficas se han dado en llamar olas de democratización (*waves of democratization*), aunque resulta más fiel al concepto su traducción como ‘oleadas’ de democratización. La definición, en palabras del acuñador del término, es la siguiente (Huntington, 1994: 26):

Una ola de democratización es un conjunto de transiciones de un régimen no democrático a otro democrático, que ocurren en un determinado período de tiempo y que superan significativamente a las transiciones en dirección opuesta durante ese mismo periodo. Una ola también implica habitualmente la liberalización o la democratización parcial en sistemas políticos que no se convierten por completo en democráticos.

Durante una ola, por tanto, prevalecerá en el mundo un empuje dominante hacia la democracia, que cristalizará en un número considerable de países, completa o parcialmente. Identificar las olas consiste en señalar las características diferenciales de cada movimiento general hacia la democracia, tras delimitar temporal y geográficamente la zona mundial por él afectada. Del mismo modo, pero en sentido inverso, también es posible identificar épocas de retroceso hacia regímenes no democráticos, que son conocidas como contraolas. La Tabla 2.1 muestra las coordenadas espacio-temporales, así como una breve descripción, de las olas y contraolas de democracia.

Tabla 2.1. Olas y contraolas de democracia

Ola / Contraola	Periodo	Descripción
<i>Primera – extensa – ola de democratización</i>	1828 – 1926	Fenómeno propio del siglo XIX, aunque con raíces en las revoluciones norteamericana y francesa, que afecta a Europa y Norteamérica. Debida al desarrollo económico-social y – al final del periodo – a la victoria de los aliados en la Primera Guerra Mundial y la consiguiente caída de los imperios centrales.
<i>Primera contraola</i>	1922 – 1942	Involución en países que adoptaron por primera vez formas democráticas en torno a la Primera Guerra Mundial, en donde era nueva la democracia e incluso las propias naciones.
<i>Segunda – breve – ola de democratización</i>	1943 – 1962	Debida, sobre todo, a la ocupación aliada de diversos países en torno a la Segunda Guerra Mundial. Causada por factores internacionales: políticos y militares
<i>Segunda contraola</i>	1958 – 1975	En América Latina y en África
<i>Tercera ola de democratización</i>	1974 –	Empieza en el sur de Europa y se extiende a América Latina a finales de los setenta y levemente a África en los ochenta ²⁹

Fuente: Elaboración propia con información de Huntington (1994).

Se observa una oscilación pendular, a lo largo de la historia, entre momentos en los que predominan las transiciones hacia la democracia y coyunturas en las cuales priman las involuciones hacia regímenes no democráticos. Esta identificación de olas y contraolas constituye un esquema general, dentro del cual Huntington se va a ocupar en profundidad de la explicación de la tercera ola de democratizaciones.

Más allá del conjunto de causas particulares asociadas a cada ola y contraola, podemos preguntarnos por qué las democratizaciones ocurren – o son susceptibles de agruparse – en oleadas. La respuesta es doble. Por un lado, es posible que las dinámicas internas democratizadoras de los diferentes países coincidan simultáneamente en el tiempo. Desde esta perspectiva, la génesis de la democracia continuaría perteneciendo a los factores internos – económicos y sociales – de cada país, los cuales coincidirían en su presencia histórica en múltiples países. Por otro lado, el contexto internacional podría ser capaz de generar tendencias democratizadoras en varios países a la vez. Los factores

²⁹ El libro de Huntington se publicó originalmente en 1991, motivo por el cual no tuvo tiempo de recoger en esta ola la democratización a los antiguos países soviéticos tras la caída de la URSS. Dichas democratizaciones bien podrían situarse, no obstante, como cierre de esta ola.

basados en la imposición exterior – militar o diplomática – de la democracia o en la desaparición de sometimientos antidemocráticos – diferentes formas de descolonización – podrían ser entonces los causantes de la producción de oleadas democratizadoras. En este último sentido, la asociación temporal en oleadas aporta por sí misma algo al estudio de las causas de la democracia: la consideración de las influencias internacionales en los procesos de democratización.

Pero si bien el estudio de las causas de la democracia no debe obviar el contexto internacional, éste tampoco ha de eclipsar la consideración del equilibrio interno de poder entre clases. Dicho de otra forma, la existencia de olas de democracia no suprime el papel de los movimientos sociales en el cambio político (Markoff, 1999). Las oleadas se derivan conjuntamente, como se ha señalado, de procesos simultáneos acaecidos en el seno de cada país y de la conexión entre estados (Tilly, 2010). Es por ello que ambos elementos han de ser siempre considerados en el estudio de la democratización. Contrariamente al clásico símil, las relaciones internacionales no son un tablero de ajedrez en el que se mueven piezas inertes. Son, más bien, una suerte de laboratorio donde se trabaja con elementos muy inestables. La variable correlación de fuerzas entre las clases sociales es una de las principales fuentes de inestabilidad dentro de cada país y, desde esta perspectiva, quizá sea incluso más importante el movimiento prodemocrático *desde dentro* que los intentos forzados de democratización *desde fuera*. Esto es particularmente cierto cuando se trata de democratizaciones y no de involuciones democráticas. Podemos pensar en países interesados en crear dictaduras con gobiernos títere incluso allí donde las condiciones internas del país son prodemocráticas. Sin embargo, cuesta más pensar en una promoción desinteresada de la democracia en lugares donde el equilibrio de clases devolvería una dictadura. En este último caso quizá fuera más fácil para el país extranjero el hacerse con el control de la dictadura ya existente, aunque cualquier opción es lógicamente plausible y la dirección de la influencia no ha de ser determinada en abstracto y a priori.

Además de la posibilidad de que terceros países impongan democracias o dejen de imponer regímenes no democráticos, el plano internacional puede penetrar también en el estudio de las democratizaciones a través de un ‘efecto contagio’ más sutil, sin imposiciones directas. En este caso, lo ocurrido en un tercer país podría ser ejemplo del futuro que le espera a otro país determinado. Como veíamos anteriormente, Aidt y Jensen (2012) situaron también en un plano internacional la importancia de la ‘amenaza revolucionaria’ en los procesos democratizadores. Descubrieron cómo los movimientos

revolucionarios en países limítrofes o lingüísticamente semejantes provocaban la extensión del sufragio en el país en cuestión. En este sentido, el plano internacional nos devuelve de nuevo a los factores internos: los sucesos prodemocráticos de otros países son ejemplo de la capacidad transformadora que las clases bajas podrían tener también en el propio país, quizá desconocida hasta ese momento tanto por ellas mismas como por las élites. Resumiendo, las revoluciones o democratizaciones en unos países pueden constituir señales de lo que les espera a otros países, donde las élites preferirán entonces democratizar desde arriba antes que sufrir una revuelta desde abajo.

La consideración del contexto internacional completa el cuadro explicativo de las causas de las democratizaciones. La coincidencia en la historia de las transiciones a la democracia se debe bien a la simultaneidad de los procesos internos prodemocráticos de cada país, bien a la imposición militar o diplomática de unos países sobre otros, bien al fin del fomento de políticas coloniales, bien a un efecto contagio que detonaría situaciones internas preexistentes. Lo dicho acerca de la influencia del plano internacional en las transiciones a la democracia se puede trasladar también, al igual que el resto de teorías antes expuestas, a la explicación de los momentos de avance hacia la democracia. Como hemos aclarado previamente, y como expondremos a continuación, nuestra opción respecto al estudio de la democracia es, de acuerdo con los objetivos de este estudio, gradualista.

2.4. Una nueva perspectiva: el estudio de los momentos de avance democrático

Todas las apreciaciones que hasta ahora hemos realizado sobre la democracia encajan entre sí, devolviendo una imagen coherente que se integra en la perspectiva del presente estudio. La democracia conlleva, como señalábamos al principio del capítulo, una disputa entre actores sociales *por* y – después – *en* la ciudadanía. El status quo antidemocrático se alzaba – se alza todavía, en muchos lugares – como una enorme muralla ante las reclamaciones democráticas de los desposeídos. La asimetría inicial de poder entre los ricos y los pobres, entre las élites y el populacho, entre el gran capital y los trabajadores, adquirió en la historia unas dimensiones que hacían difícil pensar que algún día las clases bajas podrían aspirar a disputar seriamente el poder político a las clases dominantes. Pero sucedió. Los malvados, feos e idiotas – en consideración de las élites – consiguieron que se avanzara hacia el ideal de democracia. No es de extrañar, como reza el título del presente capítulo, que esa democracia que ahora vemos como un

orden político razonable y plausible, haya sido calificada con gran acierto como un ‘estado contraintuitivo de las cosas’ (*‘counterintuitive state of affairs’*): ‘La democracia, entonces, es un estado bastante contraintuitivo de las cosas, en el cual los muchos desaventajados tienen, como ciudadanos, una voz real en la toma colectiva de decisiones políticas’ (Rueschemeyer et al., 1992: 41). En otras palabras, la democracia es ‘un ordenamiento político difícil’ (Morlino, 1996: 79), y ‘el problema aquí es [...] elucidar cómo ha emergido una forma democrática de gobierno en una sociedad donde una pequeña minoría determina si, dónde, cómo y por cuánto la mayoría de la población trabaja, además de cómo y dónde viven’ (Therborn, 1978: 4).

La respuesta al porqué de las transiciones a la democracia ha de basarse, dado el carácter disputado de la misma, en la evolución del conflicto entre clases sociales. Las grandes variables que tradicionalmente se han empleado para explicar las causas de la democracia – desarrollo económico, grado de igualdad económica, nivel de protesta de las clases bajas, oportunismo de las élites, contexto internacional – son susceptibles, como hemos mostrado, de una interpretación ligada – en diferentes formas y grados – a la balanza del equilibrio de poder entre las clases sociales.

Entender la democracia como conflicto, en el marco de la extensión o retracción de los derechos de ciudadanía, también facilita la realización de una lectura gradualista de la misma. Más todavía si resaltamos conscientemente, como aquí hemos hecho, la dualidad normativo-operativa del concepto de democracia. Mientras la democracia sea en el plano normativo el régimen que procura una plena igualdad política, las operacionalizaciones del concepto pueden ser múltiples y, al mismo tiempo, reflejar de manera gradual la mayor o menor consecución del mencionado ideal. Esta postura evita el problema de fijar un umbral crítico, más o menos arbitrario, a partir del cual un país transita de la no-democracia a la democracia y viceversa.

No obstante, merece la pena reconocer y defender tanto la valentía como el esfuerzo de los estudios que han tratado de clasificar los regímenes en democráticos y no democráticos, identificando también las transiciones entre ambas situaciones. La tarea encierra grandes complicaciones y, aunque no sea el objetivo de este estudio, debe ser entendida al servicio de unos fines investigadores que, entre otras cosas, han fructificado en excelentes análisis acerca de las democratizaciones. No es nuestro propósito, por tanto, desechar estos estudios sino potenciar, con fines enriquecedores, el gradualismo en el estudio de la democracia.

Numerosos autores – y la Ciencia Política en general – han acogido también una visión gradual que supera la estricta clasificación entre democracia y no democracia. Es bastante común el establecimiento de una categoría intermedia, unas veces de carácter más auxiliar y otras considerada sustantivamente, entre una y otra realidad. Así, se ha hablado de ‘semidemocracias’ (Huntington, 1994), de ‘democracias parciales’ (Acemoglu y Robinson, 2007) – en un sentido más histórico, para aludir a las democracias burguesas – o de ‘anocracias’ (Vreeland, 2008a; Marshall y Cole, 2011), este último término en referencia explícita a regímenes que presentan rasgos más bien contradictorios que intermedios. También se ha acuñado el término ‘liberalización’ para referirse al ‘proceso de redefinir y ampliar los derechos’ (O'Donnell y Schmitter, 1988: 19) que surgiendo en una dictadura puede terminar o no en democracia. Abundan, por tanto, quienes identifican una región intermedia entre dictadura y democracia.

El gradualismo encuentra, no obstante, su máxima expresión en la creación de índices de democracia. Prácticamente la totalidad de ellos han operacionalizado la democracia basándose en las posibilidades gradualistas de las dimensiones de competición partidista y de participación política identificadas por Dahl (1989) pero que, sin embargo, quedaron huérfanas de una observación empírica continua en su planteamiento. Así, se han creado numerosos índices que materializan de forma más o menos continua el gradualismo de la democracia. Entre ellos destacan, siguiendo el orden de la primera vez que fueron publicados, los siguientes: el *Freedom in the World* (Freedom House, 2012), el archiconocido *Polity* (Marshall et al., 2010), el propuesto por Tatu Vanhanen (2000, 2002), el *Scalar Index of Polities* (Gates et al., 2006) y una modificación del *Polity* conocida como *X-Polity* (Vreeland, 2008a). Todos, cada uno con sus peculiaridades, otorgan puntuaciones de democracia a los diferentes países, resumiendo los valores que presenta cada país en un número variable de componentes vinculados a la democracia.

Una vez asumido el enfoque gradual, y como marca la línea expositiva de este capítulo, ha de quedar claro que estamos comprometidos con el estudio del cambio social. Efectivamente, nos interesan aquellos momentos en los cuales se produce un avance sustantivo en el grado de democracia de un país. En este sentido, nos situamos en la senda de Charles Tilly cuando defiende el análisis de los procesos sociales que llevan a la democracia, frente a la fotografía fija que marca las fronteras entre democracia y no democracia. Compartimos con él el segundo objetivo de su estudio (Tilly, 2010: 41):

No queremos computar simplemente la familia democrática en un único instante en el tiempo. Por el contrario, queremos hacer dos cosas más exigentes: primero, comparar los regímenes en relación a cómo son de democráticos; segundo, seguir cada régimen en particular a lo largo del tiempo, observando cuándo y cómo devienen más o menos democráticos.

La clave está en la última línea: ‘cuándo y cómo devienen más o menos democráticos’. Se observa una traslación del concepto de democratización desde el área binomial – que simplemente diferencia democracia y no democracia – hacia el área gradual. Se nos está invitando a observar el cambio político de una forma más progresiva, quitándole así las cadenas que lo confinan al estudio de transiciones políticas entre categorías monolíticas y estáticas. Explotando esta idea el cuadro general gana, como vemos, en dinamismo y flexibilidad.

Como los procesos sociales son complejos, y a veces contradictorios, el propio Tilly se refiere al ‘movimiento neto de un régimen’ (Tilly, 2010: 46) para definir democratización y desdemocratización. Efectivamente, dado que un movimiento hacia la democracia puede ocurrir solamente en un único plano de todos los considerados para calificar a un régimen como democrático, hay que atender simultáneamente a lo que ocurre en todos los componentes de la democracia para averiguar si el movimiento progresivo es neto o no. En otras palabras, sería un error identificar movimientos hacia la democracia cuando hay un claro avance en uno de sus componentes mientras que en el resto hay retrocesos democráticos. Por poner un ejemplo muy ligado a lo que será nuestra investigación, sería un error decir que un país es más democrático cuando se incrementa la pluralidad de partidos si, al mismo tiempo, se reduce el electorado de un 90 a un 20 por ciento de la población mayor de 18 años. Lo primero es un movimiento hacia la democracia, pero queda anulado por la enorme regresión que supone semejante restricción del derecho de voto.

Estas ideas, presentes en su formulación básica en el enfoque de Tilly, son felizmente integradas en nuestro estudio que, no obstante, va a distanciarse del autor en términos de ejecución. El programa investigador que, a partir de aquí, desarrolla Tilly es tan profuso y comprehensivo en su planteamiento que se torna, como él mismo reconoce, en irrealizable: ‘Permítaseme, sin embargo, que no eleve demasiado alto sus expectativas. Ninguno de los análisis del resto del libro alcanza los ambiciosos estándares de medida expuestos por los ejemplos del cuadro 3.1. [relativo a la operacionalización de su teoría]’ (Tilly, 2010: 95). El autor se centra,

fundamentalmente, en componer narraciones analíticas de la historia de determinados países en ciertos periodos considerados clave para la democratización. Por el contrario, nosotros buscaremos un análisis comparado más amplio y basado en evidencia cuantitativa. No significa esto que renunciemos al análisis histórico, el cual completará la imagen y dará cuenta de los mecanismos que operan tras las relaciones estadísticas. Simplemente implica que, teniendo en cuenta que el enfoque gradual es más escurridizo que el enfoque clásico de las democratizaciones, requerimos y proveemos de una prueba más amplia a la que no escape ninguna variación en los componentes de democracia. El enfoque gradual, en nuestra opinión, necesita de esta operación, que se desarrollará además desde un concepto de democracia más manejable desde el punto de vista empírico.

Sin adentrarnos en las operacionalizaciones concretas de la variable dependiente, las cuales serán especificadas cuando corresponda, remarcamos de nuevo nuestra definición de avance democrático. Los avances democráticos son incrementos significativos – ocurridos en un momento t respecto al momento $t-1$ – experimentados en cualquier indicador que se considere medida de democracia, siempre que no se produzcan decrementos simultáneos en otros indicadores que anulen el incremento neto considerado inicialmente. Las posibilidades empíricas para observar los avances democráticos pasan por el manejo de unos u otros indicadores de democracia. Con independencia de los que utilizaremos más adelante en nuestra investigación, la definición teórica de los avances democráticos queda también abierta a englobar futuras propuestas.

Mediante la observación y explicación de los avances democráticos responderemos a la pregunta de qué propicia el cambio social hacia situaciones más democráticas. Aunque aprovechemos lo dicho hasta ahora en torno a las democratizaciones, el estudio de los momentos de avance democrático elimina el problema de identificar qué es y qué no es democracia. No nos es necesario etiquetar en términos absolutos a los regímenes políticos de cada país en cada momento histórico, sino centrar la atención en los factores que producen un cambio relativo y positivo, dentro del propio país, en los niveles de democracia. Se van a resaltar, entonces, los procesos sociales que hacen avanzar a la democracia aunque, en ocasiones, no se complete lo que tradicionalmente se ha conocido como una transición desde la dictadura hacia la democracia. Incluso, se puede pensar en la existencia de avances democráticos dentro de regímenes que podrían ser ya previamente considerados democracias desde

ciertas definiciones. Por decirlo de una vez, no nos importa lo que un régimen es sino lo que un régimen ha cambiado. Nos importa, particularmente, el momento en el que se produce un cambio sustancialmente democrático. Bajo este prisma dinámico, y junto a las teorías ya enunciadas como causas de la democracia, veremos si la guerra tiene algo que decir en la explicación de estos fenómenos. Veremos si la guerra se encuentra entre los factores que históricamente han producido avances hacia la democracia.

3. LA GUERRA Y SU CONEXIÓN HISTÓRICA CON LA CIUDADANÍA

A lo largo de las siguientes páginas nos ocuparemos de la variable independiente que inspira este estudio: la guerra. Puede resultar turbador cómo un término aparentemente tan simple, tan instalado en el lenguaje coloquial y tan arraigado en la historia de la humanidad, nos transporta a realidades tan complejas. La guerra puede afectar, potencialmente, a todos los aspectos de la vida social ya presentes durante la paz, generando además instituciones propiamente bélicas. Es por ello que el estudio de la guerra en sentido amplio, como un periodo delimitado por contraposición a la paz, ofrece posibilidades infinitas. De aquí el carácter siempre desbordante de la guerra en tanto que objeto de estudio *per sé*.

En concreto, a nosotros nos interesa la guerra como productora de avances democráticos en las sociedades beligerantes. En el capítulo anterior se señalaban diferentes teorías para explicar las democratizaciones, y pretendemos sumar la guerra a las ya existentes. El acento será puesto en cómo la guerra transforma el equilibrio de poder entre las clases sociales *hacia el interior de las sociedades*, perjudicando o favoreciendo a las clases bajas en su lucha por la democracia. No obstante, y dada la complejidad del fenómeno, se explorarán otros mecanismos en la relación entre guerra y democracia, incluida la simple imposición militar externa, que competirán con el argumento principal del estudio. La especificación de todos los medios considerados en la observación de cómo la guerra puede promover la democracia – interna o externamente – será objeto, en cualquier caso, del siguiente capítulo.

En primer término, es preceptivo diseccionar el concepto de guerra y tratar sus diferentes aspectos en acepción ciudadana. Sólo así es posible determinar bajo qué circunstancias las guerras pueden facilitar avances democráticos en los países beligerantes. Dicho de otra forma, y como paso previo a la consideración exhaustiva de los mecanismos que ligan guerra y democracia, hay que determinar qué guerras interesan, en un plano de política interna, a la democracia.

El objetivo de este capítulo es, por tanto, caracterizar a la guerra y revelar las conexiones que históricamente ha tenido con la ciudadanía. Empezaremos definiendo el concepto de guerra y ofreciendo diferentes tipologías, de utilidad para reflejar la disparidad de realidades a las que hace referencia el término. Seguidamente exploraremos el origen clásico de la relación entre guerra y ciudadanía, señalando la pervivencia de algunos de sus elementos todavía en el siglo XX. Animados por la

constatación de dicha relación, prolongaremos el análisis de dos aspectos constitutivos de la guerra – la tecnología militar y el reclutamiento – para observar cómo su diseño ha condicionado históricamente las oportunidades prodemocráticas de las guerras. Así llegaremos a una comprensión precisa de las posibilidades materiales y de las restricciones políticas a la participación militar del conjunto de la población, elemento que será fundamental en los hipotéticos efectos políticos democratizadores de las guerras.

3.1. Guerra y tipologías de la guerra

La guerra es un fenómeno que difícilmente pasa inadvertido tanto a las emociones del ser humano como a su curiosidad intelectual. Sería un error negar que detrás del término anida cierta ambivalencia moral, ligada a los sentimientos negativos y positivos que infunde. La guerra es odio, destrucción, miseria, mutilaciones y, por encima de todo, miedo y muerte. Pero también la guerra puede excitar nuestras emociones a través del heroísmo, de la solidaridad dentro y fuera del ejército, de la confrontación ideológica y de la creencia – siempre subjetiva y a menudo vacua – en el sacrificio desinteresado de los ‘buenos’ para acabar con los ‘malos’. La guerra, en tanto que fenómeno traumático, despierta lo peor y lo mejor del ser humano³⁰. Para aproximarnos a ella debemos tener en cuenta esta doble altura moral, con la finalidad de escapar tanto del pacifismo maniqueo como del militarismo psicopático. También resulta útil para comprender el profundo interés del ser humano hacia la guerra en tanto que objeto de estudio.

La guerra afecta a numerosas facetas de la vida individual y social y, por consiguiente, puede estudiarse en muchos planos más allá del puro arte militar. Aunque la trayectoria analítica de la ciencia moderna invita a la concreción y disección de los fenómenos, parcelando su estudio en ámbitos controlables y manejables, la literatura acerca de la guerra no se ha resistido a generar propuestas holísticas con la pretensión de agotar – incluso en un único libro – el estudio de la guerra en todos sus aspectos. El

³⁰ El cine bélico da cuenta de esta visión doble y complementaria sobre la guerra, acentuando o bien sus aspectos negativos o bien sus aspectos positivos. Un claro ejemplo crítico con lo que la guerra hace a los hombres es el clásico *Apocalypse Now* de Francis Ford Coppola (1979). Entre las películas que explotan aspectos más positivos de heroísmo y compañerismo están, por ejemplo, *Saving Private Ryan* (*Salvar al soldado Ryan*) – de Steven Spielberg (1998) – o *Enemy at the Gates* (*Enemigo a las puertas*) – de Jean-Jacques Annaud (2001). El visionado de estas películas pone de manifiesto la ambivalencia moral que sugiere la guerra.

máximo exponente, e iniciador de este camino, es Gaston Bouthoul, quien no sólo propuso una palabra específica para la ciencia encargada del estudio de la guerra en tanto que fenómeno social, la ‘polemología’ (*‘polémologie’*), sino que escribió un extenso tratado acerca de la misma. Su *Traité de polémologie: sociologie des guerres*³¹ (Bouthoul, 1970) incluye el estudio de aspectos filosóficos, jurídicos, sociológicos, morfológicos, tecnológicos, históricos, económicos, demográficos, psicológicos, causales y cíclicos de la guerra. La obra es abrumadora, y su amplitud sólo es compatible con la necesidad de establecer un campo de estudio social en torno a la guerra tras la Segunda Guerra Mundial, no con la producción de un conocimiento profundo en todos los ámbitos mencionados³². Otra obra posterior, también con espíritu de tratado, es la escrita por Raymond Aron bajo el título *Paz y guerra entre las naciones* (Aron, 1963), donde analiza una amplitud semejante de planos aunque introduciendo una visión más política del fenómeno bélico, al poner el acento en el papel estratégico de la diplomacia.

Obviamente, el presente estudio no pretende ser un tratado sobre la guerra, sino considerar una colección de elementos ligados a la misma, aquellos que nos devuelven su acepción ciudadana y su influencia en el equilibrio político entre las clases sociales. No nos ocuparemos de las posibles causas de la guerra, como tampoco nos detendremos en disquisiciones psicológicas y antropológicas sobre lo consustancial o no de la violencia al espíritu humano y a la vida en sociedad. No es relevante para los fines de esta investigación. Entre los efectos de las guerras no contaremos más que los políticos y – temiendo que éste sea un adjetivo muy amplio – estrictamente circunscritos a la variación del reparto de poder entre las clases sociales, así como a su traducción en términos de ciudadanía democrática.

Definición de guerra

El término ‘guerra’ (del germánico *werra*: pelea o discordia) se utiliza con gran profusión en el lenguaje habitual, y no siempre vinculado a los aspectos que le son

³¹ Publicado originalmente en 1951 bajo el título *Les guerres, éléments de polémologie*.

³² El autor realizó su mayor contribución en el campo de la relación entre demografía y guerra, aunque sin demasiada fortuna: defendió una perspectiva próxima al malthusianismo según la cual la guerra vendría a ser un freno destructivo al excesivo incremento poblacional. Esta visión acerca de la guerra, con claros tintes apolíticos y biologicistas, no parece satisfacernos demasiado en la actualidad.

definitorios en ciencias sociales: su carácter político y violento. El *Diccionario de la lengua española* (Real Academia Española, 2001) la entiende así en sus dos primeras acepciones de ‘desavenencia y rompimiento de la paz entre dos o más potencias’ y de ‘lucha armada entre dos o más naciones o entre bandos de una misma nación’. Pero la guerra coloniza el lenguaje común más allá de la violencia política, haciendo uso de sus acepciones – también reconocidas por las autoridades lingüísticas – de pugna, conflicto y oposición, y extrapolando así metafóricamente la crudeza de la guerra a otros ámbitos de conflicto. Es factible, por ejemplo, hablar de la guerra entre sociólogos cuantitativistas y cualitativistas, entre universidades públicas y privadas, entre clubes de fútbol o entre hermanos sin que ello implique el derramamiento de sangre en torno a objetivos políticos. El lenguaje, de hecho, provee ya de bastantes estructuras que incluyen a la palabra guerra con este sentido: la guerra de cifras, de precios, de las galaxias, electrónica, sorda, psicológica y, también, la guerra fría. Efectivamente, la guerra fría, a pesar de su claro componente político, sólo es guerra en este sentido tan secundario como extendido en el lenguaje, al no incorporar – *stricto sensu* – la violencia³³.

A la hora de elaborar una definición de guerra que sea útil para las ciencias sociales debemos dejar a un lado la explosión metafórica que se deriva de lo atractivo y contundente del vocablo. Sin este ejercicio, todo conflicto podría ser calificado como una guerra. Pero, como hemos señalado, para las ciencias sociales la guerra es un acto político y violento, y es en estos pilares en los que vamos a fundamentar el concepto.

Las palabras sin duda más conocidas que se han aplicado para definir la guerra son las escritas por Karl von Clausewitz. Este militar prusiano, que vivió a caballo entre los siglos XVIII y XIX, subraya (Clausewitz, 1972: 58):

Vemos, por lo tanto, que la guerra no es simplemente un acto político, sino un verdadero instrumento político, una continuación de la actividad política, una realización de la misma por otros medios. Lo que queda aún de peculiar a la guerra se refiere solamente al carácter peculiar de los medios que utiliza.

La guerra es, en consecuencia, un medio al servicio de la política. Podemos entender por política la regulación colectiva y vinculante de los conflictos grupales llevada a cabo por los miembros de una comunidad (Vallès, 2000: 18). Para incluir el plano internacional de una forma más clara, nos servimos de la definición de Max Weber,

³³ Bouthoul asegura tajantemente: ‘La llamada “guerra fría” no es guerra’ (Bouthoul, 1971: 35).

(2002: 84) quien la caracteriza como ‘la aspiración (*Streben*) a participar en el poder o a influir en la distribución del poder entre los distintos Estados o, dentro de un mismo Estado, entre los distintos grupos de hombres que lo componen’. Es factible sustituir la palabra ‘Estado’, con ánimo de una definición más atemporal, por ‘unidad política’ o ‘comunidad política’ sin que el concepto pierda su sentido de lucha colectiva por el poder, en tanto que el poder es siempre un atributo social y no individual. Aclarado este extremo, la guerra, entre estados o civil, sería un instrumento más al lado de la negociación pacífica – llamada en el plano internacional ‘diplomacia’ y en el nacional ‘política convencional’ – y de otras formas contestatarias o violentas – las ‘*contentious politics*’ (McAdam et al., 2005) y el terrorismo – para hacer política.

Otro de los grandes pensadores acerca de la guerra, Sun Tzu, parece estar de acuerdo con dicha perspectiva. Este militar, situado en la antigua China del siglo VI a.C., filtra en *El arte de la guerra* un aire de pacifismo y de prudencia que casa con el carácter instrumental y político de la guerra. Como menciona varias veces en su libro, ‘las armas son herramientas de mal agüero’ (Tzu, 2008: 31 y 119), y la guerra, para él, no ha de estar al servicio de las pasiones humanas sino de la política del estado. Así aconseja a los gobernantes (Tzu, 2008: 173-174):

Por esto se dice que los soberanos ilustrados deliberan acerca de los planes y que los buenos generales los ejecutan. No actúes si no es en interés del Estado. Si no estás en situación de obtener el éxito, no recurras a la fuerza armada. Si no estás en peligro, no luches.

Este tipo de afirmaciones adquieren sentido sólo si se entiende la guerra como un instrumento más al servicio de la política. Es por ello que la guerra es hasta cierto punto evitable. No en vano, Sun Tzu disuade a los gobernantes de ejecutarla si no es en interés del estado y si no es estrictamente necesario, es decir, si no hay *otros medios* eficaces para servir a una política concreta.

Debemos ser conscientes de que estamos excluyendo las definiciones de la guerra como concepto pre-político, para-político o post-político. En primer lugar, antes de la política no existe la guerra. Por consiguiente, nuestra descripción de la guerra no es aplicable al hipotético estado de naturaleza sugerido por Thomas Hobbes de ‘guerra de todos contra todos’ (*bellum omnium contra homnes*), que el contrato social de la política vendría a remediar (Hobbes, 1979, 1993). Esa naturaleza violenta y primigenia

del hombre, de existir³⁴, queda fuera de nuestro concepto de guerra, el cual requiere de comunidades políticas enfrentadas que, dicho sea de paso, no tienen por qué ser necesariamente estados modernos (pueden ser, por ejemplo, ciudades-estado, señoríos, imperios, grupos secesionistas o movimientos partisanos). En resumen: la guerra no preexiste a la política, pero sí al estado moderno.

En segundo lugar, la guerra no es un fenómeno que avance en paralelo a la política. Un viejo proverbio inglés que reza ‘la guerra es el deporte de los reyes’ – en el original, ‘*war is the sport of kings*’ (Strauss, 1994: 1172) – nos invita a pensar en la guerra como mero capricho de los gobernantes, al margen de la política. Pero, aunque los motivos de la guerra puedan ser más o menos frívolos y personales cuando hablamos de reyes y señores, es precisamente su sanción política la que la devuelve una y otra vez a esta esfera. Lo que ocurre es que cuando la organización política tiene un carácter más patrimonial, lógicamente la guerra también. Pero, volviendo al proverbio, la guerra es un deporte de reyes, no de cazadores, artesanos o campesinos, y como tal es un deporte político.

En tercer lugar, la política no decide la guerra y luego se aleja de ella, sino que la mantiene subordinada mientras dura y la acompaña en su final. En este sentido, la guerra tampoco es post-política, no supone la finalización y desactivación de los mecanismos al servicio de los cuales nació. Quienes admiran lo militar en su pureza y violencia intrínsecas no comparten este extremo. Para Carl Schmitt (1999) la política es la tarea de señalar quién es el amigo y quién el enemigo. Pero, según este autor, una vez decidida políticamente la guerra como medio extremo de acción contra los enemigos, ésta se despliega con toda su potencia militar, con sus leyes propias, y aparta a la política en su transcurso. Es en este sentido en el que critica a Clausewitz, para quien la guerra siempre permanece subordinada a la política.

Lo paradójico del asunto es que el culpable involuntario de ciertas interpretaciones de la guerra como un fenómeno al margen de la política podría ser el propio Clausewitz. En su famosa obra defiende, sin lugar a dudas y con vehemencia, la tesis contraria, pero lo hace desde un marco conceptual que invita a pensar, en un estricto nivel teórico y abstracto, en la existencia de la guerra al margen de la política. Comienza su obra describiendo la ‘guerra verdadera’ en base a tres acciones recíprocas

³⁴ Frente a la afirmación popularizada por Hobbes (1979, 1993) de ‘el hombre es un lobo para el hombre’ (*‘homo homini lupus est’*), Robert Axelrod (1986) defiende que la cooperación entre individuos puede surgir sin estado, incluso entre individuos egoístas, bajo ciertas condiciones. No vamos más allá, ya que no es éste nuestro objeto de discusión.

en su seno: (1) no hay límites en el empleo de la fuerza, orientada a destruir al enemigo, (2) el objetivo es desarmar al enemigo y (3) hay que acoplar el esfuerzo a la capacidad de resistencia del otro (Clausewitz, 1972: libro I, cap. 1). Esta presentación de la ‘guerra verdadera’, en un plano puro e ideal, contrastaría con las ‘guerras reales’, que son necesariamente sometidas a dictados políticos ya que la guerra no es una decisión – siguiendo al autor – ni aislada, ni única ni definitiva. Sin embargo, el tratamiento de la cuestión puede inducir a pensar que él era partidario de una guerra sin cortapisas políticas, de una guerra de destrucción total plenamente volcada hacia lo militar y en la que la política hubiera desaparecido. Raymond Aron (1963: 46) se aleja de esta opinión en su interpretación de Clausewitz, que compartimos:

Es cierto que Clausewitz parece admirar a veces la guerra que tiende a realizar plenamente su naturaleza propia y reservar su desprecio para las guerras imperfectas del siglo XVIII, en las que las maniobras y las negociaciones reducían a un mínimo los encuentros, la brutalidad y el furor de los combates. Sin embargo, aun suponiendo que estos sentimientos surjan en ocasiones, no hacen sino expresar una serie de emociones simples. Clausewitz siente ante la guerra llevada al extremo una especie de horror sagrado, de fascinación, comparable al que las catástrofes cósmicas despiertan en el alma.

La guerra, efectivamente, le fascina. Pero, sin embargo, cuando observa la realidad de la guerra la entiende siempre como domesticada – quizá éste sea el mejor término para referirnos a su concepción – por la política.

Debemos ser también conscientes de que remarcar el carácter instrumental de la guerra no excluye reconocer la influencia de las formas culturales en ella. John Keegan (1995) atacó la perspectiva de Clausewitz desde esta atalaya, asegurando que la guerra no es un mero instrumento que ha de ser ajustado políticamente a conveniencia para la consecución de ciertos objetivos. La guerra respondería entonces no a la racionalidad impuesta por la necesidad de alcanzar unos objetivos políticos, sino a los usos diferenciales de cada cultura y, en ocasiones, al puro salvajismo. Keegan pone varios ejemplos de la irracionalidad de la guerra: la destrucción total que trajo la constante guerra civil a la Isla de Pascua, el fracaso de la racionalización militar que llevaron a cabo los zulúes y la inútil preferencia de los mamelucos y de los samuráis por conservar sus medios bélicos tradicionales frente a la superioridad de los nuevos avances. Pero estas observaciones, en contra de la opinión de quien las formuló, no son necesariamente contrarias al concepto de guerra como instrumento político. Que la guerra sea una cuestión política no significa que aparezca siempre bajo una racionalidad

perfecta y desnuda, y que las formas culturales la moldeen es algo absolutamente habitual, como ocurre en un grado u otro con todos los aspectos de la vida social e, incluso, de la psicología humana. Ahora bien, pensar que la guerra puede ser algo exclusivamente cultural enajenado totalmente de la racionalidad que reclama la política es una perspectiva difícil de defender, como norma y tal vez también como excepción.

En términos más prácticos, resaltar el irreducible componente político de la guerra nos permite diferenciarla de otras formas de violencia no política. La criminalidad común, aun ejercida de forma colectiva y organizada, no puede llegar a constituir una guerra contra el estado – desde nuestra perspectiva – en la medida que no se guía por demandas políticas. Por muchos cadáveres que hayan dejado atrás los enfrentamientos del siglo pasado entre la mafia italiana y los Estados Unidos, o entre la mafia y el estado italiano, sólo puede hablarse de una ‘guerra del estado contra la mafia’ – y viceversa – en un sentido amplio, fuera del concepto sociopolítico aquí defendido. De igual forma, la ‘guerra contra el narco’ declarada en 2006 por el estado mexicano se encuadra dentro de una respuesta estatal a cierta actividad criminal, aunque el número de muertes sea escalofriante y supere, sin duda, los niveles de violencia de muchas guerras³⁵. No obstante, es cierto que las organizaciones criminales, aunque tengan como primer objetivo el enriquecimiento personal de sus integrantes, a menudo afrontan la consecución de objetivos secundarios vinculados a la política. En organizaciones de gran tamaño y poder es común la influencia en las elecciones, la financiación de ciertas campañas políticas y la utilización de toda la panoplia de actividades criminales – chantaje, coacción, asesinatos, etcétera – para favorecer a determinados políticos corruptos a cambio de su permisividad con la actividad delictiva. Pero, aun considerando estas prácticas intermedias que impactan en la política, el objetivo principal que justifica la existencia de la organización criminal continúa siendo el enriquecimiento de sus integrantes. En principio son indiferentes a la posición ideológica de los políticos a quienes favorecen, no así al grado de beneficio que pueden extraer de ellos y a la flexibilidad de sus acciones represivas. El objetivo principal no es, repetimos, político sino criminal, aunque en el camino les resulte apetecible instrumentalizar la política para asegurarse una fructífera actividad delictiva.

³⁵ Algunas fuentes elevan la cifra de muertos en la guerra mexicana contra el narco por encima de los 50.000. Esta cifra fue ofrecida en la edición número 1945 – correspondiente a la semana del 8 al 14 de julio de 2011 – del semanario Zeta, publicado en Baja California (Mendoza Hernández y Navarro Bello, 2011).

Por otra parte, es cierto que la guerra acostumbra a albergar las formas más repugnantes de criminalidad. Diferenciar y aislar la criminalidad en la guerra, donde se busca la destrucción del enemigo, puede resultar complicado, pero desde mediados del siglo XIX las diferentes Convenciones de Ginebra y otros acuerdos internacionales esclarecen la situación, configurando lo que se ha dado en llamar el Derecho de la Guerra o el Derecho Internacional Humanitario. Comportamientos como el ejercicio de la violencia indiscriminada contra civiles, las violaciones de mujeres, el reclutamiento de niños-soldado o las torturas infringen las convenciones internacionales, lo cual no significa que estén ausentes en la guerra. En toda guerra, en mayor o menor medida, aparecen este tipo de prácticas, bien orientadas a los fines de la guerra, bien utilizadas como excusa para la venganza y el salvajismo privados. Pero lo definitorio para que una guerra sea tal es que continúen persistiendo de forma preeminente uno o varios objetivos políticos en ella, por mucha criminalidad que sea ésta capaz de generar y tolerar³⁶.

Algunos estudiosos han llamado la atención respecto a una preponderancia de la criminalidad en las guerras de los últimos decenios, acuñando la expresión ‘nuevas guerras’ para referirse a ellas y diferenciarlas así de las ‘viejas guerras’. Mary Kaldor argumenta que desde los años ochenta del pasado siglo las guerras vienen mutando al hilo de la globalización, configurándose de una forma más posmoderna pero, a pesar de todo, conservando su carácter político (Kaldor, 2001: 15-16):

Utilizo el término ‘nueva’ para distinguir estas guerras de las percepciones más comunes sobre la guerra procedentes de una época anterior y que esbozo en el capítulo 2. El término ‘guerra’ lo empleo para subrayar el carácter político de este nuevo tipo de violencia, pese a que, como se verá claramente en las páginas que siguen, las nuevas guerras implican un desdibujamiento de las distinciones entre guerra (normalmente definida como la violencia por motivos políticos entre Estados o grupos políticos organizados), crimen organizado (la violencia por motivos particulares, en general el beneficio económico, ejercida por grupos organizados privados) y violaciones a gran escala

³⁶ El estudio de la criminalidad en la guerra, en sus diferentes vertientes, es un campo que ha realizado importantes aportaciones. Aquí nos permitimos realizar algunas recomendaciones para profundizar en él. Respecto a la violencia contra civiles puede consultarse el artículo de Jean-Paul Azam y Anke Hoeffler (2002), el libro de Stathis Kalyvas (2006), el artículo de Laia Balcells (2010) o el estudio de caso de la guerra civil española de Francisco Herreros y Henar Criado (2009); sobre la violación de mujeres durante la guerra destaca el artículo de Atina Grossman (1995), centrado en la Alemania ocupada por los soviéticos durante la Segunda Guerra Mundial; finalmente, existe una amplia preocupación social por los niños-soldado, materializada en múltiples informes (International Amnesty, 2000; Child Soldiers International, 2012) y libros de testimonios (Beah, 2007).

de los derechos humanos (la violencia contra personas individuales ejercida por Estados o grupos organizados políticamente).

Este reciente amalgamamiento de la violencia política y criminal también ha sido expresado por Peter Waldman respecto a América Latina, donde detecta una ‘desaparición de los límites entre la criminalidad común, rebelión social y violencia política en el sentido más estrecho de la palabra [...]’. Además, suele suceder que el mismo grupo armado se presenta y se articula a veces como movimiento político y otras como banda criminal sin metas socio-políticas’ (Waldman, 1992: 40). En este escenario confuso, mientras Kaldor (2001: 142) mantiene una y otra vez con contundencia que ‘las nuevas guerras tienen objetivos políticos’, otros teóricos de la distinción entre viejas y nuevas guerras prefieren enterrar a Clausewitz para el análisis de las últimas (Münkler, 2005: 43-46) y acentuar su componente criminal. En cualquiera de los casos, es muy probable que la distinción entre viejas y nuevas guerras – siendo las últimas fundamentalmente guerras civiles – no se haya planteado de una forma correcta y sea, incluso, prescindible. En un artículo de Stathis Kalyvas – con el sugerente título ‘*New and ‘old’ civil wars: a valid distinction?*’ (‘Nuevas’ y ‘viejas’ guerras civiles: ¿una distinción válida?) – se cuestiona fuertemente lo dicho en torno a las nuevas guerras, porque ‘la evidencia sugiere que las diferencias tienden a ser menos pronunciadas de lo que se suele argumentar y pueden no presentarse clara y dicotómicamente en torno al final de la guerra fría’ (Kalyvas, 2001: 117). Sin pretender cerrar por completo el debate, y a la luz de lo expuesto, parece que a pesar de todo sigue habiendo motivos para entender que el carácter político de la guerra puede perdurar en la actualidad como uno de los elementos definitorios de qué es guerra y qué no, incluso en el complicado campo de los conflictos civiles³⁷.

³⁷ En la literatura de guerras civiles, el primer criterio que establecen James Fearon y David Laitin (2003) para que un conflicto sea clasificado como tal tiene que ver, precisamente, con su carácter político. Sin embargo, Paul Collier y Anke Hoeffler (2000; 2004) han insistido – basándose en impecables análisis empíricos – en situar las causas de las guerras civiles en la codicia (*greed*) de los contendientes en lugar de en la existencia de agravios (*grievances*), lo cual en principio daría un carácter más criminal a dichas guerras, ya que identifican explícitamente la codicia con la criminalidad y la lucha contra los agravios con los motivos políticos. Nótese que incluso en el primer caso continuaría compartiéndose un fin político último, aunque éste fuera la toma del estado con la intención de saquearlo. Más allá de esta separación de motivos, algo simplista, lo cierto es que recientemente Hoeffler (2011) se ha encaminado a plantear la importancia de las ganancias económicas, de la ‘codicia’, como incentivo individual para superar el problema de acción colectiva en la persecución de un bien público, la reparación de un ‘agravio’, que en este sentido sí entendemos que encajaría con la existencia de un objetivo común políticamente motivado. Los incentivos económicos, en resumen, ayudarían a activar bélicamente los motivos políticos subyacentes a las guerras civiles.

El otro pilar que sustenta nuestra definición de guerra es su irrenunciable carácter violento. Bouthoul lo subraya especialmente cuando describe el concepto (Bouthoul, 1971: 35)³⁸:

Por nuestra parte, proponemos la definición siguiente: *la guerra es una lucha armada y sangrienta entre agrupaciones organizadas*.³⁹ Algunos encontrarán esta definición demasiado amplia y otros la encontrarán demasiado estricta. Sea lo que fuere, podemos decir, para resumir, que la guerra es una forma de violencia que tiene como característica esencial ser metódica y organizada respecto a los grupos que la hacen y a la forma como la dirigen. Además, está limitada en el tiempo y en el espacio y sometida a unas reglas jurídicas particulares, extremadamente variables según los lugares y las épocas. Su última característica es la de ser sangrienta, ya que, cuando no comprende la destrucción de vidas humanas, es un conflicto o un intercambio de amenazas. La llamada ‘guerra fría’ no es guerra.

El aspecto violento de la guerra es indiscutible. Tal y como comentábamos al inicio del apartado, solamente las acepciones lingüísticas de la palabra ‘guerra’ en tanto que pugna, conflicto y oposición, y su potencialmente infinita aplicación metafórica en diversas expresiones, pueden quedar resguardadas de la violencia. Pero siempre que hablemos de la guerra para referirnos a la clase de fenómenos que nos ocupan, habrá violencia. Es más. Por si quedara alguna duda acerca de qué es y qué no es ‘violencia’, repetimos con Bouthoul que las guerras son sangrientas. La violencia, en este sentido, puede traducirse por agresión física y muerte, lejos de otros conceptos de ‘violencia estructural’ (Galtung, 1969) que no hacen sino desdibujar y vaciar el concepto de violencia y que, en cualquier caso, aquí no nos atañen.

Desde el *Correlates of War Project* – la colección de datos de referencia en el estudio de la guerra – también insisten en ese aspecto. Las definiciones que emplean en sus diferentes bases de datos provienen del manual original de Melvin Small y J. David Singer (1982), actualizado recientemente por el libro de Meredith Reid Sarkees y Frank Wyman (2010), y aparecen expuestas y explicadas en el artículo de Sarkees (2012) que se ofrece desde la página web del proyecto y que aquí utilizamos como fuente. Se insiste, de una forma similar a la que hemos expresado anteriormente, en que ‘Tenemos que definir la guerra en términos de violencia. No sólo la guerra es imposible sin violencia (excepto por supuesto en un sentido metafórico), sino que consideramos que

³⁸ Las mismas ideas aparecen en francés original, textualmente aunque en fragmentos separados, en el famoso tratado escrito por el autor y referido en las primeras páginas de este capítulo (Bouthoul, 1970: 35-37).

³⁹ Cursivas del original.

la sustracción de la vida humana es la característica primaria y dominante de la guerra' (Small y Singer, 1982: 205-206). Este rasgo se suplementa con otros para conseguir una definición operativa que englobe a todas las guerras, de diferentes tipos, incluidas en el proyecto. Según expone Sarkees (2012), para *Correlates of War Project* las guerras son combates prolongados caracterizados por ciertos niveles de violencia sostenidos en el tiempo (en total han de sumarse al menos mil muertos vinculados a las batallas, cada doce meses) y por la existencia de fuerzas armadas en conflicto (refiriéndose no necesariamente a ejércitos sino a organizaciones colectivas con cierta estructura para el combate). Por su construcción, la base de datos excluye también la represión sistemática o el genocidio de la población, cuando desde el sector afectado no se responde – por carecer de algo parecido a una estructura de combate – infringiendo cierto número de bajas en las fuerzas del estado o del grupo armado opositor. Cabe apuntar que la definición operativa de guerra suministrada por esta base de datos alcanza todavía mayor precisión en el tratamiento de los diferentes tipos de la guerra, cuestión que abordaremos en el próximo apartado.

Finalmente, no vamos a renunciar a ofrecer una definición de guerra – si se quiere, más teórica – que conjugue sus rasgos políticos y violentos, al tiempo que la delimite frente a otras formas de violencia política. No buscamos la originalidad, ya que nuestra definición es muy similar a la empleada por *Correlates of War Project* y, en cualquier caso, se extrae fácilmente de las reflexiones realizadas por los autores analizados. Buscamos condensar sus aspectos para diferenciarla de otras formas de violencia y de política. En consecuencia, la guerra es un conflicto armado de carácter no puntual – que se extiende en el tiempo – entre dos o más agentes colectivos – no necesariamente estados modernos – organizados para combatir por la consecución de objetivos políticos antagónicos, generándose un número de bajas considerable en todos los bandos implicados. Una definición de guerra que incluya estas características se distancia necesariamente de la violencia criminal (por no ser política), de la participación política común (que aun en ocasiones siendo violenta, no causa víctimas mortales en número semejante al de la guerra) y de otras formas de violencia política, tales como la represión estatal (en la cual, a pesar de que haya muertes, sólo hay un bando – el estado – con capacidad organizativa para matar masivamente) y como el terrorismo (cuyos actos se excluyen de esta definición, en general, por una intensidad de la violencia terrorista y una respuesta estatal que no llegan a generar un estado de

conflicto armado organizado⁴⁰). Cabe resaltar de nuevo, y de una manera más clara y comprensiva, que la guerra – a pesar de diferenciarse de otras formas de violencia o de política – puede ser perfectamente compatible con la criminalidad, como también puede serlo con la participación política común. Lo importante aquí es diferenciar cuándo podemos hablar de guerra y cuándo no, con independencia de otros fenómenos que la solapen.

Porque, efectivamente, la guerra existe solapada a muchos otros fenómenos, presentándose como un elemento más que impacta, a veces vigorosamente, en la vida social y política. Cualquiera que sea su intensidad, la guerra es una situación que trastoca la cotidianeidad, no que deja en suspenso lo social y lo político. Clausewitz aseguraba, respecto a la política internacional, que ‘este intercambio político no cesa en el curso de la guerra misma, no se transforma en algo diferente, sino que, en su esencia, continúa existiendo’ (Clausewitz, 1972: 321). Podríamos decir lo mismo acerca de la política interna, donde la guerra es analizada en ocasiones como un precipitante de procesos preexistentes (Bouthoul, 1971; Verstryngne Rojas, 1979). Dice Bouthoul (1971: 6): ‘En una palabra, la guerra es la más notable de todas las formas de transición de la vida social. Es una forma de *transición acelerada*⁴¹’. Además de modificar las instituciones cotidianas, la guerra crea las suyas propias, pero no hace desaparecer a las sociedades mientras duran las hostilidades. El tiempo, en términos bélicos, se divide entre periodos de paz y periodos de guerra, no entre periodos de sociedad y periodos de guerra. Recogiendo esta idea, si algo podemos añadir a nuestra definición anterior es que la guerra, aunque pueda tener un impacto devastador en las sociedades, no genera un paréntesis en ellas sino que transforma sus elementos preexistentes y añade algunos específicos del combate. Esta perspectiva es la condición de posibilidad para abordar el impacto de la guerra en los equilibrios políticos habituales de las propias sociedades combatientes.

⁴⁰ Hay quien entiende el terrorismo como una violencia política dirigida estrictamente contra civiles (Goodwin, 2006), o como la llevada a cabo por grupos armados clandestinos sin capacidad de controlar el territorio (Merari, 1993; De la Calle y Sánchez-Cuenca, 2011). Lo habitual entre los estudiosos de las guerras civiles y en las tipologías generales de la guerra es, sin embargo, reservar el término – implícita o explícitamente – para los episodios de violencia política que no superan ciertos umbrales cuantitativos para ser calificados como guerras civiles (Small y Singer, 1982; Doyle y Sambanis, 2000; Fearon y Laitin, 2003; Sambanis, 2004; Collier y Sambanis, 2005; Sarkees y Wayman, 2010; Sarkees, 2012).

⁴¹ Cursivas del original.

Tipos de guerra

El concepto de guerra es muy amplio. A pesar de la delimitación externa – frente a otras realidades ajenas a ella – realizada en el apartado anterior, la guerra reclama una necesaria diferenciación interna, fruto de la variedad de situaciones que engloba y ha englobado a lo largo de la historia. Existen distintas tipologías de la guerra en función de los criterios de clasificación empleados y del autor que se enfrente a ellos. A continuación mostramos las más relevantes.

Bouthoul, quizá el principal tratadista en el estudio de la guerra, ofrece varias clasificaciones de la misma en su obra (Bouthoul, 1970: parte VIII, cap. 2). En primer lugar, y de forma destacada, distingue entre guerras internacionales, civiles y coloniales. En las guerras internacionales – el modo de guerra clásico para el autor – se enfrentan entidades de derecho internacional independientes y soberanas. Ante la dificultad de identificar claramente a estas entidades en la historia, debido a la evolución en lo que se ha considerado estado o unidad política, el autor introduce como criterio para que una guerra sea internacional el reconocimiento como tal por parte de sus contemporáneos. En cuanto a las otras dos categorías, las guerras civiles se dan entre ciudadanos que pertenecen a un mismo estado en el momento de estallido de la guerra, mientras que las guerras coloniales enfrentan a civilizaciones diferentes, heterogéneas entre sí, en las cuales uno de los contendientes es claramente superior al adversario. La idea general que subyace a esta clasificación será la que perdure con más fuerza, pero con matices, para el encuadramiento de las guerras.

Bouthoul ofrece otras clasificaciones y tipos de guerra, respondiendo a criterios no exclusivamente políticos sino también psicológicos. Distingue la guerra ofensiva de la defensiva, identifica las situaciones de paz armada y de carrera armamentística, explica la guerra de nervios – basada en ganar las mentes mediante la propaganda – y la guerra fría – mezcla de carrera armamentística y guerra de nervios, que utiliza la imposición de barreras económicas y la represalia en un marco de amenaza continuada –, aludiendo finalmente al concepto de guerra preventiva. Resulta llamativo que algunos de estos tipos de guerra definidos por el autor estén, en realidad, excluidos del concepto de guerra que él mismo termina asumiendo, al no implicar – como hemos indicado antes – una *‘lucha armada y sangrienta’*⁴², (Bouthoul, 1971: 35). Del presente bloque, sólo el

⁴² Cursivas del original.

carácter ofensivo o defensivo de una guerra, y el supuesto de guerra preventiva, pertenecen a este concepto violento de guerra. Entendemos que la intención de incluir el resto de definiciones es completar su trabajo con expresiones que provienen de una perspectiva, como él señala, más psicológica, o bien que reflejan las tensiones bélicas en periodos de paz.

De nuevo pegado a su concepto de guerra, Bouthoul desarrolla otra clasificación, tan sistemática como la primera, que atribuye a una conferencia pronunciada por Roger Caillois en la Escuela de Estudios Superiores de París (*l'École des Hautes Études*) en 1947⁴³. Diferencia la guerra primitiva, la guerra cortés (*courtoise*), la guerra nacional y la guerra imperial. La guerra primitiva sucede entre comunidades con pocas diferencias entre sí, adoptando la forma de emboscadas e incursiones puntuales. La guerra cortés se caracteriza por el formalismo de sus solemnes declaraciones y por el código de honor y las convenciones que la limitan en su desarrollo y objetivos, así como por la aparición de las primeras formas de diferenciación y jerarquía militar en su ejecución. La guerra nacional se da entre estados modernos, soberanos, diferenciados y sometidos a un derecho de gentes, el cual acentúa la característica jurídica y contractual de tales guerras y limita el alcance de sus objetivos. Finalmente, la guerra imperial se libra también entre sociedades diferentes, pero donde existe una enorme desproporción de medios a favor del estado – en el lenguaje del autor – más civilizado, quien termina alcanzando el objetivo absoluto – ya sin limitaciones – de conquistar al más primitivo. Esta tipología es cuestionable no tanto por la clasificación terminológica como por las asunciones realizadas respecto a los diversos tipos de guerra. La conocida como guerra cortés – que bien podría ser la guerra medieval – es vista como algo demasiado limpio y elegante. Por otro lado, la diferencia entre la guerra imperial y la guerra nacional reside en la presencia o no de un objetivo de conquista, lo cual podría resultar útil, y en la existencia o no de una desigualdad en el grado de civilización entre los contendientes, lo cual no es una fórmula clara ni operativa. Realmente, el mayor aporte de esta clasificación consiste en llamar la atención, si bien no de forma exhaustiva, sobre la sucesión histórica de diversas situaciones bélicas con anterioridad al estado-nación moderno, como lo serían la guerra primitiva y la guerra cortés.

Aron, el otro gran tratadista de la guerra, afronta también la tarea de clasificar su objeto de estudio (Aron, 1963: parte I, cap. 6). Para él la guerra tiene un carácter

⁴³ Carecemos de referencia bibliográfica al respecto.

permanente en la historia, y la paz es sencillamente la *‘suspensión, más o menos duradera, de las modalidades violentas de la rivalidad entre unidades políticas’*⁴⁴, (Aron, 1963: 192). En consecuencia, y de forma llamativa, no comienza clasificando la guerra sino la paz en referencia a la guerra. Así distingue entre la paz de equilibrio, la paz hegemónica y la paz imperial. En la primera, la ausencia de guerra es fruto de un empate en la fuerza de las potencias, que estando en equilibrio deciden no iniciar la acción bélica. En la paz hegemónica hay una potencia tan superior al resto que su dominio es indiscutible y, por tanto, ningún país le hace frente militarmente. Por último, la paz imperial sería una prolongación de la situación anterior añadiendo el hecho de la conquista, de tal forma que una potencia subyuga al resto e impone sin problemas lo que sería ya, conceptualmente, una paz interior dentro de los límites del imperio.

Pero, además de la paz, Aron clasifica la guerra. Su tipología principal diferencia entre guerras interestatales, guerras superestatales o imperiales y guerras infraestatales o infraimperiales. Para Aron, las guerras interestatales enfrentan a unidades políticas reconocidas mutuamente como legítimas, las guerras superestatales o imperiales se vinculan a la conquista de los derrotados y a la formación de unidades políticas superiores y, finalmente, las guerras infraestatales o infraimperiales se dan en el interior de naciones o imperios con el objetivo de mantenerlos o descomponerlos. El autor también apunta una distinción histórica, en función de la naturaleza de las unidades políticas, entre guerras feudales, dinásticas, nacionales y coloniales. Y, para terminar, alude a que las guerras también son diferentes según la naturaleza de las armas y del aparato militar, aunque renuncia a establecer tipos puros al respecto, remitiendo a la observación de los casos concretos.

Estas clasificaciones tienen bastantes puntos de contacto con las expuestas por Bouthoul. De hecho, ambos proponen un esquema general y también un esquema histórico para clasificar a las guerras, los cuales son bastante similares entre sí. No obstante, en lugar de matizar una por una las diferencias entre ambos – que por otra parte son mínimas – preferimos continuar hacia la tipología con más presencia en la actualidad. Avanzamos que es fácil detectar la proximidad conceptual e incluso terminológica entre la siguiente propuesta y las tipologías generales – no las históricas – anteriores.

⁴⁴ Cursivas del original.

El *Correlates of War Project* ofrece la que es en la actualidad la clasificación de las guerras más utilizada y comprehensiva. Este proyecto abarca la recolección de datos relativos a todo tipo de guerras acaecidas en cualquier lugar del mundo, siendo 1816 el año de inicio de sus bases de datos. Esta fecha, vinculada al final de las guerras napoleónicas en 1815 y a la consiguiente restauración de las fronteras y de las ideas absolutistas, ha de ser tomada en cuenta para enmarcar la utilidad de los conceptos manejados por *Correlates of War Project*. Si bien no es estrictamente necesario circunscribir las definiciones al periodo iniciado en ese momento y que llega hasta la actualidad, si es útil reconocer que todas ellas tienen por referencia la existencia de estados modernos, y es en este contexto y no en el de cualquier unidad política previa donde adquieren todo su sentido.

La ventaja principal de las definiciones extraídas de este proyecto reside en su exquisita precisión y relativa sencillez. Afrontar la ardua tarea de clasificar las guerras de todo tipo que se han librado a lo largo de los últimos doscientos años es una tarea harto complicada que exige el establecimiento de categorías claras y manejables, que sean claramente excluyentes entre sí. Sólo obrando de esta forma ha sido posible distribuir, hasta la fecha, un total de 654 conflictos bélicos en cuatro bloques bien diferenciados: guerras interestatales, guerras intra-estatales, guerras extra-estatales y guerras no-estatales. A continuación definimos los bloques y los subtipos que éstos engloban, siguiendo la documentación principal del proyecto (Small y Singer, 1982; Sarkees y Wayman, 2010; Sarkees, 2012) y las anotaciones realizadas en los diversos *codebooks* del mismo⁴⁵.

Las guerras interestatales, como su propio nombre indica, son las ocurridas entre dos o más estados. Aquí se entiende como estado a la entidad incluida en la *State System Membership List* (Correlates of War Project, 2011), en cuyo *codebook* podemos leer los criterios de inclusión. Antes de 1920, son considerados estados las entidades con más de 500.000 habitantes y que hayan sido, además, receptoras de misiones diplomáticas de Gran Bretaña y Francia, como mínimo al nivel de *Chargé d’Affairs*⁴⁶. Después de ese año continúa manteniéndose el criterio expuesto – aunque desde entonces basta con que las relaciones diplomáticas provengan de cualesquiera dos

⁴⁵ Haremos referencia a la clasificación empleada en la última versión del *Correlates of War Project*, que es una ‘tipología expandida’ frente a la ‘tipología tradicional’ de los orígenes del proyecto (Sarkees, 2012).

⁴⁶ Expresión francesa que denota un rango determinado en las relaciones diplomáticas y que en español encuentra su equivalencia – lingüística y jurídica – en ‘Encargado de Negocios’.

grandes potencias – y se añade una segunda vía habilitadora e independiente de la anterior: la pertenencia a la Liga de Naciones o a las Naciones Unidas. Una vez aclarados los criterios de qué se puede considerar un estado, la definición de guerra interestatal se completa con los rasgos que hacen referencia al carácter armado, violento y organizado – por parte de ambos bandos – presente en cualquier guerra. De esta forma, una guerra interestatal es un conflicto entre dos o más estados – que como tales han de aparecer incluidos en la *State System Membership List* – en el cual hay un combate duradero entre fuerzas armadas, que arroja un total de al menos 1.000 víctimas vinculadas al campo de batalla (dentro de un periodo de 12 meses, excluidos los civiles), habiendo cada estado de sufrir 100 o más bajas o bien dedicar como mínimo 1.000 soldados armados al combate activo (Small y Singer, 1982; Sarkees y Wayman, 2010; Sarkees, 2012). Como ejemplo de guerra interestatal podemos tomar – aprovechando que en el año 2012 fue la conmemoración de su treinta aniversario – la Guerra de las Malvinas, que aparece recogida con el identificador número 202 en la base de datos que comprende las guerras interestatales: la *Inter-State War Data, 1816-2007, v4.0* (Correlates of War Project, 2012b). Esta guerra entre Reino Unido y Argentina transcurrió – a efectos de su catalogación como tal en la base de datos – entre el 25 de marzo y el 15 de junio de 1982. Ambos países se enfrentaron por el control de las Islas Malvinas, resultando el conflicto en victoria británica. Los vencedores sufrieron un total de 255 bajas vinculadas al campo de batalla frente a las 746 del lado argentino.

Las guerras intra-estatales, por su parte, se desarrollan principalmente dentro del territorio de un único estado, y se diferencian claramente de las anteriores porque en éstas al menos uno de los participantes no es un estado. Estos conflictos siguen ajustándose a la caracterización de toda guerra que hemos recordado en el párrafo anterior, motivo por el cual no la reiteramos⁴⁷. Respecto a la seña de identidad territorial que marca este tipo de guerras, cabe destacar que sólo son reconocidas como guerras intra-estatales aquéllas en las que el grueso del combate transcurre dentro del territorio metropolitano de un estado, lo cual las diferencia de los bloques posteriormente considerados. Hay varios tipos de guerras intra-estatales, incluidos todos ellos en la *Intra-State War Data, 1816-2007, v4.0* (Correlates of War Project, 2012c): las guerras

⁴⁷ Aunque persisten las dimensiones definitorias de los fenómenos que constituyen una guerra, la inclusión de agentes no estatales requiere de operacionalizaciones ligeramente diferentes que aquí omitimos.

civiles por el control central del estado, las guerras civiles sobre temas locales, las guerras internas regionales y las guerras intercomunales (Sarkees y Wayman, 2010; Sarkees, 2012). Las guerras civiles enfrentan al gobierno central del estado contra una entidad no estatal, bien por el control central del estado (como la Guerra Civil Española de 1936 a 1939, que enfrentó al gobierno republicano contra los militares sublevados), bien por temas locales (por ejemplo, la revuelta tamil de 1983 contra el gobierno de Sri Lanka, iniciada con la matanza de 13 soldados gubernamentales). Las guerras internas regionales son las libradas por un gobierno regional contra una entidad no estatal (como la Guerra de Dakota de 1862, que enfrentó a los *sioux* con el Estado⁴⁸ de Minnesota). Finalmente, las guerras intercomunales implican el combate entre dos entidades no estatales en el marco del territorio de un estado (el conflicto entre los *Tarok* cristianos y los *Fulani* musulmanes en Nigeria entre los años 1999 y 2000, por ejemplo).

Los restantes bloques empleados en la clasificación del fenómeno – las guerras extra-estatales y las guerras no-estatales – pueden ser definidos fácilmente en contraste con las guerras intra-estatales que acabamos de considerar. La gran diferencia respecto a estas últimas consiste en que tanto las guerras extra-estatales como las guerras no-estatales se libran fuera del marco de referencia de las fronteras de un estado. Por un lado, las guerras extra-estatales, recogidas en la *Extra-State War Data, 1816-2007, v4.0* (Correlates of War Project, 2012a), implican siempre la participación de un estado fuera de sus límites metropolitanos, que se enfrenta o bien a una de sus posesiones coloniales o bien a una entidad política independiente que no llega a ser calificada como estado (Sarkees y Wayman, 2010; Sarkees, 2012). En el primer caso hablamos de guerras coloniales (la guerra entre 1964 y 1975 que terminó con la independencia de Mozambique frente a Portugal, por ejemplo) y en el segundo de guerras imperiales (como la que mantiene desde el año 2003 Estados Unidos con Al-Qaeda y la resistencia irakí en el territorio de Irak). Por otro lado, si observamos la *Non-State War Data, 1816-2007, v4.0* (Correlates of War Project, 2012e) encontramos conflictos que no implican a ningún estado y que ocurren o en un territorio no estatal o a través de fronteras estatales (Sarkees y Wayman, 2010; Sarkees, 2012). El enfrentamiento de 1838 entre los *boers* y los zulúes es considerado una guerra no-estatal del primer tipo, mientras que el conflicto entre las etnias *Lendu* y *Hema* en la región de *Ituri* al noreste de la República

⁴⁸ Los Estados pertenecientes a los Estados Unidos son considerados regiones, al igual que las Comunidades Autónomas españolas o los *Länder* alemanes.

Democrática del Congo (1999-2005) es la única guerra extra-estatal que se entiende que transcurrió sobre las fronteras de un estado.

Hemos concluido la exposición de la completa tipología desarrollada por el *Correlates of War Project*, que aparece recogida en la Tabla 3.1 junto al resto de tipologías consideradas en este apartado. Conviene puntualizar que es factible que un estado se vea envuelto en varias guerras simultáneamente, incluso de diferente clase. Es el caso, por ejemplo, de la participación armada del Reino Unido entre el 5 de diciembre de 1944 y el 11 de enero de 1945 contra los comunistas en la Guerra Civil Griega, mientras libraba una guerra interestatal: la Segunda Guerra Mundial (1939-1945). También uno o varios conflictos de determinado tipo pueden transformarse en otro, como ocurrió con la guerra hispano-cubana y la hispano-filipina de finales del siglo XIX, que pasaron de ser guerras coloniales a considerarse una misma guerra interestatal tras la intervención en 1898, frente a España, de Estados Unidos. Como vemos, la realidad es siempre compleja, y el *Correlates of War Project* trata de ajustarse a ella manteniendo su vocación universalista.

Tabla 3.1. Tipologías de guerra

	Gaston Bouthoul (1970)	Raymond Aron (1963)	COW (Sarkees, 2012)
Principales	Guerras internacionales	Guerras interestatales	Guerras interestatales
	Guerras civiles	Guerras infraestatales/ infraimperiales	Guerras intra-estatales Guerras civiles Por el control central Por temas locales Guerras internas regionales Guerras intercomunales
	Guerras coloniales	Guerras superestatales/ imperiales	Guerras extra-estatales Guerras coloniales Guerras imperiales
			Guerras no-estatales Territorio no estatal Fronteras estatales
Históricas	Guerra primitiva Guerra cortés Guerra nacional Guerra imperial	Guerras feudales Guerras dinásticas Guerras nacionales Guerras coloniales	
Dicotomías	Morris Janowitz (1978): guerra total / guerra limitada Mary Kaldor (2001), Herfried Münkler (2005): viejas guerras / nuevas guerras		

Fuente: Elaboración propia con información de las fuentes citadas en la tabla

Al margen de las grandes clasificaciones, en los últimos doce años se ha establecido un campo de estudio, particular y con personalidad propia, en torno a las guerras civiles. La actualidad y el peso relativo de este tipo de conflictos bélicos están magníficamente expresados en las primeras líneas del artículo de James D. Fearon y David D. Laitin (2003: 75):

Entre 1945 y 1999, hubo aproximadamente 3,33 millones de muertos en combate en las 25 guerras interestatales que mataron al menos a 1000 personas y tuvieron al menos 100 muertos en cada bando. Estas guerras implicaron sólo a 25 estados – que sufrieran como mínimo 1000 bajas – y tuvieron una duración media de más o menos 3 meses. En contraste, en el mismo periodo hubo aproximadamente 127 guerras civiles que mataran al menos a 1000 personas, 25 de las cuales siguen en marcha en 1999. Una estimación conservadora del total de muertos como resultado directo de estos conflictos es 16,2 millones de personas, cinco veces más que en las interestatales. Estas guerras civiles ocurrieron en 73 estados – más de un tercio del sistema de las Naciones Unidas – y tuvieron una duración media de aproximadamente seis años.

La toma de conciencia acerca de la magnitud del problema – y la ventana de oportunidad abierta por la escasez de estudios al respecto – ha atraído a un buen número de académicos, de cuya producción científica se han derivado una serie de documentos ya clásicos en la materia (Doyle y Sambanis, 2000; Gleditsch et al., 2002; Sambanis, 2002; Fearon y Laitin, 2003; Fearon, 2004; Sambanis, 2004; Collier y Sambanis, 2005; Kalyvas, 2006). Esta hornada de estudios sobre guerras civiles ha venido acompañada de la creación y explotación de nuevas bases de datos, iniciadas en alguna medida desde la información recopilada en aquellas fechas por el *Correlates of War Project* pero presentando ciertas discrepancias y superando imprecisiones, fruto de enfocar al detalle este tipo de guerras. No es nuestra intención profundizar específicamente en la literatura mencionada y sus hallazgos, ya que el presente estudio se centrará más adelante en las guerras interestatales, sino simplemente hacernos eco de la pujante ola en el análisis de las guerras civiles que se inició a comienzos de este siglo y que todavía hoy continúa.

Volviendo a la Tabla 3.1, junto a las diferentes tipologías en el estudio de la guerra hemos incluido dos distinciones dicotómicas. La primera de ellas separa las guerras totales de las guerras limitadas, mientras que la segunda enfrenta a viejas y nuevas guerras. Se trata de dos binomios conceptualmente independientes pero que comparten un carácter polémico en términos de entidad y utilidad.

El origen de la distinción conceptual entre guerras totales y guerras limitadas podría remontarse a los textos de Clausewitz. Para formular su definición política de guerra se ayuda del concepto, primigenio e irreal, de ‘guerra verdadera’: una guerra sin límites que busca invariablemente la destrucción y el desame del enemigo, donde el esfuerzo en ella empleado sólo ha de ajustarse a la capacidad de resistencia del otro. Esta guerra en estado puro y apolítico, regida exclusivamente por sus propias leyes, no es viable en la realidad ya que la guerra no es una decisión aislada, única y definitiva, sino que se origina y existe sometida a fines políticos (Clausewitz, 1972: libro I, cap. 1). Pero este carácter político de la guerra no es incompatible con la existencia de guerras más tendentes a esa pura destructividad, de guerras totales: ‘Esta forma de considerar el asunto [el intercambio político] sería indispensable aun si la guerra fuera una guerra total, un elemento de hostilidad completamente desenfrenado’ (Clausewitz, 1972: 321). Otros conflictos son más comedidos, apuntando así hacia el concepto de guerra limitada: ‘Si sólo queremos del enemigo un pequeño sacrificio, estaremos satisfechos con sólo obtener, mediante la guerra, un pequeño equivalente y esperaremos alcanzarlo por medio de esfuerzos moderados’ (Clausewitz, 1972: 319).

Ante la ausencia de una definición canónica de guerras totales y guerras limitadas, debido al gran número de autores que manejan estos conceptos, explicitamos la nuestra tratando de seguir las ideas de Morris Janowitz (1978) al respecto. Una guerra es total si las sociedades implicadas emplean en ella todos los recursos, tanto materiales como humanos, que tienen a su disposición, con el objetivo de aniquilar al otro o de conseguir su total rendición. Jorge Verstrynge (1979: 33-34 y 119-149) añade además el apellido ‘industrial’ para denotar específicamente a las guerras totales que sacan el máximo partido al establecimiento de la producción industrial de armamento, y que serían las comprendidas entre la Primera y la Segunda Guerra Mundial. Por otro lado, una guerra es limitada cuando tanto los objetivos como la movilización son limitados en al menos uno de los bandos o, lo que es lo mismo, cuando un bando es capaz de encuadrar el esfuerzo bélico con cierta normalidad dentro del sistema social existente.

La pertinencia del establecimiento de este dualismo está cuestionada. Ya en 1990 la revista *International Interactions: Empirical and Theoretical Research in International Interactions* dedicó el número 3 de su volumen 16 al debate sobre si el tamaño de las guerras requería de una diferenciación sustantiva y dicotómica entre ellas. Fundamentalmente se aludía a la contraposición entre guerras grandes (*big wars*) y guerras pequeñas (*little wars*), que es asimilable al binomio guerras totales - guerras

limitadas. Frente a los defensores del carácter sustantivo de ésta o de similares separaciones (Midlarsky, 1990a, 1990b), Bruce Bueno de Mesquita aseguró que no existía una lógica distinta detrás de cada tipo de guerra, con lo cual la diferencia entre ambas quedaba reducida a su desigual magnitud: ‘son verdaderamente diferentes en cantidad, pero no en calidad’ (Bueno de Mesquita, 1990: 159). La postura más conciliadora pasa por reconocer cierta vaguedad empírica en la separación entre guerras grandes – o totales – y pequeñas – o limitadas –, y por defender el uso o no de teorías diferenciadas sólo si el propósito analítico del estudio así lo requiere (Levy, 1990). En esta línea nos situamos, refiriéndonos a ambos tipos de guerra en tanto que extremos ideales de un *continuum* no especificado empíricamente y que es, en realidad, la confluencia de muchas variables independientes y separadas que configuran el aspecto más o menos destructivo y absorbente de las guerras.

Como ya señalábamos en el apartado anterior, hay también quien diferencia entre viejas y nuevas guerras. Las nuevas guerras se corresponderían con los conflictos que desde los años ochenta asolan fundamentalmente África y Europa del Este, y cuyo carácter político, a pesar de continuar presente, se mezcla con el crimen organizado y con la violación salvaje de los derechos humanos (Kaldor, 2001: 15-16). Tanto es así que algunos han llegado a negar la existencia de cualquier tipo de carácter político en estas guerras, resaltando al mismo tiempo los procesos de privatización de una violencia ahora marcadamente asimétrica y ejercida por fuerzas militares irregulares y autónomas (Münkler, 2005). Si la política estuviera totalmente ausente en estos conflictos deberíamos incluso, siguiendo nuestro concepto de guerra, dejar de considerarlas guerras para tratarlas desde un punto de vista estrictamente criminal. No parece que ésta sea una opción plausible. La rígida contraposición entre viejas y nuevas guerras puede resultar exagerada, y la separación temporal entre unas y otras es mucho más difusa que el final de la guerra fría (Kalyvas, 2001). No negamos que en contextos de estados débiles la guerra se presente bajo otras características, pero las guerras salvajes y con componentes criminales no son en absoluto exclusivas de los últimos decenios, ni tampoco de ciertas regiones del mundo. De hecho, uno de los teóricos de las nuevas guerras las asemeja a las guerras europeas de principios de la Edad Moderna, cuando el estado estaba en proceso de formación (Münkler, 2005). En consecuencia, ni las viejas guerras son tan viejas ni las nuevas guerras son tan nuevas. Esto es algo que deberíamos de tener en cuenta al considerar una dicotomía que puede resultar, desde este punto de vista, un tanto resbaladiza.

Todas las definiciones, tipologías y distinciones consideradas hasta el momento sirven para componer un detallado mapa de nuestro objeto de estudio, la guerra, que permanecerá disponible para su acotación definitiva en términos de análisis. Avanzamos que la presente investigación se centrará en las guerras interestatales. Pero antes de determinar qué guerras le interesan a la democracia, debemos saber cómo se puede conectar, siquiera de forma general, la guerra con la ciudadanía, y qué componentes presentes en la guerra pueden desequilibrar la balanza de poder entre las clases sociales.

3.2. El origen clásico de la relación republicana entre guerra y ciudadanía

El siguiente apartado vuelve la vista hacia el mundo clásico. En él se encuentran no sólo las raíces bélicas de la ciudadanía, encarnadas en el ideal de ciudadano-soldado, sino también interesantes traslaciones desde el poder militar hacia el poder político. El estudio de la relación clásica, republicana, entre guerra y ciudadanía podría justificarse por sí mismo en la medida que es el punto de partida de toda consideración que ligue guerra y democracia. Pero además encontrará, como veremos, puntos de especial comunión con la situación del siglo XX europeo, que es precisamente hacia donde dirigimos nuestra investigación.

Grecia: constitución y escuadra democrática ateniense

En el mundo clásico la distribución del poder político estaba estrechamente ligada a la capacidad de cada grupo social para blandir las armas. Quienes constituían el núcleo del ejército dominaban la política. Es más, eran los únicos considerados ciudadanos. La centralidad militar de unas clases sobre otras se derivaba de la presencia de un conjunto concreto de condiciones ambientales, las cuales favorecían la técnica militar característica de un grupo social determinado. Cuando estas condiciones sugerían el empleo de equipamientos militares caros y pesados, los trabajadores pobres no jugaban un papel importante en el ejército, toda vez que cada individuo debía procurarse sus propias armas y armaduras. A la inversa, cuando las condiciones del combate incrementaban las probabilidades de victoria para aquellos ejércitos que incorporaran a los pobres en sus filas, éstos no desaprovechaban la oportunidad de transformar el régimen político. Así Aristóteles vincula, con gran claridad, los

regímenes políticos al predominio de ciertos elementos militares en la sociedad, fruto de unas u otras condiciones ambientales (*Política* VIII/VI.7, 1321a1-16):

Puesto que son principalmente cuatro los elementos del pueblo, campesinos, obreros, mercaderes y jornaleros, y cuatro los necesarios para la guerra, caballería, infantería pesada, tropas ligeras y flota, allí donde el país sea apropiado para el caballo será natural establecer una oligarquía fuerte (ya que la salvaguardia de los habitantes dependerá de esa clase de fuerza y, por otra parte, la cría de caballos es propia de los que poseen grandes fortunas); donde el terreno sea apto para la infantería pesada deberá establecerse la siguiente forma de oligarquía (porque la infantería pesada es más propia de los ricos que de los pobres); las fuerzas ligeras y las navales son completamente democráticas. En la actualidad, dondequiera que hay gran número de estas últimas y se produce una disensión, los oligarcas llevan las de perder en la lucha.

La ciudadanía era una cuestión militar, ligada a la capacidad de los individuos para procurarse el equipamiento militar necesario en cada momento histórico. La *Constitución de Atenas*, de Aristóteles, arranca con las leyes de Dracón (621 a.C.) resaltando que en ellas ‘la plena ciudadanía se les daba a los que tenían su armamento de hoplitas’ (*Constitución de Atenas* 4.2). Los hoplitas (*ὀπλίτης*) eran las unidades de infantería pesada del ejército, caracterizados por ser propietarios de la panoplia (*πανοπλία*)⁴⁹ de armas pesadas necesarias para luchar, entre ellas su característico escudo. De la generalización de este modelo de ciudadano-hoplita a cualquier circunstancia bélica, al protagonismo de cualquier tipo de unidad en el ejército, surge el ideal de ciudadano-soldado. Obviamente las fronteras de la ciudadanía iban cambiando conforme lo hacía el equilibrio de poder entre las clases sociales, pero en referencia constante al mencionado ideal. Por tanto, ‘lo que cambia no es la naturaleza del sistema político (en la base siempre se encuentra el ciudadano-combatiente), sino el grupo de sus beneficiarios’ (Canfora, 2004: 34).

No había ciudadano ateniense que no estuviera dispuesto a luchar por la polis, precisamente porque esa participación militar era el signo de su ciudadanía. De hecho, esta condición podía llegar a perderse si decaía el compromiso público-militar de los sujetos. Desde la época de Solón (VII – VI a.C.) ‘el que cuando hubiese discordia en la ciudad no hiciera armas ni con unos ni con otros, quedaba sujeto a *atimía*⁵⁰ y dejaba de

⁴⁹ Nótese la etimología común de ambas palabras, provenientes del término *hoplon* (*ὄπλον*), que significa ‘arma’ o ‘equipamiento’ y que se empleó también para designar al escudo de los hoplitas.

⁵⁰ Cursivas del original.

ser ciudadano' (Aristóteles, *Constitución de Atenas* 8.5). Existía, por tanto, un castigo ejemplar para quienes no se implicaran en un asunto público tan importante como lo era un enfrentamiento armado en la ciudad: la *atimía* (*ἀτιμία*) – literalmente 'desprecio' o 'deshonor' – que acarreaba, para quienes no tomaban partido con sus armas por uno u otro bando, la pérdida de su condición ciudadana y, en el caso descrito, también de sus bienes.

Un relato realmente apasionante sobre el carácter militar de Atenas lo ofrece Tucídides en *El Discurso Fúnebre de Pericles*. Este discurso, supuestamente pronunciado en el sepelio por los primeros atenienses caídos en la Guerra del Peloponeso (431 a.C.), contiene todo un programa político. Se aprovecha la caída de los ciudadanos-soldado atenienses para ensalzar sus virtudes y, por ende, las virtudes militares de la ciudad, en continuo contacto con su organización política. Explorando el contexto del discurso encontramos un dato revelador: serán estos soldados atenienses los primeros enterrados en el Cerámico (*Κεραμεικός*), el cementerio de Atenas, y no en el campo de batalla. Los militares fallecidos vuelven así al espacio político, la polis, y reciben sus homenajes en tanto que ciudadanos que son, en lugar de ser abandonados en un campo de batalla como mera soldadesca.

Todos estos aspectos de la ciudadanía militar no deben ocultarnos la fractura económica que, en las fases oligárquicas de la historia de Atenas, subyacía a la capacidad para equiparse militarmente. En oligarquía gobernaban los *ricos*, que por definición eran *pocos* y, a la par, quienes podían financiarse sus propias armas. De nuevo en la época de Solón (VII-VI a.C.), se consideraba 'caballero' a quien era capaz de criar un caballo para la guerra o de extraer trescientas medidas de la tierra. La condición de caballero permitía optar a las magistraturas de la polis, en base a esa doble vía de aportaciones económicas o de inversión directa de dichos recursos en la cría de un caballo para la guerra. La estratificación económica de los regímenes oligárquicos militares era, a la postre, la base de la desigualdad política, mediada por el papel militar que cada uno jugaba en la sociedad.

Ahora bien, si las condiciones militares cambiaban había una posibilidad para los *aporoí* (*ἀποροί*), los *muchos pobres*, como muestra de forma crítica la historia de las revoluciones democráticas atenienses. Conviene detenerse en dos revoluciones, la del 411 a.C. y la del 404 a.C., para contemplar la profunda relación entre distribución de poder militar en el ejército y distribución de poder político en la sociedad. Cuando las clases bajas consiguieron el primero, reclamaron su ciudadanía política y forzaron una

salida democrática. Reinterpretaremos bajo esta luz algunos de los hechos históricos narrados por Arthur Rosenberg en su obra publicada originalmente en 1921, *Democracia y lucha de clases*⁵¹ en la antigüedad (Rosenberg, 2006), completándolos donde corresponda. Primero consideraremos la formación del partido político de las clases bajas atenienses, observando después el incremento del poder militar de los trabajadores y las consiguientes revoluciones democráticas.

El proletariado⁵² ateniense disponía de un combativo partido político desde los años 60 del siglo V a.C., que presionó para la llegada de la democracia en el 461 a.C. La correlación de fuerzas entre los no-propietarios y los propietarios, distinción basada en la posibilidad de procurarse un equipo para el ejército más que en la propiedad estrictamente, era de 4 a 3 en Atenas. Sobre esta fuerza numérica, base prácticamente estable de la condición de pobre, el partido se benefició de los inicios esplendorosos del gobierno de Pericles. Sus obras públicas aseguraban trabajo, mientras la participación en las asambleas iba creando la conciencia de clase de los desposeídos, quienes además estaban perfectamente alfabetizados. Desde el 470 a.C. existía, por tanto, un proletariado ateniense numeroso, formado y organizado en torno a un partido político.

En lo militar, la ciudad dependía de sus brazos como remeros en la escuadra ateniense. Ya en el 480 a.C. fueron las naves atenienses quienes permitieron rechazar a los persas y constituir el estado federativo helénico, y veinte años después seguían siendo la fuerza principal de la polis al contar con nada menos que 30.000 remeros. Este último ingrediente militar precipitó las reformas políticas. Pericles ‘orientó sobre todo a la ciudad hacia el poderío naval, del cual resultó que tomando confianza en sí la plebe, atrajese más hacia sí la política’ (Aristóteles, *Constitución de Atenas* 27.1). Con un partido organizado en torno a Efialtes bajo las condiciones favorables del gobierno de Pericles, la superioridad numérica que da la pobreza y su nueva centralidad militar, el proletariado ateniense consiguió en el 461 a.C. que se introdujeran dietas para los miembros del Consejo y de los tribunales. Dichas dietas permitían el acceso de los trabajadores al ejercicio de cargos políticos. Si bien con anterioridad existía la

⁵¹ Somos conscientes de la extrañeza que puede generar la aplicación del lenguaje de clases del capitalismo al análisis del mundo clásico. Mostramos, no obstante, la opción de Arthur Rosenberg, quien ha utilizado con gran maestría estos conceptos para clarificar los enfrentamientos en dichas sociedades, cuya fractura política principal sería, además, la de clase y no la de amos-esclavos (Rosenberg, 1926, 2006). Esta opción no es, en cualquier caso, exclusiva del mencionado autor (Ste. Croix, 1988).

⁵² La utilización de este término sigue la misma lógica expresada en la nota al pie inmediatamente anterior, y es todavía más pertinente dado el origen clásico del término. Éste será explicado en el siguiente subapartado, referente a Roma.

posibilidad formal de que los pobres accedieran a los puestos políticos, en la práctica estos sólo podían ser ocupados por aquellos que pudieran vivir sin trabajar, ya que ninguna dieta aseguraba el sustento de los magistrados. El cambio de situación supuso el inicio de la democracia, del gobierno de los pobres, en Atenas.

Al igual que el poder militar en la marina encumbró a los trabajadores, fue un hecho también militar el que los dividió. La mala estrategia de Pericles en la guerra de Atenas contra la Liga Peloponesa⁵³ (431 – 404 a.C.) escindió a los proletarios entre sus seguidores y los de Cleón, quien empezó a dominar la política ateniense en el 425 a.C. La muerte de Cleón tres años después revivió el fantasma de la división, nunca desaparecido del todo, en el proletariado. Del otro lado del espectro social, la burguesía estaba bastante desorganizada, pero un hecho militar le dio el aliento que le faltaba. El ejército fue aniquilado en Sicilia en el 412 a.C., muriendo como resultado de la batalla una cuarta parte de los ciudadanos atenienses. Podemos imaginar que semejante sangría afectó duramente a la magnitud de la escuadra ateniense o, lo que es lo mismo, a los proletarios que movían las naves. Estos acontecimientos militares reequilibraron la balanza de poder entre las clases, y la burguesía no tardó en aprovechar la situación para dar un golpe de estado en la asamblea popular de Atenas. Consiguió la supresión de las dietas para los miembros del Consejo que regía la polis, restringió el derecho de voto a sólo aquellos que podían procurarse el equipo de infantería y redujo el tamaño del Consejo. Esto sucedía en el 411 a.C.

Sin embargo, el proletariado ateniense continuaba siendo la principal fuerza militar del imperio. Habían sido derrotados en Sicilia, junto con el resto del ejército, y las naves que quedaban de esa poderosa flota se hallaban lejos de la ciudad-estado de Atenas, pero en ellas continuaba concentrada una importante fuerza militar que inmediatamente iba a reclamar democracia. Ante el golpe de estado burgués del 411 a.C., la escuadra ateniense varada en Samos se dirigió hacia Atenas con el objetivo de restaurar la democracia. Los *trirremes*, naves con tres hileras de remeros en cada costado, avanzaron bajo la dirección de Trasíbulo, capitán de trirreme, quien proclamó un gobierno revolucionario y se enfrentó en el mar, a las puertas de Atenas, con la reacción burguesa. La escuadra salió victoriosa de la batalla naval. Los proletarios

⁵³ Para un mayor detalle en la narración histórica de algunos de los acontecimientos aquí estilizados, pueden consultarse los volúmenes del contemporáneo Tucídides sobre la *Historia de la Guerra del Peloponeso*.

habían conseguido, haciendo uso de su propio poder militar, restaurar la democracia en el mismo año que ésta había sido amenazada.

Tras este triunfo la democracia estuvo en peligro una vez más en los pocos años que quedaban de siglo, pero mientras el poder militar estuviera en manos de la escuadra democrática ateniense se hacía difícil revertir los avances democráticos. Una vez rechazado el golpe de estado del 411 a.C., la dirección política fue a parar a Cleofonte, procedente de la clase trabajadora. Pero las guerras abiertas que debía afrontar la polis generaron serios problemas económicos, lo cual motivó una nueva intentona golpista. Los burgueses habían aprendido dónde residía el poder proletario y ahí atacaron sus traidores. En el 405 a.C. Alcibíades y Adimanto, en un acto de traición, entregaron la escuadra ateniense al enemigo espartano en Eretria, perdiéndose las naves, los hombres y, en consecuencia, la guerra. El poder volvió entonces a los hoplitas, a la infantería pesada, en un giro oligárquico que incluyó la ejecución de Cleofonte y la instauración del gobierno de los Treinta Tiranos de Critias. Pero una vez más, esta vez al año siguiente, los restos de la escuadra ateniense volvieron a imponer políticamente su superioridad militar. De nuevo Trasíbulo dirigió la sublevación, que terminó en el 403 a.C. con la vuelta a la constitución política de Pericles y Cleón. La democracia se había restaurado de nuevo en Atenas.

Esta última democratización modificó profundamente las fronteras de la ciudadanía y el orden constitucional ateniense, reproduciendo políticamente la nueva correlación de fuerzas militares. Aristóteles recoge un decreto de Trasíbulo en el cual ‘concedía la ciudadanía a todos los que habían venido del Pireo a la ciudad, de los que algunos eran manifiestamente esclavos’ (*Constitución de Atenas* 40.2). La concesión de la ciudadanía a los esclavos era algo muy significativo, dado el marcado imperialismo de los atenienses de ‘pura sangre’ – tanto propietarios como no-propietarios – frente a cualquier inclusión política de esclavos o extranjeros (Canfora, 2004: 43-44). Pero ésta fue una de las contadas ocasiones en las que se abrieron las puertas de la ciudadanía para aquéllos que habían luchado en nombre de Atenas, incluso si originariamente eran esclavos o extranjeros. Luchar por la ciudad, tal y como veíamos antes, era pertenecer a ella. En el nuevo orden constitucional se hizo gran hincapié también en la instrucción militar de los jóvenes, los *efebos*, asegurándoles una formación militar completa: debían servir como guarnición en el puerto de El Pireo, aprender a luchar como hoplitas,

disparar el arco, lanzar el dardo y disparar la catapulta⁵⁴. Al final de su formación ‘hacen ante el pueblo una muestra de maniobras, y después de recibir de la ciudad el escudo y la lanza recorren el país y viven en los castillos’ (*Constitución de Atenas* 42.4). Ese escudo y esa lanza, recibidas ahora de manos de la ciudad, aseguraban el equipamiento de los soldados con independencia de su origen económico. Por otro lado a los ricos, identificados por la división económico-militar del censo en *symmorias*, se les imponía la obligación de construir las naves y de prestar otros servicios en tiempo de guerra. Finalmente, se estableció como función explícita del Consejo ordenar la construcción de nuevas naves y trirremes, así como asegurar su mantenimiento, siguiendo escrupulosamente las instrucciones del pueblo, que también elegía directamente a los cargos para la guerra en lugar de emplear para ello el tradicional sorteo. La historia había enseñado a los trabajadores el valor de la escuadra y de las decisiones bélicas, y el orden constitucional democrático reflejó la preocupación por asegurar el cuidado y el control, respectivamente, sobre estos aspectos.

Roma: ejércitos aristocráticos, populares y mercenarios

La historia política de Roma también está fuertemente ligada a cuestiones militares. Observándola completaremos la descripción ciudadano-militar del mundo clásico y podremos avanzar algunas conclusiones de interés para continuar estableciendo la relación histórica entre guerra y ciudadanía. Nos apoyaremos en otra obra de Rosenberg (1926), *Historia de la República Romana*, para el acopio de datos históricos sobre Roma, analizándolos en sus relaciones relevantes para el presente estudio.

En los inicios de Roma hubo una distribución oligárquica del poder político-militar similar a la griega, también fracturada por procesos de proletarización, de toma de conciencia de clase y, finalmente, de incremento de la importancia militar de las clases bajas. Roma fue una monarquía hasta finales del VI a.C., cuando se transformó en una república aristocrática de patricios. Esta nueva organización política estaba dirigida por dos cónsules/pretores que eran sustituidos por un único dictador en tiempo de guerra, y se articulaba a partir de un consejo de ancianos y de una asamblea de la

⁵⁴ Sobre la equiparación de la formación militar con la formación ciudadana en otra polis griega famosa por la fiereza de sus soldados, Esparta, es conveniente consultar el relato de Plutarco sobre el gobernante Licurgo, en su obra *Vidas Paralelas*.

tribu. Esta última carecía de poder real, siendo el consejo de ancianos, genuina asamblea de la nobleza, quien administraba la ciudad. La nobleza terrateniente romana era, del mismo modo que lo fueron los caballeros y hoplitas atenienses, el único grupo social capaz de costearse el equipamiento militar y, por tanto, a ellos pertenecía en exclusiva el arte de la guerra y el de la política.

La conjunción entre armas nobiliarias y poder terrateniente se fue viendo amenazada a medida que, desde el siglo V a.C., Roma experimentó un fuerte proceso de proletarización. Era la ciudad más grande de Italia central, con 50.000 habitantes, y su carácter urbano favorecía los puestos de trabajo ligados a la manufactura. Sin embargo, un hipotético proceso democratizador se veía frenado por la carencia de poder militar de los trabajadores: ‘Ciertamente es que los habitantes de la ciudad [de Roma], no siendo guerreros, no se hallaban todavía en condiciones de disputar a los nobles el mando del Estado’ (Rosenberg, 1926: 22). Sin embargo, los proletarios romanos aprovecharon su superioridad numérica y su concentración para presionar al gobierno y atraerlo hacia sus demandas, del mismo modo que los atenienses consiguieron el giro en la política de Pericles. El resultado fue una constitución propia para los plebeyos, la clase trabajadora y antagonista de la nobleza patricia, que desde entonces iban a contar con tribunos elegidos por ellos mismos, uno por cada distrito (cuatro en total), que serían llamados ‘tribunos de la plebe’. No podemos hablar todavía de democracia en Roma porque estos tribunos eran ineficaces ante el cónsul, que ostentaba la dirección política, pero sí de una apertura importante del régimen.

Por aquella época, como hemos visto, estaba ya planteada la fractura social en base a factores económico-militares, recogida en el propio censo de la ciudad. En dicho censo se inscribía a los habitantes en función de sus capacidades de actuación en caso de guerra, que a su vez estaban determinadas por el equipamiento militar que podían procurarse. De un lado se encontraban aquéllos que ostentaban la condición de *proletarius*, que significa ‘el que nada posee’. El término ‘proletario’ encuentra, al igual que las luchas de clases, sus raíces en el mundo clásico. En Roma los *proletarii* eran quienes acudían a la guerra como infantería ligera, con hondas, o bien a bordo de las naves como remeros. De otro lado, los marcados como *assiduus*, los ‘propietarios’ de tierras que residían en Roma, disponían de recursos para acudir a la guerra como infantería pesada o como caballería. Esta fractura censal era una fractura militar, y fue también una fractura de poder político hasta que los romanos desposeídos adquirieron un papel determinante en el ejército.

La invasión de los galos desde el norte en el 378 a.C. puso en graves aprietos la defensa del territorio romano, que había sido ampliado previamente por conquista hasta multiplicarse por tres. El territorio bajo la protección directa de Roma era demasiado amplio y la invasión gala demasiado amenazante como para continuar confiando las defensas a un ejército compuesto sólo por caballeros. Esta necesidad de ampliar el ejército motivó el reclutamiento de ciudadanos y campesinos hasta sumar la cifra de 4 legiones, esto es, 18.000 soldados de infantería dispuestos a morir por la ciudad. La operación tuvo, obviamente, su impacto interno en la política romana. La oligarquía permitió la participación política de la plebe a cambio de su esfuerzo militar: los plebeyos pudieron formar parte del senado, ser elegidos para uno de los cargos de cónsul (como así ocurrió por primera vez en el 362 a.C.) y acceder al cargo de juez supremo o *praetor*. También se ampliaron a diez el número de tribunos de la plebe, elegidos por sufragio directo en cada tribu y con el único cometido de defender a esta clase de los abusos de funcionarios y nobles. A pesar de todas estas medidas, la democratización no llegó a ser plena. Los nobles tenían veto en el senado, se reservaban por ley al menos uno de los cargos de cónsul, controlaban las magistraturas y, además, tenían mayoría en la asamblea debido a un acto de ingeniería electoral como era el sufragio indirecto a través del ‘orden de las centurias’.

La incorporación al ejército sirvió para reformar en profundidad el régimen político pero no bastó para obtener el máximo grado de democratización. Lo que realmente les faltaba al proletariado y campesinado romanos, una vez adquirido poder en el ejército, era una toma mayor de conciencia de su situación y una sublevación al estilo del ateniense Trasíbulos. La toma de conciencia provino de los efectos que en la población tuvo el ejercicio del cargo por parte de los diez tribunos de la plebe. Su actividad protectora y su elección directa por parte de las tribus fue el caldo de cultivo para una corriente democrática. Toda vez que esta corriente alcanzó determinado punto, los proletarios se dieron cuenta del papel que jugaban en las guerras de la república (Rosenberg, 1926: 52-53):

Mas las numerosas guerras de la república fueron precisamente las que inclinaron la balanza de poder político a favor de las exigencias de las masas; pues las nueve décimas partes de las tropas con las que Roma ganó sus batallas, componíanse de campesinos y obreros, o sea de aquellos humildes que, políticamente, no tenían casi ningún derecho.

Asumida esta realidad, los desposeídos se sublevaron en el 287 a.C., en un movimiento revolucionario que tuvo su origen en el campo. Los pequeños campesinos rurales fueron la clase revolucionaria romana, toda vez que Roma era una república de base rural. Con esta sublevación consiguieron importantes reformas que si bien no igualaron el poder formal entre las clases, debido a algunos dispositivos legislativos que aún protegían a la nobleza, sí consiguieron una democracia de facto basada en el poder inspector de la plebe. Las condiciones militares empezaron a inclinar la balanza del poder, y su aprovechamiento revolucionario la igualó.

A partir de aquí la historia de Roma se convierte en una historia de intrigas políticas, de personalismos, de dirigentes que cambian de bando, de bandos que se recomponen y de giros políticos que oscilan entre la oligarquía y diferentes formas imperfectas de participación democrática. En realidad, toda la historia de la Roma republicana pone de relieve la tensión a la que fue sometida la libertad, la *libertas*, de la ciudad (Wirszubski, 1968: 15-17): en unas ocasiones atraída hacia la igualdad – la *aequa libertas* – democrática y en otras hacia la dignidad – la *dignitas* – de la oligarquía nobiliaria o de la dictadura militar. Esta tensión, denominada por Tito Livio ‘*contentio libertatis dignitatisque*’ (*Historia de Roma* IV.6, 11), terminaría en una guerra civil que destruyó la libertad misma. Muy al contrario de los procesos de integración de las capacidades individuales que mostró la democracia radical ateniense, donde se distinguió a los mejores pero sin menoscabar la igualdad en la libertad de los ciudadanos.

Parte de la explicación de la mencionada tensión reside en los efectos políticos de los vaivenes militares de la república, pero otra parte de la misma ha de hallarse en la existencia de unos partidos con bajo arraigo popular. Los *optimates*, conservadores, y los *populares*, demócratas, eran los dos partidos principales romanos, surgidos ya en el siglo IV a.C. Su dirección se encontró siempre en manos de políticos profesionales, situación favorecida porque en Roma no existieron nunca las dietas y el acceso a los cargos políticos se realizaba, por tanto, sin sueldo. Esto restringió los puestos políticos a nobles y plebeyos adinerados, con largas tradiciones familiares de dedicación a la política, que no ampliaban el partido más allá de sus círculos. Ejercían una eficaz labor de vigilancia, pero al carecer de cualquier tipo de organización de masas no favorecían la movilización estable de la población. La política fue entonces un ejercicio muy profesional y voluble, por lo que recomponer al detalle la historia política romana es una tarea ardua.

Sí es provechoso detenernos a observar el ejército⁵⁵ que conquistó prácticamente todo el mundo conocido. Ya en el 270 a.C. Roma, a la cabeza de la confederación itálica, era la mayor potencia militar del mundo. Su ejército de ciudadanos tenía dos grandes virtudes: superioridad numérica y menor coste que cualquier otro ejército mercenario de la época. A finales del siglo adquirió, además, un grado de innovación táctica nunca visto antes. Publio Cornelio Escipión, jefe de los ejércitos que al nacer ‘halló a Roma la primera ciudad de Italia, y al morir la dejó siendo la soberana de todo el mundo civilizado’ (Mommson, 1983: 409), descubrió las ventajas de articular a la infantería en *manípulas*. Estas compañías móviles subdividían al ejército de una forma eficaz para su manejo en la batalla, convirtiendo a Roma en la potencia más avanzada en las tácticas bélicas. La acertada dirección militar se complementaba con una dirección política extremadamente hábil en el arte de la guerra. Esta circunstancia no se debía – o al menos no únicamente – a una concentración espontánea en Roma de personalidades militarmente brillantes, sino que tenía una base material. En la organizada carrera política de los cargos públicos romanos era requisito indispensable para acceder al desempeño de sus funciones civiles el haber servido un mínimo de diez años en el ejército. Este nuevo ejemplo de conexión entre aspectos políticos y militares, unido al aprovechamiento de la fuerza ciudadana y a la organización táctica del ejército, generó una potencialidad bélica desconocida hasta entonces.

Sin embargo, el propio triunfo de la expansión romana obligó a modificar las circunstancias del reclutamiento. Los vastos terrenos conquistados por Roma hacían imposible el envío de la milicia de la ciudad durante largo tiempo para combatir en tierras lejanas. La solución, adoptada ya en el siglo II a.C., pasó por la transformación del ejército romano de ciudadanos en un ejército profesional de voluntarios sin instrucción. Quienes luchaban por Roma serían desde entonces mercenarios, en muchos casos ni siquiera ciudadanos romanos y, por tanto, más alejados de los asuntos de Roma. La desaparición del ejército ciudadano hubo de ir reduciendo la capacidad de las clases bajas para controlar a los mandatarios, hasta dejarlas huérfanas de espacio político tras la última revolución de Catilina en el 63 a.C. Sin embargo, merece la pena aclarar que el grado de democracia de Roma giraba más en torno a golpes de estado y cambiantes programas políticos que a la existencia o no de un ejército ciudadano, ya que éste fue compatible con diferentes grados de apertura del régimen político hacia las

⁵⁵ Para una descripción más detallada del ejército romano puede consultarse la *Historia de la Guerra* de John Keegan (1995: 321-342).

clases populares. Sólo podemos entender el efecto de la ‘profesionalización’ del ejército romano como un ingrediente más en el equilibrio de poder entre las clases sociales, de especial importancia en momentos puntuales.

En efecto, la única amenaza real que hubo frente a la oligarquización de Roma la protagonizaron nuevos proletarios-soldado opuestos a Julio César. Este general conquistó y romanizó con gran maestría toda la Galia en sólo siete años (58 – 51 a.C.). Paradójicamente, le fue más sencillo en aquellos territorios ocupados previamente por sociedades con un mayor grado de diferenciación social, que en los que dominaban tribus más primitivas. El motivo de nuevo fue militar: allí donde había más diferenciación social luchaban sólo los nobles, donde no la había luchaban las hordas del pueblo. La conquista de la Galia provocó, hacia el interior del ejército romano, un cambio relevante. Julio César tuvo que realizar levadas militares a su paso para incrementar el ejército romano de las cuatro a las once legiones, y la extracción social de la soldadesca se acentuó del lado de las clases bajas (Rosenberg, 1926: 198):

Los 200.000 hombres con que ahora contaba el ejército procedían en su totalidad de las clases pobres. El proletario soldado tenía conciencia de su poder; sabía que su espada era el único sostén de la monarquía, y aspiraba a ser pagado y tratado en consecuencia.

El ejército romano no era ciudadano, pero había crecido y se había proletarizado a causa de esa expansión territorial, y el desenlace probable de estos hechos en el mundo clásico es el conocido. La revolución del 47 a.C., acaecida en un clima donde los intereses de clase estaban muy intrincados, mostró de nuevo el peligro añadido que tienen las clases bajas cuando están armadas, pero fue aplacada gracias a la fuerte personalidad de Julio César. Conocedor de este género de riesgos, Julio César trataba de separar a la ciudadanía de lo militar en las postrimerías de la república, llamando despectivamente ciudadanos – *Quirites* – en vez de soldados – *milites* – a los miembros del ejército que se oponían a él, quedando en ese acto automáticamente licenciados (Suetonio, *Vida de los doce Césares* I.70). Una desconexión, como vemos, muy diferente al ideal del ciudadano-soldado presente en el pasado romano. Si bien durante su mandato trató de implementar un programa democrático, éste estuvo inspirado en Cayo Graco y no en Catilina, de cuya revolución era heredero, no contentando ni a los conservadores ni a los demócratas radicales de su propio partido. Pero, ante todo, conviene tener presente que el proyecto cesarista de reconciliación nacional que admira

Theodor Mommsen (1944: 145) es también la realidad de la dictadura vitalicia de Julio César.

Lecciones clásicas y su conexión con el siglo XX

Como hemos visto, la ciudadanía en el mundo clásico fue un hecho militar, de tal forma que la ostentaban quienes demostraban su compromiso público en la defensa de la ciudad. Sin embargo, estas raíces militares de lo político no deben distraernos de las desigualdades económicas subyacentes. En principio no todos los ciudadanos estaban en condiciones de adquirir el equipo militar adecuado para participar en el ejército, permaneciendo originalmente vetada la participación militar a las clases bajas. Pero cuando se ampliaban las fronteras sociales del reclutamiento y los desposeídos adquirían una importancia militar estratégica, el equilibrio de poder social entre las clases podía llegar a inclinarse del lado de éstos, que reclamaban entonces su ciudadanía apelando al ideal vigente y legitimado del ciudadano-soldado, y bajo la amenaza de su espada. La oligarquía se transformaba en democracia cuando la escuadra ateniense o los soldados del campesinado romano eran numerosos y estaban plenamente incorporados al ejército. En sus armas descansaba la amenaza real a las élites y, por ende, la posibilidad de transformación del régimen. Los remos y las hondas fueron, entonces, las armas de la democracia.

Pero la apertura política no era sólo una cuestión de armas, sino también de organización y concienciación de las clases bajas. En Atenas las reformas bajo el gobierno de Pericles fueron resultado del incremento en el poder de la clase trabajadora fruto, a su vez, de una conjunción entre proletarización, creación de un fuerte partido proletario y participación en la escuadra ateniense. Cada uno de estos elementos fue de suma importancia para la llegada de la democracia en el 461 a.C., siendo después la escuadra ateniense, en el 411 y el 404 a.C., la encargada de recuperarla y protegerla. En Roma, sin embargo, la presencia de estos elementos es menos simultánea, arrojando unos resultados más fragmentados. Los tribunos de la plebe se crean en el siglo V a.C. ante las demandas de las clases populares, pero sin su participación en el ejército. Este hecho, lejos de constituir una democratización sobresaliente del régimen, sí supuso una importante apertura del mismo, y no fue para ello necesario un poder militar de las clases bajas tan específico como el ateniense. La invasión de los galos en el 378 a.C. obligó al reclutamiento del pueblo, y aunque se logró una nueva apertura democrática

del régimen tampoco se consiguió una democracia completa. Sólo la sublevación del 287 a.C., cuando a la presión de las clases populares se sumaron su participación en el ejército y su amenaza directa mediante el recurso a las armas, derivó en una democracia de facto en Roma. Para entender estas dificultades en el acceso de los trabajadores a la política en Roma no podemos dejar de considerar las tendencias oligárquicas favorecidas por la profesionalización de la política romana y, en consecuencia, el bajo arraigo popular de los partidos. La participación en el ejército fue aquí también decisiva, pero sus logros democráticos permanecieron tamizados siempre por deficiencias combativas en la organización partidaria de los campesinos. Además, la posterior profesionalización del ejército retiró un importante aval democrático al pueblo, como se puede observar desde el siglo II a.C. y, definitivamente, desde la revolución de Catilina en el 63 a.C.

La tendencia a pensar en Grecia y Roma como cuarteles sangrientos puede haber descuidado en el imaginario colectivo las feroces luchas de clases que se daban en aquellos lugares. Es más, para Rosenberg (2006) el conflicto social fundamental en Grecia y Roma no era entre libres y esclavos sino entre burgueses y proletarios. Reconciliando la consideración de ambos aspectos – el carácter guerrero y la existencia de conflictos políticos entre ricos y pobres – podemos concluir que no era ni sólo lo militar ni sólo lo político lo que hacía avanzar a la democracia, sino una conjunción dinámica entre ambos aspectos. El equilibrio militar, lo hemos visto, definía y modificaba la ciudadanía, pero no lo hacía en exclusiva, al margen de la confrontación de clase. En un sentido general sí podemos afirmar, con Heráclito (Fr. 53), que la guerra era ‘padre y rey de todas las cosas’, pero desde luego no había un carácter determinista en su estructura, no operaba en un vacío político donde el conflicto entre los grupos sociales no tuviera también una entidad propia.

Teniendo en cuenta estas observaciones, resulta fascinante que la situación militar del mundo clásico, con su enorme movilización de recursos y de población para la guerra, encuentre puntos en común con la Europa de las postrimerías del siglo XIX y de los tres primeros cuartos del XX. La guerra es una constante en la historia, pero sólo en estos dos momentos su capacidad para movilizar al conjunto de la población en torno al esfuerzo bélico es absolutamente extraordinaria. De hecho, el volumen relativo de los ejércitos clásicos de ciudadanos-soldado sólo es comparable a la movilización general de la población para el esfuerzo bélico durante las dos guerras mundiales del siglo XX. Asegura Michael Mann (1988: 135):

Hay una similitud entre nuestro militarismo y el suyo que es la más profunda y aterradora: su capacidad para la movilización popular. Entre estas dos eras la guerra fue un asunto para las élites estatales y sus clientes y las personas a cargo de sus clientes – no fue difundida a toda la población. El ejército ciudadano, la economía movilizaba, *sólo*⁵⁶ se encuentran entonces y ahora.

Como consecuencia de ello, el pasado siglo XX fue muy violento. Morris Janowitz (1978) recoge los datos de Pitirim A. Sorokin (1962) para establecer que sólo el primer cuarto del siglo XX fue más sangriento que cualquier otro siglo completo, considerando las bajas militares de Francia, Inglaterra, Austria-Hungría y Rusia desde el siglo XII hasta 1925. Estos altos niveles de violencia en las guerras europeas del XX es probable que sólo pudieran tener parangón en el mundo clásico, en sus proporciones relativas de bajas militares, teniendo en cuenta que únicamente en estos dos periodos se movilizó al conjunto de la población con semejante intensidad bélica⁵⁷.

Efectivamente, está claramente establecida una especial relación en términos de movilización militar entre el mundo clásico y la Europa, fundamentalmente, de la primera mitad del siglo XX, de las dos guerras mundiales. La cuestión pasa por comprobar, con mayor nivel de detalle y tomando las debidas precauciones, si la guerra hizo de alguna forma avanzar también a la democracia en este segundo periodo. Lo dicho hasta ahora acerca del mundo clásico sólo constituye el punto de partida en el estudio de las relaciones entre guerra y ciudadanía, entre guerra y democracia. Todavía

⁵⁶ Cursivas del original.

⁵⁷ Considerando otras zonas, y más allá del estudio de la organización militar y de las bajas en combate, con seguridad podríamos encontrar periodos más sangrientos, pero este extremo queda fuera de la investigación de Sorokin y de la nuestra. A este respecto es muy pertinente el irónico comentario del protagonista de la excelente película *Les Invasions barbares* (*Las invasiones bárbaras*), de Denys Arcand (2003), que reproducimos aquí simplemente en justo reconocimiento al salvajismo a menudo olvidado de la conquista de América:

Contrariamente a lo que se piensa el siglo XX no fue particularmente sangriento. Las guerras causaron cien millones de muertos, es una cifra aceptada. Añádale diez millones más de los gulags rusos, los campamentos chinos nunca se sabrá, pero dicen que veinte millones. Llevamos ciento treinta o ciento treinta y cinco millones de muertos. No impresiona demasiado teniendo en cuenta que en el siglo XVI los españoles y portugueses consiguieron sin cámaras de gas ni bombas hacer desaparecer ciento cincuenta millones de indios en América Latina. Eso sí es un buen trabajo, hermana, ciento cincuenta millones de personas liquidadas. Usted dirá que tenían el apoyo de su Iglesia, pero hicieron un buen trabajo, tan bueno que en América del Norte holandeses, franceses, ingleses y luego los americanos se sintieron inspirados y degollaron a cincuenta millones de personas, doscientos millones de muertos en total, la mayor masacre de la historia de la humanidad. Eso ocurrió aquí, ahí, a nuestro alrededor, y ni un triste museo del holocausto. La historia de la humanidad, hermana, es una historia de horror.

debemos descomponer el fenómeno de la guerra para aproximarnos con mayor concreción a los elementos generadores de poder militar en las distintas clases, para dejar de hablar de guerra en abstracto y pasar a estudiar los aspectos de la guerra que le son relevantes a la democracia. Sólo así podremos, en el siguiente capítulo, establecer una colección realmente analítica de puentes entre guerra y democracia.

3.3. Una lectura de diversos aspectos de la guerra en términos de ciudadanía

La guerra, considerada de forma genérica y atemporal, no es un factor de democratización interna. Es conveniente partir de esta premisa para evitar cualquier tipo de malentendido o de conclusión peregrina al respecto. La consecución o no de la democracia, o, mejor dicho, de un avance político hacia la democracia, se deriva de las alteraciones en el poder relativo que poseen las clases bajas respecto a las clases altas (*supra*, Capítulo 2; Rueschemeyer, Stephens y Stephens, 1992). Si una determinada configuración de los aspectos que engloba la guerra incrementa el poder negociador de las clases bajas frente a las clases altas, entonces la guerra interesa a la democracia. Esta perspectiva, que ya ha iluminado el anterior análisis del mundo clásico, se verá beneficiada de una consideración específica de los aspectos constitutivos de la guerra. Es en este sentido en el que analizamos la evolución de la tecnología militar y del reclutamiento a lo largo de grandes periodos de la historia europea, observando cómo sus características impactan en el reparto de poder militar y, más allá, de poder político entre los diferentes grupos sociales. Después de reconstruir someramente la evolución de ambos aspectos, los encajaremos en un único esquema de movilización militar que ofrezca las claves para entender cuándo la guerra puede tener efectos democráticos en el interior de las sociedades beligerantes.

Tecnología militar

La forma bajo la cual se organizan y libran las guerras está condicionada por la tecnología militar disponible en cada momento histórico⁵⁸. Si salvamos las coyunturas

⁵⁸ Nosotros recurrimos fundamentalmente a William H. McNeill (1988) y a Stanislav Andreski (1968) para realizar una lectura sociológica de la evolución de la tecnología militar. La historia de la tecnología militar, en sentido estricto, es un campo bastante uniforme, pudiéndose encontrar otros recorridos de referencia en las obras de J. F. C. Fuller (1945) y de John Keegan (1995).

especiales de retroceso puntual en dicha tecnología, podemos dibujar una línea ascendente de progreso evolutivo y acumulativo de innovaciones militares. Cada innovación, en ocasiones muy simple y en ocasiones de extremada complejidad, ha favorecido a las sociedades que han conseguido hacerse con ella, toda vez que se haya demostrado la ventaja comparativa de su uso. Las poblaciones humanas, movidas por el deseo de expandir sus recursos, han aprovechado cada innovación para ampliar su propio nicho ecológico a costa de la sociedad vecina. En términos biológicos se trata de una relación de *macroparasitismo*, donde las alteraciones en el armamento equivalen a mutaciones genéticas que capacitan a la sociedad en cuestión para abrir nuevas zonas de explotación a costa de otras sociedades o, dicho en otros términos, para *macroparasitarlas* (McNeill, 1988). Así, esa lucha por los recursos ha sido en parte una lucha previa por la tecnología, lo cual ha guiado el esfuerzo de las sociedades hacia la generación y obtención de nuevas tecnologías militares.

La ventaja tecnológica en la guerra es un factor importante para evaluar la amenaza externa que supone una sociedad determinada, pero también afecta a la configuración interna de la propia sociedad. Tomando como punto de partida a sociedades oligárquicas donde sólo son capaces de armarse las élites, el descubrimiento de nuevos armamentos, o de técnicas más baratas de fabricación de las armas existentes, implica la posibilidad de incorporar más soldados a filas. Estas sucesivas reestructuraciones del ejército en base a innovaciones militares van consiguiendo armar al conjunto de la población, obteniendo así una fuerza más poderosa pero que ha de contar, a la vez, con la participación de las clases bajas. El efecto en el balance de poder entre las clases es claro, como asegura Stanislaw Andreski (1968: 27): ‘Las circunstancias técnicas y militares, que hacen la cooperación de las masas en el esfuerzo bélico más o menos esencial, son las más poderosas entre los factores que determinan la extensión de las desigualdades’. Las tecnologías que pertrechan a las clases bajas con armas eficaces les otorgan un papel más central en el ejército y, llegado el caso, éstas pueden emplearlas posteriormente para desafiar a sus élites. La historia está plagada de ejemplos de este tipo. Ahora nos ocuparemos de establecer la influencia de la tecnología militar en el equilibrio de poder entre las clases, tratando más adelante y por separado las circunstancias específicas del reclutamiento. Desde nuestro punto de vista, podemos diferenciar tres fases de tecnología militar en occidente entre el mundo clásico y el estallido de las guerras mundiales: las invenciones que refuerzan el sistema feudal, el

impacto de la aplicación militar de la pólvora y, finalmente, las reformas del siglo XVIII.

El sistema oligárquico que supuso el feudalismo europeo explica gran parte de su origen por una serie de tecnologías militares que favorecieron las guerras entre ejércitos aristocráticos o, en su caso, donde los aristócratas ostentaban el papel decisivo. Remontémonos un poco más atrás para observar la génesis del equipamiento militar de los aristócratas y sus consecuencias en términos de dominio de clase. Los antecedentes tecnológicos de la guerra a caballo entre los caballeros feudales europeos se encuentran en la invención de los carros de dos ruedas en el 1.800 a.C. en Mesopotamia. Estos carros constituyeron un instrumento bélico de gran importancia para los pueblos bárbaros, una vez que fueron mejorados mediante el empleo de ruedas con radios y que sus aurigas fueron equipados con arcos compuestos, más robustos y precisos que la arquería rudimentaria. De aquí derivaron sociedades aristocráticas basadas en el poder de los aurigas. Los carros de este tipo, no obstante, fueron marginales en Europa, donde los caballos escaseaban y en consecuencia era más importante el combate cuerpo a cuerpo, y sólo tuvieron su impacto entre las poblaciones bárbaras de las estepas asiáticas. Sin embargo, ocurrió un suceso que retrajo la importancia de los aurigas entre los bárbaros de las estepas. La invención en el 1.400 a.C., y su expansión doscientos años más tarde, de las armas de hierro tuvo un efecto democratizador en el mundo que duraría hasta el 1.000 a.C. Su bajo coste frente a las armas de bronce extendió su utilización y permitió a la población pobre su adquisición, lo cual derivó en una radical democratización de la guerra. Los bárbaros de las estepas, aferrados a sus aurigas, no generalizaron el uso de estas armas de hierro por miedo a una revolución, lo cual dio ventaja a otras tribus bárbaras más igualitarias que sí lo hicieron (McNeill, 1988: 14).

Los aristócratas europeos, en principio prácticamente ajenos a los carros, aprendieron la lección histórica que habían recibido siglos antes los bárbaros de las estepas y utilizaron una solución tecnológicamente más avanzada para imponer su poder feudal. No se trataba de basar el ejército en aurigas, sino en otras unidades fuertemente armadas que aseguraran la preeminencia militar de las clases altas sobre cualquier infantería. La tecnología la copiaron de los iraníes, quienes habían desarrollado, ya en el siglo I a.C., una poderosa raza de caballos que permitía transportar en el lomo a hombres con armaduras pesadas. Esta innovación, regresiva en términos de poder de las clases bajas en el campo de batalla, fue importada por Europa siglos más tarde y situó durante la Edad Media la centralidad del ejército en la caballería pesada, eficaz contra el

populacho armado a base de hierro. Se obtuvo así el predominio militar de los caballeros feudales en Europa, herederos y equivalentes también de los *catafractos* griegos, que sería a la par un predominio político operado desde el sistema feudal.

Merece la pena mencionar un país europeo donde la caballería pesada no fue importante, lo cual impactó en la configuración del sistema feudal. Ese ejemplo opuesto es Suecia, y Stanislaw Andreski (1968) se centra en su descripción. En Suecia, a diferencia de otros países del Medioevo europeo, había escasez de prados. Los caballos criados en esos prados eran, a causa de dicha escasez, pocos y de malas condiciones físicas, lo cual prácticamente los incapacitaba para ser equipados pesadamente en la guerra. Debido a estas constricciones, los aristócratas suecos tuvieron que sustentar sus ejércitos en la infantería campesina, compuesta por levadas de hombres libres y por voluntarios expedicionarios. Una situación similar se vivió en los otros países nórdicos y también en la montañosa Suiza. El reflejo en lo político fue claro: en Suecia no hubo feudalismo *stricto sensu*. Lo que había era un campesinado independiente diferenciado de los nobles en términos de la cantidad de tierra que poseían, pero sin ningún vínculo de servidumbre con ellos. La situación cambió momentáneamente en el siglo XIV, cuando mejoraron los caballos y empezaron a ganar importancia en Suecia, pero la estratificación duró poco tiempo porque, con esa tradición de dependencia de la infantería, el rey Gustav Vasa introdujo en el XVII el reclutamiento de infantería para el servicio extranjero. Se había creado así el primer ejército nacional de Europa que, todavía lejos de la leva universal, contribuía a contener el poder nobiliario en Suecia.

En el resto de Europa, desde el siglo XIII ocurren una serie de avances tecnológicos que comienzan a erosionar el poder militar de los nobles, entre los cuales el principal es la aplicación de la pólvora a los enfrentamientos bélicos. Antes de la correcta utilización militar de la pólvora, la ballesta ya había comenzado a igualar la situación en las guerras europeas desde el siglo XI (McNeill, 1988: 74):

La sencillez de manejo de la ballesta hacía de ella un gran igualador en el campo de batalla. La caballería armada no tenía por qué prevalecer siempre, cuando cualquier plebeyo robusto podía apuntar el gatillo y lanzar una flecha capaz de derribar a un caballero de su caballo a una distancia de cien metros o más.

Pero el episodio tecnológico que a la postre sería determinante fue, sin lugar a dudas, la introducción de la pólvora en Europa. El primer dibujo europeo de un arma de pólvora está representado en el conocido como *Manuscrito Milimete*, que data de 1326.

Se trataba de un arma rudimentaria con forma de florero, desde cuyo interior se disparaban proyectiles similares a las flechas. El arma en cuestión era tan peculiar en su aspecto como ineficaz, pero constituye la primera referencia del empleo militar de la pólvora en Europa, precursora de las posteriores bombardas y cañones. Tendrían que pasar siglos para que la pólvora de la artillería fuera eficaz y comenzara a restar poder a la caballería pesada. Los caros pero precisos cañones de bronce del siglo XV no encontraron *baratos* sustitutos de hierro hasta mediados del XVI, y no encontraron *eficaces* sustitutos de hierro hasta el XVII. La situación cambiante en el ataque también afectó a la defensa de las ciudades, exportándose por toda Europa el sistema de murallas italiano, con sus fosos, conocido como *trace italienne*. Ante estas defensas, necesarias por la creciente presencia de cañones, nada podían hacer los caballeros feudales, quienes tuvieron que ir cediendo su papel en unos enfrentamientos caracterizados ahora por el asedio en lugar de la batalla abierta. En lo que respecta al mar, los cañones fueron incorporados a los barcos comerciales atlánticos, de forma redonda, desde el siglo XV, obteniéndose un siglo después auténticas fortalezas marinas⁵⁹. Tampoco había lugar para los caballeros en las batallas navales, toda vez que las tácticas mediterráneas de espolón y abordaje no llegaban a ponerse en práctica cuando los buques de guerra podían hundir barcos a distancia.

Los estudios que sitúan a la pólvora como causa de una revolución militar en Europa, centrada en el siglo XVI, están siendo revisados. Jeremy Black (2002: 32-55) critica a Michael Roberts (1956) y a Geoffrey Parker (1988) su defensa de dicha teoría. La pólvora tuvo en realidad un camino muy largo y fluctuante de incorporación a los ejércitos europeos, y en consecuencia no puede tomarse como causa de la efectividad europea en las conquistas de la época. Más allá, Roberts argumenta que esa supuestamente temprana Edad Moderna tuvo bastante de medieval, y que cabría retrasar el inicio de los procesos de modernización hasta finales del siglo XVIII, con la Ilustración, o hasta la segunda mitad del siglo XIX, con la Revolución Industrial. No conviene, por tanto, excederse en las conclusiones respecto a los efectos del armamento y, en particular, de la llegada de la pólvora a Europa, ya que su impacto no fue inmediato ni desencadenador, por sí sólo, de otras transformaciones en las tácticas militares y en los ejércitos que sí estaban teniendo ya lugar en el continente.

⁵⁹ Para una detallada historia de la evolución tecnológica de los cañones y de sus aplicaciones marítimas puede consultarse a Mario Cipolla (1967), de quien he resumido las pinceladas aquí presentadas. También aborda el mismo tema alcanzando similares conclusiones William McNeill (1988).

En efecto, la progresión tecnológica hasta conseguir un empleo eficaz de la pólvora en la batalla dura siglos, desde el XIV hasta el XVII, y se completa con el perfeccionamiento de las armas ligeras de fuego en el siglo XVIII. Durante las guerras italianas (1499-1559) se comenzó a experimentar con mosquetes y arcabuces pero, al igual que ocurrió con la artillería pesada, hubo que esperar largo tiempo para su perfeccionamiento. El resultado de estos procesos históricos fue la erosión progresiva del poder militar y político de los caballeros feudales. Emergieron entonces los burgueses en su importancia capital como manufactureros de armas, que eran susceptibles también de ser empleadas por ellos mismos. Así, en el siglo XVIII existían las condiciones armamentísticas para un balance de poder hacia la clase burguesa, como relata apasionadamente Friedrich Engels en su *Anti-Dühring* de 1894 (1977: 172):

Las murallas de piedra de los castillos de la nobleza, hasta entonces inexpugnables, sucumbieron ante los cañones de los ciudadanos, y las balas de las burguesas escopetas atravesaron las armaduras caballerescas. Con la pesada caballería aristocrática se hundió también el dominio de la nobleza.

Queda por considerar una última fase de vital importancia en la tecnología armamentística, cuyo resultado final será la industrialización de la guerra. Desde 1750 las grandes potencias europeas se lanzaron a la búsqueda de innovaciones técnicas para superar sus fracasos bélicos (McNeill, 1988): se diseñó una cartografía más precisa, las órdenes militares comenzaron a dictarse por escrito, se formó adecuada y especializadamente al Estado Mayor, se invirtió en carreteras y canales como nunca se había invertido antes en Europa y, finalmente, se llevaron a cabo una serie de avances tácticos y técnicos en lo militar. Francia, tras su fracaso en la Guerra de los Siete Años (1756-1763), afianzó la racionalidad burocrática en su ejército, contratando a reclutadores formados, publicitando los criterios de ascenso y adaptando las tácticas bélicas para librar escaramuzas en lugar de enfrentamientos lineales, dada la desaparición de campos abiertos en el oeste de Europa.

En el aspecto más puramente tecnológico son reseñables las reformas en la artillería bajo la dirección de Jean Baptiste Vaquette de Gribeauval entre 1763 y 1767, ya que terminaron en una nueva abertura del ejército al pueblo y, además, fueron el primer ejemplo de innovación tecnológica por encargo expreso del gobierno. Desde 1734 Jean Maritz padre, después Jean Maritz hijo, revolucionaron el mundo de los cañones al diseñar una máquina para taladrarles el ánima, el hueco interior por donde se

dispara el proyectil, una vez fundidos de una pieza. Esta mejora incrementó enormemente la precisión y seguridad de los cañones, y permitió un manejo estandarizado frente a los caprichos en la puntería de los cañones previos con sus ánimas artesanales. Gribeauval trabajó sobre esta base, consiguiendo una artillería capaz de avanzar al ritmo de la infantería, con altura de tiro regulable y con una cadencia de disparo mayor. A partir de esta estandarización en los cañones, Gribeauval creó también escuelas de instrucción para el manejo de unas máquinas que distaban ya mucho de la producción artesanal y que, a partir de ahora, serían manejadas por soldados y no por contratistas civiles. En estas escuelas se reclutaba a plebeyos y se les daba una formación básica de matemáticas para el manejo de los cañones, lo cual ponía en manos del pueblo la tecnología puntera de la época. Si finalmente señalamos que toda esta tecnología fue iniciada a mediados del XVIII pero no estuvo plenamente implementada hasta los años previos a la Revolución Francesa (1789), quizá podamos hipotetizar algo más sobre la relación entre el nuevo poder de estos artilleros burgueses y la revolución.

Los procesos de industrialización de la guerra, cuyo inicio francés me he permitido señalar aquí, se dieron simultáneamente en otros países y respecto a otros tipos de armamento, y no cesaron las innovaciones como tampoco lo hacen en la actualidad. Las armas empleadas en la Revolución Francesa, con sus mejoras en el cureñado – base móvil de la artillería de campaña – y también en las culatas de las armas de fuego ligeras, eran mucho más efectivas que las anteriores (Engels, 1977). En el mar, los barcos comenzaron a blindarse tras la Guerra de Crimea (1854-1856) para minimizar el impacto de los obuses que lanzaban otros buques. La Revolución Industrial, sobre la base de las reformas de Gribeauval, favoreció sucesivos procesos de innovación y estandarización en el armamento y las tácticas militares, abriendo camino al talento de los burgueses en las filas del ejército. El volumen de producción militar era cada vez mayor y más racionalizado, y requería de un conocimiento científico típicamente burgués. He aquí la contribución militar, que habría de sumarse a otros muchos y diversos factores, al nuevo reequilibrio de poder entre las clases sociales que se va fraguando con la industrialización, y que tuvo sus primeros lances en la Guerra de Independencia de los Estados Unidos (1775-1783) y en la Revolución Francesa (1789).

En el aspecto puramente tecnológico, la apoteosis de estos procesos de industrialización la encontramos en la Primera y Segunda Guerras Mundiales (1914-1919 y 1939-1945). Estos conflictos bien podrían constituir una fase propia en el desarrollo tecnológico-militar de la humanidad (Mann, 1988), en tanto que ‘guerras

totales industriales' (Verstrynge Rojas, 1979: 33-34 y 119-149), ya que sus dimensiones y duración alentaron enormemente la producción e innovación armamentísticas, por tierra, mar y aire. Los avances fueron tales, que los ataques nucleares de Hiroshima y Nagasaki – que cierran la Segunda Guerra Mundial en 1945 – son, a su vez, el inicio de otra fase tecnológica independiente⁶⁰. No profundizamos en las cuestiones técnicas de las dos guerras mundiales ya que tendremos oportunidad, más adelante, de hacerlo. Aquí basta con ubicar este periodo de especial efervescencia bélica dentro de un proceso industrial-militar más largo que tuvo sus incipientes inicios a finales del siglo XVIII y que es susceptible de ser sometido a un análisis político similar al expresado, como es el objeto de esta investigación.

El rápido repaso histórico a la tecnología militar en clave del equilibrio de poder entre las clases arroja dos conclusiones. La primera, que existe numerosa evidencia histórica para respaldar la tesis de que ciertas reformas tecnológicas en el armamento generan cambios en la centralidad militar de unas u otras clases sociales. La segunda, que la traslación de esa centralidad militar a la centralidad política ha de tener en cuenta otros factores. Hechos como la mejora en los carros de los aurigas mesopotámicos, el descubrimiento del hierro para las tribus bárbaras de la estepa, la aplicación de la caballería pesada en la Europa Medieval, la ausencia de esa misma caballería en Suecia hasta el siglo XIV, el largo recorrido de avances en base a la pólvora o la industrialización de la guerra, han tenido su efecto sobre el campo de batalla. Sin embargo, sería una torpeza asegurar, por ejemplo, que desde la perfección de las armas ligeras de finales del siglo XVIII y hasta la Primera Guerra Mundial fueron los fusiles burgueses quienes gobernaron el mundo frente a los aristócratas. El efecto de la tecnología militar sobre el grado de apertura política de un régimen puede ser más potente unas u otras veces, pero en ningún caso automático ni exclusivo. De hecho, ni siquiera se puede afirmar que el estudio de la tecnología agote la explicación de toda la historia militar mundial, como J. C. F. Fuller parece filtrar en su libro (1945). Es necesario continuar considerando otros aspectos ligados a la guerra para esclarecer su efecto agregado en la política y, además, no olvidar en ese proceso que la explicación bélica de la obtención de derechos y de los avances democráticos es sólo una parte de la historia.

⁶⁰ Una fase acompañada por la carrera armamentística y los desarrollos nucleares y biológicos de la Guerra Fría. Una 'era nuclear' donde se evitan las guerras masivas por el peligro de destrucción del mundo (Mann, 1988).

Otro aspecto relevante en la consideración de la conexión entre guerra y ciudadanía ha de ser la mayor o menor amplitud social del reclutamiento de soldados para los ejércitos. Son muy diferentes los ejércitos de leva feudales, pagados con el botín de la propia guerra, a los ejércitos mercenarios financiados con los impuestos de la ciudad, y todavía más diferentes a los ejércitos reclutados mediante la conscripción universal. En su crítica a David Kaiser (1990), Charles Tilly (1992: 191-192) señala la conveniencia de considerar estas diferencias, cruciales tanto en el establecimiento de las bases de la guerra en cuestión como en los acuerdos y arreglos emergidos tras ella. Y es que entre esos arreglos posbélicos pueden estar, efectivamente, los que modifiquen la configuración política interna del país.

Como observaremos en este apartado, el poder relativo de las clases sociales se ve afectado por su grado de participación en el ejército. La tecnología militar otorga centralidad a una u otra clase en el campo de batalla, pero este dato por sí sólo no basta. Debemos tener en cuenta cuál es la participación efectiva de unas u otras clases sociales en el ejército para completar el análisis de su fuerza militar de clase. La tecnología posibilita, pero en seguida veremos que no define en exclusiva la presencia de un número mayor de soldados en las filas de determinado ejército. De hecho, las condiciones del reclutamiento varían en la historia de un país a otro y de una época a otra. Intentaré otorgarle cierta linealidad a la narración, teniendo siempre presente que el objetivo es describir el tipo de reclutamiento predominante en los periodos más relevantes de Europa a este respecto, y su consiguiente efecto general en la correlación de fuerzas entre las clases sociales.

La tremenda expansión del mercado en Europa desde el siglo XI incrementó el número de burgueses, quienes hubieron de procurarse su propia defensa al margen de los vínculos feudales. Los burgueses eran una nueva clase de lo más variopinto. Se trataba de vagabundos, viajeros, desterrados y prófugos, todos ellos con el mínimo común denominador del comercio por oficio. Nacían en los márgenes de una sociedad feudal organizada en torno a compromisos de servidumbre entre caballeros y plebeyos, compromisos que nada tenían que ver con el mercado y que, además, poseían un fuerte carácter rural. Los burgueses, fuera de esta norma social feudal que los acusaba de usureros (Polanyi, 1997; Pirenne, 2007), se agrupaban en torno a las ciudades, surgidas al calor de la expansión del comercio del siglo XI. En principio las ciudades eran

espacios vacíos – campos y jardines amurallados – donde se realizaba la incipiente actividad comercial. Pero el incremento de dicha actividad obligó a los burgueses a instalarse en torno a las fortalezas nobiliarias – que pasarían a llamarse ‘burgo viejo’ (*vetus burgus*) – constituyendo el ‘burgo nuevo’ (*novus burgus*) extramuros⁶¹. Este exotismo inicial de la burguesía afectaba a las condiciones de su defensa, que recaía exclusivamente en su poder económico ya que no eran vasallos de ningún señor feudal. Así, los nuevos burgueses invirtieron en la defensa de sus barrios, dotándolos de empalizadas, puertas y fosos para evitar el asalto de los bandidos, y desde el siglo XII pudieron contar con murallas y torres.

La burguesía hubo de encargarse de su propia defensa también en lo relativo al ejército, adoptando soluciones militares al margen de la leva feudal. En las levas feudales los señores reclutaban a sus propios vasallos para la defensa de los señoríos, combinando esta opción con la contratación de mercenarios. Los burgueses, sin nadie que les rindiera servidumbre, tuvieron que hacer uso de sus propios recursos para organizar las defensas humanas. En este punto aparece la disyuntiva entre las dos opciones militares posibles para la burguesía, que tendrían sus efectos políticos: los ejércitos mercenarios y la milicia popular. Estas opciones aparecen ya en el siglo XII, cuando la burguesía ha aprovechado la expansión comercial del siglo anterior para crecer y reunir recursos, y lo hacen primeramente en aquellos focos europeos donde se reactiva el comercio: Italia y la Costa Flamenca. Observaremos los efectos diferenciales de estos dos métodos de reclutamiento a partir del contraste entre dos ciudades italianas: Venecia y Florencia.

La primera opción en numerosas ciudades italianas fue la milicia urbana. Los burgueses se armaron ellos mismos, organizando en las ciudades su propia defensa basada en la infantería y reclutando para ello a todos los ciudadanos bajo la ley de la ciudad. Esta historia se corresponde con la historia política republicana de las ciudades italianas en los siglos XII y XIII, esas pequeñas repúblicas con alto grado de democracia burguesa. Sin embargo, desde 1350 comienzan a aparecer las bandas de mercenarios profesionales. Las primeras se constituyeron como ‘compañías libres’: extensas bandas de soldados contratadas aquí y allá, dedicadas al saqueo y acostumbradas a romper los contratos (la *condotta*) con sus clientes. Estas bandas, vendidas al mejor postor, dejan

⁶¹ Para un apasionante relato del proceso de creación de las ciudades medievales es conveniente observar con más detalle la historia relatada por Henri Pirenne (2007). La tipología de las ciudades de Max Weber (1964: 938-1046) implica, por su parte, un estudio exhaustivo de la ciudad.

paso a partir del siglo XV a relaciones mercenarias más estables con la élite burguesa. El saqueo como forma de pago no desaparece, pero se va imponiendo poco a poco la costumbre de pagar a los soldados mercenarios mediante los impuestos de la ciudad, y en relaciones militares más a largo plazo entre un determinado capitán y una ciudad concreta (McNeill, 1988). Venecia es la primera ciudad italiana en normalizar esta *condotta* militar, en el año 1405, primero en el mar y luego en la defensa terrestre. Florencia, por su parte, continuaría con la milicia popular. El efecto político fue claro. Donde Florencia imponía sus virtudes republicanas basadas en una milicia popular (Maquiavelo, 2008), Venecia y otras ciudades como Milán veían proliferar a los capitanes mercenarios, los *condottieri*, entre sus clases dominantes, experimentando oligarquizaciones de sus regímenes frente al frenesí político-democrático florentino. Como contrapartida, el ejército profesional de ciudades como Venecia y Milán generó más estabilidad interna que la milicia popular de Florencia.

Merece la pena recordar que los ejércitos profesionales de las ciudades son compatibles en el Renacimiento con formas de organización militar todavía medievales. Allá donde predominaban los señores feudales había levas de servidumbre y mercenarios, donde predominaban los burgueses podíamos encontrar o milicias urbanas o ejércitos profesionales. Un tercer actor, la monarquía, también iba apropiándose de ejércitos mercenarios y explotando su situación de *primus inter pares* para sacar partido militar, cuando podía, al vínculo de homenaje que le rendían los señores feudales. De estos diferentes sistemas de reclutamiento podemos concluir que daban preeminencia política a la nobleza, a la burguesía o a la corona, pero en ningún caso a las clases más bajas de la sociedad. La conscripción universal, el reclutamiento de toda la población para tareas bélicas, era entonces desconocida.

La primera posibilidad de reclutar y manejar ejércitos realmente amplios surge en el siglo XVII en Holanda, cuando la instrucción militar alcanza un nuevo perfeccionamiento con las reformas de Mauricio de Nassau, Príncipe de Orange (McNeill, 1988). Para ello vuelve la vista a Roma, que en su momento fue la más avanzada en el arte de la guerra (Rosenberg, 1926) y que será considerada, a la postre, ‘madre de los ejércitos modernos’ (Keegan, 1995: 321). Así, dividió el ejército en unidades tácticas más pequeñas como lo fueran las *manípulas* romanas, recuperó la zapa romana (muro de tierra tras el cual parapetarse), estableció una instrucción sistemática para la infantería con mosquetes y regularizó también la marcha de la infantería. En las descripciones de su doctrina organizativa empleó gran concreción y estandarización,

recuperando la estabilidad de los ejércitos clásicos que se había perdido por la irrupción del mercadeo mercenario italiano del siglo XIV. Tal fue el avance que McNeill se atreve a señalar que ‘la creación de semejante Nuevo Leviatán – quizá casi inadvertida – fue ciertamente uno de los mayores logros del siglo XVII, tan notable como el nacimiento de la ciencia moderna o cualquiera de los grandes avances de la época’ (1988: 147). El modelo de instrucción de Mauricio de Orange se extendió por Europa, con tal popularidad que incluso se publicaron sus estrategias en 1607. Las bases para el reclutamiento masivo y eficaz de la infantería en un ejército permanente estaban aseguradas. Sin embargo, se evitó convenientemente que las clases bajas inundaran los ejércitos. Países como Holanda, Francia, Alemania y Suecia ya poseían ejércitos permanentes en el XVII basados en la nueva doctrina, pero sólo en Suecia el ejército tenía un carácter nacional en tanto que reclutaba a sus hombres del conjunto de segmentos sociales del país. De este modo, las condiciones tecnológico-organizativas para una conscripción de masas estaban presentes ya en el XVII (Andreski, 1968), pero los países diseñaron sus estrategias para evitar que las armas cayeran masivamente en manos de las clases bajas nacionales. Se dedicaron a contratar a mercenarios extranjeros o a *lumpenproletarios* que reciclaban convenientemente mediante el *esprit de corps* militar, asegurando su desconexión con las preocupaciones políticas de las clases bajas. Este tipo de soluciones no consiguieron evitar, sin embargo, la realidad de unos ejércitos donde la artillería era cada vez más importante y donde un número superior de soldados de infantería podía organizarse adecuadamente en el campo de batalla. Las clases bajas terminaron siendo reclutadas masivamente para el ejército, y cuando la participación en el ejército se abrió más allá de la nobleza del antiguo régimen y hacia abajo podemos hablar de un cambio revolucionario (Janowitz, 1978).

El reclutamiento para el ejército profesional francés en los años previos a la Revolución Francesa es un factor crítico que ayuda a entender su actuación ante la revolución. En Francia se conjugaron dos factores que hicieron efectiva la penetración de nuevas ideas entre los soldados del ejército pre-revolucionario (McNeill, 1988). De un lado, la instrucción diaria cayó en manos de suboficiales no aristocráticos, cercanos al pueblo y agraviados porque su ascenso a la escala de oficiales permanecía bloqueado desde 1781 por su falta de alcurnia nobiliaria. Además, estos suboficiales sabían leer gracias a las escuelas para cabos y sargentos creadas en 1787, lo cual les hacía permeables a la propaganda y a los panfletos revolucionarios. De otro lado, las unidades militares no residían en cuarteles aislados de la población civil, sino que vivían entre las

capas más humildes de la población parisina cuando estaban de permiso, e incluso tenían trabajos en la ciudad para completar su salario como soldados. Muchos de ellos eran reclutados en la propia ciudad, manteniendo sus lazos con las preocupaciones de los pobres porque ellos mismos habían sido extraídos de esa clase social. Considerando estas circunstancias sociales – especialmente las capitalinas – del reclutamiento para el ejército francés, no debe extrañar que cuando estalló la revolución del 14 de julio de 1789 los 7.000 acuartelados en París no salieran en defensa del rey y, además, algunos destacamentos de artilleros se personaron frente a la Bastilla para prestar sus cañones a la revolución. Gran parte de las tropas, reclutadas de entre la baja burguesía urbana, fraternizaron con los rebeldes, haciendo así posible la revolución (Andreski, 1968).

Es precisamente durante la Revolución Francesa cuando ocurrió un hecho de radical importancia para la historia del reclutamiento: la aparición por vez primera⁶² de la leva en masa. Sus antecedentes se sitúan en la Batalla de Valmy, librada el 20 de septiembre de 1792 entre Francia y un ejército combinado bajo dirección prusiana que incluía a *L'Armée des Émigrés*⁶³. Esta batalla, crucial para la supervivencia de la revolución y que resultó en la proclamación de la República Francesa al día siguiente, fue ganada por los franceses mediante la utilización de un ejército formado por profesionales pertenecientes al antiguo ejército y por voluntarios burgueses de la Guardia Nacional. Con esta batalla se comprobó la magnitud de la amenaza exterior, e interior, y la ya constituida república consideró reforzar las filas de sus ejércitos más allá de la voluntariedad burguesa. La Convención decretó entonces la conveniencia de reclutamientos *forzados*, como podemos ver en este Decreto del 24 de febrero de 1793⁶⁴:

Art- 1º. Todos los ciudadanos franceses, desde la edad de dieciocho años y hasta los cuarenta años cumplidos, solteros o viudos sin hijos, están en estado de requerimiento permanente, hasta la época en la que

⁶² Los únicos pasos previos modernos hacia la conscripción universal los encontramos en el servicio militar obligatorio de la Guerra de Independencia de los Estados Unidos (1775-1783). Sin embargo, su escala de movilización quedó muy lejos de la establecida posteriormente por los revolucionarios franceses, la cual tuvo además un impacto mucho mayor como modelo para la historia posterior (Burk, 2006: 114).

⁶³ Coalición leal a la monarquía francesa que luchaba contra los revolucionarios, integrada por fracciones de los ejércitos de los príncipes europeos. En esta batalla en concreto la guerra de Francia estaba establecida principalmente contra Prusia y Austria, sin menoscabo de la participación de soldados de otros países.

⁶⁴ Traducido directamente del recopilatorio de legislación francesa entre 1788 y 1830 realizado por Jean Baptiste H. Duvergier (1834: 169).

se complemente el reclutamiento efectivo de trescientos mil hombres de nueva leva decretada a continuación.

Estos reclutamientos parciales y limitados, con el objetivo de reforzar el ejército, fueron sustituidos en agosto del mismo año por la conscripción universal, mediante el Decreto de la Convención de 23 de agosto de 1793⁶⁵:

[...] todos los franceses están permanentemente requeridos para el servicio militar. Los jóvenes irán a la batalla; los casados forjarán armas y transportarán municiones; las mujeres harán tiendas y ropas y servirán en los hospitales; los niños harán hilas con trapos viejos; y los ancianos serán llevados a las plazas públicas con el fin de elevar el valor de los soldados y predicar la unidad de la República y el odio a los reyes.

La Convención había decretado por primera vez en la historia europea la *levée en masse*, para algunos el hecho más remarcable de la Revolución Francesa ya que otorgó al país una posición preeminente para librar las guerras internacionales que le acechaban (Skocpol, 1988). A nivel interno, conviene recordar que este decreto se proyecta y firma durante la época dominada por los jacobinos, cuyas tendencias radical-democráticas son bien conocidas. Permanece así ligada la movilización militar del conjunto de la población, sin paliativos, a la voluntad revolucionaria de ‘conceder a la mayoría lo que hasta entonces había sido privilegio de una minoría: el título de plena libertad legal que representaba la condición aristocrática de guerrero’ (Keegan, 1995: 435). No en vano, la Constitución de Robespierre del 24 de junio de 1793 estableció por primera vez en la historia el sufragio universal masculino, al eliminar las limitaciones de renta y clase para votar y al desterrar el sufragio indirecto, aunque éste nunca llegó a ser puesto en práctica por la necesidad de aplacar las amenazas internas y externas a la revolución (Canfora, 2004: 83). La incorporación masiva del conjunto de la población a los ejércitos tuvo sus correlatos democráticos en Francia, bajo una idea de ciudadano-soldado⁶⁶ que provenía del mundo clásico.

La vigencia de la leva en masa fue, no obstante, fugaz. Los franceses movilizados para el ejército en 1793-1794 pertenecieron a él indefinidamente, pero los

⁶⁵ Traducido en McNeil (1988: 213) desde el texto de Crane Brinton (1941: 77).

⁶⁶ Para una exposición y defensa histórica de la importancia del ideal del ciudadano-soldado puede consultarse la obra de Morris Janowitz (1978). Por otra parte, Eliot A. Cohen (1985) combina la consideración de este ideal – en el marco ideológico del republicanismo – con una amplia historia del reclutamiento, acentuando las tensiones derivadas de la imposición del servicio militar obligatorio en diferentes marcos de ciudadanía. En esta última cuestión ha profundizado también Margaret Levi (1997).

reclutamientos posteriores fueron parciales y desiguales (McNeill, 1988). En 1798 la selección de nuevos soldados quedó restringida a los jóvenes de entre veinte y veinticinco años, que se reclutaban comenzando por los más jóvenes de la quinta y sólo hasta cubrir un determinado cupo. Con el tiempo el reclutamiento terminó sorteándose, pero fue Napoleón Bonaparte, llegado al poder el 18 de Brumario del año VIII – el 9 de noviembre de 1799 –, quien acabó con la igualdad en el servicio militar. Los adinerados pudieron, desde el 1800, librarse del reclutamiento mediante el pago del ‘reemplazo’, práctica limitada en 1802 pero conjugada desde entonces con la posibilidad de ‘sustitución’ de unos por otros – en la práctica de los ricos por los pobres, mediante intercambios económicos – entre los congregados al sorteo del reclutamiento (Levi, 1997). Estas maniobras limitaban claramente la doctrina revolucionaria de ‘el pueblo entero en armas’ (Engels, 1977), siendo la conscripción finalmente abolida en 1814.

Tras las Guerras Napoleónicas (1799-1815) se esfumó cualquier atisbo de *levée en masse*, no sólo en Francia sino en el conjunto de países europeos, por la preferencia de los gobernantes de ceñirse a ejércitos profesionales, relativamente pequeños y formados por voluntarios o mercenarios en lugar de por reclutas (Ticchi y Vindigni, 2008). A pesar de la inferioridad en el campo de batalla que desde finales del siglo XVIII mostraban las diferentes versiones de los ejércitos del antiguo régimen frente a los ejércitos de masas, la transición definitiva hacia este último modelo se hizo esperar mucho tiempo (Mjoset y Van Holde, 2002: 30). Si bien es cierto que Prusia inició – provisionalmente en 1813 y permanentemente en 1814 – un servicio militar obligatorio y universal que mantuvo después, éste estaba supeditado a una política conservadora y bajo control del ejército regular, y no implicaba la existencia de un ejército de masas (Burk, 2006: 114-115). En cualquier caso, lo característico de la situación europea iniciada en 1815 fue el abandono mayoritario de las conscripciones y, con rotundidad, del modelo de ejército de masas revolucionario (Andreski, 1968; McNeill, 1988; Mjoset y Van Holde, 2002; Burk, 2006). En consecuencia, ‘después de las Guerras Napoleónicas, casi todos los países europeos – Francia incluida – o mantuvieron o volvieron al modelo aristocrático de organización militar’ (Burk, 2006: 115). Las élites se dieron cuenta de que ‘el pueblo en armas podía volverse contra cualquier gobernante lo suficientemente incauto como para pedir ayuda de las capas más bajas de la sociedad’ (McNeill, 1988: 245), por lo que evitaron la creación de ejércitos amplios que pudieran ‘servir también como fuentes de protesta y de disturbios en sí mismos’ (Mjoset y Van Holde, 2002: 40). La Europa de la Restauración se cubría así las espaldas mientras

eliminaba el peligro que había supuesto un ejército de leva universal como el nacido de la Revolución Francesa.

La situación cambió con la guerra franco-prusiana de 1870-1871. El ejército prusiano había ido incorporando a civiles entre sus filas por la necesidad de conseguir un número superior de soldados y hacer así frente al feroz ejército francés de profesionales. Innovaciones como los fusiles rayados de retrocarga (cañón rayado en espiral para incrementar la velocidad de la bala y fácil carga de la misma desde la parte posterior del fusil) mejoraron con su sencillez y efectividad la incorporación masiva de ciudadanos al ejército. Podemos decir que ‘la planificación prusiana derrotó al arrojo francés y, como resultado, unos ciudadanos-soldado se impusieron fácilmente a los mejores profesionales de Europa, para asombro de todo el mundo’ (McNeill, 1988: 278). En 1815 se habían evitado los ejércitos de ciudadanos por su peligro revolucionario, pero después de esta guerra se introdujo en todos los países, por necesidad imperiosa, alguna versión del ejército territorial prusiano que armara a un número mayor de soldados, generalizándose entonces el modelo de ejército de masas (Engels, 1977; Mjoset y Van Holde, 2002; Burk, 2006). Además, si la artillería estaba ya muy perfeccionada desde el siglo XVIII, es precisamente durante el XIX cuando se permite a los artilleros de las clases populares el acceso a las oficialías de los ejércitos (Janowitz, 1978). Con este panorama, las élites se sirvieron de diferentes mecanismos para conseguir la lealtad de los trabajadores en labores militares, y esa es parte de la historia del nacionalismo a finales del siglo XIX y principios del XX: como dispositivo de movilización militar y de lealtad obrera a las élites. Esta conjunción de factores que fuerzan la incorporación y preeminencia de las clases trabajadoras en el ejército ya no tendrán marcha atrás, y nos acompañarán en la historia europea hasta las guerras mundiales – calificadas como ‘*citizen warfare*’, esto es, un ‘estado de guerra ciudadano’ (Mann, 1988: 171-176) – porque, como señala Beverly J. Silver (2005: 157) refiriéndose a los momentos finales del siglo XIX, ‘la evolución exitosa de la guerra requería cada vez más el apoyo de los obreros-ciudadanos’.

Pero el periodo de ejércitos ciudadanos iniciado en 1870, y cuya apoteosis la marcan las dos guerras mundiales, se debilita conforme avanza la segunda mitad del siglo XX. Sin embargo, no existe una fecha o un acontecimiento significativo que marque la defunción de los ejércitos de masas en Europa. Su sustitución por ejércitos de soldados profesionales se trata, más bien, de un movimiento progresivo de ‘declive de las fuerzas armadas de masas’ (Janowitz, 1978) iniciado quizá tras la Segunda Guerra

Mundial, pero con seguridad bastante antes de la caída del Muro de Berlín en 1989 (Burk, 2006: 117):

Decir que el ejército de masas era el modelo estándar durante el final de la Guerra Fría, aunque cierto, puede ser confuso. Era evidente desde los setenta, si no antes, que entre las naciones occidentales aliadas en la OTAN había una transición en marcha desde el ejército de masas hacia un ejército profesional completamente voluntario.

Los países iban estableciendo ‘ejércitos totalmente voluntarios’ (*all-volunteer forces* o *AVF*) en función de sus más bien decrecientes, y variables, necesidades bélicas. Mientras Gran Bretaña estableció la *AVF* en 1962, Francia llegó a mantener la conscripción en tiempo de paz hasta los años noventa (Mjoset y Van Holde, 2002). La proporción de conscriptos, en cualquier caso, se fue reduciendo en los países europeos (Burk, 2006), y aunque en los años ochenta los países de la Europa continental mantenían todavía alguna forma de conscripción (Shaw, 1991), ésta había perdido peso frente a la profesionalización de los ejércitos. El declive final del ejército de masas en el periodo 1970-2000 está documentado para Europa, si bien se continúa postergando la completa desaparición de la conscripción en todos los países europeos (Haltiner, 2006).

Estudiando las condiciones históricas del reclutamiento hemos podido analizar sus desconexiones parciales con la tecnología del momento. Desde el siglo XVII existía la posibilidad táctica de manejar a grandes ejércitos, y desde el XVIII la artillería y las armas ligeras estaban lo suficientemente desarrolladas como para que la centralidad de los ejércitos recayera plenamente en el manejo plebeyo de los nuevos inventos. Sin embargo, la nobleza estuvo permanentemente en guardia contra tal opción. La Revolución Francesa mostró a la aristocracia la correlación entre un pueblo armado y la plausibilidad de sus aspiraciones democráticas, de modo que la Restauración de 1815 prefirió enterrar los ejércitos de leva populares en virtud de la estabilidad oligárquica. A finales del XIX, demostrada de nuevo la superioridad en el campo de batalla de los ejércitos populares, las élites dirigentes ya no se pudieron negar a un reclutamiento más amplio, so pena de mostrarse vulnerables ante las potencias enemigas y de serlo efectivamente en caso de guerra. Comenzaron entonces a ampliar el reclutamiento, en un camino que alcanzaría su máxima expresión en las guerras mundiales.

La fractura entre la participación militar *posible* en cada periodo, en base a las condiciones tecnológicas y tácticas del ejército, y la participación militar *deseable* por parte de las élites es clara. La tecnología posibilita en determinados momentos la incorporación del conjunto de la población a los ejércitos, pero las élites son conocedoras de la tesis defendida en este trabajo: que una mayor participación militar de los desposeídos puede llegar a otorgarles una excepcional capacidad de presión política. Por este motivo procuran mantener la proporción de la población que participa en los ejércitos lo suficientemente alta como para ganar las guerras y lo suficientemente baja como para evitar un incremento de poder militar de los trabajadores y, quien sabe, quizá una revolución.

Stanislav Andreski (1968) generó el marco conceptual idóneo para tratar esta disyuntiva, recogido en su estudio *Military Organization and Society*, publicado originalmente en 1954. El ratio de participación militar – *military participation ratio* o *MPR* – de una sociedad es la proporción de la población total que es reclutada para el ejército en un momento determinado. El concepto puede desdoblarse, sin embargo, en dos. Por un lado se encuentra el *MPR* real, la proporción de población efectivamente incluida en el ejército, y por otro el *MPR* óptimo, la proporción de población que podría estar incluida en el ejército si se aprovechara al máximo la potencia bélica de la sociedad. El *MPR* óptimo depende en gran medida de cuestiones tecnológicas y tácticas como las tratadas anteriormente: el uso eficaz de la artillería frente a la caballería nobiliaria, los progresos en las armas ligeras, la capacidad táctica de instruir y manejar a la infantería y otras tantas innovaciones que permiten elevar el óptimo de soldados movilizables.

Sin embargo, el *MPR* real puede no registrar la misma cifra que el *MPR* óptimo. Andreski explora la posibilidad que otorga la lógica, esto es, que el *MPR* real sea menor al óptimo. Y las causas pueden ser dos: (1) que no sea necesario el empleo de toda la fuerza militar de la sociedad o (2) que las élites quieran evitar una movilización en número superior de la que pudieran derivarse derechos para las clases bajas. La primera de las causas es una opción factible en tiempos de paz, cuando la amenaza externa para la sociedad en cuestión no es de una gran magnitud. Sin embargo, la historia del reclutamiento que hemos observado deja cabida a la segunda explicación. Mientras las élites consigan artificialmente evitar la movilización de toda la sociedad, aún cuando

ésta sea tecnológicamente posible y deseable, estarán más protegidas contra el peligro que supone armar a las clases bajas. Las clases bajas, una vez armadas, pueden desafiar el orden establecido y provocar giros democráticos, tal y como hemos comprobado que ocurrió en el mundo clásico, en las ciudades-estado italianas y en la Revolución Francesa. La primera protección de las élites contra estos sucesos es evitar movilizar más allá de los límites de absorción del conflicto establecidos por el sistema político existente. Toda aventura fuera de estos límites puede tener consecuencias fatales para ellas.

El estudio de Andreski se interroga específicamente por la posibilidad de revolución ligada al *MPR*. En sociedades con cierto grado de estratificación social es el *MPR* quien define el éxito de una revolución. Si el *MPR* es alto, la revolución tiene mayores probabilidades de triunfar. Si el *MPR* es bajo no todo está perdido para los sublevados, ya que puede ocurrir que el relativamente reducido ejército esté penetrado en sus puestos clave por miembros de la clase baja y, en consecuencia, que las fuerzas armadas apoyen a la revolución. Éste es el caso, tal y como vimos, de la Revolución Francesa, cuyas condiciones previas de reclutamiento permitieron el acceso de las capas bajas de la burguesía a las guarniciones de París, llegando incluso a grados de suboficiales, y a las divisiones de artillería francesa. Como resultado, el ejército no movió un sable en defensa del rey. O, mejor dicho, movieron sus sables aquellos que los tenían, pero ganaron la batalla los fusiles y cañones de los burgueses que habían penetrado el ejército. No podemos establecer, por tanto, una relación directa entre *MPR* y democracia sin establecer también una relación entre *MPR* bajo pero con presencia de clases bajas en el ejército y democracia. La lectura ciudadana de la participación militar es inseparable de los números relativos, pero también de la composición de clase del ejército y de sus conexiones con las demandas ciudadanas.

Hay cierto debate sobre la posibilidad de sociedades con ratios de participación militar superiores a las condiciones técnicas fijadas por el *MPR* óptimo. Janowitz (1978) critica a Andreski señalando que la participación ciudadana en el ejército antecede a la tecnología moderna. En el lenguaje de Andreski, esto abriría la posibilidad para que el *MPR* real fuera mayor al *MPR* óptimo anterior a la modernidad. En realidad es una cuestión de especificación de conceptos. El *MPR* óptimo es, por definición, insuperable en la realidad. Janowitz está pensando, cuando afirma la posibilidad de que una sociedad supere ese óptimo, en otra cuestión. Está negando un determinismo tecnológico en virtud del cual no podría haber una alta participación popular en el

ejército hasta que no se fijaran las condiciones para ello en el siglo XVII. Podemos encontrar, efectivamente, altos *MPR* en el mundo clásico. La solución a este conflicto entre realidad y posibilidad pasa por tener en cuenta el contexto histórico. Andreski no está asegurando que antes del siglo XVII fuera imposible una participación militar amplia de la sociedad. Lo que ocurre es que el *MPR* óptimo varía en la historia acorde a la tecnología disponible pero siempre teniendo en cuenta el tamaño de las sociedades. Así, las condiciones tecnológicas para una alta movilización estarían perfectamente aseguradas en el mundo clásico en relación con el tamaño de las sociedades a movilizar. Sin embargo, con los incrementos poblacionales es sólo a partir del siglo XVII cuando vuelve a establecerse la posibilidad de movilizar al conjunto de la población. De esta forma pretendo resolver el conflicto vacío entre Janowitz y Andreski, en el cual el primero tan sólo quería llamar la atención sobre la historia de movilización militar popular que antecede al XVII y volver a señalar con más fuerza, como ya hiciera Andreski, que no existe un determinismo tecnológico sobre la participación militar real. Sin embargo, olvidó en su argumentación que sí existe un determinismo tecnológico obvio sobre las *posibilidades exitosas* de participación militar, sobre el *MPR* óptimo.

Otra reflexión interesante que se puede realizar desde este marco conceptual consiste en ampliar el concepto de participación militar más allá del reclutamiento para el ejército. Michael Mann (1988) no encuentra una relación lineal entre la participación militar en el ejército y el capitalismo, pero sí entre un concepto de participación más amplio y el capitalismo. Coherentemente con lo especificado hasta ahora, el capitalismo no implica necesariamente reclutamientos más amplios. Sienta las bases tecnológicas para la industrialización de la guerra y para armar y manejar a ejércitos amplios, pero nuevamente la participación real en el ejército difiere del óptimo en función de las dos condiciones señaladas: (1) la mayor o menor necesidad de emplear toda la fuerza militar de la sociedad y (2) la preferencia de las élites por evitar amplias movilizaciones de las que se desprendieran derechos. El *MPR* real varía erráticamente como resultado de estas dos condiciones. Sin embargo, la ampliación del concepto permite establecer nuevas relaciones. Si por *MPR* entendemos, además del reclutamiento para el ejército, la participación civil en la industria de armamento o, más allá, el grado total de movilización de recursos – humanos o no – para la guerra, encontramos que ambos añadidos correlacionan positivamente y progresan con el capitalismo (Mann, 1988). Podemos asegurar, por tanto, que la industrialización de la guerra derivada del sistema económico capitalista implica a un número superior de individuos en el esfuerzo bélico,

por definición, si entendemos el esfuerzo bélico en un sentido más amplio. El capitalismo otorga la posibilidad de guerras mayores y más devastadoras, más sofisticadas, requiriendo así un plus de colaboración del conjunto de la sociedad para el esfuerzo bélico que supera los límites de vestir el uniforme militar. En situaciones de guerra siempre fue necesaria la colaboración de civiles y la movilización de recursos económicos, pero bajo el capitalismo éste es un hecho inevitable y de proporciones considerables respecto a otros periodos.

A la hora de medir la importancia del papel militar de la clase obrera debemos tener en cuenta, por tanto, su movilización bélica en el campo de batalla pero también en las fábricas de la retaguardia. La industrialización de la guerra eleva las posibilidades de movilización en ambos aspectos, y hace inevitable al menos la colaboración de los obreros en las fábricas. Es por este motivo que los esfuerzos de las élites para esquivar un *MPR* real próximo al óptimo, entendidos ambos en este sentido ampliado, son más difíciles con el capitalismo, donde la guerra es una maniobra industrial grandiosa.

Hasta aquí hemos analizado diversos aspectos de la guerra – la tecnología militar, el reclutamiento y su interacción – que establecen condiciones favorables al poder militar de una u otra clase social. Las tecnologías militares y los métodos de reclutamiento han facilitado la mayor o menor centralidad de la clase trabajadora en los ejércitos, y sobre este hecho se han sugerido repercusiones – lógicamente mediatizadas por el estado general de la lucha de clases – en el grado de democracia de los regímenes políticos. De aquí se han desprendido gran parte de las disparidades entre el *MPR* real y el óptimo, con reticencias ocasionales por parte de las élites a movilizar toda la capacidad bélica de la sociedad. Sin embargo, a finales del XIX ganaban las batallas los ejércitos con amplio reclutamiento, como el prusiano, y la industrialización de la guerra requería además una importante movilización de trabajadores civiles en la economía militar y *de paz* durante la guerra. Era entonces inevitable el incremento de los ratios de participación militar fuera del campo de batalla y también en el ejército.

En el periodo europeo que media entre la guerra franco prusiana de 1870-1871 y el final de los ejércitos de masas hacia los años setenta del siglo XX, cabría preguntarse por la influencia política de este nuevo y ampliado poder militar de los trabajadores o, dicho de otra forma, por cómo – a través de qué mecanismos – las guerras del periodo pudieron incidir en el equilibrio democrático de las sociedades. Esta cuestión será el objeto de análisis del próximo capítulo. En otras palabras, una vez que hemos determinado históricamente *por qué las guerras europeas entre 1870 y los 1970s le*

interesan a la democracia, podemos pasar a explicar, en el siguiente capítulo, *de qué formas le interesan*: afinando al máximo la apreciación del mecanismo que une guerra y democratización interna y, también, considerando – alternativamente o en paralelo – otros mecanismos bélicos de democratización.

4. LA INFLUENCIA BÉLICA EN LOS AVANCES DEMOCRÁTICOS: LITERATURA CIENTÍFICA Y ANÁLISIS DE LOS MECANISMOS QUE OPERAN EN LA RELACIÓN

En este capítulo se describirán las diferentes vías por las cuales es susceptible de transitar la influencia de la guerra en la producción de avances democráticos. Afrontamos, por tanto, la tarea de diseccionar analíticamente la intersección de ambas variables, guerra y democracia, llevando la conjetura inicial que motiva este estudio a mayores niveles de concreción científica. Para ello nos serviremos de las conclusiones alcanzadas en los capítulos anteriores sobre la democracia y sobre la acepción ciudadano-democrática de la guerra.

Venimos mostrando un especial interés por los *efectos democráticos de la guerra hacia el interior de las sociedades beligerantes*, lo cual nos sitúa en una determinada senda temporal y tipológica en el estudio de las relaciones entre guerra y democracia. El capítulo anterior – donde buscábamos en la historia militar europea las combinaciones presumiblemente prodemocráticas de los aspectos constitutivos de la guerra – concluye que los contextos bélicos europeos del periodo 1870-1970s reúnen las condiciones de partida para producir efectos democratizadores dentro de las propias sociedades combatientes. Y es que, repetimos, la guerra en abstracto no genera avances democráticos: es la configuración bélica de base que acompaña al mencionado periodo la que nos hace pensar en la vigencia de esta relación. Como decíamos, ya sabemos *por qué* esas guerras y no otras pueden tener efectos democráticos, ahora nos interesa precisar todavía más *de qué forma*, a través de qué mecanismos ocurre ese proceso.

Es preceptivo apuntar que tanto los mecanismos considerados en este capítulo como el análisis empírico posterior van a tener por objeto un tipo de guerra concreto: la guerra interestatal. Dentro del mencionado marco geográfico y temporal, defendemos que las guerras interestatales – tal y como aparecen definidas en la tipología del *Correlates of War Project* (Small y Singer, 1982; Sarkees y Wayman, 2010; Sarkees, 2012) – son teóricamente susceptibles de generar avances democráticos. No estamos seguros de poder afirmar lo mismo en el caso de otro tipo de guerras, ni siquiera bajo la presencia de idénticas condiciones de movilización militar. Es necesario que los movilizadores lo sean en nombre de un sistema político – en la época estudiada: un estado – sobre el cual puedan generarse los hipotéticos efectos democratizadores. En consecuencia, no procede la consideración de las guerras libradas entre agentes no-

estatales. Por su parte, las guerras extra-estatales, al tener lugar fuera del área metropolitana del estado y debido a su carácter colonial o imperial, tampoco nos hacen pensar en efectos de este tipo. Finalmente, las guerras intra-estatales, incluidas en ellas las guerras civiles, quizá tengan incluso un efecto contrario: al enfrentarse el estado a otro tipo de agentes con los cuales comparte territorio y sistema político, los incentivos al final de la guerra podrían ir orientados a la represión de la disidencia en lugar de a mayores cotas democráticas para disfrute de toda la población. En consecuencia, limitamos el alcance de nuestras hipótesis a la observación de las guerras interestatales, en un ejercicio de prudencia ajustado a los límites de nuestro trabajo.

Tendremos la oportunidad de volver sobre estas cuestiones espacio-temporales y tipológicas cuando concretemos el marco del estudio empírico. Es necesario, no obstante, adelantarlas para asumir como telón de fondo que la exploración de los mecanismos a continuación propuestos se orienta ya, aun a nivel teórico, hacia las guerras interestatales de la Europa de 1870-1970s. Es aquí donde la operación analítica que sugerimos adquiere todo su sentido. No descartamos, sin embargo, que algunas de las diferentes hipótesis sobre la guerra tengan aplicación en otros lugares fuera del marco espacial del estudio, incluso en escenarios europeos más concretos de otras épocas. De hecho, gran parte de lo aquí dicho podría ser al menos teóricamente imputado a otros países no europeos del periodo pero que comparten las características bélicas básicas de Europa, como por ejemplo Estados Unidos. Aclaramos que los países no europeos, aunque a veces se filtren en la argumentación para ayudar a esclarecer ciertas causalidades, quedarán fuera de la prueba empírica. Mantenemos, de esta forma, que la potencia de los mecanismos presentados, a pesar de estar orientada a resolver nuestro problema particular de investigación, es susceptible de desbordar la posterior prueba empírica en futuros estudios.

Teniendo presentes estas puntualizaciones, hemos estructurado el capítulo en tres bloques. Comenzaremos el examen detallado de la relación causal entre guerra y avances democráticos rastreando el interés científico que ha despertado la cuestión en la literatura académica, desde los estudios clásicos sobre la democracia y desde la macrosociología y la historia militar. Prestaremos especial atención, por su carácter reciente, a las últimas investigaciones de Przeworski (2009), Ticchi y Vindigni (2008) y Aidt y Jensen (2012). En un segundo bloque desarrollaremos la hipótesis principal del estudio, explicando detalladamente cómo la guerra puede producir avances democráticos hacia el interior de las sociedades beligerantes, desde el punto de vista

específico del fortalecimiento de la posición relativa de los trabajadores. Para ello, partiremos del modelo de equilibrio de poder entre las clases sociales y diseccionaremos los mecanismos centrales de nuestra hipótesis principal, haciendo una mención especial – dentro del marco democrático general – al particular origen de la política social en la guerra. Finalmente, en un tercer bloque, consideraremos otras hipótesis y mecanismos plausibles en la relación entre guerra y democracia: los derechos como concesiones desde la élite, las democratizaciones por imposición militar y la relación de la guerra con el nacionalismo democrático en su versión patriótica. Como resultado, esperamos devolver un cuadro lo más completo posible para los intereses de este estudio, pero también disponible para estudios posteriores.

4.1. El interés científico por los efectos democráticos de las guerras

Antes de explicitar las formas que puede adoptar la relación entre guerra y avances democráticos, debemos detenernos en los autores que previamente han tratado, incluso de forma accesoria o más general, la cuestión. Los estudios clásicos sobre democracia, como se desprende de la lectura del Capítulo 2, no se han detenido exhaustivamente en los efectos democratizadores de la guerra⁶⁷. Sin embargo, podemos encontrar en ellos ciertas aproximaciones al tema, algunas relevantes. La macrosociología y la historia militar, por su parte, sí que han explorado más a fondo la relación entre guerra y ciudadanía democrática, aunque esta literatura difícilmente ha penetrado en la teoría estándar de la democracia. Sólo en los últimos tiempos algunos autores han trabajado, directa o indirectamente, para integrar estos aportes en el estudio sistemático de un elemento tan constitutivo de la democracia como es la extensión del sufragio.

Lo que ofrecemos es una condensación de indagaciones en la materia que dista mucho de constituir un campo de estudio homogéneo. Los siguientes autores han sido ya – y seguirán siendo – empleados cuidadosamente en nuestra argumentación, pero

⁶⁷ Aquí se puede aplicar el ingenioso título del artículo de Nancy Bermeo (2003) ‘What the Democratization Literature Says – or Doesn’t Say – About Postwar Democratization’, el cual traducimos como ‘Lo que la literatura sobre democratizaciones dice – o no dice – acerca de las democratizaciones de posguerra’. Tras compartir nuestra queja, la autora orienta sus esfuerzos a plantear las oportunidades de consolidación democrática tras la guerra, sin establecer – como nosotros pretendemos – causalidades entre guerra y democracia.

merecían ocupar un lugar propio de referencia en esta investigación, en la medida que sus trabajos apuntan hacia a la conjunción que nos concierne.

Desde los estudios clásicos sobre la democracia

Las teorías de la democracia son, fundamentalmente y en su mayoría, teorías internas. Esto es particularmente cierto conforme nos movemos desde las descripciones históricas y concretas hacia un mayor grado de abstracción y, por tanto, una mayor pretensión de universalidad. Tanto si observamos la interpretación causal de la correlación entre desarrollo económico y democracia (Lipset, 1959, 1987) como el impacto del primero en la supervivencia de los regímenes políticos (Przeworski y Limongi, 1997; Przeworski et al., 2000), tanto si nos detenemos en el papel específico de la desigualdad económica (Boix, 2003; Boix y Stokes, 2003; Acemoglu y Robinson, 2007; Boix, 2009) como si ponemos a actuar a las clases sociales en el origen de la democracia (Skocpol, 1984; Moore, 1991), lo internacional queda – en el mejor de los casos – relegado a una consideración accesorio. No constituye la hipótesis principal de ninguna de las investigaciones mencionadas, en las cuales se formulan buena parte de los grandes modelos, los clásicos, sobre el estudio causal de la democracia⁶⁸. Tan sólo las investigaciones que se benefician de la identificación de olas de democratización, realizada originalmente por Huntington (1994), están marcadas por la contextualización internacional de cada ola y contraola que ofrece este esquema. Pero, aun con estas y otras salvedades, no estamos muy acostumbrados a encontrar modelos teóricos causales sobre la democracia que tengan en cuenta o bien el efecto político directo de variables internacionales, o bien su acción indirecta a través de la influencia en factores internos.

Incluso cuando lo internacional consigue penetrar de algún modo en el estudio de la democracia, la guerra no suele encontrarse entre los elementos considerados. Geddes apunta (2007: 328):

Los factores internacionales también han estado en gran medida ausentes en los modelos de democratización. Muchos observadores han sugerido que las fuerzas internacionales, como la difusión de ideas democráticas y la presión desde instituciones financieras

⁶⁸ Reconocemos haber excluido conscientemente de la lista anterior el libro de Rueschemeyer, Stephens y Stephens (1992), quizá el más importante de entre los estudios de democracia que abordan la guerra en la forma que aquí planteamos y que, en consecuencia, será inmediatamente objeto de nuestra atención.

internacionales para democratizarse, han influido en las transiciones, especialmente desde los 1980s.

El plano internacional acostumbra a aparecer, cuando lo hace, en referencia a elementos no bélicos. Resulta muy llamativo que la crítica sobre la ausencia de lo internacional no recupere a las guerras⁶⁹ en perspectiva histórica. Efectivamente, desde los años setenta del siglo XX ya no será la guerra, debido a su limitada movilización de recursos, sino otros factores internacionales los que puedan tener mayor protagonismo en el estudio de las democratizaciones. Sólo en este sentido, sin tomar a la guerra en consideración, podemos respaldar a Geddes cuando sigue diciendo (2007: 329):

Los tratamientos teóricos de la democratización, sin embargo, continúan centrándose en causas domésticas. Puede ser que el foco en las causas domésticas resulte apropiado cuando se explican las democratizaciones antes de la Segunda Guerra Mundial, pero que las influencias internacionales – tanto económicas como políticas – se hayan hecho más pronunciadas conforme avanzaba el tiempo.

Lo internacional se vuelve relevante – en un periodo más generoso – desde la Segunda Guerra Mundial sólo si excluimos a las guerras interestatales del cómputo de lo que consideramos ‘internacional’, y si entendemos que son las instituciones supranacionales de posguerra y la intensificación de flujos exteriores de todo tipo – la llamada globalización – los únicos que promocionan la democracia desde este plano.

Morlino (1996, 2009) sí detecta el papel de la guerra en las democratizaciones del pasado, aunque no llega a concretar sus formas. Señala que Moore (1991) se equivocaba al defender la necesidad de una ruptura revolucionaria en el florecimiento de las primeras democratizaciones, pero que sus observaciones son valiosas en la recuperación de la violencia como factor de cambio político (Morlino, 1996: 96, 2009: 160-161). Hace referencia explícita a las dos guerras mundiales (2009: 161):

Se puede observar, por ejemplo, que efectivamente la Primera Guerra Mundial (1915-1918) y, en menor medida, la Segunda fueron por sí mismas un factor decisivo en el paso a la democracia de masas. Partiendo de las indicaciones de Rokkan (1970), podemos captar la clara conexión entre esos acontecimientos bélicos y la ampliación del sufragio, que sigue siendo uno de los aspectos centrales de la democratización.

⁶⁹ La autora sólo menciona un par de artículos donde se estudia un aspecto muy tangencial: la influencia de la guerra en la supervivencia de los líderes políticos (Bueno de Mesquita et al., 1992; Bueno de Mesquita y Siverson, 1995).

A pesar de realizar una lectura causal de la asociación temporal entre guerra y democracia (al menos entre guerra y extensión del sufragio), el autor no profundiza en la explicación de las formas a partir de las cuáles podría desenvolverse dicha relación. Resulta interesante, en cualquier caso, la rotundidad – siquiera en términos generales – al considerar a la guerra ‘un factor decisivo’ en los primeros movimientos hacia la democracia de masas.

Cuando esta relación ha sido articulada, se ha mirado predominantemente hacia el mecanismo de la imposición militar extranjera de la democracia. La gran obra sobre transiciones editada por O'Donnell, Schmitter y Whitehead en cuatro volúmenes (O'Donnell y Schmitter, 1988; O'Donnell et al., 1988c, 1988a, 1988b), no tiene en cuenta el efecto de la guerra, en la medida que su objeto concreto, la tercera ola, transcurre en un tiempo de preponderante paz internacional. Los editores, sin embargo, se esfuerzan por recuperarla junto con otros factores internacionales que podrían haber quedado demasiado dispersos a lo largo de los diferentes volúmenes, encargándose Whitehead (1988) de condensarlos en un capítulo específico. Consciente de que la tercera ola transcurre en tiempo de paz, reconoce que ‘Esta circunstancia excluye una de las más importantes variantes de la “democratización”, a saber, el caso de la imposición por conquista extranjera’ (Whitehead, 1988: 16). Leyendo a Dahl (1989)⁷⁰, y en nota al pie, encuentra que en cuatro de las veintiséis poliarquías vigentes en 1969 la transición fue una imposición directa de Estados Unidos y en otras siete éste influyó militarmente, y que varias actuaban como satélites de otras democracias.

Si acudimos a la fuente, Dahl identifica cinco procesos de instauración de las poliarquías (1989: 48-49): ‘mediante procesos evolutivos’, ‘por colapso o derrocamiento revolucionario del antiguo régimen’, ‘por conquista militar’, ‘en estados dependientes por procesos evolutivos’ y ‘en estados dependientes tras la lucha por la independencia nacional’. La existencia de una categoría propia (‘por conquista militar’) en alusión al efecto de la guerra interestatal – exclusivamente de la Segunda Guerra Mundial sobre Austria, Alemania Federal, Italia y Japón – confirma el papel de la guerra como un elemento más en la generación de la versión práctica de la democracia: la poliarquía. Eso sí, únicamente a través de la imposición extranjera.

Huntington (1994) también apuesta por esa explicación para el final de la primera ola de democratización y para la mayoría de la segunda. Al final de la primera

⁷⁰ La publicación original en inglés data de 1971, antecediendo en quince años al capítulo de Whitehead que comentamos, que se publicó por primera vez en inglés en 1986.

ola, transcurrida entre 1828 y 1926, la victoria aliada en la Primera Guerra Mundial y el fin de los Imperios Centrales traería nuevas democracias. Del mismo modo, desde finales de la Segunda Guerra Mundial – 1943 – y hasta 1962 las presiones militares y políticas de los aliados promoverían la democracia allí donde no existía. Como este autor termina ocupándose de la tercera ola de democratización, no incide con mayor énfasis en las causalidades expresadas, que le sirven simplemente para completar su esquema histórico de oleadas.

Es otro estudioso de la democracia quien había encontrado previamente cierto pluralismo en el papel de la guerra. Therborn (1978) identificó diferentes formas en la contribución bélica a la democracia, incorporándolas al debate global sobre su causalidad. Los tres grandes modelos de democratización serían: las ‘democracias por derrota’ (*‘democracies by defeat’*), las ‘democracias por movilización nacional’ (*‘democracies by national mobilization’*) y las ‘democracias por desarrollo interno’ (*‘democracies by internal development’*). En las ‘democracias por derrota’ la guerra habría jugado bien un papel directo en el establecimiento de la democracia – Austria, Finlandia, Alemania, Italia y Japón – bien un papel indirecto a través de la aceleración del proceso, como ocurrió en Suecia⁷¹. En las ‘democracias por movilización nacional’, la necesidad de recursos materiales y humanos en el frente y en la fábrica a causa de la guerra habría requerido la democracia o como medio de movilización – Noruega y Canadá – o como resultado de la misma – Bélgica. En las ‘democracias por desarrollo interno’, la pequeña burguesía jugó su papel en Australia, Nueva Zelanda, Dinamarca y Suiza, mientras que las divisiones en el seno de la clase dirigente se hicieron patentes en Francia, Holanda, Reino Unido y Estados Unidos. El autor llega a esta síntesis (Therborn, 1978: 28), general y matizada por él mismo, tras estudiar diecisiete países. Como vemos, el papel de la guerra no se limita ya a la mera imposición militar, sino que se diferencia entre la imposición cruda y la precipitación de procesos preexistentes. Del mismo modo, las democracias por movilización nacional no son sino democracias alcanzadas en relación a la movilización para la guerra, como medio o como efecto de la misma. Es importante remarcar que, más allá de los países adheridos a cada modelo, los mecanismos expresados tienen un grado variable de influencia también en otros países

⁷¹ A pesar de que, curiosamente, sabemos que justo este país permaneció oficialmente neutral durante ambas guerras mundiales. La influencia bélica consistiría aquí en el aprendizaje en carnes ajenas – las alemanas – de la inviabilidad de las tendencias filonazis, habida cuenta del resultado de la Segunda Guerra Mundial.

de entre los mencionados. De hecho, el autor afirma en torno a la función de la guerra (Therborn, 1978: 22):

La movilización para la liberación nacional y la guerra extranjera ha sido, de este modo y al lado de la derrota militar, una de las causas más importantes del desarrollo de la democracia burguesa. Pero es más difícil establecer cómo de decisivo ha sido su papel. Éste ha sido un determinante crucial en la temporización de la democratización y una de las razones para la coincidencia de guerra y democracia. Pero, ¿se habrían detenido los procesos internos sin estas amenazas externas?

La última pregunta, aunque relevante, pertenece al campo de la ciencia ficción o, académicamente, de la *necesidad y suficiencia* de los procesos causales. Nos interesa, por el momento, la centralidad que otorga a la guerra y a su nivel de movilización, con independencia de que en su síntesis los aplique como mecanismos principales en un número menor de países de los que incluyen sus reflexiones al respecto. Sea como fuere, queda todavía al margen la hipótesis central que barajamos en nuestra investigación: la guerra en su efecto hacia el interior de las sociedades beligerantes en tanto que alteradora del equilibrio de poder entre las clases sociales. En el esquema de Therborn, llegar a este punto habría requerido incorporar plenamente la guerra a la consideración de la lucha política entre clases en el desarrollo interno de la democracia. Las ideas de este autor son, no obstante, muy valiosas, más todavía si reconocemos que su teoría sobre las democratizaciones sitúa a la guerra al mismo nivel que los mecanismos *pacíficos* – al menos no bélicos – de obtención de la democracia.

Otro autor que aporta una visión poliédrica de la guerra en su influencia sobre la democracia es Tilly. En su libro clásico *Coercion, capital and European states, AD 990-1990* (Tilly, 1990) concede un papel preponderante a la guerra en los procesos de construcción y desarrollo de los estados europeos. No es de extrañar, entonces, que cuando se ocupe de la democracia en particular, en otras obras, lo haga sin perder de vista los efectos de la guerra en el sistema político. Recogemos su ilustrativa enumeración al respecto (Tilly, 2004: 237):

Las grandes guerras ejercieron – de manera notable – fuertes influencias en las perspectivas democráticas, tanto positivas como negativas. Las guerras tuvieron importancia en múltiples formas:

- porque movilizaron la participación (especialmente pero no exclusivamente a través de los hombres en el frente) que entonces o más tarde planteó demandas de derechos políticos
- porque, al menos al principio, a menudo fortalecieron la capacidad gubernamental

- porque los finales de las guerras trajeron tanto desmovilización como compensaciones a la participación
 - porque la deuda gubernamental (muy a menudo poseída por los propios sujetos del gobierno) normalmente creció significativamente durante el tiempo de guerra
 - porque las pérdidas de las guerras trajeron alguna combinación de derrotas militares, descrédito de las autoridades existentes y ocupación por parte de extranjeros
- [...] La guerra importó también en otro sentido: en sus efectos sobre la autonomía política de las fuerzas militares.

En esta lista encontramos diferentes formas, tanto internas como externas, que vehiculan la influencia bélica. En el plano interno, la población movilizada durante la guerra – en el frente y fuera de él – planteó que se le reconocieran derechos políticos, o bien como requisito para la prestación de sus servicios o bien como pago diferido a los mismos. Esta afirmación coincide con el modelo antes señalado de ‘democracias por movilización nacional’, generadas como medio o como efecto de la misma (Therborn, 1978), y es relevante para nuestra tesis. El tercer punto refuerza esta idea, introduciendo explícitamente la expresión ‘compensaciones a la participación’. Del lado estatal, el endeudamiento señalado podría ser síntoma de cierta debilidad de las élites durante la guerra y tras ella, implicadas además personalmente en dicha deuda. En el plano externo, la imposición militar extranjera es una posibilidad reconocida, de manera semejante al modelo de ‘democracias por derrota’ (Therborn, 1978). Cabe llamar la atención sobre el hecho de que, como bien señala el autor al encabezar la enumeración, la guerra puede tener consecuencias para la democracia ‘tanto positivas como negativas’. Esto significa que en función de las características bélicas de la guerra, quizá también de su resultado, podemos esperar unas u otras. En este sentido, menciona que las Guerras Napoleónicas, la Primera Guerra Mundial y la Segunda Guerra Mundial sí que fueron relevantes para el avance de la democracia en Europa (Tilly, 2004: 237). Las observaciones de Tilly sobre la relación entre guerra y democracia se encaminan, como vemos, hacia nuestra hipótesis principal.

Pero existe una obra clásica en el estudio de la democracia donde se toma en especial consideración la tesis central que aquí defendemos, dotándola de un lugar relevante – teórico y empírico – en el marco más general del florecimiento de la democracia. Se trata del libro *Capitalist development and democracy*, de Rueschemeyer, Stephens y Stephens (1992). En su explicación del surgimiento histórico de la democracia incluyen, junto a la lucha de clases y a la fisonomía y autonomía del aparato estatal, las relaciones internacionales y su impacto interno. Con estos mimbres

no tardan en toparse con la guerra, que va ser tratada en sus efectos dentro del equilibrio de poder existente entre las clases sociales. Se ocupan en alguna medida, por consiguiente, tanto del lugar focal al que dirigimos nuestro esfuerzo investigador como de las herramientas analíticas que han permitido definirlo. Apoyándose en estudios de caso de diferentes países, reconocen que la guerra influyó en el inicial surgimiento histórico de la democracia en los países capitalistas avanzados, de forma decisiva o como aceleradora de procesos ya en marcha. En la medida que se preguntan por el primer despertar democrático contemporáneo, su análisis se detiene en el periodo de entreguerras y se nucleariza en torno a la Primera Guerra Mundial. Siempre, incluso para las potencias perdedoras, se resisten a la comodidad de defender la teoría de la mera imposición extranjera y explican cómo la guerra modificó los parámetros de la lucha de clases nacional en cada país, reforzando la posición negociadora de los trabajadores y debilitando a las clases altas. La sencillez, claridad y persuasión de su argumento, que casa naturalmente con el carácter conflictivo de la democracia, incita a generalizarlo a los momentos de avance democrático, a profundizar en su desarrollo lógico y a extender su prueba empírica. Éstos son, precisamente, nuestros cometidos.

Cuando Markoff (1999) estudia las olas de democracia plantea también con gran claridad la misma hipótesis bélica. Tanto es así que concede un apartado propio a estas reflexiones, bajo el título ‘El movimiento obrero, el movimiento de la mujer y las oportunidades del periodo bélico’ (Markoff, 1999: 130-135). El autor detecta la importancia de la Primera Guerra Mundial en el fortalecimiento de la posición de los trabajadores y de las trabajadoras, presentando sus consecuencias internas en términos de expansión del sufragio en diversos países contendientes (Gran Bretaña, Canadá, Estados Unidos y Alemania). La guerra – argumenta – favoreció la ampliación del sufragio como reconocimiento a la labor de la ciudadanía – masculina y femenina – en el frente y en la fábrica durante el conflicto, pero también ante el miedo de una revolución social posterior y protagonizada por los desmovilizados. Estos razonamientos son un nuevo acicate para explotar al máximo las posibilidades de la relación entre guerra y democracia.

Hasta aquí hemos condensado a los pensadores que desde los estudios clásicos sobre la democracia han recalado en los efectos prodemocráticos de la guerra. La tónica general ha sido, sin embargo, la omisión o el arrinconamiento de los factores internacionales en los grandes modelos causales de democracia. Cuando éstos sí han sido tenidos en cuenta, la guerra no ha acostumbrado a contarse entre ellos. Cuando la

guerra ha aparecido, a menudo lo ha hecho como una afirmación general sin especificación de sus mecanismos, o asumiendo la imposición militar extranjera como el único camino posible. Pocas veces los mecanismos se han explorado con la pluralidad necesaria como para dejar cabida al efecto movilizador de la guerra en el seno de las sociedades beligerantes. Y tal vez sólo en el caso de Rueschemeyer, Stephens y Stephens (1992) y en el de Markoff (1999) se haya otorgado relevancia y una aceptable atención a nuestra hipótesis. La cual, sin embargo, continúa necesitando de un tratamiento más profundo.

Desde la macrosociología y la historia militar

Fuera ya del círculo de investigaciones que componen el tradicional núcleo duro en teoría de las democratizaciones, encontramos un buen número de importantes autores que se han acercado a la acepción ciudadana de la guerra. Lo han hecho bien desde una perspectiva macrosociológica, bien a partir de interpretaciones sociales más estrictamente ligadas a la historia militar. Ambas aproximaciones a menudo se entrelazan en los diferentes desarrollos, acostumbrando a hacer imposible, además de irrelevante, una parcelación mayor en su consideración. En común tienen, por encima de todo, un nivel macro de análisis, basado en la aplicación de análisis lógicos a gran escala sobre un admirable trabajo de acopio de referencias históricas. Nos referimos a obras, merece la pena aclararlo, donde la perspectiva macro se alcanza desde la madurez intelectual, con un balance aceptable entre, por un lado, calidad y cantidad de la evidencia manejada y, por otro, capacidad de generalización en la extracción de conclusiones.

Sus aportes se dirigen directamente hacia las transformaciones políticas internas motivadas por la guerra, destino alcanzado gracias a la extensión contemporánea del ideal del ciudadano-soldado en su versión transformadora de la política. La mirada de Rosenberg (1926, 2006) sobre el mundo clásico se traslada así, de alguna forma, a épocas más recientes. De aquí que los siguientes autores resulten tan valiosos en el planteamiento de nuestra tesis, ya que respaldan – prestándole una atención más o menos accesoria en el conjunto de su trabajo – nuestras mismas intuiciones generales en torno a la relación entre guerra y democracia. Seguidamente reseñamos y condensamos lo que nos es relevante de sus obras, integradas en diferentes momentos de nuestra argumentación.

En su imponente libro sobre el siglo XX, *The last half-century: societal change and politics in America*, Janowitz (1978) aborda la guerra como factor de cambio social. El estudio de lo militar y de las relaciones cívico-militares estuvo omnipresente en la vida de este sociólogo, todo un referente en la materia, quien dedicó algo más de cincuenta páginas del mencionado libro a pensar sobre la participación militar y la guerra total (Janowitz, 1978: 164-217). Para él lo militar configura una de las tendencias maestras a tener en cuenta en la visión sociológica de la historia. Vincula el ascenso y la caída de las fuerzas armadas de masas en occidente – que alcanzarían su perfección en 1920 e iniciarían su declive en 1945 para desaparecer hacia los años setenta – a la vigencia del ideal de ciudadano-soldado. Este referente ideológico dominó las sociedades cuando lo hizo el ejército de masas, legitimando las demandas de ciudadanía en base a la participación militar de los previamente excluidos y propiciando extensiones de derechos al tiempo que se extendían las obligaciones militares. El autor enumera los elementos que permitieron el surgimiento de los ejércitos de masas, describe profusamente el mencionado ideal de ciudadano-soldado y analiza diferentes variables de igualdad o desigualdad social en lo militar al hilo del mayor o menor alcance de la guerra y del reclutamiento. Su principal preocupación reside en las consecuencias políticas del declive de los ejércitos de masas, en términos de definición de la ciudadanía y de control cívico de los ejércitos. De todo lo dicho, para nosotros tiene un especial valor la explicación histórica del incremento en la amplitud del reclutamiento y la defensa del ideal de ciudadano-soldado. Sin embargo, su lectura patriótico-democrática de la participación en el ejército y de sus consecuencias es sólo una parte de la historia, en la cual los derechos o las mayores cotas democráticas alcanzadas no son del todo definidos ni puestos en un tablero de conflicto político entre clases.

Andreski, en *Military organization and society* (1968), realiza un gran estudio sobre cómo influye la participación militar en el diseño de la sociedad. En términos de estratificación y desigualdad social, allí donde la proporción de la población movilizada militarmente es alta, y donde la cooperación de las clases bajas es necesaria para el éxito bélico, las desigualdades sociales son menores. Como vimos en el capítulo anterior, diferencia entre el ratio de participación militar – *military participation ratio* o *MPR* – que permite la tecnología y el que efectivamente es puesto en práctica, acentuando el interés de las élites en no emplear al máximo el potencial bélico de la población salvo que sea estrictamente necesario, habida cuenta de la transformación social que ese

hecho acostumbra a llevar aparejada. Respalda su teoría con un análisis empírico de la relación entre guerra y estratificación social que se extiende desde los pueblos primitivos hasta la fecha de redacción del libro, de una a otra parte del globo y en aplicación unas veces a regiones, otras veces a países concretos. El proyecto, quizá excesivamente ambicioso, incluye también el tratamiento de la influencia de lo militar en otros aspectos: la distribución del poder territorial, el tamaño de las unidades políticas, la propia estructuración jerárquica del ejército, la ferocidad de la guerra, las oportunidades de movilidad social inter-estratos y, de particular interés para nosotros, la apertura de posibilidades revolucionarias. Quiso coronar su obra con una tipología general, pero las taxonomías de las sociedades en función de diversas dimensiones de organización militar no hicieron fortuna, como él mismo reconoce en los apuntes añadidos a la segunda edición del libro aquí manejada. Sin embargo, y aunque su preocupación sea la igualdad social en sentido amplio y no específicamente la democracia o los derechos políticos y sociales, debemos agradecerle el marco conceptual basado en el MPR y su aguda visión – una visión de clase – de la influencia de la participación militar en la estructura social general y en las posibilidades de revolución.

En lo que respecta a la historia de la tecnología militar y del reclutamiento, tratada en sus repercusiones sociales a gran escala, el libro de McNeill titulado *La búsqueda del poder: tecnología, fuerzas armadas y sociedad desde el 1000 d.C.* (1988) es de lectura obligada. El autor hace un completo recorrido por el impacto social de estos aspectos en Europa desde el año 1.000 d.C., retrotrayendo incluso sus indagaciones hasta la totalidad del Mundo Antiguo, y ampliándolas también hacia la China medieval (entre los años 1.000 y 1.500 d.C.). Ha sido nuestro principal narrador histórico en la materia cuando, en el Capítulo III, leíamos en términos de poder de clase la evolución de la tecnología militar, ocupando también un papel relevante en lo relativo al reclutamiento. Y es que la historia contada por McNeill es, en realidad, la historia de referencia para muchos otros de los autores que han recalado de alguna forma en el poder transformador de lo militar y en sus interacciones con el resto del mundo social, en particular con la ostentación del poder en las sociedades y con la organización de la economía. Cabe resaltar que hay cierta secuencia temporal en la atención prestada a estas dos cuestiones. Conforme se aproxima al siglo XIX, su interés ya no se va a centrar directamente en los equilibrios políticos entre las clases sociales, basculando hacia el análisis económico-político-militar de la industrialización de la guerra que

viene ocurriendo desde mediados del siglo XIX. En particular, se ocupa de describir la formación del complejo militar-industrial en Gran Bretaña a finales del siglo XIX y de explicar cómo las dos guerras mundiales suponen la primacía del mandato sobre el mercado para administrar la economía, situación que se mantendrá durante la guerra fría. Así, conforme se acerca al presente le preocupa más la interacción entre la guerra y la economía que la perspectiva de clase tan acentuada en el pasado más lejano. En ocasiones puntuales ésta emerge en su argumentación, pero queda patente que su investigación discurre por otros cauces, eso sí, aprovechados de forma productiva para los intereses del autor.

En su tesis doctoral, defendida como *Los efectos de la guerra en la sociedad industrial* y adaptada para su publicación con el título *Una sociedad para la guerra*, Verstrynge (1979) atiende a la definición de la ‘guerra total industrial’ y a sus efectos demográficos, económicos, financieros, políticos, sociales, psicológicos, científicos, técnicos, culturales y artísticos. Dentro de esta amplitud, presta notable atención a las consecuencias políticas que tuvieron las dos guerras mundiales. Destaca que, a nivel sistémico, el carácter total de estas guerras extendió la planificación estatal de la economía defendida por el socialismo⁷². En el terreno electoral, observa que el avance de los partidos socialistas fue interrumpido por la guerra pero, al mismo tiempo, acelerado en el transcurso de la misma, resultando en su fortalecimiento tras el final de las hostilidades. Reporta evidencia del devenir político de Francia, Gran Bretaña, Italia, Alemania, Japón, Rusia-URSS y Estados Unidos, sustentando sus observaciones generales y sin dejar de atender nunca a las dinámicas internas junto a las influencias externas que, en su caso, pudieran repercutir en estos países. Aunque es muy sensible a las extensiones del sufragio acaecidas tras las guerras, así como a las protecciones sociales allí donde se produjeron, su argumento general es el ascenso de la izquierda en las instituciones, reservando una posición más descriptiva para estos cambios estrictamente democráticos. No encontramos entre sus reflexiones una consideración profunda de la relación entre configuración bélica y reparto del poder entre las clases sociales, sino una versión más estratégica – más politológica – del aprovechamiento por

⁷² En ocasiones la utilización del término ‘socialismo’ es un tanto equívoca en este libro, en la medida que el autor se refiere a él no sólo como ideología de izquierda sino como el efecto de socializar los medios de producción. En esta última acepción, entendemos que el autor alude al hecho de que las guerras totales industriales fomentarían cualquier tipo de economía planificada, no sólo en su versión ideológica socialista sino en otras, incluidas las intervenciones de los estatismos fascistas y nazis.

parte del movimiento socialista de las oportunidades de colaboración en el gobierno y de ampliación del electorado que proveyeron las dos guerras mundiales, así como de la estatización bélica de la economía. Su libro, con todo lo dicho, camina próximo a la relación general que planteamos, más si estamos dispuestos a traducir ascenso del socialismo por ascenso de la democracia.

En la agregación de factores internacionales a la explicación de los movimientos obreros nacionales, Beverly J. Silver llega a enlazar con nuestro objeto de estudio. Dedicar el Capítulo IV de su libro *Fuerzas de trabajo: los movimientos obreros y la globalización desde 1870* (Silver, 2005) a la traducción específicamente política del plano internacional en sus interrelaciones con el movimiento obrero. A partir de unos gráficos sobre conflictividad laboral mundial desde 1870 hasta 1996 (2005: 145-147), donde además diferencia entre conflictividad en las metrópolis y en las colonias y semicolonias, observa niveles crecientes antes de las dos guerras mundiales que se reducen drásticamente y estabilizan a la baja durante las guerras, para luego crecer y alcanzar sus máximos en las inmediatas posguerras. Encuentra así apoyo para las tres hipótesis enunciadas por Michael Stohl (1980) acerca del nexo entre conflicto social interno e internacional, siempre y cuando se establezca una secuencia en las mismas: la guerra como freno al conflicto social previo (en el estallido), como productora de cohesión interna (al principio de la misma) e incrementando el conflicto social (al final, tras la guerra). Recala también en la mayor importancia que adquirieron los obreros en la guerra industrializada tanto en el frente como en la fábrica. Sus consideraciones teóricas resultan muy útiles para nuestro estudio, si bien los gráficos mencionados son una prueba empírica simplemente descriptiva y, en último término, tal vez poco robusta⁷³. Debemos tener además en cuenta que el interés de la autora se dirige a la vinculación de las guerras mundiales con el imperialismo, señalando cómo aquéllas desplazan la conflictividad laboral más virulenta desde el interior hacia el exterior del sistema mundial, en particular después de 1945, suavizando al mismo tiempo el conflicto en los países independientes. Atendiendo a nuestros intereses, y en tanto en cuanto la autora se ocupa estrictamente de la conflictividad laboral, no hay en la obra

⁷³ No hemos conseguido acceso a la base de datos del *World Labour Group* en la que se basa el libro. A partir de su descripción en los apéndices del mismo, encontramos que se ha construido sobre las menciones de conflictividad laboral en los periódicos *The New York Times* (Nueva York) y *The Times* (Londres), lo cual podría considerarse una evidencia empírica demasiado limitada para la realización de afirmaciones mundiales.

una traslación de su análisis que considere una hipotética vinculación sistemática de los incrementos de la conflictividad laboral con los logros democráticos de posguerra.

En lo que a evidencia más particular de cada país se refiere, Arthur Marwick (1974) ofrece un excelente estudio histórico del cambio social en Gran Bretaña, Francia, Rusia y Estados Unidos al hilo de la guerra en el siglo XX, cumpliendo así las expectativas generadas por el título de su libro *War and social change in the twentieth century: A comparative study of Britain, France, Germany, Russia and the United States*. El autor, que impartía un curso sobre el mismo tema en The Open University⁷⁴, analiza las consecuencias de las dos guerras mundiales mediante la aplicación de un modelo analítico que diferencia entre aspectos destructivos, de test de las instituciones, de participación en la guerra y psicológicos. Dentro de la gran cantidad de datos en torno al impacto social, y en menor medida político, que tuvieron las dos guerras mundiales en estos países, nos interesa particularmente su consideración de los estallidos revolucionarios ruso y alemán tras la Primera Guerra Mundial como originados en la propia guerra – achacados fundamentalmente por el autor, eso sí, al fracaso de las instituciones políticas preexistentes – y su detallada enumeración de la legislación social establecida en los países considerados tras ambas guerras, ligándola principalmente – pero no en exclusiva – a la necesidad posbélica de reconstrucción. Así pues, en su libro encontramos excelente evidencia histórica para contrastar nuestro argumento general, con una separación clara en la situación de cada país y considerando la participación unas veces más importante y otras menos en la obtención de derechos.

Para terminar, nos permitimos mencionar los trabajos de otros investigadores que han abordado un aspecto clásico en la agenda de investigación de la sociología militar pero que queda en los márgenes de nuestro estudio: la vinculación de la guerra con la aparición histórica del estado moderno. Esta cuestión, bien instalada en la literatura, es quizá la que ha trascendido en mayor medida del campo de estudio levantado en torno a la historia político-social de la guerra. El argumento principal resulta convincente. La guerra va incrementando, ya desde el siglo XIII, el ‘poder infraestructural’ del estado al favorecer estructuras militares centralizadas y

⁷⁴ Los materiales de dicho curso están publicados por Marwick y sus colaboradores en cinco libros (Cowper et al., 1990; Emsley et al., 1990; Golby et al., 1990; Marwick et al., 1990a; Marwick et al., 1990b), más dos volúmenes con documentos de la época (Marwick y Simpson, 1990a, 1990b). En su consulta se debe tener presente que los cinco libros son manuales de una asignatura, con las limitaciones que ello conlleva. Los dos volúmenes suplementarios recogen, no obstante, interesantes fuentes primarias.

estandarizadas, las cuales terminarían requiriendo, además, el crecimiento del estado por la vía fiscal ante la necesidad de un aparato de financiación militar cada vez más potente que abasteciera a los ejércitos regulares (Mann, 1988; Tilly, 1990). Los ejércitos permanentes contribuirían así a los procesos de formación estatal (Kestnbaum y Skocpol, 1993), alentados por la aparición del industrialismo a la par que lo favorecían (Rasler y Thompson, 1989). Además de los trabajos clásicos, antes mencionados, de Mann (1988) – *States, war and capitalism* – y de Tilly (1990) – *Coercion, capital, and European states, AD 990-1990* –, no podemos olvidar a un autor también clásico en el tratamiento de estas cuestiones como es Max Weber, tanto en *Economía y Sociedad* (1964) como en un ensayo relativamente desconocido que incluye un apartado sobre la repercusión de los cambios de la disciplina militar en la política: ‘The origins of discipline in war’ (1946: 255-261). En él leemos cómo la centralización y expansión de los ejércitos permanentes nacionales contribuyó a extender también la disciplina, una disciplina de base no carismática sino burocrática, al conjunto de la sociedad y al resto del estado, reforzando así la formación de este último. La guerra sería, por tanto, consustancial a la aparición y desarrollo del estado moderno en Europa, dentro de un proceso que comprendería varios siglos de historia.

Consideraciones recientes

En los últimos años se han presentado una serie de investigaciones que, debido a su novedad y a la motivación que han supuesto para el desarrollo del presente trabajo, merecen mención aparte. Adam Przeworski (2009), Davide Ticchi y Andrea Vindigni (2008) y Toke S. Aidt y Peter S. Jensen (2012) han devuelto al primer plano de la actualidad científica, de una forma más o menos directa, el interés por el papel de la guerra en los procesos de extensión del sufragio, los cuales si bien no agotan nuestra idea de democratización sí que pertenecen a su núcleo duro. Tanto los trabajos citados⁷⁵

⁷⁵ Omitimos de la enumeración a Nancy Bermeo (2003), ya que la autora aborda el estudio de las democratizaciones de posguerra desde el punto de vista de la consolidación democrática en ese contexto tan peculiar, *una vez* se ha decidido establecer la democracia. En particular, argumenta cómo la democracia tiene mayores probabilidades de consolidarse cuando se elevan los costes de la competición violenta y se reducen los de la competición electoral. Sus reflexiones nacen de la observación de la alta proporción de democracias electorales o regímenes ‘libres’ que se forman en posguerras de conflictos tanto internacionales como internos, a partir de 1945 y en todo el mundo. En este marco no es de extrañar que le preocupe especialmente la situación de África. En cualquier caso, su artículo no es más que un

como las versiones previas de los mismos están en la génesis de nuestro interés científico por la cuestión, en la medida que han contribuido a reabrir, desde el inicio mismo de nuestras indagaciones, el camino que aquí recorreremos.

En ‘Conquered or Granted? A History of Suffrage Extensions’, Adam Przeworski (2009)⁷⁶ se ocupa de las causas que subyacen a las extensiones del sufragio, dirimiendo si éstas fueron una *conquista* de los inicialmente excluidos o una *concesión* realizada por parte de las élites que ostentaban el poder. Para responder a esta pregunta, de gran interés democrático, diferencia las extensiones del sufragio realizadas en términos de clase – las que eliminan restricciones al voto basadas en la posesión de tierras, la propiedad, la educación, el pago de impuestos, la renta o el ejercicio de ciertas profesiones, entre otras – y las realizadas en términos de género, esto es, dirigidas hacia la inclusión de las mujeres, reservando una categoría para la consideración de extensiones simultáneas en ambas direcciones de clase y género.

En sus modelos estadísticos contrasta varias hipótesis relativas a la presencia de un componente bien de conquista, bien de concesión en las extensiones del sufragio, así como otras hipótesis de control sugeridas por la literatura. Las recogemos aquí junto con algunas de las obras referidas por el autor y que ayudan a ubicarlas en el campo científico. Del lado de la conquista, las ampliaciones del sufragio pudieron deberse a la amenaza revolucionaria de los excluidos, quienes conscientes del carácter volátil de su lucha no iban a conformarse con meras políticas redistributivas sino que aspiraban a cambios institucionales más permanentes (Acemoglu y Robinson, 2000)⁷⁷. Del lado de la concesión, una parte de la élite pudo estar interesada en extender el sufragio conforme se extendían las necesidades de provisión de bienes públicos, siempre que se considerara esto más provechoso que el sistema de transferencias clientelares llevado a cabo por las viejas élites sobre un electorado reducido (Lizzeri y Persico, 2004). Más interesante es para nosotros la lectura que Przeworski realiza del modelo de Davide Ticchi y Andrea Vindigni (2006)⁷⁸, según la cual las extensiones del derecho de voto

planteamiento de la cuestión surgido tras su denuncia de la falta de estudios al respecto, y sus intereses avanzan por otros derroteros que, deseamos, fructifiquen en futuros trabajos.

⁷⁶ Ya en el año 2007 circulaba por la página web del Departamento de Políticas de la New York University – <http://politics.as.nyu.edu> – un documento del mismo título previo a la publicación, en abril de 2009, del presente artículo.

⁷⁷ Dadas las fechas en las que se escribió el artículo que comentamos, Adam Przeworski no tuvo tiempo de recoger en él el magnífico libro posterior escrito por estos autores (Acemoglu y Robinson, 2007) y del que sí nos beneficiamos en nuestro trabajo.

⁷⁸ Nótese que Przeworski utiliza el documento de Ticchi y Vindigni publicado en 2006 bajo el título ‘On Wars and Political Development: The Role of International Conflicts in the

quizá fueron concedidas por las élites antes de las guerras con el fin de granjearse el apoyo en la lucha de los inicialmente excluidos de la política. También explora, muy secundariamente y sin desarrollo teórico, la posibilidad de que los periodos posbélicos fueran relevantes para las extensiones del sufragio. Finalmente, el autor incluye otras hipótesis de control provenientes de la literatura: variables relativas a las teorías de la modernización (Przeworski y Limongi, 1997), a la desigualdad en la distribución de riqueza (Acemoglu y Robinson, 2000) y al contexto democrático internacional de cada momento histórico. Todo ello es analizado estadísticamente y observado también desde la óptica y el detalle que ofrece el manejo de evidencia histórica complementaria.

Los resultados de Przeworski son diferentes en función del tipo de extensión del sufragio – de clase o de género – considerado. Pasando a través de los diferentes modelos estadísticos y de la evidencia histórica alcanzamos las conclusiones generales de su estudio. Por un lado, las clases bajas fueron conquistando el derecho de voto a partir del ejercicio en las calles de su amenaza revolucionaria, quedando sin apoyo empírico las teorías que hablan de la concesión de tal derecho en base a unos u otros intereses propios de la élite. En el caso de la ampliación del derecho de voto a las mujeres, las explicaciones – establecidas teórica y no estadísticamente – parecen caminar parejas a las vicisitudes de la competición partidaria, de tal forma que los diferentes partidos – de uno u otro signo ideológico – defenderían el sufragio femenino sólo bajo la creencia de que el voto de las mujeres pudiera beneficiarles, arrojando una situación variable en cada contexto estatal pero, en cualquier caso, alentada por la proporción preexistente de países con sufragio universal en cada momento histórico. En este sentido, el sufragio femenino sí sería una concesión interesada por parte de las élites.

La aparición del fenómeno bélico en el artículo de Adam Przeworski abre una gran cantidad de incógnitas. El autor llega a él a través de un texto de Davide Ticchi y Andrea Vindigni (2006), donde encuentra respaldo para construir una de las hipótesis que abogan por la concesión del derecho de voto y que, a tenor de los datos, desecha: la extensión del sufragio realizada antes de las guerras como moneda de cambio para conseguir el esfuerzo bélico de la población durante el conflicto. Pero lo realmente interesante para nosotros es que acompaña la inclusión de los periodos prebélicos en el

Democratization of the West’, mientras que nosotros nos referiremos más adelante a una versión actualizada del mismo, fechada en marzo de 2008, y titulada ‘War and Endogenous Democracy’. Esta disparidad podría ser relevante para entender la lectura que Przeworski realiza de los autores, como comentaremos más adelante.

análisis estadístico con la consideración simultánea de los periodos posbélicos. En realidad, Przeworski no expone una teoría a priori acerca de cómo puede operar esta variable en caso de resultar en un efecto significativo. Cuando, una vez realizado el análisis estadístico, descubre que los periodos posbélicos tienen un efecto significativamente positivo en las extensiones del sufragio que discurren a lo largo de las líneas de género y simultáneamente de género y clase – no así en las extensiones únicamente de clase –, formula una explicación muy descriptiva y ciertamente ad-hoc, sin fundamentos teóricos, pero en cualquier caso tremendamente aguda (Przeworski, 2009: 303):

Pero en su periodo inmediatamente posterior, las guerras ya han ocurrido, por lo que esos incentivos para luchar o para reemplazar a los hombres en las fábricas ya no son necesarios. Si las extensiones ocurren después del final de las guerras, tiene que ser por otras razones: quizá es simplemente ‘gratitud’, pero resulta más plausible que sea porque los soldados que vuelven de las guerras son peligrosos para sus gobernantes: creen que merecen derechos y saben cómo luchar.

Estas palabras constituyen la única referencia en el artículo al mecanismo que podría explicar el valor significativo y positivo de la variable post-bélica. El autor efectivamente incluye la guerra en su estudio, pero no engarza una teoría completa sobre la misma porque no es su objeto principal de interés – lo es la amenaza revolucionaria – y porque, como hemos visto, las aportaciones respecto a la guerra no gozan de gran presencia en la teoría de la democracia. Sin embargo, la mera inclusión de las variables independientes prebélica y post-bélica nos sirve como acicate para profundizar en el estudio de la guerra, más aún cuando la intuición de que los derechos fueron efectivamente conquistados por la clase trabajadora es un lugar felizmente compartido con el autor. Es a la luz de este aspecto, siguiendo la cita anterior, como sugerimos interpretar el efecto de los periodos posbélicos.

Hay que señalar, no obstante, que si bien este artículo es un referente como estrategia de investigación – cuantitativa e histórica – para nosotros, existen en él algunos aspectos susceptibles de matización. En primer lugar, la cobertura de la base de datos presentada, que incluye a ‘187 países o territorios dependientes desde el momento en el que establecieron sus primeras instituciones electorales nacionales hasta el año 2000’ (2009: 295), se ve drásticamente reducida en los análisis que incluyen la variable que mide la amenaza revolucionaria, tal y como se explica en el apéndice del artículo. La variable *unrest*, calculada a partir de la base de datos de Arthur S. Banks y Kenneth

A. Wilson (2012), comienza en 1919 y está medida sólo para países independientes. Queda fuera del análisis, por tanto, el último tercio del siglo XIX y los primeros años del siglo XX, que son épocas muy relevantes tanto desde el punto de vista del movimiento obrero como por la existencia de reformas del sufragio. Quedan también fuera las colonias, mientras que los países independientes se introducen en la muestra sin acepción siquiera de continente, como un todo controlado únicamente por las condiciones propias de cada país. Además, si nos interesa el estudio de la guerra hay que tener en cuenta que la mencionada variable – *unrest* – pierde, además de los datos de la Primera Guerra Mundial, la información en los años de la Segunda Guerra Mundial. A estas observaciones se suma la eterna posibilidad de entrar a debatir la construcción de determinadas variables. Pero por encima de todo, y en resumen, el artículo carece de decisiones metodológicas derivadas de una observación que ponga su acento en la guerra y que gire, más bien, en torno a las democratizaciones. Estos aspectos nos separan del texto comentado.

Davide Ticchi y Andrea Vindigni sí enfocaron sus esfuerzos directamente hacia el estudio de la relación entre guerra y democracia, resultando éstos en el *working paper* ‘War and Endogenous Democracy’ (Ticchi y Vindigni, 2008), que en una versión previa se titulaba ‘On Wars and Political Development: The Role of International Conflicts in the Democratization of the West’ (Ticchi y Vindigni, 2006). Para estos autores los procesos occidentales de extensión del sufragio, y más generalmente de democratización, que tuvieron lugar durante los siglos XIX y XX constituyeron una concesión de las élites a la ciudadanía a cambio de su cooperación y esfuerzo en las guerras. En su modelo de teoría de juegos parten de un mundo de fragmentación política y rivalidad entre estados, un mundo marcado por la guerra, donde el desarrollo tecnológico otorga ventaja a quienes son capaces de desplegar ejércitos de masas en el frente. En este contexto, las élites requieren de la cooperación de la ciudadanía en el esfuerzo bélico. A cambio de la misma estarán dispuestas a ofrecer como premio – dependiendo de la intensidad de la amenaza militar exterior – la democracia, que al mediatizar en cierto plazo mayores cotas de redistribución de la riqueza sería un incentivo suficiente para extraer el esfuerzo de los ciudadanos-soldado.

El momento en el cual se materializarían las concesiones, según esta teoría, es algo confuso. Przeworski, que recordemos tuvo acceso únicamente a la versión del documento del año 2006, enfatiza que la teoría de Ticchi y Vindigni, de ser cierta, revelaría extensiones del sufragio antes de las guerras, ya que el objetivo de las

concesiones sería movilizar a la población de cara a un conflicto inminente. Sin embargo, los autores remarcan una y otra vez en la última versión del texto que las extensiones del sufragio que pretenden explicar se producen, como así ocurrió en la historia, durante y después de las guerras. De hecho, encabezan el resumen del artículo con una nueva oración que, por el lugar que ocupa, pretende despejar cualquier duda: ‘Muchos episodios de extensión del sufragio en los siglos XIX y, especialmente, XX ocurrieron durante o inmediatamente después de grandes guerras’ (Ticchi y Vindigni, 2008: portada). La nueva propuesta de los autores se ajusta estrictamente a esta realidad: las promesas de extensión del sufragio se realizarían antes o durante las guerras y se materializarían a lo largo o después de las mismas, viéndose las élites obligadas a respetarlas para mantener su reputación de cara a la movilización en futuras guerras, esto es, para proteger una credibilidad que podría hacerles falta en un futuro más o menos próximo.

Aun agradeciendo las reflexiones de Ticchi y Vindigni, su tratamiento de la cuestión deja completamente de lado la posibilidad de que las guerras incrementen el poder de los ciudadanos excluidos y, con ello, su amenaza revolucionaria. Sí sería ésta una respuesta convincente al hecho de que las élites se vean obligadas a respetar sus promesas tras las guerras. Desde nuestro punto de vista, y como tendremos oportunidad de defender con mayor celo, las democratizaciones al final o inmediatamente después de las guerras no se deberían tanto al mantenimiento de la reputación por parte de las élites – generalmente cambiantes y con dificultades para saber si afrontarán más guerras en el futuro – como a la necesidad de apaciguar una amenaza revolucionaria real que habría crecido durante la guerra, en la línea intuida por Przewroski. La teoría de las concesiones desde la élite requeriría, por tanto, de una revisión que tuviera en cuenta este aspecto.

Por su parte, Toke S. Aidt y Peter S. Jensen retoman la teoría de la amenaza revolucionaria, esta vez desde un prisma internacional, para situarla en el centro de las explicaciones sobre la extensión del sufragio en Europa entre 1820 y 1938⁷⁹, incluyendo también a la guerra en sus análisis. Tras el ocurrente título ‘Workers of the World,

⁷⁹ El autor principal, Toke S. Aidt, publicó también un interesante artículo en el año 2006 con prácticamente las mismas coordenadas geográficas y espaciales, explicando aquella vez los efectos del grado y cualidad de la extensión del sufragio, presente en cada país en cada periodo, en el incremento del gasto público en diferentes capítulos. En esa ocasión la guerra aparecía – secundariamente, como sincronización histórica – en la teoría, y no en los modelos estadísticos (Aidt et al., 2006).

Unite! Franchise Extensions and the Threat of Revolution in Europe, 1820-1938' (Aidt y Jensen, 2012)⁸⁰ se esconden profusos análisis econométricos y estadísticos materializados en modelos *panel* y en varios *event history analysis*. Los autores establecen empíricamente que la presencia de acontecimientos revolucionarios en otros países europeos incrementa la probabilidad de que el sufragio se extienda en el país de referencia, lo cual también se confirma al reparar en si dichos países son limítrofes geográficamente o lingüísticamente semejantes. Los eventos revolucionarios del exterior informarían a las élites y ciudadanos del interior, mediante el contacto fronterizo o lingüístico, sirviendo como ejemplo de lo que podría ocurrir en el propio país de mantenerse el status quo. Las élites, temerosas de una revolución y sus posibles efectos, decidirían pues realizar concesiones a la ciudadanía para evitar contagiarse de la inestabilidad de sus vecinos, extendiéndose así el sufragio.

Esta teoría reconoce también el papel explicativo de la guerra. La guerra penetra de tres formas en los análisis: como una variable que identifica cualquier periodo bélico, como una variable fija para todos los países mientras dura la Primera Guerra Mundial y, finalmente, como medición de la intensidad bélica a partir del número de bajas per cápita en el conflicto. Los resultados de estas variables son desiguales en función del modelo aplicado, pero sus autores argumentan los problemas metodológicos – debidos a las técnicas aplicadas – que están detrás de algunos de estos desajustes. De hecho, la guerra ocupa un lugar señalado entre las conclusiones que se adelantan en el resumen del documento (Aidt y Jensen, 2012: 1):

Utilizando dos muestras de países europeos que cubren el periodo desde 1820 hasta 1938, encontramos un gran respaldo para la ‘teoría de la amenaza revolucionaria’. También hallamos alguna evidencia de que la guerra desencadenó la reforma del sufragio, mientras que otras teorías de la extensión del sufragio reciben poco apoyo.

Los autores, centrados en la exquisita explicación teórica y matemática de su teoría, no recalcan demasiado en este efecto bélico. Remiten a las teorías de Janowitz (1978) y Ticchi y Vindigni (2008), y conocen el trabajo de Przeworski (2009), pero se limitan a enunciar la existencia de una argumentación que relaciona a los ejércitos de masas compuestos por conscriptos con la promoción de la democracia. No van más allá en su planteamiento teórico respecto a la guerra, ni tampoco tratan de ofrecer un mecanismo plausible con posterioridad a la observación de los datos. Al fin y al cabo,

⁸⁰ Una versión previa del texto fue presentada en julio de 2010, con el mismo título, en el *19th Workshop on Political Economy* que tuvo lugar en Silvaplana, Suiza.

su texto se dirige – exitosamente – a una prueba en profundidad de la teoría de la amenaza revolucionaria.

En resumen, todas las consideraciones recientes sobre las extensiones del sufragio no hacen sino invitarnos a avanzar en el estudio del papel que la guerra pudo tener en los avances democráticos. Los resultados expuestos alientan nuevos enfoques que sean verdaderamente comprehensivos en el tratamiento de los efectos democráticos de la guerra, que se centren en las características del fenómeno bélico y en los medios a partir de los cuales se produce su hipotética – cada vez menos hipotética, a la vista de los datos contenidos en los estudios mencionados – influencia en el sistema político. Aquí asumimos parte de ese desafío.

4.2. Argumento del estudio: la guerra fortaleciendo la posición de los trabajadores

Ofrecer un relato plausible de cómo pueden estar conectados dos fenómenos es tanto o más importante que enunciar ramplonamente y probar estadísticamente su vinculación. De hecho, el primer y mejor antídoto contra las relaciones espurias es una buena dosis de reflexión teórica previa que encuentre sentido al test empírico que se va a realizar. Diseccionar una relación entre variables, argumentarla firmemente, no implica de ninguna forma que los resultados vayan a satisfacer necesariamente las expectativas de la teoría, pero sí permite diseñar una prueba coherente con aquello que se quiere someter a verificación.

De aquí que hayamos investigado profusamente los conceptos de democracia y de guerra, y que hayamos rastreado la emergencia de su relación en la literatura, proponiendo ahora más prolijamente el que es el argumento principal de nuestro estudio: la guerra como elemento fortalecedor de la posición de poder de los oprimidos – ciudadanos *trabajadores* y *soldados* – frente a las élites. Ésta, consideramos, es la interpretación más potente en la traducción de cómo determinadas guerras pudieron contribuir – si es que lo hicieron – a la consecución de mayores cotas democráticas.

El conflicto social subyacente

Karl Marx y Friedrich Engels defendieron con gran claridad programática en el *Manifiesto comunista*, publicado originariamente en 1848, que la lucha de clases es el motor de la historia (Marx y Engels, 1997). A grandes rasgos, estamos de acuerdo con

la afirmación. Pero la rotundidad de su planteamiento quizá sea excesiva si vemos en ella la intención de dejar completamente al margen la posibilidad de que otras fronteras sociales sean fuente de conflicto, un conflicto que sería entonces irreducible *en su totalidad* a la clase social. Por citar algunos ejemplos, nos referimos a cuestiones como el género, la etnia, la religión o la nación, que en determinados momentos y lugares produjeron desigualdades políticas y choques difícilmente interpretables exclusivamente desde un punto de vista de clase. Explorando estos caminos se da cabida a otras consideraciones que no tienen por qué apartar necesariamente al investigador de una perspectiva materialista, pero sí de una lectura estrecha del concepto de clase en tanto que posición ocupada en relación a los medios de producción.

Centrándonos en nuestro marco de estudio, y con independencia de que existan otras líneas de fricción que contribuyan en alguna medida al movimiento de la historia, es difícil discutir que *al menos* en la Europa de la segunda mitad del siglo XIX y la mayoría del siglo XX el conflicto de clase – ligado a la posesión o no de los medios de producción – era el origen de buena parte del conflicto social que acompañaba al devenir de las sociedades. Las clases emergentes, primero las revoluciones burguesas contra los estamentos del Antiguo Régimen y luego el movimiento obrero frente a la burguesía, persiguieron transformar la política, la economía y la sociedad de su tiempo. Y es que, como resultado de los procesos de industrialización, en esa época el conflicto de clase se extendía por Europa con mayor crudeza, con mayor plasticidad, alternando latencia y acción pero siempre reconocible al lado de las desigualdades.

Más allá de las ortodoxias y heterodoxias marxistas en el manejo del concepto de clase, nos interesa resaltar que todas las sociedades pueden ser observadas, en un ejercicio de simplificación operativa, desde una dicotomía básica que defina políticamente el conflicto social. Nos referimos al *conflicto entre los políticamente excluidos en base a su posición social – una posición fundamentalmente de clase – y las élites gobernantes que promueven, activa o pasivamente, esa exclusión*. Esta perspectiva es más amplia que la anterior y ha de ser leída cuidadosamente para apreciar su sutileza. Con ella no se apartan del conflicto social subyacente – que seguimos considerando es una fractura principalmente económica y de clase – cuestiones como el género o la etnia, que pueden situar a los sujetos del lado de los oprimidos con independencia, en último término, de su posición respecto a los medios de producción. Además, se fija claramente la existencia de una correspondencia entre la vulnerabilidad social y la exclusión política, de donde se derivan las exigencias de extensión de

derechos que plantea el concepto de democracia que suscribimos (*supra*, Capítulo 2). Lo que pretendemos expresándonos de esta manera es resaltar de forma simplificada, al igual que hacen los modelos de teoría de juegos, la asimetría de intereses entre las élites (ricas) dominadoras de la política, por un lado, y los trabajadores (pobres) y otros colectivos (generalmente también pobres) excluidos políticamente en diverso grado, por otro. Asimetría que da lugar a un conflicto situado en el corazón de todas las sociedades – especialmente de las sociedades estudiadas – y, por tanto, que está en la base de nuestro objeto de estudio.

Partiendo de esa desigualdad clave, el modelo del ‘poder relativo de clase’ – ‘*relative class power*’ – especificado por Rueschemeyer, Stephens y Stephens (1992) es un instrumento analítico tan sencillo como útil para aproximarse a la explicación de las variaciones en el status quo político. Consiste en situar en un lado de la balanza a las clases dominantes y en el otro a las clases dominadas. La asimetría inicial de poder político entre ambas, de raíz esencialmente económica⁸¹, explicaría una primigenia ausencia de regímenes democráticos. La llegada de la democracia sólo se produciría con la alteración de esa descompensada distribución inicial de poder entre las clases, algo que según los autores es alentado por el propio desarrollo del capitalismo (Rueschemeyer et al., 1992: 47):

Las probabilidades de la democracia deben ser vistas en tanto que fundamentalmente moldeadas por el equilibrio del poder de clase. Es la lucha entre las clases dominantes y subordinadas por el derecho a gobernar la que – más que cualquier otro factor – sitúa a la democracia en la agenda histórica y decide su futuro. El desarrollo capitalista afecta a las probabilidades de democracia fundamentalmente porque transforma la estructura de clases y cambia la relación de poder entre las clases. El núcleo de nuestro marco analítico es, por lo tanto, un modelo de democratización de ‘poder relativo de clase’⁸².

La democracia es resultado de la lucha de clases, y todas las hipótesis sobre las posibilidades de democracia deben ir endosadas a modelos donde se especifique cómo modifican este equilibrio de poder. Queda pues descartada la posibilidad de que las élites realicen concesiones de tipo espontáneo y altruista: los progresos hacia la

⁸¹ Los autores asumen, igual que nosotros, una pluralidad de fuentes de desigualdad social, y otorgan también preeminencia – incluso con una defensa más vehementemente – a la clase social (Rueschemeyer et al., 1992: 45-51).

⁸² Entrecomillado del original.

democracia son, en todo momento, fruto de alteraciones respecto a lo beneficiosa y a la vez costosa que sea la transformación democrática para unos y para otros.

En consecuencia, la guerra sólo puede ser estudiada en sus efectos democratizadores si es puesta en diálogo con este modelo del poder relativo de clase. Keegan se sorprendía de que la correspondencia entre armas y libertad no siempre fuera automática (1995: 55): ‘No entendemos cómo un hombre puede estar armado y a la vez carecer de libertad’. Pero la ostentación de las armas por parte de los oprimidos no basta por sí sola para generar democracia, hay que considerarla respecto al estado general de la lucha de clases. Engels (1977: 170) se burla de quienes...

... creen que pueden desterrar sencillamente del mundo los efectos económicos de la máquina de vapor y de toda la moderna maquinaria movida por ella, los del comercio mundial y los del actual desarrollo bancario y crediticio, utilizando precisamente, para esa expulsión, cañones Krupp y fusiles Máuser.

Porque no son sólo las armas lo que hay que tener en cuenta, sino el marco económico y de lucha de clases en el que se encuentran quienes las blanden (Engels, 1977: 171):

La victoria del poder o la violencia se basa en la producción de armas, y ésta a su vez en la producción en general, es decir: en el ‘poder económico’, en la ‘situación económica’⁸³, en los medios materiales a disposición de la violencia.

Más allá de la posesión de armas, argumentamos que son determinadas guerras, con todas las transformaciones que acarrearán, las propiciadoras de alteraciones en el equilibrio de poder entre las clases y, por ende, las precipitantes de avances democráticos. La traslación de ese poder de negociación desde la guerra hacia el movimiento obrero y desde éste hacia la política ha sido enunciada, en sus líneas generales, por Silver (2005: 25):

Mostraremos que el poder de negociación de los trabajadores-ciudadanos frente a sus Estados aumentó con la escalada de rivalidad interimperialista y guerra que se produjo a finales del siglo XIX y comienzos del XX, cuando los obreros se convirtieron en engranajes cada vez más importantes (tanto en la industria como en el frente) de la maquinaria de guerra. Durante la primera mitad del siglo XX, cuando los trabajadores utilizaron ese poder de negociación acrecentado en luchas militantes, los Estados pretendieron garantizar su lealtad aumentando sus derechos como ciudadanos y como trabajadores.

⁸³ Entrecorchetados del original.

Una vez reconocida la existencia de un conflicto social subyacente situado en la base de la negociación política, es factible encontrar varios caminos mediante los cuales la guerra pudo incrementar el poder de las clases bajas. Éste es el plato de la balanza donde ponemos el acento, el lado de las clases dominadas, aunque más adelante lo complementemos con la exploración de otras posibilidades, a menudo complementarias.

Cuando las guerras arman a los trabajadores

La configuración bélica del periodo 1870-1970s en Europa se correspondió con la utilización para la guerra de grandes ejércitos donde las clases populares desempeñaban un papel central (*supra*, Capítulo 3). Las mejoras tecnológicas y tácticas encumbraron la importancia militar de estas clases, al tiempo que hacían posible, ya desde finales del siglo XVIII, la movilización de una amplia fracción de la población para la guerra. La Restauración de 1815 aparcó este modelo por el peligro revolucionario que entrañaba, y fue la guerra franco-prusiana, iniciada en 1870, la encargada de reabrir la veda durante aproximadamente cien años, hasta que en el último tercio del siglo XX los ejércitos europeos se fueron reduciendo y profesionalizando.

Es importante insistir en este marco para resaltar que nosotros defendemos, por hipótesis, que la democracia proviene de *contextos bélicos con ejércitos de masas populares* y no necesariamente de *ejércitos en tanto que actores propios e 'independientes'* en procesos políticos. La diferencia es importante. Las guerras con ejércitos ciudadanos, las guerras del periodo señalado, inciden a través de múltiples mecanismos en el conflicto social subyacente entre las élites y los dominados, reforzando la posición de poder de estos últimos. Esta cuestión trasciende los límites de lo militar, y no ha de ser equivocada con el papel específico que los ejércitos oligárquicos pueden jugar en determinados procesos políticos en tiempos de paz o de guerra limitada. En circunstancias diferentes a las descritas no hay una especial propensión a que los militares y el ejército como institución sean prodemocráticos, sino más bien lo contrario. De hecho, los ejércitos acostumbran a despertar desconfianza entre los teóricos de la democratización. Si se trata de ejércitos centralizados y jerarquizados, lo mejor que se puede esperar de ellos es su neutralidad (Dahl, 1989). En este sentido, la preocupación de quienes buscan una transición democrática pasa por 'cómo desactivar a los militares (sin desarmarlos necesariamente)' (O'Donnell y Schmitter, 1988: 55-58). El escenario aquí descrito es, sin embargo, muy diferente: es

un escenario invariablemente de guerra, con grandes ejércitos reclutados del conjunto de la población.

Como indicamos en su momento, el libro de Rueschemeyer, Stephens y Stephens (1992) no sólo nos ofrece el modelo de poder relativo de clase, sino que tiene en cuenta la incidencia de la guerra en él a través del refuerzo del movimiento obrero. En particular, y entre otras cosas, recoge la influencia democratizadora de la Primera Guerra Mundial en algunos países capitalistas avanzados, donde ésta contribuyó a mover el equilibrio interno del conflicto social en beneficio de la clase obrera (1992: 91):

El rápido desarrollo del capitalismo industrial en la segunda mitad del siglo pasado estimuló la organización de la clase obrera, que primero gradualmente, y después con la guerra y su resultado, cambió decisivamente el equilibrio de poder entre las clases en todos esos países; de hecho, cambió el equilibrio de poder en todo el núcleo del sistema capitalista mundial.

De forma más general, y a través de este mecanismo, ‘el estado moderno de la guerra de masas tiende a dar una poderosa oportunidad a las ya existentes presiones prodemocráticas’ (1992: 70). La Primera Guerra Mundial, según ellos decisiva en algunos lugares (Alemania, Austria, Italia) y aceleradora de procesos preexistentes en otros (Gran Bretaña, Suecia, Bélgica, Países Bajos), difundió sus efectos más allá de los límites de los países beligerantes. Esta perspectiva, centrada fundamentalmente en el incremento de poder relativo que la guerra supuso en general para la clase trabajadora y en sus consecuencias democráticas más concretas en términos de sufragio universal masculino, es un notable punto de partida para el análisis pormenorizado de los mecanismos que se esconden tras la relación entre guerra y avances democráticos.

El desarrollo del argumento principal de este estudio implica reparar en los dos enlaces lógicos que lo componen. Primero, cómo las guerras del periodo señalado pudieron fortalecer la posición de los trabajadores – y en un sentido más amplio de los dominados – frente a las élites. Segundo, cómo este hecho se tradujo en la consecución de avances democráticos. Se trata, por tanto, de especificar teóricamente los mecanismos que dotan de sentido a la relación general planteada entre una determinada configuración bélica y los avances democráticos, cuando ésta transita por la vía del argumento principal del estudio: el refuerzo de la posición de poder de los dominados. Cabe recalcar que los mecanismos planteados son susceptibles de estar más o menos presentes en unas u otras guerras del periodo y en unos u otros países. Aquí

simplemente se conjetura analíticamente sobre ellos con el objetivo de alcanzar la mayor finura posible en las fibras que entretejen esta hipótesis.

Cuando las guerras arman a los trabajadores, lo más inmediato que éstos obtienen para mejorar su posición de poder son, precisamente, las armas. Las clases populares se incorporaban masivamente – en comparación con épocas anteriores – a los ejércitos desplegados durante las guerras europeas entre 1870 y los años setenta del siglo XX. En ellos aprendían el manejo de las armas, al igual que adquirirían nociones de táctica militar. Además, las situaciones de guerra ponían los instrumentos de la violencia directa y permanentemente a su disposición. Particularmente relevante era el empleo de las armas ligeras, ya que su fácil utilización y barata manufactura facilitaban tanto su adquisición como su uso para fines distintos a los sancionados por las élites políticas. Esta situación, muy diferente a la de guerras con ejércitos oligárquicos y reducidos, se podría decir que prácticamente socializaba el armamento en tiempos de guerra.

Las armas servían así para mejorar la posición de poder de los trabajadores, aunque para ello tenían que ser aprovechadas en el contexto de un conflicto social preexistente. Las armas constituyen los medios de la violencia, pero sólo suman a la lucha de clases si son directamente puestas a su servicio o, de igual modo, si se puede sobrentender una amenaza a partir del conocimiento común de dominantes y dominados sobre su manejo y disponibilidad por parte de estos últimos. En el periodo estudiado el conflicto social entre las élites y las clases bajas estaba muy vivo, y ese contexto constituía la balanza donde las armas podían contribuir a compensar la asimetría de poder, añadiendo peso en el plato de las clases bajas. Como bien se preguntaba retóricamente Raymond Aron (1963: 200): ‘¿Es razonable una clase dirigente que da armas a clases insatisfechas, a riesgo de debilitar su propio poder?’. La respuesta negativa, formulada desde la comodidad retrospectiva, puede glosarse observando que cuando las clases bajas son centrales en el ejército y, además, están armadas en gran número, se vuelven peligrosas: ‘Las probabilidades de éxito de una rebelión dependen de si los rebeldes poseen armas y conocimiento de cómo usarlas. De aquí se desprende que cuanto mayor sea el *MPR*⁸⁴, mayor es el círculo del cual provienen los rebeldes’ (Andreski, 1968: 159).

⁸⁴ *Military Participation Ratio* o ratio de participación militar. Aparece definido en el Capítulo III de esta investigación.

La maquinaria productiva que acompaña a las guerras con ejércitos de masas emplea gran cantidad de mano de obra, por lo que también en este sentido se incrementa el poder relativo de los trabajadores, quienes – antes de las armas – tienen en su número la principal fuente de su fuerza. Hay que tener en cuenta que la incorporación de mano de obra se realiza no sólo en las industrias de maquinaria bélica sino también en otros campos como la investigación militar, el avituallamiento de los ejércitos, los transportes, las reconstrucciones en tiempo de guerra, la atención sanitaria o la industria básica. El ejército de masas combatiente pone en marcha nuevas estructuras productivas y de servicio, pero también necesita el mantenimiento mínimo del tejido económico habitual del país. Si a estas exigencias se le suma el hecho de que el propio ejército consume mediante la conscripción gran parte de la mano de obra, las nuevas incorporaciones al mundo del trabajo y la intensificación de las tareas en él desarrolladas se traducen en una proletarianización masiva de la sociedad, compuesta entonces por soldados-trabajadores y por trabajadores. Mirando a lo particular, esta movilización bélica más allá del ejército genera oportunidades de afiliación sindical, como ocurrió durante la Primera Guerra Mundial (Marwick, 1974; Markoff, 1999; Fernández Steinko, 2002). Los sindicatos y el movimiento obrero en general salen así reforzados a partir de la incorporación masiva de población al trabajo en sustitución de los soldados. Además, determinados grupos pertenecientes a la categoría de los oprimidos van a tener también la oportunidad en este periodo de acceder a, y organizarse en, el mundo del trabajo. Nos referimos al caso de las mujeres, pero también al de las minorías étnicas.

Aparte de nutrir numéricamente la lucha de clases, es factible pensar en las guerras como generadoras de espacios favorables para la acción colectiva de los oprimidos. Se aconseja diferenciar dentro del amplio campo de la acción colectiva los problemas de cooperación de los problemas de coordinación (Miller, 2007). Algunos contextos bélicos ya han sido observados en su contribución a la emergencia de la cooperación incluso entre soldados de diferente bando, entre completos antagonistas⁸⁵. En referencia estricta al movimiento obrero, la guerra de masas conlleva escenarios que facilitan tanto la cooperación como la coordinación en el seno del mismo. Luis Miguel

⁸⁵ Robert Axelrod (1986: 77-88) ilustra cómo la fase de guerra de trincheras que tuvo lugar durante la Primera Guerra Mundial, caracterizada por la estabilidad de los frentes, se ajustó a unas condiciones de dilema del prisionero iterado, de tal forma que los soldados de uno y otro bando aplicaron la moderación en su lucha dentro de un sistema de ‘vivir y dejar vivir’ que, a la larga, beneficiaba a ambos.

Miller (2007: 168-171) argumenta que los despertares revolucionarios plantean problemas de coordinación cuya superación se basa en la generación de ‘conocimiento común’ – un conocimiento informado y público – acerca de la situación compartida por los sujetos, y asemeja este conocimiento a la versión técnica de la ‘conciencia de clase’ marxista. Otros investigadores han observado los problemas de acción colectiva que han de afrontar las revoluciones dándoles forma de dilemas cooperativos (Acemoglu y Robinson, 2007: 123-126), donde lo importante no es coordinar la predisposición privada a actuar sino evitar la traición de los *free-riders*, de los ‘gorrones’, que se benefician de pagos mayores cuando escapan a la cooperación (Olson, 1965).

La guerra de masas contribuye al movimiento obrero en ambos sentidos. Del lado de la cooperación, generaliza situaciones sociales más críticas que en los tiempos de paz, siendo así las condiciones materiales más *privadamente compartidas* por el conjunto de la población. La vida de los sujetos tiende a sumirse en el marasmo de vidas anónimas que colaboran para la victoria y la propia supervivencia del país, en un marco material de condiciones extremadamente severas. Estos procesos – al fin y al cabo procesos de proletarización – se dan tanto en el ejército como en la fábrica, contribuyendo a eliminar segmentos de clase y, por tanto, a simplificar los juegos de cooperación que la disparidad de intereses entre dichos segmentos produce en tiempo de paz. La clase se homogeneiza y, además, la prolongación de la guerra facilita la consecución de relaciones cooperativas entre los propios trabajadores. Del lado de la coordinación, la incorporación masiva de sujetos al esfuerzo militar y fabril genera espacios – incluso físicos – de contacto donde se convierte el conocimiento individual de la situación personal en conocimiento común acerca de la situación de explotación y sufrimiento que comparten los sujetos, que pasa a ser también más *públicamente compartida* que en otras épocas. En resumen, defendemos que la guerra conlleva procesos de igualación en la clase trabajadora, los cuales simplifican algunos de los dilemas cooperativos previos entre diferentes segmentos de la misma, y además crean espacios donde se comparte esa información, donde se incrementa la conciencia de clase, facilitándose la coordinación. En esta situación, si el movimiento obrero encuentra su momento, bien con un planteamiento revolucionario en tiempos de guerra bien con una reivindicación inmediatamente posterior a la misma, los sujetos pueden esperar que al estar sometidos a unas mismas (y duras) condiciones, y al saberse todos conocedores de esta situación, se movilicen en un número suficiente para que la acción

tenga lugar. En este proceso habrán de vencer no sólo los obstáculos habituales a la coordinación sino también los más que probables intentos de cortocircuitarla.

En otro orden de cosas, incluso la concentración de recursos económicos que acompaña a las guerras, mayor cuanto mayor es la dimensión del conflicto, abre ventanas al movimiento obrero. A finales del siglo XIX surgen importantes complejos militares-industriales en países como Gran Bretaña, los cuales se van a ir desplazando desde la esfera comercial privada hacia la del estado, hasta que las dos guerras mundiales promulguen la primacía del mandato estatal en la economía sobre el libre mercado, sanción que decaerá en entreguerras prolongándose luego hasta el final de la guerra fría (McNeill, 1988: 291-428). La economía de guerra – fundamentalmente la de las dos guerras mundiales – es una economía completamente intervenida, planificada, sin que ello signifique ‘socialista’ pero sí al menos ‘no liberal’⁸⁶ (Verstrynge Rojas, 1979: 175-177; Fernández Steinko, 2002: 58). Las doctrinas del movimiento obrero, aunque también el nacionalsocialismo alemán de la Segunda Guerra Mundial, van a casar mejor con esta situación que el liberalismo económico, el gran perjudicado en tiempos de guerra. El movimiento obrero de los regímenes que en tiempos de paz son económicamente más abiertos – este método no es, por tanto, aplicable bajo totalitarismos de habitual planificación económica – adquirió por esta vía un nuevo poder relativo frente a sus élites liberales.

En las instituciones representativas también se acostumbró a centralizar recursos, esta vez políticos, lo cual aprovechó el movimiento obrero. Los gobiernos de concentración que se dieron en diversos países durante las dos guerras mundiales incorporaron en ciertos momentos y países a miembros de partidos socialistas. El objetivo de las élites era asegurarse la paz social mediante la cooptación de los líderes parlamentarios para las tareas de la guerra. Sin embargo, esta estrategia otorgó visibilidad política a los líderes del movimiento obrero y a sus ideas socialistas, quienes de paso demostraban al mundo que los representantes de la clase obrera eran capaces de ejercer responsabilidades de gobierno. La maniobra inicial de cooptación, si bien pudo contribuir a salvar tras las guerras el parlamentarismo allí donde existía, desde luego que fue a costa de insuflar aire al movimiento obrero. El crecimiento del socialismo

⁸⁶ El liberalismo político siempre ha necesitado en la práctica de una fuerte intervención estatal, como argumenta Karl Polanyi (1997). No obstante, la planificación durante las grandes guerras del siglo XX quizá sea la máxima expresión de una ejecución económica no liberal.

electoral, particularmente importante en los parlamentos tras la Primera Guerra Mundial, es un hecho contrastado (Verstrynge Rojas, 1979: 261-356).

Merece la pena resaltar, al lado de los canales de fortalecimiento del movimiento obrero, el papel de la mujer en las grandes guerras con ejércitos de masas. Decíamos que la guerra reforzó la posición de poder de todos los oprimidos que participaron en ella. Sin embargo, y dada la tradicional lectura masculina de los acontecimientos históricos, es probable que la actuación de las mujeres en las grandes guerras no haya recibido toda la atención científica que debiera⁸⁷. Sirvan estas líneas para reclamar su lugar dentro de nuestra argumentación. Las mujeres no fueron sólo madres y esposas de soldados caídos en el frente. Tampoco se limitaron a reemplazar la mano de obra masculina en las fábricas, con todo lo determinante que resulta esta tarea para el esfuerzo bélico. Es que además, de forma variable según el país, las mujeres formaron parte del personal militar – en sentido amplio pero también en sentido estricto – en puestos tan relevantes y a menudo castigados por la guerra como los de enfermeras, secretarias, telegrafistas, espías e, incluso, milicianas. No es nuestro cometido el adentrarnos en la especificidad femenina, tampoco en otras especificidades de tipo étnico, dentro de la consideración general del incremento de poder de las clases oprimidas. Resulta, sin embargo, un campo digno de estudios en profundidad y, cuando menos, merece un pequeño homenaje. El incremento de poder de las mujeres en tanto que sujetos políticamente oprimidos se ajusta, más aún a tenor de las observaciones realizadas, al incremento de poder del conjunto de las clases dominadas, y especialmente de las clases trabajadoras, que se viene describiendo.

⁸⁷ Se echan en falta estudios que aborden esta cuestión desde un punto de vista académico y comprehensivo, superando tanto los libros de testimonios como los estudios particulares – de carácter más histórico y nacional – que proliferan en torno a ella. A pesar de la falta de una contribución de este tipo, hay un volumen considerable de material diseminado. Un buen punto de partida para comenzar a explorar el tema es la entrada ‘Women’s roles in the World Wars’ de la enciclopedia colaborativa *Wikipedia*, con bibliografía y enlaces a otras entradas relevantes, particularizando la información – aunque por el momento desigualmente – en diferentes países (Wikipedia contributors, 2013). Auspiciado por The Library of Congress, el *Veterans History Project* comprende una notable base de datos con testimonios de veteranos de guerra y de civiles, entre quienes también se encuentran algunas mujeres (American Folklife Center, 2012). También desde (y sobre) Estados Unidos, la Minnesota Historical Society patrocina una web que bajo el título ‘Women in the military during World War II’ ofrece bibliografía de fuentes tanto primarias como secundarias, además de imágenes de la época (Minnesota History Center, 2013). De la literatura científica, por su carácter comparado y su atención al desconocido mundo de las mujeres que efectivamente fueron combatientes, destacamos el artículo ‘Women in combat: The World War II experience in the United States, Great Britain, Germany, and the Soviet Union’ (Campbell, 1993a). El campo científico es, no obstante, amplio.

Una vez diseccionado el enlace que media entre la guerra y el aumento del poder relativo de los trabajadores, el siguiente extremo a aclarar es la traslación de ese poder de clase al ámbito político: su traducción en demandas democráticas. Dichas demandas podrían ir orientadas a la consecución de mayores cotas del sufragio dentro de los regímenes parlamentarios existentes o a la transformación socialista-comunista de los mismos. Las diferencias entre ambas versiones en la búsqueda de la igualdad política no son relevantes si lo que interesa es analizar el empuje que las mueve. Ese empuje, la idea de alcanzar mayores cotas de democracia en tanto que igualdad política, es en último término indivisible. Los oprimidos orientaron el conflicto social subyacente, con todas sus variantes, en esta dirección ya antes de la guerra, y la guerra no hizo sino avivarlo.

Dando un paso más, las situaciones experimentadas por las clases dominadas durante los conflictos bélicos debieron intensificar sus preferencias democráticas, sea cual fuere la versión sostenida de las mismas. Tenían más poder, pero no es arriesgado intuir que los esfuerzos y horrores bélicos a los que se vieron sometidos fortalecieron además su determinación en la búsqueda de lo que anhelaban. En la fábrica los ritmos de trabajo eran mayores y en la calle existía el peligro de morir a causa de los ataques enemigos. No obstante, eran los soldados en el frente los que se llevaban la peor parte. Clausewitz nos introduce literariamente en un campo de batalla para tratar de transmitirnos la experiencia de peligro constante de la soldadesca (1972: 104-105):

Acompañaremos al bisoño al campo de batalla. [...] el golpeteo cercano de las balas de cañón y el estallido de las granadas son tan frecuentes que la seriedad de la vida se abre paso a través de la pintura juvenil de la imaginación. De pronto cae alguien que conocemos. Una granada explota entre la multitud y causa algunos movimientos involuntarios; empezamos a sentir que no estamos ya muy cómodos y tranquilos [...] La metralla tabletea sobre los techos de las casas y sobre los campos; las balas de cañón zumban sobre nosotros, en todas direcciones, ya se siente el frecuente silbido de las balas de mosquete. Otro paso más hacia las tropas, hacia esa vigorosa infantería que, con indescriptible firmeza, se ha mantenido durante horas bajo el fuego, aferrada a su terreno. Aquí el aire está lleno de silbidos de balas que, al pasar a distancia de una pulgada del oído, la cabeza o el pecho, anuncian su proximidad con un ruido breve y seco. A todo esto se agrega la compasión que sacude a nuestros agitados corazones, la piedad que nos da la vista de los mutilados y los caídos.

Este relato resulta ilustrativo aunque anacrónico. Las guerras del periodo que nos ocupa generan una estampa todavía más intensa debido al poder destructor del armamento moderno. La misma tecnología que servía para movilizar a un gran número

de soldados también servía para causar caos, mutilaciones, muerte y sufrimientos de todo tipo en sus filas y entre los civiles. Ese sufrimiento ampliado encuentra, dentro de las batallas de la Segunda Guerra Mundial, un buen ejemplo en la batalla de Stalingrado (Beevor, 2000). También está presente en las otras guerras del periodo, incluida la Primera Guerra Mundial, como se desprende de los valiosísimos testimonios que la enfermera rusa Sofía Fedorchenko anotó a partir de sus conversaciones con los soldados del frente (Fedorchenko, 1919: 8):

Escuchamos gemidos, súplicas, preguntas. No nos atrevimos a responder; está prohibido; además, no habíamos entendido. Había bosque por todas partes, y no podíamos ver. Pero cuando la luna se recompuso, como una bola redonda, pudimos ver; estábamos rodeados de heridos y tullidos, quienes se acercaban sigilosamente a nosotros, suplicando ayuda. Pero nosotros no podíamos llevarlos en nuestros caballos.

El gas, un avance en la tecnología militar, causaba gran sufrimiento a los soldados (Fedorchenko, 1919: 18):

¡Oh, sí, duele cuando te hieren! Pero te recuperas, y sigues viviendo. Comes y bebes y hablas con la gente, y eres de nuevo un hombre entre otros hombres. ¡Pero los gases venenosos! Para pagar por ello, muchos, muchos alemanes deberían ser asesinados. Nada podría ser peor que el gas. Te retuerce y atormenta el alma más allá de lo soportable. Nunca volverás a estar alegre, ni siquiera durante una miserable hora.

Insistimos en el sufrimiento que causan estas guerras – no nos ha hecho falta apelar a otros armamentos como, por ejemplo, la bomba atómica – para recalcar que tras pasar por esa experiencia es comprensible una intensificación, una radicalización, en las preferencias políticas democráticas de los soldados y, también, de los trabajadores y demás civiles. En la medida que el esfuerzo y el sufrimiento eran compartidos por los oprimidos más allá del ejército, las preferencias democráticas se volvían más críticas en todos lados.

No es de extrañar que ese poder obtenido por las clases dominadas a partir de cierta configuración bélica reclamara cuanto antes un correlato político, un poder político. Para entender la secuencia es útil diferenciar, como hacen Acemoglu y Robinson (2007), entre ‘poder político de facto’ y ‘poder político de jure’, y seguir su explicación de las relaciones entre ambos. El primero lo otorga la posesión de la fuerza

bruta⁸⁸ y el segundo la ley nacida de las instituciones políticas. En la medida que el poder político de facto es de naturaleza transitoria, cuando las clases bajas se hacen con él buscan solidificarlo en instituciones políticas que reflejen la nueva correlación social de fuerzas. Es debido a esa volatilidad – por todos conocida – que quienes protagonizan amenazas revolucionarias de cierta envergadura no se conforman con ofertas de redistribución económica por parte de las élites, y aprovechan su oportunidad para reclamar cambios institucionales (Acemoglu y Robinson, 2000, 2007). Lo conseguirán o no en función del equilibrio general de poder entre las clases. Pero queda claro que cualquier oferta redistributiva no es *creíble* si no lleva aparejada un trasvase de poder político o, lo que es lo mismo, un cambio institucional: un avance hacia la democracia.

Las guerras con ejércitos de masas pueden ser así vistas como peligrosas para el sistema político existente. Clausewitz llegó a calificar a la ‘guerra del pueblo’, aquella que movilizaba a las masas, como ‘un estado de anarquía declarado legal, tan peligroso para el orden social de nuestro país como para el del enemigo’(1972: 290). Sus clarividentes palabras culminan el proceso lógico que, en las dos etapas descritas, conecta el tipo de guerra considerado con los avances democráticos.

Queda, no obstante, resolver con mayor precisión el momento exacto en el cual, dentro del contexto bélico, habrían de tener lugar los progresos democráticos potenciados específicamente desde el incremento de poder de las clases oprimidas. Una rápida respuesta situaría invariablemente los avances democráticos en el transcurso de la propia guerra, que es cuando se inician los procesos descritos. Sin embargo, son conocidas las suspensiones de derechos de todo tipo que se decretan durante las guerras, mayores cuanto mayor es el conflicto. La contradicción se acomoda patrióticamente: ‘la guerra potencia una sensación de protagonismo de los trabajadores y ésta genera una poderosa dinámica reivindicativa al tiempo que disciplina (temporalmente) a la clase obrera en un sentido patriótico’ (Fernández Steinko, 2002: 56). Hay que reconocer que las suspensiones de derechos civiles, políticos y sociales son fácilmente explicables desde la óptica de las necesidades de control y organización tanto internas como externas que afronta un estado militarizado. La ley de Sir John Robert Seeley, referida – no textualmente – por Andreski, es clarificadora al respecto: ‘la cantidad de libertad en un estado es inversamente proporcional a la presión sobre él desde afuera’ (Andreski,

⁸⁸ La ‘fuerza bruta’, a priori, son las armas y el número de quienes las blanden, pero aquí hemos visto cómo el incremento en el número de trabajadores, su afiliación sindical, la creación de oportunidades de cooperación y coordinación en diversos ámbitos y las penurias de la guerra son elementos que también incrementan la intensidad de esa ‘fuerza bruta’.

1968: 131). En numerosas ocasiones, sin embargo, las *necesidades* militares se transforman en *excusas* militares para recortes de derechos técnicamente innecesarios. Tal es la magnitud de esos recortes que hay cierto afán por explicitar qué Derechos Humanos son irrenunciables en situaciones bélicas (Meléndez Padilla, 1997). En cualquier caso, la inaplicabilidad de ciertos derechos durante la guerra queda fuera del objeto de estudio.

Aquí se apela a una transformación política más estructural, cuya semilla está en la guerra y florece algunas veces durante su transcurso, pero más generalmente tras el inmediato final de las hostilidades. La teoría concuerda con la observación empírica de Przeworski respecto a la extensión del sufragio en periodos posbélicos (2009). En ese momento el poder de los oprimidos todavía no se ha desvanecido, pero sí comienza a hacerlo la necesidad militar que ha convulsionado al país. Es ahí cuando pueden producirse avances hacia la democracia, identificados no como progresiones de derechos *en bruto* respecto a ciertos momentos de la guerra, en los cuales se puede esperar una contracción coyuntural de los mismos, sino como avances *netos* respecto al sistema político anterior al inicio de la guerra. Avances que, con independencia de lo ocurrido en la guerra, son estructurales.

Es legítimo preguntarse hasta dónde ha de llegar la amenaza por parte de los oprimidos para conseguir este resultado. Lamentablemente, no existe a priori una respuesta única. Unas veces la sociedad convulsionará con revoluciones, otras con protestas de intensidad variable – sobre temas políticos, laborales o de otro tipo, pero que muestren la fuerza de las clases bajas – y otras la simple amenaza del recurso a la fuerza por parte de los dominados bastará para precipitar el cambio. Éstas son las formas en las que entendemos puede concretarse esa ‘coacción revolucionaria’ – ‘*the revolution constraint*’ (Acemoglu y Robinson, 2007: 120-123) – que las clases bajas imponen sobre las élites cuando adquieren poder de facto. No obstante, en aras de la generalidad, lo que importa es admitir la génesis bélica de esa presión y no la forma concreta que ésta adopte según las circunstancias históricas.

El origen de la política social en la guerra

La implementación de políticas sociales constituye en sí misma un avance democrático (*supra*, Capítulo 2). Las tendencias prodemocráticas, hacia el gobierno de los muchos pobres libres (Aristóteles, *Política* VI/IV.4, 1290b17-19), tienen como

límite superior el principio normativo de la *aequa libertas* (Cicerón, *De la República* I: 37), una igualdad política que requiere no sólo de una serie de garantías civiles y políticas sino también sociales (Marshall, 1998). Estas últimas sirven para disminuir la vulnerabilidad material de los sujetos, pero también para incrementar su independencia frente a los poderosos, ampliando tanto las opciones como la intensidad de la libertad como no-dominación (Pettit, 1999: 208-214). Dichas garantías sociales se plasman con mayor o menor grado de perfección, en función de que adquieran la forma de políticas sociales dispersas, de que se constituyan en sistemas de protección social o de que éstos se engarzen en un marco de aspiraciones comprensivas que se ha dado en llamar estado de bienestar, con la sanción formal de una segunda generación de derechos de ciudadanía. Cualquiera de las vías mencionadas, que pueden resumirse bajo el rótulo genérico de ‘política social’, incrementa, *ceteris paribus*, los niveles de democracia que disfrutaban los ciudadanos.

En la medida que la política social queda integrada en la definición de democracia, el argumento principal de este estudio le es igualmente aplicable. Los circuitos bélicos que transmiten energía al movimiento obrero y, en general, a los oprimidos, alimentan y refuerzan su ímpetu democrático también en lo relativo a las demandas sociales. Esta nueva concreción, más que estribación, del argumento encuentra sus apoyos particulares en la literatura científica.

Armando Fernández Steinko (2002) temporiza en tres ciclos la participación de los trabajadores en el seno de la empresa y de la economía, situando el inicio de los dos primeros hacia el final de cada guerra mundial e inaugurando el tercero con el mayo francés de 1968. Explica cómo la Primera Guerra Mundial facilitó la participación obrera en la empresa y la intervención social en la economía por tres vías (2002: 53-60): (1) incrementando el protagonismo de los trabajadores y *trabajadoras* al hilo de su necesario y especial esfuerzo laboral – más valioso aún por su escasez ante el desvío de efectivos al ejército – en tiempos de guerra, (2) mostrándoles cuánto les perjudicaba el mismo conflicto que beneficiaba a los grandes capitalistas y (3) fomentando las formas de planificación económica de lo que se dio en llamar el ‘socialismo de guerra’, con el consiguiente abandono del dogma liberal. El punto (3) encaja en lo ya dicho en torno al fortalecimiento de las clases oprimidas, el (2) contribuye a explicar la radicalización de las demandas democráticas, esta vez sociales, y el (1) se reparte entre ambos enlaces lógicos. Posteriormente, la Segunda Guerra Mundial – más destructiva – reprodujo las necesidades de planificación empresarial y social que habían quedado sin atender al

final de la anterior guerra y que llegaron a conformar, según el autor, una ‘nueva conciencia colectiva’ (2002: 79-88). La mirada hacia la participación de los trabajadores en la empresa y en la gestión social de la economía se encuentra así con las guerras totales, a las cuales el autor les reconoce también su efecto en el crecimiento electoral de los partidos socialistas y de la afiliación sindical.

Al reparar en la importancia de la organización de los trabajadores para el establecimiento y desarrollo del estado de bienestar, John D. Stephens (1979) alude igualmente a la guerra de masas. Enuncia sus efectos, que liga a la Primera Guerra Mundial, en la distribución de poder en la sociedad (1979: 113-114):

La guerra afectó a las relaciones de clase, moviendo el poder en la sociedad civil en la dirección del trabajo de diversas formas. La movilización de masas requerida por la guerra moderna necesitó de algunas concesiones a quienes fueron a librar la guerra. Los soldados de la clase trabajadora suponían una amenaza que el gobierno no podía ignorar. El descenso del desempleo en la economía de guerra y la necesidad de una producción ininterrumpida también incrementaron el poder del trabajo. Y la reducida amenaza de fuga de capitales en tiempos de guerra disminuyó el poder del capital. Finalmente, en las potencias derrotadas, la guerra creó un vacío de poder en la derecha al desacreditar a la antigua clase dirigente.

A pesar de la utilización de la palabra ‘concesiones’, que podría resultar equívoca si la traducimos en el lenguaje de Przeworski (2009), el autor realiza la enumeración desde el incremento de poder de los trabajadores y soldados. En realidad, y a pesar de que está analizando la política social, su planteamiento proviene de una reflexión más general sobre la extensión de la democracia y es idéntico al de la obra colectiva posterior sobre ella en la que participa, donde dicho planteamiento quedará ya definido como el modelo de ‘poder relativo de clase’ (Rueschemeyer et al., 1992). Su referencia final a las potencias derrotadas será también codificada en nuestro esquema cuando consideremos como otra hipótesis la posibilidad de la imposición militar exterior de la democracia.

El origen bélico del estado de bienestar encuentra otro de sus apoyos en la tesis doctoral de Javier Bilbao Ubillos (1990). Este autor define el estado de bienestar en tanto que un particular producto histórico surgido tras la Segunda Guerra Mundial, fruto de una serie de ‘factores de eficacia inmediata’ que se sumarían a otros ‘factores de eficacia mediata’ más generales: la difusión del pensamiento social crítico y los progresos tecnológico-económicos. Los factores del primer género son cinco: (1) la Segunda Guerra Mundial, (2) el vacío institucional y la reconstrucción de posguerra, (3) la nueva correlación de fuerzas o el ascenso de los partidos socialistas, (4) la existencia

de dos bloques que compiten por el apoyo ciudadano y (5) el respaldo científico que supuso la aparición del paradigma económico de Keynes-Beveridge. El primer punto, relativo a la ligazón entre el estado de guerra y el estado de bienestar, lo concreta de seis formas: a) igualación en condiciones de vida y entendimiento nacional, b) manifestación de las carencias y necesidades de la población, c) fortalecimiento de los gobiernos por la situación bélica, d) compensación del sacrificio ciudadano, e) convencimiento de que se ‘luchaba por algo’ y f) necesidad de ganarse el apoyo del movimiento obrero. Aunque su explicación del surgimiento del estado de bienestar no diferencia las causas de otros elementos históricos más bien contextuales, observamos de nuevo que la descomposición del fenómeno bélico encaja con nuestro argumento principal de fortalecimiento de la clase trabajadora. Se funde, al tiempo, con algunas de las otras hipótesis que veremos después: la importancia de la estrategia de las élites para ganarse el apoyo de los dominados en la guerra, en (e) y (f), y su envoltorio nacionalista-patriótico, en la segunda parte de (a) y en (d). En este último sentido, ideológico si se quiere, recalca en el paraguas intelectual (5) con el cual el informe de William H. Beveridge de 1942 (1989) y las teorías de John M. Keynes (1936) auspiciaron la creación del estado de bienestar tras la Segunda Guerra Mundial. La necesidad de reconstrucción tras la guerra – que Bilbao Ubillos explicita en (2) – excita particularmente nuestro interés, en la medida que es un incentivo, dentro del concepto de democracia, exclusivo para los avances sociales⁸⁹.

Efectivamente, dotar de entidad propia a la observación de la política social permite la detección de mecanismos bélicos que la expliquen a ella y sólo a ella. Los autores mencionados recogen la aplicación de nuestro argumento principal a la política social, e incluso contribuyen al resto de hipótesis bélicas que lo desafiarán y complementarán en el desarrollo de este estudio. No obstante, se puede constatar cierta especificidad en el origen de la política social en la guerra. Sin separarnos del modelo de conflicto social subyacente, haremos dos precisiones que facilitan salidas sociales tras las guerras de masas: la preservación de los soldados y la reconstrucción posbélica.

Richard Morris Titmuss escribió un inspirado ensayo, de título ‘War and social policy’ (1974: 75-87), donde aborda la respuesta social del estado a las necesidades de

⁸⁹ Ahora bien, entendemos su alusión al ‘vacío institucional’ en ese mismo punto como una oportunidad de reforma que no implica la negación del legado institucional anterior. Se ha observado, por ejemplo, que el modelo neo-corporatista alemán posterior a 1945 es heredero de instituciones similares presentes en la República de Weimar y durante el nazismo (Eichengreen, 2008: 40-47).

reclutamiento de la guerra moderna. Las exigencias militares en términos de población, mayores cuanto mayor es la dimensión de la guerra, hacen que el estado reflexione en torno a la cantidad y la calidad de sus ciudadanos. Titmuss distingue cuatro fases en el grado de preocupación de los estados por este concepto. En un primer momento se preocupan por la cantidad, encargando para ello estadísticas de población durante el siglo XIX que les reporten información acerca del número de ciudadanos que podrían estar disponibles para luchar. Inmediatamente comienzan a preocuparse también, en una segunda fase, por la calidad de sus reclutas. Es entonces cuando se realizan mejoras en la atención médica a los soldados y cuando se pone especial cuidado en su selección, diferenciándose entre aptos y no aptos. En una tercera fase, y éste es el origen sugerido para las políticas de salud de principios del XX, los estados descubren que les conviene también mejorar la calidad de vida del conjunto de la población y especialmente de los niños, que serán los reclutas del futuro. De hecho, es al final de la Guerra de los Boers cuando los británicos, en 1906, adoptan por primera vez medidas médicas y alimentarias para los niños, los futuros reclutas (1974: 81). Finalmente, tras la Segunda Guerra Mundial se asume claramente la necesidad de cuidar no sólo a los soldados y a los futuros reclutas sino al conjunto de la población, inaugurándose una cuarta fase en la que los derechos sociales son incluidos en la moral civil.

La versión estrictamente gradualista y evolutiva de este desarrollo compete única y exclusivamente a los orígenes de las políticas sanitarias, que son sólo una parte de la política social. Su implementación se realizaría tras las guerras, en reacción a las necesidades de preservación biológica que éstas ponen de manifiesto, convergiendo así con el momento indicado por nuestro argumento general como favorable para los avances democráticos en su conjunto. Aunque esta hipótesis de preservación de los soldados y de la población viene a solaparse temporalmente con la hipótesis de refuerzo de la posición de los trabajadores, no creemos que sean tesis excluyentes. De hecho, dudamos que la primera funcione sin la segunda, más aún si se trata de generar esquemas de protección social para el conjunto de la población – y en todos sus aspectos – y no políticas sociales particularistas para el bienestar físico y psicológico de los soldados presentes y futuros. Es necesario, por tanto, mantener la perspectiva de conflicto político en los avances sociales sistémicos, a la cual la mera progresión funcional de la preservación demográfica le sirve, más bien, como un aderezo en la explicación particular de la protección sanitaria.

No en vano, la ubicación que Theda Skocpol (1995) hace del origen de la política social en la guerra está siempre mediatizada por el juego político. Asegura que las políticas de pensiones de discapacidad y vejez en Estados Unidos surgieron de las medidas adoptadas en la Guerra Civil Americana para con los veteranos. Precisamente compara esta guerra, en duración, intensidad y movilización, con las primeras guerras revolucionarias francesas y con las dos guerras mundiales, adjudicándoles el adjetivo de ‘democráticas’ a todas ellas por las políticas de conscripción masiva que llevaron a cabo (1995: 103-105). A partir de ahí, explica cómo las políticas sociales se fueron extendiendo primero a las viudas y luego a las madres en general en virtud de la correlación de fuerzas entre los actores políticos y sociales favorables o detractores de la causa, incluso a nivel de cada estado miembro de los Estados Unidos. Por tanto, si bien la guerra hizo ‘*posible*’ (1995: 104) que hubiera tanta gente a la que cuidar y que merecía ser cuidada, fue en el terreno político donde se decidió o no cuidarla. De esta forma, Skocpol sobreentiende a Titmuss y va más allá, a la coyuntura política de los avances en protección social. Lo hace partiendo de una determinada configuración bélica y desde el conflicto político, con un envidiable y enriquecedor nivel de detalle histórico sólo alcanzable en un estudio de caso.

El segundo aspecto con el que las guerras de masas atraen de forma particular a la política social es la necesidad de reconstrucción tras el conflicto (Bilbao Ubillos, 1990). Las grandes guerras conllevan una gran destrucción de infraestructuras, entre las cuales se encuentran muy a menudo los hogares de la población civil. No son de extrañar, por ejemplo, las leyes de vivienda – *Housing Acts* – promulgadas en Gran Bretaña en 1919, al final de la Primera Guerra Mundial, para abordar el problema de la población que había perdido sus casas, las cuales ya eran de por sí penosas antes del conflicto (Marwick, 1974: 59-60). Pero la destrucción con la que se encuentra un país tras la guerra va más allá de los bienes materiales, alcanzando el sistema productivo, el mercado de trabajo, las unidades familiares (proliferan las viudas y los huérfanos), la salud (soldados y civiles heridos) y cualquier recoveco de unas sociedades a menudo ya débiles en su provisión social antes de la guerra. Al igual que en el caso anterior del interés por preservar la salud de los soldados, es conveniente describir los grandes conflictos como una oportunidad especialmente relevante para la política social. Pero una oportunidad, repetimos, no es una determinación. Tras destruir, la mera necesidad de reconstrucción no implica la inexorable edificación simultánea de un estado social, y menos de uno que perviva en el largo plazo. Si ambas cosas aparecieron ligadas en la

historia, la respuesta última hay que buscarla de nuevo en el argumento principal de este estudio.

Con los mimbres del incremento de poder de las clases oprimidas, y el reconocimiento de las oportunidades específicas de acción social que abre la guerra, la cuestión empírica pasará por constatar si hubo algún tipo de progreso más o menos estable de raíz bélica en las políticas sociales. En concreto, nos ocuparemos de si las guerras del periodo tuvieron que ver con la fundación de los principales esquemas de protección social de cada país, introduciendo así la guerra en una ecuación democrática que también es social.

4.3. Considerando otras hipótesis y mecanismos bélicos en la relación: concesiones desde la élite, imposiciones militares y nacionalismo democrático

Una vez expuesta la hipótesis principal, y desgranados los mecanismos que se esconden tras ella, la riqueza de la guerra en tanto que potente fenómeno social deja la puerta abierta a que su influencia democrática en el sistema político circule por otros derroteros. El efecto bélico hacia el interior de las sociedades combatientes y por la vía del incremento del poder de los oprimidos es el camino al cual hemos otorgado, a priori, una mayor relevancia. Lo hacemos no sólo como consecuencia de la adopción de una perspectiva de conflicto social subyacente que casa naturalmente con el carácter disputado de la ciudadanía democrática, sino también estimulados por los recientes resultados empíricos de los estudios de Przeworski (2009) y Aidt y Jensen (2012) en torno a las extensiones del sufragio. Sin embargo, ese efecto democrático hacia el interior de las sociedades podría producirse sin que medie amenaza alguna por parte de los oprimidos. Quizá cristalice al servicio único y exclusivo del interés de la élite en movilizar a las masas, como moneda de cambio para obtener la colaboración de la población en la guerra. El efecto puede venir también desde el exterior, si ignorando todo conflicto interno estamos dispuestos a afirmar que los cambios políticos se explican única y exclusivamente por la imposición internacional democrática de los vencedores tras las guerras. Finalmente, dando entrada al idealismo, la movilización de la población para librar guerras de masas suele ir acompañada por la construcción de un espíritu nacionalista que, en su vertiente patriótica, reconciliaría a las clases sociales en un movimiento único hacia la democracia.

El objetivo de este apartado es analizar las explicaciones enunciadas. Ante una guerra de masas, la democracia es susceptible de componerse no sólo desde el ángulo de la renovada amenaza de los oprimidos sino también desde las necesidades de la élite, desde los intereses de la comunidad internacional o desde la coherencia con una ideología nacionalista de movilización total. Cada nueva hipótesis, acompañada de su mecanismo concreto, viene a enriquecer el estudio y permite encarar el problema de los, a partir de ahora, variopintos orígenes bélicos de la democracia. Aunque en ocasiones se resaltará la complementariedad de estas hipótesis con el argumento principal del estudio, aclararemos al máximo las peculiaridades de cada una de ellas para, en los casos que proceda, conseguir una posterior prueba empírica que pondere su peso relativo al lado de la hipótesis principal.

Los derechos como concesiones de la élite

Es legítimo pensar que el origen bélico de los avances democráticos no está en el fortalecimiento de la posición de poder de los oprimidos y la consiguiente amenaza que éstos generaron sobre las élites, sino en el propio interés de esas mismas élites para conseguir la colaboración popular en el esfuerzo bélico. Los derechos serían, por tanto, la consecuencia indeseada con la que tendrían que cargar los poderosos a cambio de obtener la aún más preciada cooperación de las masas en la guerra. Es en este sentido en el cual se habla de ‘concesión’ y no de ‘conquista’ de los derechos (Przeworski, 2009). La concesión proviene de un comportamiento estratégico iniciado en las élites, mientras que la conquista nace del peligro de desbordamiento del status quo por la amenaza de revolución, explícita o implícita, de los oprimidos, ante la cual las élites o bien ceden, o bien son sobrepasadas. El concepto se separa así de la tesis principal de este estudio, pero en ningún caso debe malentenderse la concesión como una benevolente dádiva de las élites. Continúa siendo un comportamiento estratégico, guiado aquí por la necesidad real y acuciante de incorporar a las masas al esfuerzo bélico, muy lejos de cualquier altruismo irracional. En este contexto, por decirlo de una vez, nada tiene que ver la concesión con la compasión.

La posibilidad de que los derechos sean concedidos por las élites para granjearse el apoyo de las masas en la guerra ha sido recientemente analizada, como ya avanzamos, por Ticchi y Vindigni (2008). Repasemos su razonamiento, conducente a la explicación de las ampliaciones del sufragio – y por extensión de las democratizaciones

– acaecidas en occidente en los siglos XIX y XX. Cuando se dan las circunstancias para que el despliegue de ejércitos de masas constituya una ventaja comparativa en la guerra, las élites tratan de procurarse la cooperación del conjunto de la población en el conflicto. Para conseguirla han de ofrecer algo a cambio. Asumiendo que las instituciones no pueden ser transformadas durante la guerra, las élites realizarían sus promesas de reforma durante la misma y las implementarían después, forzadas en ese momento posbélico por la necesidad de mantener su credibilidad, su reputación, de cara a conseguir nuevamente la movilización popular en futuras guerras. El contenido de la concesión dependería – en un marco de interacción estratégica entre élites y ciudadanos, de teoría de juegos – de la intensidad de la amenaza militar exterior. Entiéndase por ésta el grado de peligro permanente para el país: la constancia en el riesgo de guerra. Una amenaza fuerte obligaría a las élites a hacer promesas potentes, ya que extraer el máximo esfuerzo bélico de la sociedad de forma continuada sería crucial en este caso, y entonces los trabajadores preferirían la promesa de la redistribución económica, más costosa para las élites, a la reforma política, que en realidad no altera inmediatamente la economía de los pobres. Una amenaza exterior muy limitada no forzaría a las élites a realizar ningún tipo de promesa a los trabajadores, ya que les resultaría muy gravoso en relación al coste esperado de perder una única guerra. Finalmente, una amenaza exterior intermedia no permite grandes promesas redistributivas pero tampoco debe ser obviado el esfuerzo bélico necesario para evitar la conquista extranjera, por lo que se prometerían y concederían derechos políticos a los ciudadanos.

Es cuestionable que la población ordene sus preferencias de tal manera que las políticas redistributivas sobrepasen en importancia a las reformas políticas. De hecho, cuando los oprimidos ven mejorado su ‘poder político de facto’ buscan trasladarlo cuanto antes al terreno institucional, transformándolo en ‘poder político de jure’, habida cuenta del carácter siempre transitorio de las coyunturas históricas que les favorecen y, en consecuencia, de la poca credibilidad que tienen las promesas de la élite que no solidifican en un nuevo reparto del poder político en las instituciones (Acemoglu y Robinson, 2007). Las políticas redistributivas son apreciadas por los trabajadores, pero dudamos que, en general, lo sean por encima de las reformas institucionales prodemocráticas del sistema político. Sin embargo, los autores encuentran evidencia histórica para respaldar su teoría. La gran amenaza externa que se cernió sobre Prusia en el siglo XIX forzó reformas sociales, mientras que el carácter intermedio de la amenaza en los siglos XIX y XX en Estados Unidos y Gran Bretaña provocó reformas políticas

(Ticchi y Vindigni, 2008: 23-30). Podríamos poner en duda la exactitud de estos ejemplos. Pero, aún aceptándolos, es difícil asignar a priori y en abstracto la cualidad – política o social – de las reformas que se asocian a las guerras. Para nosotros lo importante continúa siendo que determinadas guerras produzcan avances democráticos, reconociendo nuestra incapacidad para generalizar más allá en el establecimiento de una secuencia formal – ni temporal ni reactiva a la intensidad de la amenaza exterior – en los mismos. Nos limitamos a cuestionar la universalidad de esa ordenación de preferencias, remitiendo en la previsión del tipo de salidas democráticas concretas a elementos contextuales como el momento histórico, el estadio en el que se encuentre la lucha de clases en cada país y, obviamente, las conquistas previamente conseguidas.

La relación entre intensidad de la amenaza exterior y contenido de las concesiones es, en cualquier caso, prescindible en la decisión de asumir o no esta hipótesis. Más allá del problema del contenido exacto de las concesiones democráticas, del *qué*, el punto crítico es el *cuándo* de las mismas. El establecimiento diferencial del momento en el que se espera que este mecanismo actúe en exclusividad provocando avances democráticos es el que ayudará a distinguir claramente sus efectos de los de aquellos mecanismos que refuerzan la posición de los oprimidos.

Ticchi y Vindigni (2008) explican por qué las extensiones del sufragio entendidas como concesiones por parte de la élite tendrían lugar después y no antes de la guerra, como podríamos pensar a priori. En efecto, si el objetivo de las concesiones es movilizar a la población para que preste su colaboración en el esfuerzo bélico, lo esperable es que las élites concedan derechos primero y, a cambio, la población se movilice después. Los autores, sin embargo, se desmarcan de esta intuición para ajustar su argumento a la realidad de las extensiones post-bélicas. Asumen que las instituciones no pueden cambiarse cuando los conflictos bélicos están en marcha, quedando las élites incapacitadas para implementar sus reformas instantáneamente. En este escenario, las élites piden a la población que contribuya por adelantado al conflicto bélico bajo la promesa de que al final del mismo ésta recibirá su preciado botín en forma de derechos. La pregunta crucial es: ¿por qué motivo, en base a qué mecanismo, habrían de respetar las élites sus promesas al final de la guerra? La respuesta de Ticchi y Vindigni alude a la necesidad que tienen las élites de mantener su reputación, su credibilidad, de cara a futuras guerras: si no respetan sus promesas, cuando tenga lugar otra guerra no podrán volver a contar ni con la confianza de la población ni, por consiguiente, con su esfuerzo. Esta explicación resulta insatisfactoria en al menos dos sentidos. Primero, la

probabilidad de que unas mismas élites afronten una nueva guerra de masas habría de ser lo suficientemente alta como para compensar el precio de su lealtad a las cesiones políticas prometidas. No hay motivos para mantener una reputación que no va a ser utilizada en el futuro, bien porque las élites sean otras, bien porque no haya conflictos antes de que la memoria popular borre el recuerdo de su defección. Todo ello, claro está, suponiendo no sólo que la probabilidad de que unas mismas élites afronten una nueva guerra de masas sea alta, sino que las élites sean capaces de anticiparla en el contexto posbélico particular en el que se encuentran. Segundo, y más importante, el mecanismo de la concesión basado en la reputación obvia todo efecto que las guerras pudieran tener en el conflicto social subyacente, considerándose que la situación de la población a la que se realiza la promesa antes o durante la guerra – en lo relativo a sus preferencias y a su poder de negociación – es la misma que la de la población ante la que hipotéticamente se respeta esa promesa al final del conflicto. Tanto la primera como la segunda son objeciones difícilmente superables, lo que pone en duda que los derechos reconocidos al final de las guerras sean un resultado, al menos exclusivo, del interés egoísta de las élites por respetar sus promesas.

Esto nos lleva de nuevo a circunscribir la hipótesis de la concesión a los momentos anteriores a la guerra, cuando no se ha puesto todavía en juego ninguna dinámica interna de fortalecimiento de los trabajadores. Así, de ocurrir un avance democrático antes de la guerra, éste habría de ser achacado única y exclusivamente al mecanismo que busca la colaboración de los trabajadores en el esfuerzo bélico. Así lo entendió Przeworski cuando operacionalizó esta hipótesis en su artículo (2009), mostrando su escepticismo ante las explicaciones contenidas en una versión previa (Ticchi y Vindigni, 2006) del *working paper* que aquí discutimos (Ticchi y Vindigni, 2008). En esta última versión, la justificación para que las concesiones producidas por este mecanismo tengan lugar al final de la guerra sigue, no obstante, generándonos desconfianza. Máxime cuando obvia por completo la dinámica interna a la que nos hemos referido.

Ha de quedar claro que lo dicho no niega la existencia de promesas de reforma política y social por parte de las élites durante la guerra, ni su efecto en una población con grados variables de confianza en dichas proclamas. Muy al contrario, consideramos de gran importancia e interés las apelaciones de los líderes a la población civil y militar. Éstas, más allá de insuflar ánimo al conjunto del país, son susceptibles de comprender efectivamente una serie de promesas políticas y sociales destinadas a conseguir la

colaboración de las masas en el esfuerzo bélico. La predisposición a actuar del conjunto de la población es demasiado valiosa como para no excitarla (Andreski, 1968: 27):

La resistencia pasiva de las masas es el mayor de los peligros para la clase dirigente cuando el estado está luchando para sobrevivir. En tales momentos, si la cooperación voluntaria de las masas es militarmente esencial, debe de hacerse un esfuerzo para ganárselas, para convencerlas de que están luchando por ellas mismas. Y los dirigentes que tienen que convencer a las masas de esto deben terminar convenciéndose ellos mismos de que su tarea es servir y defender al Pueblo. Por estas razones, las circunstancias técnicas y militares, que hacen que la cooperación de las masas sea más o menos esencial en el esfuerzo bélico, son el más poderoso entre los factores que determinan la extensión de las desigualdades sociales.

Tampoco negamos la existencia, incluso, de un pacto más o menos explícito entre las élites y los ciudadanos durante las grandes guerras, materializado de diversas formas y con diferentes plazos de ejecución, que se plasmara en las declaraciones públicas (Mann, 1988: 158):

La gente se sacrificó pero no por nada. Se llegó a un acuerdo bastante explícito: al final de la guerra [Primera Guerra Mundial] habría una extensión del sufragio (quizá incluyendo a las mujeres) y reformas de la política de bienestar. El primer pago ya había sido realizado: pleno empleo y mayores derechos sindicales. La entrada de la clase trabajadora, y de las mujeres, en la ciudadanía fue acelerada por el estado de guerra con movilización de las masas. Esto ya había ocurrido en el Norte durante la Guerra Civil Americana; iba a ocurrir de nuevo en Europa en la Segunda Guerra Mundial.

Ahora bien, si las promesas bélicas se aseguran tras la guerra no es ni por la gratitud desinteresada de las élites ni por la necesidad racional de mantener su credibilidad ante las promesas realizadas: es porque algo ha ocurrido en la distribución de poder entre las clases durante la guerra. Una vez realizadas las promesas, el respeto a las mismas viene dado por el incremento que la guerra produce en los costes de violarlas. Así, respetar las promesas realizadas durante la guerra en un contexto de creciente amenaza revolucionaria no es otra cosa que ilustrar el tercer axioma de Dahl (1989: 24), según el cual: ‘En la medida en que el precio de la supresión exceda al precio de la tolerancia, mayores son las oportunidades de que se dé un régimen competitivo’. En efecto, responder a la pregunta de por qué las élites respetan sus promesas es, al igual que en cualquier contexto de democratización, plantearse ‘¿por qué se sienten “constreñidas” a aceptar o incluso promover esa transformación?’ (Morlino, 1996: 96-97, 2009: 161). Esta constricción es antes que nada, así lo

entendemos, una ‘coacción revolucionaria’ – *‘the revolution constraint’* (Acemoglu y Robinson, 2007: 120-123) – originada en el renovado poder político de facto que las clases bajas experimentan durante los grandes conflictos militares interestatales.

En contraste, los avances democráticos acaecidos en los albores de las guerras de masas sólo han de ser entendidos, en ausencia de otros factores no bélicos, en tanto que recursos para conseguir la cooperación de las masas en la guerra, esto es, como concesiones estratégicas de las élites. Cuando un país se está preparando para un conflicto a gran escala, o cuando observa que su vecino lo está haciendo, puede poner en práctica el mecanismo en cuestión como acicate para el reclutamiento y la intensificación de la producción fabril. Ahora bien, si en algún momento las promesas de derechos que con objetivos de movilización se realizan durante las guerras son respetadas o materializadas al final o incluso durante las mismas, la explicación ha de discurrir por los cauces ya expuestos de la presión de las clases bajas, a las cuales la activación del conflicto de masas las reviste de un nuevo poder. Aquí se encuentra, resumiendo, la que a nuestro entender es la gran carencia del modelo de teoría de juegos desarrollado por Ticchi y Vindigni (2008) para explicar el efecto democratizador de las guerras: la ausencia de un parámetro que refleje la intensidad de la amenaza revolucionaria de las clases bajas sobre sus dirigentes, intensificada con el estallido y desarrollo de las guerras de masas.

Finalmente, y aparte de la extracción del esfuerzo bélico de la población, se nos ocurre que las élites podrían estar dispuestas a pilotar transiciones democráticas antes de las grandes guerras si el nuevo régimen político presentara ventajas frente a la vieja dictadura a la hora de conseguir el triunfo final. Hay quienes han argumentado ampliamente que las democracias ganan guerras con mayor facilidad que sus adversarios autoritarios. Los motivos de esta afirmación son, no obstante, contradictorios. Michael Mann (1988: 205-208) asegura que las democracias no son más efectivas en el campo de batalla que los regímenes autoritarios, pero que sí consiguen atraerse más aliados y esto les otorga ventaja en la guerra. Por su parte, Dan Reiter y Allan C. Stam (2002) encuentran evidencia empírica que desacredita razonamientos de ese tipo, haciendo descansar la ventaja de las democracias en dos aspectos. Por un lado, los mecanismos de control sobre los gobiernos que los empujan a librar únicamente guerras con opción de victoria y, por otro lado, los valores individualistas democráticos que incrementan las virtudes militares de los soldados animando su iniciativa individual ante los imprevistos en el campo de batalla.

Tanto en el caso de Mann como en el de Reiter y Stam, si las democracias ganan guerras lo hacen debido a procesos que no son inmediatos y que, por tanto, no pueden aparecer mágicamente al rescate de un régimen que se halle al borde de librar una guerra. Además, en la medida que estos autores hablan de democratizaciones completas y no de avances hacia la democracia, es ilógico – por muy improbable – que partiendo de una situación oligárquica las élites se inmolen voluntariamente en un *hara-kiri* político. Las contrastadas destrezas bélicas de las democracias quedan, por tanto, clausuradas como un nuevo mecanismo hipotético de concesión de derechos por parte de las élites.

La imposición militar extranjera de la democracia

Dejando a un lado las dinámicas internas, provengan éstas de los trabajadores o de las élites, existe la posibilidad de que los vientos democráticos soplen desde el exterior del país en cuestión. Aunque la influencia internacional está siempre presente, es en los escenarios posbélicos de los países derrotados donde encuentra un terreno especialmente propicio para desenvolverse. La destrucción de la guerra alcanza no sólo a las vidas humanas y a los bienes materiales sino también a las instituciones políticas de los países perdedores, y es entonces cuando las potencias vencedoras ven el camino allanado para penetrar en ellas y modificarlas, tal vez en una dirección democrática. El mecanismo de democratización consiste aquí en la simple y directa imposición extranjera, que se aprovecha de la victoria bélica y utiliza canales tanto militares como diplomáticos para sus propósitos. Han sido muchos los investigadores – la lista es interminable – que han aludido a esta vía. De hecho, la imposición extranjera fue la primera y única forma bajo la cual la guerra apareció en los grandes estudios de las democratizaciones, como ya vimos (Whitehead, 1988; Dahl, 1989; Huntington, 1994). Es por esto que merece la pena explorarla a fondo para ver de qué forma puede competirle la explicación de la realidad al argumento principal de este estudio.

El marco temporal que manejamos parece ser, además, especialmente favorable a las interpretaciones ligadas a la imposición militar extranjera, al menos en algunos casos de democratización. Para Dahl (1989: 48-49) la conquista militar fue la responsable de la instauración de poliarquías en Austria, Alemania Federal, Italia y Japón tras la Segunda Guerra Mundial. Whitehead (1988: 16) reproduce esta observación – sin más cuestionamiento – cuando trata de recuperar la importancia de los

factores internacionales en las democratizaciones. Pero, más allá de los casos mencionados, será Huntington (1994) quien dote de un gran protagonismo a esta hipótesis en su esquema de olas de democratización. Al final de la primera ola, que se extiende desde 1828 hasta 1926, es la victoria aliada en la Primera Guerra Mundial la que propaga la democracia en los terrenos de los derrotados – y extintos – imperios centrales. Por su parte, la segunda ola, de 1943 a 1962, bebe principalmente de la ocupación aliada tras la Segunda Guerra Mundial. Huntington se centró, sin embargo, en el estudio de la tercera ola, que recorrió el sur de Europa y América Latina desde los años setenta, dejando a un lado el tratamiento exhaustivo de las olas que nos interesan. En cualquier caso, sus apreciaciones fueron suficientes para adjudicarle a la conquista militar un papel preponderante en la historia de las democratizaciones de buena parte del siglo XX.

Pero, ¿cómo de autónoma es esta fuente de democracia respecto al resto? O, dicho de otra forma, ¿agota la conquista militar el cien por cien de la explicación en los casos por ella aludidos? Las incursiones que los estudios de democracia señalados realizaron en el campo bélico parecían entender la conquista militar como una causa no sólo autónoma sino excluyente respecto a otros canales de democratización: en unas ocasiones la democracia era impuesta desde el exterior, militar o diplomáticamente, y en otras conseguida desde el interior de las sociedades. Sin embargo, en la medida que la guerra comenzó a ser observada en sus posibilidades democratizadoras desde otros ángulos, esta vez internos, el análisis se enriqueció. Para referirse a los mismos casos anteriormente expuestos, a las mismas guerras, Markoff (1999) recogió la existencia de mecanismos tanto internos como externos. Del lado interno, la Primera Guerra Mundial extendió el sufragio en varios países beligerantes (Gran Bretaña, Canadá, Estados Unidos y Alemania) como reconocimiento al esfuerzo bélico de los trabajadores – también de las mujeres – y por el miedo a una revolución social (1999: 130-135). Del lado externo, la Segunda Guerra Mundial otorgó oportunidades a los vencedores para reconfigurar el mundo, iniciando una imponente ola de democratizaciones llevadas a cabo por Estados Unidos y sus aliados (1999: 122-124). En ambos casos se dio además un factor modelo que alcanzó a países no beligerantes, ya que ‘desde la década de 1790, cada avance democrático – especialmente, en un país rico y poderoso – suponía un modelo para los poderosos de cualquier otro lugar’ (1999: 135). Pero el autor no llegó a amalgamar claramente las dinámicas internas y externas más que en la Alemania de la Primera Guerra Mundial, caracterizada en el libro en su doble condición de imperio

perdedor y de escenario revolucionario de origen bélico. Aún así, la reunión general de ambos aspectos quedó resumida en la siguiente sentencia: ‘La guerra no sólo concedió a los movimientos una oportunidad favorable de presionar a las élites, sino que las consecuencias de la misma legaron a los vencedores nuevas oportunidades de reconfigurar el mundo’ (1999: 127).

Hacia donde apuntamos es a la confluencia simultánea de los dos mecanismos en un mismo país y momento, defendiendo que la dinámica interna es importante – puede que determinante – incluso en los casos de aparente imposición militar extranjera. Postulamos que la existencia de un empuje exterior democrático sobre las potencias derrotadas no anula el hecho de que las guerras de masas refuerzan la posición de poder de los oprimidos, también en los países perdedores. La persistencia de factores internos asoma, con mayor o menor timidez, en la literatura. El propio Dahl, que como apuntábamos defendió la existencia de democratizaciones ‘por derrota militar’ (1989: 48-49), había matizado al respecto (1989: 44-45):

Qué duda cabe de que en Italia, Alemania y Japón, la hegemonía actuante fue derrocada por las conquistas militares de la Segunda Guerra Mundial y sus regímenes reemplazados por una poliarquía representativa, pero todos estos casos encierran una gran dosis de ambigüedad pues en los tres países, y antes de que la dictadura tomara el poder, se venía realizando la transición hacia métodos de política competitiva y algunas de las viejas tradiciones de ésta reaparecieron tras la destrucción de la dictadura.

Aunque se afirma que el derrocamiento del régimen y la implantación de la democracia – poliarquía representativa, en el lenguaje del autor – vinieron desde afuera, hay un reconocimiento explícito de que ya existían tendencias democráticas – competitivas, en el lenguaje del autor – previas. De ahí la ambigüedad a la hora de aclarar si, una vez finalizada la guerra, la democracia fue transplantada sin más desde afuera o si floreció desde dentro o, al menos, si encontró tierra fértil para echar raíces. Therborn (1978), consciente de que a la democracia se puede llegar no sólo por desarrollo interno o por derrota militar, sino también por las exigencias o efectos de la movilización nacional en las guerras de masas, fue más enérgico ya que vinculó todos estos caminos democráticos con la fuerza de la clase trabajadora. De hecho, los supeditó a ella en una relación de subordinación (1978: 28):

Finalmente, debería recalcar que por debajo de todos estos modelos se encontraba una fuerza común y constante: la clase trabajadora. En cierto sentido, se podría decir que los diferentes modelos expresan los

diferentes aliados necesarios para el éxito de la lucha de la clase trabajadora por la democracia.

La imposición militar extranjera, lejos de ser una fuerza autónoma, habría de entenderse en su apoyo al movimiento obrero interno. Éste encontraría en ‘los ejércitos victoriosos de estados burgueses extranjeros’ (1978: 34) un aliado importante para respaldar sus presiones democráticas. Esas presiones, que ya no serían exclusivamente externas, continuarían moviéndose así bajo el esquema del conflicto de clases. Un conflicto de clases en el que la guerra de masas incide internamente, con independencia del resultado bélico, reequilibrando la distribución de poder a favor de los trabajadores.

Tilly comparte y amplía esta visión poliédrica de los efectos bélicos sobre la democratización, apoyando lo determinante de las dinámicas internas frente a la hipotética suficiencia de la imposición militar extranjera. En su enumeración de efectos bélicos – que incluye el papel interno de la guerra reforzando las demandas de los movilizados y facilitando compensaciones a su labor – indica que perder la guerra promueve la democracia a partir de una mezcla de derrota militar, de descrédito de las autoridades en el poder y de ocupación extranjera (Tilly, 2004: 237). La veta exterior queda identificada al mismo nivel que otro tipo de efectos bélicos sobre la democracia, e incluye además el descrédito de las élites – el test de las instituciones existentes (Marwick, 1974) – como consecuencia de la guerra en los países perdedores, el cual admite una interpretación adicional de la derrota en clave de política interior. Pero, yendo todavía más allá, en otro de sus libros el autor situará en la base de las democratizaciones, por mucho que éstas sean promovidas desde el exterior, la ‘lucha entre ciudadano y estado’. Así, en las teorías que ven la democracia como consecuencia de un pacto entre estados,... (Tilly, 2010: 43):

... la ciudadanía en general únicamente desempeña un papel marginal en el moldeado de la política democrática. Una visión así subyace bajo la política de exportación de la democracia de los Estados Unidos o la Unión Europea al proponer tratos atractivos a los líderes nacionales – o, para el caso, por medio de la coerción a líderes para que adopten instituciones democráticas –. En sentido contrario, las explicaciones de este libro acerca de la democratización (al igual que sobre la desdemocratización) se centran en las luchas entre ciudadano y Estado. Incluso conquistando militarmente el poder, a la manera de los Aliados en Japón y Alemania tras la Segunda Guerra Mundial, se ha de negociar ampliamente para crear un nuevo régimen democrático allí donde han gobernado anteriores regímenes autoritarios.

Rueschemeyer, Stephens y Stephens se expresan en el mismo sentido (1992: 70-71):

Nosotros, por supuesto, no negamos que la imposición extranjera – tanto en colonias como en países derrotados – puede tener algún efecto e incluso constituir una huella perdurable. Pero el resultado es inevitablemente modelado, especialmente en el largo plazo, por la estructura interna de poder, por las relaciones de poder entre las clases y por la articulación de la estructura estatal con los modelos de poder económico y social en la sociedad.

Nuevamente se matiza la imposición militar extranjera de la democracia, remarcándose la necesidad de reparar en la dinámica interna de conflicto que está en la base de dicha transformación política.

Antes de avanzar, debemos detenernos un momento a cuestionar la dirección política de la influencia exterior: ¿por qué asumir que la imposición militar extranjera, ejercida por los países vencedores sobre los vencidos, ha de ser en pos de la democracia? Los estados internamente democráticos no tienen por qué ser adalides internacionales de la democracia, ni ante la oportunidad que les brinde una victoria militar ni en tiempo de paz. De hecho, y como ejemplo, es bien conocida la historia de la política internacional de Estados Unidos, especialmente para con América Latina, después de 1945. Con el objetivo de esquivar la inestabilidad política allí donde ésta amenazaba la expansión de su influencia internacional, los Estados Unidos ‘extendieron el significado del término “democracia” de modo tal de abarcar con él una extraordinaria variedad de regímenes represivos pero amigables’ (Whitehead, 1988: 69). El papel de los Estados Unidos en América Latina fue ‘ambiguo’ al menos hasta mediados de los años setenta (Markoff, 1999: 138-140): se podría decir que democrático en el discurso y antidemocrático en la práctica. Esta imagen, un lugar compartido para la ciencia social, respalda la idea de que ‘en el mejor de los casos la “promoción de la democracia” no será nunca otra cosa que uno de varios objetivos de política exterior, que rivaliza con los demás’ (Whitehead, 1988: 75). En el peor de los casos, deducimos, la democracia no contará ni siquiera entre esos objetivos. Por tanto, no existe ninguna dirección *natural* que haya de tomar la política exterior, ni siquiera la orquestada por países democráticos.

Tanto el signo a priori indefinido – positivo o negativo – de la imposición militar extranjera como su solapamiento con, tal vez subyugación a, factores internos, hacen difícil ponderar la relevancia o irrelevancia de esta hipótesis y del mecanismo asociado a ella – la simple imposición exterior – en los procesos democratizadores. La solución a

este problema analítico, de existir, no es sencilla. Rustow, en su trabajo sobre democratizaciones, directamente dejó a un lado los casos según él dominados por la influencia exterior, apoyando la parcelación científica entre la política comparada, para los factores interiores, y las relaciones internacionales, para los exteriores (Rustow, 1970: 348). En el análisis del resquebrajamiento de los regímenes autoritarios, Przeworski cuenta las presiones externas entre sus posibles causas, pero inmediatamente las excluye de toda consideración, asegurando sucinta pero ilustrativamente: ‘no creo que el efecto de las presiones externas pueda evaluarse sin ambivalencias’ (Przeworski, 1988: 84). Para los casos particulares de conquista militar, y sin llegar a justificar la completa omisión, podemos decir sin miedo a equivocarnos que lo externo es, por su ‘ambivalencia’ e impacto, un argumento susceptible de confundir y eclipsar el estudio de lo interno. Lógicamente, la competición explicativa entre los dos grupos de factores no existe en ausencia de conquista militar, lo cual concede un especial interés a la observación de los países vencedores, en tanto que ejemplos de las transformaciones internas que durante la guerra podrían haber sucedido en otros lugares. En esta línea, Marwick ensalzó a Gran Bretaña como modelo de referencia en el estudio de la relación entre guerra y cambio social porque no fue invadida y, por tanto, ni la derrota ni la ocupación ocultaron en ella los efectos más sutiles de las guerras (Marwick, 1974: x).

Llegado este punto, y en consonancia con lo expresado hasta ahora, es preceptivo aclarar qué tratamiento empírico va a merecer en el presente estudio la hipótesis de la imposición militar extranjera de la democracia. Ésta, de corroborarse, aludiría a avances democráticos acaecidos, obviamente, después de las guerras interestatales, si determinados países hubieran quedado facultados para ejercer su influencia sobre los vencidos. En este sentido, hay una coincidencia temporal con el momento *preferido*⁹⁰ por nuestra hipótesis principal, el fortalecimiento de las clases oprimidas durante la guerra, para generar avances democráticos: el periodo posbélico. Ahora bien, la imposición exterior sólo es una posibilidad explicativa para los países derrotados en la guerra, fruto de su fracaso bélico y de su consiguiente exposición a la influencia exterior. Por lo tanto, mientras los avances democráticos posbélicos acaecidos en los países vencedores responderían a nuestro argumento principal, los avances que tengan lugar en potencias derrotadas podrían responder, a priori, tanto a

⁹⁰ No llegamos a descartar del todo que los avances democráticos fruto de nuestro argumento principal tuvieran lugar durante el propio transcurso de la guerra. Sin embargo, redujimos la relevancia de esta posibilidad debido a las restricciones de derechos, de carácter excepcional, que suelen producirse durante las guerras.

nuestro argumento principal como a la imposición militar extranjera. Es en este caso donde ambas hipótesis competirían por la explicación de los avances democráticos, donde cabría preguntarse si la imposición militar extranjera añadió realmente algo a la dinámica interna, si fue determinante en el resultado político. La respuesta última a esta complicada cuestión se encuentra en la historia particular de cada país, y siempre tamizada por las consideraciones que hemos realizado respecto a la ambigüedad en la dirección y relevancia de la presión militar externa. Sin suprimir la imposición militar del análisis, sospechamos que cuando los vencedores favorecieron la democracia tras las guerras de masas era porque carecían de margen para favorecer ‘otra cosa’, la cual habría sido rechazada en base al renovado poder de origen bélico tanto de los ciudadanos del país derrotado como, quizá, del vencedor. En otras palabras, familiares para este estudio, si las élites victoriosas obraron así internacionalmente es probable que fuera, en gran medida, por el mismo motivo que las élites nacionales hicieron lo propio internamente: la amenaza, incrementada durante la guerra, de los oprimidos.

La construcción nacional a través de la guerra

Aunque los procesos de construcción nacional fomentados por las guerras de masas sean una cuestión relativamente incómoda para una concepción interna y conflictiva del cambio político, no queremos eludir su hipotética contribución a la democracia. La literatura científica ha sido prolija al situar a la guerra, a las necesidades bélicas, como causa de la aparición y desarrollo históricos del estado moderno (Weber, 1946, 1964; Mann, 1988; Rasler y Thompson, 1989; Tilly, 1990; Kestnbaum y Skocpol, 1993). Pero más allá del origen *material* del mismo, la guerra puede vincularse con procesos *inmateriales* de construcción nacional, esto es, con el nacionalismo proyectado desde el estado y que completa el binomio estado-nación. Éste alude, lejos de las definiciones esencialistas basadas en el determinismo étnico, a cuestiones simbólicas. La nación es ‘una comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana’ (Anderson, 2007: 23), ‘cualquier conjunto de personas suficientemente nutrido cuyos miembros consideren que pertenecen a una “nación” ’ (Hobsbawm, 1991: 17), construida bien sobre elementos culturales, bien desde el puro voluntarismo (Gellner, 1988: 20). El sentimiento nacionalista, aunque intangible, es fomentado siempre de forma interesada (Gellner, 1988; Hobsbawm, 1991; Anderson, 2007), en nuestro caso por los estados en tiempo de guerra.

Pero, ¿cómo se relacionan los procesos bélicos de construcción nacional, de construcción de ese sentimiento nacional, con la democracia? En la medida que dichos procesos proporcionaron ideas, modelos y discursos en pos de la igualación de los sujetos más allá de las clases sociales, a favor de una lucha al unísono para la defensa del país, la situación pudo favorecer proclamas democráticas – o, al menos, igualitaristas – en torno a las guerras. Esta estribación, perteneciente al terreno de las ideas y al margen del equilibrio material de poder entre las clases, será ubicada dentro de nuestro marco analítico no como una causa propiamente dicha de los avances democráticos, sino como un correlato ideológico de las guerras que los favorecen.

En las guerras de masas los gobiernos utilizan la exaltación del nacionalismo para conseguir y mantener la movilización de la población, a sabiendas de que el sentimiento de unidad que éste proporciona es muy valioso. Como bien decía Clausewitz,... (1972: 265)

... el corazón y los sentimientos de una nación pueden ser factor importante en su total fuerza política y militar, y, puesto que los gobiernos han descubierto todas estas ayudas adicionales, no habrá de esperarse que en las guerras futuras no las utilicen.

Clausewitz se refería a las Guerras Napoleónicas, pero la apoteosis en la exaltación del nacionalismo vendría después, ya en el siglo XX, con las guerras mundiales. Respecto a la Primera Guerra Mundial, Verstringe (1979: 269) aseguró con energía que ésta supuso el '*triunfo del nacionalismo*⁹¹' fruto de un 'llamamiento en defensa de la Nación' al que todos acudieron, y que dejó su huella nacionalista también después de la guerra, como se observa en el Tratado de Versalles. Las élites utilizaban las soflamas nacionalistas para reunir a la población detrás de un país que, en el tiempo de paz, no tenía por qué haber sido un lugar especialmente acogedor para las clases bajas, discriminadas política y socialmente en diversos grados. El sentimiento de unidad era también un sentimiento de igualdad en la medida que se llamaba a defender una nación a la que, se decía, todos pertenecían. Esto podía resultar – objetivamente lo era – disonante con la experiencia diaria de las clases oprimidas en tiempos de paz, lo cual requería de una construcción consciente del sentimiento nacional desde las élites, de magnitud proporcional al esfuerzo exigido a la población y de carácter vital para el éxito bélico.

Pero las guerras de masas, por sí solas, también sembraban las semillas del nacionalismo 'desde abajo'. En su tesis doctoral, Lawson defiende que durante la

⁹¹ Cursivas del original.

Primera Guerra Mundial el nacionalismo se encarnó en la experiencia de la población por los canales del sufrimiento compartido (2000: 28):

Sin duda, fue lógicamente necesaria una conciencia nacional moderna y se requirieron los medios técnicos señalados y las condiciones materiales por las cuales una comunidad nacional podría ser construida, imaginada y recordada. En particular, el ascenso de una conciencia nacional de masas fue posible probablemente por el capitalismo de mercado, los medios de comunicación modernos y los sistemas educativos estandarizados. *Estos factores por sí mismos, sin embargo, no explican adecuadamente la manera en la cual se experimenta el nacionalismo de masas, es decir, como un fenómeno emocional*⁹². Si esta explicación es correcta, las guerras modernas de movilización de masas – guerras que incrementan enormemente el alcance de las penurias físicas, materiales y emocionales experimentadas en todos los niveles de la sociedad – sirvieron para apuntalar la base emocional del nacionalismo en una nueva y vasta escala.

Los conflictos bélicos facilitaron, con su alcance generalizado, un nacionalismo imbricado en la experiencia emocional tanto de los soldados como del conjunto de la población. Todos eran más receptivos a la idea nacionalista en la medida que los sufrimientos compartidos acentuaban el sentimiento de igualdad y de pertenencia a una misma nación, lo cual servía a su vez de asiento a los encendidos discursos pronunciados por las élites. De estas dos formas, ‘desde arriba’ y ‘desde abajo’, el nacionalismo creció en las grandes guerras⁹³.

A la democracia le interesa, en particular, la versión patriótica de ese sentimiento de pertenencia a un colectivo. El patriotismo toma como referencia el marco estatal existente para exaltar la afiliación de los sujetos a la comunidad política que los incluye y en donde desarrollan su ciudadanía. La exaltación se realiza, por tanto, ligada estrictamente al vínculo ciudadano, que se torna discursivamente más igualitario – y, por ende, democrático – cuanto mayor es la amplitud social de los llamamientos a la defensa del país. Hobsbawm señala el carácter estatal y democrático del patriotismo cuando asegura que ‘la idea original, revolucionario-popular del patriotismo, se basaba en el estado en lugar de ser nacionalista, toda vez que estaba relacionada con el pueblo soberano mismo, es decir, con el estado que ejercía el poder en su nombre’ (Hobsbawm, 1991: 95-96). Se trata de una idea especialmente vinculada a la Revolución Francesa y – como indica el autor – próxima al concepto de ‘religión cívica’ de Rousseau: la

⁹² Cursivas del original.

⁹³ Sobre el impacto no ya de la guerra en el nacionalismo sino del nacionalismo en el riesgo de guerra, es recomendable consultar la mirada hacia el futuro de Stephen Van Evera (1994).

argamasa colocada por el estado para mantener a la comunidad unida. El patriotismo, esa apelación a la comunidad política de ciudadanos libres dentro de un mismo estado, es en cierto sentido similar al nacionalismo voluntarista, donde los sujetos ‘llegan a ser una nación si y cuando los miembros de la categoría se reconocen mutua y firmemente ciertos deberes y derechos en virtud de su común calidad de miembros’ (Gellner, 1988: 20). De hecho, es probable que en último término sea difícil distinguir ambos conceptos, debido a su rechazo compartido de cualquier tipo de esencialidad y a su apuesta conjunta por el contractualismo frente al determinismo cultural, o incluso biológico, en la formación del colectivo. En cualquier caso es frecuente, aunque no obligatorio, encontrar cierta dosis de patriotismo en todo discurso nacionalista cuando se exige a los ciudadanos que se movilicen en defensa de un estado-nación. Es en esos momentos cuando al estado le conviene que todos sus habitantes, sin distinción étnica ni de otro tipo, sean una misma ‘patria’ y una misma ‘nación’ para luchar contra el enemigo. Lo cual, y éste es el punto nodal, será la plataforma discursiva de éstos para reclamar posteriormente igualdad de derechos.

Hablar de patriotismo en contextos bélicos es hablar del ideal de ciudadano-soldado. La definición militar de la ciudadanía, que hunde sus raíces en el mundo clásico de Grecia y Roma, es traída a la modernidad en su versión democrática tanto por la Guerra de Independencia de los Estados Unidos (1775-1783) como por la Revolución Francesa (1789). Dichos sucesos históricos implicaron la total movilización nacional para la guerra, de tal forma que ‘el servicio militar se convirtió en un distintivo de ciudadanía, y la ciudadanía en un distintivo de democracia política’ (Janowitz, 1978: 179). Este ideal democrático del ciudadano-soldado, ligado a la participación militar del conjunto de la población, tuvo oportunidades para desenvolverse en la época de las guerras y los ejércitos de masas, nuestra época de estudio. El declive de los mismos, con el consiguiente declive del servicio militar obligatorio y de la igualdad en el reclutamiento, comprometió necesariamente el ideal, ya que previamente ‘la legitimidad del ciudadano-soldado fue acrecentada por el hecho de que, en términos generales, el ejército era un corte transversal del conjunto de la sociedad’ (Janowitz, 1978: 213). Así, fueron las guerras de masas, donde participaba la sociedad entera, el caldo de cultivo para que el ideal del ciudadano-soldado progresara como demanda de democracia, dotando de un contenido efectivo a los llamamientos patrióticos.

Quienes hacen hincapié en la importancia de este género de elementos –la ideología y los discursos – en el devenir histórico, a menudo acentúan su preeminencia

por encima de los factores materiales en la explicación del cambio social. En este caso, la existencia de un modelo de ciudadano-soldado habría sido determinante para articular la vinculación entre ejércitos de masas y expansión de la democracia, hasta el punto de que ‘sin esta dirección ideológica a favor de la democracia [las revoluciones francesa y estadounidense], los efectos políticos del ejército de masas habrían sido discutibles’ (Burk, 2006: 128). Nosotros no diríamos tanto o, al menos, no de ese modo. Obviamente, es importante que existan discursos y modelos ideológicos que medien entre las condiciones materiales y que las doten de sentido, pero estamos bastante seguros de que tanto la aparición como el triunfo de unos u otros discursos están ligados a las propias condiciones materiales a las que se refieren, en las que emergen y que les dotan de mayor o menor relevancia social. Si tenemos que elegir, es la realidad la que administra las ideas, y no al revés. Se comparta o no esta postura, lo cierto es que la población, cuando fue llamada a la movilización bélica, contaba con un modelo discursivo disponible, más o menos explícito y arraigado, de ciudadanía militar, que triunfaría o fracasaría en cada país y momento histórico en función de otras cuestiones relativas al estado general del conflicto social. Esto último es lo que explica, en nuestra opinión más que el mero discurso, el tratamiento diferencial – cuando lo hubo – de las minorías étnicas tras las grandes guerras en las que participaron⁹⁴.

Si nos interesa el discurso nacionalista-patriótico es por su carácter justificativo de la extensión igualitaria de las obligaciones ciudadanas, a partir de las cuales se reclamarán derechos. Como señala Robert K. Fullinwider, en alusión a Janowitz (1983: 189), ‘lo que el servicio militar nacional parece enseñar no es ésta o esa obligación, sino que *hay*⁹⁵ obligaciones’ (Fullinwider, 1988: 275). Nosotros añadiríamos que en las grandes guerras enseña, con mayor crudeza, que esas obligaciones atañen al conjunto de

⁹⁴ Ronald R. Krebs (2006) observa que los negros consiguieron sus derechos de ciudadanía en Estados Unidos en la Guerra Fría, no habiéndolos obtenido antes a pesar de su participación en las guerras mundiales. El autor atribuye este desfase a la inexistencia en esos momentos posbélicos de un marco discursivo proclive a conceder derechos a los negros, en el cual la retórica del sacrificio de este colectivo hubiera hecho fortuna. Valorando este análisis, nosotros aludiríamos a cuestiones como la organización colectiva de los negros tras las guerras, sus aliados y su situación de partida para explicar el mencionado desfase. Porque parece claro que si los excluidos, ya sean éstos trabajadores, trabajadoras o minorías étnicas, están dispuestos a servir en el ejército, es por su interés en conseguir mejoras en sus derechos ciudadanos (Levi, 1997: 126). Cabe señalar que los negros, a pesar de ser una minoría castigada, sí obtuvieron algún tipo de avance a partir de su participación militar, por ejemplo, en las colonias de la Revolución Francesa – abolición de la esclavitud mediante el decreto de 4 de febrero de 1794 – y en la Guerra de Independencia de Estados Unidos – paradójicamente, libertad para los negros que lucharon y esclavos negros para los blancos que colaboraron (Canfora, 2004: 50-54).

⁹⁵ Cursivas del original.

la población. En la traducción, bajo demanda ciudadana, de este principio de igualdad en el reclutamiento como igualdad política es donde avanza la democracia. Porque si todos luchan por la patria, la patria habrá de pertenecerles a todos.

Levi (1997) recaló en este mismo principio de igualdad, de reciprocidad en las normas, para responder a una pregunta temporalmente previa a la nuestra: ¿por qué los sujetos dan su consentimiento para ser reclutados como conscriptos, esto es, para ser incorporados obligatoriamente al ejército? Lo primero es que se establezca una igualdad en su sacrificio, esto es, que no exista ningún tipo de mecanismo a partir del cual los ricos obtengan exenciones para servir en el ejército. Como esta reciprocidad en las normas no implica necesariamente la democracia política, ya que puede precederla, la teoría de la autora diferencia ambos elementos. De esta manera, cuanto más democrático es un régimen – cuanto más extendido está el sufragio – y más universalistas son sus leyes, mayor es la probabilidad de que los ciudadanos estén conformes con los llamamientos a la conscripción universal. Como vemos, su planteamiento hace que los problemas de la reciprocidad en las normas y de la igualdad política estén en el origen, en la motivación, y no en las consecuencias del reclutamiento obligatorio.

En último término, se trata de un objeto de estudio diferente al nuestro. Ella observa la conscripción universal y nosotros las guerras de masas en su conjunto, ella las condiciones para que los sujetos den su consentimiento a ser reclutados y nosotros las consecuencias que genera el reclutamiento y la movilización a todos los niveles. Sin embargo, podemos acoplar ambos argumentos en una misma línea temporal, de tal forma que cierto nivel de reciprocidad en las normas o, incluso, de democracia antes de las guerras facilite la movilización sin resistencias de la población, y que después sea la presión de los movilizados la que incremente dichos niveles nuevamente. De darse importantes carencias de reciprocidad y democracia en un país antes de la guerra, las promesas de derechos serían un recurso de reclutamiento todavía más atractivo y necesario para las élites. Del cumplimiento efectivo de dichas promesas ya se encargaría una población reforzada tras la guerra. Esta opción la recoge implícitamente Levi cuando menciona la *Military Service Amendment Bill* de 1918 donde, a pesar de las penurias que pasaban los irlandeses, se establecía su conscripción para el ejército de Reino Unido sin contraprestaciones presentes pero envuelta en un discurso que prometía – aunque la promesa no despertara mucha confianza – una futura *home rule* para Irlanda (Levi, 1997: 113-115). Aun sin ningún tipo de reciprocidad ni de democracia antes de la

guerra, tampoco de promesa, una vida especialmente dura es capaz de hacer que el reclutamiento encuentre pocas resistencias por parte de los sujetos si éstos piensan que cualquier tipo de cambio, incluso el basado en la incertidumbre de la guerra, es positivo (Andreski, 1968: 12). Una vez conseguido el reclutamiento, con independencia de los medios por los cuales se obtenga, volvemos a nuestro argumento: ‘la participación en la guerra tiene que significar participación cívica’ (Mann, 1988: 175). Los procesos de construcción nacional por la vía del patriotismo pueden contribuir a movilizar a las masas y a legitimar sus discursos igualitarios, pero el resultado último de sus derechos continúa en los márgenes del conflicto de clases.

El nacionalismo, siempre que acentúe su versión patriótica y ciudadana, y el socialismo no fueron del todo incompatibles en la práctica de las guerras de masas. La afirmación únicamente hace referencia al conflicto por la democracia en un único país, y pierde lógicamente su sentido si el análisis adopta una métrica de clase trabajadora mundial. Mientras los trabajadores de unos y otros países se mataban entre sí durante las dos guerras mundiales, en el marco político de referencia para cada uno de ellos veían mejorada su posición negociadora de clase. Paradojas de la historia. Hobsbawm abordó con gran maestría y plasticidad esta cuestión. Escribió respecto a la Primera Guerra Mundial (Hobsbawm, 1991: 133):

... apoyar a su gobierno en la guerra les parecía a los trabajadores normales y corrientes totalmente compatible con demostrar conciencia de clase y hostilidad a los patronos. Los mineros del sur de Gales, que escandalizaron a sus líderes sindicalistas revolucionarios e internacionalistas apresurándose a alistarse en el ejército, con la misma prontitud paralizaron las minas de carbón en una huelga general cuando aún no había transcurrido un año, haciendo oídos sordos a la acusación de que eran antipatrióticos.

En entreguerras, en los años treinta, buena parte de la izquierda dejó de fustigarse por semejantes comportamientos, de manera que ‘tanto dentro como fuera del movimiento la combinación de la bandera roja con las banderas nacionales era auténticamente popular’ (Hobsbawm, 1991: 155), quizá no tanto por la sumisión de la izquierda a los nuevos modelos nacionalistas sino porque ‘al patriotismo revolucionario tradicional de tipo jacobino se le permitió, una vez más, aparecer en el centro del escenario después de permanecer tanto tiempo entre bastidores por orden del antinacionalismo y el antimilitarismo oficiales de la izquierda’ (Hobsbawm, 1991: 155). La doctrina socialista no estaba del todo desprovista de un componente patriótico, susceptible de exaltarse con mayor crudeza e incluso de pervertirse en peligrosos razonamientos nacionalistas. Pero

el socialismo entendido como ideología prodemocrática sobrevivió a las guerras mundiales y, paradójicamente, se fortaleció durante su transcurso en la medida que fueron fortalecidas sus clases de referencia.

El socialismo mundial obviamente sí fracasó, no lo negamos, en su intento de dar la espalda a la carnicería de la Primera Guerra Mundial, y acudió a la Segunda Guerra Mundial como protagonista en la lucha contra el nazismo y el fascismo. Es comprensible el desconcierto para las doctrinas socialistas e incluso la ruptura, en su momento, de la Segunda Internacional. En la burla de Gellner (1988: 166), ‘el mensaje que había de despertar las conciencias estaba destinado a las *clases*, pero debido a un espantoso error postal se entregó a las *naciones*⁹⁶. Sabemos que esta afirmación no es del todo cierta, ya que el nacionalismo no anuló la lucha de clases, ni siquiera en la Primera Guerra Mundial (Marwick, 1974: 81):

Sin embargo, un intensificado sentido de solidaridad a través de la nación podía coexistir con un agudizado sentido de solidaridad dentro de las clases y de los grupos, acompañado por sentimientos intensificados de hostilidad hacia otros grupos dentro de la misma nación.

Lo que ocurrió es que los mecanismos de identificación de los sujetos fueron mucho más complejos que lo previsto inicialmente por el marxismo, también por el nacionalismo. Ninguna de las dos ideologías se ha de considerar a priori superada por la otra en tiempos de guerra. El nacionalismo no eliminó el socialismo durante la guerra en los países beligerantes, se combinó con él y, como mucho, llegó a suspender su expresión durante la batalla en la antesala de un despertar mayor al final del conflicto.

Recordamos, para finalizar, que la hipótesis de la construcción nacional de la guerra como fuente de avances democráticos no va a ser tomada en cuenta en un sentido causal. Hemos desvelado, no obstante, sus conexiones con la democracia por la vía del patriotismo y del ideal del ciudadano-soldado, bases justificativas de las obligaciones compartidas por la población en tiempos de guerra y sobre las cuales los oprimidos reclamarán más democracia. También hemos abordado la complicada convivencia de los conceptos de nacionalismo y socialismo durante las guerras de masas, remarcando la adaptabilidad y pervivencia del segundo en un entorno francamente – ahora diríamos aparentemente – hostil. Con todo, y aunque sigamos confiando a los procesos materiales la explicación última de los avances democráticos, queda claro que las guerras de masas

⁹⁶ En toda la cita, cursivas del original.

del periodo estudiado contaban con referentes discursivos e ideológicos disponibles para interpretar y aprovechar los sucesos bélicos, bajo las condiciones que estudiamos, en pos de la democracia.

5. GUERRA Y DEMOCRACIA EN EUROPA 1870-1975: EVIDENCIA EMPÍRICA CUANTITATIVA

Ha llegado el momento de afrontar el análisis sistemático de la realidad europea que se desenvuelve entre los años 1870 y 1975, con la finalidad de contrastar las teorías e hipótesis detalladas anteriormente. Nuestra estrategia empírica reserva un lugar destacado al tratamiento estadístico de información cuantitativa, que es el objeto del presente capítulo. Sin embargo, somos conscientes de que la exactitud y veracidad de las relaciones numéricas que a continuación presentamos dependen sobremanera de su adecuada conexión con un planteamiento teórico que, además, ha de estar bien fundamentado. De aquí la insistencia previa en el esclarecimiento de nuestra variable dependiente, de las variables independientes que tradicionalmente la han explicado y de la variable independiente que proponemos explorar especialmente. Esto es, respectivamente, la insistencia en el concepto de democracia y en el de avances democráticos, la enumeración de las teorías de las democratizaciones y el profuso estudio de la guerra en tanto que variable a sumar a dichas explicaciones.

El capítulo que ahora nos ocupa es eminentemente empírico. Para evitar reiteraciones, no volveremos sobre la argumentación teórica de los conceptos e hipótesis ya referidos más que para justificar la pertinencia de las operacionalizaciones aquí propuestas. La orientación empírica del capítulo conserva, en cualquier caso, una conexión muy identificable con la teoría expuesta hasta el momento. Por otro lado, conscientes de que su carácter cuantitativo avanzado podría resultar tedioso para los lectores no familiarizados con este género de técnicas, hemos hilvanado una presentación lo más clara e intuitiva posible. Que unas técnicas sean muy complejas matemáticamente no es excusa para oscurecer las explicaciones, pero tampoco para simplificarlas al máximo y guardar las esencias en impenetrables anexos. Hemos optado por buscar la claridad también en los anexos, remitiendo al lector a obras especializadas para un fundamento matemático más árido y extenso pero, para nuestros propósitos, absolutamente prescindible.

El orden expositivo es el siguiente. En primer lugar se aborda el diseño empírico cuantitativo empleado para la obtención de datos. Este apartado incluye la formalización de las hipótesis previamente consideradas teóricamente, la presentación de la base de datos – *War & Rights Dataset* (W&RD) – que hemos creado ex profeso para el estudio, la operacionalización de las variables dependientes y de las variables independientes y,

finalmente, un compendio de los modelos estadísticos que serán aplicados. En segundo lugar se muestra el análisis cuantitativo de datos que determina el papel de la guerra en la explicación de los avances democráticos, tanto en el terreno electoral y de gobierno como en el terreno de la protección social. A lo largo del capítulo se hará referencia a dos anexos, uno acerca de la base de datos y otro sobre los modelos estadísticos utilizados, que figuran al final del estudio.

5.1. Diseño empírico cuantitativo

En la medida que cualquier diseño empírico afronta la difícil tarea de analizar una realidad siempre compleja, la opción por unas u otras técnicas, cualitativas o cuantitativas, implica la asunción simultánea de beneficios y costes. Aquí primamos las técnicas cuantitativas porque ofrecen criterios estandarizados de clasificación y análisis de la información, y porque comprenden procedimientos para evaluar si las conclusiones alcanzadas son representativas o fruto de la casualidad en la selección de los casos. Estamos interesados en ambas cualidades y en su resultado: un modelo con estructura *falsable*. Ciertamente es que en nuestro campo de investigación, en particular el establecido en torno a las teorías de la democracia, existían previamente otros desarrollos que empleaban técnicas cuantitativas, y hemos querido utilizar su mismo lenguaje para facilitar la comparación entre conclusiones. También es cierto que en torno al sentido democrático de ciertas guerras se había escrito bastante desde la historia, como máxima general o en episodios muy concretos, y se echaba en falta una prueba comparada de un alcance amplio pero a la vez preocupada por el sentido espacio-temporal de su planteamiento. Por último, y en el plano personal, nos reconocemos favorables a la aplicación de este tipo de técnicas cuando sea posible y deseable. La clave para entender nuestra postura es, precisamente, ese *cundo sea posible y deseable*, ya que cada definición concreta de un problema de investigación es más proclive al empleo de uno u otro tipo de técnicas. En el caso que nos ocupa defendemos que las técnicas cuantitativas no son sólo adecuadas sino deseables, habida cuenta de la encrucijada de campos científicos en la que se enmarca la presente investigación y de la utilidad que podría tener su contribución.

Ahora bien, si cualquier diseño de investigación es problemático, el cuantitativo es además especialmente complicado en su ejecución. No ya porque requiera de una formación extraordinaria de la que a menudo carece el científico social, sino porque

acecha el comentado peligro de que el modelo, en su complejidad, pierda contacto con los datos, e incluso que los propios datos pierdan contacto con la realidad que pretenden reflejar y resumir. La forma de proceder ha de ser, por tanto, sumamente cautelosa, siempre respaldada por la teoría y consciente de los problemas y limitaciones específicos que se derivan de la cuantificación de la realidad. Incluso partiendo de unos cimientos firmes, siempre es inevitable que se quede algo al margen en el camino de la prueba. La clave consiste en minimizar los costes derivados de la operacionalización estandarizada de las variables mientras se maximiza la representatividad global de los resultados.

La recopilación de información codificada estadísticamente y la aplicación de técnicas de análisis cuantitativo se verán complementadas, en el siguiente capítulo, por la consideración concreta de determinados hechos históricos que sirvan tanto para ilustrar las relaciones que descubra la estadística como para superar algunas limitaciones impuestas por ese tratamiento estandarizado de datos. La estadística, por tanto, no avanzará sola en este trabajo: se beneficiará de unos análisis en todo momento motivados teóricamente pero también ilustrados históricamente. Cabe señalar que la ilustración histórica será precisamente eso, una ilustración, no pretendiendo agotar cualitativamente un marco espacio-temporal tan amplio y cuyo tratamiento general es el que corresponde precisamente al capítulo en el que nos encontramos.

El orden expositivo desarrollado a continuación es lineal y acumulativo, lo cual no implica que el proceso investigador cuantitativo haya compartido con él estas características. Es conocida en filosofía la diferenciación entre el contexto de descubrimiento, en el cual surgen las ideas e hipótesis, y el contexto de justificación, en el que se satisfacen los requisitos de una correcta prueba empírica (Reichenbach, 1938). En particular, las investigaciones cuantitativas plantean muchas idas y venidas, muchas preguntas nuevas y un cuestionamiento constante sobre lo adecuado o no de emplear unos u otros instrumentos, con independencia del resultado que arrojen. La aplicación de técnicas estadísticas a los problemas sociales continúa siendo un terreno relativamente joven, más todavía cuando ha de lidiar, por ejemplo, con observaciones que no son inicialmente independientes entre sí o con variables que no son continuas. Existen técnicas no consensuadas, problemas nuevos y profundos cuestionamientos de algunos modos de obrar que hasta hace unas décadas eran la única vía posible. Es por ello que merece la pena reivindicar que un diseño cuantitativo, cuando se toma en serio, acostumbra a movilizar unos esfuerzos investigadores titánicos en un territorio a veces

disputado y, por ese mismo motivo, inseguro, donde conviene tomar el control de lo que se está haciendo para poder defender su pertinencia.

Formalización de hipótesis

Son varias las teorías que hemos asociado a la explicación de los avances democráticos. En primer lugar, le son de aplicación las tradicionalmente barajadas por los estudios de democracia y, más concretamente, las que giran en torno a las democratizaciones o a la ocurrencia de algún tipo de progresión democrática. Así, el desarrollo económico, los actores sociales o el contexto internacional proporcionan interesantes teorías de la democratización, que fueron recogidas en el apartado 2.3 de este estudio y que merece la pena contrastar aquí. En segundo lugar se encuentran las hipótesis estrictamente ligadas a la guerra, que se habían filtrado en algunas de las explicaciones anteriores pero que esta investigación sistematiza y disecciona exhaustivamente. De entre ellas habíamos destacado, en el apartado 4.2 y como argumento central del estudio, las oportunidades democratizadoras que las guerras de masas ofrecen mediante el fortalecimiento de la posición de poder de los trabajadores y, por extensión, de los oprimidos. Otras hipótesis y mecanismos también fueron considerados en la relación bélica con la democracia, concretamente en el apartado 4.3: la concesión de derechos por parte de las élites a cambio del esfuerzo ciudadano en la guerra, la capacidad de imposición militar extranjera de la democracia y, finalmente, los procesos de construcción patriótico-nacional a través de la guerra.

Por su parte, los avances democráticos objeto de estudio van a ser fraccionados – dada la riqueza del concepto de democracia manejado – en dos bloques: los avances en el terreno electoral y de gobierno, por un lado, y los avances en el terreno de la protección social, por otro. En la medida que los estudios empíricos de democracia han prescindido de la consideración de los derechos sociales como elemento integrante del concepto, es adecuado evaluar ambos campos por separado. De esta forma se gana precisión en unas conclusiones cuya independencia inicial puede ser aprovechada por separado o, como aquí proponemos, en una visión de conjunto sobre un concepto exigente de democracia en tanto que auténtica igualdad política. Las hipótesis serán enunciadas y posteriormente probadas, por tanto, en referencia a cada una de las ramificaciones de la variable dependiente: la más política o la más social. No obstante,

volveremos sobre las operacionalizaciones concretas de la variable dependiente en el siguiente apartado.

La formalización de hipótesis que sigue tiene por objetivo la clarificación de las mismas, de tal forma que se fijen sus límites y términos para la prueba empírica. Se establecerá cierta jerarquía expositiva en ellas, encabezando las relaciones relativas a la guerra por constituir éstas la motivación del estudio. Llama la atención que todas las hipótesis presentadas van a ser relaciones directas y expresadas en términos positivos. No es algo casual. Al partir, en nuestra consideración de la disputa por la ciudadanía democrática, de un modelo en el cual el status quo niega ciertos derechos a los oprimidos, cualquier brecha en la situación requiere de elementos que inciten a la actividad, provengan de donde provengan. Es por ello que las relaciones entre variables son directas – a más, más; a menos, menos – y que toma fuerza su expresión positiva.

H₁: Los periodos posbélicos de las guerras interestatales europeas del periodo 1870-1975 incrementan la probabilidad de que se produzcan avances democráticos en el terreno electoral y de gobierno.

H₁: Los periodos posbélicos de las guerras interestatales europeas del periodo 1870-1975 incrementan la probabilidad de que se produzcan avances democráticos en el terreno de la protección social.

Las dos primeras hipótesis enunciadas constituyen el núcleo central de nuestro argumento. Recogen el efecto de las guerras de masas en el avance de la democracia a partir de un mecanismo muy concreto: el fortalecimiento relativo de las clases bajas frente a las élites, derivado de su centralidad y participación en el esfuerzo bélico tanto en el frente como en la fábrica. Este nuevo equilibrio de fuerzas, entendido a la luz del estado general de la lucha de clases, facilitaría avances democráticos de uno u otro tipo, en el terreno electoral y de gobierno o en el de la protección social, o en ambos, inmediatamente después del conflicto armado. En el caso de existencia de promesas previas de las élites al respecto, sería este nuevo equilibrio de fuerzas al final de la guerra el que asegurara su cumplimiento. Aunque no se descarta que dichos avances puedan producirse en algunos casos durante el propio transcurso de la guerra, también fomentados por el fortalecimiento bélico de los oprimidos desde los inicios de la misma, las restricciones de derechos coyunturales que acostumbran a imponerse durante las

grandes guerras, o la suspensión directa del normal funcionamiento político-electoral por decisión propia (la planificación militar centralizada) o ajena (invasión), invitan a pensar en esta opción de forma más secundaria. Como decimos, sin embargo, de producirse estaría ligada a este mismo mecanismo.

H₂: Los periodos prebélicos de las guerras interestatales europeas del periodo 1870-1975 incrementan la probabilidad de que se produzcan avances democráticos en el terreno electoral y de gobierno.

H₂': Los periodos prebélicos de las guerras interestatales europeas del periodo 1870-1975 incrementan la probabilidad de que se produzcan avances democráticos en el terreno de la protección social.

Según esta pareja de hipótesis, en los años de preparación de una guerra, o en su inicio inmediato si el país es sorprendido por ella, se incrementa la probabilidad de ocurrencia de un avance democrático, sea éste del tipo que sea. En un marco de guerras de movilización de masas, las élites estarían dispuestas a conceder derechos a los ciudadanos a cambio de obtener su cooperación en el esfuerzo bélico a todos los niveles. Los derechos serían así concedidos por las élites en interés del éxito militar del país, tanto en situaciones defensivas como ofensivas, con independencia del nivel de presión que ejercieran las clases bajas. Nivel de presión que, por otra parte, aún no habría sido incrementado a raíz del acontecer bélico y que, por tanto, nada tendría que ver con el mecanismo de las hipótesis anteriormente señaladas (H₁ y H₁').

H₃: En la Europa de 1870-1975, la protesta política de la población en un país incrementa la probabilidad de que se produzca un avance democrático en el terreno electoral y de gobierno de ese país.

H₃': En la Europa de 1870-1975, la protesta política de la población en un país incrementa la probabilidad de que se produzca un avance democrático en el terreno de la protección social de ese país.

Estas hipótesis sugieren que las acciones de protesta, de explícita presión política, de los oprimidos contra las élites favorecen los avances democráticos. Algunas

de las teorías clásicas de las democratizaciones han hecho un gran hincapié en la importancia de los actores a la hora de mover la maquinaria política. De hecho, nuestra pareja de hipótesis principales (H_1 y $H_{1'}$) recogen la influencia de la guerra en el poder relativo de los oprimidos, y las hipótesis siguientes (H_2 y $H_{2'}$) su influencia en la estrategia de las élites. Las hipótesis que ahora describimos expresan, con independencia de la guerra, que las acciones de presión política que muestran la capacidad movilizadora de las clases bajas empujan hacia delante a la democracia. En el lenguaje de Przeworski (2009), nos aproxima a la idea de que los derechos son conquistados por los sujetos y no otorgados por las élites.

H₄: En la Europa de 1870-1975, un mayor nivel de desarrollo económico incrementa la probabilidad de que se produzcan avances democráticos en el terreno electoral y de gobierno.

H_{4'}: En la Europa de 1870-1975, un mayor nivel de desarrollo económico incrementa la probabilidad de que se produzcan avances democráticos en el terreno de la protección social.

Aquí se desdobra la hipótesis clásica de la relación entre desarrollo económico y democracia, en su versión causal: mayores niveles de desarrollo económico favorecerían la ocurrencia de avances democráticos, mientras que niveles bajos de desarrollo económico los dificultarían. A pesar de lo controvertido de esta hipótesis, y de los esfuerzos más o menos exitosos por desbancarla, el desarrollo económico no termina por desaparecer en los estudios empíricos sobre democratizaciones o progresiones de derechos. Más allá, es una variable omnipresente en investigaciones comparadas de cualquier índole. Ciertamente es que la relación entre desarrollo económico y democracia – o democratizaciones – se ha terminado especificando más en torno a las variables intermedias que componen ese desarrollo y que superan la mera observación del Producto Interior Bruto (PIB) per capita. Destacan muy especialmente las contribuciones donde la observación de los niveles de desigualdad económica ha eclipsado el protagonismo del PIB per capita en la explicación de las democratizaciones (Boix, 2003; Boix y Stokes, 2003; Acemoglu y Robinson, 2007; Boix, 2009), incorporando una perspectiva desde los actores a una relación inicial que, por fría, invitaba a cierto mecanicismo abstracto. Pero, en cualquier caso, la descomposición de

los efectos del desarrollo económico no constituye la preocupación de este estudio, por lo que nos conformamos con introducir la teoría clásica general a modo de control, al igual que hacen – como decíamos – la mayoría de investigaciones cuantitativas comparadas.

H₅: Cuando se producen, en el terreno electoral y de gobierno, avances democráticos simultáneos en dos o más países, dentro del contexto internacional de la Europa de 1870-1975, se incrementa la probabilidad de encontrar avances democráticos de ese mismo tipo y en ese mismo año en otros países europeos.

H₅: Cuando se producen, en el terreno de la protección social, avances democráticos simultáneos en dos o más países, dentro del contexto internacional de la Europa de 1870-1975, se incrementa la probabilidad de encontrar avances democráticos de ese mismo tipo y en ese mismo año en otros países europeos.

Las dos últimas hipótesis materializan la perspectiva internacional, que incorporábamos al estudio de la democracia partiendo de los teóricos de las olas de democratización. Ellos identifican una serie de periodos en los que predominan las transiciones hacia la democracia – las olas de democracia – y otros en los que predominan las involuciones hacia la dictadura – las contraolas. Aquí el contexto internacional adquiere mayor precisión para la prueba empírica, de la forma expresada por estas hipótesis. Según ellas, la existencia de avances democráticos simultáneos en dos o más estados europeos, lo que podría considerarse una coyuntura exterior especialmente favorable a la democracia, incrementaría la probabilidad de ocurrencia de otros avances democráticos en terceros países en ese mismo año. Nótese que se alude al contexto internacional en general, hipotetizando una relación causal entre variables pero sin especificar el origen último de dicha causa. De hecho, en su momento cuestionamos el significado de este tipo de movimientos internacionales. Podría ser que la simultaneidad derivara de una auténtica influencia internacional en pos o en contra de la democracia, o de la desaparición de las condiciones internacionales que la limitaban (en particular, del colonialismo). Sin embargo, también sería posible que la simultaneidad sólo indicara la coincidencia en el tiempo y en diferentes países de procesos que les son internos, restándole valor a una perspectiva pura de relaciones internacionales. Teniendo en cuenta los dos escenarios, esta pareja de hipótesis recogería tanto la posibilidad de

influencias y fenómenos internacionales simultáneos como de procesos internos y situaciones particulares que, de no haber sido comprendidas ya por el resto de variables, coincidieran en el tiempo en varios países. En cualquiera de los dos casos, hay que tener en cuenta que estas hipótesis pueden ser unas competidoras demasiado feroces del resto, en particular porque las guerras acaban en el mismo año para varios países y esto es ya de por sí una fuente de simultaneidades. Su evaluación empírica ha de ser, por tanto, cautelosa.

Finalizada la formalización de las hipótesis, hay otras dos cuestiones que hemos querido abordar desde el manejo de la evidencia empírica cuantitativa. Carecen de formulación hipotética porque no constituyen de por sí una prueba – debido a las limitaciones de los análisis – absolutamente concluyente, aunque sí sean de gran utilidad en su contribución al esclarecimiento de algunas de las hipótesis y mecanismos enunciados. Por un lado, ¿hay alguna forma de establecer cuantitativamente la existencia de procesos prodemocráticos internos en torno a las guerras, frente a quienes piensan que sus efectos han de ser leídos únicamente en clave de imposiciones exteriores? Por otro, e introduciéndonos en el muy diferente campo explicativo de los retrocesos democráticos, ¿en qué medida es también posible que la democracia retroceda tras las guerras consideradas?

Primero, y en referencia al argumento de la imposición militar extranjera de la democracia, se considerará simultáneamente el efecto de la guerra en los avances democráticos tanto en los países que terminaron el conflicto en el bando de los perdedores como los que lo hicieron en el bando ganador. Dadas las desconfianzas ya expresadas en torno a lo realmente relevante de la imposición militar exterior, y por ello mismo con independencia del resultado empírico, los avances democráticos en unos y otros países podrían ser leídos fundamentalmente y en general en base a factores internos, como aquí proponemos. Sin embargo, si se prueba que los periodos posbélicos producen avances democráticos entre los países ganadores, entonces queda constatada de forma irrevocable la existencia de procesos internos prodemocráticos al margen de la conquista militar, la cual generaría avances democráticos únicamente y por definición sobre los perdedores. Además, si se reconoce la existencia de procesos internos prodemocráticos entre los países ganadores, entonces la imposición militar extranjera, de existir, es muy probable que lo que haga sea complementarse con ellos en los países perdedores, toda vez que la movilización masiva de la población, la raíz de dichas dinámicas internas, es común a todos los países, ganen o pierdan la guerra.

Segundo, esta vez más allá de los márgenes del estudio, nos asomamos tímidamente a la explicación de los retrocesos democráticos para situarlos al lado de los avances y explorar así el comportamiento de las variables bélicas respecto a una y otra realidad. Merece la pena aclarar que el análisis exhaustivo de los retrocesos democráticos en tanto que variable dependiente requeriría de toda una investigación propia y diferente a ésta, donde se especificaran otras hipótesis al respecto y se incluyeran, en consecuencia, las variables independientes y de control pertinentes. De hecho, los estudios sobre democratizaciones no suelen tratar simultáneamente desdemocratizaciones, por lo que desconocemos si algunas de las variables que explican un hecho servirían, también, para explicar su opuesto. De ocurrir esto, las variables implicadas lo que concederían serían oportunidades de cambio político, dejando la dirección del mismo a merced de otros factores sobre los que incidirían. Respecto al fortalecimiento bélico de los oprimidos, siempre hemos ligado su resultado democrático al estado previo del conflicto social subyacente o, si se prefiere, de la lucha de clases, y hemos construido la hipótesis principal asumiendo una balanza de equilibrio de poder entre las clases con el plato de los oprimidos proclive a absorber el poder obtenido en la guerra, hasta el punto de promover avances democráticos. La situación de partida podría, no obstante, ser diferente en algunos casos. Así, al tener en cuenta los retrocesos democráticos, con todas las limitaciones del análisis, podremos saber si las posguerras del periodo también los producen, con qué fuerza, en qué tipo de casos y, sobre todo, qué podemos esperar con mayor probabilidad – avances o retrocesos – después de una guerra de masas.

Las cinco parejas de hipótesis y estas dos cuestiones complementarias configuran un planteamiento investigador muy nutrido y exigente, basado en la ponderación probabilística de múltiples argumentos. Efectivamente, merece la pena recordar que las hipótesis serán sometidas a análisis de probabilidad con el objeto de conocer si existe una propensión significativa de los datos a comportarse de las formas enunciadas. Este hecho excluye cualquier atisbo determinista del análisis: se busca la capacidad de generalización, algo muy distinto al mecanicismo automático. De hecho, nuestra comparación de hipótesis no es un duelo a muerte entre diferentes argumentos donde necesariamente al final ha de quedar sólo uno, sino una dura carrera donde varios de ellos pueden cruzar la meta, eso sí, en un diferente orden de llegada. Por lo tanto, rige el principio de complementariedad entre hipótesis. Lo que interesa saber es si los argumentos vinculados a la guerra tienen algo que decir en la explicación de los avances

democráticos *junto* al resto de variables que tradicionalmente se han situado como causa de las democratizaciones.

Base de datos: War & Rights Dataset (W&RD)

La recopilación de datos para el análisis empírico cuantitativo ha sido una tarea muy laboriosa y exigente, de una amplitud considerablemente mayor a la finalmente acotada para esta investigación. Al tomar en serio la guerra y su relación con la democracia, y ante la práctica inexistencia de bases de datos integradas al respecto, la primera opción pasó por explorar multitud de fuentes diferentes, tanto informatizadas como textuales, haciendo compatibles – en términos de estructura de datos – aquellas que a priori podrían resultar útiles y ensamblándolas en un mismo archivo. Se exploraron casi 30 fuentes de datos⁹⁷ vinculadas de alguna manera al objeto de estudio, obteniéndose como resultado de la fusión cuantitativa de algunas de ellas, 16 en concreto, un fichero con un total de 258 variables y 17.499 casos (uno para cada país en cada año), que cubría todo el mundo – 220 países, actuales y extintos – desde el año 1800 hasta el año 2009⁹⁸. La investigación que nos ocupa, sin embargo, ha terminado enmarcada en unas coordenadas espacio-temporales más concretas, lo cual ha facilitado la precisión en las observaciones y el examen detallado del contenido de las variables, dependientes e independientes, finalmente empleadas.

Son numerosos los problemas que hubieron de ser afrontados y superados durante los procesos de recogida y organización de los datos. La marcada escasez de estudios cuantitativos con datos ya engarzados para el análisis de la relación entre guerra y democracia dificultó enormemente la labor. Tan sólo encontramos al respecto – si bien recordando que se ocupan en particular de la explicación de las extensiones del sufragio – la base de datos de Przeworski (2009) y la reciente propuesta de Aidt y Jensen (2012). Los datos que nos interesan tendían, por tanto, a aparecer diseminados en diversas fuentes.

Todavía resultaba más preocupante una cualidad que acostumbra a acompañar a los datos históricos: la escasez. La mayoría de los estudios cuantitativos sobre

⁹⁷ La lista completa de fuentes exploradas, con independencia de que hayan sido o no finalmente utilizadas, figura al final del Anexo I.

⁹⁸ Estas cifras se muestran a modo de orientación sobre el volumen de información inicialmente manejado. En algunos momentos de la investigación el número de variables llegó incluso a crecer, en base a diversas transformaciones y pruebas, por encima de las 800.

democratizaciones, habida cuenta de las limitaciones en la disponibilidad de los datos, se centran en el periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial, siendo muy valorado el empeño de quienes se aventuran a remontarse más hacia atrás en el tiempo (Geddes, 2007: 323). Efectivamente, es muy complicado encontrar datos de cualquier tipo anteriores a 1950, más en el campo sociopolítico, y extremadamente complicado si lo que se buscan son datos ubicados en el siglo XIX.

La dificultad se incrementa cuando exigimos no sólo que la fecha del inicio de recopilación de los datos se retrotraiga a hace más de un siglo, sino que la propia información progrese de manera continua y comprehensiva hacia el presente, con las menores interrupciones posibles y para un número considerable de países. Este era, justamente, el objetivo, alcanzado con un mayor éxito cuando la teoría aconsejó reducir el espectro espacio-temporal a la Europa de 1870 a 1975. Había que conseguir el menor número posible de casos perdidos en cada variable, el menor número de ‘huecos’ en la información. Así se evitaba un peligro mayor que la escasez de datos: la estructuración de los casos perdidos en base a alguna causa oculta que sesgara los análisis posteriores. Lidar con la cuestión de los casos perdidos requirió, por tanto, de la búsqueda concienzuda de información para reducir su número.

Cabe señalar que las guerras interestatales en ocasiones suponían la invasión temporal de ciertos países o la eclosión de periodos de transición e inestabilidad, implicando la suspensión momentánea del normal funcionamiento político del país. En este caso las variables relativas al sistema político no perdían la información casualmente ni tampoco en base a ninguna inobservancia estructurada, sino que su pérdida respondía a situaciones bien identificables y que, de hecho, estaban suministrando información de por sí: el normal funcionamiento del sistema político estaba suspendido. La observación al detalle de este tipo de circunstancias políticas a la hora de codificar ciertas variables se erigió como una gran virtud de esta base de datos: la convirtió en sensible al entorno bélico y a las elipses políticas sustantivas, plenamente consciente de las particularidades de los datos analizados, facilitando análisis que de otra forma se verían enfangados ante la dificultad de observación política de los mencionados periodos.

La recopilación de información cuantitativa se vio afectada, también, por otros problemas, si se quiere más mundanos pero no por ello menos importantes. Hay que tener presente que los datos necesarios en el planteamiento de una investigación no se encuentran en un redil, identificados y controlados, a la espera de su recolección y

parcelación para cada investigación concreta. Muy al contrario, en algunas ocasiones los datos no están disponibles en acceso abierto, y sólo el paso del investigador por determinadas instituciones que estén en posición de sufragar las preceptivas licencias permite su uso. Afortunadamente, y cada vez más, la norma es la apertura en el acceso a la información. Una vez localizados los datos, el tipo de soporte marca la diferencia en su manejo estadístico: bien se encuentran informatizados, bien en libros y artículos que hay que pasar a codificar convenientemente y con la consiguiente inversión de tiempo. En nuestro caso, y como se señalará cuando se expliquen las variables empleadas, tanto los datos de Guy Perrin (1969) como de Sandra Halperin (2004) tuvieron que ser introducidos a mano en la base de datos. Lo mismo ocurrió con otras variables, aun partiendo de datos que se ofrecían ya informatizados, debido a la naturaleza de ciertas modificaciones y recodificaciones ejecutadas. Pero incluso las bases de datos generadas por otros autores han de hacerse compatibles para su fusión en un único archivo y ser así sometidas posteriormente a los diferentes análisis. Las bases son facilitadas en archivos con formatos distintos – .txt, .csv, .xls, .dta, .sav, etcétera – que se abren con diferentes programas informáticos, y tienen estructuras dispares en las que cada caso – cada línea de información – puede representar, por ejemplo, una guerra, un año-país o un único país con una variable para cada año. Esto hace necesaria su unificación en un mismo tipo de archivo y de estructura como paso previo a cualquier tratamiento. Aparte, la integración o fusión de bases de datos requiere de otra tarea más difícil cuanto mayor es el marco espacio-temporal del estudio y cuanto más – y más variopintas – son las bases de datos a integrar: la equiparación de los códigos asignados a cada país y del arco temporal en el que se considera que estos existen. Sólo de esta forma se asegura que la información proveniente de cada fuente para un mismo país se está imputando, efectivamente, a ese país concreto y no a otro. El género de limitaciones que describo sólo se supera con un arduo trabajo realizado, en las primeras fases de la investigación, a ciegas, sin saber si se obtendría rédito de la fuerte inversión de tiempo y esfuerzo que supone. Nuestro estudio, al igual que otras investigaciones cuantitativas históricas, afrontó ese reto, agudizado por el ancho horizonte perseguido en los inicios de la recogida de información.

Como resultado del proceso de recolección, selección y reducción de la cantidad de información inicial se obtuvo la base de datos que ahora se presenta como el *War & Rights Dataset* (W&RD). Su cobertura espacio-temporal, de acuerdo con la teoría que hemos desarrollado, comprende los 37 países europeos, históricos y presentes, entre

1870 y 1975. Está estructurado en formato panel, de tal forma que cada caso es un año-país, o lo que es lo mismo, refleja la información recogida por cada variable para un determinado país en un año. Cuenta con 2.391 casos y 233 variables, facilitando el acceso no sólo a las finalmente empleadas en los análisis sino también a otras que han servido para su construcción, todas ellas enriquecedoras del campo de los datos históricos al poder ser empleadas en futuras investigaciones. La estructura de año-país asumida para la incorporación de los datos de cada variable proviene de la *State System Membership List, v2011* (Correlates of War Project, 2011), con algunas modificaciones especificadas en el Anexo I. El mencionado Anexo I recoge también una presentación técnica y completa de la base de datos, con minuciosas definiciones de las variables, así como una lista de todas las fuentes de datos que fueron – al menos – exploradas para la realización de este estudio.

El W&RD supone un avance en cuanto a precisión y facilidad de manejo respecto al acopio inicial y masivo de datos, pero es al mismo tiempo inconcebible sin él, sin el abanico de posibilidades por él abierto. Al centrarse en la Europa de 1870-1975, y a pesar de continuar siendo éste un marco amplio, permite un mayor control sobre los datos en ella contenidos, elevando el nivel de exigencia sobre la calidad de los mismos y el grado de atención a su comparabilidad diacrónica y sincrónica. Una de sus principales fortalezas es el suministro de información muy completa en las variables clave, reduciendo en lo posible el número de casos perdidos en los diferentes análisis y evitando así en ellos involuntarios sesgos de selección de la muestra que realmente se analiza en cada caso, en función de la inclusión de unas u otras variables con mayor o menor cantidad de información perdida. La base de datos, sin embargo, continúa arrastrando algunas de las carencias típicas derivadas del tratamiento de grandes muestras históricas, fundamentalmente cierta insatisfacción del deseo de contar en algunas ocasiones con variables todavía más precisas, así como de poseer una mayor cantidad de las mismas. Prescindiendo de la vertiente inalcanzable de este anhelo, consideramos que el W&RD cubre las expectativas de la presente investigación en cuanto a recogida y organización de los datos. La serenidad de semejante juicio se asienta en el nivel de exigencia al que se ha sometido a las variables que lo componen, tanto en su construcción como en los análisis posteriores sobre ellas ejecutados.

Variables dependientes

La variable dependiente de esta investigación son los avances democráticos. Se trata de incrementos significativos, ocurridos en un momento t respecto a un momento anterior $t-1$, experimentados en cualquier indicador que se considere medida de democracia, siempre que no se produzcan decrementos simultáneos en otros indicadores que anulen el incremento neto considerado inicialmente. El concepto de avance democrático se desdobra, como decíamos, en dos ámbitos diferenciados donde puede desenvolverse. El primero, el terreno electoral y de gobierno, se corresponde con una acepción común de la democracia en los estudios empíricos que la abordan, relacionado con las dimensiones de participación y competición políticas expuestas por Dahl (1989). El segundo, el terreno de la protección social, alude a los aspectos sociales necesarios cuando nos tomamos en serio, en una visión más sociológica y aristotélica, el concepto de igualdad política que propugna la democracia. Nuestra variable dependiente se convierte así, en la práctica, en dos variables dependientes: los avances democráticos en el terreno electoral y de gobierno, por un lado, y los avances democráticos en el terreno de la protección social, por otro. Aunque aquí propugnamos la reunión teórica de las conclusiones obtenidas en torno a ambas variables, los análisis se realizan por separado porque somos conscientes de que, en último término, se trata de dos conceptos diferentes. Hay que tener muy presente que la precisión de los resultados depende, entre otras cosas, de la claridad y concreción en la definición de aquello que se está explicando. Veamos al detalle cómo han sido operacionalizadas en este estudio las variables dependientes mencionadas, enunciándolas sucintamente y explicando el cuidadoso proceso de construcción de las mismas.

DemPolUp: 'democratic political upgrade'. Variable dicotómica que adopta el valor 1 si ocurre un avance democrático en el terreno político, el valor 0 si no ocurre y ningún valor válido si no hay datos suficientes de evaluación de la democracia o si el país no puede matemáticamente presentar nuevos avances.

Para identificar los momentos en los que la democracia avanza en el plano político hay que mirar hacia los índices que la miden como un continuo y buscar 'saltos' de cierta magnitud en los valores de un año respecto al anterior. Las variables que simplemente identifican democratizaciones no son útiles aquí porque el concepto de

democratización implica transiciones desde la dictadura hacia la democracia, mientras que nosotros buscamos los momentos en los que un régimen político, sin importar la calificación absoluta que reciba de unos u otros autores, avanza sustancialmente hacia la democracia, incluso aunque dicho avance no llegue a constituir una democratización con la rotundidad comúnmente aparejada al término o se produzca en regímenes ya calificados – desde ciertas teorías – como democráticos. Los índices de democracia más destacables y calculados para un mayor número de países y años son, en orden de su primera aparición, el *Freedom in the World* (Freedom House, 2012), el *Polity* (Marshall et al., 2010), el índice de Tatu Vanhanen (2000, 2002), el *Scalar Index of Polities* (Gates et al., 2006) y el recálculo del *Polity* conocido como *X-Polity* (Vreeland, 2008a).

No todos los índices nombrados sirven de punto de partida para construir nuestra variable dependiente, ya que algunos de ellos incluyen en su cálculo aspectos ligados a la violencia política. Esta aguda observación se la debemos a James Raymond Vreeland (2008a)⁹⁹, quien estudiando los efectos del régimen político en las guerras civiles se dio cuenta de que no era legítimo utilizar en la explicación ni el *Freedom in the World* ni el *Polity*, por no ser su definición totalmente independiente de lo explicado (las guerras civiles). Como estos índices se ven afectados en su puntuación por situaciones de violencia política, tampoco sería aconsejable ponerlos en relación con las guerras interestatales. Así se evita el problema de la endogeneidad entre variables, que emerge cuando las variables dependiente e independiente miden en parte lo mismo. De omitirse esta precaución, cualquier relación estaría bajo la sospecha de haber sido forzada ya desde la definición misma de las variables que la componen. Como alternativa, en las investigaciones que impliquen violencia política – guerra interestatal en nuestro caso – Vreeland (2008a) recomienda la utilización del citado índice de Tatu Vanhanen o del también citado *Scalar Index of Polities*, proponiendo además un recálculo del *Polity*, bautizado como *X-Polity*, realizado por él mismo y que deja fuera los componentes del *Polity* afectados por la violencia política (llamados *parcomp* y *parreg*).

Teniendo esto en cuenta, el índice del que partimos para ubicar los avances democráticos del plano político es el *Scalar Index of Polities*, en adelante *SIP*, propuesto por Scott Gates, Håvard Hegre, Mark P. Jones y Håvard Strand (2006). Cubre con creces la Europa de 1870-1975, ya que abarca todos los países del mundo – con una población mayor de 500.000 habitantes – entre el año 1800 y el año 2000,

⁹⁹ Véase especialmente el apéndice online del artículo referenciado, que está disponible en <http://jcr.sagepub.com/content/52/3/401/suppl/DC1>

presentándose como un índice continuo de democracia que progresa desde el valor 0, el mínimo, hasta el valor 1, el máximo. Resulta especialmente completo frente a las alternativas de medición expuestas, ya que mana de ellas al combinar tanto los componentes del índice de Tatu Vanhanen como varios del *Polity* no afectados por la violencia política, precisamente los que conforman el *X-Polity*. De Vanhanen (2000, 2002) toma sus medidas de participación – porcentaje del total de la población que votó en la elección más reciente – y de competición – porcentaje de voto válido conseguido por todos los partidos que no son el partido mayoritario o la coalición electoral ganadora – que evalúan, respectivamente, la extensión del derecho de voto y la competición electoral, combinándolas en una única dimensión evaluadora de la participación. A partir de *Polity* (Marshall et al., 2010) construye su propia dimensión de reclutamiento del ejecutivo (*xrec*) – basada en las variables de regulación (*xrreg*), apertura (*xropen*) y competitividad (*xrcomp*) en el acceso al mismo existentes en esa base de datos – y de constricciones sobre el poder del ejecutivo – basada en la variable *xconst* – para incluir los elementos de apertura y rendición de cuentas de la labor política tan necesarios para la democracia¹⁰⁰. Son unos componentes muy identificables e intuitivos, que satisfacen nuestras expectativas teóricas acerca de las dimensiones de lo que es la democracia en el plano político.

De hecho, no se ha trabajado sobre el *SIP* como tal sino sobre sus componentes. Para identificar avances democráticos bastaría, a priori, con establecer las magnitudes de incremento en el índice – *SIP* – que habrían de ser consideradas como un avance democrático de cierta entidad. Sin embargo, esta maniobra devolvería un análisis incorrecto. El motivo no es ya que dudemos de cómo pondera cuantitativamente el índice sus diferentes componentes para generar las puntuaciones que ofrece, sino que existe una premisa muy concreta en el *cambio* de las magnitudes del índice que colisiona con nuestro análisis. Resulta que el índice no cambia año a año en función de sus componentes. Los autores están interesados en analizar la duración de los ‘polities’, esto es, de los regímenes políticos¹⁰¹ que se suceden en un país, por lo que la puntuación

¹⁰⁰ Para más aclaraciones sobre el índice *SIP* se han de consultar tanto las fuentes primarias de cada componente como el artículo de los creadores del índice, con especial atención al apéndice online disponible en <http://www.prio.no/Data/Governance/MIRPSSIP/>. Este enlace facilita, también, la base de datos utilizada en el artículo. Hay, no obstante, más información al respecto en el Anexo I de esta investigación, ya que la W&RD incluye todas estas variables originales.

¹⁰¹ La definición teórica y exacta de ‘polity’, tomada por el autor desde el proyecto *Polity*, es ‘el acuerdo político básico por el cual las comunidades políticas nacionales gobiernan sus asuntos’ (Gurr, 1974: 1483).

democrática para cada uno de los mismos se mantiene fija durante el transcurso del tiempo en los valores iniciales del año de instauración del ‘polity’ y hasta que se produce *sobre ellos* un cambio de envergadura suficiente como para inaugurar otro ‘polity’ diferente. Así, el índice funciona asignando una puntuación de democracia constante en el tiempo hasta que se produce un cambio notable respecto a la puntuación de democracia *inicial* – aquí está la clave – de ese régimen político, de ese ‘polity’, creándose entonces en ese año una nueva puntuación de democracia que caracterizará todo el régimen siguiente. Con esta fórmula los incrementos que se podrían detectar no hacen referencia al año actual frente al anterior sino al año actual frente al año de inicio del régimen político. Esto genera, para nuestros propósitos, un desajuste importante, ya que bien podría ocurrir que en un año determinado el índice detectara un cambio político de envergadura, un cambio de ‘polity’, cuando en realidad en ese año simplemente se hubiera producido un muy ligero incremento en el índice de democracia que, sumado a otros pequeños incrementos durante los años previos, produjera el cambio de régimen. En pocas palabras, los incrementos en el índice registran no sólo importantes avances hacia la democracia en el año al que aluden sino también el final de procesos acumulados, plurianuales y progresivos. Es necesario tomar los componentes y no el índice como tal, lo cual aparte de superar el problema señalado fortalece enormemente el control sobre lo que sucedió exactamente en cada país y permite ver si hay movimientos contradictorios en las diferentes dimensiones que componen la democracia política, sin entregarnos al valor de su siempre discutible ponderación matemática en un índice.

El criterio que empleamos para detectar los momentos de avance significativo en el nivel de democracia de un país presenta similitudes con el propuesto por los autores del *SIP* para detectar el cambio de ‘polity’ (Gates et al., 2006: 898)¹⁰². Sin embargo, de acuerdo con lo aclarado, las variaciones se evalúan siempre en los valores de cada componente respecto al año anterior y no respecto al inicio del ‘polity’. Así, definimos un avance democrático – nuestra variable *DemPolUp* adopta el valor 1 – cuando se da

¹⁰² Hay un cambio de ‘polity’ cuando se incrementa en un 100% o se reduce en un 50% su dimensión combinada de participación (diferente a la nuestra, ya que sintetiza ambos indicadores de participación y competición de Vanhanen), varía en una unidad su dimensión del ejecutivo (*xrec*) o cuando varía en dos unidades su dimensión de constricciones al ejecutivo (*xconst*). También, obviamente, cuando se crean o disuelven estados (Gates et al., 2006: 898). Nosotros seguimos pasos muy similares, como se explica a continuación en el cuerpo del texto. En la medida que ellos dicen simplificar la definición de ‘major change’ empleada por Ted Robert Gurr (1974: 1489), creador de *Polity*, también se podría apreciar cierta conexión lejana de nuestra propuesta con la última versión de esta base de datos (Marshall et al., 2010).

alguno de los siguientes supuestos respecto al año anterior: el índice de participación de Vanhanen tiene un incremento relativo de al menos un 50% respecto al año anterior, el índice de competición de Vanhanen tiene un incremento relativo de al menos un 100% respecto al año anterior, la variable *xrec* que los autores del *SIP* adaptan del *Polity* se incrementa en al menos una unidad respecto al año anterior o el indicador *xconst* que igualmente adaptan del *Polity* se incrementa en al menos dos unidades respecto al año anterior. En particular, el incremento relativo de un 50% en el índice de participación de Vanhanen se incluye fundamentalmente como *proxy* de las ampliaciones efectivas en el derecho de voto. Por otra parte, hay que tener en cuenta que los incrementos y decrementos en el índice de competición que se produzcan cuando el valor absoluto del mismo esté entre 0 y 5 no serán tenidos en cuenta, así como ningún incremento suyo que partiendo de niveles inferiores a 5 no llegue a 10. Estos cambios en la fuerza de la representación institucional de los partidos fuera del gobierno no son, por leves, contabilizados, ya que exigimos a la variable de competición – la más voluble y laxa en su relación con la democracia – unas magnitudes mayores para ser tomada en serio: un cambio que – como resultado de lo anterior y con independencia del valor de partida – en su totalidad implique al menos a un 10% del resultado electoral.

El siguiente ejemplo ficticio sirve para ilustrar el concepto de avance democrático desde la asignación de valores concretos. En las últimas elecciones celebradas en el país A votó el 30% de la población, resultando un parlamento donde el partido mayoritario obtuvo el 80% de los votos y el resto de partidos un 20%. El poder ejecutivo proviene de elecciones libres pero no justas en tanto que están orientadas hacia el triunfo de un partido ($xrec = 3$) y tiene una autoridad sólo moderadamente sujeta a la rendición de cuentas ($xconst = 3$)¹⁰³. Veamos algunos cambios hipotéticos de situación que supondrían un avance democrático según la variable que hemos creado (*DemPolUP*): (1) que en las siguientes elecciones pase a votar el 45% o más de la población, lo cual es un incremento absoluto de 15 puntos y en relación al valor inicial del 50%; (2) que en las siguientes elecciones el partido mayoritario reduzca su omnipresencia del 80% del voto al 60% o menos, incrementándose así el valor del índice de competición en 20 puntos, un 100% más; (3) que la elección del ejecutivo sea totalmente competitiva entre candidatos apoyados públicamente ($xrec = 4$); y, finalmente, (4) que la autoridad del ejecutivo pase a estar sometida a sustanciales

¹⁰³ Las definiciones completas de las categorías de estas variables figuran en el Anexo I.

limitaciones ($xconst = 5$). Cualquiera de estos hechos, o la combinación de varios de ellos, se codificaría como un avance democrático.

La codificación concreta de la variable *DemPolUP* merece tres precisiones. En primer lugar, en el caso de guerra interestatal sólo registra los avances democráticos *netos*: avances democráticos que lo son no necesariamente respecto al año inmediatamente anterior sino respecto a la situación previa al conflicto (los últimos valores disponibles antes de la guerra). De esta forma se evita que los posibles retrocesos coyunturales en los niveles de democracia durante las guerras provoquen avances engañosos al final de las mismas, que tan sólo sugerirían la vuelta a la situación democrática previa al conflicto. Con la consideración exclusiva de los avances netos, no brutos, seremos precisos y conservadores en los análisis. En segundo lugar, y siguiendo el mismo concepto de neto, cuando haya avances y retrocesos simultáneos en diferentes indicadores de democracia se tomarán decisiones particulares en cada caso, fruto de su valoración razonada y siempre desde una posición muy estricta, conservadora y sin concesiones, para la posterior prueba de hipótesis. En tercer lugar, cuando haya datos perdidos de democracia, siempre debidos a la suspensión del normal funcionamiento político del país a causa de una invasión militar o un periodo de transición, se compararán los valores de cuando el país recupere la normalidad frente a los últimos disponibles, una vez estudiada en profundidad cada situación.

Adicionalmente, hacemos notar que la variable no permite por construcción que en determinados casos se produzca un nuevo avance: cuando los niveles de sus componentes son tan elevados que no dejan un razonable espacio matemático para el hipotético nuevo avance. Para que pueda haber un incremento de una unidad en $xrec$, que varía entre 1 y 4, el valor de esta variable el año anterior ha de ser de 3 o menos, mientras que el incremento de dos unidades en $xconst$, cuyo valor máximo es 7, sólo puede producirse respecto a un valor de 5 o menos. Para averiguar el valor máximo posible de las variables de participación y competición electoral, sin caer en lo ideal e irreal de una participación del 100% de la población o de una proporción de voto a partidos fuera del gobierno del 99,99%, somos restrictivos y acudimos a los valores máximos reales de ambas variables en la base de datos, hallando que la competición es como máximo 70 (hay numerosos casos con ese valor) y que la participación alcanza – excluyendo a los países comunistas por la existencia de voto obligatorio – 63,50 (en Suecia, 1973-1975). Así, el último valor razonable de participación sobre el cual ésta puede incrementarse en un 50% o más es 42,33, y el último valor razonable de

competición sobre el cuál ésta puede incrementarse en un 100% o más es 35. Resumiendo, si la participación es mayor de 42,33, la competición es mayor de 35, $xrec$ es mayor de 3 y $xconst$ es mayor de 5, entonces no hay ninguna posibilidad matemáticamente razonable de avance democrático al año siguiente¹⁰⁴. Lógicamente, estos casos son excluidos del análisis en la variable *DemPolUp*, figurando en ella como casos perdidos. Hay 497 casos perdidos por este motivo, un número elevado pero necesario para que el análisis de las probabilidades de avance democrático sea condicional al hecho de que, efectivamente, sea posible que tal avance ocurra. El Anexo II replica, no obstante, los modelos sin esta precaución, no viéndose afectados los resultados¹⁰⁵.

DemSocUp: 'democratic social upgrade'. Variable dicotómica que adopta el valor 1 si ocurre un avance democrático en el terreno social, el valor 0 si no ocurre y ningún valor válido si no hay datos al respecto o si ya se han producido con anterioridad todos los avances que permiten nuestros datos.

Para medir la progresión de la democracia en el ámbito de la protección social, el primer impulso es buscar datos del porcentaje de gasto público en políticas sociales. Pero el problema de la escasez de información está aquí especialmente extendido. Los datos sobre porcentaje del gasto público en diferentes capítulos de política social recopilados por Peter Flora y su equipo, en el volumen I de su clásico manual de datos (1983), consiguen cubrir en el mejor de los casos el periodo 1815-1975, pero sólo para 12 países europeos y ofreciendo fechas de inicio de los datos muy dispares entre países y con una disponibilidad extremadamente irregular en el tiempo. El esfuerzo es, no obstante, tan notable que continúa al servicio de los análisis de otros autores en artículos actuales (Aidt et al., 2006). Mirando hacia la primera parte de la base de datos *REBECA* – *Research on Social Benefits in Collective Agreements* – (Trampusch et al., 2009), concretamente a su bloque 4, de nuevo nos topamos con los datos de Peter Flora y sus colaboradores, esta vez sobre la introducción de diferentes seguros sociales obligatorios y el porcentaje de la fuerza de trabajo por ellos cubierta. En esta misma base, el arco

¹⁰⁴ De hecho, por si quedara alguna duda respecto a la cifra seleccionada de participación electoral, no se observa en los datos ningún avance democrático que parta por encima de esa magnitud de 42,33.

¹⁰⁵ Salvo en lo relativo al PIB per cápita y por motivos bastante obvios que serán aclarados en el propio Anexo II.

espacial del gasto en los diferentes seguros sociales mejora pero el temporal merma drásticamente: cuenta con datos de la OCDE para 16 países de 1980 a 2003. La última fuente que podría resultar interesante, el *SCIP – The Social Citizen Indicator Program* – (Korpi y Palme, 2008), facilita abundante información comparada sobre varios desarrollos del estado de bienestar (vejez, enfermedad, desempleo, accidentes de trabajo y cambio familiar), alcanzando los 18 países de la OCDE en su cobertura, con catorce puntos de datos para 1930, 1933, 1939, 1947, 1950 y luego cada cinco años hasta 1995. De nuevo nos resulta insuficiente.

Ninguna base de datos de las anteriores es satisfactoria si queremos abarcar la Europa de 1870-1975. Incluso, al trabajar aquí con el efecto de las guerras, no resulta en último término muy recomendable la alusión específica al gasto social del estado en diferentes áreas, ni siquiera como porcentaje del gasto global. Las guerras y los periodos en torno a ellas pueden alterar momentáneamente la estructura del gasto público, volcándolo en mayor porcentaje hacia una u otra área en función de necesidades aún ligadas al fenómeno bélico. Es preferible una medida más estable, y sobre todo más independiente de la composición general del gasto público, para identificar los avances en protección social, al menos en esta investigación.

La solución adoptada proviene del artículo ‘Reflections on fifty years of social security’, de Guy Perrin (1969). La tabla que lo acompaña se titula ‘Fechas en las cuales fueron establecidos los primeros esquemas estatutarios de seguridad social en los estados miembros de la Organización Internacional del Trabajo (OIT)’ (Perrin, 1969: 285-287), y es la fuente a partir de la cual codificamos manualmente los avances democráticos en el terreno de la protección social. Muestra, para un total de 112 países miembros de la OIT, la fecha de inicio de esquemas¹⁰⁶ (1) de prestaciones por enfermedad o maternidad; (2) de invalidez, vejez y pensiones de supervivencia; (3) de protección contra riesgos laborales; (4) de prestaciones de desempleo; y, finalmente, (5) de prestaciones familiares. Teóricamente no encuentra limitación temporal hacia atrás, al retrotraerse buscando la fecha en la cual se funda el primer esquema de cada tipo en cada país. Sea como fuere, en los datos concretos se observa que el primer esquema en aparecer fue el de prestaciones por enfermedad o maternidad en Bélgica en 1844, seguido por el de Austria en 1854 y completado en este último caso con la protección de

¹⁰⁶ En ocasiones los esquemas no afectan a toda la población sino a sectores de actividad concretos, como figura en las notas aclaratorias de la citada tabla (Perrin, 1969: 287).

inválidos, ancianos y supervivientes¹⁰⁷. Por tanto, la cobertura de la base comienza como mínimo en esas lejanas fechas, y alcanza hasta el año anterior a la fecha de publicación del artículo, registrando todavía en 1968 la inauguración del esquema de protección de inválidos, ancianos y supervivientes en la República de Madagascar. Aunque no cubre la totalidad de nuestro periodo de estudio, dejando fuera los siete años finales del mismo (entre 1969 y 1970), defendemos la adecuación de esta variable. Lo hacemos tanto por la imposibilidad de encontrar un sustituto tan fiable como por la relativa arbitrariedad teórica de la fecha elegida como final de la exploración, habida cuenta de que el modelo de guerra interestatal con las características interesantes para este estudio finaliza hacia la década de 1970 y no necesaria y exclusivamente en el año 1975.

La construcción de la variable de avances democráticos en la protección social es, tras la laboriosa informatización manual de los datos de Guy Perrin, sencilla. Dicha variable, a la que hemos llamado *DemSocUp*, adopta el valor 1 si en ese año determinado se establece en el país en cuestión cualquiera de los esquemas de protección social de entre los cinco tipos señalados anteriormente. En el resto de casos, al no producirse ningún avance, la variable es 0. La pérdida de datos de esta variable en el W&RD es relativamente baja, más allá de los mencionados años 1969-1975 para todos los países y de algún que otro caso puntual que se detalla en el Anexo I. Hay que tener en cuenta, sin embargo, que cuando un país llega a introducir todos los esquemas propuestos, a partir de ese momento presenta valores perdidos en esta variable, ya que no es posible bajo ninguna circunstancia – como bien señala la lógica – que vuelva a presentar *nuevas* primeras introducciones de dichos esquemas.

Al tratar únicamente con las fechas de instauración de los diferentes esquemas sociales, carecemos de información sistemática acerca de cómo éstos, una vez establecidos, se van modificando y reforzando. No sabemos cuándo determinados esquemas que en su origen protegían a ciertos sectores de la población se fueron extendiendo a otros, ni cuándo ampliaron su cartera de servicios, ni cuándo se asignaron mayores recursos a su implementación. En contrapartida hemos conseguido una información sobre protección social completa y comparable, adecuada para el análisis estadístico. De hecho, el carácter restrictivo de la variable nos conduce, al estudiar el efecto de las guerras sobre ella, a un análisis muy duro para nuestras hipótesis, muy

¹⁰⁷ Al hilo de la nota anterior, hay que tener en cuenta que estos esquemas en concreto sólo afectaban a marineros.

conservador. La teoría nos informa de que tras las dos guerras mundiales en particular hubo un incremento muy notable de la política social que culminó, después de la Segunda Guerra Mundial, con la creación de estados de bienestar (Marwick, 1974; Titmuss, 1974; Stephens, 1979; Bilbao Ubillos, 1990; Fernández Steinko, 2002). Algunos tipos de política social pudieron ser diseñados entonces por vez primera, pero quizá otros simplemente fueron actualizados y redimensionados. Aquí sólo captamos el inicio de los distintos tipos de esquemas de protección social, lo cual implica dos cosas: primero, que la evidencia histórica es la que ha de lidiar con las particularidades descritas y, segundo, que de encontrarse una relación estadísticamente significativa con la guerra, ésta será obtenida en unas condiciones de análisis relativamente hostiles y, por ello, más fiables todavía.

Una vez aclaradas las variables dependientes sobre las que pivota esta investigación, *DemPolUp* y *DemSocUp*, se hace notar que, cuando proceda abordar las dos cuestiones complementarias a las hipótesis del estudio, se introducirán otras variables dependientes. Por claridad expositiva se omiten en este apartado, ya que surgen secundariamente en el transcurso de los análisis. No obstante, cuando aparezcan recibirán la atención oportuna y, de igual modo, serán glosadas al detalle en el Anexo I junto con el resto. Una investigación con más de una variable dependiente es inusual, no digamos ya con más de dos, pero deseamos afrontar el reto sugerido por nuestro marco teórico en el mayor nivel de instancias posible.

Variables independientes

Contamos con cinco variables independientes utilizadas para la prueba de las diferentes hipótesis formuladas y dos que se introducen a modo de control. A todas ellas subyacen planteamientos teóricos ya expuestos y que justifican su inclusión. Respecto a la cantidad, cabe aclarar que los estudios con datos históricos no suelen ser muy prolijos en el número de variables independientes consideradas, habida cuenta de la ya comentada escasez de datos a la que se suelen enfrentar. En el otro extremo, tampoco es deseable la introducción alocada y masiva de variables cuyo significado para el análisis se desconoce. Por consiguiente, se prefiere un conjunto de variables independientes controlado en virtud de un análisis claro, preciso y fundamentado teóricamente. A continuación se exponen las siete variables independientes sustantivas a las que nos hemos referido, dejando para el anexo la definición de otras variables independientes

que son o bien modificación de aquéllas, o bien alternativas de medición, o bien fruto de las necesidades suplementarias de control impuestas por ciertos modelos estadísticos.

PostIW: 'postwar period: inter-state war'. Variable dicotómica que adopta el valor 1 en el año de finalización de las guerras interestatales y en el inmediatamente posterior a las mismas, y el valor 0 en el resto.

La fuente de información sobre guerras interestatales es la base de datos *Inter-State War Data, 1816-2007, v4.0*, perteneciente al *Correlates of War Project* (2012b). En ella, cada registro refleja diversos datos que caracterizan la participación de un país en una guerra interestatal concreta. Basta con trasladarlos a la estructura año-país del W&RD, proveniente del mismo proyecto (Correlates of War Project, 2011), para identificar los años en los cuales los países europeos del periodo participaron en guerras interestatales.

Existe alguna crítica hacia el *Correlates of War Project* tanto en lo relativo a la lista de países que incluye y sus periodos de existencia (Gleditsch et al., 2002), como respecto a los conflictos armados que enumera (Gleditsch, 2004), las cuales han servido para crear otra base de datos sobre conflictos armados, abarcando el periodo desde 1946 hasta 2001 (Gleditsch et al., 2002). La plataforma con mayor cantidad de información continúa siendo, en cualquier caso, el *Correlates of War Project*. Además, las guerras interestatales del periodo 1870-1975 libradas por países europeos prácticamente no se ven afectadas por las modificaciones sugeridas, que consisten principalmente en el tratamiento como estados independientes de territorios antes caracterizados como colonias.

El común origen de la estructura año-país y de los datos de guerra asegura la información completa en las variables prebélicas y posbélicas, aunque no exime de ciertas modificaciones. Cabe aclarar que algunos países 'desaparecen' momentáneamente en la estructura del *Correlates of War Project* (2011) a causa de invasiones puntuales vinculadas a una guerra interestatal activa. En el W&RD éstos son considerados territorios existentes y que se encuentran en guerra, con la finalidad

evidente de no perder la continuidad en sus datos y poder así comparar sus situaciones previa y posterior a la guerra, cuando recuperan su independencia¹⁰⁸.

La variable *PostIW* denota con el valor 1 el año de terminación de cada guerra y el siguiente año posbélico, con el objetivo de someter a prueba las que hemos señalado como hipótesis H_1 y H_1' . Caben tres aclaraciones. Primero, en la misma línea del párrafo anterior y atendiendo en particular a nuestras hipótesis, si un país carece de datos políticos mientras está implicado en una guerra interestatal, se entiende que el año en el que el país vuelve a la normalidad política, el año en el que su sistema político se reactiva, es realmente el primer año posbélico, y así se codifica en relación a *PostIW*. Segundo, si un mismo país enlaza un conflicto interestatal con otro sin que medie en la base de datos al menos un año de paz, todo ese periodo de implicación bélica se trata como una única unidad a efectos del cálculo de esta variable. Tercero, se ha elegido centrar el periodo posbélico en el año final de la guerra y el posterior por dos motivos. Por un lado, así se busca un efecto político inmediato ante el fin del combate – incluso en el mismo año en que finaliza el conflicto – frente a la opción de Przeworski (2009) de contabilizar como periodo posbélico hasta un total de tres años posteriores a la guerra. Por otro, aunque sea factible encontrar avances durante el propio transcurso de la guerra que respondan a los mismos mecanismos hipotéticos, estos diseminarían el efecto anual de la variable y la harían más laxa, más vaga. Sólo la ilustración histórica del último capítulo recupera cierta generosidad a la hora de contemplar la distribución de avances democráticos en torno a las guerras.

PreIW: 'prewar period: inter-state war'. Variable dicotómica que adopta el valor 1 en el año de inicio de las guerras interestatales y en el año inmediatamente anterior a las mismas, y el valor 0 en el resto.

Esta variable sigue la misma lógica que la anterior. Su información también proviene de la base de datos *Inter-State War Data, 1816-2007, v4.0* (Correlates of War Project, 2012b), aunque en este caso no necesita prestar atención ni a los países que 'desaparecen' en *Correlates of War* a causa de pasajeras invasiones militares ni a ningún caso perdido durante la guerra en instancias políticas. No lo necesita, sencillamente, porque antecede en el tiempo a ambos problemas de codificación. Sí es

¹⁰⁸ Para una información completa, véase el apartado 'Estructura de la base de datos' del Anexo I de esta investigación.

igualmente sensible, por el contrario, a la consecución de varios conflictos interestatales en un mismo país, la cual entiende como una única unidad, como una única guerra, a la hora de fijar su codificación.

La variable *PreIW* sirve para examinar las hipótesis identificadas como H_2 y H_2' , al señalar el año de inicio de las guerras interestatales y el previo. La elección de esta longitud temporal para el periodo prebélico no sólo lo hace simétrico con el posbélico, buscando también la concentración del efecto de la variable, sino que alega sus propios motivos. Si las élites amplían los márgenes de la democracia antes de las guerras para conseguir a cambio el esfuerzo de la población, entonces deberán convencer a sus soldados en la preparación del ataque – año previo o mismo año de la guerra – o en la reacción defensiva ante un ataque completamente por sorpresa – mismo año de la guerra – o relativamente esperado – año anterior – en atención a la situación internacional. Nos distanciamos nuevamente de Przeworski (Przeworski, 2009) y su consideración de periodos prebélicos de tres años.

UnrestME: 'unrest: major events'. Variable dicotómica que adopta el valor 1 si se produce un episodio mayor de protesta, el valor 0 si no se produce y ningún valor válido si no hay datos al respecto.

La medición año a año y país por país de la protesta política, de las acciones de presión de los de abajo sobre los de arriba, es una tarea en sí misma muy complicada, más todavía en una amplia perspectiva histórica. La mayor cantidad de información codificada numéricamente al respecto se encuentra en el *Cross-National Time-Series Data Archive* de Arthur S. Banks y Kenneth A. Wilson (2012). Ellos facilitan diferentes variables con información doméstica del país (variables *domestic* en su base) en cuanto a número de asesinatos políticos, huelgas generales, actividad guerrillera, grandes crisis de gobierno, purgas, disturbios, revoluciones y manifestaciones pacíficas contra el gobierno, además de un índice de conflictividad que sintetiza todas ellas. El problema, más allá de cuáles merecería la pena combinar para nuestro estudio y de qué forma, es su escasa cobertura temporal: aunque la citada base comprende a todos los países del mundo desde 1815 hasta 2009, estas variables sólo están medidas para países independientes a partir de 1919 y nunca para los años de la Segunda Guerra Mundial (1940-1945).

Con este problema se topó Przeworski en su artículo ‘Conquered or granted? A history of suffrage extensions’ (2009), que ya analizamos detalladamente en el Capítulo IV. El autor presenta en él una base de datos, dirigida al estudio de las extensiones del sufragio, que incluye a ‘187 países o territorios dependientes desde el momento en el que establecieron sus primeras instituciones electorales nacionales hasta el año 2000’ (2009: 295). Su principal variable independiente, que recoge el componente de conquista social en las extensiones del sufragio al aludir a la amenaza revolucionaria, se llama *unrest* y es la suma de huelgas, manifestaciones y disturbios retardados un año, calculada con los mencionados datos de la *Cross-National Time-Series Data Archive* (Banks y Wilson, 2012). En consecuencia, y como explicita el propio autor en el apéndice de su artículo, la introducción de esta variable en los análisis hace que se herede en ellos el limitado marco temporal de las variables que los componen, reduciendo la muestra efectivamente analizada a los países independientes a partir del año 1919 y, por lo tanto, dejando al margen a las colonias, a todos los países con anterioridad a esa fecha y a todos los países durante la Segunda Guerra Mundial.

El W&RD ha solventado el problema de cobertura de las variables de protesta política buscando nuevos datos en el ‘Appendix 3: European (Regional and Extraregional) Wars, Insurrections, Rebellions, Revolutions, Uprisings, Violent Strikes, Riots, and Demonstrations, 1789-1945’ del libro de Sandra Halperin (2004). En él figuran más de 500 episodios enmarcados genéricamente bajo el título del apéndice y que cubren toda Europa desde el año 1789 hasta el 1945. A partir de esta fuente, y excluyendo las guerras de cualquier tipo que también comprende, se han identificado aquellos episodios de protesta caracterizados por enfrentar a los de abajo, a los oprimidos, contra los de arriba, dejando a un lado los golpes de estado reaccionarios, las masacres promovidas por el gobierno, los actos de represión estatal y la violencia de objetivo puramente sectario. El resultado es la variable dicotómica *UNREST_Halperin*, con valor 1 si hay un episodio de protesta activo en el país y valor 0 si no lo hay, presentando datos en el W&RD para todos los países hasta el año 1945.

En la medida que esta variable no cubre todo nuestro periodo de interés, ha sido necesario combinarla con la información de la *Cross-National Time-Series Data Archive* (Banks y Wilson, 2012). Existían tres dificultades al respecto: una era la elección de los componentes más adecuados de esta última fuente para elaborar una variable de protesta política en el periodo 1919-1975, otra la reducción de esa información a una variable dicotómica que pudiera equipararse con los datos de

Halperin en la identificación de grandes episodios de protesta y, la última, el establecimiento de los términos específicos de dicha equiparación. Para resolver la primera de ellas creamos una variable llamada *unrest3_Banks*, que es la suma del número de huelgas generales, disturbios y revoluciones recogidos en las variables *domestic2*, *domestic6* y *domestic7* de la mencionada base de datos, y que tomamos como reflejo del nivel de protesta política. A un lado quedaron otros posibles componentes por ser ambiguos desde el punto de vista de la protesta y claramente endógenos respecto a situaciones bélicas (asesinatos políticos, actividad guerrillera, purgas), inespecíficos (grandes crisis de gobierno) o más propios del ejercicio de la democracia que de la lucha por su obtención a finales del XIX y gran parte del siglo XX (manifestaciones pacíficas contra el gobierno, de cualquier género). Así obtuvimos desde la *Cross-National Time-Series Data Archive* (Banks y Wilson, 2012) una variable continua para el periodo 1919-1975, a excepción de los años de la Segunda Guerra Mundial (1940-1945).

Pero mientras la variable *UNREST_Halperin* es dicotómica, la variable *unrest3_Banks* es continua, lo cual nos conduce al siguiente problema. Para llevar a la segunda variable a la identificación no ya de la suma de huelgas generales, disturbios y revoluciones sino de los principales momentos de protesta política, al igual que hace la primera, se ha de reducir a una variable dicotómica. El umbral de *unrest3_Banks* para considerar que está teniendo lugar una protesta política de envergadura se averiguó aprovechando el breve periodo de coincidencia temporal en las mediciones de ambas fuentes: 1919-1939. En ese periodo se descubrió que la mejor adaptación de *unrest3_Banks* al terreno dicotómico, la más parecida a *UNREST_Halperin* en ese periodo, era *unrest3_Banksover6*, que adopta el valor 1 cuando la suma de huelgas generales, disturbios y revoluciones es mayor de 6 en un año, y el valor 0 en el resto de casos. La correlación de Pearson entre ambas variables dicotómicas es, en su periodo de coincidencia, de 0,497 y significativa con un nivel de confianza del 99%, una cifra razonable – y, sobre todo, no mejorable con otras alternativas – teniendo en cuenta la disparidad de las fuentes de datos y el breve periodo de convergencia a examen, y que no rechaza nuestras suposiciones sobre el principio de identidad en lo que se está midiendo. Por consiguiente, se hace notar que el proceso de consideración conjunta de ambas fuentes de datos no sólo atendió a cuestiones de definición teórica a priori sino también estadísticas, lo cual refuerza la seguridad de que el resultado es una medición conceptualmente bastante homogénea.

Finalmente, y como última etapa, se combinaron ambas variables dicotómicas en una única medida que sirviera para poner a prueba las hipótesis H_3 y $H_{3'}$. Es la variable – también dicotómica – que hemos llamado *UnrestME* la encargada de identificar, con el valor 1, los episodios mayores de protesta política en todo el periodo 1870-1975. Se define de la siguiente forma: antes de 1919 es igual a *UNREST_Halperin*, entre 1919 y 1945 es igual a *UNREST_Halperin* más los casos extra que identifica *unrest3_Banksover6* y, finalmente, después de 1945 es igual a *unrest3_Banksover6*. De esta forma se obtiene una variable de protesta política que cubre todo el periodo 1870-1975 y sin prácticamente datos perdidos. La naturaleza de nuestro estudio mereció una leve modificación adicional: en la media docena de casos en los que los episodios de protesta coinciden con momentos de valores perdidos de democracia, a causa de una invasión o de una transición en marcha, la identificación de las protestas se traslada al primer año con datos de democracia después de tales sucesos, para no perder la influencia – o la no influencia – de la protesta en los hechos políticos resultantes, sean estos los que sean.

GDPpc_Maddison_i: 'Gross Domestic Product (GDP) per capita: interpolated'. Variable continua que mide el Producto Interior Bruto (PIB) per cápita en dólares internacionales Geary-Khamis de 1990.

Las mejores, más completas y más utilizadas series históricas de Producto Interior Bruto (PIB) per cápita se las debemos al trabajo del difunto Angus Maddison, iniciado en sus famosos volúmenes de *The world economy* (2001, 2003) e informatizado, disponible en acceso abierto y actualizado en su página web (2010). Muestra datos anuales de población, PIB y PIB per cápita, así como sus ratios de crecimiento, para todos los países del mundo desde el año 1820 hasta el 2008, con estimaciones puntuales para los años 1, 1000, 1500, 1600 y 1700 de nuestra era. La disponibilidad de datos varía enormemente en función del país en cuestión, pero en general es muy satisfactoria, más todavía para Europa, lo cual nos ha permitido rellenar algunos de los pequeños huecos en la información del PIB per cápita mediante un sencillo proceso de interpolación lineal, y someter así a prueba a las hipótesis H_4 y $H_{4'}$.

El PIB per cápita que facilita Maddison está medido en millones de dólares internacionales Geary-Khamish de 1990, lo cual garantiza una adecuada comparación sincrónica y diacrónica de los datos. Dicho de otro modo, las cifras de PIB per cápita de

todos los países y para todos los años se expresan equiparadas al valor de los dólares estadounidenses en 1990. Esto hace que los datos, al ser equivalentes a la moneda de un mismo país, estén ajustados por paridades del poder adquisitivo y, al estar referidos a un mismo año, estén ajustados por inflación, asegurándose así su comparabilidad con independencia de la economía monetaria de cada país y de cada año.

SimDemPolUp / SimDemSocUp: ‘simultaneous democratic political upgrades’ / ‘simultaneous democratic social upgrades’. Variables dicotómicas que adoptan el valor 1 si en el entorno europeo del país referido hay al menos dos avances democráticos en el terreno político / en el terreno social en ese mismo año, el valor 0 para el resto de casos y ningún valor válido si no hay datos al respecto.

Esta pareja de variables, que aluden respectivamente a las hipótesis H₅ y H₅^{*}, han sido creadas a partir de las variables de avance democrático en el terreno político (*DemPolUp*), en el primer caso, y de avance democrático en el terreno social (*DemSocUp*), en el segundo, y en consecuencia comparten con ellas los casos sin datos. Identifican con el valor 1 los años en los que hay dos o más avances del tipo al que aluden fuera del país de referencia, incorporando así de algún modo el contexto internacional – con todas las ambigüedades y desconfianzas ya señaladas al respecto – a la investigación.

Milperpc: ‘military personnel per capita’. Variable continua que indica el porcentaje del personal militar sobre el total de la población del país.

Esta variable se introduce a modo de control, sin expectativas teóricas al respecto, ya que nuestras hipótesis principales no se basan en el porcentaje de militares existente en una sociedad por sí sólo sino en las consecuencias de la movilización militar durante las guerras de cierto periodo. En su construcción se emplearon dos variables de la base *National Material Capabilities, 1816-2007, v4.0* (Correlates of War Project, 2012d): *milper* (personal militar, en miles) y *tpop* (población total, en miles).

Merece la pena examinar las carencias de información en los citados componentes y la solución adoptada. Los escasos datos perdidos por el sistema (‘sysmissing’) en ambas variables se explican por su adaptación a la estructura del W&RD desde el *Correlates of War Project*, donde algunos países ‘desaparecían’ en

torno a la Segunda Guerra Mundial a causa de su invasión y ocupación extranjera. Aquí, a diferencia de lo ocurrido con las variables identificativas de la guerra y de sus periodos pre y posbélicos, no es posible completar esos casos incorporados al W&RD con información precisa. Además, la variable *milper* denota con el valor -9 otros momentos adicionales en los cuales, también habitualmente a causa de ciertas coyunturas bélicas, no hay datos para un país sobre el tamaño de sus ejércitos. Estas carencias de datos, derivadas de una ocupación extranjera o de determinadas coyunturas bélicas, se solventaron con la interpolación lineal de las dos variables – *milper* y *tpop* – previa al cálculo de *Milperpc*. A pesar de ser ésta la única opción para conseguir datos lo más completos posible, y de ser pocos los años afectados, resulta manifiestamente insatisfactoria en la precisión anual de esos datos, máxime cuando su pérdida podría asociarse hipotéticamente con fuertes incrementos o decrementos de las variables en cuestión.

En definitiva, *Milperpc* lo que ofrece es una idea de las tendencias durante esos años en función de la información previa, de partida, y posterior, de llegada, sí existente en el país. Esto es suficiente para una variable de control, teniendo en cuenta que la información no está perdida en todas las situaciones bélicas sino sólo en algunas, y que la variable independiente principal de este estudio – los periodos posbélicos de las guerras europeas entre 1870 y 1975 – algo dice, obviamente, acerca de la proporción de personal militar en la participación bélica.

CumUnrestME: ‘cumulative UnrestME’. Variable continua que es la suma acumulada de la variable UnrestME para cada país desde 1870 hasta ese momento.

Esta variable se incluye, al igual que la anterior, a modo de control. Su cometido es tomar en consideración, en los diferentes análisis, el historial de protesta política que cada país lleva acumulado desde 1870 y hasta el año de la observación concreta a la que se refiera. De este modo es posible sacar conclusiones para el resto de variables independientes controlando el que unos países sean más propensos que otros a acumular grandes episodios de protesta política, y al mismo tiempo comprobando si dicha acumulación añade algo a la explicación más allá de la variable *UnrestME*, más allá de lo ya explicado por el momento concreto en el que se éstos se producen. Desde aquí podríamos incluso, dependiendo de los resultados, tender puentes alternativos entre esta

variable de control y las hipótesis H_3 y H_3' relativas a la presión política de los oprimidos.

Modelos estadísticos

Para estudiar la relación entre las variables dependientes e independientes antes definidas se han utilizado múltiples modelos estadísticos. Hay que tener en cuenta que la codificación de las variables dependientes condiciona el tipo de modelo aplicable a los datos. Aquí nos encontramos ante variables dependientes que indican si ocurre (valor 1) o no (valor 0) un avance democrático en cierto ámbito, lo cual las caracteriza como dicotómicas o binarias. En estos casos la regresión lineal múltiple – útil con variables dependientes continuas – no es adecuada al violarse los supuestos sobre los que se erige (Gujarati, 1992: 54-63), y hay que acudir a los modelos binarios logit – conocidos en español como ‘regresiones logísticas’ o ‘modelos logísticos’ – o probit, estimados ambos por máxima verosimilitud (*maximum likelihood*). La diferencia entre unos y otros radica en la distribución que asumen para modelizar los errores: la distribución logística (media 0 y varianza $\pi^2/3$) en los modelos logit y la distribución normal (media 0 y varianza 1) en los probit (Long y Freese, 2001: 101; García Pérez, 2005b: 226-228; Escobar Mercado, 2010: 372-373; Greene, 2012: 688). Aquí nos hemos decantado por los modelos logit debido a su amplia utilización en ciencias sociales y a que permiten incorporar todas las sofisticaciones estadísticas que proponemos. No obstante, cabe resaltar que la variación en los resultados en función de que se opte por uno u otro género de modelos no suele ser relevante. De hecho, replicamos los análisis de forma exploratoria con ecuaciones probit, hasta donde fue posible, sin encontrar discrepancias importantes.

Si bien los modelos logit son la base de nuestros análisis, su aplicación al W&RD plantea la superación de un gran problema: las observaciones de la base de datos se distribuyen en el tiempo (años) y se agrupan en el espacio (países), por lo que no han de ser consideradas inicialmente como independientes entre sí. Cada caso es un año-país, es decir, informa sobre la situación de un país en un año determinado. En tales circunstancias, es imposible asegurar a priori que los valores que adopta el país en las variables dependientes en un año concreto no están influidos, además de por el conjunto de variables independientes considerado, por los valores de ese mismo país en esas mismas variables dependientes en años anteriores. En otras palabras, es imposible

garantizar la independencia temporal de las mediciones en el marco histórico de cada país. Si la naturaleza de las variables a explicar fuera continua, bastaría con aplicar las técnicas lineales de modelización espacio-temporal del *panel data analysis / time-series–cross-section analysis*, basadas tanto en la consideración de procesos autorregresivos, integrados y de medias móviles de diferentes órdenes – comprendidos en modelos ARIMA (*Autoregressive Integrated Moving Average*) – como en la inclusión de posibles efectos fijos (*fixed effects*), efectos aleatorios (*random effects*) o efectos mixtos (*mixed effects*) que dieran cuenta de la variación no observada, entre otras muchas técnicas pensadas para despojar a los resultados de las hipotéticas dependencias temporales y espaciales que a priori se les suponen. Sin embargo, al tratar con variables dependientes dicotómicas se clausura directamente el camino seguido por buena parte de estas técnicas, en particular las que proceden del campo de las series temporales, haciendo necesario reconsiderar la situación desde una nueva perspectiva.

La solución se encuentra en el artículo de Nahaniel Beck, Jonathan N. Katz y Richard Tucker (1998), titulado ‘Taking time seriously: Time-series–cross-section analysis with a binary dependent variable’. En él señalan la incorrección, bastante común, de analizar mediante modelos logit o probit convencionales datos donde la variable dependiente es binaria pero que en realidad representan conjuntos de series temporales (BTSCS, por sus siglas en inglés). Como ya hemos dicho, las observaciones podrían ser temporalmente dependientes, lo cual arruinaría los resultados obtenidos si no se tiene en cuenta este extremo. Su brillante punto de partida para afrontar el problema es el siguiente (1998: 1265):

Los datos anuales de BTSCS son equivalentes a datos agrupados de duración con un intervalo de observación de un año. La variable dependiente dicotómica es uno en un año determinado si hubo un fallo (por ejemplo, conflicto) durante ese año, con las variables independientes medidas también anualmente. Remarcamos que los datos BTSCS son, por definición, datos agrupados de historia de acontecimientos [grouped event history data]; no se requiere ningún sofisticado argumento matemático, estadístico o computacional para demostrar esto.

En nuestro caso concreto, un avance democrático sería considerado, en el lenguaje de los modelos de duración (*duration models*), un ‘fallo’ dentro de la normalidad, el cual habría que explicar teniendo siempre en cuenta el tiempo transcurrido desde la última vez que éste sucedió dentro del grupo concreto de datos – del país – al que se refiere.

La propuesta de Beck, Katz y Tucker pasa por trasladar esta idea a los modelos logit y probit, introduciendo en ellos controles que den cuenta del tiempo transcurrido desde la última vez que ocurrió el evento en el país y descubriendo así si este hecho influye en el resultado actual. Las opciones que ofrecen y aplican en su artículo son: (1) el logit con la inclusión de variables dicotómicas temporales de duración, (2) el logit con la inclusión de *splines* o curvas suavizadas que recojan esa misma influencia temporal y (3) el empleo, en lugar de la función logit, del conocido como modelo cloglog junto con las variables dicotómicas temporales de duración. A la hora de realizar los análisis ejecutaremos todas estas opciones, comparando sus resultados para descubrir si nuestras observaciones son temporalmente dependientes y, en su caso, si este hecho anula las conclusiones de los modelos logit iniciales.

Basándose en la misma caracterización de la situación realizada por los autores anteriores, David B. Carter y Curtis S. Signorino (2010) proponen una modelización todavía más sencilla de implementar en su artículo ‘Back to the future: modelling time dependence in binary data’. Ellos reconocen el punto de inflexión que supuso el trabajo de Beck, Katz y Tucker, su gran impacto en los desarrollos posteriores, pero al tiempo cuestionan sus soluciones. La inclusión de variables dicotómicas temporales de duración plantea problemas de eficiencia y de separación de datos, mientras que los *splines* no acostumbran a ser bien definidos por el usuario. En consecuencia, no sin humor, rotulan dos de las secciones de su artículo como ‘*time dummies for dummies*’ (‘variables dicotómicas de tiempo para los tontos’) y ‘*love the spline, hate the spliner*’ (‘ama el *spline* y odia a quien lo hace’). La solución que proponen, y que nosotros implementaremos al lado de las anteriores, consiste en la simple inclusión conjunta de tres variables que representen el paso del tiempo, el paso del tiempo al cuadrado y el paso del tiempo al cubo desde la última vez que ocurrió el suceso en el país. Este modelo complementará a los anteriores y cerrará la consideración del conjunto de aproximaciones que se han realizado desde la definición de estas situaciones como datos agrupados de historia de acontecimientos (*grouped event history data*).

Por otro lado, no hemos querido renunciar a explorar dos correcciones tradicionales derivadas del *panel data analysis* como son el modelo de efectos fijos (*fixed-effects*) y el de efectos aleatorios (*random-effects*), cuyo uso no-lineal en la explicación de variables dependientes binarias también ha sido considerado en la literatura (Wooldridge, 2002: 483-492; Cameron y Trivedi, 2010: 601-603 y 611-614; Greene, 2012: 716-727). Ambos controlan, dadas las sospechas de interdependencia en

las observaciones, el efecto que sobre los resultados podrían estar ejerciendo ciertas variables aleatorias omitidas en la especificación inicial. Los modelos *fixed-effects* controlan, como su propio nombre indica, los efectos fijos – en el sentido de constantes en el tiempo – que el hecho de encontrarse en uno u otro país tendría sobre los resultados. En un vocabulario más técnico, la distribución de esa variable aleatoria inicialmente omitida, de esa distribución de la heterogeneidad oculta que proviene de nuestros datos, se entiende que quizá guarde relación con esos mismos datos, con las propias variables independientes que, lógicamente, también están medidas en el contexto de cada país. En cuanto a los modelos *random-effects*, éstos controlan por efectos aleatorios – sin acepción fija de espacio o tiempo – partiendo de la base de que la variable aleatoria inicialmente omitida, la heterogeneidad oculta que proviene de los datos, no correlaciona con esos mismos datos.

Al margen de estas precauciones de carácter espacio-temporal, en seguida notaremos que nuestras variables dependientes – los avances democráticos – son acontecimientos bastante infrecuentes en la historia, presentando en consecuencia una proporción muy reducida de casos con el valor 1. Gary King y Langche Zeng (2001a; 2001b) acuñaron el término *rare events* – acontecimientos raros – para referirse a estas ‘variables dependientes binarias caracterizadas por tener desde docenas a miles de veces menos unos (acontecimientos como guerras o golpes) que ceros (no ocurrencia de esos acontecimientos)’ (2001b). En nuestro estudio las guerras cristalizan en variables independientes, pero los avances democráticos que explicamos encajan con la descripción de *rare events*. Más allá de las propuestas de los autores para que la recogida de datos resulte lo más eficiente posible en estos casos, presentan una serie de correcciones matemáticas que evitan el problema de subestimación en la probabilidad de ocurrencia del *rare event* que podría presentarse con los modelos logísticos al uso. Aplicaremos estas correcciones y examinaremos su utilidad.

El compromiso con la obtención de unos resultados robustos nos conducirá a probar la corrección de los errores estandarizados y, en los modelos que a la postre resulten más relevantes, a la implementación de técnicas de remuestreo. El cálculo de los errores estándar robustos (*robust standard errors*) o errores estándar sándwich (*sandwich standard errors*) – atribuidos a los desarrollos de Halbert White (1980, 1982) y de Peter J. Huber (1967) – es común en los modelos lineales – incluidos especialmente entre ellos los modelos lineales panel – bajo sospecha de mala especificación por la violación de la asunción de que los errores sean independientes, de

que estén idénticamente distribuidos o de ambas a la vez (Cameron y Trivedi, 2010: 81-83; Greene, 2012: 272-275, 350-352, 385-389). Aunque ha sido considerado también su uso en modelos no-lineales (Cameron y Trivedi, 2010: 323-328), la utilidad de esta corrección en modelos logit está en entredicho ya que las dudas sobre una mala especificación carecen aquí hasta cierto punto de sentido, salvo en un caso como el que nos ocupa en el que intuimos la estructuración de los datos en clústeres y, en este sentido, la no independencia de las observaciones (Long y Freese, 2001: 69-70; Wooldridge, 2002: 461, 496-497; Cameron y Trivedi, 2010: 448; Greene, 2012: 545). En consecuencia, probaremos la corrección de los errores en su versión de clústeres robustos (*cluster-robust standard errors*) de país para permitir, en su caso, la correlación de los errores dentro de cada clúster, esto es, de cada país. Por otro lado, y en relación a las técnicas de remuestreo, corregiremos los modelos que resulten más relevantes mediante la extracción y reposición sucesivas de los datos de cada país tantas veces como países tenga la muestra, en lo que se conoce como un procedimiento *jackknife* por clústeres (Shao y Dongsheng, 1995)¹⁰⁹. Así controlaremos los estimadores en función de la inclusión de unos u otros países en el análisis, corrigiendo en términos muy generales un posible sesgo en los mismos derivado de este extremo.

Finalmente, para el caso concreto de la explicación conjunta de avances y retrocesos democráticos es necesario recurrir a un modelo logit multinomial (Long y Freese, 2001: 172-212; Cameron y Trivedi, 2010: 484-489; Escobar Mercado, 2010: 427-437; Greene, 2012: 763-766), aplicado por algunos también en el contexto de datos panel (Wooldridge, 2002: 497-499). Éste es el adecuado cuando la variable dependiente nominal tiene más de dos categorías que no guardan entre sí ningún orden concreto, como es el caso de la identificación del mantenimiento del estatus quo, del retroceso democrático y del avance democrático. Se trata, por tanto, de situaciones

¹⁰⁹ La indicada es una de las obras de referencia para dicho procedimiento. Sin embargo, nuestras limitadas pretensiones con el remuestreo nos detienen en la idea básica acerca del *jackknife* que aparece expresada en el manual de Alfonso García Pérez (2005a: 197-208) y trasladada a los comandos del paquete estadístico STATA en A. Colin Cameron y Parkin K. Trivedi (2010: 441-442), sin prodigarnos más allá salvo en la consideración de los clústeres como unidades de remuestreo. No se han empleado métodos de remuestreo *bootstrap* porque, a pesar de sus virtudes, el relativamente reducido número de valores 1 en algunas de nuestras variables devolvía la imposibilidad de calcular resultados para submuestras aleatorias en algunos casos, y porque el resultado de aplicar estos métodos es, dado el componente aleatorio, diferente en cada ocasión (aunque, en las pruebas realizadas, bastante coherente con los modelos a examen).

cualitativamente distintas que carecen de la propiedad del orden, y que serán tratadas en consecuencia.

La anterior recopilación de modelos y correcciones estadísticas completa la información del diseño empírico cuantitativo de esta investigación, al tiempo que sirve de guía, de hoja de ruta, para los análisis posteriores. Al hilo de los mismos se detallarán algunos matices teóricos y técnicos adicionales que contribuyan a la completa caracterización de cada modelo, dejando para el Anexo II la formulación general de los modelos teóricos logit. Tras contrastar las hipótesis bajo diferentes asunciones estadísticas, poniendo a prueba los sencillos logit iniciales mediante la introducción de las múltiples sofisticaciones descritas, se apostará por uno de los modelos a modo de resumen, en beneficio de la claridad y de la parsimonia. En la reflexión posterior a cada modelo se dejará notar que nuestro objetivo en el uso de la estadística no es tanto la predicción – se trata de una época histórica – como el contraste de la significación de las hipótesis principales, siempre bajo el control de sus competidoras, en diferentes y muy estrictos marcos de análisis. Todos los modelos estadísticos serán implementados con el programa STATA (StataCorp, 2009), utilizándose algunos de los suplementos para él creados: *Estout* (Jann, 2007), y *Fitstat* y *SPost9* (Long y Freese, 2001).

5.2. La guerra en la explicación de los avances democráticos

Entre 1870 y 1975 los países europeos participaron en un total de 32 guerras interestatales (ver Tabla 5.1). En términos geográficos, 16 contaron con escenarios bélicos propiamente europeos mientras que el resto se libraron por completo en otras regiones del planeta, aunque en todas ellas participó al menos un país europeo con su consiguiente estructura militar, la cual caracterizamos – en términos generales para el periodo – como ejército de masas. En tanto que guerras interestatales, todos los conflictos cumplen los requisitos mínimos de organización y violencia para ser calificados como tales, a saber: implican a dos o más estados en un combate duradero entre fuerzas armadas que arroja un total de al menos 1.000 víctimas vinculadas al campo de batalla (dentro de un periodo de 12 meses, excluidos los civiles), sufriendo cada estado 100 o más bajas o bien dedicando como mínimo 1.000 soldados armados al combate activo (Small y Singer, 1982; Sarkees y Wayman, 2010; Sarkees, 2012).

Tabla 5.1. Guerras interestatales con participación europea, 1870-1975

Nº	Nombre del conflicto	Países participantes
58	Guerra franco-prusiana (1870-1871)	Alemania, Baden, Bavaria, Francia, Württemberg
61	Segunda guerra ruso-turca (1877-1878)	Rusia, Turquía
65	Conquista de Egipto (1882) [Guerra anglo-egipcia]	Egipto, Reino Unido
67	Guerra sino-francesa (1884-1885)	China, Francia
76	Guerra greco-turca (1897) [Guerra de los Treinta Días]	Grecia, Turquía
79	Guerra hispano-estadounidense (1898) [Desastre del 98 / Guerra de Cuba]	España, Estados Unidos
82	Rebelión de los Bóxer (1900) [Levantamiento Yihétuán]	China, Estados Unidos, Francia, Japón, Reino Unido, Rusia
83	Guerra sino-rusa (1900)	China, Rusia
85	Guerra ruso-japonesa (1904-1905)	Japón, Rusia
94	Segunda guerra hispano-marroquí (1909-1910) [Guerra de Melilla]	España, Marruecos
97	Guerra italo-turca (1911-1912) [Guerra de Libia]	Italia, Turquía
100	Primera Guerra de los Balcanes (1912-1913)	Bulgaria, Grecia, Turquía, Yugoslavia
103	Segunda Guerra de los Balcanes (1913)	Bulgaria, Grecia, Rumanía, Turquía, Yugoslavia
106	Primera Guerra Mundial (1914-1918)	Alemania, Austria-Hungría, Bélgica, Bulgaria, Estados Unidos, Francia, Grecia, Italia, Japón, Portugal, Reino Unido, Rumanía, Rusia, Turquía, Yugoslavia
107	Guerra de Liberación estona (1918-1920) [Guerra de Independencia de Estonia]	Estonia, Finlandia, Rusia
108	Guerra de Liberación letona (1918-1920) [Guerra de Independencia de Letonia]	Alemania, Estonia, Letonia, Rusia
109	Guerra ruso-polaca (1919-1920)	Polonia, Rusia
112	Guerra de adversarios de Hungría (1919)	Checoslovaquia, Hungría, Rumanía
115	Segunda guerra greco-turca (1919-1922) [Guerra del Asia Menor]	Grecia-Turquía
116	Guerra franco-turca (1919-1921) [Guerra de Cilicia]	Francia, Turquía
117	Guerra lituano-polaca (1920)	Lituania, Polonia
118	Guerra de Manchuria (1929)	China, Unión Soviética
127	Conquista de Etiopía (1935-1936) [Segunda guerra italo-etíope]	Etiopía, Italia
133	Guerra Changkufeng (1938) [Batalla Lago Jasán / Incidente de Changkufeng]	Japón, Unión Soviética
136	Guerra Nomonhan (1939) [Batalla Jaljin Gol / Incidente de Nomonhan]	Japón, Mongolia, Unión Soviética

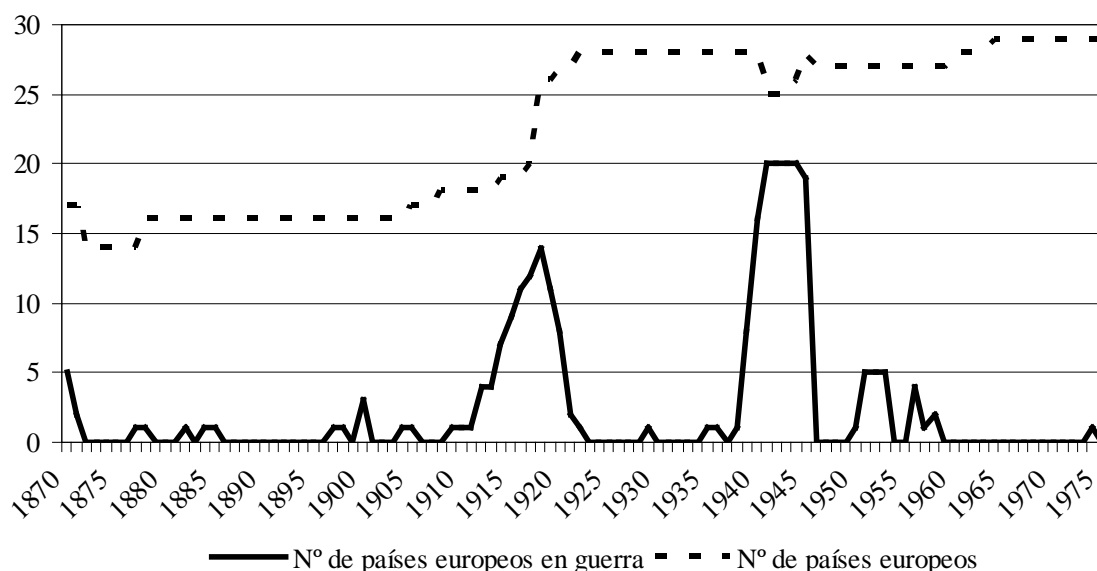
139	Segunda Guerra Mundial (1939-1945)	Albania, Alemania, Australia, Austria, Bélgica, Brasil, Bulgaria, Canadá, Checoslovaquia, China, Dinamarca, Estados Unidos, Estonia, Etiopía, Finlandia, Francia, Grecia, Hungría, Italia, Japón, Letonia, Lituania, Luxemburgo, Mongolia, Noruega, Nueva Zelanda, Países Bajos, Polonia, Reino Unido, Rumanía, Sudáfrica, Unión Soviética, Yugoslavia
142	Guerra ruso-finlandesa (1939-1940) [Guerra de Invierno]	Finlandia, Unión Soviética
145	Guerra franco-tailandesa (1940-1941)	Francia, Tailandia
151	Guerra de Corea (1950-1953)	Australia, Bélgica, Canadá, China, Colombia, Corea del Norte, Corea del Sur, Estados Unidos, Etiopía, Filipinas, Francia, Grecia, Países Bajos, Reino Unido, Tailandia, Turquía
155	Guerra del Sinaí (1956) [Guerra de Suez]	Egipto, Francia, Israel, Reino Unido
156	Invasión soviética de Hungría (1956) [Revolución húngara de 1956]	Hungría, Unión Soviética
158	Guerra de Ifni (1957-1959)	España, Francia, Marruecos
184	Guerra turco-chipriota (1974) [Invasión turca de Chipre / Operación Atila]	Chipre, Turquía

Fuente: Elaboración propia a partir de la numeración y la información de *Inter-State War Data, 1816-2007*, v4.0 (Correlates of War Project, 2012b), añadiendo entre corchetes otros nombres alternativos de las guerras indicadas.

La mortalidad generada por estos conflictos fue considerable para Europa, acorde al marco general de guerras de masas – con ejércitos de amplia movilización donde las clases bajas son centrales – en el que se ubican. Según el *Correlates of War Project* (2012b), las bajas militares sufridas por los estados europeos en las guerras anteriores ascienden a los 22.009.775 personas. Esta abultada cifra, a pesar de incluir las bajas a consecuencia de las heridas y enfermedades contraídas en el campo de batalla, tanto en el ejército regular del país como en las fuerzas militares locales de apoyo (Sarkees, 2012: 14), dista mucho de abarcar la destructividad a todos los niveles aparejada a estos conflictos. A las bajas militares vinculadas al campo de batalla cabría sumar las bajas civiles, las de guerrillas autónomas, los heridos, la propagación de enfermedades, la destrucción material y el esfuerzo económico llevado a cabo en estas guerras, todo ello a mayor escala cuanto mayor fuera la dimensión del conflicto. En cualquier caso, y aun deteniéndonos únicamente en la consideración de las bajas

militares, el número anual medio de soldados de los países europeos caídos en guerras interestatales entre 1870 y 1975 ascendió a los 207.639. Este promedio anual de víctimas militares es muy superior al de los periodos europeos inmediatamente anteriores y posteriores para los cuales disponemos de datos. Entre 1816 y 1869 hubo un total de 372.208 bajas militares en la participación europea en guerras interestatales, con una media anual de 6.893 víctimas, mientras que entre 1976 y 2007 *tan sólo* perdieron la vida 24.554 soldados, 767 de media al año. Incluso si excluimos los 21.170.004 soldados de ejércitos europeos caídos en estricta relación con la Primera y la Segunda Guerra Mundial, la media anual del periodo 1870-1975 es de 7.922 víctimas y, en consecuencia, continúa superando en más de 1.000 bajas por año a la época previa que se desenvuelve entre el final de las Guerras Napoleónicas y el inicio de la Guerra franco-prusiana. Queda patente, por tanto, el fuerte impacto de la guerra en el periodo estudiado en lo que a bajas militares se refiere, más allá del consabido carácter, debido a la composición y estructura de masas del ejército, que la participación militar europea imprimió en ella.

Gráfico 5.1. Número de países europeos con al menos una guerra interestatal activa, 1870-1975



Fuente: Elaboración propia a partir de *Inter-State War Data, 1816-2007, v4.0* (Correlates of War Project, 2012b).

La guerra también permaneció fuertemente ligada al devenir europeo desde una óptica temporal. En el Gráfico 5.1 se observa que hubo pocos años de completa paz internacional para los ejércitos europeos. Los 106 años que componen el periodo se distribuyen en 61 años sin guerras interestatales y 45 con participación bélica de al

menos un país europeo en este tipo de conflictos, lo cual representa un 42,45% de años bajo la sombra de la guerra. Esta proporción es superior al 33,33% del periodo anterior (1816-1869) y muy superior al 25% del periodo posterior (1976-2007), lo cual confirma que la guerra dio comparativamente poca tregua – nunca mejor dicho – a los países europeos entre 1870 y 1975.

En el mismo gráfico se observa también, de forma más destacada, la extensión espacial de la participación bélica europea por año. En este sentido, los años alrededor de las dos guerras mundiales destacan por encima del resto de conflictos, con la práctica totalidad de los países europeos levantados en armas (la línea continua que representa a los belicosos se aproxima a la línea discontinua, al número total de países europeos existentes en cada uno de los dos momentos). Las cifras del periodo en su conjunto son igualmente significativas en cuanto al número de contendientes europeos en los años de guerra activa. En el 55,55% de esos 42 años estuvieron en guerra dos o más países europeos, concretamente entre dos y cinco en el 24,44% de los casos y más de cinco en la nada desdeñable cifra del 31,11% de los años de guerra activa. Tanto la forma del gráfico como estas cifras confirman la ligazón de los países europeos a la guerra entre las fechas consideradas, también en la amplitud de la participación europea y no sólo en la presencia temporal de conflictos.

En conclusión, la Europa de 1870 a 1975 fue una Europa belicosa. La teoría desarrollada en el Capítulo III nos situó en un escenario, por contraposición a otros periodos, con ejércitos basados en una amplia movilización ciudadana, donde el papel militar de las clases bajas era central para la consecución del éxito militar. La existencia de esos ejércitos de masas se ha visto ahora complementada con la justificación de que el periodo vivió entre sus guerras importantes conflictos, fundamentalmente pero no únicamente materializados en las dos guerras mundiales. Con ello se ve reforzada la idea de que la monumental participación europea en guerras interestatales entre 1870 y 1975 hubo de tener un impacto proporcional, dadas también las condiciones militares del periodo, en la organización política y social de los contendientes, en la democracia.

Avances democráticos en el terreno electoral y de gobierno

A lo largo del periodo europeo analizado nos topamos con 83 escenarios de avance democrático en el terreno electoral y de gobierno. Teniendo en cuenta las dificultades con las cuales se han encontrado habitualmente los sistemas políticos para

caminar hacia mayores cotas de democracia, la cifra no es del todo pequeña. Sin embargo, al situarla en el crudo contexto cuantitativo resalta la escasez relativa del fenómeno. Frente a los 83 casos, los 83 años-país, en los que la variable *DemPolUp* adopta el valor 1, se encuentran – una vez descontados 707 casos con valores perdidos, por la suspensión del sistema político o por la imposibilidad cuantitativa razonable de registrar avances – 1.601 casos en los cuales los sistemas políticos, de diferentes países en diferentes años, no avanzaron hacia la democracia. En consecuencia, y en términos porcentuales sobre los datos válidos, los avances democráticos ocuparon tan sólo el 4,93% de las coyunturas espacio-temporales del periodo en Europa.

Se les observa cierta distribución en el tiempo y en el espacio, con periodos y países que acumulan un número mayor de avances que otros. Los treinta y un últimos años del siglo XIX comprenden 20 avances, la primera mitad del siglo XX destaca con un total de 56 movimientos hacia la democracia y, finalmente, el tercer cuarto del siglo XX tan sólo alcanza los 7 sucesos. Con independencia de la disparidad en la composición anual de los periodos, resulta evidente que la época en la que se desarrollaron las dos guerras mundiales es también la época de mayor número de avances democráticos en el plano político en Europa, una afirmación que no sorprende y que potencia el hilo argumental de este trabajo. En cuanto a la distribución espacial de los avances, ésta aparece sintetizada en la Tabla 5.2.

Tabla 5.2. Países europeos por número de avances democráticos en el terreno electoral y de gobierno entre 1870-1975

Nº de avances	Países
Sin datos	Bavaria, Baden, Malta, Württemberg (sin suficiente entidad para <i>SIP</i>)
0	Chipre, Islandia, Luxemburgo
1	Albania, Checoslovaquia, Estonia, Irlanda, Letonia, Lituania, Noruega, República Democrática Alemana, República Federal Alemana
2	Austria, Finlandia, Hungría, Rusia
3	Alemania, Austria-Hungría, Bélgica, Bulgaria, Dinamarca, Países Bajos, Polonia, Reino Unido, Rumanía, Suiza
4	Francia, Italia, Suecia
6	España, Grecia, Portugal, Yugoslavia

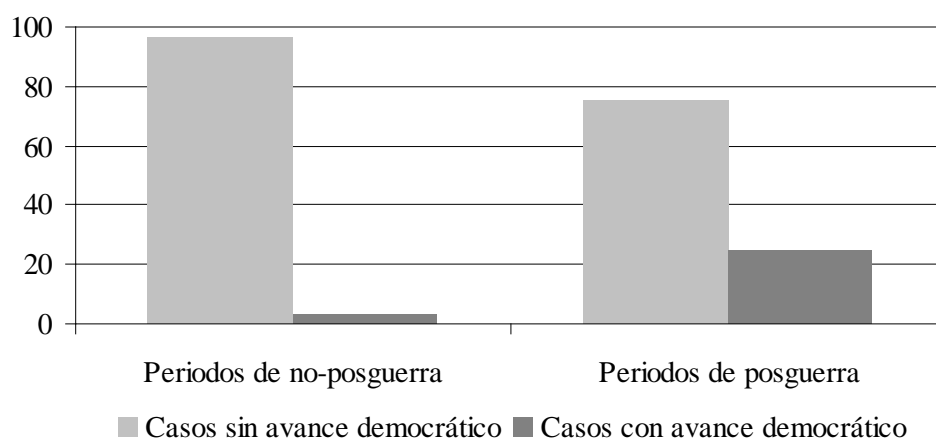
Fuente: Elaboración propia a partir de la variable *DemPolUp*

El hecho de que un país haya experimentado más o menos avances democráticos en el periodo estudiado no es indicativo más que de lo azaroso de su vida política. Y es que bajo estas cifras se esconden situaciones muy dispares. Un elevado número de avances democráticos se debe, generalmente, a un también elevado número de

retrocesos en el periodo, reflejando las idas y venidas políticas de los países en cuestión (por ejemplo, España). Sin embargo, otros países con varios avances democráticos describen un camino inexorable hacia la democracia, aunque bien es verdad que las cifras no llegan a ser tan abultadas en estos casos (por ejemplo, Reino Unido). Por otro lado, un número reducido de avances se corresponde, obviamente, con sistemas políticos que han permanecido relativamente inmóviles en sus niveles de democracia, sean éstos altos o bajos. Ahora bien, los hay donde la democracia ha dado menos pero mayores pasos (por ejemplo, Austria), o incluso nuevos estados que consiguieron su independencia durante el periodo emergiendo directamente en niveles altos de democracia y que por ello presentan pocos o ningún avance (por ejemplo, Islandia). Teniendo en cuenta estas observaciones, no hay que confundir muchos avances con un resultado final mayor en democracia, ni pocos con democracias más precarias. Los avances por país sólo dan cuenta, como decíamos, de la incidencia del cambio político en la historia estatal concreta de la que se trate.

Una vez presentados los avances democráticos en el terreno electoral y de gobierno, y antes de comenzar la aplicación de modelos explicativos, merece la pena detenerse a observar, de forma exploratoria y descriptiva, la relación que mantienen con la hipótesis principal del estudio (H_1). Esta hipótesis asegura que los periodos posbélicos entre 1870 y 1975 en Europa incrementan la probabilidad de ocurrencia de avances democráticos. El mecanismo apuntado para ligar ambos elementos sería el fortalecimiento de las clases oprimidas facilitado durante la guerra por las condiciones militares específicas de la época.

Gráfico 5.2. Porcentaje de casos de avance democrático en el terreno electoral y de gobierno en los periodos sin y con posguerra en Europa, 1870-1975



Fuente: Elaboración propia a partir de las variables *DemPolUp* y *PostIW*

El Gráfico 5.2 ilustra de forma sencilla una relación que en seguida será analizada bajo complejas estructuras causales. Recordamos que con el término ‘posguerra’ nos referimos aquí, por la vía de la variable *PostIW*, al año en el que terminó la guerra y al inmediatamente posterior, o al año en el que el sistema político del país se recuperó en el caso de que éste fuera suspendido durante la guerra y más allá de su final. Mientras solamente un 3,66% de los casos transcurridos fuera de periodos de posguerra son de avance democrático, en el 24,75% de los casos – 1 de cada 4 – situados en periodos de posguerra se produjeron avances. Los avances democráticos son, como señalábamos con anterioridad, un hecho muy infrecuente, con incidencia en el 4,93% de todos los años-país considerados. Sin embargo, y esto es lo importante, la probabilidad de encontrar un avance democrático es casi siete veces mayor en un periodo de posguerra que en el resto de años, concretamente del 24,75% frente al 3,66%. Estos periodos presentan así una inusual concentración relativa de avances democráticos que merece ser analizada en profundidad.

Los modelos estadísticos que tomamos como punto de partida para explicar los avances democráticos en el terreno electoral y de gobierno se encuentran en la Tabla 5.3. Como puede observarse, se trata de modelos logit donde no hay ningún cuestionamiento acerca de la independencia temporal o espacial de los datos, y que emergen de la mera introducción acumulativa y teóricamente fundamentada de tres bloques de variables independientes. De forma previa a los análisis, se ha comprobado que las correlaciones entre las variables independientes incluidas son muy bajas, menores todas ellas de $|0,31|$, por lo que no existen problemas de multicolinealidad derivados de su introducción simultánea. Respecto al tamaño de la muestra analizada (N), nótese cómo éste parte de niveles bastante inferiores respecto al total de casos que contiene nuestra base (2.391), debido fundamentalmente a los 707 casos que pierde la variable dependiente: 210 porque el régimen político está suspendido¹¹⁰ y 497 porque son situaciones en las que no hay espacio matemático para más avances. La aparente pérdida de información que concierne a estos 707 casos no es tal, ya que no podría obrarse de otra forma. En consecuencia, todas las muestras tienen un tamaño muy elevado respecto al máximo de 1.684 que, atendiendo a lo explicado, podría alcanzarse, con reducciones muy sensibles conforme se añaden variables fruto de las diferentes combinaciones de casos perdidos entre ellas.

¹¹⁰ Con la salvedad de 18 casos que pertenecen a países sin entidad suficiente para estar en *SIP*. Véanse las variables *DemPolUp* y *sip2* en el Anexo I.

Tabla 5.3. Modelos logit iniciales¹¹¹.
Variable Dependiente: *DemPolUp*

V. Dep.: <i>DemPolUp</i>	Logit (1)	Logit (2)	Logit (3)
PreIW	-1.055+ (0.623)	-1.255+ (0.747)	-1.240 (0.756)
PostIW	2.263*** (0.273)	2.056*** (0.309)	2.137*** (0.318)
UnrestME		0.935** (0.298)	1.140*** (0.324)
GDPpc_Maddison_i		-0.00000992 (0.0000623)	0.00000815 (0.0000606)
SimDemPolUp		-0.0455 (0.312)	-0.0445 (0.316)
Milperpc			-0.00801 (0.0662)
CumUnrestME			-0.0308 (0.0199)
Constante	-3.237*** (0.134)	-3.307*** (0.246)	-3.255*** (0.250)
N	1684	1563	1561
gl del modelo	2	5	7
Log Likelihood	-303.4	-276.8	-275.4
χ^2	54.79	54.19	56.77
p	$1.27 \cdot 10^{-12}$	$1.92 \cdot 10^{-10}$	$6.65 \cdot 10^{-10}$
AIC	612.7	565.6	566.9
Pseudo-R ² Nagelkerke	0.0985	0.106	0.111

Estimadores de coeficientes logit, *standard errors* entre paréntesis
+ $p < 0.10$, * $p < 0.05$, ** $p < 0.01$, *** $p < 0.001$

En primer lugar, observemos la significación y la bondad del ajuste general de los modelos a los datos a partir de la sección inferior de la tabla. En todos los casos la diferencia en el *log likelihood* de estos modelos con regresores – *restricted models*, mostrado en la tabla – frente al de sus respectivos modelos especificados sólo con la constante – *unrestricted models*, no mostrado en la tabla – es significativa, ya que las probabilidades p del estadístico χ^2 para gl grados de libertad del modelo asociadas al resultado de sus *likelihood ratio tests*¹¹² así lo indican ($p < 0,001$ en todos los casos). Por tanto, sabemos que cada modelo en general, y al menos una de sus variables independientes en particular, añade información significativa frente a su respectivo

¹¹¹ Como se indicó en su momento, las ecuaciones generales vinculadas a los modelos logit figuran en el Anexo II.

¹¹² Se calculan con la siguiente fórmula: $LR_{gl} = -2(\ln L_R - \ln L_U)$, donde $\ln L_R$ es el *log likelihood* del *restricted model* y $\ln L_U$ el *log likelihood* del *unrestricted model*. Puede encontrarse más información respecto a este test, abreviado comúnmente como *LR test*, en diversos manuales de estadística (Long y Freese, 2001: 79-80; Wooldridge, 2002: 462; Cameron y Trivedi, 2010: 399-402; Escobar Mercado, 2010: 389-390; Greene, 2012: 525-527).

modelo sólo con la constante y, en consecuencia, sin variables independientes. En cuanto a la bondad del ajuste de cada modelo a los datos, de todos los pseudo- R^2 disponibles se muestra la propuesta de Nagelkerke (1991), al estar éste normalizado y variar *realmente* entre 0 y 1¹¹³. No obstante, ningún pseudo- R^2 calculado en un modelo no-lineal representa la proporción de la varianza explicada por el modelo, como sí ocurre con el R^2 en la regresión lineal, y simplemente intenta emular dicha medida en tanto que ofrece una supuesta proporción de ajuste a los datos. En la Tabla 5.3 los valores, entre el 9,85% y el 11,1% de ajuste, pueden ser evaluados como muy aceptables teniendo en cuenta que nos encontramos en ciencias sociales y ante modelos no-lineales. Sin embargo, los investigadores en general desconfían de la utilidad de los pseudo- R^2 , hasta el punto de que primar un modelo frente a otro en base a ellos no puede entenderse como una solución óptima en ningún sentido (Long y Freese, 2001: 80). Estamos de acuerdo con éste y otros autores respecto a las ambigüedades que rodean a los pseudo- R^2 , al tiempo que descartamos como alternativa de evaluación del ajuste la tabla de clasificación de valores predichos y observados, por tener la variable dependiente una probabilidad de ocurrencia en general muy reducida y, por tanto, constituir un *rare event* cuya predicción inicial de no ocurrencia es difícil – casi imposible – de mejorar sin perjudicar el global de aciertos¹¹⁴. Jeffrey M. Wooldridge llega incluso a afirmar rotundamente, en su afamado libro, que en los modelos binarios ‘la bondad del ajuste no es tan importante como la relevancia estadística y económica de las variables explicativas’ (Wooldridge, 2002: 465), y estamos de acuerdo con él.

Queremos centrar nuestro comentario en la significatividad y dirección de los coeficientes logit de las variables independientes de cada modelo, así como en la magnitud de los efectos, para relacionarlos con las hipótesis que estamos explorando. El Modelo 1 incluye únicamente – además de la constante – dos variables ligadas a nuestras hipótesis sobre la guerra: la identificación de periodos prebélicos (*PreIW*) y posbélicos (*PostIW*). El Modelo 2 añade variables relativas al resto de hipótesis del

¹¹³ También atribuido a Cragg y Uhler (1970), se calcula con la siguiente fórmula (Long y Freese, 2001: 85): $R^2 = R^2_{ML} / \max R^2_{ML} = \{1 - [L(M_{intercept}) / L(M_{full})]^{2/N}\} / 1 - L(M_{intercept})^{2/N}$

¹¹⁴ Aunque algunos autores describen las tablas de clasificación de los casos de forma acrítica (Long y Freese, 2001: 85-86; Cameron y Trivedi, 2010: 459-460; Escobar Mercado, 2010: 391-392), William H. Greene recoge con exactitud el problema aquí enunciado cuando el porcentaje de datos con valor 1 en la variable dependiente es reducido (Greene, 2012: 701-703), defendiendo que los errores son atribuibles a la medida de ajuste y no al modelo, que a diferencia de la regresión lineal no está diseñado para mejorar la clasificación. Lo cierto es que más allá de los manuales de estadística, en la literatura académica que manejamos, no hemos encontrado estos instrumentos en funcionamiento.

estudio: los grandes episodios de protesta política (*UnrestME*), el nivel de desarrollo económico (*GDPpc_Maddison_i*) y la presencia de avances democráticos simultáneos en dos o más países europeos del entorno (*SimDemPolUp*). Finalmente, el Modelo 3 incorpora como variables de control el porcentaje de militares per cápita (*Milperpc*) y el historial de movimiento obrero del país (*CumUnrestME*).

A tenor de los resultados mostrados en la Tabla 5.3, encontrarse en un periodo prebélico no influye significativamente, al nivel de confianza estándar del 95%, en la probabilidad de ocurrencia de los avances democráticos considerados. Tan sólo en los Modelos 1 y 2 aparece una leve significación de la variable *PreIW* para un nivel de confianza del 90%, con coeficientes logit negativos que llaman la atención por apuntar en dirección diametralmente opuesta a lo sugerido por la H_2 . Descartamos, por su levedad significativa y su presencia en modelos faltos de ciertos controles, esta observación, y remarcamos que los periodos prebélicos, tal y como intuíamos en la teoría, no guardan relación con la variable dependiente, quedando la H_2 sin respaldo empírico. Es más, si estuviéramos dispuestos a tomar en serio los datos de los modelos 1 y 2, la relación cuando emerge levemente es negativa, esto es, los periodos prebélicos no es ya que no favorezcan los avances democráticos en el plano político sino que serían incluso una protección contra los mismos.

La variable *PostIW*, por el contrario, tiene en los tres modelos un efecto altamente significativo – siempre a un nivel de confianza del 99,9% – y positivo, lo cual respalda la hipótesis principal de este estudio (H_1). Tal y como sugería el Gráfico 5.2, encontrarse en un periodo posbélico incrementa significativamente la probabilidad de ocurrencia de los avances democráticos en el terreno electoral y de gobierno, y lo hace también cuando se controla su efecto por otras variables. Para comparar la magnitud de ese efecto con el del resto de variables significativas, en el caso de diferentes métricas y distribuciones, no hay que mirar el coeficiente logit mostrado en la tabla sino calcular la *odds ratio* por unidad de desviación típica de la variable independiente¹¹⁵, esto es, el cambio que el incremento de una desviación típica en la variable independiente produce sobre la razón de ocurrencia de un avance democrático (Long y Freese, 2001: 132-136; Escobar Mercado, 2010: 404-405). En el Modelo 3, el más completo, el incremento de una desviación típica en la variable del periodo posbélico, manteniendo todo lo demás constante, multiplica por 1,6372 la razón de avance democrático, constituyendo el

¹¹⁵ Dentro de la notación habitual de los modelos logit, se trata de calcular $\exp(\beta_k \cdot s_k)$ manteniendo lo demás constante.

efecto de mayor magnitud de entre los producidos por las variables significativas. Sin esta estandarización, la *odds ratio* de la variable es 8,4711. Que el país se encuentre en un periodo posbélico es, en conclusión, el hecho de los significativamente considerados que estimula con mayor ímpetu los avances democráticos en el terreno electoral y de gobierno. Esta base estadística da cabida a la reflexión previa acerca de los mecanismos que ligán ambas variables – relativos al fortalecimiento de los oprimidos y a la radicalización de sus demandas democráticas, con una manifestación más o menos explícita de ese renovado poder – y que la historia completará más adelante.

Al lado de los periodos posbélicos, la protesta política tiene su propio efecto positivo y altamente significativo – a niveles de confianza del 99% y del 99,9% – en los modelos que la incluyen. El comportamiento de la variable *UnrestME* sitúa a los grandes episodios de protesta política como promotores de avances democráticos en el terreno electoral y de gobierno, confirmando la H_3 . El aumento de una unidad de desviación típica en esta variable multiplica la razón de avance democrático por 1,4131, según los cálculos aplicados al Modelo 3, una cifra menor a la descrita por los periodos posbélicos. Sin la estandarización en unidades típicas, algo con quizá menos sentido en la comparación directa entre variables de idéntica métrica dicotómica, la *odds ratio* es de 3,1262 e, igualmente, menor. Conviene recalcar, no obstante, que el mencionado efecto se sostiene con independencia del resto de variables, haciendo gala de una identidad propia también frente a la influencia que hemos contrastado tienen los periodos posbélicos. La protesta política es importante en sí misma para el avance de la democracia. En consecuencia, aunque ambas variables inciden en el marco del poder relativo de clase, cada una activa autónomamente sus respectivos mecanismos.

La reunión simultánea, la interacción, de estas dos variables no resultó significativa en unas pruebas complementarias realizadas sobre el Modelo 3, luego no se trata de una influencia diferente a la de cada una de ellas por separado. Sin embargo, moviéndonos al terreno descriptivo, de los 23 casos donde los grandes episodios de protesta política y los periodos posbélicos se solapan, en la mitad (10 casos de 21, ya que 2 tienen datos perdidos de democracia) hay un avance democrático. La interacción – quizá dado su número reducido de casos, pero también por la importante magnitud del efecto de las variables en ella incluidas – puede no ser algo cualitativamente distinto, pero cuando sucede se observa cómo la suma del efecto independiente de ambas variables devuelve en la práctica una proporción considerable de avances democráticos.

A partir de aquí queremos incidir, esta vez, en el carácter propio de la explicación posbélica frente a la basada únicamente en los grandes episodios de protesta política. De los 25 casos en periodos posbélicos donde hay avances a la democracia, en 10 esos avances se ven acompañados también por grandes episodios de protesta política, pero en los 15 restantes no. Como ya vimos en el párrafo anterior, esto indica que en 10 ocasiones los periodos posbélicos actúan amplificando el efecto de los grandes episodios de protesta política. En los 15 restantes, el efecto posbélico está ligado – según nuestro marco teórico – también a un fortalecimiento de los oprimidos, quienes ora pueden mantener implícita su amenaza, sin necesidad de generar un gran episodio de protesta o canalizándola incluso a través de las instituciones, ora alentar pequeños episodios de protesta de baja intensidad, prescindiéndose de grandes movilizaciones en comparación con otros periodos de paz por la conocida fuerza extraordinaria que reciben los trabajadores al final de la guerra y que no haría necesarias tales escenificaciones. Insistimos, también, en la fortaleza y autonomía explicativa de los periodos posbélicos, incluso frente a la protesta política dentro del marco de equilibrio de poder de clase sobre el que ambos actúan.

La siguiente variable, el *GDPpc_Maddison_i*, no influye significativamente en la probabilidad de ocurrencia de la variable dependiente. Mayores niveles de desarrollo económico no favorecen los avances democráticos en el terreno electoral y de gobierno, quedando sin respaldo empírico la H_4 . Esta evidencia es coherente con nuestro debate respecto a la variable, aunque contradictoria con otros estudios que abarcan todo el mundo y obtienen así efectos positivos del PIB per cápita, por muy tímidos que éstos sean (Przeworski et al., 2000: 124), en las democratizaciones. La disparidad ha de ser circunscrita al marco de análisis aquí empleado. La muestra se ciñe a Europa entre 1870 y 1975, donde los datos de PIB per cápita dibujan un arco con seguridad menor al mundial para el periodo y que acota las conclusiones al respecto. Situados en estos términos, afirmamos que las diferencias de PIB per cápita entre los países europeos de 1870 a 1975 – lógicamente en los casos donde éstos todavía podían avanzar democráticamente – no son significativas en la predicción de los avances democráticos en el terreno electoral y de gobierno, controlando por el resto de variables de los modelos 2 y 3.

La existencia de avances en dos o más países del entorno europeo en un año en concreto, que identifica la variable *SimDemPolUp* poniendo a prueba la H_5 , tampoco tiene una influencia significativa en los modelos de la Tabla 5.3 donde está presente, al

igual que las variables de control *Milperpc* y *CumUnrestME*. El contexto internacional así entendido y considerado al lado de otras variables no influye en la probabilidad de ocurrencia de avances democráticos en el terreno político y electoral. Las dos variables relativas al porcentaje de personal militar per cápita y al historial de protesta política de cada país tampoco tienen un efecto significativo, pero su inclusión asegura que el resto de efectos son independientes de los valores de estas variables: ni el tamaño relativo de los ejércitos ni la historia más o menos combativa de cada país modifican las conclusiones ya expresadas respecto a nuestras variables clave, a saber, los periodos posbélicos y los grandes episodios de protesta política.

Una vez completado el comentario de los modelos logit iniciales de la Tabla 5.3, pondremos en tela de juicio las conclusiones por ellos alcanzadas mediante la implementación de diversas sofisticaciones. Sabemos que, por definición, las observaciones de nuestra base de datos no han de ser consideradas a priori como independientes entre sí, ya que se suceden en el tiempo (años) y se agrupan en el espacio (países). También es aconsejable tener en cuenta que los avances democráticos son un *rare event*, así como someter los resultados a ciertas pruebas de robustez. A continuación se muestran modelos estadísticos que tienen en cuenta estas apreciaciones, con el objetivo de observar su impacto en los resultados iniciales.

La Tabla 5.4 aplica tanto las sugerencias de Beck, Katz y Tucker (1998) como las de Carter y Signorino (2010), quienes están prevenidos contra las sospechas de dependencia temporal¹¹⁶ en aquellos datos binarios que, como los nuestros, constituyen grupos de series temporales (BTSCS). En ambos artículos se entiende que los BTSCS son datos agrupados de historia de acontecimientos y, por tanto, la clave está en ver si el tiempo transcurrido desde la última vez que se dio el acontecimiento en el país influye en la probabilidad de que éste vuelva a suceder en el momento observado. Con ese objetivo se crea la variable t , que mide los años transcurridos desde la última vez que se produjo un avance democrático en el país¹¹⁷, y que sirve de base para la construcción de todos los modelos.

¹¹⁶ La práctica habitual para tener en cuenta la influencia temporal solía ser la introducción de un retardo (*lag*) en la variable dependiente. Además de una medida un tanto ilógica con variables dependientes dicotómicas, y muy limitada para considerar el factor temporal, su aplicación es contraproducente en nuestros datos, donde a menudo el sistema político aparece suspendido antes del avance y, por tanto, retardarlo supone perder el avance en el análisis.

¹¹⁷ En la base de datos la variable t para los avances democráticos en el terreno electoral y de gobierno se llama t_dpu . La censura de datos anteriores a 1870 se resuelve haciendo que t inicie su contabilidad en ese año en todos los países existentes. Para los países fundados después de

Tabla 5.4. Modelos logit con controles temporales, según las propuestas de Beck, Katz y Tucker (1998) [BKT] y de Carter y Signorino (2010) [CS].

Variable Dependiente: *DemPolUp*

V. Dep.: <i>DemPolUp</i>	BKT			CS
	Logit <i>Dummies</i> ^a (4)	Cloglog <i>Dummies</i> ^a (5)	Logit <i>Spline</i> (6)	Logit <i>t, t</i> ² , <i>t</i> ³ (7)
PreIW	-1.258 (0.861)	-1.177 (0.789)	-1.346+ (0.769)	-1.342+ (0.767)
PostIW	2.150*** (0.359)	1.984*** (0.305)	2.094*** (0.321)	2.104*** (0.320)
UnrestME	1.382*** (0.362)	1.358*** (0.328)	1.164*** (0.329)	1.187*** (0.329)
GDPpc_Maddison_i	-0.0000461 (0.0000703)	-0.0000411 (0.0000672)	-0.0000302 (0.0000658)	-0.0000293 (0.0000662)
SimDemPolUp	-0.127 (0.342)	-0.0834 (0.313)	-0.0526 (0.320)	-0.0286 (0.318)
Milperpc	0.00407 (0.0753)	0.00219 (0.0677)	-0.0162 (0.0667)	-0.0191 (0.0669)
CumUnrestME	-0.0397+ (0.0225)	-0.0375+ (0.0209)	-0.0345+ (0.0207)	-0.0371+ (0.0210)
Spline (1) ^b			-0.0477 (0.0773)	
Spline (2) ^b			0.420 (0.535)	
Spline (3) ^b			-0.799 (1.050)	
<i>t</i>				0.0167 (0.0568)
<i>t</i> ²				-0.000295 (0.00236)
<i>t</i> ³				0.00000675 (0.0000263)
Constante	-3.002*** (0.639)	-3.073*** (0.607)	-3.098*** (0.454)	-3.357*** (0.415)
N	1201	1201	1561	1561
<i>gl</i> del modelo	39	39	10	10
Log Likelihood	-237.3	-236.3	-273.4	-273.5
χ^2	86.61	93.23	60.88	60.54
<i>p</i>	0.0000181	0.00000246	2.46·10 ⁻⁹	2.86·10 ⁻⁹
AIC	554.6	552.5	568.8	569.1
Pseudo-R ² Nagelkerke	0.186	0.199	0.119	0.118

Estimadores de coeficientes logit, *standard errors* entre paréntesis

+ *p*<0.10, * *p*<0.05, ** *p*<0.01, *** *p*<0.001

^a Hay 32 *dummies* temporales en el modelo que no se muestran; 34 *dummies* temporales cuyo valor 1 realizaba predicciones perfectas han sido excluidas del modelo por colinealidad, eliminándose los datos correspondientes al valor 1; 3

1870, *t* parte del año de su independencia. Soluciones de este tipo son las recomendadas por Beck, Katz y Tucker (1998: 1272-1273).

dummies temporales han sido adicionalmente omitidas por problemas de colinealidad.

^b Coeficientes de los segmentos del *natural cubic spline* del tiempo transcurrido

Veamos primero las sofisticaciones propuestas por Beck, Katz y Tucker (1998). En los modelos 4 y 5 se introducen multitud de variables dicotómicas k_n , 69 en este caso, cada una de las cuales identifica si han transcurrido o no 1, 2...69 años desde el último avance democrático en el país. La única disimilitud entre ambos modelos reside en que mientras el primero es un modelo logit, el segundo es un modelo ligeramente diferente llamado cloglog. Sin embargo, sus resultados son prácticamente idénticos, algo común cuando la probabilidad general de ocurrencia del evento que presenta la variable dependiente es menor del 25% (Beck et al., 1998: 1268). Por su parte, el Modelo 6 emplea, en lugar de variables dicotómicas de tiempo, un *natural cubic spline* de la variable t con 4 ‘knots’¹¹⁸. Un *spline* es un polinomio cúbico utilizado para suavizar la relación de la variable temporal con la variable dependiente, con un número escogido de ‘knots’ o puntos que marcan las separaciones de los segmentos que definen el *spline*. A la vista de la tabla, ninguna de las tres alternativas modifica los resultados comentados respecto a los logit iniciales, en concreto respecto al Modelo 3 que tomamos como equivalente¹¹⁹.

La alternativa que sugieren Carter y Signorino (2010) tampoco varía nuestros resultados. Su opción trata de resolver los problemas que achacan a las anteriores modelizaciones. Por un lado, la inclusión de un elevado número de variables dicotómicas genera problemas de eficiencia y de separación de los datos. En los modelos 4 y 5, de las 69 variables dicotómicas tan sólo 32 entran a formar parte del análisis, ya que 34 pierden sus datos con valor 1 por colinealidad, al realizar una predicción perfecta de la variable dependiente, y otras 3 son adicionalmente excluidas por el mismo problema. Como resultado, la muestra analizada se reduce hasta los 1201 casos. Por otro lado, en modelos como el 6 la definición del *spline* por parte del

¹¹⁸ El *spline* ha sido calculado exclusivamente sobre los valores de la variable t en países donde disponemos de al menos un dato de democracia y, siguiendo nuestro planteamiento analítico, siempre que ésta goce de un espacio numérico razonable para avanzar.

¹¹⁹ Ciertamente emerge una relación tímidamente significativa, al 90% de confianza, y negativa entre el historial del movimiento obrero del país y la probabilidad de avance democrático. En interpretación combinada con la variable *UnrestME*, esto acentúa el hecho de que son los propios episodios de protesta los que producen avances, y no el recuerdo histórico del país en esta materia que, incluso, podría ir tímidamente en contra de los mismos. Se trata, en cualquier caso, de una mera variable de control, demasiado ambigua como para construir hipótesis sobre ella, y con una significación muy laxa.

investigador, del número de ‘knots’ que ha de contener, es siempre cuestionable. La sencilla solución de Carter y Signorino, con la introducción de t , t^2 y t^3 , supera estos problemas, aunque el resultado sigue siendo prácticamente idéntico en nuestros datos al del Modelo 3, donde no existía ninguna preocupación acerca de la estructuración temporal de las observaciones.

En resumen, la implementación aquí de modelos que controlan una posible dependencia temporal en la ocurrencia de avances democráticos, con especial atención al Modelo 7, no varía los resultados en los coeficientes de las variables independientes y tampoco mejora el análisis en general (la diferencia del Modelo 7 frente al Modelo 3 en *log likelihood* es mínima y no significativa ni siquiera al 90% de confianza, y el AIC¹²⁰ empeora). En el plano teórico, lo cierto es que estos autores defienden la utilidad de sus propuestas para el estudio de la conflictividad internacional, quizá más sometida a ciclos. En el plano técnico, estas sofisticaciones plantean en nuestros datos serios problemas de multicolinealidad, bien a causa de predicciones perfectas de la variable dependiente, bien entre las propias variables que añaden¹²¹, lo cual refuerza su inadecuación en este marco. Los resultados obtenidos en los logit iniciales quedan así protegidos ante hipotéticas dependencias temporales.

Veamos ahora el impacto que tiene la inclusión tanto de efectos fijos (*fixed-effects*) como de efectos aleatorios (*random-effects*) en el logit inicial (Modelo 3). Estas técnicas captan de diferente forma la variabilidad oculta de observaciones que se suponen interdependientes, y son de uso común en el tratamiento de datos panel con variable dependiente continua. Su utilidad también ha sido contemplada en modelos con variable dependiente binaria (Wooldridge, 2002: 483-492; Cameron y Trivedi, 2010: 601-603 y 611-614; Greene, 2012: 716-727), que son precisamente los que nos ocupan. En la práctica, el modelo *fixed-effects*¹²² elimina la constante – el intercepto – en el algoritmo de regresión, sustituyéndola por variables dicotómicas que capturan el efecto aleatorio que tiene el encontrarse en cada país sobre los resultados. Se dice que sus efectos son ‘fijos’ en el sentido de que no varían en el tiempo. Por su parte, el modelo *random-effects* controla por una serie de efectos aleatorios, sin acepción ‘fija’ de

¹²⁰ Akaike Information Criterion, mejor cuanto menor.

¹²¹ Tanto la correlación entre los segmentos del *spline* como entre las variables t , t^2 y t^3 es muy elevada, por encima de $|0,8|$, lo cual perjudica el análisis. Para sortear estos problemas probamos la inclusión única de la variable t , cuyo coeficiente positivo sobrepasó la significatividad del 90% de confianza, pero sin llegar al 95% y sin variar el resto de resultados.

¹²² Nos referimos en todo momento a un modelo *conditional fixed-effects*.

espacio o tiempo, partiendo de que la heterogeneidad oculta no correlaciona con nuestras variables independientes, como sí ocurre en el caso de los *fixed-effects* al asociarse dichas variables por el hecho de pertenecer un mismo país. El test de Hausman que hemos llevado a cabo comparando ambos modelos no es significativo, lo cual indica que la utilización de *random-effects* ofrece resultados consistentes y es, por tanto, segura.

**Tabla 5.5. Modelos *fixed-effects* y *random-effects*.
Variable Dependiente: *DemPolUp***

V. Dep.: <i>DemPolUp</i>	Fixed-effects (8)	Random-effects (9)
PreIW	-0.943 (0.759)	-1.240 (0.756)
PostIW	2.199*** (0.340)	2.136*** (0.318)
UnrestME	1.430*** (0.362)	1.140*** (0.324)
GDPpc_Maddison_i	0.0000163 (0.0000864)	0.00000812 (0.0000606)
SimDemPolUp	-0.162 (0.328)	-0.0445 (0.316)
Milperpc	0.0184 (0.0677)	-0.00803 (0.0662)
CumUnrestME	0.0139 (0.0342)	-0.0308 (0.0199)
Constante		-3.255*** (0.250)
$\ln(\sigma_v^2)$		-13.36 (37.26)
ρ		.000000479 (.0000178)
N	1561	1561
gl del modelo	7	7
Log Likelihood	-231.8	-275.4
χ^2	59.85	66.37
p	$1.62 \cdot 10^{-10}$	$7.98 \cdot 10^{-12}$
AIC	477.5	568.9
Pseudo-R ² Nagelkerke	0.132	N/A
LR test para ρ	N/A	0.497

Estimadores de coeficientes logit, *standard errors* entre paréntesis
+ $p < 0.10$, * $p < 0.05$, ** $p < 0.01$, *** $p < 0.001$

25 grupos de país (*cocode*)

$\ln(\sigma_v^2)$ es el componente adicional de variación de nivel panel

ρ es la proporción de la varianza total a la que contribuye el nivel panel

Hay que entender los estadísticos de ajuste de estos modelos en base a los *gl* del modelo considerados por STATA y que no reflejan las modificaciones *fixed-effects* ni *random-effects* de las ecuaciones

La Tabla 5.5 confirma que ni los efectos fijos ni los efectos aleatorios alteran nuestras conclusiones del Modelo 3 respecto a la significatividad y dirección de influencia de las variables independientes. Sin embargo, los *fixed-effects* producen un leve incremento en el coeficiente de la variable *PostIW*, que pasa de 2,137 a 2,199, y un incremento algo mayor en el de la variable *UnrestME*, desde el 1,140 hasta el 1,430. Las conclusiones iniciales se ven así reforzadas cuando el modelo tiene en cuenta las especificidades de cada país no recogidas en nuestras variables independientes. Con *random-effects* los coeficientes se mantienen estables. La proporción de la varianza total a la que contribuye el nivel panel (ρ) es extremadamente pequeña y no significativa, luego la utilización del Modelo 9 no aporta nada nuevo a nuestros datos. Prescindimos de comparar el ajuste general de estos modelos con los otros logit, ya que sus ecuaciones de partida – con *fixed-effects* y *random-effects* – implican de por sí restricciones que habrían de ser tenidas en cuenta para una comparación en pie de igualdad. Conservamos, en cualquier caso, el respaldo y potenciación de los resultados que supone la inclusión de efectos fijos.

La Tabla 5.6 contiene las últimas pruebas a las que someteremos la contrastada influencia de los periodos posbélicos y los grandes episodios de protesta política: la regresión *rare events*, el cálculo de errores robustos por clúster y el ajuste de errores mediante remuestreo *jackknife*. La regresión *rare events* (King y Zeng, 2001a; King y Zeng, 2001b) busca mejorar el modelo logit inicial cuando la probabilidad de ocurrencia general de la variable dependiente es, como en nuestro caso, muy reducida, tratando de evitar mediante ciertas modificaciones matemáticas problemas de subestimación. Los otros dos métodos, sin embargo, tensan los modelos iniciales al apostar por la robustez del análisis mediante el ajuste de los errores estándar: bien en clústeres robustos, bien mediante un remuestreo *jackknife* por clústeres.

Tabla 5.6. Correcciones *rare events* y errores robustos.
Variable Dependiente: *DemPolUp*

V. Dep.: <i>DemPolUp</i>	Corrección Rare Events (10)	Logit Clústeres ^a Robustos (11)	Logit Jackknife Clústeres ^a (12)
PreIW	-1.001 (0.731)	-1.240+ (0.717)	-1.240 (0.932)
PostIW	2.121*** (0.302)	2.137*** (0.346)	2.137*** (0.363)
UnrestME	1.136*** (0.320)	1.140** (0.431)	1.140* (0.464)
GDPpc_Maddison_i	0.0000192 (0.0000707)	0.00000815 (0.0000477)	0.00000815 (0.0000557)
SimDemPolUp	-0.0261 (0.305)	-0.0445 (0.327)	-0.0445 (0.335)
Milperpc	0.00102 (0.0569)	-0.00801 (0.0559)	-0.00801 (0.0762)
CumUnrestME	-0.0286 (0.0207)	-0.0308+ (0.0161)	-0.0308 (0.0186)
Constante	-3.271*** (0.270)	-3.255*** (0.231)	-3.255*** (0.252)
N	1561	1561	1561
gl del modelo	7	7	7
Log Likelihood	N/A	-275.4	-275.4
χ^2 [F]	N/A	103.9	[13.73]
p	N/A	$1.70 \cdot 10^{-19}$	0.000000511
AIC	N/A	566.9	566.9
Pseudo-R ² Nagelkerke	N/A	0.111	0.111

Estimadores de coeficientes logit; *standard errors* (10), *robust-cluster standard errors* (11) y *jackknife-cluster standard errors* (12) entre paréntesis

+ $p < 0.10$, * $p < 0.05$, ** $p < 0.01$, *** $p < 0.001$

F es el estadístico empleado para determinar la significatividad del Modelo 12

^a 25 clústeres de país (*ccode*)

El Modelo 10, correspondiente al análisis *rare events*, no introduce ningún cambio especialmente reseñable en los resultados. En lo que respecta a las variables significativas, éstas conservan su nivel de significatividad, el signo y el valor aproximado de su coeficiente. No es ésta la primera vez que la corrección propuesta por King y Zeng (2001a; 2001b) es irrelevante para los resultados. En el afamado artículo ‘Ethnicity, Insurgency, and Civil War’, Fearon y Latin (2003: 82) tampoco detectan una influencia importante de esta corrección en sus análisis.

Los Modelos 11 y 12 mantienen los mismos coeficientes que el Modelo 3 ya que sus ajustes no actúan sobre ellos sino sobre los errores estándar. Un incremento

importante en estos errores acarrearía la pérdida de significación de coeficientes que, de otra forma, habrían sido tomados por significativos. Centrémonos, entonces, en observar el cambio en los errores y la significatividad de los coeficientes de *PostIW* y *UnrestME* en estos modelos frente al Modelo 3. El cálculo de errores en clústeres robustos incrementa el error en *PostIW* desde 0,318 hasta 0,346, y el error en *UnrestME* desde 0,324 hasta 0,431. Sin embargo, los coeficientes de ambas variables continúan siendo significativos al nivel máximo de significación, esto es, el 99,9%. Por su parte, el remuestreo *jackknife* por clústeres incrementa esos errores todavía más, hasta el 0,363 y el 0,464 respectivamente, manteniendo el coeficiente de *PostIW* en el 99,9% de confianza y rebajando levemente el de la variable *UnrestME* al 95% de confianza, con un p-valor concreto – no mostrado – que sigue siendo alto: 0,022. Los periodos posbélicos y los grandes episodios de protesta política continúan, incluso con estos exigentes ajustes, formando parte de una explicación significativa de los avances democráticos en el terreno electoral y de gobierno.

Sólo después de todas estas exhaustivas pruebas y modelos alcanzamos el elevado grado de confianza en nuestras conclusiones con el que ahora contamos. Si se siente la necesidad de resumir la explicación en un único modelo, tanto el completo logit inicial del Modelo 3 como su variación con la inclusión de *fixed-effects* en el Modelo 8 son unas buenas opciones. Se trata de apuestas sencillas, parsimoniosas y desprovistas de sofisticaciones – con estos datos – prescindibles. Para nosotros, la elección entre uno u otro carece de interés en la medida que ambos evalúan de igual forma las hipótesis sobre los avances democráticos en el terreno electoral y de gobierno sometidas a prueba empírica. Hablan a favor, al igual que el resto de modelos, de la H_1 y de la H_3 , dejando sin respaldo a la H_2 , la H_4 y la H_5 . Defienden, por tanto, el énfasis de este estudio en los periodos posbélicos y los grandes episodios de protesta política como potenciadores de avances democráticos, por ahora en lo relativo al plano electoral y de gobierno.

Hay dos cuestiones complementarias a la formalización de hipótesis, en su momento especificadas, que enseguida abordamos. Por un lado, observamos el efecto de algunas de nuestras variables independientes tanto en los avances como en los retrocesos democráticos. Aunque los momentos de contracción democrática constituyen otro campo de estudio, que habría de contar con su propia estructura hipotética y sus variables de control, nos asomamos tímidamente al mismo para ver si nuestras variables guardan una asociación más amplia con el cambio político y, sobre todo, en qué medida

favorecen unos u otros resultados. Por otro lado, diferenciamos el efecto de los periodos posbélicos en los países ganadores y perdedores de la guerra en cuestión. De esta forma determinamos si los países ganadores, en principio libres – o más libres – de cualquier imposición extranjera, experimentaron avances democráticos, favoreciendo así los argumentos defensores de la existencia de dinámicas internas frente a quienes abogan por la mera imposición extranjera de la democracia. Dinámicas que, de existir, serían también extrapolables a los países perdedores, sometidos a similares condiciones de fortalecimiento bélico de los trabajadores, oscureciendo nuevamente las apuestas en pos del mecanicismo impositivo exterior.

En la Tabla 5.7 se hallan los logit multinomiales que lidian con estas cuestiones, reuniendo simultáneamente avances y retrocesos democráticos. En ellos la variable dependiente es *DemPolVar*, ‘democratic political variation’, con valor 1 para los casos de avance democrático en el terreno político (*DemPolUp*=1), valor -1 para los casos – 40 en total – de retroceso (*DemPolDown*=1) y valor 0 si se mantiene el status quo. Aparte de la ausencia de información cuando se encuentra suspendido el sistema político, la variable pierde sus datos con valor 9 y que señalan aquellos momentos en los cuales la democracia bien no puede avanzar, bien no puede retroceder¹²³. En cuanto a la diferenciación entre los periodos posbélicos de países ganadores y perdedores, en los modelos 15 y 16 recurrimos a las variables *WinnerIW* y *LooserIW*, que los identifican respectivamente. Además de los periodos posbélicos globales o su mencionada diferenciación, se incluyen como variables independientes los grandes episodios de protesta política – significativos en los análisis previos – y, únicamente a modo de control, el PIB per cápita¹²⁴, prescindiéndose del resto de variables al no haber resultado éstas significativas en los análisis previos. La información completa sobre la construcción de todas las variables aquí mencionadas, tanto las nuevas como las que nos resultan ya familiares, se encuentra en el Anexo I.

¹²³ Hay 50 casos en los cuales la democracia no puede matemáticamente retroceder, sumados a los 497 que vimos anteriormente en los cuales no puede avanzar. La información detallada sobre las variables que identifican estos casos se encuentra en el Anexo I.

¹²⁴ Si se opta por omitir esta variable, los modelos no varían, en lo esencial, sus resultados.

Tabla 5.7. Modelos logit multinomiales¹²⁵ con avances y retrocesos democráticos en el terreno electoral y de gobierno. Variable dependiente: *DemPolVar*

	Logit Multinomial (13)	Clústeres ^a Robustos (14)	Logit Multinomial (15)	Clústeres ^a Robustos (16)
V. Dep.: <i>DemPolVar</i>				
Retroceso democrático (<i>DemPolVar</i> = -1)				
PostIW	0.900 (0.553)	0.900+ (0.523)		
WinnerIW			0.940 (0.628)	0.940 (0.634)
LooserIW			1.048 (1.065)	1.048 (0.942)
UnrestME	0.557 (0.462)	0.557 (0.424)	0.550 (0.463)	0.550 (0.424)
GDPpc_Maddison_i	-0.000181 (0.000124)	-0.000181 (0.000123)	-0.000180 (0.000124)	-0.000180 (0.000124)
Constante	-3.349*** (0.363)	-3.349*** (0.349)	-3.353*** (0.363)	-3.353*** (0.350)
Status quo (<i>DemPolVar</i> = 0) (categoría de referencia)				
Avance democrático (<i>DemPolVar</i> = 1)				
PostIW	1.997*** (0.296)	1.997*** (0.352)		
WinnerIW			1.841*** (0.351)	1.841*** (0.362)
LooserIW			2.609*** (0.492)	2.609*** (0.580)
UnrestME	0.921** (0.296)	0.921** (0.320)	0.884** (0.299)	0.884* (0.345)
GDPpc_Maddison_i	-0.00000392 (0.0000613)	-0.00000392 (0.0000493)	0.00000155 (0.0000606)	0.00000155 (0.0000507)
Constante	-3.312*** (0.238)	-3.312*** (0.232)	-3.324*** (0.237)	-3.324*** (0.235)
N	1514	1514	1514	1514
gl del modelo	6	6	8	8
Log Likelihood	-437.8	-437.8	-436.0	-436.0
χ^2	56.48	135.9	60.13	157.0
p	$2.32 \cdot 10^{-10}$	$7.33 \cdot 10^{-27}$	$4.40 \cdot 10^{-10}$	$6.63 \cdot 10^{-30}$
AIC	891.6	891.6	892.0	892.0
Pseudo-R ² Nagelkerke	0.0797	0.0797	0.0847	0.0847

¹²⁵ Los test de Hausman-McFadden (1984) y de Small-Hsiao (1985) llevados a cabo sobre los modelos 13 y 15 nos hacen pensar que no violan el supuesto de independencia de alternativas irrelevantes en el que se basan los logit multinomiales (Long y Freese, 2001: 189-191; Escobar Mercado, 2010: 434-437). Aunque así fuera, nuestro interés teórico en considerar conjuntamente las tres categorías nos obliga a usarlos.

Estimadores de coeficientes logit; *standard errors* (13 y 15) y *robust-cluster standard errors* (14 y 16) entre paréntesis
 + $p < 0.10$, * $p < 0.05$, ** $p < 0.01$, *** $p < 0.001$
^a 25 clústeres de país (*ccode*)

Los modelos 13 y 14 reflejan de nuevo efectos altamente significativos de los periodos posbélicos y de los grandes episodios de protesta política en la probabilidad de ocurrencia de los avances democráticos, mientras dejan sin significatividad – a un nivel estándar del 95% – el efecto de estas variables en la explicación de los retrocesos democráticos. Sólo rebajando nuestro nivel de confianza a un 90%, algo poco habitual, y aplicando clústeres robustos (Modelo 14) podríamos considerar que los periodos posbélicos también influyen positivamente en la probabilidad de ocurrencia de retrocesos democráticos. Incluso así, la magnitud de este supuesto efecto es claramente menor. Calculemos y comparemos, sobre el Modelo 14, las *odds ratio* por unidad de desviación típica de la variable independiente *PostIW* para cada alternativa. Tomando como categoría de referencia el status quo, una unidad de desviación típica de *PostIW* multiplica la razón de avance democrático por 1,5878, mientras que la razón de retroceso democrático se ve multiplicada por una cifra bastante inferior: 1,2316. Como ambas variables son dicotómicas, quizá prefiramos comparar directamente sus *odds ratio* sin la corrección por unidad de desviación típica, lo cual arroja en cualquier caso la misma ordenación (7,3663 frente a 2,4584).

Pero quizá la interpretación más clara del efecto diferencial de la variable *PostIW* provenga de la predicción de probabilidades que realiza el Modelo 14 en determinadas situaciones hipotéticas. En ausencia de grandes episodios de protesta política y con el PIB per cápita en su media, encontrarse en un periodo posbélico incrementa la probabilidad de avance democrático desde un 3,41% hasta un 20,17%. En idéntica situación, la probabilidad de retroceso democrático progresa desde un 1,94% hasta un 3,83%, siempre y cuando, como digo, estemos dispuestos a sostener, a un tímido nivel de confianza del 90%, la significatividad de dicha influencia. En consecuencia, y atendiendo a la situación de partida descrita, cuando nos hallemos en un año de los marcados como periodo posbélico podemos esperar *ceteris paribus* un avance democrático con una probabilidad de un 20,17% y un retroceso democrático con una probabilidad de un 3,83%, siempre teniendo en cuenta en la generalización de estas conclusiones que en el último caso la influencia posbélica presenta una significatividad muy reducida. Los periodos posbélicos no son, por tanto, simples factores de cambio

social que desencadenan cualquier tipo de acontecimiento político interno por igual, sino que fomentan específica y notablemente los avances democráticos. Como colofón, si además de encontrarnos en un periodo posbélico hay un gran episodio de protesta política, la probabilidad predicha de avance democrático llega a escalar hasta el 37,99%, una cifra considerable dado el carácter de *rare event* de nuestro suceso dependiente.

En los modelos 15 y 16 se separa el efecto de los periodos posbélicos en los países ganadores y perdedores de la guerra librada. Esta separación genera la pérdida definitiva de significatividad de los periodos posbélicos, operados ahora a través de las variables *WinnerIW* y *LooserIW*, en la explicación de los retrocesos democráticos. En el caso de los avances, ambas variables presentan resultados significativos al 99,9%, manteniéndose a su lado un persistente efecto positivo de los grandes episodios de protesta política. En consecuencia, tanto los periodos posbélicos vividos en los países victoriosos como los experimentados en los países derrotados incrementan significativamente la probabilidad de ocurrencia de los avances democráticos, si bien el efecto parece a simple vista más importante en los países derrotados. Tomando como referencia el Modelo 15 y la categoría ‘status quo’, una unidad de desviación típica de la variable *LooserIW* multiplica por 1,3569 la razón de ocurrencia de avances democráticos, frente a la cifra equivalente para *WinnerIW* de 1,4364. Las *odds ratio* estandarizadas por unidades de desviación típica invierten, sorpresivamente, el orden en la magnitud del efecto, lo cual sólo se explica, dada la idéntica métrica de las variables, por el hecho de que *WinnerIW* posee mayor desviación típica. De hecho, si comparamos directamente sus *odds ratio* sin esta corrección – 6,3031 para *WinnerIW* y 13,5803 para *LooserIW* – volvemos a la observación inicial de que el efecto entre los perdedores es mayor.

Acudimos, para aclarar aún más la situación, al cálculo de probabilidades, también sobre el Modelo 15. Con el PIB per cápita en la media y en ausencia de grandes episodios de protesta, el periodo posbélico de los triunfadores empuja la probabilidad de avance democrático desde el 3,42% hasta el 17,81%, mientras que en el caso de los perdedores ésta llega a ser del 31,71%. En conclusión, y aunque ambas situaciones tienen un efecto importante y significativo en la generación de avances democráticos, perder la guerra es un escenario más proclive al avance de lo que supone ganarla. Pero, y esto es lo destacable para los propósitos de nuestra prueba, aun ganando la guerra, bajo la hipotética ausencia de imposiciones extranjeras de la que gozan los países victoriosos, la democracia avanza. Y, si lo hace, podemos recalcar la irreducible

existencia de dinámicas internas en este género de cambios políticos. Una vez constatadas, y a partir de la situación bélica compartida por todos los países, es plausible deducir que las mismas estuvieron también presentes entre los países perdedores, quizá al lado o quizá como condición de posibilidad del carácter democrático de las imposiciones extranjeras.

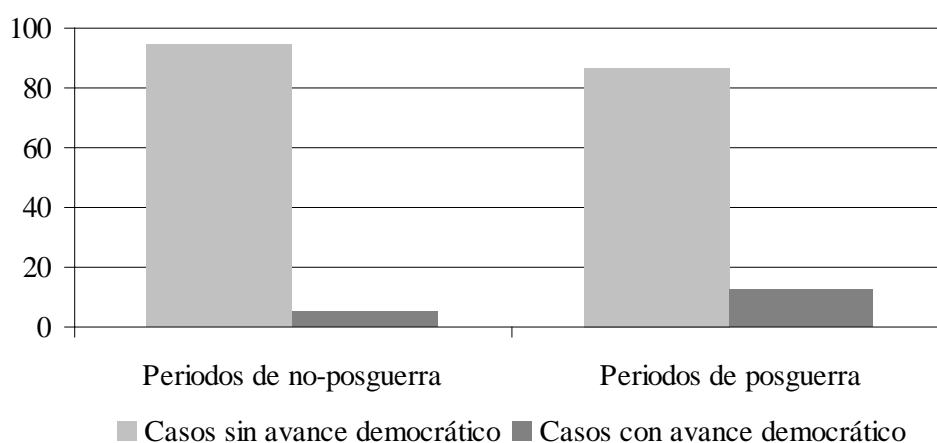
Avances democráticos en el terreno de la protección social

La observación de la Europa de 1870 a 1975 devuelve 88 coyunturas de avance democrático en el terreno de la protección social, esto es, 88 momentos en los cuales se introdujo por primera vez en cada país al menos un esquema estatutario de seguridad social, siguiendo los datos de Perrin (1969). Detrás de la inmensa mayoría de esos casos se esconde, en realidad, la introducción de un único esquema estatutario a la vez, siendo sólo 9 las ocasiones en las cuales se produjeron introducciones simultáneas de esquemas de distinto tipo en un mismo país. Sea como fuere, el número total de avances democráticos en aspectos sociales es similar a los 83 detectados en el terreno electoral y de gobierno, y comparte también con ellos una baja frecuencia relativa de ocurrencia. Concretamente, la distribución de la variable *DemSocUp* comprende 88 casos con valor 1 y 1.484 casos con valor 0, suponiendo los avances democráticos tan sólo un 5,60% de los datos válidos. En cuanto a los 816 casos que quedan con información perdida, el grueso (503) se debe a que los países salen de la muestra una vez completada la introducción de los cinco esquemas considerados, momento en el que, lógicamente, ya no pueden realizar *nuevas* primeras introducciones de los mismos. El resto de los casos perdidos son unos pocos países que no figuran en las tablas de Perrin, otros cuya aparición en el W&RD es posterior a las fechas de introducción de todos los esquemas asignadas por Perrin – en una época en la cual el país no calificaba aún para nosotros como estado independiente – y, finalmente, todos los países desde la fecha en la que se recopiló originariamente la información (1969) y hasta el final del periodo considerado (1975).

Los avances en el terreno de la protección social siguen la misma pauta de concentración histórica en torno a las dos guerras mundiales que la descrita por los avances en aspectos electorales y de gobierno, lo cual apoya también en este ámbito – por el momento *grosso modo* – la asociación temporal entre guerra y democracia. En la primera mitad del siglo XX tuvieron lugar 66 coyunturas de avance democrático en lo

social, una cifra muy superior a las 16 que habían acaecido en los últimos treinta y un años del siglo XIX y a las 6 que depararía el tercer cuarto del siglo XX. Además, la totalidad de los 9 casos en los cuales se produjo la introducción simultánea de más de un esquema de protección pertenecen única y exclusivamente a esa primera mitad del siglo XX. En cuanto al grado de implementación espacial de los esquemas de protección social, cabe señalar que en 1968 – el final del periodo para el que tenemos datos – tan sólo quedaban tres países europeos con falta de implementar por vez primera alguno de los cinco esquemas. Los países eran Portugal, Albania y Rumanía, y en todos ellos faltaba por introducir el esquema de prestaciones de desempleo.

Gráfico 5.3. Porcentaje de casos de avance democrático en el terreno de la protección social en los periodos sin y con posguerra en Europa, 1870-1975



Fuente: Elaboración propia a partir de las variables *DemSocUp* y *PostIW*

El Gráfico 5.3 resulta útil para comenzar a explorar nuestra hipótesis principal en la explicación de la vertiente social de la democracia (H_1), que defiende la influencia positiva de los periodos posbélicos. Como se observa en el gráfico, los años-país que presentan una coyuntura de avance social suponen el 5,09% de los casos cuando no hay posguerra, elevándose la cifra hasta el 13% en los periodos de posguerra. Los porcentajes son bajos, como lo es el porcentaje general de ocurrencia situado en el 5,60%, pero lo importante es que en los periodos de posguerra se dobla la proporción de años-países con avances democráticos en lo social. Se vislumbra así cierta relación entre ambas variables, en la dirección esperada, aunque ubicada en unas magnitudes relativas mucho más leves que las observadas en el caso de los avances democráticos en el terreno electoral y de gobierno, cuando los periodos posbélicos llegaban a multiplicar por siete el porcentaje referido fuera de ellos (véase el Gráfico 5.2).

Debemos, sin embargo, profundizar en el análisis a través de modelos estadísticos causales. Partiendo de unos modelos logit básicos, sin ningún control temporal o espacial sobre los resultados, la introducción de diferentes sofisticaciones estadísticas sigue el mismo recorrido ya descrito en el apartado anterior para la variable *DemPolUp*. La idéntica naturaleza dicotómica de la variable dependiente, la equivalencia en las hipótesis sometidas a prueba y el uso de la misma base de datos, con sus peculiaridades estructurales, hacen que el planteamiento analítico tenga las mismas etapas. Éste tan sólo se verá levemente alterado al final, en las pruebas complementarias, ya que es imposible calcular, por la construcción de la variable *DemSocUp*, los casos de hipotético retroceso social que pudieran servirle de contrapunto explicativo: no hay reverso lógico en nuestros datos para las primeras introducciones de los esquemas sociales. Desaparecen así los modelos logit multinomiales que diferencian avances y retrocesos, aunque se mantiene – esta vez con modelos logit sencillos – la observación del efecto diferencial de ganar o perder la guerra sobre los avances democráticos en el terreno de la protección social. Amén de esta ineludible diferencia, los modelos aplicados responden a las mismas necesidades y objetivos.

En la Tabla 5.8 aparecen los resultados de los logit iniciales, contruidos mediante la acumulación de bloques de variables independientes: las vinculadas a las hipótesis bélicas (Modelo 1'), más las que operacionalizan el resto de hipótesis (Modelo 2'), más las de control (Modelo 3'). Todas las correlaciones entre dichas variables son inferiores – tal y como previamente hemos comprobado – a $|0,35|$, lo cual descarta problemas de multicolinealidad. Por su parte, el número de casos incluidos en los análisis (N) es muy elevado si tenemos en cuenta que la información perdida en la variable dependiente, en atención a causas conocidas y razonables, sitúa en 1.572 el máximo posible de datos analizados. Las desviaciones hacia abajo desde esta cifra son ínfimas y se explican por las distintas combinaciones de casos perdidos entre las variables independientes añadidas en cada modelo.

Tabla 5.8. Modelos logit iniciales.
Variable dependiente: *DemSocUp*

V. Dep.: <i>DemSocUp</i>	Logit (1')	Logit (2')	Logit (3')
PreIW	-0.546 (0.527)	-0.415 (0.531)	-0.730 (0.606)
PostIW	1.061*** (0.322)	1.311*** (0.343)	1.309*** (0.349)
UnrestME		-0.554 (0.442)	-0.653 (0.462)
GDPpc_Maddison_i		0.000153* (0.0000717)	0.000148* (0.0000734)
SimDemSocUp		0.0348 (0.255)	0.0318 (0.257)
Milperpc			0.0156 (0.0528)
CumUnrestME			0.0141 (0.0170)
Constante	-2.898*** (0.120)	-3.340*** (0.256)	-3.392*** (0.260)
N	1572	1516	1514
gl del modelo	2	5	7
Log Likelihood	-334.3	-313.0	-308.9
χ^2	9.671	17.62	19.94
<i>p</i>	0.00794	0.00346	0.00569
AIC	674.7	638.0	633.7
Pseudo-R ² Nagelkerke	0.0175	0.0334	0.0381

Estimadores de coeficientes logit, *standard errors* entre paréntesis
+ $p < 0.10$, * $p < 0.05$, ** $p < 0.01$, *** $p < 0.001$

Aunque de inmediato nos centraremos en comentar los coeficientes de las variables, es justo reconocer que tanto la significatividad como – fundamentalmente – el ajuste general de los modelos son más leves aquí que en el caso de los avances democráticos en el terreno electoral y de gobierno. En la sección inferior de la tabla, el valor del estadístico *p* indica *likelihood ratio tests* significativos a un nivel de confianza del 99% para los tres modelos. La significatividad, a pesar de mantenerse un escalón por encima del 95%, no es tan sumamente apabullante como cuando arrojaba cifras de confianza muy por encima del 99,9%. Un rápido vistazo a los pseudo-R² de Nagelkerke, los cuales oscilan entre 1,75% y 3,81%, devuelve hipotéticos ajustes del modelo a los datos que resultan bastante reducidos, mucho menores. Y es que nuestras reservas respecto a la utilidad de los pseudo-R² en modelos no-lineales son compatibles con una apreciación general de que estos modelos, aunque válidos, son más limitados en tanto que explicación de conjunto.

En realidad aquí la estadística sólo viene a corroborar una sospecha que ya avanzábamos al describir la variable dependiente *DemSocUp*. Los avances democráticos en el terreno social han sido operacionalizados utilizando las fechas de las primeras introducciones de los cinco tipos de esquemas estatutarios de protección social. Esta variable dependiente no es capaz de recoger, una vez introducido cierto esquema, nuevos progresos en el mismo, como tampoco está habilitada para detectar idas y venidas en los niveles y extensión de la protección social más allá de las introducciones primarias de cada esquema. La variable dependiente resulta, en este sentido, menos versátil de lo deseado, y la información por ella ofrecida más genérica de lo que nos gustaría. Por ello, es lógico que los modelos estadísticos, también los coeficientes de las variables independientes, se vean perjudicados frente a un análisis que incluyera una variable dependiente más refinada. La ventaja es, sin embargo, que hemos superado la difícil tarea de construir una variable con la cobertura espacio-temporal adecuada y, a la vez, próxima a aquello que queremos medir. A nivel estadístico, y a pesar del reducido ajuste general del modelo, cabe resaltar que las relaciones entre variables que emerjan en unas condiciones tan restrictivas y hostiles son susceptibles – así lo creemos, guiados por la teoría y por la historia – de mejorar si fuera posible refinar la variable dependiente en el sentido indicado. Con independencia de que se comparta o no este extremo, veamos a continuación qué relaciones han resultado significativas y en qué dirección.

Los periodos prebélicos no tienen un efecto significativo – ni siquiera a un nivel de confianza del 90% – en la probabilidad de ocurrencia de avances democráticos en el terreno de la protección social, según los tres modelos de la Tabla 5.8. Encontrarse en el año previo a una guerra interestatal o en el primer año de la misma, situaciones ambas identificadas por la variable *PreIW*, no favorece la introducción de nuevos esquemas de protección. La H_2' , al igual que ya ocurriera con la H_2 , no se sostiene con nuestros datos.

Por su parte, el coeficiente de la variable *PostIW* es siempre muy significativo – en los tres modelos a un nivel de confianza del 99,9% – y positivo, refrendando nuestra hipótesis principal (H_1'). De nuevo los periodos posbélicos influyen significativa y positivamente, aun controlando su efecto por el de otras variables, en la probabilidad de ocurrencia de los avances democráticos, esta vez en protección social. Refiriéndonos al Modelo 3', por ser el que incluye un mayor número de variables de control, la magnitud de ese efecto en *odds ratio* es de 3,7025, que pasa a ser 1,3673 si lo estandarizamos en

odds ratio por unidad de desviación típica de la variable independiente. La intensidad de la influencia de los periodos posbélicos es, por tanto, menor en el modelo de los avances sociales que en el de los avances políticos, como ya avanzaba exploratoriamente el Gráfico 5.3. En cualquier caso, el protagonismo de la variable *PostIW* dentro de la estructura explicativa de los avances sociales, conformada por el resto de variables independientes, continúa siendo indiscutible en términos de significatividad y, como confirmaremos más adelante, de intensidad del efecto.

Resulta llamativo que la protesta política, importante promotora de los avances democráticos en el terreno electoral y de gobierno, no guarde una relación significativa y positiva con los avances democráticos en lo social. Debemos situar esta afirmación en sus justos términos en función de las variables empleadas en la medición. Afinando la conclusión diríamos que los grandes episodios de protesta política desarrollados en la Europa de 1870 a 1975 no favorecieron la introducción primaria de los cinco grandes esquemas estatutarios de seguridad social, cuando controlamos por las variables presentes en los modelos. Sirviéndonos del desarrollo conceptual de Acemoglu y Robinson (2007), parece ser que el ‘poder político de facto’ adquirido por los oprimidos en los grandes momentos de protesta fue aprovechado para desequilibrar la balanza del poder entre las clases en el núcleo de las instituciones políticas, asegurando primero y al máximo nivel el ‘poder político de jure’, y no para inaugurar inmediatamente estatutos sociales. A partir de aquí se abren las puertas de la especulación si nos resistimos a dar por completamente perdida la relación entre protesta política y cambios en la protección social. Es posible que los grandes episodios de protesta sólo fueran correspondidos con demandas sociales en fechas más próximas a la actualidad, una vez ya alcanzadas cotas razonables de democracia. En contextos con mayor democracia en lo político no serían necesarias, además, protestas de envergadura tan grande para forzar el cambio en protección social, lo cual conduciría a la observación de protestas comparativamente menores y, seguramente, con una mayor especificidad social en lo reclamado que no conlleve sólidas alternativas de transformación política. Una pretensión de cambio que, por otra parte, se dirija más al contenido y financiación de la política social que a la fundación primigenia de sus esquemas. Pero nuestro objetivo investigador no pasa por el análisis completo de la utilidad de la protesta para el cambio en la política social, ni siquiera dicha variable independiente, aun siendo importante, es la principal. Aquí basta con reconocer que los grandes episodios de protesta del periodo no guardaron relación temporal inmediata, en el mismo año, con los avances democráticos en el terreno de la

protección social, entendidos como la introducción de nuevos esquemas estatutarios de protección social.

La relación que sí emerge, a un nivel de confianza del 95% tanto en el Modelo 2' como en el Modelo 3', es la de la variable *GDPpc_Maddison_i*. A mayor nivel de PIB per cápita, mayor es – *ceteris paribus* – la probabilidad de obtener un avance social. La hipótesis que asegura una influencia positiva del nivel de desarrollo económico en los avances democráticos, en este caso sociales, encuentra aquí respaldo (H_4'), a diferencia de los resultados no significativos que arrojaba en el ámbito electoral y de gobierno (H_4). Desde un punto de vista práctico, tiene todo el sentido que concretamente la introducción de sistemas estatutarios de protección social tienda a producirse en países y momentos con un nivel general de desarrollo económico comparativamente más elevado al de otras coyunturas europeas, ya que cierto nivel de recursos facilita su siempre costosa implementación. En cuanto a la dimensión del efecto, la *odds ratio* que calculamos sobre el Modelo 3 es de 1,0001, pero el carácter continuo – no dicotómico – en la medición de esta variable nos conduce inexcusablemente para su comparación a la *odds ratio* por unidad de desviación típica: 1,2371. El efecto es menor al equivalente de la variable posbélica, con una *odds ratio* de 1,3673 por unidad de desviación típica, lo cual deja a *PostIW* a la cabeza explicativa de estos modelos no sólo en lo significativo sino también en cuanto a potencia de la influencia se refiere.

Las variables restantes no resultan significativas. De nuevo el contexto internacional – las introducciones contemporáneas de esquemas de protección social en dos o más países del entorno que mide la variable *SimDemSocUp* – no es significativo en la explicación, quedando la H_5' sin soporte empírico. Las variables de control *Milperpc* y *CumUnrestME* tampoco añaden nada al margen de su presencia como controles.

Fuera del plan preestablecido de análisis, probamos la inclusión al final del Modelo 3' de la que fuera variable dependiente en el apartado anterior, *DemPolUp*, porque los avances democráticos en los aspectos electorales y de gobierno bien podrían simultanearse con avances en lo social en tanto que fuerzas motrices de los mismos. La prueba, cuyos resultados omitimos para economizar espacio, no altera los resultados del Modelo 3' y tampoco genera un coeficiente significativo, siquiera al 90% de confianza, para la variable *DemPolUp*. La contemporaneidad causal entre las variables dependientes de este estudio es, por tanto, rechazada. Pensamos, no obstante, que el

planteamiento de esta hipotética relación tiene probablemente mayor sentido en el largo plazo, esto es, como una relación no entre momentos de avance sino entre grado de democracia en lo político y grado de democracia en lo social. En cualquier caso, la inclusión de la variable sirvió para despejar dudas sobre el adecuado control de nuestros resultados y para abrir la reflexión acerca de un tema más amplio que queda necesariamente al margen de este estudio: los posibles efectos sociales de la democracia política¹²⁶.

A continuación se implementarán diferentes sofisticaciones sobre los logit iniciales para averiguar si éstas varían los resultados que acabamos de comentar. Empezamos enfocando los datos dependientes binarios en tanto que datos agrupados de historia de acontecimientos (BTSC), prevenidos contra supuestas dependencias temporales de los avances observados en un determinado momento respecto al tiempo transcurrido desde que tuvo lugar el último avance en el país¹²⁷.

¹²⁶ Por ejemplo, Aidt y sus colaboradores (2006) han estudiado la relación del grado y calidad del sufragio existente en 12 países europeos entre 1830 y 1938 con el volumen del gasto público en ciertos capítulos, también sociales. Entre otras cosas, encontraron un efecto positivo en el gasto en salud, educación y bienestar, aunque débil, de la existencia de sufragio femenino.

¹²⁷ La variable que mide el tiempo transcurrido para los avances democráticos en el terreno de la protección social es t_{dsu} , sobre la que se aplican las mismas puntualizaciones ya realizadas para su contraparte t_{dpu} .

Tabla 5.9. Modelos logit con controles temporales, según las propuestas de Beck, Katz y Tucker (1998) [BKT] y de Carter y Signorino (2010) [CS].

Variable dependiente: *DemSocUp*

V. Dep.: <i>DemSocUp</i>	BKT			CS
	Logit <i>Dummies</i> ^a (4')	Cloglog <i>Dummies</i> ^a (5')	Logit <i>Spline</i> (6')	Logit t_b, t_b^2, t_b^3 (7')
PreIW	-0.813 (0.631)	-0.781 (0.606)	-0.748 (0.605)	-0.717 (0.606)
PostIW	1.405*** (0.389)	1.327*** (0.356)	1.202*** (0.355)	1.213*** (0.356)
UnrestME	-0.507 (0.475)	-0.470 (0.452)	-0.661 (0.465)	-0.663 (0.466)
GDPpc_Maddison_i	0.000143+ (0.0000766)	0.000136+ (0.0000698)	0.000135+ (0.0000716)	0.000142* (0.0000722)
SimDemSocUp	-0.140 (0.285)	-0.153 (0.271)	-0.00961 (0.260)	-0.0154 (0.260)
Milperpc	0.0283 (0.0559)	0.0229 (0.0518)	0.0170 (0.0538)	0.0153 (0.0538)
CumUnrestME	0.0132 (0.0185)	0.0131 (0.0175)	0.0141 (0.0177)	0.0125 (0.0178)
Spline (1) ^b			-0.0137 (0.0884)	
Spline (2) ^b			0.175 (0.572)	
Spline (3) ^b			-0.278 (1.048)	
t				0.0328 (0.0736)
t ²				-0.00115 (0.00368)
t ³				0.0000248 (0.0000508)
Constante	-3.508*** (0.646)	-3.492*** (0.619)	-3.512*** (0.490)	-3.701*** (0.440)
N	1348	1348	1514	1514
gl del modelo	40	40	10	10
Log Likelihood	-273.4	-273.1	-305.0	-304.7
χ^2	65.86	67.36	27.74	28.22
p	0.00615	0.00436	0.00199	0.00167
AIC	628.7	628.1	631.9	631.4
Pseudo-R ² Nagelkerke	0.131	0.133	0.0528	0.0537

Estimadores de coeficientes logit, *standard errors* entre paréntesis

+ $p < 0.10$, * $p < 0.05$, ** $p < 0.01$, *** $p < 0.001$

^a Hay 33 *dummies* temporales en el modelo que no se muestran; 19 *dummies* temporales cuyo valor 1 realizaba predicciones perfectas han sido excluidas del modelo por colinealidad, eliminándose los datos correspondientes al valor 1; 1 *dummy* temporal ha sido adicionalmente omitida por problemas de colinealidad.

^b Coeficientes de los segmentos del *natural cubic spline* del tiempo transcurrido

Como se observa en la Tabla 5.9, ni las propuestas de Beck, Katz y Tucker (1998) ni la de Carter y Signorino (2010) alteran nuestras conclusiones en lo referente a la variable *PostIW* – sólo hay leves oscilaciones en su coeficiente – ni, en general, al resto de variables. Los modelos 4' y 5' incorporan inicialmente 54 variables dicotómicas temporales k_n , de las cuales 19 son excluidas del análisis al perder sus datos con valor 1 que generan predicciones perfectas, y una es adicionalmente omitida también por problemas de colinealidad. Se repiten los problemas de eficiencia y separación de los datos con los que ya nos topamos en este tipo de modelos, reduciéndose nuevamente la muestra total que analizan. El Modelo 6' sustituye las variables dicotómicas temporales por un *natural cubic spline* de la variable t con 4 'knots', calculado sólo sobre los casos válidos de la variable dependiente, mientras que el Modelo 7' combate la arbitrariedad en esa determinación del número de 'knots' del *spline* tomando como alternativa la introducción directa de t , t^2 y t^3 . Los resultados son, en todos los casos, muy similares a los del Modelo 3', con una pequeña salvedad: la significatividad de la variable *GDPpc_Maddison_i* baja un peldaño hasta el nivel de confianza del 90% en tres de los cuatro modelos de la Tabla 5.9, lo cual la situaría fuera del 95% que suele tomarse como referencia para la aceptación de la hipótesis alternativa. No obstante, en tanto que el resultado persiste a través de los diferentes modelos, es razonable mantener nuestras conclusiones respecto a la influencia positiva del desarrollo económico en la producción de avances democráticos en el terreno de la protección social, añadiéndoles, eso sí, una dosis mayor de cautela.

Si fuera necesario elegir entre los logit iniciales o estos modelos con correcciones temporales, seguramente nos decantáramos por los primeros. La diferencia en *log likelihood* del Modelo 7', el más adecuado de los cuatro que acabamos de comentar, frente al Modelo 3', el logit inicial más completo, sí es aquí significativa – a un nivel de confianza del 95% – y el AIC mejora levemente. Sin embargo, los problemas de multicolinealidad que acarrearán todas estas sofisticaciones, y que también afectaban al análisis de los avances democráticos en el terreno electoral y de gobierno, no desaparecen¹²⁸. Más allá de los intentos que pudieran llevarse a cabo para resolver

¹²⁸ Además de las predicciones perfectas y la colinealidad en los modelos con variables dicotómicas temporales, hay correlaciones por encima de $|0,8|$ entre los segmentos del *spline* y entre las variables t , t^2 y t^3 . La inclusión única de la variable t sí genera – a diferencia de lo ocurrido en el caso de los avances democráticos en el terreno electoral y de gobierno – un coeficiente significativo y positivo en la misma a un nivel muy aceptable de confianza, el 99%, lo cual indica que el paso del tiempo así entendido incrementa, lógicamente, la probabilidad de

este extremo, la observación relevante dentro de nuestro plan de análisis es que los resultados se mantienen cuando los controlamos por la existencia de posibles dependencias temporales, más todavía si comparamos los modelos 3' y 7'. Ya que los resultados en las variables fundamentales no varían en lo esencial, y si realmente se nos invita a optar, nuestra preferencia por la parsimonia devolvería la vista hacia el logit inicial.

La Tabla 5.10 presenta los modelos de efectos fijos (*fixed-effects*¹²⁹) y de efectos aleatorios (*random-effects*), que toman como punto de partida el logit inicial (Modelo 3'). Con ellos se tiene en cuenta, de diferente forma, la variabilidad escondida tras observaciones presumiblemente interdependientes. Partiendo del modelo de efectos fijos, el resultado no significativo del test de Hausman en su comparación con el modelo de efectos aleatorios confirma la consistencia de los resultados en este último caso.

que vuelva a ocurrir un avance democrático de tipo social. Sea como fuere, tampoco en este caso se verían modificados los resultados ni del Modelo 3' ni del Modelo 7', salvo por el hecho de que la significatividad del coeficiente del *GDPpc_Maddison_i* sería devuelta al nivel de confianza del 90%.

¹²⁹ Modelo *conditional fixed-effects*.

Tabla 5.10. Modelos *fixed-effects* y *random-effects*.
Variable dependiente: *DemSocUp*

V. Dep.: <i>DemSocUp</i>	Fixed-effects (8')	Random-effects (9')
PreIW	-0.746 (0.609)	-0.730 (0.606)
PostIW	1.248*** (0.353)	1.309*** (0.349)
UnrestME	-0.593 (0.476)	-0.653 (0.461)
GDPpc_Maddison_i	0.000218+ (0.000127)	0.000148* (0.0000734)
SimDemSocUp	-0.0228 (0.258)	0.0318 (0.256)
Milperpc	0.00887 (0.0541)	0.0156 (0.0528)
CumUnrestME	0.0234 (0.0338)	0.0141 (0.0170)
Constante		-3.392*** (0.260)
$\ln(\sigma_v^2)$		-13.90 (36.91)
ρ		0.000000280 (.0000103)
N	1514	1514
gl del modelo	7	7
Log Likelihood	-267.2	-308.9
χ^2	19.23	22.22
p	0.00749	0.00233
AIC	548.4	635.7
Pseudo-R ² Nagelkerke	0.0412	.
LR test para ρ		0.497

Estimadores de coeficientes logit, *standard errors* entre paréntesis
+ $p < 0.10$, * $p < 0.05$, ** $p < 0.01$, *** $p < 0.001$

25 grupos de país (*cocode*)

$\ln(\sigma_v^2)$ es el componente adicional de variación de nivel panel

ρ es la proporción de la varianza total a la que contribuye el nivel panel

Hay que entender los estadísticos de ajuste de estos modelos en base a los *gl* del modelo considerados por STATA y que no reflejan las modificaciones *fixed-effects* ni *random-effects* de las ecuaciones

Estos modelos no cambian lo dicho hasta ahora respecto a las variables independientes. En el Modelo 8' la inclusión de *fixed-effects* simplemente reduce en media centésima el coeficiente de la variable *PostIW* e incluso incrementa en una cantidad mínima pero relativamente mayor el de *GDPpc_Maddison_i*, descendiendo no obstante la significatividad de esta última a un nivel de confianza del 90%. Por otra

parte, la incorporación de *random-effects* en el Modelo 9' deja intactos los coeficientes, siendo la contribución del nivel panel a la proporción de la varianza total explicada (ρ) absolutamente despreciable. Omitiendo la comparación del ajuste general de estos modelos con los iniciales, que habría de tener en cuenta las modificaciones *fixed-effects* y *random-effects* en las ecuaciones, comprobamos de nuevo que los resultados se mantienen.

En la Tabla 5.11 se pueden contemplar las últimas sofisticaciones implementadas sobre el análisis inicial. Mientras la regresión *rare events* (King y Zeng, 2001a; King y Zeng, 2001b) corrige el logit inicial, para evitar problemas de subestimación cuando la probabilidad de ocurrencia de la variable dependiente es reducida, los clústeres robustos y el remuestreo *jackknife* por clústeres ajustan los errores estándar.

Tabla 5.11. Correcciones *rare events* y errores robustos.
Variable dependiente: *DemSocUp*

V. Dep.: <i>DemSocUp</i>	Corrección Rare Events (10')	Logit Clústeres ^a Robustos (11')	Logit Jackknife Clústeres ^a (12')
PreIW	-0.572 (0.618)	-0.730 (0.626)	-0.730 (0.714)
PostIW	1.316*** (0.361)	1.309*** (0.358)	1.309** (0.374)
UnrestME	-0.581 (0.445)	-0.653 (0.446)	-0.653 (0.556)
GDPpc_Maddison_i	0.000151* (0.0000764)	0.000148** (0.0000473)	0.000148** (0.0000509)
SimDemSocUp	0.0419 (0.258)	0.0318 (0.259)	0.0318 (0.262)
Milperpc	0.0239 (0.0458)	0.0156 (0.0352)	0.0156 (0.0368)
CumUnrestME	0.0155 (0.0153)	0.0141 (0.0113)	0.0141 (0.0129)
Constante	-3.390*** (0.250)	-3.392*** (0.250)	-3.392*** (0.259)
N	1514	1514	1514
gl del modelo	7	7	7
Log Likelihood	N/A	-308.9	-308.9
χ^2 [F]	N/A	32.58	[3.87]
p	N/A	0.0000317	0.00591
AIC	N/A	633.7	633.7
Pseudo-R ² Nagelkerke	N/A	0.0381	0.0381

Estimadores de coeficientes logit; *standard errors* (10'), *robust-cluster standard errors* (11') y *jackknife-cluster standard errors* (12') entre paréntesis

+ $p < 0.10$, * $p < 0.05$, ** $p < 0.01$, *** $p < 0.001$

F es el estadístico empleado para determinar la significatividad del Modelo 12'

^a 25 clústeres de país (*ccode*)

El análisis *rare events* del Modelo 10' mantiene nuestros resultados. Las variables independientes que ya eran significativas lo son también aquí conservando su nivel de confianza y la dirección del efecto, sin que emerjan nuevas variables relevantes en la explicación. Los coeficientes de estas variables significativas presentan además una magnitud casi idéntica, experimentando un incremento tan leve que hace insustancial el aporte de esta corrección.

Veamos ahora si el ajuste de los errores estándar que realizan los modelos 11' y 12' afecta a la significatividad de los coeficientes, en comparación con el logit inicial del Modelo 3'. Los clústeres robustos aumentan el error estándar en *PostIW* desde 0,349 hasta 0,358, mientras que el remuestreo *jackknife* lo empuja hasta 0,374. El primer incremento no consigue mover el coeficiente del nivel de significación del 99,9%, y el segundo tan sólo lo reduce hasta el 99%. Por tanto, el efecto de los periodos posbélicos se mantiene incluso bajo estos ajustes. Respecto a la variable *GDPpc_Maddison_i*, su error se ve reducido con el ajuste de clústeres robustos desde 0,0000734 hasta 0,0000473, situándolo el remuestreo *jackknife* en una cifra también menor pero intermedia: 0,0000509. En consecuencia, ambas operaciones potencian la significatividad de la variable desde el nivel de confianza del 95% hasta el 99%. Esta reducción del error en las variables significativas, que revierte en una mejora de la significatividad, no es común cuando se buscan resultados robustos, pero hay que tener en cuenta que las pruebas de robustez realizadas asumen también la existencia de clústeres de país en la muestra. Sin ellos, tal y como hemos podido comprobar, ambas pruebas efectivamente incrementarían el error estándar inicial. Por otro lado, si nos fijamos bien, el modelo *fixed-effects* (Modelo 8') mejoró el coeficiente y el error estándar de esta variable frente al logit inicial (Modelo 3'). En suma, parece ser que el efecto del PIB per cápita se beneficia – en unas u otras formas – de las consideraciones que controlan espacialmente, por país, los resultados.

Una vez alcanzado el final de esta exhaustiva batería de pruebas, estamos en condiciones de respaldar las conclusiones que apuntaban los sencillos modelos de

partida. El ajuste general de los modelos ha sido menor al descrito en los análisis de los avances democráticos en el terreno electoral y de gobierno, pero esto no ha impedido la extracción de conclusiones claras y persistentes. La evidencia empírica es favorable a la H_1 y a la H_4 , mientras que deja sin soporte a la H_2 , la H_3 y la H_5 . La conclusión principal es que los periodos posbélicos influyen positivamente también en la vertiente social del avance democrático. Los grandes episodios de protesta política, a diferencia de lo ocurrido en el plano electoral y de gobierno, no han cuajado aquí en un efecto significativo, tal vez a causa de la operacionalización concreta de la variable dependiente. La última de las novedades es la emergencia explicativa del grado de desarrollo económico, medido como PIB per cápita, con un coeficiente positivo y de significatividad variable.

De forma complementaria a la formalización de hipótesis, terminamos el análisis estadístico desdoblado la influencia posbélica en función de que el país finalice la guerra en calidad de ganador o de perdedor de la misma. La operacionalización de la variable dependiente no permite el cálculo adicional de retrocesos democráticos en el terreno de la protección social, impidiendo así el abordaje simultáneo de avances y retrocesos en modelos multinomiales. Nos limitamos, por consiguiente, a sustituir la variable *PostIW* por las variables *WinnerIW* y *LooserIW*, y a observar su comportamiento en modelos logit que van añadiendo bloques de variables (modelos 13', 14' y 15') para, finalmente, corregir los errores estándar con clústeres robustos (Modelo 16').

Tabla 5.12. Modelos logit diferenciando ganadores y perdedores.
Variable dependiente: *DemSocUp*

V. Dep.: <i>DemSocUp</i>	Logit (13')	Logit (14')	Logit (15')	Clústeres ^a Robustos (16')
WinnerIW	1.260*** (0.365)	1.500*** (0.382)	1.483*** (0.387)	1.483*** (0.412)
LooserIW	0.625 (0.617)	0.958 (0.636)	0.956 (0.639)	0.956+ (0.531)
UnrestME		-0.565 (0.443)	-0.654 (0.462)	-0.654 (0.449)
GDPpc_Maddison_i		0.000153* (0.0000716)	0.000150* (0.0000732)	0.000150** (0.0000489)
SimDemSocUp		0.0488 (0.254)	0.0544 (0.255)	0.0544 (0.260)
Milperpc			0.0147 (0.0536)	0.0147 (0.0373)
CumUnrestME			0.0128 (0.0169)	0.0128 (0.0109)
Constante	-2.927*** (0.119)	-3.367*** (0.254)	-3.431*** (0.259)	-3.431*** (0.240)
N	1572	1516	1514	1514
gl del modelo	2	5	7	7
Log Likelihood	-334.2	-312.5	-308.9	-308.9
χ^2	10.04	18.63	19.85	31.59
p	0.00659	0.00225	0.00590	0.0000483
AIC	674.3	637.0	633.8	633.8
Pseudo-R ² Nagelkerke	0.0182	0.0353	0.0379	0.0379

Estimadores de coeficientes logit; *standard errors* (13', 14' y 15') y *robust-cluster standard errors* (16') entre paréntesis

+ $p < 0.10$, * $p < 0.05$, ** $p < 0.01$, *** $p < 0.001$

^a 25 clústeres de país (*cocode*)

La Tabla 5.12 establece que el efecto positivo de los periodos posbélicos corresponde en exclusiva a los países ganadores de la guerra, con coeficientes significativos de la variable *WinnerIW* siempre a un nivel de confianza del 99,9%. La magnitud de esa influencia en *odds ratio* es, en los modelos más completos, de 4,4064 (1,3294 si se mide por unidad de desviación típica de la variable independiente). En cuanto a la variable *LooserIW*, ésta tan sólo alcanza una tímida significatividad al 90% de confianza en el último modelo, y lo hace en todo caso con un coeficiente positivo pero a todas luces menor (su *odds ratio* es igual a 2,6015 y a 1,1426 si la estandarizamos). No resulta razonable, por tanto, defender que la introducción de los diferentes esquemas estatutarios de protección social respondió a mecanismos de imposición extranjera sobre los países perdedores. A diferencia de lo ocurrido en el caso

de los avances electorales y de gobierno, cuando al lado de las irreducibles dinámicas internas de los países ganadores había un efecto incluso mayor entre los perdedores, la protección social ni siquiera avanza significativamente tras la guerra en los países derrotados. Es probable que, en semejante situación, éstos sean empujados a encabezar sus agendas con reformas políticas y no a inaugurar inmediatamente nuevos esquemas estatutarios de protección social.

6. ILUSTRACIÓN HISTÓRICA DE LOS MECANISMOS CAUSALES: GUERRAS MUNDIALES Y AVANCES DEMOCRÁTICOS

Las hipótesis respaldadas estadísticamente en el capítulo anterior serán ahora ilustradas desde la historia, sobre el lienzo de las dos guerras mundiales. Estos conflictos interestatales constituyen, a todas luces, el corazón bélico del periodo 1870-1975 en Europa, y es en torno a ellos donde se concentra en mayor medida la génesis guerrera de los avances democráticos considerados. Su observación es, por consiguiente, de gran valor para la encarnación histórica de las relaciones entre guerras interestatales de masas y democracia.

Las conclusiones estadísticas han sido obtenidas en un marco analítico muy exigente y restrictivo, por lo que acudimos a la historia también para expandir los resultados cuantitativos. Los rígidos criterios de codificación, tanto de las variables dependientes como de las independientes, excluyeron necesariamente de la operacionalización determinadas variaciones prodemocráticas, tanto en la vertiente política como en la social, originadas en la guerra. Recordemos que la variable identificadora de los avances democráticos en el terreno electoral y de gobierno descansaba sobre la progresión de cuatro indicadores: el reclutamiento para el ejecutivo, las constricciones a su poder, la competición electoral y la participación electoral (esta última fundamentalmente como *proxy* efectivo del derecho de voto). Sin embargo, en seguida veremos que hay otras variaciones en ese mismo terreno que también significan más democracia y que sólo la apreciación histórica de cada caso concreto está en condiciones de relacionar con la guerra. Aún es mayor el valor de la historia en el caso de los avances sociales, ya que los datos los redujeron a la fecha de introducción primaria de cada esquema estatutario de seguridad social. La guerra es, no obstante, susceptible de potenciarlos adicionalmente desde otros ángulos. En cuanto a las variables independientes que identifican los periodos posbélicos y los grandes episodios de protesta política, en ocasiones resulta ilustrativo flexibilizar sus estrechos márgenes temporales – el último año de guerra y el inmediatamente posterior a la misma, para la primera, y el año contemporáneo a un gran episodio de protesta, para la segunda – mediante la consideración de efectos sobre la democracia algo más difusos en el tiempo. En conjunto, la historia brinda la oportunidad, tras la generalización estadística de los resultados, de adherir y adaptar las conclusiones al siempre imperfecto y particular discurrir de los hechos.

Nos preocuparemos igualmente por los mecanismos concretos que actúan como correa de transmisión desde la guerra y la protesta hasta los avances democráticos. Ya ofrecimos evidencia al respecto, también centrada en las dos guerras mundiales, cuando dichos mecanismos fueron definidos en el Capítulo 4. Evitando las reiteraciones, incidiremos en acontecimientos clave donde la guerra puso en marcha dinámicas que, con independencia de su rígida codificación en la base de datos, ejemplifican el fortalecimiento de las clases trabajadoras durante las guerras de masas, así como la existencia de promesas democratizadoras por parte de las élites.

En resumen, las tres secciones que siguen son estrictamente una ilustración histórica: no constituyen ni una recopilación exhaustiva y enciclopédica de la realidad europea en torno a las dos guerras mundiales, ni un estudio de caso concreto centrado en un único país. Tan sólo pretendemos apuntar hacia múltiples direcciones en las cuales el tratamiento histórico puede ayudar a la comprensión y esclarecimiento de las regularidades estadísticas que hemos encontrado. Con este objetivo, en primer lugar se incide brevemente en el consabido carácter total y masivo de las dos guerras mundiales, habilitándolas así como potenciales generadoras de efectos democráticos. Seguidamente se amplían las variables dependientes para llamar la atención sobre otras formas en las cuales la guerra hizo avanzar la democracia, tanto desde el terreno político como desde el social. Finalmente se muestra evidencia concreta de las promesas que realizaron las élites durante la guerra para movilizar a los trabajadores, y del incremento efectivo del poder de negociación de estos últimos que, en ocasiones, conseguiría asegurar su cumplimiento al final de la guerra.

6.1. La situación general: guerras interesantes para la democracia

Como argumentamos en su momento, la guerra franco-prusiana (1870-1871) inauguró en Europa un nuevo periodo, cuyo punto álgido fueron las dos guerras mundiales. Ese enfrentamiento trajo a escena el modelo de ejército de masas, promovido por los revolucionarios franceses y posteriormente arrinconado por la Restauración europea (Andreski, 1968; McNeill, 1988; Mjoset y Van Holde, 2002; Burk, 2006), que alcanzó su máxima expresión en el ‘estado de guerra ciudadano’ – ‘*citizen warfare*’ (Mann, 1988: 171-176) – de las dos guerras mundiales. Estos conflictos marcarían a fuego el devenir histórico en tanto que indiscutibles guerras totales, con los contendientes empleando todos los recursos a su alcance hasta la

eliminación o rendición completa del oponente (Janowitz, 1978), explotando para esa tarea las posibilidades abiertas por los sistemas de producción industrial (Verstrynge Rojas, 1979: 33-34 y 119-149). La intensa movilización de la población, cuyo esfuerzo era central e imprescindible tanto en el frente como en la fábrica, devuelve en estos contextos de guerra total el grado máximo de lo que consideramos una guerra interesante para la democracia, y es por ello que merece la pena dimensionar, siquiera someramente, dichos conflictos.

Primera Guerra Mundial

La Primera Guerra Mundial estalló el 28 de julio de 1914 y a su término, el 11 de noviembre de 1918, demostró ser el mayor conflicto armado vivido hasta el momento en el planeta. Las tensiones imperialistas entre los estados, en su afán por expandirse territorial y económicamente, encontraron su correlato ideológico en nacionalismos exacerbados. Previamente, desde finales del siglo XIX, se había ido tejiendo una compleja red de alianzas diplomáticas para tratar de gestionar estas rivalidades, destacando en vísperas del conflicto dos grandes bloques antagónicos¹³⁰: la Triple Alianza del Imperio Alemán, el Imperio Austrohúngaro y el Reino de Italia¹³¹, por un lado, y la Triple Entente del Imperio Ruso, la República Francesa y el Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda, por otro. A sus delicadas relaciones internacionales se sumaban problemas internos, como eran el incremento de la presión del movimiento obrero sobre las élites y el peligro de desintegración en base a nacionalismos centrífugos, miedo más que patente en el Imperio Austrohúngaro. En este contexto, la búsqueda de un enemigo común exterior para aunar a la población propia facilitó la receptividad de los países ante la idea de guerra.

Una vez detonado, el conflicto se extendió rápidamente por Europa y por el resto del mundo. El *casus belli* fue el asesinato en Sarajevo del Archiduque Francisco Fernando de Austria, heredero al trono austrohúngaro, y de su esposa a manos de un joven nacionalista serbo-bosnio, Gavrilo Princip, que defendía la unificación de los

¹³⁰ Sobre las variaciones previas en la composición de estas alianzas diplomáticas, así como de las relaciones internacionales entre países, es útil consultar *La crisis europea y la 1ª Guerra Mundial* (Renouvin, 1990).

¹³¹ Aunque el Reino de Italia pertenecía a la Triple Alianza en 1914, cuando estalló la guerra se declaró neutral – alegando que su alianza era defensiva – para terminar uniéndose al bando aliado.

territorios eslavos del sur del imperio con el Reino de Serbia. Un mes después del suceso, ocurrido el 28 de junio de 1914, el Imperio Austrohúngaro declaró la guerra al Reino de Serbia, lo que movilizó al día siguiente al Imperio Ruso en defensa de los serbios, activándose así el mecanismo de alianzas que extendería la guerra por toda Europa, enfrentando al bando de las potencias centrales con el de los aliados. Dadas las posesiones coloniales de los países europeos, la guerra se extendió por todo el globo¹³² y, además, terminó implicando a países tan lejanos como el Imperio de Japón o los Estados Unidos de América. Sin embargo, el escenario principal de la guerra fue el continente europeo.

Lo cierto es que al principio los países europeos acudieron a la guerra ‘alegremente’ (McNeill, 1988: 342), sin prever un conflicto tan largo y cruento como el que finalmente tuvo lugar. El *Plan Schlieffen* del ejército alemán, pergeñado ya desde principios de siglo, consistía en cruzar Bélgica y atacar desde allí al ejército francés, en una maniobra demoledora que en palabras de Helmuth Johan von Moltke, sucesor de Schlieffen en el cargo de Jefe del Estado Mayor alemán, les permitiría ‘acabar de una vez por todas con Francia’ en tan sólo seis semanas, para después concentrar todas sus fuerzas contra Rusia (Renouvin, 1990: 209). Los generales alemanes parecían haber comprendido perfectamente el consejo de Sun Tzu: ‘Si el ejército emprende campañas prolongadas, los recursos del Estado no alcanzarán’ (2008: 47). Sin embargo, sus planes de entablar una guerra rápida y victoriosa fracasaron, y el resultado fue una guerra lenta, en su práctica totalidad de puro desgaste, y dramática para todos los países.

La economía se puso al servicio de la guerra bajo la batuta estatal, asegurando – entre otras cosas – el aprovechamiento de las capacidades industriales para la producción de nuevos y más mortíferos armamentos¹³³. En el mar, durante la década anterior al conflicto los países se habían esforzado en la construcción de acorazados y otras unidades navales fuertemente armadas, aunque éstas tuvieron poca importancia en una guerra librada fundamentalmente en tierras continentales y donde el dominio británico de los mares era notable, indiscutible a partir de la Batalla de Jutlandia (1916). Fue, no obstante, muy novedoso el incremento de las flotas de submarinos, que se

¹³² Una excelente muestra de mapas sobre la Primera Guerra Mundial en Europa, y también en el resto del mundo, puede encontrarse en el *Atlas Akal de la Primera Guerra Mundial: La historia completa* (Gilbert, 2003).

¹³³ Las anotaciones referidas a la tecnología militar en la Primera Guerra Mundial han sido elaboradas a partir de las páginas monográficas que sobre esta cuestión incluye el libro de Jay Winter (1993).

utilizaron por primera vez de forma extensa en una guerra. La apuesta alemana por este elemento causó más estragos entre la marina mercante británica que entre los buques de guerra, por lo que su utilización no desequilibró el control de los mares. En el cielo comenzaron a aparecer los dirigibles y los aviones, desarrollados y perfeccionados al calor de la batalla, que realizaban los primeros bombardeos estratégicos planteando así la necesidad de un encaje propio en las fuerzas armadas. De hecho, la *Royal Air Force* británica se crea en 1918. En cualquier caso, la guerra se libró eminentemente en tierra, proliferando la utilización de cañones ligeros durante la guerra de movimientos y perfeccionándose la artillería pesada para satisfacer las exigencias de la guerra de posiciones. El arma más característica cuyo empleo inauguró la Primera Guerra Mundial fue, sin duda, el tanque. Los primeros modelos aparecieron en 1916, rudimentarios pero eficaces, acompañando a una infantería bien armada con fusiles ligeros y bendecida con el empleo de potentes ametralladoras y granadas. Las bayonetas, tan útiles en tiempos pasados y todavía omnipresentes en los equipamientos bélicos, cedían protagonismo en un paisaje ya completamente dominado por la cadencia y la potencia de fuego.

De una guerra tan larga, tan extendida por Europa y con una tecnología tan industrializada, es fácilmente deducible la importancia de las clases populares no sólo en las fábricas sino en el propio campo de batalla. Las clases trabajadoras eran la tripulación de los acorazados, destructores y cruceros, así como de los submarinos. Eran también los artilleros que manejaban cañones ligeros y pesados, y los soldados de infantería que disparaban sus rifles de repetición de pequeño calibre frente al enemigo, y quienes permanecían en las entrañas de los primeros tanques. Si bien es cierto que la Primera Guerra Mundial todavía conservaba en sus altos mandos una pátina aristocrática – no hay que olvidar que fue la época, por ejemplo, del Barón Rojo –, hubo una participación masiva e imprescindible de las clases populares. Jay Winter ha llegado a afirmar que ‘las dos armas fundamentales eran la pala y la ametralladora’ (1993: 122), haciendo referencia a una tarea tan proletaria de la tropa como es la excavación de trincheras. Tampoco hay que olvidar que los soldados destinados a los puestos más penosos desenvolvían su labor en *condiciones de trabajo* críticas. Bajo el agua ‘el ambiente del interior del submarino era caluroso, fétido y claustrofóbico’ (1993: 87), y en los tanques la dotación de soldados ‘tenía que soportar condiciones de estrechez y calor’ (1993: 100). La Primera Guerra Mundial mantuvo así la centralidad y

la necesidad de las clases bajas en el ejército. Es más, sentó las bases para alcanzar la perfección de las instituciones armadas de masas en 1920 (Janowitz, 1978).

El impacto de esta guerra total, en términos de movilización y de destructividad, fue enorme tanto entre los soldados como en el conjunto de la población, especialmente la europea. Según las cifras generalmente aceptadas que facilita la *Encyclopaedia Britannica* en su voz 'World Wars' (VV.AA., 1992), se movilizaron algo más de 65 millones de soldados, de los cuales 8.528.831 murieron en el campo de batalla, 21.189.154 resultaron heridos y 7.750.919 fueron tomados como prisioneros o desaparecieron. Los tres conceptos suman un total de 37,5 millones de militares que causaron baja del ejército, un 57,5% de toda la fuerza movilizada. A estas escalofrantes cifras hay que sumar las estimaciones de las muertes civiles: en torno a 13 millones perecieron víctimas tanto de las consecuencias directas del enfrentamiento armado como de la represión, el hambre o la enfermedad. Además, la Primera Guerra Mundial trajo como novedad el internamiento de civiles durante la guerra, con cientos de miles de ellos recluidos o deportados, generando una situación imprevista en los tratados internacionales y que planteó un auténtico desafío humanitario, el cual se agudizaría en la Segunda Guerra Mundial (Stibbe, 2006).

Segunda Guerra Mundial

Si la Primera Guerra Mundial fue catalogada como la Gran Guerra debido a su destructividad y al elevado número de países y territorios implicados en ella, la Segunda Guerra Mundial consiguió superarla para convertirse, todavía hoy, en el mayor conflicto armado de la historia. Las causas del nuevo enfrentamiento se retrotraen hasta el final del anterior. El Tratado de Versalles del 28 de junio de 1919, final diplomático de la Primera Guerra Mundial, impuso duras condiciones a la derrotada Alemania. En ocasiones se ha estimado como crucial el componente de humillación del citado tratado, sintetizado en la declaración de culpabilidad alemana que figura en el Artículo 231:

Los Gobiernos aliados y asociados declaran, y Alemania reconoce, que Alemania y sus aliados son responsables, por haberlos causado, de todos los daños y pérdidas sufridos por los Gobiernos aliados y asociados y sus súbditos por consecuencia de la guerra que les fue impuesta por la agresión de Alemania y sus aliados¹³⁴.

¹³⁴ Traducción del Instituto Ibero-Americano de Derecho Comparado (1920).

Pero, más allá del valor sentimental de estas líneas y de la fuerza del vocablo ‘humillación’, lo cierto es que el tratado estableció fuertes pérdidas territoriales para Alemania – un octavo de su territorio que incluía a la décima parte de su población de 1914 (Artola, 1998) – y, entre otras cuestiones, duras sanciones económicas que habían de pagar a los aliados. Sobre esta base material, agudizada con la crisis económica mundial derivada del crack bursátil de 1929, se generó en Alemania una situación política proclive al aprovechamiento retórico de tales agravios. El nazismo fue ascendiendo hasta llevar a Adolf Hitler al poder en 1933, inaugurándose inmediatamente una dictadura que reclamaba el *espacio vital* alemán a la par que rompía la arquitectura admirable pero inestable de la Constitución de Weimar.

Hitler, desde 1934 *Führer* del recién creado Tercer Reich, comenzó su política expansionista ante una respuesta internacional tibia. Ya en 1936 superó los límites que el Tratado de Versalles había impuesto al tamaño del ejército alemán, restableciendo el servicio militar obligatorio a la par que remilitarizaba la región de Renania. Dos años después, en marzo de 1938, comenzó a hacer realidad la expansión territorial alemana al conseguir sin resistencia la anexión de Austria (*Anschluss*). Mientras se desarrollaban estos acontecimientos, Reino Unido y Francia llevaban a cabo una política de apaciguamiento en lugar de intervenir militarmente contra Hitler. Para Liddell Hart (1991) los aliados entendían que algunas demandas alemanas eran en cierta medida razonables, y estaban dispuestos a permitir la expansión alemana por el este de Europa evitando así peligros en el oeste. De este modo, cuando los alemanes ocuparon los sudetes checoslovacos en octubre de 1938 lo hicieron avalados por franceses e ingleses, que habían reconocido previamente en la Conferencia de Múnich el derecho alemán a hacerlo. Neville Chamberlain, Primer Ministro del Reino Unido e ideólogo de la política del apaciguamiento, afirmó que con esta concesión conseguirían ‘*peace for our time*’, esto es, ‘paz para nuestro tiempo’. Pero se equivocaba, ya que en marzo de 1939 Hitler provocó la declaración de independencia de Eslovaquia y la convirtió en estado títere, ocupando casi en el mismo acto lo que quedaba de Chequia. Había completado, por tanto, la anexión de Checoslovaquia a su imperio.

Tras este exceso alemán hizo falta un último acontecimiento como *casus belli* del conflicto armado mundial: la invasión de Polonia. Unos días después de lo ocurrido en Checoslovaquia, Neville Chamberlain envió una oferta de ayuda a Polonia para protegerla ante un eventual ataque de los alemanes, a pesar de que un informe de la Junta de Estados Mayores británica insistía en la imposibilidad material de prestar tal

ayuda (Liddell Hart, 1991). Sin embargo, lo significativo de esta oferta era la intención manifiesta de Reino Unido y de Francia de oponerse, por primera vez, a la expansión de Hitler en el este europeo, mostrando que no permanecerían pasivos ante las pretensiones alemanas de invadir el corredor del Danzig. En realidad la pieza clave para garantizar la seguridad de Polonia era la Unión Soviética, pero la colaboración franco-polaca firmada en mayo de 1939 – que sería después suscrita por Reino Unido – dejaba fuera a los soviéticos. En este contexto de exclusión comunista, la política internacional alemana dio un giro y buscó el apoyo de la Unión Soviética, plasmado el 23 de agosto de 1939 en el Pacto de No-Agresión germano-soviético, o Pacto Ribbentrop-Mólotov, que incluía una cláusula secreta en virtud de la cual ambos países invadirían y se repartirían Polonia. Efectivamente, Hitler invadió Polonia por el oeste el 1 de septiembre de 1939, mientras Stalin hacía lo propio por el este el día 17 de ese mismo mes. Dos días después de la invasión alemana de Polonia, el 3 de septiembre de 1939, Reino Unido y Francia, así como los miembros de la Commonwealth Australia y Nueva Zelanda, declararon la guerra a Alemania. Comenzó entonces una nueva guerra mundial que iría ampliando el número de participantes y de regiones afectadas¹³⁵, con dos escenarios principales pero no exclusivos: Europa y Asia. Una guerra que nuevamente, y a pesar de los planes alemanes y de sus tácticas de guerra rápida (*blitzkrieg*), sería demasiado larga.

La economía volvió a ponerse al servicio de la guerra, con una industria bélica que suministraba armamentos todavía mejores – más eficientes y más letales – que los empleados en el anterior conflicto mundial¹³⁶. Los submarinos volvieron a escena, esta vez equipados con los recién inventados radares. Los buques de combate, fuertemente blindados y armados, alcanzaron su nivel más alto de desarrollo en esta guerra, al tiempo que los progresos estadounidenses en el mar conseguían desbancar la tradicional superioridad británica. Aparecieron portaaviones que rápidamente se convirtieron en un elemento fundamental de la flota, ya que permitían llevar los ataques aéreos hasta lejanos territorios enemigos. Dichos ataques aéreos contaban con aviones mucho mejores que los empleados en la Primera Guerra Mundial, debido a que en 1935 se habían introducido los monoplanos de carcasa metálica provistos de potentes motores. Incluso para los legos en tecnología militar, son famosos los cazas *Spitfire* británicos, los *Mustang* norteamericanos y los *Zero* japoneses. Pero no sólo se emplearon cazas

¹³⁵ Puede consultarse una colección de mapas de la Segunda Guerra Mundial en el *Atlas histórico de la Segunda Guerra Mundial* (Folly, 2008).

¹³⁶ Para resumir la tecnología armamentística empleada en la Segunda Guerra Mundial seguimos a John Campbell (1993b).

sino también poderosos bombarderos que transportaban toneladas de explosivos. Si la artillería lanzada desde el aire golpeaba duro en las filas enemigas, en tierra también diversificó sus arsenales e incrementó su potencia de fuego, superando claramente a la empleada en la Primera Guerra Mundial. Los tanques se convirtieron en un arma decisiva, con modelos tan famosos como los *Panzer* alemanes, capaces de condicionar el curso de la guerra mediante su despliegue masivo en el campo de batalla. Quizá las únicas armas que no experimentaron grandes variaciones fueron los diferentes modelos de fusiles ligeros que portaban los soldados de infantería, cuyo mayor grado de perfección había sido alcanzado ya durante la Primera Guerra Mundial, aunque sí fueron completados con el uso de subfusiles.

Todos estos refinamientos tecnológicos continuaron reforzando la posibilidad y la necesidad de movilizar a un número elevado de soldados, que además fueron sometidos al mismo género de penurias ya descrito para la Primera Guerra Mundial. Sólo la utilización de la bomba nuclear en el ataque estadounidense sobre Hiroshima el 6 de agosto de 1945, y tres días después sobre Nagasaki, podría haber mermado las necesidades de una guerra con ejércitos de masas. Sin embargo, tanto *Little Boy* como *Fat Man* – nombres respectivos de las armas nucleares empleadas en los citados ataques – explotaron al final de la guerra, como colofón a un conflicto ya marcado por un indiscutible carácter masivo a todos los niveles. Sus devastadores efectos sirvieron además como advertencia de los riesgos de una guerra a gran escala que empleara este tipo de armamento, lo cual contuvo su utilización en el panorama militar subsiguiente. A día de hoy, y a pesar de las numerosas pruebas militares y de la proliferación de este tipo de armamento, las bombas nucleares no han vuelto a ser utilizadas en combate.

El ejemplo paradigmático de guerra total que constituye la Segunda Guerra Mundial se aprecia con mayor crudeza en las abultadas cifras de víctimas que arrojó, pivotando sobre Europa pero también afectando a otros países y lugares. El conflicto se intrincó en las sociedades beligerantes hasta tal punto y en tales magnitudes que resulta complicado cuantificar sus efectos. La *Encyclopaedia Britannica* (VV.AA., 1992) indica que según la fuente considerada el número total de víctimas se sitúa en un amplio arco que varía entre los 35 y los 60 millones de personas. Esta prestigiosa enciclopedia se aventura a ofrecer información por país al respecto, aunque sin totalizar las cifras debido a la falta de datos para ciertos países en algunos capítulos. Las estimaciones sí son completas para el número de militares asesinados o muertos a causa de sus heridas o del confinamiento, que ascendió a los 19.402.404. Aunque se pueden encontrar

estimaciones ligeramente superiores a esta cifra, donde se produce la mayor disparidad es en la consideración del número de víctimas civiles. La enciclopedia calcula, sin datos para los países de la Commonwealth a excepción de Reino Unido, ni para China ni Brasil, 17.346.614 civiles muertos a causa de la guerra. Ahora bien, estimaciones muy documentadas elevan la cifra total de civiles muertos durante la guerra hasta los 45.900.000 (White, 2005). Aquí no tenemos la necesidad de adoptar ningún número concreto, que seguramente habría de acercarse más al límite superior del intervalo descrito, ya que nos basta con establecer la severidad de un conflicto donde perecieron tantas personas y por tan diversas causas que llega a ser complicada su propia cuantificación y clasificación. Perdieron la vida soldados regulares, milicianos que resistieron luchando contra la ocupación extranjera, civiles víctimas de crímenes raciales y genocidios, confinados de todo tipo en prisiones y campos de concentración, etcétera. En Europa hubo, de nuevo según la *Encyclopaedia Britannica* (VV.AA., 1992), 21 millones de refugiados, de los cuales más de la mitad fueron obligados a desplazarse para realizar trabajos forzados. No olvidemos que en torno a 6 millones de judíos fueron exterminados por los nazis. Y, por supuesto, hubo millones de movilizados y de heridos, prisioneros y desaparecidos. Hay que tener en cuenta, para finalizar, que todas las estimaciones aquí presentadas se encarnaron en intensas, en ocasiones escabrosas, historias personales de destrucción y muerte, como las expuestas por Laurence Rees (2008), lo cual nos recuerda que el sufrimiento humano se encuentra en el primer plano de las guerras totales.

Ambas guerras mundiales constituyen, en conclusión, el mejor ejemplo de guerras de masas que conocemos hasta la fecha. Esta aseveración no pretende menospreciar los cruentos conflictos del mundo clásico, de gran impacto en su época, pero sí dimensiona adecuadamente la conjunción entre la extensión geográfica de estos conflictos mundiales, la movilización masiva de la población en el frente y en la fábrica, su papel central en el esfuerzo bélico y la destructividad alcanzada por la industrialización de la guerra. Estas guerras totales llegaron, además, en un momento en el cual el movimiento obrero ya había hecho su entrada en escena con contundentes demandas políticas, rechazadas o aceptadas en diferente grado según la coyuntura. Fueron, en conclusión, guerras interesantes para la democracia.

6.2. Ampliación histórica de las variables dependientes

La estadística ha establecido que la democracia, materializada en determinados indicadores, avanzó significativamente en Europa tras las dos guerras mundiales, tanto en su vertiente electoral y de gobierno como en sus aspectos sociales. Las útiles y comparables mediciones empíricas son, no obstante, restrictivas en la medida que no agotan el concepto al que aluden. Respecto a la medición de la democracia se ha llegado a afirmar que ‘la evidencia empírica resulta de definiciones operacionales muchas de las cuales son un pálido reflejo de sus originales teóricos’ (Sartori, 1988: 25). Aquí hemos mitigado al máximo este problema, explotando hasta el límite la disponibilidad de datos sin perder de vista el interés por detectar saltos democráticos de cierta entidad. Consideramos que nuestra operacionalización del concepto de avance democrático es muy completa en el plano electoral y de gobierno, aunque quizá algo escasa en el plano de la protección social. En consecuencia, buscaremos nuevas aristas derivadas del concepto teórico de democracia – en ambas vertientes – y recurriremos a la historia para flexibilizar y ampliar la observación empírica de los avances democráticos, tendiendo ahora relaciones cualitativas y particulares con la guerra, de carácter complementario y a un nivel que excluye las pretensiones de regularidad estadística.

Más reformas políticas

El voto es un elemento central en toda evaluación democrática de un sistema político. A la hora de analizarlo, Bartolini (1996: 2) problematiza cuatro dimensiones: la proporción de electores, la igualdad en el voto, la participación real en las elecciones y, a otro nivel, las carencias en los datos disponibles. La completa información que ofrece la variable de participación electoral de Vanhanen (2000, 2002) nos permitió detectar grandes cambios en la participación real en las elecciones y, por esa vía, aproximar al mismo tiempo y fidedignamente las grandes ampliaciones del electorado como elemento de progreso democrático. Recogimos así la eliminación de las más notables restricciones a la base electoral, fundamentadas en criterios como la renta, la propiedad o el género. Sin embargo, y al margen de la evaluación cuantitativa de estas restricciones, el sufragio puede no ser libre e igual: en el pasado hubo sistemas de voto plural o de voto en estamentos que violaban el principio de ‘un hombre, un voto’, y

también elementos distorsionadores de la libertad de elección como el voto indirecto y el voto abierto o no-secreto (Bartolini, 1996: 15-21).

Observando la historia es factible relacionar algunas medidas liberadoras e igualadoras del voto con las guerras mundiales. Aunque en Francia el voto oral y a mano alzada había sido abolido en 1831, no fue hasta la ley de 29 de julio de 1913 cuando la introducción de los sobres normalizados de votación, de las urnas y de las cabinas electorales aseguraron el secreto en las votaciones (Assemblée Nationale Française, 1913; Bartolini, 1996: 16; Canfora, 2004). Esto es, el voto secreto no fue completamente legislado en Francia hasta el año previo a la Primera Guerra Mundial, poniéndose en práctica por vez primera en las elecciones legislativas de 26 de abril y de 10 de mayo de 1914, tan sólo tres meses antes del estallido del conflicto armado. Respecto a la consecución de la igualdad en el voto, derivada de la abolición de diferentes formas de voto plural, presentamos tres ejemplos vinculados a las guerras mundiales, esta vez a su final. En Bélgica la introducción del sufragio universal masculino en las elecciones de 1894 fue contrarrestada con la creación de un sistema de voto plural que establecía la emisión de un máximo de tres votos para quienes cumplieran ciertos requisitos: 1) un voto adicional (*vote censitaire*) para los padres de familia de 35 años o más que pagaran un impuesto mínimo de 5 francos o para cualquier ciudadano de 25 años o más que fuera terrateniente o propietario, y 2) dos votos adicionales (*vote capacitaire*) para ciudadanos de 25 años o más con título de educación superior, profesores o funcionarios (Carstairs, 1980; Bartolini, 1996: 19; Caramani, 2000). Este sistema tan sumamente desigualitario de voto plural sólo fue superado en Bélgica tras la Primera Guerra Mundial, en 1919, bajo una influencia posbélica indetectable para nuestros indicadores. En cuanto a Reino Unido, a pesar de que la *Representation of the People Act* de 1918 había garantizado el sufragio universal al final de la Primera Guerra Mundial, con una edad de votación de 21 años para los hombres y de 30 para las mujeres, el voto plural pervivió residualmente hasta 1948 (Therborn, 1978: 16; Carstairs, 1980; Bartolini, 1996: 20; Caramani, 2000). En las elecciones de 1918 los universitarios todavía disponían de un voto adicional para elegir escaños propios en el parlamento, mientras que los hombres de negocios tenían también un voto extra (*business vote*) si su negocio se extendía dentro de otra circunscripción. Este sistema, de efecto ya muy limitado respecto a épocas pasadas, fue abolido tres años después de la Segunda Guerra Mundial, en la *Representation of the People Act* de 1948. Finalmente, señalamos que Suecia eliminó el sistema de voto plural existente en la cámara alta de su

parlamento, que contemplaba la emisión de hasta 40 votos para los ricos, en 1918. Aunque Suecia no participó en la Primera Guerra Mundial, su reforma estuvo condicionada por el curso de la misma y, en particular, por ciertas protestas particulares a finales de 1918 (Therborn, 1978: 16) que, con el ejemplo de la Revolución Rusa, generaron ‘un miedo, parcialmente justificado, y parcialmente explotado por los reformadores, de que la alternativa a la adopción de reformas sustanciales sería la revolución en Suecia’ (Carstairs, 1980: 104). Así, en un efecto que mezcla la influencia del final de la Primera Guerra Mundial – en un país oficialmente neutral – con protestas políticas concretas, el voto plural para la cámara alta sueca fue eliminado.

En otras ocasiones los progresos democráticos provienen no tanto de medidas legislativas en torno al voto como de la higienización del proceso electoral en su conjunto. Nos referimos a la reducción de la corrupción electoral. Therborn (1978: 14) y Rueschemeyer, Stephens y Stephens (1992: 104) acuden al libro de Christopher Seton-Watson (1967: 547) para exponer el caso italiano. El presidente liberal Giovanni Giolitti legisló en 1912 el sufragio universal para los hombres a partir de 30 años, exigiendo requisitos económicos, educativos o el servicio militar para votar si se tenían entre 21 y 30 años. La transformación fue propuesta por Giolitti meses antes de la Guerra de Libia, con la intención de movilizar a la población en apoyo a la misma, y promulgada justo después del conflicto. A pesar del avance democrático que supuso dicha transformación, las subsiguientes elecciones de 1913 fueron enturbiadas por las prácticas corruptas de Giolitti y sus aliados. Es por este motivo que Italia hubo de esperar hasta 1919 para presenciar unas elecciones que combinaran el sufragio universal masculino con la limpieza en el proceso electoral, jugando los trabajadores y campesinos movilizados durante la Primera Guerra Mundial ‘un papel importante en esta transición’ (Rueschemeyer et al., 1992: 104). De manera complementaria, en 1919 se redujo la edad para votar hasta los 21 años, y hasta los 18 para quienes hubieran servido en el ejército. Pero tanto el sufragio universal masculino y femenino, sin restricciones desde los 18 años, como la reforma de un senado que en 1919 todavía no era electivo (Therborn, 1978: 14), hubieron de esperar hasta el final de la Segunda Guerra Mundial y la proclamación de la constitución de 1948. Nos interesa recalcar el encaje perfecto de todos estos avances prodemocráticos italianos con periodos posbélicos, y en particular la consecución de la limpieza electoral en 1919 tras la Primera Guerra Mundial.

La observación al detalle (Caramani, 2000) de dos de las reformas electorales anteriormente citadas describe, además, una expresa ligazón cualitativa entre el derecho

a voto y la guerra. Como decíamos respecto al caso italiano, Giolitti estableció en 1912 el sufragio universal masculino con una edad de votación de 30 años. Sin embargo, la prestación del servicio militar se abrió como una de las vías – junto a la posesión de cierto nivel económico o educativo – que permitía votar también a los hombres entre 21 y 30 años. La formación militar se adoptó así como criterio para diferenciar a los jóvenes merecedores del derecho a voto, dentro del contexto posbélico de la Guerra de Libia. En 1919, acabada la Primera Guerra Mundial, la nueva reforma electoral volvió a habilitar un acceso especial al voto que respondía a idéntico espíritu. El sufragio universal masculino vio reducida la edad mínima de votación hasta los 21 años, concediéndose también el derecho a partir de los 18 años a quienes habían servido en la guerra. Esta vez no hubo caminos complementarios de renta o de educación para que los jóvenes consiguieran el voto, sino que se dio un valor ciudadano único y específico al servicio militar durante la guerra. Todavía resulta más llamativo nuestro segundo ejemplo: la reforma electoral belga de 1919. En ese año se abolió el voto plural y la edad de votación descendió a los 21 años en un contexto de sufragio universal masculino. Las mujeres belgas tuvieron, no obstante, la oportunidad de acceder por primera vez a las urnas, mucho antes de alcanzar para ellas el sufragio universal en 1948, tras la Segunda Guerra Mundial. Esto fue posible porque la reforma de 1919 concedió el derecho a voto también a las viudas y madres de los soldados caídos en la guerra. La intrincación de la ciudadanía con el sacrificio militar es aquí tan intensa que llega de forma indirecta, pero firme, hasta las mujeres y madres que *cedieron* – así se entendía – a sus maridos e hijos para la defensa del país durante la Primera Guerra Mundial. Este nuevo ejemplo, unido al anterior, no hace sino afianzar el vínculo entre guerra y ciudadanía desde los detalles particulares de la legislación electoral.

Algunos defienden la proporcionalidad del sistema electoral en su conjunto como rasgo democrático de un país (Canfora, 2004; Kelsen, 2006), y nuevamente encontramos una asociación histórica entre representación proporcional y guerra en Europa. Hay diversos motivos por los cuales un país adopta un sistema electoral de representación proporcional, ligados tanto a la historia del propio país como al provecho que de él obtienen las minorías. Constituyen un terreno fértil para la representación proporcional los siguientes factores (Carstairs, 1980): la existencia de cierta tradición previa de circunscripciones plurinominales o de votaciones a dos vueltas, la presión de una minoría social (étnica, lingüística o de otro tipo), el interés de los partidos liberales cuando se va reduciendo su apoyo en las urnas y, al tiempo, el de los partidos socialistas

o socialdemócratas para hacerse hueco parlamentario en los inicios de sus andaduras electorales. Respecto a este último factor, los sistemas electorales mayoritarios habían perjudicado históricamente las opciones electorales de los trabajadores, mitigando así los efectos del sufragio universal. Canfora (2004: 119) sentencia con ironía que ‘el segundo emperador de los franceses enseñó a la Europa burguesa a no tener miedo del sufragio universal, sino a “domesticarlo”: por supuesto, siempre que esté “corregido” por el infalible mecanismo “moderador” de la circunscripción uninominal’. Fue después de la Primera Guerra Mundial cuando ocho países del corazón de Europa introdujeron por primera vez sistemas electorales de representación proporcional (Carstairs, 1980; Bartolini, 1996; Caramani, 2000). En 1919, cuatro de los participantes en el conflicto armado abrazaron en algún grado esta opción: Austria, Alemania, Italia y, aunque con un sistema mixto que mezclaba representación proporcional y elecciones mayoritarias, Francia. Su implicación directa en la guerra, dentro de nuestro argumento general, mejoró la posición negociadora de los trabajadores, quienes consiguieron sistemas electorales donde los partidos que los representaban tuvieran opciones de gobierno. En el caso británico, como es sabido, la tradición en el empleo de sistemas mayoritarios perduró, pero no impidió que los laboristas sobrepasaran a los liberales a principios de la década de 1920 y que en 1924 alcanzaran el gobierno. Otros países declarados oficialmente neutrales también experimentaron el cambio hacia la representación proporcional en diferentes fechas tras la Primera Guerra Mundial: Dinamarca (1918), Países Bajos (1918), Suiza (1919) y Noruega (1921). Con independencia de las dinámicas particulares de cada uno de ellos, sin duda los ejemplos de la Revolución Rusa y de las reformas políticas del final de la guerra en otros países contribuyeron a forzar cambios hacia la representación proporcional más allá de la estricta participación en el conflicto armado. Se identifica en este aspecto, por tanto, un claro factor de oleada al calor de los citados acontecimientos revolucionarios y bélicos¹³⁷.

En suma, el análisis particular de ciertos aspectos democratizadores – en el terreno electoral y de gobierno – que hemos realizado en este apartado expande, desde el detalle histórico, los resultados generalizables que el capítulo anterior extraía de los indicadores principales. El secreto en la emisión del voto, la igualdad electoral derivada

¹³⁷ El análisis estadístico descartó la posibilidad de que un entorno de avances democráticos ejerciera una influencia internacional sistemáticamente democratizadora sobre terceros países. Sin embargo, la observación histórica puede rescatar situaciones concretas en las cuales los acontecimientos externos influyeron en las transformaciones internas, como es el citado caso de la adopción de sistemas electorales de representación proporcional.

de la supresión del voto plural, la limpieza en los comicios y la representación proporcional han encontrado, en ciertas ocasiones, una génesis relacionada con las guerras mundiales, especialmente con la Primera Guerra Mundial. También se ha podido observar cómo algunas cualificaciones del sufragio, a pesar de su escaso efecto cuantitativo, han recogido perfectamente la idea de ciudadanía militar potenciada por las guerras mundiales, extendiendo de forma selectiva el derecho al sufragio a los soldados o a las madres y viudas de los caídos. Estos conflictos, como vemos, no renunciaron a ampliar los límites de la democracia por caminos sutiles.

Más reformas sociales

El análisis estadístico de los avances democráticos en el terreno de la protección social circunscribe su explicación a las introducciones primarias de los cinco grandes esquemas estatutarios de seguridad social. Resulta muy complicado encontrar una medida estandarizada que identifique los avances sociales, permitiendo así la comparación entre países y a lo largo del tiempo. Los datos de Perrin (1969) superan esta importante dificultad pero, en contrapartida, devuelven una operacionalización de nuestra variable dependiente bastante limitada. No se contemplan nuevas mejoras sociales una vez puesto en marcha cada esquema de protección, careciéndose de datos acerca de los cambios en la extensión de su cobertura, en la calidad de sus prestaciones o en la asignación de recursos para su ejecución. Es la investigación desde el detalle histórico la que ha de encargarse del análisis de todas estas cuestiones, lo cual supera con creces los límites de nuestro estudio. Aquí, con el recuerdo del marco teórico utilizado y que reestablece la generalidad de la relación entre guerra y avances sociales, repararemos – a modo de ejemplo, sin pretensión de exhaustividad – en ciertas leyes y paradigmas de política social asociados a las dos guerras mundiales. Miraremos fundamentalmente hacia Gran Bretaña, país donde la reforma social ha sido tratada extensivamente y que bien puede resumir, *grosso modo*, la tendencia reformadora de las posguerras europeas.

A la hora de describir la vinculación con la guerra de políticas sociales concretas, hay que tener presente no sólo el mecanismo general de fortalecimiento bélico de la posición negociadora de los trabajadores sino también otros factores concomitantes, específicos para la política social en estos contextos (*supra*, sección 4.2). Nos referimos a la necesidad de cuidar a los soldados presentes y futuros que

plantean las guerras (Titmuss, 1974) y, en particular, a las oportunidades de reconstrucción material y social que ofrecen (Bilbao Ubillos, 1990). Estos factores son de importancia secundaria dentro de una explicación multicausal en la cual defendemos la preeminencia de la pugna política entre las clases para la obtención de resultados sociales, acercándonos al planteamiento de Skocpol (1995) en su análisis político de las consecuencias de la Guerra Civil Americana. Sin embargo, dado que no lidiamos ya exclusivamente con la fundación de los grandes esquemas estatutarios sino también con políticas concretas, la casuística en estos casos tiende a particularizarse. Es factible, por tanto, que la correspondencia temporal de algunas de las leyes observadas con la guerra obedezca en un grado mayor a la reconstrucción material y social del país o a la preservación de los soldados. No obstante, el mecanismo eminentemente conflictivo que relaciona nuestras variables mantiene su vigor a lo largo de las reformas sociales, como podrá observarse.

La Primera Guerra Mundial fue acompañada en Europa, en su transcurso y a su final, por mejoras sociales. En el caso de Gran Bretaña, un rápido vistazo a la legislación de la época (The National Archives - TNA, 2013) devuelve numerosos documentos relativos a la política social, entre los que destacan: *Injuries in War Compensation Act* (1914), *Naval & Military War Pensions, &c. Act* (1915), *Ministry of Pensions Act* (1916), *Education Act* (1918), *Ministry of Health Act* (1919), *Housing, Town Planning, &c. Act* (1919), *War Pensions Act* (1920) y *Employment of Women, Young Persons, and Children Act* (1920). Aunque la promulgación de varias de estas leyes respondió a la voluntad de proteger a los soldados que libraron la guerra, sus disposiciones trascendieron este colectivo. La *Injuries in War Compensation Act*, aprobada el 10 de agosto de 1914 y ampliada el 27 de noviembre de ese mismo año, garantizaba pensiones y subsidios para los heridos que, no siendo soldados, habían desempeñado trabajos en conexión con la guerra, así como para sus viudas y dependientes en caso de fallecimiento. Los militares y marinos heridos y las viudas y huérfanos de los caídos en combate vieron reforzadas sus pensiones y subsidios en 1915 con la *Naval & Military War Pensions, &c. Act*, y de una manera más sistemática – e incluyendo a la recién creada *Air Force* – en 1920 con la *War Pensions Act*. La guerra supuso además un paso importante en la institucionalización de la gestión de la política social, con la creación del Ministerio de Pensiones en 1916 y del Ministerio de Sanidad en 1919. Si bien el Ministerio de Pensiones estuvo dominado en sus inicios por la

necesidad de administrar las pensiones de ciudadanos y soldados relativas a guerra¹³⁸, el Ministerio de Sanidad poseía un carácter más universal como el que se observa también en otra importante legislación de la época. La *Education Act* de agosto de 1918, promulgada incluso antes del final de la Primera Guerra Mundial, elevó la edad de escolarización obligatoria hasta los 14 años, aparte de realizar una exhaustiva regulación del Sistema Nacional de Educación Pública. En vivienda la *Housing, Town Planning, &c. Act* de 1919 garantizó ayudas a las clases trabajadoras, como reza literalmente el título de su Parte I '*Housing of the Working Classes*', e incluso en legislación laboral se aprobó en 1920, implementando las recomendaciones de la Organización Internacional del Trabajo y de la Liga de Naciones, la *Employment of Women, Young Persons, and Children Act*. Respecto a los problemas de vivienda y educación, en realidad preexistentes a la guerra, Marwick señala acertadamente cómo ésta no sólo los acentuó sino que sentó las bases para una acción social sobre ellos sin precedentes (1974: 59):

Pero ahora llegamos a la paradoja de la guerra como 'desastre'. Tan grande fue el problema de la vivienda, tan grande también el problema de la desatención educativa y social de los niños jóvenes, que se forzó a los políticos a contemplar la acción en una escala más allá de cualquier cosa que pudieran haber tolerado en los tiempos eduardianos.

Por encima de la legislación social concreta adoptada en Gran Bretaña, es Lloyd George quien mejor sintetiza la intención británica, extensible a otros países, de proteger a los ciudadanos tras la guerra. Son famosas sus palabras, pronunciadas por primera vez en Wolverhampton el 24 de noviembre de 1918, pocos días después del final de las hostilidades de la Primera Guerra Mundial: '¿Cuál es nuestra tarea? Convertir a Gran Bretaña en un país adecuado para que los héroes vivan en él' ('*What is our task? To make Britain a fit country for heroes to live in*')¹³⁹. Las reformas de Lloyd George, que fue Primer Ministro Británico entre 1916 y 1922, se retrotraen a su presencia en los gobiernos liberales desde 1906. Aunque una parte de la legislación social por él promovida se corresponde con esa primera época, la guerra trajo, como vemos, nuevas e importantes reformas legislativas y, lo más importante, la generalización de esa idea de construir un 'hogar para los héroes'. Un hogar que, aún

¹³⁸ Previamente, en 1908, ya se había introducido en Reino Unido el primer esquema estatutario de pensiones de vejez (Perrin, 1969), cuya gestión no pertenecía a este ministerio sino al Ministerio de Sanidad.

¹³⁹ El discurso completo está disponible en el libro de discursos editado por Brian MacArthur (1999).

lejos de la extensión de la protección alcanzada tras la Segunda Guerra Mundial, recibiría gustoso a ciudadanos más allá del ejército. En el plano práctico hay que reconocer que esta idea colisionó con la enorme destructividad material, económica y productiva de la guerra, de tal forma que a pesar de los avances legislativos no se consiguió una situación *inmediatamente* mejor para la clase trabajadora. Sin embargo, dicha coyuntura no invalida la importancia y el calado de las reformas promulgadas (Marwick, 1974: 92). Unas reformas que, en líneas generales, fueron forzadas por la necesidad de compensar a la ciudadanía tras el conflicto (Calder, 1969: 17):

En un conflicto de semejante escala, como 1914-18 había mostrado, los dirigentes de la nación, les gustara o no, dependían de la disposición a cooperar de los gobernados, incluyendo incluso a los sectores despreciados y desfavorecidos de la sociedad, los obreros manuales y las mujeres. Esta cooperación tenía que ser compensada con concesiones en la dirección de un mayor estándar de vida para los pobres, mayor igualdad social y mejores servicios de bienestar. Los conscriptos en las fuerzas armadas eran peligrosos enemigos para el viejo orden social; su aceptación se veía sacudida por este viaje común de adversidad y peligro. El rifle apuntando al enemigo podría girarse hacia las clases dirigentes, como ocurrió en Rusia. En 1939-45 el pueblo de Gran Bretaña fue llamado a una participación mayor, más profunda y más larga.

Acorde a sus dimensiones y circunstancias, la Segunda Guerra Mundial tuvo un impacto mucho mayor en la política social europea, al emerger de sus cenizas los sólidos cimientos de los estados de bienestar. No se trataba ya de políticas sociales más o menos dispersas, ni siquiera de esquemas de protección sectoriales, sino del entrelazamiento de todos ellos en una malla generadora de bienestar. Después de la Segunda Guerra Mundial, los sistemas de protección experimentaron un enorme crecimiento, bien a través de planes generales de reforma, bien mediante la extensión y revisión de las estructuras preexistentes, bien con adaptaciones graduales (Perrin, 1969: 261-262). El resultado fue la constitución de estados de bienestar, caracterizados – prescindiendo de su tipología concreta (Esping-Andersen, 1990) – por la presencia de garantías en la práctica universales, de derechos sociales que vinieron a suavizar el sistema de clases capitalista (Marshall, 1998). La participación de los trabajadores no sólo en la economía en su conjunto sino también en la empresa recibió así el aliento de un nuevo ciclo de rápidos cambios entre los años 1944 y 1950, que ampliaba las transformaciones alcanzadas previamente en el ciclo de la primera posguerra europea (Fernández Steinko, 2002). De la confluencia de las reformas sociales a todos los

niveles emergió lo que se ha conocido como la ‘sociedad salarial’ (Castel, 1997), un periodo de treinta años donde la cuestión social se amortiguó bajo un modelo de asalarización masiva de la población masculina en trabajos muy estables y con un considerable grado de protección social. Las democracias capitalistas tuvieron así algo que ofrecer para apaciguar las demandas de las clases oprimidas, forzadas, esforzadas y reforzadas durante la guerra, quienes además disponían al otro lado del telón de acero de un modelo alternativo de planificación económica comunista donde la política social ocupaba un lugar destacado.

Acudiendo de nuevo al Reino Unido, el documento emblemático que mejor ejemplifica el punto de partida de las reformas sociales en Europa tras la Segunda Guerra Mundial es el Informe Beveridge¹⁴⁰. Esta investigación sobre los seguros sociales y sus servicios afines fue encargada en 1941 por el Ministro Arthur Greenwood a un Comité Interdepartamental presidido por William H. Beveridge, quien remitió su informe el 20 de noviembre de 1942 bajo el nombre *Report of the Inter-Departmental Committee on Social Insurance and Allied Services*. Entre sus principios destacaba la necesidad de considerar la organización de los seguros sociales como parte de un sistema más general que había de tumbar a los ‘cinco gigantes’ de la posguerra, a saber, la Indigencia, la Enfermedad, la Ignorancia, la Miseria y la Ociosidad (1989: 6). En este sentido, el informe trataba no sólo los diferentes tipos de seguros sociales (desempleo, accidentes de trabajo, incapacidad, pensiones de vejez, tratamiento médico, cuestiones familiares, etcétera) sino también la necesidad de una política social más allá del aseguramiento de las condiciones mínimas de subsistencia, de la cual se aventuraba a defender las asignaciones por hijos, los servicios universales de salud y el mantenimiento del empleo. Estas propuestas se resumirían hacia el final de la guerra en la conocida sentencia de Winston S. Churchill en la que declaraba haber diseñado y preparado un ‘vasto esquema de seguridad nacional desde la cuna a la tumba’ (Churchill, 1946: 80-81), y se materializarían en importante legislación social, fundamentalmente tras la abrumadora victoria electoral de los laboristas en las elecciones generales de julio de 1945. Entre esa legislación social británica de posguerra destaca la Ley de Educación de 1944 (*Education Act* o *Butler Act*, llamada así en honor al diputado conservador encargado de su redacción), la introducción por primera vez del sistema de prestaciones familiares en 1945 con la Ley de Prestaciones Familiares

¹⁴⁰ Seguimos su traducción publicada en España por el Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales (1989).

(*Family Allowances Act*), los seguros sociales tanto en el trabajo como de carácter general aprobados en 1946 mediante la *National Insurance (Industrial Injuries) Act* y la *National Insurance Act*, o la promulgación en ese mismo año de la ley que permitiría la creación del Servicio Nacional de Salud (*National Health Service Act*) en 1948¹⁴¹.

Desde el punto de vista de la conveniencia económica de semejantes políticas sociales, la teoría del británico John M. Keynes (1936), publicada pocos años antes del estallido de la guerra, proporcionaba sustento a las reformas. Frente a las propuestas neoliberales de *laissez-faire*, Keynes defendió la intervención del Estado en la economía como instrumento para incrementar la demanda agregada en épocas de crisis, consiguiéndose el aumento del empleo y del ingreso total de la sociedad a través del gasto en políticas públicas. La influencia de este economista en la posguerra fue tal, que el propio Keynes encabezó la delegación británica en los Acuerdos de Bretton Woods de julio de 1944, aunque sus teorías económicas en el plano internacional no recibieron igual respaldo que su defensa de las políticas públicas estatales.

Después de la Segunda Guerra Mundial, no sólo Gran Bretaña o Europa sino también Estados Unidos y otros países comenzaron a fraguar lo que terminaría siendo un periodo de bienestar social. Al otro lado del Atlántico, tras el crack bursátil de 1929, el presidente Franklin D. Roosevelt ya había puesto a prueba el intervencionismo estatal con el *New Deal*, que generó importante política social entre 1933 y 1938. Sin embargo, la posguerra fue la que inauguró y extendió por el mundo el estado del bienestar, el nuevo paradigma de la sociedad salarial, la economía keynesiana y el pacto capital-trabajo como mecanismos de las economías capitalistas para aliviar la cuestión social en un contexto posbélico, como venimos defendiendo, proclive a la subversión del sistema, máxime con el comunismo disponible como modelo alternativo.

6.3. Ilustración de los mecanismos causales

En la completa exposición de los mecanismos susceptibles de conectar las guerras de masas con la extensión de la democracia (*supra*, Capítulo 4), resaltamos por encima de todos los ligados al fortalecimiento de los trabajadores, en tanto que clase social, durante la guerra. A partir de este fortalecimiento, alcanzado por diversas vías,

¹⁴¹ El libro de Nicholas Timmins (2001) ofrece un relato prolijo acerca del proceso de elaboración e implementación de la legislación social británica tras la Segunda Guerra Mundial, así como sus antecedentes, su consolidación y, finalmente, su retroceso en el último cuarto del siglo XX.

obtuvieron progresos democráticos hacia el final de los conflictos, en su inmediata posguerra, como apoyan los análisis estadísticos que hemos llevado a cabo. Por su parte, la posibilidad de que las élites realizaran concesiones democráticas en los periodos prebélicos para movilizar a la población careció de un respaldo empírico generalizado. Sin embargo, no descartamos que desde el inicio de los conflictos las élites lanzaran promesas de reforma a las masas con el objetivo de granjearse su favor. Promesas que, en cualquier caso, sólo serían garantizadas tras la guerra o hacia su final bajo la amenaza – más o menos explícita – de las clases oprimidas.

A continuación ilustraremos, en relación a las guerras mundiales, estos dos elementos. Primero, la existencia de promesas de reforma social y política durante las guerras. Estudiaremos para ello los discursos de Churchill durante la Segunda Guerra Mundial. Segundo, las situaciones y hechos que ejemplifican el fortalecimiento de los trabajadores durante las dos guerras mundiales. En la medida que la exposición de estos y otros mecanismos causales realizada en el Capítulo 4 ya contempló evidencia histórica al respecto, aquí evitaremos reiteraciones y sólo ampliaremos dicha ilustración con discursos y acontecimientos clave.

Las promesas durante la guerra

Mientras se desenvolvían las guerras de masas, las élites apelaron con frecuencia en sus discursos a la necesidad de reforma social y política. En realidad, no fueron únicamente sus palabras sino también sus actos los que cumplieron esa función de prometerle un mundo mejor a la ciudadanía una vez finalizadas las hostilidades. Hay que tener en cuenta que la mayoría de las reformas políticas y de las leyes sociales implementadas inmediatamente después de las guerras mundiales habían iniciado ya su tramitación en el transcurso de las mismas. En el caso británico es muy notable el encargo en 1941 y la publicación en 1942 del citado Informe Beveridge, que desencadenó intensas reflexiones y trabajos parlamentarios años antes de que la Segunda Guerra Mundial llegara a su fin. Ahora nos interesa, no obstante, el plano estrictamente discursivo de dichas promesas. Para analizarlo recuperaremos las funciones que éstas persiguieron, a partir de unas palabras, las de Churchill, tremendamente elocuentes. No en vano, el Primer Ministro británico recibió en 1953 el Premio Nobel de Literatura ‘por su dominio de la descripción histórica y biográfica, así como por su brillante oratoria en la defensa de elevados valores humanos’ (The Nobel

Foundation, 2013). Los discursos, salvo indicación en contrario, provienen de nuestra investigación sobre la edición original de dos volúmenes recopilatorios que se publicaron al final de la Segunda Guerra Mundial (Churchill, 1946, 1947).

El primer discurso de Churchill a la cabeza del gobierno británico, pronunciado en la Cámara de los Comunes el 13 de mayo de 1940, no contenía una oferta muy halagüeña, al menos aparentemente, para la ciudadanía. Sus recordadas palabras ‘no tengo nada que ofrecer, salvo sangre, sudor y lágrimas’¹⁴² fueron radiadas a la nación y constituyen uno de esos hitos retóricos de la historia que por su tono grave y a la vez plástico calan en la población. Pero, en realidad, Churchill sí tenía algo que ofrecer. A renglón seguido declaraba que su programa político era concentrar el esfuerzo de todos con un objetivo claro: la victoria. De esta forma, el recién nombrado Primer Ministro proponía intercambiar sufrimiento y esfuerzo por la consecución de ‘la victoria, la victoria cueste lo que cueste, la victoria pese a todos los terrores, la victoria por largo y amargo que sea el camino hasta alcanzarla; porque sin la victoria no sobreviviremos’. Era en esa amenaza intensa, en esa necesidad vital, donde justificaba la retahíla de penurias que iba a afrontar el país, donde buscaba la aquiescencia de los británicos para movilizarse en una guerra total.

La población respondió a esta llamada dando exactamente lo que le habían pedido – sangre, sudor y lágrimas – y Churchill tuvo que reconocer públicamente, llegado el momento, la colaboración de todos en la guerra. El Día de la Victoria en Europa, propiciado por la rendición incondicional de Alemania el 8 de mayo de 1945, se dirigió a la ciudad de Londres desde un balcón en el Whitehall:

Tus soldados estuvieron en todos los campos de batalla, tus aviadores en los cielos – y nunca podremos olvidar a nuestra gran Armada. Ellos se atrevieron y realizaron todas aquellas hazañas de aventura y audacia que siempre han permitido a los hombres valientes arrancar la victoria de obstinadas y salvajes circunstancias. Y vosotros que en casa habéis soportado todo lo que tenáis que soportar – lo cual fue suficiente, cuando todo está dicho y hecho. Nunca dejasteis a los hombres del frente caer. Nadie pidió nunca la paz porque Londres estuviera sufriendo [...]. Mi corazón está con los *Cockneys*.

El agradecimiento era general, tanto a militares como a civiles. En un contexto de guerra total, el servicio prestado por unos y por otros era muy útil para el país. De

¹⁴² La traducción tanto de esta cita como de las relativas a esa misma alocución las tomamos de la edición española del libro de John Lukacs (2008) centrado, precisamente, en este discurso y en la figura de Churchill. Las palabras originales en inglés fueron ‘*I have nothing to offer but blood, toil, tears, and sweat*’.

hecho, a finales de 1944 respondió ante una pregunta parlamentaria que ‘en las condiciones presentes de servicio nacional universal, no se podía cuestionar el patriotismo de ningún hombre porque vistiera ropas civiles’. Eran las condiciones bélicas las que difuminaban la que en otro tiempo fue una rígida distinción entre lo civil y lo militar, y no cabía por tanto el menosprecio respecto a quienes aun no vistiendo uniforme estaban sacrificándose de otras maneras por el Reino Unido.

En varias ocasiones Churchill ensalzó específicamente la labor de las clases más populares e incluso de los sindicatos. Al final del fragmento anterior destaca la mención particular a los *Cockneys*, esto es, a los habitantes de clase trabajadora del *East End* londinense, a los más humildes, que recibieron así un emotivo y personal homenaje por parte del Primer Ministro en un día tan importante como fue el Día de la Victoria en Europa. Tres meses antes, el 6 de febrero de 1945, había enviado un mensaje a la World Trade Union Conference, reunida en Londres, en el que alababa la contribución y cooperación de los sindicatos en el esfuerzo bélico, llegando a reconocer más tarde en sede parlamentaria que tenían ‘una inmensa deuda con los sindicatos, y este país nunca podrá olvidar cómo han cumplido y ayudado’. El mundo del trabajo y del sindicalismo ocupó, a ojos de todos, una posición preeminente en la guerra, y la deuda citada por Churchill adquirió rápidamente un sentido más práctico que metafórico.

En este contexto de sufrimiento y esfuerzo compartido emergieron promesas muy tangibles que dibujaban una mejor situación para las clases bajas después del conflicto. Las promesas aquí observadas se corresponden con discursos formulados entre 1943 y 1945, mientras la guerra permanecía activa, lo cual viene muy bien para apreciar su doble filo en tanto que elementos de movilización y motivación para continuar una guerra que se acercaba a su final, por un lado, y de reconocimiento apaciguador ante los duros y exigentes servicios ya prestados, por otro. En esta tesitura, Churchill anunció el 23 de marzo de 1943 – cinco meses después de la publicación del Informe Beveridge – un plan de reformas sociales para Reino Unido de cuatro años de duración que habría de implementarse tras la caída de Hitler: el *Four Years’ Plan for England*. Un año después, el 26 de marzo de 1944, volvió a hacer referencia pública a este plan en un discurso a la nación, destacando la necesidad de realizar grandes avances y reformas en educación, de crear un Sistema Nacional de Sanidad, de estimular la agricultura, de establecer un esquema nacional de seguro obligatorio ‘para todas las clases, para todos los propósitos, de la cuna a la tumba’ y de realizar una

desmovilización justa y operativa desde el punto de vista industrial. Afianzó además su apuesta por el pleno empleo, la reconstrucción de las ciudades y la vivienda.

Sus propuestas se concretaban en la preparación de legislación concreta. En el apartado anterior reparamos en las principales leyes sociales por él promovidas. La declaración del 29 de noviembre de 1944, en su discurso sobre las tareas que les deparaba el futuro (*'The tasks which lie before us'*), es un buen y apabullante ejemplo de la lista de reformas sociales y también políticas que, junto con otra legislación, serían objeto de su atención:

Tengo aquí un documento que define todas las leyes – las cuales creo que son doce, aunque fácilmente podrían ser trece – que figuran en el programa: el gran grupo de sanidad y seguros sociales nacionales – la *National Health Service Bill*, la *National Insurance Bill*, la *Industrial Injury Insurance Bill*; la Ley de Prestaciones Familiares (*Family Allowances*) ocupa un lugar destacado; la *War Bill*, la *River Board Bill*, la *Reform of Parliamentary Franchise Bill*, la *Local Elections Bill*, la *Public Authorities Loans Bill*, la *Adjustment of Local Governments Areas Bill* – un tema que por sí mismo nos llevaría tiempo tratar – la *Export Credit Bill*, la *Requisitioned Land and War Works Bill*, la *Wages Council Bill*, la *Education (Scotland) Bill* – que ya ha recibido un énfasis especial por quien secunda la petición – y la *Colonial Development and Welfare Bill*. Todas éstas se mencionan, y éste es el orden en el cual se mencionan, en el Discurso del Rey, pero éste no es necesariamente el orden en el cual serán tomadas en consideración en nuestro proceder.

El Primer Ministro incidió durante su mandato y de manera muy especial en la necesidad de mejorar la sanidad y la educación. El Estado debía de ofrecer una cobertura universal en ambas, sin distinción de clase social. El 2 de marzo de 1944 aseguró que la enfermedad había de ‘ser atacada, ocurriera entre los hombres y mujeres más ricos o más pobres, simplemente porque es el enemigo’. En el contexto de un discurso educativo el 1 de diciembre de 1944 llegó a afirmar que ‘no hay cambio más relevante en nuestro país que el continuo y rápido desvanecimiento (*effacement*) de las diferencias de clase’. Estas apelaciones apuntaban, claramente, hacia las clases trabajadoras, y junto con el resto de promesas contribuían a bosquejar un mundo mejor donde los sufrimientos de la población, especialmente de los más desfavorecidos, se verían de algún modo recompensados.

El grueso del cambio efectivo en la legislación social llegaría al final del conflicto, y hasta entonces Churchill se preocupó por mantener la unidad entre los diferentes partidos y sindicatos, y muy especialmente por apaciguar las pretensiones de reforma inmediata de soldados y trabajadores que a menudo canalizaba la izquierda. Su

estrategia funcionó hasta cierto punto. Si surgían divergencias, recordaba la importancia de ganar la guerra y del programa social que él ya había puesto en marcha, como hizo el 6 de octubre de 1944 cuando intervino inesperadamente en la Cámara de los Comunes para defender la postergación de un capítulo legislativo sobre compensaciones en cierta ley:

No debemos de imaginar que la situación no es grave porque sentimos la seguridad de la victoria. En los próximos meses se va a derramar una gran cantidad de sangre. Se va a derramar sangre liberal, conservadora y laborista. Es mi deber, por encima de todo, hasta donde sea capaz, mientras avanzo en las grandes medidas sociales que han ocupado a esta Cámara, asegurarme de que ninguna innecesaria causa de diferencia se eleva hasta una exagerada altura o proporción.

Junto a los llamamientos a la unidad encontramos un gran interés por publicitar las reformas sociales que estaban en marcha, no sólo hacia a la ciudadanía en general sino también hacia los soldados. Los discursos que hemos analizado son, con su solemnidad y retórica, un buen ejemplo al respecto. Esa insistencia en la difusión llevó a Churchill a informar incluso a las tropas destinadas en el Lejano Oriente de la evolución de las reformas en la isla. Al menos en dos ocasiones, el 20 de diciembre de 1944 y el 28 de abril de 1945, anunció el envío de panfletos al otro extremo del mundo con este fin, tratando así de mantener la lealtad de los soldados y de evitar cualquier movimiento hacia posiciones políticas peligrosas.

El Primer Ministro consiguió un buen equilibrio entre unidad parlamentaria y preparación de reformas durante la guerra, logrando sucesivas prolongaciones del parlamento y retrasando así las elecciones mientras durara la contienda. Pero tras la caída de Hitler falló en su intento de prolongar el parlamento hasta que hubiera finalizado la guerra con Japón. La misiva remitida el 18 de mayo de 1945 a Clement Attlee, el líder laborista, recibió una pronta y negativa respuesta. La estrategia de la postergación y la unidad había llegado a su fin. En las elecciones generales de julio de 1945 los laboristas se alzarían con la victoria gobernando por primera vez en la historia con mayoría absoluta. La izquierda esperó a la posguerra, pero cuando las elecciones tuvieron lugar el despegue del laborismo fue apabullante: un 47,7% de los votos y 393 escaños de los 602 disponibles. Inmediatamente se hizo realidad el grueso de la legislación prometida y preparada durante la guerra.

Los procesos de transformación política y social fueron asegurados tras las dos guerras mundiales gracias a la presión, cuando no amenaza, de la clase trabajadora. Los conflictos bélicos enseñaron a los trabajadores el manejo de las armas y facilitaron su organización y acción colectiva posterior en tanto que clase social. Éstos no desaprovecharon la ocasión de reclamar una mejor posición dentro de los países en nombre de los que luchaban, generando una amenaza más o menos explícita y más o menos reformista o revolucionaria según el país y el momento. Ciertamente es que, fruto de ese renovado poder de los trabajadores, en algunas ocasiones las revoluciones resultaron en regímenes comunistas que no siempre supusieron una mejora en nuestros indicadores de democracia respecto a la situación prebélica. En cualquier caso, el género completo de fortalecimientos organizativos, protestas y experiencias revolucionarias, propias y ajenas, dejó sentir la necesidad en muchos lugares de Europa de atender a las demandas democráticas – políticas y sociales – de los trabajadores.

Tanto la conflictividad laboral como la afiliación sindical se vieron favorecidas con las guerras mundiales. Según Silver (2005: 145-147), las crecientes cifras de conflictividad laboral observadas antes de los enfrentamientos se redujeron drásticamente, hasta valores mínimos, en los primeros años de ambas guerras y se mantuvieron en niveles bajos durante las mismas, pero inmediatamente después repuntaron hasta alcanzar los máximos mundiales del periodo 1870-1996 en los años 1919-1920 y 1946-1947, coincidiendo con el final de las hostilidades. En el volumen de Brian R. Mitchell (2003: 172-185) encontramos datos concretos de disputas industriales relativos a la Primera Guerra Mundial, que nos sirven de ejemplo. En Francia, Italia, Alemania y Reino Unido las cifras se mantuvieron bajas y bastante estables durante la guerra, con la excepción de la agitación de 1917 al calor de la revolución rusa. La comparación del primer año de paz frente al último o a los dos últimos de guerra es, se tome la cifra que se tome, contundente. En Francia en 1918 hubo 499 disputas industriales con 176.000 trabajadores implicados y 980.000 días de trabajo perdidos, mientras que en 1919 las cifras escalonaron hasta las 2.026 disputas con 1.151.000 trabajadores implicados y 15.478.000 días de trabajo perdidos. En esos mismos años Italia experimentó un incremento desde los 313 sucesos con 159.000 implicados y 912.000 días perdidos, hasta los 1.871 sucesos con 1.555.000 implicados y 22.325.000 días perdidos. Alemania pasó de 532 disputas, 716.000 trabajadores implicados y

1.453.000 días perdidos en 1918, a 3.719 disputas, 2.761.000 trabajadores implicados y 33.083.000 días perdidos en 1919. En Reino Unido la progresión en los años 1917, 1918 y 1919 fue de 730 a 1.165 y a 1.352 disputas industriales, de 872.000 a 1.116.000 y a 2.591.000 trabajadores implicados, y de 5.647.000 a 5.875.000 y a 34.969.000 días perdidos. La conflictividad laboral se benefició así de las transformaciones en el equilibrio de poder entre las clases acaecidas en el desarrollo de las guerras. A este respecto conviene comparar también los datos de afiliación sindical antes y después de los enfrentamientos. Encontramos, de nuevo, información sobre la Primera Guerra Mundial (Marwick, 1974: 74). El número de afiliados a los sindicatos se duplicó en Reino Unido al final del conflicto, pasando de cuatro millones en 1914 a ocho en 1920. Francia, por su parte, había sumando un millón más de afiliados después de la guerra, elevándose el cómputo total desde los dos hasta los tres millones. La Primera Guerra Mundial – suponemos que en alguna medida también la Segunda Guerra Mundial, aunque la magnitud del conflicto dificulte la disponibilidad de datos concretos – generó así espacios proclives a la organización de la clase trabajadora, con la afiliación sindical como epifenómeno de transformaciones más complejas que acompañaron, en ese momento, sendas demandas de sufragio (Markoff, 1999).

Hubo un hecho muy destacado durante la Primera Guerra Mundial que mostró a Europa, en realidad a todo el mundo, la capacidad de transformación de unos trabajadores fortalecidos en sus convicciones y en sus posibilidades por la guerra de masas, una guerra que además no consideraban suya y que estaban dispuestos a dar por finalizada ante las penurias que les suponía. Nos referimos, claro está, a la Revolución Rusa de 1917. Años antes, en 1905, los trabajadores y campesinos rusos habían operado ya una primera revolución, que dicho sea de paso contó como telón de fondo con la Guerra ruso-japonesa de 1904-1905 e incluyó el amotinamiento – durante unas maniobras en el Mar Negro – del acorazado *Potemkin*, originado en las malas condiciones de trabajo de los marineros pero rápidamente redimensionado dentro del contexto general revolucionario. A pesar de las intensas protestas y de las masivas huelgas generales que se produjeron en San Petersburgo y que se extendieron después a otros lugares del imperio, el resultado de esta revolución no fue completamente satisfactorio para las clases oprimidas. Una de las conclusiones que, según Canfora (2004: 160), sacó Lenin de estos sucesos fue que ‘la próxima vez’ tendrían que armarse. Y así fue.

Los sucesos revolucionarios del año 1917 son inseparables de la participación rusa en la Primera Guerra Mundial. El conflicto militar exterior agudizó el conflicto social interior. En 1915 tuvieron lugar las primeras huelgas de entidad desde el inicio de la guerra, que en 1916 llegaron a implicar a más de un millón de trabajadores (Marwick, 1974: 37). La situación se volvió crítica cuando las grandes manifestaciones en protesta por las malas condiciones de vida, por la prolongación de la guerra y en contra de la tiranía zarista desembocaron en la Revolución de Febrero (calendario juliano) de 1917, que gracias al apoyo de varias guarniciones de la capital produjo la abdicación del zar Nicolás II y el establecimiento de un gobierno provisional. Fruto de esta revolución se formó el Soviet de Petrogrado, cuyo nombre completo en tanto que ‘Soviet de Diputados de Obreros y Soldados de Petrogrado’ es ilustrativo de la confluencia de intereses transformadores entre el mundo del trabajo y del campesinado, por un lado, y de la soldadesca, por otro. De hecho, el ejército se nutría de los dos grupos anteriores y compartía sus penurias. A pesar de los sucesos, Rusia siguió en la guerra, y lo hizo, como señalábamos antes, hasta que la facción bolchevique consiguió las armas, esto es, hasta la toma del Palacio de Invierno que tuvo lugar la noche del 25 al 26 de octubre (calendario juliano) de 1917. La guerra había radicalizado sus preferencias, fortalecido su organización y puesto a su disposición los instrumentos militares para la revolución y la salida del conflicto internacional. Con independencia de la calificación que merezca el régimen político surgido de estos hechos, la Revolución Rusa fue un gran ejemplo de cómo la guerra podía fortalecer la posición negociadora de los oprimidos. Un ejemplo que resultaba amenazante para el resto de países europeos, donde resonaban las palabras bolcheviques publicadas en el periódico *Pravda* el 21 de abril de 1917 (Marwick y Simpson, 1990a: 57-58): ‘¡Paz para las casas humildes, guerra a los palacios! ¡Paz para los trabajadores de todos los países!’.

La participación militar de los trabajadores también marcó los acontecimientos revolucionarios y democratizadores que acompañaron el final de la Primera Guerra Mundial en Alemania, y que fueron animados, a su vez, por la contemplación de lo sucedido en Rusia. En enero de 1918 se produjeron huelgas masivas en protesta por las condiciones que Alemania estaba imponiendo a Rusia para su salida del conflicto, que contaron con la participación de más de un millón de trabajadores (Marwick, 1974: 40-41), entre ellos trabajadores de las fábricas de municiones (Canfora, 2004). La situación se apaciguó, pero a finales de octubre una parte de la flota se amotinó en Kiel negándose a tomar parte en un ataque programado contra Gran Bretaña. A los marineros

se les unieron los soldados enviados para sofocar la revuelta (Marwick, 1974: 42), y la agitación se extendió por Hamburgo y Baviera hasta la proclamación de la república en Berlín el día 9 de noviembre. En esos días se habían creado espontáneamente en muchos lugares Consejos de Obreros y Soldados, que fueron los instrumentos de respaldo y propagación del levantamiento, los núcleos de poder político-militar que se habían hecho con el control de la situación. Las diferentes alas de la izquierda discrepaban acerca de cuál había de ser el papel político de estos consejos (Abellán, 2011: 127): los espartaquistas abogaban por la dictadura de los consejos, los socialistas independientes del USPD dudaban si secundar esa posición o mantenerlos como un suplemento al parlamento y, finalmente, los socialistas del SPD defendían la vía exclusivamente parlamentaria. El 10 de noviembre, un día después de su proclamación, la República de Weimar recibió formalmente el apoyo de los Consejos de Obreros y Soldados, quienes además terminarían decantándose, reunidos en congreso el 16 de diciembre, por la convocatoria de elecciones a una Asamblea Constituyente. La reforma política caminaría así por los cauces parlamentarios sin llegar al socialismo, de tal manera que ‘la profecía de Engels (llegar al socialismo a través de la progresiva conquista del ejército) se cumplía sólo a medias’ (Canfora, 2004: 166). Disconformes, los espartaquistas trataron de soviétizar Alemania en enero de 1919, pero fueron duramente reprimidos. El camino alemán sería inequívocamente desde entonces una república democrática parlamentaria, aunque débil, inestable y, como es sabido, con un trágico final.

La Segunda Guerra Mundial contó también con buenos ejemplos que escenifican el incremento del poder de negociación de los trabajadores frente a las élites. En este nuevo y ampliado contexto de guerra total, fue ineludible reconocer, premiar y considerar, a la postre temer, el papel desempeñado por los trabajadores armados dentro de los ejércitos regulares y, muy especialmente, en las filas de los movimientos populares de resistencia frente a la ocupación nazi. El abanico de movimientos es tan granado que cualquier resumen que aquí pudiéramos realizar sería necesariamente incompleto. Basta con traer a la memoria la Resistencia francesa, los partisanos italianos, el ELAS griego o el Ejército de Liberación Nacional y los Destacamentos Partisanos de Yugoslavia comandados por el Mariscal Tito. Cabe recordar que los comunistas – y más ampliamente la izquierda – tuvieron una presencia dominante en los movimientos de liberación, lo cual dejaba entrever la dirección hacia la cual apuntarían las aspiraciones de buena parte de la población en la posguerra. Unas aspiraciones no

necesariamente comunistas pero siempre en demanda de igualdad política y social. Era impensable que, ante el riesgo de un deslizamiento hacia la adopción de regímenes comunistas, la vía adoptada de facto en algunos casos, la población no recibiera concesiones a cambio de su esfuerzo.

Y es que el modelo soviético era, como nunca antes, una alternativa plausible. El Ejército Rojo avanzó por el Este de Europa liberando a su paso los países ocupados. Sería, de hecho, la bandera roja la que ondeara en lo alto del Reichstag el 2 de mayo de 1945, mostrando al mundo la decisiva participación comunista en la guerra. Una participación muy costosa para la URSS, ya que durante la guerra perdieron la vida unos 11 millones de militares y unos 7 millones de civiles (VV.AA., 1992: 1023). Los avances hacia mayores niveles de democracia en lo político y en lo social que inspiraba el ideario comunista se hacían inevitables. La cuestión era si transitarían por la senda del parlamentarismo o si adoptarían instantáneamente posiciones filosoviéticas, no siempre compatibles con mayores cotas de democracia tal y como aquí la hemos definido.

En los países que mantuvieron o recuperaron su más o menos imperfecta democracia parlamentaria, la fuerza de las masas trabajadoras se tradujo no sólo en la adopción de ciertas reformas políticas y sociales, sino de manera más directa y tangible en una mayor presencia parlamentaria y política de las opciones de izquierda. Una vez extinguidos los grandes pactos de unidad de acción ante el estallido del conflicto, la izquierda incrementó su poder de forma notable no sólo en las calles sino también en las cámaras de representación. Se repitió así un movimiento similar al acaecido durante la Primera Guerra Mundial, por el cual la guerra primero interrumpió pero a la postre aceleró el ascenso de la izquierda, como muestra detalladamente Jorge Verstrynge (1979: 218-308). En Francia, los comunistas y los socialistas ganaron las elecciones municipales y las constituyentes de 1945, no así – aunque por poca diferencia – las legislativas del año siguiente. En Italia los resultados en las elecciones legislativas de 1946 no fueron tan brillantes para socialistas y comunistas, aunque obtener casi el 40% de los votos no debe ser considerado un mal resultado si tenemos en cuenta que Benito Mussolini había gobernado el país bajo una dictadura fascista desde la marcha sobre Roma de 1922. El caso más llamativo fue, en cualquier caso, el británico, con la victoria laborista en las elecciones de 1945, la primera en su historia por mayoría absoluta, y la consiguiente sustitución de Churchill por Attlee en el cargo de Primer Ministro. Compartimos la lectura de estos hechos que realiza Eric Hobsbawm (1991: 157):

Tanto entre los británicos como entre los movimientos de resistencia en el continente europeo, la victoria y la transformación social eran inseparables. Que la guerra terminara en Gran Bretaña con la derrota electoral de Winston Churchill, el querido y admirado líder de la guerra y símbolo del patriotismo británico, y la victoria aplastante del partido laborista lo demuestra de forma indiscutible.

Sirvan estas palabras para completar la ilustración histórica del fortalecimiento de las clases trabajadoras que tuvo lugar durante las dos guerras mundiales. Hemos recurrido, sin duda, a los hechos que nos han parecido más sobresalientes, ofreciendo una visión de conjunto pero de intensidad suficiente como para encarnar nuestro argumento en la historia de los citados conflictos. Desde esta mejor posición negociadora que obtuvieron los trabajadores, bajo la configuración bélica general del periodo 1870-1975 en Europa, se aseguró el cumplimiento de las promesas realizadas por las élites y se obtuvieron las mejoras políticas y sociales, también las más sutiles, que en numerosos lugares harían avanzar a la democracia.

7. CONCLUSIONES

Las páginas que anteceden a estas conclusiones han arrojado luz sobre las preguntas que motivaban nuestra investigación. Hemos reflexionado en torno a los conceptos de guerra y democracia, los hemos reunido en una relación causal y hemos trazado un diseño de investigación cuantitativo cuyos resultados han sido refrendados desde la historia. Al final de este recorrido, que se extiende a lo largo de cinco capítulos, estamos en condiciones de sintetizar los principales resultados del estudio y de sugerir algunas reflexiones sobre ellos.

La hipótesis principal ha encontrado respaldo empírico en los dos planos en los cuales hemos dividido la observación de los avances democráticos: el del terreno político y de gobierno, por un lado, y el de la protección social, por otro. En ambos se ha detectado una influencia positiva de los periodos posbélicos de las guerras interestatales europeas del periodo 1870-1975 sobre la probabilidad de ocurrencia de avances democráticos. En el análisis de los avances sociales, la dificultad para encontrar datos comparables y completos que los identificaran nos llevó a utilizar una variable dependiente que dio lugar a modelos, en su conjunto, más débiles. Pero la historia, en este sentido mucho más flexible que la estadística, sirvió tanto para expandir la observación de las variables dependientes como para ilustrar los mecanismos considerados en su relación con la guerra.

Respecto a ellos, la principal correa de transmisión entre las guerras interestatales del periodo y el avance de la democracia es el fortalecimiento de la clase trabajadora, que tiene lugar durante el transcurso de la guerra y que recoge sus frutos hacia el final de la misma. La configuración bélica europea del periodo observado consistió en la movilización masiva de la población en el frente y en la fábrica para satisfacer las necesidades del esfuerzo bélico, lo cual fortaleció la posición de negociación de los trabajadores y, en general, de los oprimidos frente a las élites. La guerra les armó, elevó su número en el frente y en la fábrica, acentuó su sufrimiento, radicalizó sus preferencias democráticas, favoreció su cooperación y coordinación y facilitó su afiliación sindical. Estos mecanismos incrementaron el poder de los oprimidos respecto a las élites, quienes tuvieron que ceder y democratizar sus sociedades ante una amenaza revolucionaria concretada, según la ocasión, de manera más o menos explícita.

Los grandes episodios de protesta política también promocionaron de forma notable e independiente los avances democráticos, al menos en el terreno electoral y de gobierno. Este resultado entronca con nuestro argumento principal, que sitúa a la lucha de clases como motor de los progresos hacia mayores niveles de democracia. No hemos encontrado, sin embargo, evidencia que respalde su relación con los avances democráticos en el terreno de la protección social, identificados éstos con las fechas de introducción primaria de los cinco esquemas estatutarios de seguridad social. Tal vez las grandes protestas del pasado tuvieron como principal objetivo la mejora del sistema político, y tal vez las reclamaciones sociales conllevaron, a partir de cierto grado de democracia, protestas más particulares y focalizadas, no tan masivas como las aquí registradas. En cualquier caso, nuestra atención se centra en la observación de la guerra.

El resto de hipótesis han quedado sin apoyo empírico. La concesión de derechos por parte de las élites al inicio de la guerra ha sido rechazada, y el nivel de desarrollo económico y el contexto internacional no influyeron, con nuestros datos y mediciones, en la probabilidad de ocurrencia de los avances democráticos. Tan sólo el desarrollo económico aparece tímidamente en la explicación de los avances sociales, con un eventual efecto positivo. Conviene remarcar que la presencia de estas variables en el análisis ha servido para asegurar que los resultados obtenidos respecto a la guerra tengan una entidad propia, independiente respecto a otras hipótesis previamente defendidas en la literatura científica. Con el mismo fin se incluyeron dos variables adicionales de control: el porcentaje de personal militar y el historial acumulado de protesta política del país en cuestión. Por consiguiente, en ningún momento hemos pretendido descartar el resto de hipótesis sobre las causas de la democracia, sino defender el papel propio y diferenciado de los periodos posbélicos en la explicación de los avances democráticos. Además, esta forma concreta de operacionalizar los progresos hacia la democracia, gradual en su concepción y nueva en su construcción, hace que nuestros resultados no compitan directamente con los de otros estudios. Convendría, no obstante, repensar las hipótesis tradicionales, inadecuadas en nuestra explicación de los avances democráticos dentro del marco espacio-temporal considerado.

Abordamos también dos cuestiones complementarias al contraste formal de hipótesis. Por un lado, nos preguntamos si los periodos posbélicos también fomentaron retrocesos democráticos, lo cual los caracterizaría como momentos proclives al cambio social pero sin una dirección predefinida, susceptibles de otros relatos diferentes a los expuestos y negativos para la democracia. Por otro, indagamos si los periodos

posbélicos tuvieron un efecto concreto en los países ganadores de la guerra, lo cual – dada la mayor autonomía exterior que supone salir victorioso – reforzaría la existencia de consecuencias hacia el interior de las sociedades beligerantes. Respecto a lo primero, la evidencia empírica no reveló ningún efecto significativo de los periodos posbélicos sobre la probabilidad de retroceso democrático, respaldando así el exclusivo sentido prodemocrático de su influencia. Respecto a lo segundo, detectó un efecto persistente entre los países ganadores de las guerras, donde la democracia avanzaría en un clima victorioso que no encaja bien con la hipótesis de la imposición extranjera. Ahora bien, al mismo tiempo que los datos respaldaron la irreductibilidad de las consecuencias internas de la guerra, reconocieron una influencia todavía mayor entre los países perdedores que daría cabida a la acción complementaria de la imposición exterior sobre ellos. Una imposición que, en cualquier caso, no ha terminado de convencernos como argumento general.

Los resultados de nuestra investigación contribuyen a saldar una importante deuda contraída por los estudios cuantitativos de la democracia con la guerra interestatal. La guerra ha comenzado a aparecer en ellos muy recientemente, y desde ahora lo hace con un aparato teórico propio y con una prueba empírica más amplia. La relación sugerida tanto por la macrosociología como por la sociología militar ha sido articulada e incorporada al ámbito de los modelos cuantitativos, que es el que ha dominado el estudio de las causas de la democracia. Una incorporación que se ha realizado a costa de la creación de una nueva base de datos y desde múltiples modelos, y que ha bebido constantemente de la historia.

En el camino hemos encontrado además elementos muy valiosos para futuras investigaciones. Primero, la diferenciación entre el plano normativo de la democracia y su plasmación institucional, que nos ha permitido formular como variable dependiente no las democratizaciones en su perspectiva tradicional, sino los momentos en los que tuvieron lugar progresiones institucionales hacia el ideal de democracia en tanto que auténtica igualdad política. Segundo, el compendio teórico sobre la guerra, que otorga visibilidad a un fenómeno relativamente arrinconado en las ciencias sociales durante décadas (Mann, 1988: viii), si bien revitalizado en los últimos años con los estudios sobre guerras civiles. Esperemos que estos dos subproductos contribuyan también por sí mismos, en algún momento, a la generación de conocimiento.

Por si no hubiera quedado suficientemente clara nuestra postura, afirmamos con rotundidad que la guerra es un fenómeno social a evitar, del mismo modo que

consideramos la violencia política el último de los recursos. No importan ni sus aspectos positivos ni sus consecuencias beneficiosas para el poder relativo de los trabajadores: la guerra nunca es un plato de buen gusto. Los beneficios que pueda generar ‘no deberían oscurecer nunca los hechos centrales de la brutalidad, el horror y las pérdidas de la guerra’ (Marwick, 1974: 3). Compartiendo esta premisa, nos hemos limitado a analizar sus consecuencias democráticas en una época muy dura para los trabajadores, con unas condiciones muy concretas de movilización y que forma parte ya de la historia. La receta para el progreso de la democracia allí donde más se necesita no puede ser, como resulta obvio, la promoción de guerras interestatales de masas. Aprovechamos para recordar que las guerras limitadas actuales con las que estamos tan familiarizados, en las cuales una o varias potencias hacen uso de sus ejércitos mercenarios para ocupar militarmente territorios lejanos, no tienen nada que ver con los mecanismos aquí descritos.

Sin embargo, la pertinencia de este estudio crece conforme lo hacen las agresiones a nuestros sistemas democráticos. La crisis económica de los últimos años ha hecho mella en los derechos sociales de la población, vía recortes presupuestarios y restricciones en el acceso, y ha servido para poner de manifiesto importantes carencias democráticas en nuestros sistemas políticos. Aunque las guerras interestatales de masas pertenezcan al pasado, tañen unos hilos que son los mismos de siempre, a saber, los del equilibrio de poder entre las clases sociales. Tal vez potenciar esta visión de la democracia como algo conflictivo y costoso sirva para alentar a la ciudadanía en su lucha por una mayor e igual libertad. Porque, como se pudo leer en una pegatina en las calles de Madrid durante el 15-M, y como respalda esta tesis, ‘el miedo nunca conquistó derechos’.

ANEXO I: BASE DE DATOS WAR & RIGHTS DATASET (W&RD)

Ficha técnica

Nombre:	<i>War & Rights Dataset (W&RD)</i>
Descriptores principales:	Guerra interestatal, democracia política, protección social, disturbios, protesta política.
Cobertura espacial:	Europa (37 países, históricos y actuales)
Cobertura temporal:	1870 – 1975
Estructura:	año-país
Número de casos:	2.391
Número de variables:	198
Periodo de elaboración:	enero 2011 – mayo 2013

Estructura de la base de datos

La estructura año-país de la base de datos proviene de la *State System Membership List, v2011* (Correlates of War Project, 2011). Se han recuperado para nuestra estructura de datos los periodos de ciertos países que no figuraban en la fuente original, debido a una invasión y posterior ocupación militar extranjera, fundamentalmente durante la Segunda Guerra Mundial. El motivo es garantizar la continuidad en la observación de esos países. Los casos incorporados a la base de datos son los que figuran explicados en la siguiente tabla.

Tabla AI.1. Periodos sin datos en *Correlates of War* que han sido incorporados al W&RD

ccode	País	Periodo	Descripción del periodo
339	Albania	1940-1943	Fue invadida el 7 de abril de 1939 por la Italia de Mussolini, en los albores de la Segunda Guerra Mundial, y ocupada militarmente ese mismo año. Tras la guerra civil en su interior, ligada a los diferentes posicionamientos durante la Segunda Guerra Mundial, las últimas tropas alemanas – que ocupaban el país tras la rendición italiana de 1943 – la abandonaron en noviembre de 1944.

260	República Federal Alemana	1945-1954	En 1945, con el final de la Segunda Guerra Mundial, los aliados ocuparon Alemania dividiéndola en cuatro zonas controladas por cuatro países diferentes: Francia, Reino Unido, Estados Unidos y la Unión Soviética. En 1949 las tres primeras zonas se unieron formalmente constituyendo la República Federal Alemana, mientras el territorio soviético pasó a ser la República Democrática Alemana. En 1955 la República Federal Alemana adquirió el estatus de miembro de pleno derecho en la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN). Respecto a la República Democrática Alemana, en 1954 Moscú la proclamó estado soberano y en 1955 se integró en el Pacto de Varsovia. Ambos países no se reunificarán hasta 1990.
265	República Democrática Alemana	1945-1953	
305	Austria	1939-1954	El 13 de marzo de 1938 la Alemania de Hitler se anexiona Austria (<i>Anschluss</i>) pocos meses antes del estallido de la Segunda Guerra Mundial. En abril de 1945 Viena es liberada por los soviéticos y se restaura la independencia del país. Desde el final de la Segunda Guerra Mundial y hasta 1955 permanece ocupada por tropas estadounidenses, británicas, francesas y soviéticas. El 15 de mayo de 1955 se proclama en conferencia internacional su soberanía, retirándose del país – el 25 de octubre de ese mismo año – todas las tropas de ocupación.
211	Bélgica	1941-1944	El 10 de mayo de 1940, en plena Segunda Guerra Mundial, Alemania invade Bélgica, Luxemburgo y los Países Bajos. La ocupación alemana de Bélgica, que encontró una fuerte resistencia interna anti-nazi, duró hasta la entrada de los aliados en el país el 3 de septiembre de 1944.
315	Checoslovaquia	1940-1944	A finales de 1938 franceses, británicos, italianos y alemanes acuerdan la entrega de los sudetes checoslovacos a Hitler, en concreto los distritos de Bohemia y Moravia con más del 50% de población alemana. El 14 de marzo de 1939, bajo influencia nazi, Eslovaquia vota a favor de su independencia, y al día siguiente los territorios de Bohemia y Moravia son efectivamente ocupados por los alemanes, quienes acabarían tomando el control virtual sobre todo el país durante la Segunda Guerra Mundial – específicamente a partir de 1942 – y hasta su liberación soviética del 9 de mayo de 1945.
390	Dinamarca	1941-1944	Cuando estalla la Segunda Guerra Mundial Dinamarca se declara neutral, pero el 9 de abril de 1940 los alemanes la ocupan. A pesar de ello, y tras la presión alemana para nombrar al nuevo líder del gobierno en 1942, permanece como formalmente soberana hasta agosto de 1943, cuando las elecciones en el país mostraron una fuerte unión contra el nazismo, la cual cuajó en diversas huelgas.

			Ante la oposición frontal a los nazis éstos respondieron tomando el control total del país en ese año y hasta su liberación en mayo de 1945.
220	Francia	1943-1943	Declaró la guerra a Alemania el 3 de septiembre de 1939 y fue por ella invadida en 1940. El 22 de junio de 1940 la invasión alemana culminó con la firma de un armisticio por el cual éstos ocuparon el norte y la costa oeste del país. Días más tarde, el 10 de julio, se establecía en el resto de Francia un régimen colaboracionista con capital en Vichy y dirigido por Pétain. El movimiento francés de resistencia interna anti-nazi, la <i>Resistance</i> , fue muy potente desde 1941. En el exterior, la figura de De Gaulle reunía desde el principio la oposición a Pétain. La ocupación finalizó con la recuperación de París el 22 de agosto de 1944 y el establecimiento del Gobierno Provisional que conduciría a la proclamación de la IV República Francesa en 1946.
350	Grecia	1942-1943	El 28 de octubre de 1940 Italia dio un ultimátum a Grecia para que permitiera el paso de las tropas italianas por su territorio. Ante la negativa del gobierno griego, los italianos trataron de invadir el país desde Albania. Fue, no obstante, el ataque alemán de abril de 1941 el que consiguió ocupar el país. A partir de ahí se desarrolló una fuerte resistencia armada interna anti-nazi y, desde la rendición italiana de 1943, una guerra civil en el seno propio de las organizaciones de la resistencia. La guerra civil duraría hasta 1949.
212	Luxemburgo	1941-1943	Invadido durante la Segunda Guerra Mundial – en mayo de 1940 – por Alemania. El gobierno se exilió y el país permaneció bajo ocupación y mandato alemán hasta su liberación en septiembre de 1944. En la posguerra Luxemburgo participó en las instituciones internacionales promovidas por los aliados.
210	Países Bajos	1941-1944	En el estallido de la Segunda Guerra Mundial se declaró neutral, a pesar de sus claras simpatías con los aliados. En la primavera de 1940 los Países Bajos fueron invadidos por los alemanes y su gobierno se exilió. La ocupación terminaría con su liberación en mayo de 1945.
385	Noruega	1941-1944	Se declara neutral en los inicios de la Segunda Guerra Mundial – en 1939 – pero el 9 de abril de 1940 Alemania la invade. Ante la negativa del gobierno noruego a colaborar, el país es ocupado por Alemania hasta su capitulación al final de la Segunda Guerra Mundial.
290	Polonia	1940-1944	Fue invadida en septiembre de 1939 por Alemania desde el oeste y la Unión Soviética desde el este, quienes se repartieron el país anexionándose diferentes zonas en lo que fue considerado el inicio

			de la Segunda Guerra Mundial. En agosto de 1945 recuperó su independencia, aunque con cambios en sus fronteras.
345	Yugoslavia	1942-1943	Durante la Segunda Guerra Mundial, el 6 de abril de 1941, Hitler invadió Yugoslavia. El país fue repartido, mediante anexiones directas y estados títere, entre Alemania, Italia, Hungría y Bulgaria. Se desataron fuertes conflictos internos en el periodo. El país se recuperó políticamente en 1944, bajo la dirección del Mariscal Tito, y expulsó definitivamente al ejército nazi el 15 de mayo de 1945.

Fuente: Elaboración propia. Descripción histórica a partir de las voces de los diferentes países recogidas en los volúmenes 'Macropædia: Knowledge in Depth' de *The New Encyclopædia Britannica* (VV.AA., 1992).

La necesidad de adaptar varias fuentes de datos en una misma estructura de países es un proceso delicado, sobre todo en ciertos casos muy puntuales. El W&RD, siguiendo al *Correlates of War* (2011), presenta códigos diferentes de país (variable *ccode*) para Austria (300), Austria-Hungría (305) y Hungría (310), y para Alemania (255), República Federal Alemana (260) y República Democrática Alemana (265). Rusia, a pesar de su transformación en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), se codifica siempre bajo el mismo nombre y el código 365. Las fuentes de datos no son en general muy explícitas respecto a los territorios exactos a los que aluden, particularmente en el caso de la URSS, por lo que se han tomado precauciones en la asignación de datos, encontrando un equilibrio entre suficiencia y exactitud de la información.

Por otro lado, las guerras en ocasiones provocan la creación de nuevos estados. En esta investigación, y con la intención de evaluar correctamente los efectos de la guerra, determinados estados cuyo origen se encuentra en una guerra interestatal conocida han sido codificados de acuerdo a esta observación, y también en relación a la situación política de partida del territorio del que se suponen la herencia principal. Alemania e Italia, cuyas unificaciones se originan en guerras interestatales, heredan su situación general y también posbélica de Prusia y Sardinia-Piamonte, respectivamente. La República Federal Alemana y la República Democrática Alemana nacen, lógicamente, desde Alemania. Por último, Austria es la herencia política y principal de Austria-Hungría, aunque a Hungría también le correspondan los efectos de la Primera Guerra Mundial.

Variables: definición y fuentes

cyear: Identificador año-país, mejor dicho país-año ('country-year'), único para cada caso presente en la base de datos. Consta de siete dígitos, siendo siempre los tres primeros el código del país referido (*ccode*) y las cuatro últimas cifras el año de la medición (*year*).

ccode: Código numérico de país según el *Correlates of War Project* (2011).

country: Nombre del país según el *Correlates of War Project* (2011).

stateabb: Abreviatura del nombre del país según el *Correlates of War Project* (2011).

year: Año de la medición.

sip2: '*Scalar Index of Polities*'. Índice continuo y progresivo de democracia que varía entre 0 y 1, reflejando la puntuación media de tres dimensiones calculadas por sus creadores: reclutamiento del ejecutivo, constricciones al poder ejecutivo y participación. Variable tomada directamente de los datos del artículo de Scott Gates, Håvard Hegre, Mark P. Jones y Håvard Strand (2006), disponibles en: <http://www.prio.no/Data/Governance/MIRPSSIP/>. En el W&RD presenta datos perdidos de dos tipos: los definidos como tales desde el propio índice con el valor -999 ('missing') y los perdidos por el sistema a causa de las sutiles diferencias de estructura año-país con el W&RD ('sysmissing'). Ni unos ni otros se deben a errores o carencias de información, sino que en realidad la facilitan: significan que el normal funcionamiento del sistema político del país está suspendido. Este hecho puede deberse a una invasión militar y posterior ocupación temporal del país o a la apertura, por éste u otros motivos, de periodos de 'interrupción' extranjera, de 'interregno'/anarquía o de 'transición', que penetran como valores perdidos (-999) en el índice a partir, respectivamente, de la codificación -66, -77 o -88 de sus componentes también vinculados al índice *Polity* (Marshall et al., 2010). Esta información ha sido confirmada a partir del estudio detallado que hemos realizado de cada uno de los casos concretos de pérdida de información de *sip2*. Sin embargo, pueden encontrarse cuatro países (Bavaria, Baden, Malta y Württemberg) que pierden directamente todos sus datos en la

variable – sumando tan sólo 18 casos perdidos por el sistema ('sysmissing') – por no estar incluidos de ninguna forma en la base de datos original de *SIP*.

xrec: Dimensión de regulación del reclutamiento del ejecutivo (*Executive Recruitment*) utilizada en el *Scalar Index of Politics* (Gates et al., 2006) a partir de una combinación diferente de las variables del *Polity* (Marshall et al., 2010) al respecto. La codificación, composición, equivalencia y definición observadas en los datos, que no se especifican en el artículo de los autores¹⁴³, figuran en la siguiente tabla. Los valores perdidos se codifican como -999 ('interrupción', 'interregno' o 'transición'), en la misma lógica que lo expresado para *sip2*.

Tabla AI.2. Composición y definición de la variable *xrec* del *Scalar Index of Politics* (*SIP*)

Variable (<i>SIP</i>)	Componentes (<i>Polity</i>)			Equivalencia (<i>Polity</i>)
<i>xrec</i>	<i>xrreg</i>	<i>xrcomp</i>	<i>xropen</i>	<i>exrec</i> : definición
1	1	0	0	4 : 'Executive recruitment through self-selection'
1	2	0	0	5 : 'Executive-guided transition'
2	3	1	1	1 : 'Executive selection through ascription'
2	2	1	4	3 : 'Executive recruitment through designation'
3	3	1	2	2 : 'Dual executive: adscription + designation'
3	3	2	3	6 : 'Dual executive: adscription + election'
3	2	2	4	7 : 'Transitional or restricted elections'
4	3	3	4	8 : 'Competitive elections'

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos citados

xconst: Dimensión de constricciones sobre el poder ejecutivo (*Executive Constraints*) utilizada en el *Scalar Index of Politics* (Gates et al., 2006) y, salvo modificaciones menores, igual a la del *Polity* (Marshall et al., 2010). Su codificación es: 1 = 'unlimited executive authority', 2 = 'intermediate category #1', 3 = 'slight to moderate limitations', 4 = 'intermediate category #2', 5 = 'substantial limitations', 6 = 'intermediate category #3', 7 = 'executive parity or subordination'. Los valores perdidos se codifican como -66 ('interrupción'), -77 ('interregno') o -88 ('transición'), en la misma lógica que lo expresado para *sip2*.

¹⁴³ El apéndice on-line del artículo referido, en <http://www.prio.no/Data/Governance/MIRPSSIP/>, muestra una tabla de equivalencias similar a la expuesta, aunque con alguna ligera diferencia y teóricamente más completa. Nosotros aludimos directamente a los datos.

part_V: Porcentaje del total de la población que votó en la elección más reciente, de Tatu Vanhanen (2000, 2002).

comp_V: Porcentaje de voto válido conseguido por todos los partidos que no son el partido mayoritario o la coalición electoral ganadora, de Vanhanen (2000, 2002).

p: Variable intermedia para observar cambios relativos en la participación electoral. Su valor es igual a $part_V_t / part_V_{t-1}$, con un valores perdidos cuando el cálculo directo de esta fórmula es imposible.

c: Variable intermedia para observar cambios relativos en la competición electoral. Su valor es igual a $comp_V_t / comp_V_{t-1}$, con valores perdidos cuando el cálculo directo de esta fórmula es imposible.

DemPolUp: ‘democratic political upgrade’. Variable dicotómica con valor 1 si ocurre un avance democrático en el terreno político, valor 0 si no ocurre y valores perdidos por el sistema (‘sysmissing’) si no hay datos suficientes de evaluación de la democracia (datos perdidos de cualquier tipo en *sip2*, véanse las anotaciones para esta variable) o si los niveles de todos los componentes de la variable son tan elevados en el año previo que el país no puede matemática o razonablemente avanzar más hacia la democracia en el terreno político (véase la variable *impossibleDPU*). La variable adopta el valor 1 cuando se da alguno de los siguientes supuestos respecto al año anterior: el índice de participación de Vanhanen (*part_V*) tiene un incremento relativo de al menos un 50% respecto al año anterior, el índice de competición de Vanhanen (*comp_V*) tiene un incremento relativo de al menos un 100% respecto al año anterior, la variable *xrec* que los autores del *SIP* adaptan del *Polity* se incrementa en al menos una unidad respecto al año anterior o el indicador *xconst* que igualmente adaptan del *Polity* se incrementa en al menos dos unidades respecto al año anterior. Los incrementos y decrementos en la variable *comp_V* que se produzcan cuando el valor absoluto de la misma esté entre 0 y 5 no son tenidos en cuenta, así como ningún incremento suyo que parta de niveles inferiores a 5 no llegue a 10. En caso de guerra interestatal sólo registra los avances democráticos *netos*: respecto a antes de la guerra. Cuando hay datos perdidos de democracia se comparan los valores de cuando el país recupera la normalidad frente a los últimos disponibles. La siguiente tabla muestra los casos en los que hay avances y

retrocesos simultáneos en diferentes indicadores de democracia y la decisión de codificación particular al respecto, en parte guiada por el valor diferencial de la variable *sip2* (obsérvese el componente estricto y en algún caso perjudicial para nuestras hipótesis en las decisiones, en aras de un análisis conservador).

Tabla AI.3. Examen y decisión en casos contradictorios

País	Año	Descripción de la situación	Decisión
España	1876	Respecto al último año con datos, 1873, hay leves caídas en la competición y la participación pero un claro y determinante incremento de 6 unidades en la variable <i>xconst</i> , que pasa de 1 a 7. Diferencial <i>sip2</i> : + 0,29	Avance
España	1879	Un fuerte retroceso relativo de un 70 % en la participación – del 6,4 al 1,94 – no se ve compensado por un incremento absoluto de la competición del 3,4 al 12,65. Diferencial <i>sip2</i> : +/- 0	Retroceso
Portugal	1930	Claro retroceso democrático respecto al último año con datos, 1925, en absolutamente todos los componentes salvo en la participación, que fluctúa ligeramente del 6,37 al 7. Diferencial <i>sip2</i> : - 0,81	Retroceso
Polonia	1947	Evidente avance democrático frente al último año con datos, 1938, ya que la participación pasa de 0 a 48,16, con independencia de que una competición electoral ficticia – por estar asociada a ese 0 de participación – de 40 se reduzca hasta el 19,9. Diferencial <i>sip2</i> : + 0,19	Avance
Yugoslavia	1945	Hay un retroceso, desde 1940, de una unidad en <i>xrec</i> y de dos en <i>xconst</i> , además de una reducción en la competición electoral desde el 22,95 hasta el 9,5, pero al mismo tiempo un incremento en la participación desde el 10,56 hasta el 47,64. Se decide, no obstante, codificar como retroceso. Diferencial <i>sip2</i> : - 0,32	Retroceso
Grecia	1924	Desde el último año con datos antes de la guerra, <i>xrec</i> y <i>xconst</i> retroceden dos unidades cada uno, lo cual supera en importancia el incremento en la competición electoral y el hecho de que la participación pase de 5 a 15. Diferencial <i>sip2</i> : - 0,16	Retroceso
Bulgaria	1946	En referencia al inicio de la guerra, las variables de participación, competición y <i>xconst</i> definen un avance democrático cada una de ellas, lo cual compensa el retroceso de una unidad en <i>xrec</i> . Diferencial <i>sip2</i> : + 0,07	Avance
Rusia	1917	Frente a la situación prebélica, retrocede en dos unidades <i>xrec</i> y la competición baja a 0, mientras la participación se mantiene en 0 y <i>xconst</i> sube dos unidades. Diferencial <i>sip2</i> : - 0,05.	Retroceso

Fuente: Elaboración propia.

impossibleDPU: Variable dicotómica que identifica con el valor 1 los casos en los cuales la variable *DemPolUP* no puede ser calculada debido a la existencia de unos

elevados niveles en todos sus componentes de democracia del año anterior que no dejan un razonable espacio matemático para el hipotético avance. Señala así los casos en los cuales no es que se produzca o no un avance, sino que directamente no puede producirse. Para que pueda haber un incremento de una unidad en *xrec*, que varía entre 1 y 4, el valor de esta variable el año anterior ha de ser de 3 o menos, mientras que el incremento de dos unidades en *xconst*, cuyo valor máximo es 7, sólo puede producirse respecto a un valor de 5 o menos. Para averiguar el valor máximo posible de las variables *part_V* y *comp_V*, sin caer en lo ideal e irreal de una participación del 100% de la población o de una proporción de voto a partidos fuera del gobierno del 99,99%, somos restrictivos y acudimos a los valores máximos reales de ambas variables en la base de datos, hallando que *comp_V* es como máximo 70 (hay numerosos casos con ese valor) y que *part_V* alcanza – excluyendo a los países comunistas por la existencia de voto obligatorio – 63,50 (Suecia, 1973-1975). Así, el último valor de *part_V* sobre el cual ésta puede incrementarse en un 50% o más es 42,33, y el último valor de *comp_V* sobre el cual ésta puede incrementarse en un 100% o más es 35. Resumiendo, si *part_V* es mayor de 42,33, *comp_V* es mayor de 35, *xrec* es mayor de 3 y *xconst* es mayor de 5, entonces no hay ninguna posibilidad de avance democrático al año siguiente: la variable *impossibleDPU* es igual a 1 y estos casos (un total de 497), lógicamente, son excluidos del análisis en la variable *DemPolUp*, figurando en ella con valores perdidos por el sistema ('sysmissing').

DemPolDown: 'democratic political downgrades'. Variable dicotómica con valor 1 si ocurre un retroceso democrático en el terreno político, valor 0 si no ocurre y valores perdidos por el sistema ('sysmissing') si no hay datos suficientes de evaluación de la democracia (datos perdidos de cualquier tipo en *sip2*) o si los niveles de sus componentes son tan reducidos en el año previo que el país no puede matemáticamente retroceder más en democracia en el terreno político (véase la variable *impossibleDPD*). La variable adopta el valor 1 cuando se da alguno de los siguientes supuestos respecto al año anterior: el índice de participación de Vanhanen (*part_V*) tiene una reducción relativa de al menos un 50% respecto al año anterior, el índice de competición de Vanhanen (*comp_V*) tiene una reducción relativa de al menos un 50% respecto al año anterior, la variable *xrec* que los autores del *SIP* adaptan del *Polity* se reduce en al menos una unidad respecto al año anterior o el indicador *xconst* que igualmente adaptan del *Polity* se reduce en al menos dos unidades respecto al año anterior. Los incrementos

y decrementos en la variable *comp_V* que se produzcan cuando el valor absoluto de la misma esté entre 0 y 5 no son tenidos en cuenta, así como ningún decremento suyo que no parta de niveles iguales o superiores a 10. En caso de guerra interestatal sólo registra los retrocesos democráticos *netos*: respecto a antes de la guerra. Cuando hay datos perdidos de democracia se comparan los valores de cuando el país recupera la normalidad frente a los últimos disponibles. Los casos contradictorios de codificación figuran en la tabla anterior (Tabla AI.3).

impossibleDPD: Variable dicotómica que identifica con el valor 1 los casos en los cuales la variable *DemPolDown* no puede ser calculada debido a la existencia de unos reducidos niveles en todos sus componentes de democracia del año anterior que no dejan un razonable espacio matemático para el hipotético retroceso. Sigue la misma lógica que la variable *impossibleDPU*, pero para retrocesos democráticos: si *part_V* es igual a 0, *comp_V* es menor de 10, *xrec* es menor de 2 y *xconst* es menor de 3, entonces no hay ninguna posibilidad de retroceso democrático al año siguiente: la variable *impossibleDPD* es igual a 1 y estos casos (un total de 50), lógicamente, son excluidos del análisis en la variable *DemPolDown*, constituyendo en ella valores perdidos por el sistema ('sysmissing').

DemPolVar: 'democratic political variation'. Variable categórica: 1 = avance democrático en el terreno político (*DemPolUp*=1), -1 = retroceso democrático en el terreno político (*DemPolDown*=1), 0 = resto de casos. Valores perdidos por el sistema ('sysmissing') cuando no hay datos suficientes de evaluación de la democracia (datos perdidos de cualquier tipo en *sip2*) y valores perdidos por el usuario ('missing') en la cifra 9 cuando no se puede producir un avance (*impossibleDPU*=1) o un retroceso democrático (*impossibleDPD*=1).

SM_Perrin: Identifica con el valor 1 el año de introducción en el país del primer esquema estatutario de seguridad social de prestaciones por enfermedad o maternidad ('sickness or maternity benefit schemes'), tomando como fuente la tabla del artículo 'Reflections on fifty years of social security', de Guy Perrin (1969). El resto de valores son los siguientes: 0 = años previos a la primera implementación del esquema, 7= años posteriores a la primera implementación del esquema (ya no hay posibilidad de que se pueda implementar de nuevo por primera vez), 8 = todos los años si la política se

implementó de forma previa a la fecha de aparición del país en el W&RD, 9 = todos los años si el esquema no se había implementado nunca en el país llegado 1968. Los datos perdidos por el sistema ('sysmissing') atañen a los países que no figuran en la tabla de Perrin (Baden, Bavaria, Estonia, República Democrática Alemana, Letonia, Lituania y Wuerttemberg), a los que figuran pero su fecha fundacional en el W&RD es posterior a las fechas de la primera implementación de todos los esquemas de protección (Chipre y Malta) y, finalmente, todos los países a partir del año de publicación del artículo de Perrin inclusive (1969) y hasta el límite temporal del W&RD (1975).

P_Perrin: Identifica con el valor 1 el año de introducción en el país del primer esquema estatutario de seguridad social de protección de invalidez, vejez y pensiones de supervivencia ('sickness or maternity benefit schemes'). Misma fuente (Perrin, 1969), codificación y razonamiento de casos perdidos que la variable anterior.

OH_Perrin: Identifica con el valor 1 el año de introducción en el país del primer esquema estatutario de seguridad social de protección contra riesgos laborales ('schemes of protection against occupational hazards'). Misma fuente (Perrin, 1969), codificación y razonamiento de casos perdidos que las variables anteriores.

U_Perrin: Identifica con el valor 1 el año de introducción en el país del primer esquema estatutario de seguridad social de prestaciones de desempleo ('unemployment benefit schemes'). Misma fuente (Perrin, 1969), codificación y razonamiento de casos perdidos que las variables anteriores.

FA_Perrin: Identifica con el valor 1 el año de introducción en el país del primer esquema estatutario de seguridad social de prestaciones familiares ('family allowances schemes'). Misma fuente (Perrin, 1969), codificación y razonamiento de casos perdidos que las variables anteriores.

NumSchemes_Perrin: Número de esquemas estatutarios de seguridad social introducidos simultáneamente en un año-país concreto. Creada a partir de las variables *SM_Perrin*, *P_Perrin*, *OH_Perrin*, *U_Perrin* y *FA_Perrin*, con las que comparte sus casos perdidos por el sistema ('sysmissing'). Adicionalmente, en el momento que un país consigue la primera introducción de los cinco esquemas considerados por Perrin ya

no puede introducir más, por lo que los años siguientes al de introducción del último esquema los países presentan todos los casos perdidos por el sistema ('sysmissing'). Esto ocurre en los siguientes países europeos – la mayoría – a partir del año siguiente al señalado entre paréntesis, que es el año en el que alcanzan los cinco esquemas, originando por esta causa un total de 503 casos perdidos: Reino Unido (1945), Irlanda (1944), Países Bajos (1939), Bélgica (1930), Luxemburgo (1947), Francia (1932), Suiza (1952), España (1938), República Federal Alemana (1954), Polonia (1947), Austria (1948), Hungría (1957), Checoslovaquia (1945), Italia (1936), Yugoslavia (1949), Grecia (1958), Bulgaria (1942), Rusia (1944), Finlandia (1963), Suecia (1947), Noruega (1946), Dinamarca (1952) e Islandia (1946).

DemSocUp: 'democratic social upgrade'. Variable dicotómica que adopta el valor 1 si ocurre un avance democrático en el terreno social, el valor 0 si no ocurre y valores perdidos por el sistema ('sysmissing') si no hay datos al respecto o si ya se han producido con anterioridad todos los avances que permiten nuestro datos. Su valor 1 indica la introducción por primera vez de al menos un esquema estatutario de seguridad social en ese año, según Perrin (1969). Los datos perdidos por el sistema ('sysmissing') atañen a los países que no figuran en la tabla de Perrin (Baden, Bavaria, Estonia, República Democrática Alemana, Letonia, Lituania y Wuerttemberg), a los que figuran pero su fecha fundacional en el W&RD es posterior a las fechas de la primera implementación de todos los esquemas de protección (Chipre y Malta) y, finalmente, a todos los países a partir del año de publicación del artículo de Perrin inclusive (1969) y hasta el límite temporal del W&RD (1975). Al igual que en la variable *NumSchemes_Perrin*, hay 503 datos adicionalmente perdidos por el sistema ('sysmissing') debido a que la mayoría de países europeos consiguieron introducir por vez primera todos los esquemas considerados antes de la fecha final de la base, impidiéndose así nuevas primeras introducciones desde el año en el que introdujeron su quinto esquema y obligando a perder los datos en los años siguientes (véase la lista concreta de países en la descripción de la variable *NumSchemes_Perrin*).

WarNoInter1: Cuando existe una guerra interestatal activa muestra el código numérico que identifica esa guerra, adaptado desde la *Inter-State War Data, 1816-2007, v4.0* (Correlates of War Project, 2012b). En el resto de casos el valor de la variable está perdido por el sistema ('sysmissing'). Los países de la Tabla AI.1, ocupados en algún

momento durante la Segunda Guerra Mundial, son codificados bajo la misma en atención a su situación.

WarNoInter2: Cuando existe más de una guerra interestatal activa muestra el código numérico que identifica al segundo conflicto. Véase *WarNoInter1*.

WarNoInter3: Cuando existen más de dos guerras interestatales activas muestra el código numérico que identifica al tercer conflicto. Véase *WarNoInter1*.

WarInterNum: Número de guerras interestatales activas.

WarInter: Variable dicotómica que identifica cuándo el país está librando al menos una guerra interestatal (valor 1) y cuándo no (valor 0).

WarInterOutcome: Resultado de la guerra para el país en cuestión aplicado a todos los años en los cuales la guerra estuvo activa, y valores perdidos por el sistema ('sysmissing') en el resto. La información proviene de la variable *outcome* del *Correlates of War Project* (2012b) y utiliza su misma codificación: 1= ganador, 2 = perdedor, 3 = solución de compromiso, 4 = la guerra interestatal se transforma en otro tipo de guerra, 5 = la guerra continuaba activa al cierre de la base de datos, 6 = tablas, 7 = el conflicto continúa con menor intensidad que una guerra, 8 = cambio de bando. Para la codificación se ha tenido en cuenta únicamente el resultado del bando en el cual el país terminó la guerra, y en el caso de varios conflictos simultáneos en un mismo año el resultado del conflicto principal: el que causó más bajas en el país. Los países de la Tabla AI.1 cuya participación en la Segunda Guerra Mundial *Correlates of War* no considera en ningún momento (Albania, Austria, Checoslovaquia, Dinamarca y Luxemburgo), se entiende que al sufrir una ocupación y ser posteriormente liberados terminaron la guerra en el bando ganador, salvo en el caso de Austria que fue anexionada mediante un tratado internacional y ni fue invadida por la fuerza ni tuvo un gobierno en el exilio (luchó y perdió la guerra, con todas sus consecuencias, del lado de Hitler).

WarInterPre: Variable con valores 5, 4, 3, 2 y 1 para, respectivamente, el 5º, 4º, 3º, 2º y 1º años anteriores a una guerra interestatal, el valor 9 para los años de guerra y el 0

para el resto. Creada a partir de la variable *WarInter*. Si el país enlazara varios conflictos, a los efectos de esta variable se considerarían uno mismo.

WarInterPost: Variable con valores 1, 2, 3, 4 y 5 para, respectivamente, el 1º, 2º, 3º, 4º y 5ª años posteriores a una guerra interestatal, el valor 9 para los años de guerra y el 0 para el resto. Creada a partir de la variable *WarInter*. Si el país enlazara varios conflictos, a los efectos de esta variable se considerarían uno mismo.

postwar: Corrección de la variable *WarInterPost*. Cuando el sistema político está suspendido en su funcionamiento a causa de una invasión o transición y, por tanto, no procede el cálculo de sus valores de democracia política (variable *sip2* con datos perdidos), entonces se prolonga el periodo de identificación de la guerra con un 9 hasta el último año con valores perdidos de *sip2*, comenzando el periodo posbélico a continuación, esto es, con la restauración del normal funcionamiento político del país.

WarInterFirstLastYear: Identifica el primer (valor -99) y último (valor 99) año en que el país afronta una guerra interestatal, con arreglo a las variables. Si la participación del país en la guerra dura sólo un año, que es a la vez el primero y el último, entonces esta variable presenta el valor 100. Si el país enlazara varios conflictos, a los efectos de esta variable se considerarían uno mismo.

PreIW: ‘prewar period: interstate war’. Variable dicotómica que, a partir de las variables *WarInter* y *WarInterFirstLastYear*, adopta el valor 1 si el país se encuentra en el primer año de guerra o en el inmediatamente anterior a la guerra, y el valor 0 en el resto de casos.

PostIW: ‘postwar period: interstate war’. Variable dicotómica que, a partir de las variables *postwar* y *WarInterFirstLastYear*, adopta el valor 1 si el país se encuentra en el último año de guerra o en el primero de posguerra, y el valor 0 en el resto de casos.

outcomePostIW: Variable que, en los años señalados por la variable *PostIW*, codifica según los valores de la variable *WarInterOutcome* en la última guerra.

WinnerIW: ‘winner in interstate war’. Variable dicotómica que asigna el valor 1 a los años de finalización de la guerra y los inmediatamente posteriores (según la variable *postwar*) de los países que terminaron como ganadores (variable *WarInterOutcome* = 1 en la guerra referida) de la misma, dejando el resto con valor 0. Construida con ayuda de la variable *outcomePostIW*.

LooserIW: ‘looser in interstate war’. Variable dicotómica que asigna el valor 1 a los años de finalización de la guerra y los inmediatamente posteriores (según la variable *postwar*) de los países que terminaron como perdedores (variable *WarInterOutcome* = 2 en la guerra referida) de la misma, dejando el resto con valor 0. Construida con ayuda de la variable *outcomePostIW*.

unrest3_Banks: Resultado de sumar tres variables provenientes del *Cross-National Time-Series Data Archive* (Banks y Wilson, 2012): *domestic2* (número de huelgas generales: ‘cualquier huelga de 1.000 o más trabajadores industriales o de servicio que implique a más de un empleador y que se dirija contra las políticas del gobierno nacional o su autoridad’), *domestic6* (disturbios: ‘cualquier manifestación violenta o choque de más de 100 ciudadanos que implique el uso de la violencia física’) y *domestic7* (revoluciones: ‘cualquier cambio ilegal o forzado en la cúpula del gobierno, cualquier intento de semejante cambio o cualquier rebelión armada exitosa o no exitosa cuyo objetivo sea la independencia del gobierno central’). Debido a la cobertura de sus componentes, la variable tiene todos los casos perdidos por el sistema (‘sysmissing’) con anterioridad a 1919 y entre 1940-1945, con una cifra insignificante de casos de este tipo a partir de esa fecha.

IDEvents1_Halperin: Cuando existe un episodio de protesta activo la variable muestra el código numérico que lo identifica, según la información contenida en el ‘Appendix 3: European (Regional and Extraregional) Wars, Insurrections, Rebellions, Revolutions, Uprisings, Violent Strikes, Riots, and Demonstrations, 1789-1945’ del libro de Sandra Halperin (2004). Para el resto de casos el valor es 0, y fuera de ese periodo de cobertura los valores están perdidos por el sistema (‘sysmissing’). Las reglas generales que hemos definido para la informatización de las tablas de Halperin figuran en la Tabla AI.4, y las decisiones sobre los casos dudosos en la Tabla AI.5. Como la codificación inicial cubrió el periodo 1815-1945, ambas tablas se refieren a todo el periodo.

Tabla AI.4. Reglas generales de informatización del Apéndice de Halperin, 1815-1945

Reglas generales
1) Se excluyen los conflictos extrarregionales, que figuran entre corchetes en las tablas originales
2) Se excluyen las guerras interestatales que figuren especificadas como tales en las tablas
3) Se excluyen las guerras civiles que figuren especificadas como tales en las tablas
4) Para codificar los casos históricos, si el territorio está bajo dominio imperial el conflicto se codifica en el dominio imperial.
5) El objetivo es recoger los disturbios que provienen de las clases oprimidas o, en su lugar, de clases acomodadas contra la tiranía imperial, así que se excluyen: golpes de estados provenientes de la derecha, masacres promovidas por el gobierno, actos de represión estatal y violencia de objetivo puramente sectario.

Fuente: Elaboración propia

Tabla AI.5. Decisiones en casos concretos sobre del Apéndice de Halperin, 1815-1945¹

Caso	Decisión
40	<i>Revuelta antisemita, no incluida</i>
44	Codificado en Dos Sicilias
48	Codificado en Grecia y en el Imperio Otomano
49	Codificado en Italia (por tratarse de Sardinia-Piamonte), coincide con otro evento pero son de igual magnitud
52	Codificado en Alemania (porque Pomerania pertenecía a Prusia)
67	<i>Marcha ultramonárquica en España, no se incluye</i>
71	<i>No se incluye por ser un acto de represión pura (masacre de los Jenízaros)</i>
75	Codificado en Dos Sicilias
83	<i>Revuelta de nobles y otros segmentos, se codifica</i>
87	Codificado en Alemania (Prusia), Saxony, Hesse El, Hesse GD, Hannover
92	Codificado en Saxony, Hesse EL, Hesse GD, Hannover
93	Codificado en Italia, Parma y Módena
94	Aplicado al Imperio Otomano por ser el soberano de la zona, a pesar de estar ésta bajo control militar ruso
98	Frankfurt es una ciudad libre en ese periodo, luego no se codifica
101	El Palatinato pertenece al Reino de Bavaria, codificado en Bavaria
102	Se excluye porque Montenegro no está en la base de datos como principado histórico y no se puede subsumir en el Imperio Otomano
109	Codificado en Serbia
110	Frankfurt es una ciudad libre en ese periodo, luego no se codifica
111	Codificado en Bavaria
112	<i>No codificado, es la Guerra Civil Carlista</i>
124	Codificado en Dos Sicilias
125	Codificado en Alemania (Prusia) al pertenecer las tres zonas citadas (Rhineland, Westphalia y Posen) a Prussia
136	Codificado en Imperio Otomano porque Creta pertenece desde el año anterior a este imperio (se la devuelven los egipcios)
138	Codificado en Serbia, que ya aparece como estado independiente, y no en el Imperio Otomano
139	Codificado en Sicilia y Papal States
143	Codificado en Austria-Hungría
147	Codificado en Dos Sicilias
154	Codificado en el Imperio Austriaco (la zona de Galicia les pertenecía)

- 155 No se incluye, Krakow era una ciudad independiente y en este suceso se la anexiona el Imperio Austriaco
- 157 Codificado exclusivamente en Baden
- 158 Frankfurt es una ciudad libre en ese periodo, luego no se codifica
- 159 Codificado en Prusia al ser Berlín su capital
- 162 Codificado en Dos Sicilias (Palermo, Messina, Nápoles) y en el Imperio Austriaco (Milán)
- 163 *No codificado, es guerra civil*
- 170 Codificado en Austria (Milán)
- 174 *No codificado, es guerra civil*
- 176 Aplicado al Imperio Otomano por ser el soberano de la zona, a pesar de estar ésta bajo control militar ruso
- 180 Codificado en UK, a quien pertenecían las Ionian Islands
- 185 Codificado en Prusia (Rhineland), Baden, Saxony (Dresden) y Bavaria
- 194 Codificado en el Imperio Otomano, a quien pertenecen los territorios donde se da la insurrección griega
- 210 Codificado en Dos Sicilias (Palermo, Sicilia) y Toscana (Carrara)
- 219 Se excluye porque Montenegro no está en la base de datos como principado histórico y no se puede subsumir en el Imperio Otomano
- 224 *Aunque no figure en el nombre, es una guerra interestatal*
- 231 Codificada en el Imperio Otomano, ya que Creta le pertenece
- 242 *No codificado, es una revuelta de nobles en apoyo al feudalismo*
- 243 Codificado en Francia porque Alsacia es francesa justo hasta ese momento
- 259 *Calificado como masacre, no se codifica (al igual que con los Jenízaros en el caso 71)*
- 265 Codificado en el Imperio Otomano, a quien pertenecía Macedonia
- 268 *No se codifica, por ser la guerra de independencia contra del Imperio Otomano de Rumanía, territorio que ya era estado independiente desde 1868*
- 275 Codificado en el Imperio Otomano, porque justo hasta ese momento Bosnia les perteneció
- 278 Codificado en Austria, porque justo antes de ese momento Bosnia había pasado a pertenecerles
- 282 *No se incluye por ser un conflicto entre países*
- 289 *Es violencia sectaria contra judíos, no se codifica. Son pogromos en Rusia.*
- 315 Codificado en Rusia, porque especifica que es en la parte rusa de Polonia
- 325 *Calificado como masacre, no se codifica (al igual que con los Jenízaros en el caso 71)*
- 327 *No se codifica. Los ataques contra votantes son un acto de represión.*
- 331 *No se codifica. Los ataques contra votantes son un acto de represión.*
- 340 Se codifica porque, aunque Croacia es un estado independiente en esa época con su propio parlamento, está dentro del Imperio Austro-Húngaro
- 354 *Es violencia sectaria contra judíos, no se codifica.*
- 356 Codificado en Alemania porque suponemos es la Polonia alemana
- 358 *No se codifica. Los ataques contra votantes son un acto de represión.*
- 360 *Es violencia sectaria, no se codifica.*
- 369 *Es violencia sectaria contra judíos, no se codifica. Son pogromos en Rusia.*
- 374 Se codifica porque, aunque Croacia es un estado independiente en esa época con su propio parlamento, está dentro del Imperio Austro-Húngaro
- 379- Misma magnitud: 3
- 380
- 388 Codificado en el Imperio Austro-Húngaro, porque Bosnia le pertenece
- 394 *Es violencia sectaria contra judíos, no se codifica.*
- 402 *No se incluye, es una masacre de las tropas turcas contra armenios*
- 409 *No se codifica. Los ataques contra votantes son un acto de represión.*
- 414 Codificado en el Imperio Austro-Húngaro, porque Bosnia le pertenece

418	<i>No se codifica. Los ataques contra votantes son un acto de represión.</i>
441	<i>No se incluye, es una masacre sectaria.</i>
445	Codificado en UK, al igual que todos los sucesos irlandeses
446	<i>Las guerras de las nacionalidades rusas contra los bolcheviques no se incluyen</i>
448	<i>El golpe de estado militar en Portugal de 1917 no se incluye</i>
453	<i>Se incluye la revolución rusa</i>
455	<i>Se excluye la intervención aliada en la Revolución Bolchevique</i>
461	<i>Revolución de Kiel, se incluye</i>
465	<i>La independencia de Irlanda se incluye</i>
466	<i>Levantamiento militar de derechas en Portugal, no se incluye</i>
468	<i>Movimiento militar, no se incluye</i>
489	<i>Rebelión reaccionaria en Alemania, no se incluye</i>
494	<i>Los ataques fascistas no se incluyen</i>
496	<i>Golpe de estado fascista, no se incluye</i>
497	<i>Disturbios nazis, no se incluye</i>
499	<i>Golpe de derechas en Bulgaria y represión de izquierda, no se incluye</i>
500	<i>Ocupación de Corfu por Italia, no se incluye</i>
501	<i>Golpe de Primo de Rivera, no se incluye</i>
502	<i>Conflicto entre países, no se incluye</i>
505	<i>Golpe militar en Portugal que da paso a una dictadura, no se incluye</i>
507	<i>Golpe militar en Polonia, no se incluye</i>
512	<i>La masacre de los Kulaks en Rusia se incluye</i>
518	<i>El fallido golpe de estado nazi en Austria no se incluye</i>
522	<i>Manifestaciones de la derecha en Francia que no se incluyen</i>
523	<i>Conflicto entre nazis en Alemania, no se incluye</i>
525	<i>Las purgas soviéticas nos se incluyen</i>
527	<i>El golpe de estado militar en Grecia no se incluye</i>
530	<i>Creta unida con Grecia en ese momento, pero la situación no es clara y no se incluye</i>

Fuente: Elaboración propia

¹ En letra regular las aclaraciones relativas al lugar de codificación, y en cursiva las relativas a su pertinencia según el tipo de acontecimiento.

IDEEvents2_Halperin: Identificador secundario en el caso de que coincida en el mismo año más de un episodio de protesta activo. Véase *IDEEvents1_Halperin*.

IDEEvents3_Halperin: Identificador en el caso de que coincidan en el mismo año más de dos episodios de protesta activos. Véase *IDEEvents1_Halperin*.

IDEEvents4_Halperin: Identificador en el caso de que coincidan en el mismo año más de tres episodios de protesta activos. Véase *IDEEvents1_Halperin*.

IDEEvents5_Halperin: Identificador en el caso de que coincidan en el mismo año más de cuatro episodios de protesta activos. Véase *IDEEvents1_Halperin*.

Magnitude1_Halperin: Magnitud asignada por Halperin a uno de los eventos, con valor válido únicamente cuando ésta la asigna.

Magnitude2_Halperin: Magnitud asignada por Halperin a uno de los eventos, con valor válido únicamente cuando ésta la asigna, en el caso de que asigne más de una.

Magnitude3_Halperin: Magnitud asignada por Halperin a uno de los eventos, con valor válido únicamente cuando ésta la asigna, en el caso de que asigne más de dos.

NumEvents_Halperin: Número de episodios de protesta activos, hasta 1945.

UNREST_Halperin: Variable dicotómica que identifica cuándo hay al menos un episodio de protesta activo en el país (valor 1) y cuándo no (valor 0), hasta 1945.

unrest3_Banksover6: Identifica, partiendo de los datos de Banks (2012), aquellos momentos de mayor protesta. Si existen datos de *unrest3_Banks*, adopta el valor 1 cuando hay más de 6 sucesos activos en un año-país y el valor 0 cuando hay entre 0 y 6 sucesos activos en un año-país. La cobertura temporal de esta variable en el W&RD es 1919-1975.

UnrestME: ‘unrest: major events’. Variable dicotómica que identifica cuándo hay grandes episodios de protesta (valor 1) y cuándo no (valor 0) en todo el periodo 1870-1975. Combina datos de Banks (2012), que cubre el periodo 1919-1975 del W&RD, y de Halperin (2004), que cubre el periodo 1875-1945 del W&RD. Para hacer compatibles la variable dicotómica proveniente de Halperin y la continua proveniente de Banks, se examinó su breve periodo simultáneo de medición (1919-1939), observando entonces que si la variable de Banks identificaba únicamente episodios con valores superiores a 6, entonces se optimizaba la correlación de Pearson entre la versión dicotómica de ambas variables en la cifra 0,497, significativa al 99%. Sabiendo que en estos términos, conceptual y estadísticamente, miden cosas bastante parecidas, la variable *UnrestME* se construye así: antes de 1919 es igual a *UNREST_Halperin*, entre 1919 y 1945 es igual a *UNREST_Halperin* más los casos que añade *unrest3_Banksover6* y, finalmente, después de 1945 es igual a *unrest3_Banksover6*. De esta forma se obtiene una variable de protesta que cubre todo el periodo 1870-1975. En

contadas ocasiones los episodios de protesta coincidían con momentos de valores perdidos de democracia (*sip2*) y, para no perder su influencia – si es que existía y fuera ésta cual fuera – en la recuperación del sistema político, se trasladaron al primer año con datos de democracia las identificaciones de las protestas. Fue necesario realizar esta operación en: Yugoslavia (de 1920 a 1921), España (de 1868 a 1971), Portugal (de 1910 a 1911), Alemania (de 1869 a 1871), Hungría (de 1956 a 1957), Albania (de 1924 a 1925) y Bulgaria (de 1934 a 1935). Además, y tras examinar históricamente las situaciones, se codificaron con el valor 0 los años sin datos pertenecientes a los periodos de ocupación aliada de Austria, República Federal Alemana y República Democrática Alemana tras la Segunda Guerra Mundial.

GDPpc_Maddison: ‘Gross Domestic Product (GDP) per capita’. Variable continua que mide el Producto Interior Bruto (PIB) per cápita de un país en millones de dólares internacionales Geary-Kamish de 1990, adaptada desde las tablas de Angus Maddison (2010).

GDPpc_Maddison_i: ‘Gross Domestic Product (GDP) per capita: interpolated’. Interpolación lineal de la variable *GDPpc_Maddison*.

GDPllevels_Maddison: ‘Gross Domestic Product (GDP) levels’. Variable continua que mide el nivel de Producto Interior Bruto (PIB) de un país en millones de dólares internacionales Geary-Kamish de 1990, adaptada desde las tablas de Angus Maddison (2010).

GDPllevels_Maddison_i: ‘Gross Domestic Product (GDP) levels: interpolated’. Interpolación lineal de la variable *GDPpc_Maddison*.

milper: ‘military personnel’. Personal militar en miles, de la base de datos *National Material Capabilities, 1816-2007, v4.0* (Correlates of War Project, 2012d). El valor -9 indica datos perdidos, y los perdidos por el sistema (‘sysmissing’) se explican por la diferencia de estructura del W&RD respecto a *Correlates of War*.

milper_i: ‘military personnel: interpolated’. Interpolación lineal de la variable *milper*.

tpop: ‘total population’. Población total en miles, de la base de datos *National Material Capabilities, 1816-2007, v4.0* (Correlates of War Project, 2012d). Los perdidos por el sistema (‘sysmissing’) se explican por la diferencia de estructura del W&RD respecto a *Correlates of War*.

tpop_i: ‘total population: interpolated’. Interpolación lineal de la variable *tpop*.

Milperpc: ‘military personnel per capita’. Porcentaje de personal militar sobre el total de la población, resultado de: $[(milper_i)/(tpop_i)]*100$.

SimDemPolUp: ‘simultaneous democratic political upgrades’. Variable dicotómica que adopta el valor 1 si en el entorno europeo del país referido hay al menos dos avances democráticos en el terreno político en ese mismo año. Para el resto de casos presenta el valor 0.

SimDemSocUp: ‘simultaneous democratic social upgrades’. Variable dicotómica que adopta el valor 1 si en el entorno europeo del país referido hay al menos dos avances democráticos en el terreno de la protección social en ese mismo año. Para el resto de casos presenta el valor 0, y valores perdidos para todos los años 1969-1975.

CumUnrestME: ‘cumulative *UnrestME*’. Variable continua que es la suma acumulada de la variable *UnrestME* para cada país desde 1870 hasta el momento de la medición.

t_dpu: Número de años transcurridos desde la última vez que se produjo en el país un avance democrático en el terreno electoral y de gobierno. La censura de datos anteriores a 1870 se resuelve haciendo que *t_dpu* inicie su contabilidad en ese año en todos los países existentes. Para los países fundados después de 1870, *t_dpu* parte del año de su independencia.

t²_dpu / t³_dpu: Elevaciones al cuadrado y al cubo de la variable *t_dpu*.

t_dsu: Número de años transcurridos desde la última vez que se produjo en el país un avance democrático en el terreno de la protección social. La censura de datos anteriores a 1870 se resuelve haciendo que *t_dsu* inicie su contabilidad en ese año en todos los

países existentes. Para los países fundados después de 1870, t_{dsu} parte del año de su independencia.

t^2_{dsu} / t^3_{dsu} : Elevaciones al cuadrado y al cubo de la variable t_{dsu} .

k_n_{dpu} : Conjunto de variables dicotómicas k_n cada una de las cuales identifica con el valor 1 si han transcurrido o no uno ($n=1$), dos ($n=2$), tres ($n=3$)... años desde el último avance democrático del país en el terreno electoral y de gobierno, dejando el resto de casos en el valor 0.

k_n_{dsu} : Conjunto de variables dicotómicas k_n cada una de las cuales identifica con el valor 1 si han transcurrido o no uno ($n=1$), dos ($n=2$), tres ($n=3$)... años desde el último avance democrático del país en el terreno de la protección social, dejando el resto de casos en el valor 0.

$spline_{dpuX}$: Segmentos de un *natural cubic spline* de 4 ‘knots’, calculado sobre los valores de la variable t_{dpu} en países donde disponemos de al menos un dato de democracia y siempre que ésta goce de un espacio numérico razonable para avanzar. La X se sustituye por el orden del segmento: 1, 2 ó 3.

$spline_{dsuX}$: Segmentos de un *natural cubic spline* de 4 ‘knots’, calculado sobre los valores de la variable t_{dsu} en los casos válidos de la variable *DemSocUp*. La X se sustituye por el orden del segmento: 1, 2 ó 3.

Compendio de las fuentes de datos exploradas

La Tabla AI.6 muestra la lista de fuentes de datos exploradas, en la medida que puedan servir de referencia para futuros estudios. Muchas de ellas no han sido finalmente incluidas en el W&RD al no resultar adecuadas para esta investigación, una vez examinadas cuidadosamente y enmarcado espacio-temporalmente el objeto de estudio. Otras se excluyeron por ofrecer información redundante. Cuando la base de datos no posee un nombre como tal, se alude a su artículo o libro de referencia o, en su caso, a la variable característica de interés.

Tabla AI.6. Listado de fuentes de datos consultadas para crear el W&RD

Nombre / Referencia de la fuente de datos	
1.	<i>State System Membership List, v2011</i> (Correlates of War Project, 2011)
2.	<i>Inter-State War Data, 1816-2007, v4.0</i> (Correlates of War Project, 2012b)
3.	<i>Intra-State War Data, 1816-2007, v4.0</i> (Correlates of War Project, 2012c)
4.	<i>Extra-State War Data, 1816-2007, v4.0</i> (Correlates of War Project, 2012a)
5.	<i>Non-State War Data, 1816-2007, v4.0</i> (Correlates of War Project, 2012e)
6.	<i>National Material Capabilities, 1816-2007, v4.0</i> (Correlates of War Project, 2012d)
7.	'Ethnicity, Insurgency and Civil War' (Fearon y Laitin, 2003)
8.	'International Peacebuilding: A Theoretical and Quantitative Analysis' (Doyle y Sambanis, 2000)
9.	'Greed and Grievance in Civil Wars' (Collier y Hoeffler, 2004)
10.	'Armed Conflict 1946-2001: A New Dataset' (Gleditsch et al., 2002)
11.	'Conquered or Granted? A History of Suffrage Extensions' (Przeworski, 2009)
12.	<i>ACLP</i> (Przeworski et al., 2000)
13.	'Democracy comes to Europe: Franchise extension and fiscal outcomes 1830–1938' (Aidt et al., 2006)
14.	<i>MIRSP/SIP</i> (Gates et al., 2006)
15.	<i>The Polyarchy Dataset</i> (Vanhanen, 2000, 2002)
16.	<i>Polity IV Project: Political Regime Characteristics and Transitions, 1800-2010</i> (Marshall et al., 2010)
17.	<i>X-Polity</i> (Vreeland, 2008a, 2008b)
18.	<i>The Political Constraint Index (POLCON) Dataset</i> (Henisz, 2000a, 2000b, 2010)
19.	'Reflections on fifty years of social security' (Perrin, 1969)
20.	<i>The Social Citizenship Indicator Program - SCIP</i> (Korpi y Palme, 2008)
21.	<i>REBECA – Research on Social Benefits in Collective Agreements</i> (Trampusch et al., 2009)
22.	<i>Cross-National Time-Series Data Archive</i> (Banks y Wilson, 2012)
23.	'Appendix 3: European (Regional and Extraregional) Wars, Insurrections, Rebellions, Revolutions, Uprisings, Violent Strikes, Riots, and Demonstrations, 1789-1945' en <i>War and Social Change in Modern Europe</i> (Halperin, 2004)
24.	<i>Statistics on World Population, GDP and per capita GDP, 1- 2006 AD</i> (Maddison, 2010)
25.	<i>State, economy, and society in Western Europe 1815-1975: a data handbook in two volumes</i> (Flora et al., 1983; Flora et al., 1987)
26.	'Inequality Among World Citizens: 1820-1992' (Bourguignon y Morrisson, 2002)
27.	<i>World Income Inequality Database – WIID, v2.0c</i> (UNU-WIDER, 2008)

Fuente: Elaboración propia

ANEXO II: FORMULACIÓN MATEMÁTICA DE LOS MODELOS ESTADÍSTICOS Y MODELOS ADICIONALES

Ecuaciones

A continuación presentamos la ecuación general del modelo logit, que es la base de todos los modelos estadísticos concretos implementados en el estudio. Introduciremos el modelo con una somera justificación matemática de su origen y, una vez alcanzada la ecuación general en términos logit, detallaremos las ecuaciones para el cálculo de doubles razones y de probabilidades concretas. Para ello, seguiremos las explicaciones y la formulación de Long y Freese (2001) y de Escobar Mercado (2010).

Hay dos formas de justificar el modelo logit: desde un modelo de variable latente o desde un modelo de probabilidad no lineal (Long y Freese, 2001: 100-103; Escobar Mercado, 2010: 373-376). Hemos elegido la segunda para explicar someramente el origen del modelo logit y contextualizar así su posterior formulación matemática. Partimos de un modelo de probabilidad lineal donde y es la variable dependiente, x es un vector de variables independientes y β es un vector de coeficientes:

$$\Pr(y = 1|x) = x\beta = \beta_0 + \beta_1x_1 + \dots + \beta_kx_k \quad (1)$$

Constreñimos las probabilidades de nuestra variable dependiente entre 0 y 1, para lo cual transformamos dichas probabilidades en razones (*odds*), que indican la probabilidad de ocurrencia de un suceso sobre su probabilidad de no ocurrencia. Las razones varían entre 0 y $+\infty$:

$$\Omega(x) = \frac{\Pr(y=1|x)}{\Pr(y=0|x)} = \frac{\Pr(y=1|x)}{1-\Pr(y=1|x)} \quad (2)$$

Si tomamos el logaritmo neperiano de la razón llegamos al concepto de logit, que sí varía entre $-\infty$ y $+\infty$. Es ésta la ecuación general del modelo, la ecuación estimada:

$$\begin{aligned} \ln\Omega(x) &= \ln \frac{\Pr(y=1|x)}{1-\Pr(y=1|x)} = \ln [\Pr(y = 1|x)] - \ln[1 - \Pr(y = 1|x)] = \\ &\beta_0 + \beta_1x_1 + \dots + \beta_kx_k = x\beta \end{aligned} \quad (3)$$

En ella observamos que los cambios en los coeficientes β que estima el modelo sólo pueden ser interpretados como cambios en el logaritmo neperiano de la razón de la variable dependiente. En este sentido, sólo es útil su signo, positivo o negativo, que

revela una influencia directa o inversa, respectivamente, de una variable independiente determinada sobre la variable dependiente, manteniendo las demás variables constantes.

Ahora bien, el modelo puede expresarse para su interpretación en términos de dobles razones (*odds ratio*),

$$\Omega(x) = \frac{\Pr(y=1|x)}{1-\Pr(y=1|x)} = \exp(x\beta) = \exp(\beta_0 + \beta_1 x_1 + \dots + \beta_k x_k) = \omega_0 \omega_1^{x_1} \dots \omega_k^{x_k} ; \quad \omega_k = \exp(\beta_k) \quad (4)$$

siendo la fórmula para el cálculo de una doble razón concreta,

$$\exp(\beta_x) = \frac{\Pr(Y=1|X_1=1, X_2, \dots, X_k) / \Pr(Y=0|X_1=1, X_2, \dots, X_k)}{\Pr(Y=1|X_1=0, X_2, \dots, X_k) / \Pr(Y=0|X_1=0, X_2, \dots, X_k)} \quad (5)$$

A la vista de las dos ecuaciones precedentes, si la doble razón es mayor que 1 el efecto de la variable X_1 sobre la variable Y , manteniendo todo lo demás constante, es positivo, y si la doble razón es menor de 1 el efecto es negativo.

Si estamos interesados en predicciones puntuales y concretas, el modelo logit en términos de probabilidades es el siguiente,

$$\Pr(y = 1|x) = \frac{\exp(x\beta)}{1+\exp(x\beta)} = \frac{\exp(\beta_0 + \beta_1 x_1 + \dots + \beta_k x_k)}{1+\exp(\beta_0 + \beta_1 x_1 + \dots + \beta_k x_k)} = \frac{\omega_0 \omega_1^{x_1} \dots \omega_k^{x_k}}{1 + \omega_0 \omega_1^{x_1} \dots \omega_k^{x_k}} \quad (6)$$

donde debemos observar que las probabilidades no progresan linealmente y que, por tanto, sus incrementos y decrementos por unidad de variable independiente dependen de los valores concretos adoptados.

Estas explicaciones son suficientes para llegar a la formulación concreta de cada modelo estadístico contenido en este estudio. Las tablas presentadas muestran los coeficientes logit, luego para la caracterización de cada modelo basta con sustituir β_k en la ecuación 3 por esos coeficientes, cada uno afectando a su respectiva variable x . El cálculo de las dobles razones a las que se recurre en el texto se realiza a través de la ecuación 5, aunque a veces para su comparación se estandarizan por unidades de desviación típica calculando $\exp(\beta_k \cdot s_k)$. Cuando se predicen probabilidades de ocurrencia de la variable dependiente bajo condiciones concretas, se hace con la ecuación 6.

Es cierto que las sofisticaciones estadísticas propuestas por algunos de los modelos, aunque implementadas siempre sobre el logit, suponen variaciones no en su formulación general ni en la interpretación de sus coeficientes pero sí en su detalle estadístico. Ya que sería harto complicado recoger todas ellas aquí, remitimos

directamente a los autores citados en el cuerpo del texto para su observación en profundidad.

Para terminar, recordamos la ecuación de máxima verosimilitud correspondiente al modelo logit (Greene, 2012: 690-691),

$$\mathcal{L}(\beta_k|y_i, X_{ki}) = \prod_{i=1}^N \Lambda(z)^{y_i} (1 - \Lambda(z))^{1-y_i} \quad (7)$$

donde

$$\Lambda(z) = \frac{e^z}{1+e^z} = \frac{1}{1+e^{-z}} \quad (8)$$

$$z = \beta_1 + \beta_2 X_{2i} + \dots + \beta_k X_{ki} \quad (9)$$

La función que se optimiza numéricamente mediante un algoritmo iterativo es, sin embargo, el logaritmo neperiano de la función anterior,

$$\ln \mathcal{L}(\beta_k|y_i, X_{ki}) = \sum_{i=1}^N [y_i \ln(\Lambda(z)) + (1 - y_i) \ln(1 - \Lambda(z))] \quad (10)$$

Modelos adicionales

El completo estudio de los avances democráticos en el terreno electoral y de gobierno presentado en el Capítulo 5 excluyó del análisis los casos en los cuales la variable dependiente no podía, por construcción, describir un nuevo avance democrático. De hecho, la variable *DemPolUp* contiene valores perdidos por el sistema – entre otras situaciones – cuando todos los componentes empleados en su cálculo alcanzan niveles tan altos que no dejan un espacio numérico razonable para la mejora en ninguno de ellos, impidiéndose así en la práctica la consecución de un nuevo avance democrático en el país. En la misma línea, el estudio conjunto de las variaciones democráticas excluyó tanto los casos en los cuales no podía producirse un nuevo avance como aquéllos en los que era imposible el retroceso democrático.

Aunque consideramos que condicionar el análisis a la posibilidad matemática de avance democrático – y en su caso también de retroceso – es lo óptimo, aquí se replican los modelos sin esta precaución. Las variables *DemSocUp* y *DemPolVar* recuperan así sus casos perdidos por este concepto, con el único objetivo de demostrar que una muestra completa, al menos en este sentido, no habría alterado sustancialmente los resultados del análisis. Únicamente se aprecia en bastantes modelos que la variable *GDPpc_Maddison_i* influiría esta vez significativamente, para diferentes umbrales de

confianza, y con signo negativo en la variable dependiente. Esto es, a mayores niveles de PIB per cápita menor sería la probabilidad de ocurrencia de un avance democrático en el terreno electoral y de gobierno. Si tenemos en cuenta que esta relación no era significativa en los análisis correspondientes del Capítulo 5, la variación en los resultados se deriva exclusivamente de la inclusión de casos en los cuales los países tienen ya altos niveles de democracia que no pueden mejorar. Por tanto, no es que la riqueza ‘proteja’ contra los avances democráticos, sino que llega con mayor frecuencia a un país cuando ya se han alcanzado altos niveles de democracia. Lo que sí parece hacer en estas situaciones, a tenor de los modelos multinomiales donde la incorporación fundamental se corresponde con casos de este tipo, es proteger contra los retrocesos democráticos.

Tabla AII.1. Modelos logit iniciales.
Variable Dependiente: *DemPolUp*

V. Dep.: <i>DemPolUp</i>	Logit (1b)	Logit (2b)	Logit (3b)
PreIW	-0.959 (0.617)	-1.237+ (0.743)	-1.208 (0.750)
PostIW	2.242*** (0.265)	1.952*** (0.300)	2.000*** (0.308)
UnrestME		1.025*** (0.295)	1.219*** (0.324)
GDPpc_Maddison_i		-0.000160* (0.0000647)	-0.000140* (0.0000648)
SimDemPolUp		-0.0225 (0.309)	-0.0300 (0.313)
Milperpc			0.00750 (0.0668)
CumUnrestME			-0.0265 (0.0189)
Constante	-3.511*** (0.134)	-3.050*** (0.251)	-3.037*** (0.257)
N	2181	1952	1950
gl del modelo	2	5	7
Log Likelihood	-325.1	-288.7	-287.6
χ^2	55.15	65.00	67.09
p	1.06e-12	1.12e-12	5.71e-12
AIC	656.3	589.4	591.1
Pseudo-R ² Nagelkerke	0.0904	0.117	0.121

Estimadores de coeficientes logit, *standard errors* entre paréntesis

+ $p < 0.10$, * $p < 0.05$, ** $p < 0.01$, *** $p < 0.001$

Tabla AII.2. Modelos logit con controles temporales, según las propuestas de Beck, Katz y Tucker (1998) [BKT] y de Carter y Signorino (2010) [CS].

Variable Dependiente: *DemPolUp*

V. Dep.: <i>DemPolUp</i>	BKT			CS
	Logit <i>Dummies</i> ^a (4b)	Cloglog <i>Dummies</i> ^a (5b)	Logit <i>Spline</i> (6b)	Logit <i>t, t</i> ² , <i>t</i> ³ (7b)
PreIW	-1.124 (0.833)	-1.051 (0.773)	-1.303+ (0.762)	-1.285+ (0.760)
PostIW	2.016*** (0.347)	1.886*** (0.300)	1.952*** (0.311)	1.968*** (0.311)
UnrestME	1.441*** (0.361)	1.413*** (0.329)	1.233*** (0.328)	1.251*** (0.328)
GDPpc_Maddison_i	-0.000190* (0.0000756)	-0.000187* (0.0000733)	-0.000190** (0.0000713)	-0.000187** (0.0000712)
SimDemPolUp	-0.129 (0.339)	-0.100 (0.311)	-0.0335 (0.317)	-0.0194 (0.316)
Milperpc	0.0299 (0.0746)	0.0287 (0.0675)	0.000856 (0.0670)	-0.00101 (0.0672)
CumUnrestME	-0.0322 (0.0212)	-0.0304 (0.0198)	-0.0284 (0.0195)	-0.0300 (0.0197)
Spline (1) ^b			-0.0147 (0.0613)	
Spline (2) ^b			0.199 (0.506)	
Spline (3) ^b			-0.330 (0.915)	
t				0.0191 (0.0565)
t ²				-0.000540 (0.00233)
t ³				0.0000101 (0.0000259)
Constante	-2.799*** (0.639)	-2.867*** (0.611)	-2.953*** (0.432)	-3.108*** (0.414)
N	1440	1440	1950	1950
gl del modelo	39	39	10	10
Log Likelihood	-249.3	-248.1	-286.0	-285.9
χ^2	90.73	99.13	70.15	70.40
p	5.28e-6	3.87e-7	4.15e-11	3.71e-11
AIC	578.5	576.1	594.1	593.8
Pseudo-R ² Nagelkerke	0.182	0.196	0.126	0.126

Estimadores de coeficientes logit, *standard errors* entre paréntesis

+ $p < 0.10$, * $p < 0.05$, ** $p < 0.01$, *** $p < 0.001$

^a Hay 32 *dummies* temporales en el modelo que no se muestran; 34 *dummies* temporales cuyo valor 1 realizaba predicciones perfectas han sido excluidas del modelo por colinealidad, eliminándose los datos correspondientes al valor 1; 3 *dummies* temporales han sido adicionalmente omitidas por problemas de colinealidad.

^b Coeficientes de los segmentos del *natural cubic spline* del tiempo transcurrido

Tabla AII.3. Modelos *fixed-effects* y *random-effects*.
Variable Dependiente: *DemPolUp*

V. Dep.: <i>DemPolUp</i>	Fixed-effects (8b)	Random-effects ¹⁴⁴ (9b)
PreIW	-0.989 (0.753)	-1.208 (0.750)
PostIW	2.062*** (0.319)	2.000*** (0.308)
UnrestME	1.434*** (0.355)	1.219*** (0.324)
GDPpc_Maddison_i	-0.000191* (0.0000903)	-0.000140* (0.0000648)
SimDemPolUp	-0.0844 (0.320)	-0.0300 (0.313)
Milperpc	0.0251 (0.0671)	0.00749 (0.0668)
CumUnrestME	0.0189 (0.0325)	-0.0265 (0.0189)
Constante		-3.037*** (0.257)
$\ln(\sigma_v^2)$		-12.95 (36.69)
ρ		0.000000723 (.0000265)
N	1950	1950
gl del modelo	7	7
Log Likelihood	-245.4	-287.6
χ^2	68.62	74.64
p	2.81e-12	1.70e-13
AIC	504.9	593.1
Pseudo-R ² Nagelkerke	0.139	N/A
LR test para ρ		0.497

Estimadores de coeficientes logit, *standard errors* entre paréntesis
+ $p < 0.10$, * $p < 0.05$, ** $p < 0.01$, *** $p < 0.001$

25 grupos de país (*ccode*)

$\ln(\sigma_v^2)$ es el componente adicional de variación de nivel panel

ρ es la proporción de la varianza total a la que contribuye el nivel panel

Hay que entender los estadísticos de ajuste de estos modelos en base a los *gl* del modelo considerados por STATA y que no reflejan las modificaciones *fixed-effects* ni *random-effects* de las ecuaciones

¹⁴⁴ Resultado no significativo del test de Hausman comparando los modelos *fixed-effects* y *random-effects*, lo cual denota resultados consistentes en este último modelo.

Tabla AII.4. Correcciones *rare events* y errores robustos.
Variable Dependiente: *DemPolUp*

	Corrección Rare Events (10b)	Logit Clústeres ^a Robustos (11b)	Logit Jackknife Clústeres ^a (12b)
V. Dep.: <i>DemPolUp</i>			
PreIW	-0.971 (0.713)	-1.208+ (0.704)	-1.208 (0.916)
PostIW	1.985*** (0.286)	2.000*** (0.331)	2.000*** (0.342)
UnrestME	1.213*** (0.317)	1.219** (0.407)	1.219* (0.437)
GDPpc_Maddison_i	-0.000131 (0.0000825)	-0.000140+ (0.0000771)	-0.000140 (0.0000867)
SimDemPolUp	-0.0117 (0.303)	-0.0300 (0.310)	-0.0300 (0.315)
Milperpc	0.0157 (0.0565)	0.00750 (0.0517)	0.00750 (0.0697)
CumUnrestME	-0.0239 (0.0188)	-0.0265+ (0.0152)	-0.0265 (0.0164)
Constante	-3.046*** (0.291)	-3.037*** (0.283)	-3.037*** (0.306)
N	1950	1950	1950
gl del modelo	7	7	7
Log Likelihood	N/A	-287.6	-287.6
χ^2 [F]	N/A	104.5	[12.23]
p	N/A	1.29e-19	1.46e-6
AIC	N/A	591.1	591.1
Pseudo-R ² Nagelkerke	N/A	0.121	0.121

Estimadores de coeficientes logit; *standard errors* (10b), *robust-cluster standard errors* (11b) y *jackknife-cluster standard errors* (12b) entre paréntesis

+ $p < 0.10$, * $p < 0.05$, ** $p < 0.01$, *** $p < 0.001$

F es el estadístico empleado para determinar la significatividad del Modelo 12b

^a 25 clústeres de país (*cocode*)

Tabla AII.5. Modelos logit multinomiales¹⁴⁵ con avances y retrocesos democráticos en el terreno electoral y de gobierno. Variable dependiente: *DemPolVar*

	Logit Multinomial	Clústeres ^a Robustos	Logit Multinomial	Clústeres ^a Robustos
V. Dep.: <i>DemPolVar</i>	(13b)	(14b)	(15b)	(16b)
Retroceso democrático (<i>DemPolVar</i> = -1)				
PostIW	0.836 (0.549)	0.836+ (0.496)		
WinnerIW			0.884 (0.624)	0.884 (0.614)
LooserIW			1.091 (1.067)	1.091 (0.938)
UnrestME	0.639 (0.462)	0.639 (0.405)	0.629 (0.463)	0.629 (0.404)
GDPpc_Maddison_i	-0.000331** (0.000118)	-0.000331** (0.000115)	-0.000327** (0.000118)	-0.000327** (0.000117)
Constante	-3.122*** (0.351)	-3.122*** (0.325)	-3.135*** (0.352)	-3.135*** (0.329)
Status quo (<i>DemPolVar</i> = 0) (categoría de referencia)				
Avance democrático (<i>DemPolVar</i> = 1)				
PostIW	1.899*** (0.287)	1.899*** (0.333)		
WinnerIW			1.772*** (0.342)	1.772*** (0.346)
LooserIW			2.651*** (0.495)	2.651*** (0.580)
UnrestME	1.041*** (0.293)	1.041*** (0.309)	0.987*** (0.298)	0.987** (0.343)
GDPpc_Maddison_i	-0.000164* (0.0000648)	-0.000164* (0.0000822)	-0.000145* (0.0000641)	-0.000145+ (0.0000831)
Constante	-3.062*** (0.244)	-3.062*** (0.284)	-3.111*** (0.246)	-3.111*** (0.294)
N	1952	1952	1952	1952
gl del modelo	6	6	8	8
Log Likelihood	-456.2	-456.2	-453.5	-453.5
χ^2	78.03	137.4	83.41	177.4
p	9.10e-15	3.57e-27	1.00e-14	3.60e-34
AIC	928.4	928.4	927.0	927.0
Pseudo-R ² Nagelkerke	0.0985	0.0985	0.105	0.105

¹⁴⁵ El test de Hausman-McFadden (1984) sobre los modelos 13b y 15b indica que no violan el supuesto de independencia de alternativas irrelevantes en el que se basan los logit multinomiales (Long y Freese, 2001: 189-191; Escobar Mercado, 2010: 434-437). El test de Small-Hsiao (1985) lo corrobora en el Modelo 13b, aunque en el Modelo 15b señala alternativas irrelevantes cuando se omite la categoría de avances. En cualquier caso, nuestro interés teórico en considerar conjuntamente las tres categorías nos obliga a usar ambos modelos.

Estimadores de coeficientes logit; *standard errors* (13b y 15b) y *robust-cluster standard errors* (14b y 16b) entre paréntesis
+ $p < 0.10$, * $p < 0.05$, ** $p < 0.01$, *** $p < 0.001$
^a 25 clústeres de país (*ccode*)

ANEXO III: AMPLIO RESUMEN DE LA TESIS EN INGLÉS

[APPENDIX III: EXPANDED ABSTRACT OF THE THESIS IN ENGLISH]

Introduction and objectives

The attainment of the democratic ideal has been historically a difficult task. A government of the many poor and free (Aristotle, *Politics* VI/IV.4, 1290b17-19) based on political equality and equality of freedom (Cicero, *On the Republic* I: 37), is just one of the possible outcomes of the class struggle lying underneath political processes. Actually, it is far from being the most likely outcome. The rich and powerful, the elite, tend to use their privileged status to avoid at all cost their political levelling with the poor and the oppressed. History has shown how fences, castles, mercenary armies or riot squads have been raised between the upper and the lower classes demanding political equality. What we can call, in terms of Rueschemeyer et al. (1992) the “counterintuitive” progress towards democracy has only been possible when certain elements have tilted the balance of class power in favour of the oppressed. The road towards political equality, though, can be seen as shorter or larger depending of what concept of democracy we have in mind, and, in any case, it has been punctuated by several advances in the achievement of civil, social, and political rights. However, what is clear is that the achievement of full political equality is a costly process.

The determinants of democratic advances have been amply analysed in the social sciences. This is not surprising, given the importance that a well-functioning democracy has for the well-being of our societies. Economic development, the degree of income inequality, processes of collective action or the international context are some of the variables that have been deemed important in order to explain transitions to democracy. Actually, the omnipresence of these variables in the literature is such that it seems difficult to add something original to the explanation of democratic outcomes.

The present study tries to do precisely that, to add a new variable that can be crucial to explain why some societies evolved towards democracy and the timing of this evolution. Its central idea departs from a startling and yet sometimes disregarded fact: the strong association between the two world wars of the 20th century and several processes of extension of social and political rights. Both world wars are linked to the enlargement of the electorate, and, especially after the Second World War, to the

development of the modern Welfare State. This association between the world wars and the expansion of political and social rights could be limited to the imposition of democratic regimes by the winning powers. However, my central idea is that, beyond this imposition of democracy by outside powers, there is a wider and deeper association between war and democracy, based on internal dynamics of societies themselves. With this central idea in mind, this study will analyse what kind of war is more likely to lead to democratic advances, and will develop detailed theoretical hypotheses and mechanisms about the effect of war on democracy. This link between war and democracy goes as far away as the classical world, when democratic citizenship was strongly linked to the ideal of the citizen-soldier. Whether this connection between war and democracy still holds at the end of the 19th century and during most of the 20th century is the task of this study.

There is not to this day a systematic and comprehensive research into this topic. Classical analyses on the causes of democracy have scarcely paid attention to war, limiting in most cases its role in democratization processes to the imposition of democracy by an outside winning power. The democratic-enhancing effects of people's mobilization for war within the belligerent societies themselves have been scarcely analysed. These effects have been certainly taken into account by macrosociology and military history, as one of the possible consequences of war or as part of the study of the evolution of military citizenship. However, neither the laying out of the problem nor its empirical test has been adequate. In this sense Ronald R. Krebs (2006: 16) pointed out that:

Statesmen and scholars alike have long asserted that the military exerts a powerful impact on the surrounding political community – not only thought its intervention in domestic politics or its performance in war but also by virtue of its internal design, specifically its manpower on participation police. This claim has often been treated as an article of faith, rather than as a proposition worthy of examination and explanation.

There are, however, three recent studies that are very much in the same vein of this dissertation. Davide Ticchi and Andrea Vindigni (2008) develop a game-theoretical model to explain how the elites promise voting rights before the war in order to mobilize the population and how this promise is kept after the war for reputation reasons. Adam Przeworski (2009) and Toke S. Aidt and Peter S. Jensen (2012) find some evidence on the effects of the war on the extension of the franchise. However, in

both studies – focused, respectively, on the role of political protest and the revolutionary threat on democracy – war is scarcely an accessory variable. We still lack a systematic research on the venues and mechanisms through which certain wars could favour democratic advances beyond the extension of the voting rights, and to provide an empirical model focused on the role of the war on democracy.

This is precisely the aim of this study: to test whether inter-state mass wars favoured the transition towards democracy both in terms of political and social rights. The analysis will be focused on the effects of the war within the belligerent societies. The main idea is that war affects democracy through its effects on the equilibrium of power between social classes.

The empirical model will include all European countries during the period 1870-1975. During this period, as I will show, the way of war that predominated in inter-state wars was favourable to the participation of large shares of the population in the war effort, both in the frontline and in the factory. This created the conditions that favoured democratic advances during certain wars. It is certainly true that, especially in the classical world, there are other examples of wars characterized by a wide mobilization of the population. It is also true that during the period under consideration in this study, other countries of the world beyond Europe experienced war efforts with similar characteristics to the Europeans ones. However, by limiting the analysis to Europe during the period 1870-1975 I can have a deeper knowledge of the countries. The selection of this cases and time frame has also been driven by the availability of statistical data.

From a methodological point of view the study will combine several approaches. It includes, first, an ample historical analysis that goes from the classical to the modern world searching for a connection between certain military variables and the political equilibrium within societies. From this analysis, I will derive some theoretical hypotheses that will be systematically tested through a combination of a quantitative analysis and an historical illustration. An important building block in the construction of my empirical model is the original *War & Rights Dataset* (W&RD) compiled during the course of this dissertation. I have tested several sophisticated statistical models based on these data, in order to ascertain the relation between the main variables. This is, it is needless to say, a probabilistic model, and, therefore, what I am claiming here is that inter-state mass war positively affects the probability of democratic advances. The

models will include as controls all the other well-established hypothesis on democratic advances.

The statistical analysis is complemented by an historical analysis in order to uncover the theoretical mechanisms connecting war and democracy. In sum, the methodological approach combines qualitative (historical narratives) and quantitative approaches.

This dissertation will be structured as follows. Chapter 2 analyses the disputed character of citizenship, the concept of democracy and the theories on the causes of democracy. It also defines the dependent variable: democratic advances. Chapter 3 is focused on the definition and the typologies of war and on the classical origins of the connection between war and citizenship, especially regarding two characteristics of the war phenomenon: military technology and recruitment. Chapter 4 develops the theoretical argument on the positive effects of war on democratic advances. I will claim that war, through several mechanisms, can enhance the bargaining power of workers in their struggle for political and social rights. Other hypotheses on the effect of the war on democracy are taken into account: political and social rights as concession of the elite, military imposition by a winning power and the processes of nation building through war. In chapter 5 the theoretical hypotheses are tested using data from the W&RD database, analysing separately electoral advances and social ones. Chapter 6 illustrates the main argument of this dissertation with the example of the two world wars. The dissertation ends with a summary of the main findings in the conclusions.

Conclusions and results

The previous pages have clarified the questions driving this research. I have reflected on the concepts of war and democracy, I have linked both concepts into a causal relationship and I have presented a quantitative empirical model complemented by historical narratives. I will summarize here the most important conclusions reached in this study.

The main hypothesis is supported in the empirical model both with regard to democratic advances in the field of politics and government and in the field of social protection. The models show a positive influence of post-war periods of inter-state European wars from 1870 to 1975 on these two types of democratic advances. In the

case of social advances, the difficulty in finding comparable data constrained severely the selection of the indicator for the dependent variable, and this, in turn, led to less strong results. In both cases the statistical analysis, and especially the analysis of the mechanisms linking war and democratic advances, was complemented by an historical narrative.

As regards to mechanisms, the main link between inter-state wars in the period under consideration and democratic advance is the enhancement of the bargaining power of the working class. This process takes place during the war and bears fruits during the immediate post-war. The way of war of the 1870-1975 period was characterized by mass mobilization of national populations both for the frontline and for the factories. This very fact enhanced the workers' bargaining position. The war gave them arms, increased the number of working men and women engaged in the battlefield and in the war economy, accentuated their suffering, radicalized their political preferences and favored their cooperation and coordination and their participation in trade unions. All these features tended to increase the bargaining power of the oppressed population with respect to the elites. At the end, those elites had to concede a degree of democratization under the threat, more or less explicit, of social and political revolution.

The big episodes of political protest also had an independent effect on the promotion of democratic advances, at least in the field of electoral politics. This result is coherent with our main argument that places the class struggle as the main driver of the progress towards more democracy. We have not found, though, evidence of a positive relation between episodes of political protest and democratic advances in the field of social protection. It may have been the case that the big episodes of political protest were all aimed at political progress, and that social demands were more the result of more limited and focused social protests within societies already democratic to a certain point, instead of the massive ones registered here.

The remaining hypotheses have not been supported by the data. This includes the granting of rights by political elites at the very beginning of the war, as well as the level of economic development and the international context. Economic development seems to have a small effect on social advances, though. It is worth remembering that the inclusion of these different explanations in the empirical models ensures that the models isolate an independent effect of war on democracy. With this idea in mind, two additional control variables have been added: the percentage of military personnel in the population and the record of political protest in each country. Therefore, the aim of this

dissertation has not been discarding the rest of the hypotheses on the causes of democracy, but to defend the crucial importance of the post-war periods in determining democratic advances.

There are two additional issues that are also tested in the models. First, I tested whether the post-war periods also fomented democratic setbacks. Second, I checked whether post-war periods had an especially relevant effect for winning countries. This would reinforce the idea that the positive effect of post-war periods on democratic advances is driven by internal dynamics instead that by external imposition. As regards the first question, the empirical evidence did not show any effect of post-war periods on the likelihood of democratic setbacks. This points out to a consistent pro-democratic effect of post-war periods. As regards the second question, the results showed a persistent positive effect of post-war periods on democracy among the winning countries, which confirm that there is an internal dynamic going from war to democratization. However, the effect of the war on democracy is even larger for the defeated powers, which, in a sense, vindicates the idea that democracy can also be imposed from the outside by the winning powers.

The results of this research highlight the role of inter-state war in the explanation of democracy, something that has been largely missing in most quantitative analyses. War has only recently been taken into account in these studies, but this is, to my knowledge, the first study that places it at the heart of the explanation of democratic advances. The connection between war and democracy, suggested by macrosociology and military history, has been for the first time systematically tested with a new dataset.

Some of the approaches followed in this dissertation open the way, in my view, for future research. First, the distinction between democracy as a normative ideal and democracy as an actual arrange of institutions made easier the construction of the dependent variable not as democratization but as the precise moments where institutional changes were made in the direction of the normative ideal of equal liberty. Second, it has advance into the theoretical analysis on the phenomenon of war, that sheds light into a variable traditionally disregarded by the social sciences (Mann, 1988: viii), although, it is true, recently somewhat revived in current analyses on civil wars.

Needless to say, I strongly think that war is a profoundly negative social phenomenon, and that political violence is only a legitimate means to achieve political change if the other means have been previously exhausted. As Marwick (1974: 3) says, the benefits generated by war ‘should never be allowed to obscure the central facts of

the brutality, horror and waste of war'. Sharing this premise, I have analysed its consequences for democracy during specially tough times for the working people, characterized by specific forms of mobilization that are now part of history. Obviously, the way to make progresses towards democracy cannot be the promotion of mass inter-state wars. These are particularly destructive and horrible forms of conflict that, incidentally, have little to do with contemporary small-scale wars where one or several major powers use mercenary armies to occupy distant territories. This contemporary way of war has nothing to do with the mechanisms here specified linking war to democracy.

However, in my view, the conclusions reached in this study are increasingly pertinent to contemporary politics. The economic crisis of the last few years has taken a terrible toll on the social rights of the population, and, at the same time, has highlighted the existence of serious democratic shortcomings in our political systems. Although mass inter-state wars are history, the logic that these wars unravelled has not changed: that of the equilibrium of power between social classes. Maybe by fostering this view of democracy as something conflictive and difficult to attain we will make sense of the contemporary struggles of the citizenry for more liberty. As a banner during the Madrid mobilizations of the 15-M movement said "fear never conquered rights".

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Abellán, Joaquín. 2011. *Democracia: conceptos políticos fundamentales*. Madrid: Alianza Editorial.
- Acemoglu, Daron y James A. Robinson. 2000. "Why Did the West Extend the Franchise? Democracy, Inequality, and Growth in Historical Perspective", *The Quarterly Journal of Economics*, 115 (4): 1167-1199.
- Acemoglu, Daron y James A. Robinson. 2007. *Economic Origins of Dictatorship and Democracy*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Aidt, Toke S., Jayasri Dutta y Elena Loukoianova. 2006. "Democracy comes to Europe: Franchise Extension and Fiscal Outcomes 1830–1938", *European Economic Review*, 50 (2): 249-283.
- Aidt, Toke S. y Peter S. Jensen. 2012. "Workers of the World, Unite! Franchise Extensions and the Threat of Revolution in Europe, 1820-1938", *Cambridge Working Papers in Economics*, 1102.
- Almond, Gabriel A. y Sidney Verba. 1963. *The Civic Culture: Political Attitudes and Democracy in Five Nations*. Princeton: Princeton University Press.
- American Folklife Center. 2012. *Veterans History Project*. Washington D.C.: The Library of Congress. Disponible en: <http://www.loc.gov/vets/>. Consultado el 13/02/2013.
- Anderson, Benedict. 2007. *Comunidades imaginadas: Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Andreski, Stanislaw. 1968. *Military Organization and Society*. Londres: Routledge & Kegan Poul.
- Annaud, Jean-Jacques (Dir.). 2001. *Enemy at the Gates [Enemigo a las puertas]*. Estados Unidos, Alemania, Reino Unido, Irlanda: Paramount Pictures, Mandalay Pictures, Repérage. Película, 126 min.
- Arcand, Denys (Dir.). 2003. *Les Invasions Barbares [Las invasiones bárbaras]*. Canadá y Francia: Astral Films, Cinémaginaire, Production Barbares, Société Radio-Canada, SODEC, Téléfilm Canada, Canal +, CNC, Pyramide Productions. Película, 99 min.
- Aristóteles. 2000. *La Constitución de Atenas*. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- Aristóteles. 2005. *Política*. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- Aristóteles. 2007. *Ética a Nicómaco*. Madrid: Alianza Editorial.
- Aron, Raymond. 1963. *Paz y guerra entre las naciones*. Madrid: Revista de Occidente.
- Artola, Ricardo. 1998. *La Segunda Guerra Mundial*. Madrid: Alianza Editorial.

- Assemblée Nationale Française. 1913. "Loi du 29 juillet 1913 ayant pour objet d'assurer le secret et la liberté du vote, ainsi que la sincérité des opérations electorales", *Journal Officiel*, 30 de julio de 1913: 97-103. Disponible en: http://www.assemblee-nationale.fr/histoire/secret-du-vote/loi_29_juillet_1913.pdf. Consultado 1/09/2013.
- Axelrod, Robert. 1986. *La evolución de la cooperación*. Madrid: Alianza Editorial.
- Azam, Jean-Paul y Anke Hoeffler. 2002. "Violence Against Civilians in Civil Wars: Looting or Terror?", *Journal of Peace Research*, 39 (4): 461-485.
- Balcells, Laia. 2010. "Rivalry and Revenge: Violence against Civilians in Conventional Civil Wars", *International Studies Quarterly*, 54 (2): 291-313.
- Banks, Arthur S. y Kenneth A. Wilson. 2012. *Cross-National Time-Series Data Archive*. Jerusalem, Israel: Databanks International. Disponible bajo licencia en: <http://www.databanksinternational.com>.
- Barber, Benjamin R. 1984. *Strong Democracy: Participatory Politics for a New Age*. Berkeley: University of California Press.
- Bartolini, Stefano. 1996. "Enfranchisement, Equality, and Turnout in the European Democratisation Process: A Preliminary Comparative Analysis", *Working Papers - Institut de Ciències Polítiques i Socials*, 121/96.
- Beah, Ishmael. 2007. *A Long Way Gone: Memoirs of a Boy Soldier*. Nueva York: Farrar, Straus and Giroux.
- Beck, Nathaniel, Jonathan N. Katz y Richard Tucker. 1998. "Taking Time Seriously: Time-Series–Cross-Section Analysis with a Binary Dependent Variable", *American Journal of Political Science*, 42 (4): 1260-1288.
- Beevor, Antony. 2000. *Stalingrado*. Barcelona: Crítica.
- Berlin, Isaiah. 1969. *Four Essays on Liberty*. Londres, Nueva York, etc.: Oxford University Press.
- Bermeo, Nancy. 2003. "What the Democratization Literature Says - or Doesn't Say - About Postwar Democratization", *Global Governance*, 9: 159-177.
- Beveridge, Sir William. 1989. *Seguro social y servicios afines: Informe de Lord Beveridge*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.
- Bilbao Ubillos, Javier. 1990. *Hacia una hipótesis explicativa del estado del bienestar*. Tesis doctoral. Director: Felipe Serrano Pérez. Universidad del País Vasco.
- Black, Jeremy. 2002. *European Warfare, 1494-1660*. Londres y Nueva York: Routledge.
- Boix, Carles. 2003. *Democracy and Redistribution*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Boix, Carles. 2009. "The Conditional Relationship between Inequality and Development", *PS: Political Science and Politics*, 42 (4): 645-649.
- Boix, Carles y Susan C. Stokes. 2003. "Endogenous Democratization", *World Politics*, 55 (4): 517-549.

- Bottomore, Tom. 1998. "Ciudadanía y clase social, cuarenta años después", en T. H. Marshall y Tom Bottomore (eds.), *Ciudadanía y clase social*. Madrid: Alianza Editorial.
- Bourguignon, François y Christian Morrisson. 2002. "Inequality Among World Citizens: 1820-1992", *The American Economic Review*, 92 (4): 727-744.
- Bouthoul, Gaston. 1970. *Traité de Polémologie: Sociologie des Guerres*. París: Payot.
- Bouthoul, Gaston. 1971. *La guerra*. Barcelona: Oikos-tau.
- Brinton, Crane. 1941. "Jomini", en Edward M. Earle, Gordon A. Craig y Felix Gilbert (eds.), *Makers of Modern Strategy: Military Thought from Machiavelli to Hitler*. Princeton: Princeton University Press.
- Brubaker, William Rogers (ed.) 1989. *Immigration and the Politics of Citizenship in Europe and North America*. Lanham y Washington D.C.: University Press of America y German Marshall Fund of the United States.
- Bueno de Mesquita, Bruce. 1990. "Big Wars, Little Wars: Avoiding Selection Bias", *International Interactions*, 16 (3): 159-169.
- Bueno de Mesquita, Bruce y Randolph M. Siverson. 1995. "War and the Survival of Political Leaders: A Comparative Study of Regime Types and Political Accountability", *The American Political Science Review*, 89 (4): 841-855.
- Bueno de Mesquita, Bruce, Randolph M. Siverson y Gary Woller. 1992. "War and the Fate of Regimes: A Comparative Analysis", *The American Political Science Review*, 86 (3): 638-646.
- Burk, James. 2006. "Chapter 7. Military Mobilization in Modern Western Societies", en Giuseppe Caforio (ed.) *Handbook of the Sociology of the Military*. Nueva York: Springer Science, Business Media, LLC.
- Calder, Angus. 1969. *The People's War: Britain 1939-45*. Londres: Jonathan Cape LTD.
- Cameron, A. Colin y Pravin K. Trivedi. 2010. *Microeconometrics using Stata. Revised Edition*. College Station, TX: Stata Press.
- Campbell, D'Ann. 1993a. "Women in Combat: The World War II Experience in the United States, Great Britain, Germany, and the Soviet Union", *The Journal of Military History*, 57 (2): 301-323.
- Campbell, John. 1993b. *La Segunda Guerra Mundial*. Madrid: Aguilar.
- Canfora, Luciano. 2004. *La democracia: historia de una ideología*. Barcelona: Crítica.
- Caramani, Danièle. 2000. *Elections in Western Europe since 1815: Electoral Results by Constituencies*. Londres: Macmillan Reference.
- Carstairs, Andrew McLaren. 1980. *A Short History of Electoral Systems in Western Europe*. Londres (etc): George Allen and Unwin.
- Carter, David B. y Curtis S. Signorino. 2010. "Back to the Future: Modeling Time Dependence in Binary Data", *Political Analysis*, 18 (3): 271-292.

- Castel, Robert. 1997. *La metamorfosis de la cuestión social: una crónica del salariado*. Buenos Aires (etc.): Paidós.
- Cicerón, Marco Tulio. 1924. *Obras completas de Marco Tulio Cicerón*.6 *La república y las leyes*. Madrid: Librería de los Sucesores de Hernando.
- Cipolla, Carlo M. 1967. *Cañones y velas en la primera fase de la expansión europea 1400-1700*. Barcelona: Ariel.
- Clausewitz, Karl Von. 1972. *De la guerra*. Barcelona: Mateu.
- Cohen, Eliot A. 1985. *Citizens and Soldiers: the Dilemmas of Military Service*. Nueva York: Cornell University Press.
- Coleman, James S. 1990. *Foundations of Social Theory*. Cambridge: Belknap Press of Harvard University Press.
- Collier, Paul. 2000. "Rebellion as a Quasi-Criminal Activity", *Journal of Conflict Resolution*, 44 (6): 839-853.
- Collier, Paul y Anke Hoeffler. 2004. "Greed and Grievance in Civil Wars", *Oxford Economic Papers*, 56: 563-595.
- Collier, Paul y Nicholas Sambanis (eds.). 2005. *Understanding Civil War: Evidence and Analysis*. Washington, D.C.: The World Bank.
- Constant, Benjamin. 1989. "De la libertad de los antiguos comparada con la de los modernos", en María Luisa Sánchez Mejía (ed.) *Escritos políticos*. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- Coppola, Francis Ford (Dir.). 1979. *Apocalypse Now*. Estados Unidos: United Artists (Omni Zoetrope Production). Película, 153 min.
- Correlates of War Project. 2011. *State System Membership List, v2011*. Disponible en: <http://www.correlatesofwar.org/datasets.htm>.
- Correlates of War Project. 2012a. *Extra-State War Data, 1816-2007 (v4.0)*. Disponible en: <http://www.correlatesofwar.org/datasets.htm>.
- Correlates of War Project. 2012b. *Inter-State War Data, 1816-2007 (v4.0)*. Disponible en: <http://www.correlatesofwar.org/datasets.htm>.
- Correlates of War Project. 2012c. *Intra-State War Data, 1816-2007 (v4.0)*. Disponible en: <http://www.correlatesofwar.org/datasets.htm>.
- Correlates of War Project. 2012d. *National Material Capabilities, 1816-2007 (v4.0)*. Disponible en: <http://www.correlatesofwar.org/datasets.htm>.
- Correlates of War Project. 2012e. *Non-State War Data, 1816-2007 (v4.0)*. Disponible en: <http://www.correlatesofwar.org/datasets.htm>.
- Cowper, Henry, Clive Emsley, Arthur Marwick, Bill Purdue y David Englander. 1990. *War, Peace and Social Change: Europe 1900-1955. Book II, World War I and Its Consequences*. Milton Keynes: Open University Press & The Open University.

- Cragg, John G. y Russell S. Uhler. 1970. "The Demand for Automobiles", *Canadian Journal of Economics*, 3 (3): 386-406.
- Crossman, R. H. S. 1974. *Biografía del Estado Moderno*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Child Soldiers International. 2012. *Louder than Words: An Agenda for Action to End State Use of Child Soldiers*. Oxford: Oxuniprint.
- Churchill, Winston S. 1946. *Victory: War Speeches*. Londres, Toronto (etc): Cassell.
- Churchill, Winston S. 1947. *The Dawn of Liberation: War Speeches*. Londres: Cassell.
- Dahl, Robert A. 1989. *La poliarquía: participación y oposición*. Madrid: Tecnos.
- Dahl, Robert A. 1992. *La democracia y sus críticos*. Barcelona: Paidós.
- Dahl, Robert Alan y Edward R. Tufte. 1973. *Size and Democracy*. Stanford: Stanford University Press.
- De Francisco, Andrés. 2007. *Ciudadanía y democracia: un enfoque republicano*. Madrid: Los libros de la Catarata.
- De Francisco, Andrés. 2012. *La mirada republicana*. Madrid: La Catarata.
- De la Calle, Luis y Ignacio Sánchez-Cuenca. 2011. "What We Talk About When We Talk About Terrorism", *Politics & Society*, 39 (3): 451-472.
- Domènech, Antoni. 2004. *El eclipse de la fraternidad: Una revisión republicana de la tradición socialista*. Barcelona: Crítica.
- Downs, Anthony. 1973. *Teoría económica de la Democracia*. Madrid: Aguilar.
- Doyle, Michael W. y Nicholas Sambanis. 2000. "International Peacebuilding: A Theoretical and Quantitative Analysis", *American Political Science Review*, 94 (4): 778-801.
- Duvergier, Jean Baptiste H. (ed.) 1834. *Collection Complète des Lois, Décrets, Ordonnances, Réglemens, et Avis du Conseil-d'État (De 1788 à 1830). Tome Cinquième*. Paris: A. Guyot.
- Eichengreen, Barry. 2008. *The European Economy since 1945: Coordinated Capitalism and Beyond*. Princeton: Princeton University Press.
- Emsley, Clive, Arthur Marwick, Bill Purdue y Tony Aldgate. 1990. *War, Peace and Social Change: Europe 1900-1955. Book IV, World War II and Its Consequences*. Milton Keynes: Open University Press & The Open University.
- Engels, Friedrich. 1977. "La subversión de la ciencia por el señor Eugen Dühring ("Anti-Dühring")", en Manuel Sacristán (ed.) *OME 35/ Obras de Marx y Engels*. Barcelona: Crítica.
- Engels, Friedrich. 1978. "La situación de la clase obrera en Inglaterra", en Manuel Sacristán (ed.) *OME 6/ Obras de Marx y Engels*. Barcelona: Crítica.
- Escobar Mercado, Modesto. 2010. *Análisis de datos con Stata*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.

- Esping-Andersen, Gøsta. 1990. *The Three Worlds of Welfare Capitalism*. Cambridge: Polity.
- Fearon, James. 2004. "Why Do Some Civil Wars Last so Much Longer than Others?", *Journal of Peace Research*, 41 (3): 275-301.
- Fearon, James y David Laitin. 2003. "Ethnicity, Insurgency and Civil War", *American Political Science Review*, 97 (1): 75-90.
- Fedorchenko, Sofía. 1919. *Ivan speaks*. Boston y Nueva York: Houghton Mifflin Company.
Disponible en: http://openlibrary.org/works/OL7749616W/Ivan_speaks.
- Fernández Steinko, Armando. 2002. *Experiencias participativas en economía y empresa: tres ciclos para domesticar un siglo*. Madrid: Siglo XXI de España.
- Flora, Peter, Jens Alber, Richard Eichenberg, Jürgen Kohl, Franz Kraus, Winfried Pfenning y Kurt Seeböhm. 1983. *State, Economy, and Society in Western Europe 1815-1975: A Data Handbook in Two Volumes. Vol. 1, The Growth of Mass Democracies and Welfare States*. Francfort, Londres, Chicago: Campus Verlag, Macmillan Press, St. James Press.
- Flora, Peter, Franz Kraus y Winfried Pfenning. 1987. *State, Economy, and Society in Western Europe 1815-1975: A Data Handbook in Two Volumes. Vol. 2, The Growth of Industrial Societies and Capitalist Economies*. Francfort, Londres, Chicago: Campus Verlag, Macmillan Press, St. James Press.
- Folly, Martin H. 2008. *Atlas histórico de la segunda guerra mundial*. Madrid: Akal.
- Foxá, Agustín de. 2001. *Madrid de Corte a checa*. Madrid: El Mundo Ediciones.
- Freedom House. 2012. *Freedom in the World*. Washington DC: Freedom House. Disponible en: <http://www.freedomhouse.es>.
- Fuller, J. F. C. 1945. *Armament and History. A Study of the Influence of Armament on History from the Dawn of Classical Warfare to the Second World War*. Londres: Charles Scribner's Sons.
- Fullinwider, Robert K. 1988. "Citizenship and Welfare", en Amy Gutmann (ed.) *Democracy and the Welfare State*. Princeton, NY: Princeton University Press.
- Fustel de Coulanges, Numa Denis. 1984. *La ciudad antigua*. Barcelona: Península.
- Galtung, Johan. 1969. "Violence, Peace and Peace Research", *Journal of Peace Research*, 6 (3): 167-191.
- García Pérez, Alfonso. 2005a. *Métodos avanzados de estadística aplicada: Métodos robustos y de remuestreo*. Madrid: Universidad Nacional de Educación a Distancia.
- García Pérez, Alfonso. 2005b. *Métodos avanzados de estadística aplicada: Técnicas avanzadas*. Madrid: Universidad Nacional de Educación a Distancia.
- Gates, Scott, Havard Hegre, Mark P. Jones y Havard Strand. 2006. "Institutional inconsistency and political instability: Polity duration, 1800-2000", *American Journal of Political*

- Science*, 50 (4): 893-908. Apéndice y datos disponibles en: <http://www.prio.no/Data/Governance/MIRPSSIP/>.
- Geddes, Barbara. 2007. "What Causes Democratization?", en Carles Boix y Susan C. Strokes (eds.), *The Oxford Handbook of Comparative Politics*. Oxford: Oxford University Press.
- Gellner, Ernest. 1988. *Naciones y nacionalismo*. Madrid: Alianza Editorial.
- Gilbert, Martin. 2003. *Atlas Akal de la Primera Guerra Mundial*. Madrid: Ediciones Akal.
- Gleditsch, K. 2004. "A Revised List of Wars Between and Within Independent States, 1816-2002", *International Interactions*, 30 (3): 231-262.
- Gleditsch, Nils Petter, Peter Wallensteen, Mikael Eriksson, Margareta Sollenberg y Havard Strand. 2002. "Armed Conflict 1946-2001: A New Dataset", *Journal of Peace Research*, 39 (5): 615-637.
- Golby, John, Bernard Waites, Geoffrey Warner, Tony Aldgate y Antony Lentin. 1990. *War, Peace and Social Change: Europe 1900-1955. Book III, Between Two Wars*. Milton Keynes: Open University Press & The Open University.
- Goodwin, Jeff. 2006. "A Theory of Categorical Terrorism", *Social Forces*, 84 (4): 2027-2046.
- Greene, William H. 2012. *Econometric Analysis. 7th Edition*. Boston: Prentice Hall.
- Grossmann, Atina. 1995. "A Question of Silence: The Rape of German Women by Occupation Soldiers", *October*, 72: 43-63.
- Gujarati, Damodar. 1992. *Econometría*. Mexico: McGraw-Hill.
- Gurr, Ted Robert. 1974. "Persistence and Change in Political Systems, 1800-1971", *American Political Science Review*, 68 (4): 1482-1504.
- Habermas, Jürgen. 1987. *Teoría de la acción comunicativa*. Madrid: Taurus.
- Habermas, Jürgen. 1994. "Three Normative Models of Democracy", *Constellations*, 1 (1): 1-10.
- Halperin, Sandra. 2004. *War and Social Change in Modern Europe*. United States of America: Cambridge University Press.
- Haltiner, Karl W. 2006. "Chapter 21. The Decline of the European Mass Armies", en Giuseppe Caforio (ed.) *Handbook of the Sociology of the Military*. Nueva York: Springer Science, Business Media LLC.
- Hausman, Jerry y Daniel McFadden. 1984. "Specification Tests for the Multinomial Logit Model", *Econometrica*, 52 (5): 1219-1240.
- Henisz, Witold J. 2000a. "The Institutional Environment for Economic Growth", *Economics and Politics*, 12 (1): 1-31.
- Henisz, Witold J. 2000b. "The Institutional Environment for Infrastructure Investment", *Industrial and Corporate Change*, 11 (2): 355-389.

- Henisz, Witold J. 2010. *The Political Constraint Index (POLCON) Dataset*. Philadelphia: University of Pennsylvania. Disponible en: <http://www-management.wharton.upenn.edu/henisz/>.
- Heráclito. 1968. *Fragmentos*. Buenos Aires: Aguilar.
- Herreros, Francisco y Henar Criado. 2009. "Pre-emptive or Arbitrary : Two Forms of Lethal Violence in a Civil War", *Journal of Conflict Resolution*, 53 (3): 419-445.
- Hobbes, Thomas. 1979. *Leviatán*. Madrid: Editora Nacional.
- Hobbes, Thomas. 1993. *El ciudadano*. Madrid: Debate.
- Hobsbawm, Eric J. 1991. *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Barcelona: Crítica.
- Hoeffler, Anke. 2011. "'Greed' versus 'Grievance': A Useful Conceptual Distinction in the Study of Civil War?", *Studies in Ethnicity and Nationalism*, 11 (2): 274-285.
- Holmes, Stephen y Cass R. Sunstein. 1999. *The Cost of Rights: Why Liberty Depends on Taxes*. Nueva York, Londres: Norton.
- Huber, Peter J. 1967. "The Behavior of Maximum Likelihood Estimates under Nonstandard Conditions", *Proceedings of the Fifth Berkeley Symposium in Mathematical Statistics, Vol. I*. Berkeley: University of California Press.
- Huntington, Samuel P. 1994. *La tercera ola: la democratización a finales del siglo XX*. Barcelona: Paidós.
- Instituto Ibero-Americano de Derecho Comparado. 1920. *El Tratado de Versalles de 1919 y sus antecedentes*. Madrid: Publicaciones del Instituto Ibero-Americano de Derecho Comparado.
- International Amnesty. 2000. *Child Soldiers: Criminals or Victims?* Documento número IOR 50/002/2000, Disponible en: <http://www.amnesty.org/en/library/info/IOR50/002/2000>.
- Jann, Ben. 2007. "Making Regression Tables Simplified", *The Stata Journal*, 7 (2): 227-244.
- Janowitz, Morris. 1978. *The Last Half-century: Societal Change and Politics in America*. Chicago, Londres: University of Chicago Press.
- Janowitz, Morris. 1983. *The Reconstruction of Patriotism: Education for Civic Consciousness*. Chicago: University of Chicago Press.
- Jiménez Losantos, Federico. 2012. *Es la Mañana de Federico: 14/05/2012*. Madrid: Libertad Digital Televisión.
- Kaiser, David E. 1990. *Politics and War: European Conflict from Philip II to Hitler*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Kaldor, Mary. 2001. *Las nuevas guerras: la violencia organizada en la era global*. Barcelona: Tusquets.
- Kalyvas, Stathis. 2001. "'New' and 'Old' Civil Wars: A Valid Distinction?", *World Politics*, 54 (1): 99-118.

- Kalyvas, Stathis. 2006. *The Logic of Violence in Civil Wars*. Cambridge, MA: Cambridge University Press.
- Keegan, John. 1995. *Historia de la guerra*. Barcelona: Planeta.
- Kelsen, Hans. 2006. *De la esencia y valor de la democracia*. Oviedo: KRK Ediciones.
- Kestnbaum, Meyer y Theda Skocpol. 1993. "War and the Development of Modern National States", *Sociological Forum*, 8 (4): 661-674.
- Keynes, John Maynard. 1936. *The General Theory of Employment, Interest and Money*. Londres: Macmillan.
- King, Gary y Langche Zeng. 2001a. "Logistic Regression in Rare Events Data", *Political Analysis*, 9 (2): 137-163.
- King, Gary y Langche C. Zeng. 2001b. "Explaining Rare Events in International Relations", *International Organization*, 55 (3): 693-715.
- Korpi, Walter y Joakim Palme. 2008. *The Social Citizenship Indicator Program (SCIP)*. Stockholm University: Swedish Institute for Social Research. Disponible en: <https://dspace.it.su.se/dspace/handle/10102/7>.
- Krebs, Ronald R. 2006. *Fighting for Rights: Military Service and the Politics of Citizenship*. Nueva York: Cornell University Press.
- Lawson, Kenneth G. 2000. *War at the Grassroots: The Great War and the Nationalization of Civic Life*. Tesis doctoral. Director: Joel Migdal. University of Whashington.
- Lerner, Daniel. 1958. *The Passing of Traditional Society: Modernizing the Middle East*. Glencoe, ILL: Free Press.
- Levi, Margaret. 1997. *Consent, Dissent, and Patriotism*. Cambridge, Nueva York: Cambridge University Press.
- Levy, Jack S. 1990. "Big Wars, Little Wars, and Theory Construction", *International Interactions*, 16 (3): 215-224.
- Liddell Hart, Basil Henry. 1991. *Historia de la Segunda Guerra Mundial. Vol. 1*. Barcelona: Luis de Caralt.
- Lipset, Seymour M. 1959. "Some Social Requisites of Democracy: Economic Development and Political Legitimacy", *The American Political Science Review*, 53 (1): 69-105.
- Lipset, Seymour M. 1987. *El hombre político: las bases sociales de la política*. Madrid: Tecnos.
- Livio, Tito. 1990. *Historia de Roma desde su fundación*. Madrid: Gredos.
- Lizzeri, Alessandro y Nicola Persico. 2004. "Why Did the Elites Extend the Suffrage? Democracy and the Scope of Government, with an Application to Britain's "Age of Reform"", *The Quarterly Journal of Economics*, 119 (2): 707-765.
- Long, J. Scott y Jeremy Freese. 2001. *Regression Models for Categorical Dependent Variables using Stata*. College Station, TX: Stata Press.

- Lukacs, John. 2008. *Sangre, sudor y lágrimas: Churchill y el discurso que ganó una guerra*. Madrid: Turner.
- MacArthur, Brian (ed.) 1999. *The Penguin Book of Twentieth-Century Speeches*. Londres: Penguin Books.
- Maddison, Angus. 2001. *The World Economy: a Millennial Perspective*. Paris: OECD Development Centre.
- Maddison, Angus. 2003. *The World Economy: Historical Statistics*. Paris: OECD Development Centre.
- Maddison, Angus. 2010. *Statistics on World Population, GDP and per capita GDP, 1- 2006 AD*. Consultado en 2010: <http://www.ggdc.net/maddison/oriindex.htm>.
- Manin, Bernard. 2006. *Los principios del gobierno representativo*. Madrid: Alianza.
- Mann, Michael. 1988. *States, War and Capitalism: Studies in Political Sociology*. Oxford: Basil Blackwell.
- Maquiavelo, Nicolás. 2008. *Florecia insurgente*. Madrid: Capitán Swing.
- Maravall, José María. 1994. "Economías y regímenes políticos", *Estudio/Working Paper - Instituto Juan March de Estudios e Investigaciones - CEACS*, 1994/59.
- Markoff, John. 1999. *Olas de democracia: movimientos sociales y cambio político*. Madrid: Tecnos.
- Marshall, Monty G. y Benjamin R. Cole. 2011. *Global Report 2011. Conflict, Governance and State Fragility*. Vienna, VA: Center for Systemic Peace.
- Marshall, Monty G., Keith Jaggers y Ted Robert Gurr. 2010. *Polity IV Project: Political Regime Characteristics and Transitions, 1800-2010*. Vienna, VA: Center for Systemic Peace, Disponible en: <http://www.systemicpeace.org/polity/polity4.htm>.
- Marshall, T. H. 1998. "Ciudadanía y clase social", en T.H. Marshall y Tom Bottomore (eds.), *Ciudadanía y clase social*. Madrid: Alianza Editorial.
- Marwick, Arthur. 1974. *War and Social Change in the Twentieth Century: A Comparative Study of Britain, France, Germany, Russia and the United States*. Londres: Macmillan.
- Marwick, Arthur y Wendy Simpson (eds.). 1990a. *War, Peace and Social Change: Europe 1900-1955. Documents 1: 1900-1929*. Milton Keynes: Open University Press & The Open University.
- Marwick, Arthur y Wendy Simpson (eds.). 1990b. *War, Peace and Social Change: Europe 1900-1955. Documents 2: 1925-1959*. Milton Keynes: Open University Press & The Open University.
- Marwick, Arthur, Bernard Waites, Clive Emsley y Ian Donnachie. 1990a. *War, Peace and Social Change: Europe 1900-1955. Book I, Europe on the Eve of War 1900-1914*. Milton Keynes: Open University Press & The Open University.

- Marwick, Arthur, Bernard Waites, Clive Emsley y John Golby. 1990b. *War, Peace and Social Change: Europe 1900-1955. Book V, War and Change in Twentieth-Century Europe*. Milton Keynes: Open University Press & The Open University.
- Marx, Karl y Friedrich Engels. 1997. *Manifiesto comunista*. Barcelona: UAB.
- McAdam, Doug, Sidney Tarrow y Charles Tilly. 2005. *Dinámica de la contienda política*. Barcelona: Editorial Hacer.
- McNeill, William H. 1988. *La búsqueda del poder: tecnología, fuerzas armadas y sociedad desde el 1000 d. C.* Madrid: Siglo XXI de España.
- Meléndez Padilla, Florentín. 1997. *Los derechos fundamentales en los estados de excepción según el derecho internacional de los derechos humanos*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid.
- Mendoza Hernández, Enrique y Adela Navarro Bello. 2011. "50 mil ejecuciones". *Zeta*, edición 1945, 8-14 de julio de 2011.
- Merari, Ariel. 1993. "Terrorism as a Strategy of Insurgency", *Terrorism and Political Violence*, 5 (4): 213-251.
- Midlarsky, Manus I. 1990a. "Big Wars, Little Wars: A Single Theory?", *International Interactions*, 16 (3): 157-158.
- Midlarsky, Manus I. 1990b. "Systemic Wars and Dyadic Wars: No Single Theory", *International Interactions*, 16 (3): 171-181.
- Miller, Luis Miguel. 2007. "Coordinación y acción colectiva", *Revista Internacional de Sociología*, 65 (46): 161-183.
- Minnesota History Center. 2013. *Women in the Military During World War II*. Saint Paul (Minnesota): Minnesota Historical Society. Disponible en: http://www.mnhs.org/library/tips/history_topics/133women_military.htm. Consultado el 13/02/2013.
- Mitchell, Brian R. 2003. *International Historical Statistics: Europe 1750-2000, 5th Edition*. Nueva York: Palgrave Macmillan.
- Mjoset, Lars y Stephen Van Holde. 2002. "Killing for the State, Dying for the Nation: An Introductory Essay on the Life Cycle of Conscription into Europe's Armed Forces", en Lars Mjoset y Stephen Van Holde (eds.), *The Comparative Study of Conscription in the Armed Forces*. Amsterdam: JAI Press.
- Mommsen, Theodor. 1944. *Figuras de la Historia de Roma*. Madrid: Atlas.
- Mommsen, Theodor. 1983. *Historia de Roma, vol. III*. Madrid: Turner.
- Moore, Barrington. 1991. *Los orígenes sociales de la dictadura y de la democracia: El señor y el campesino en la formación del mundo moderno*. Barcelona: Península.
- Morlino, Leonardo. 1996. "Capítulo 3. Las democracias", en Gianfranco Pasquino (ed.) *Manual de Ciencia Política*. Madrid: Alianza.

- Morlino, Leonardo. 2009. *Democracias y democratizaciones*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Münkler, Herfried. 2005. *Viejas y nuevas guerras: Asimetría y privatización de la violencia*. Madrid: Siglo XXI de España Editores.
- Nagelkerke, N.J.D. 1991. "A Note on a General Definition of the Coefficient of Determination", *Biometrika*, 78 (3): 691-692.
- O'Donnell, Guillermo y Philippe C. Schmitter. 1988. *Transiciones desde un gobierno autoritario*. Vol. 4, *Conclusiones tentativas sobre las democracias inciertas*. Buenos Aires: Paidós.
- O'Donnell, Guillermo, Philippe C. Schmitter y Laurence Whitehead (eds.). 1988a. *Transiciones desde un gobierno autoritario*. Vol. 1, *Europa Meridional*. Buenos Aires: Paidós.
- O'Donnell, Guillermo, Philippe C. Schmitter y Laurence Whitehead (eds.). 1988b. *Transiciones desde un gobierno autoritario*. Vol. 2, *América Latina*. Buenos Aires: Paidós.
- O'Donnell, Guillermo, Philippe C. Schmitter y Laurence Whitehead (eds.). 1988c. *Transiciones desde un gobierno autoritario*. Vol. 3, *Perspectivas comparadas*. Buenos Aires: Paidós.
- Olson, Mancur. 1965. *The Logic of Collective Action: Public Goods and the Theory of Groups*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Parker, Geoffrey. 1988. *The Military Revolution: Military Innovation and the Rise of the West, 1500–1800*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Perrin, Guy. 1969. "Reflections on Fifty Years of Social Security", *International Labour Review*, 99 (3): 249.
- Pettit, Philipe. 1999. *Republicanism: una teoría sobre la libertad y el gobierno*. Barcelona: Paidós.
- Pirenne, Henri. 2007. *Las ciudades de la Edad Media*. Madrid: Alianza Editorial.
- Plutarco. 1919. *Vidas paralelas. Tomo I: Teseo, Rómulo, Licurgo, Numa, Solón, Publícola*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Polanyi, Karl. 1997. *La gran transformación: crítica del liberalismo económico*. Madrid: La Piqueta.
- Przeworski, Adam. 1988. "Algunos problemas en el estudio de la transición hacia la democracia", en Guillermo O'Donnell, Philippe C. Schmitter y Laurence Whitehead (eds.), *Transiciones desde un gobierno autoritario. Vol 3, Perspectivas comparadas*. Buenos Aires: Paidós.
- Przeworski, Adam. 2009. "Conquered or Granted? A History of Suffrage Extensions", *British Journal of Political Science*, 39 (2): 291-321.
- Przeworski, Adam, Michael E. Álvarez, José Antonio Cheibub y Fernando Limongi. 2000. *Democracy and Development: Political Institutions and Well-being in the World, 1950-1990*. Cambridge, Nueva York: Cambridge University Press.

- Przeworski, Adam y Fernando Limongi. 1997. "Modernization: Theories and Facts", *World Politics*, 49 (2): 155-183.
- Putnam, Robert D., Robert Leonardi y Raffaella Nanetti. 1993. *Making Democracy Work: Civic Traditions in Modern Italy*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Rasler, Karen A. y William R. Thompson. 1989. *War and State Making: The Shaping of Global Powers*. Boston, Londres: Unwin Hyman.
- Rawls, John. 1971. *A Theory of Justice*. Cambridge, MA: Belknap Press of Harvard University Press.
- Real Academia Española. 2001. "Guerra" en *Diccionario de la lengua española*. 22ª ed. España: RAE. Disponible en: <http://lema.rae.es/drae/>. Consultado el 13/09/2012.
- Rees, Laurence. 2008. *Los verdugos y las víctimas: las páginas negras de la historia de la Segunda Guerra Mundial*. Barcelona: Crítica.
- Reichenbach, Hans. 1938. *Experience and Prediction: An Analysis of the Foundations and the Structure of Knowledge*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Reiter, Dan. 2002. *Democracies at War*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Renouvin, Pierre. 1990. *La crisis europea y la Primera Guerra Mundial: (1904-1918)*. Madrid: Akal.
- Roberts, Michael. 1956. *The Military Revolution, 1560-1660: An Inaugural Lecture Delivered before the Queen's University of Belfast*. Belfast: M. Boyd.
- Rokkan, Stein. 1970. *Citizens, Elections, Parties: Approaches to the Comparative Study of the Processes of Development*. Oslo: Universitetsforlaget.
- Rosenberg, Arthur. 1926. *Historia de la República romana*. Madrid: Revista de Occidente.
- Rosenberg, Arthur. 2006. *Democracia y lucha de clases en la Antigüedad*. Barcelona: El Viejo Topo.
- Rosenstone, Steven J. y John Mark Hansen. 2003. *Mobilization, Participation, and Democracy in America*. Nueva York: Longman.
- Rousseau, Jean-Jacques. 2005. *Del contrato social. Discurso sobre las ciencias y las artes. Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres*. Madrid: Alianza Editorial.
- Rueschemeyer, Dietrich, Evelyne H. Stephens y John D. Stephens. 1992. *Capitalist Development and Democracy*. Chicago: University of Chicago Press.
- Rustow, Dankwart A. 1970. "Transitions to Democracy: Toward a Dynamic Model", *Comparative Politics*, 2 (3): 337-363.
- Sambanis, Nicholas. 2002. "Do Ethnic and Non-Ethnic Civil Wars Have the Same Causes? A Theoretical and Empirical Inquiry (Part 1)", *Journal of Conflict Resolution*, 45 (3): 259-282.

- Sambanis, Nicholas. 2004. "What Is Civil War? Conceptual and Empirical Complexities of an Operational Definition", *Journal of Conflict Resolution*, 48 (6): 814-858.
- Sarkees, Meredith R. 2012. "The COW Typology of War: Defining and Categorizing Wars (Version 4 of the Data)", Disponible en: <http://www.correlatesofwar.org/>.
- Sarkees, Meredith R. y Frank W. Wayman. 2010. *Resort to War: 1816-2007*. Washington, DC: CQ Press.
- Sartori, Giovanni. 1988. *Teoría de la Democracia*. Madrid: Alianza.
- Sartori, Giovanni. 2007. *¿Qué es la democracia?* Madrid: Taurus.
- Schatzman, Christina. 2005. "Political Challenge in Latin America: Rebellion and Collective Protest in an Era of Democratization", *Journal of Peace Research*, 42 (3): 291-310.
- Schmitt, Carl. 1999. *El concepto de lo político: texto de 1932 con un prólogo y tres corolarios*. Madrid: Alianza Editorial.
- Schumpeter, Joseph A. 1971. *Capitalismo, socialismo y democracia*. Madrid: Aguilar.
- Seton-Watson, Christopher. 1967. *Italy from Liberalism to Fascism*. Londres: Methuen.
- Shao, Jun y Tu Dongsheng. 1995. *The Jackknife and Bootstrap*. Nueva York: Springer-Verlag.
- Shaw, Martin. 1991. *Post-Military Society: Militarism, Demilitarization and War at the End of the Twentieth Century*. Cambridge, Oxford: Polity Press - Basil Blackwell.
- Silver, Beverly J. 2005. *Fuerzas de trabajo: los movimientos obreros y la globalización desde 1870*. Madrid: Akal.
- Skocpol, Theda. 1984. *States and Social Revolutions: A Comparative Analysis of France, Russia and China. 6th Edition*. Nueva York: Cambridge university.
- Skocpol, Theda. 1988. "Social Revolutions and Mass Military Mobilization", *World Politics*, 40 (2): 147-168.
- Skocpol, Theda. 1995. *Protecting Soldiers and Mothers: the Political Origins of Social Policy in the United States*. Cambridge, MA y Londres: The Belknap Press of Harvard University Press.
- Small, Kenneth A. y Cheng Hsiao. 1985. "Multinomial Logit Specification Tests", *International Economic Review*, 26 (3): 619-627.
- Small, Melvin y J. David Singer. 1982. *Resort to Arms: International and Civil War, 1816-1980*. Beverly Hills, CA: Sage.
- Sorokin, Pitirim Aleksandrovich. 1962. *Social and Cultural Dynamics. Vol. 3. Fluctuation of Social Relationships, War and Revolution*. Nueva York: Bedminster Press.
- Spielberg, Steven (Dir.). 1998. *Saving Private Ryan [Salvar al soldado Ryan]*. Estados Unidos: Dreamworks, Paramount, Amblin Entertainment. Película, 170 min.
- StataCorp. 2009. *Stata Statistical Software: Release 11*. College Station, TX: StataCorp LP.
- Ste. Croix, G.E.M. 1988. *La lucha de clases en el mundo griego antiguo*. Barcelona: Crítica.
- Stephens, John D. 1979. *The Transition from Capitalism to Socialism*. Londres: Macmillan.

- Stibbe, Matthew. 2006. "The Internment of Civilians by Belligerent States during the First World War and the Response of the International Committee of the Red Cross", *Journal of Contemporary History*, 41 (1): 5-19.
- Stohl, M. 1980. "The Nexus of Civil and International Conflict", en Ted Robert Gurr (ed.) *Handbook of Political Conflict: Theory and Research*. Nueva York: The Free Press.
- Strauss, Emanuel. 1994. *Dictionary of European Proverbs*. Vol. 2. Nueva York: Routledge.
- Suetonio Tranquilo, Cayo. 1964. *Vida de los doce césares, vol. I*. Barcelona: Alma Mater.
- The National Archives - TNA. 2013. *The Official Home of UK Legislation*. Norwich: Her Majesty's Stationery Office. Disponible en: <http://www.legislation.gov.uk/>. Consultado 1/09/2013.
- The Nobel Foundation. 2013. *Winston Churchill - Facts*. Estocolmo: Nobel Media AB. Disponible: http://www.nobelprize.org/nobel_prizes/literature/laureates/1953/churchill-facts.html. Consultado 15/09/2013.
- Therborn, Göran. 1978. "The Rule of Capital and the Rise of Democracy", *New Left Review*, 1 (103): 3-41.
- Ticchi, Davide y Andrea Vindigni. 2006. "On Wars and Political Development: The Role of International Conflicts in the Democratization of the West", *Research Programme in Political Economy, Princeton University, Working Paper.*, Disponible en <http://works.bepress.com/davideticchi/5>.
- Ticchi, Davide y Andrea Vindigni. 2008. "War and Endogenous Democracy", *IZA Discussion Paper n° 3397.*, Disponible en: <http://works.bepress.com/davideticchi/7>.
- Tilly, Charles. 1990. *Coercion, Capital, and European States, AD 990-1990*. Cambridge, MA: B. Blackwell.
- Tilly, Charles. 1992. "War in History", *Sociological Forum*, 7 (1): 187-195.
- Tilly, Charles. 2004. *Contention & Democracy in Europe, 1650-2000*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Tilly, Charles. 2010. *Democracia*. Madrid: Akal.
- Timmins, Nicholas. 2001. *Los cinco gigantes: Una biografía del estado de bienestar*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.
- Titmuss, Richard Morris. 1974. *Essays on 'The Welfare State'*. Londres: George Allen and Unwin.
- Trampusch, Christine, Pierre Eichenberger, Micha De Roo, Robin Bartlett Rissi y Simon Steinlin. 2009. *REBECA (Research on Social Benefits in Collective Agreements) Database, Part 1 'Actors and Institutions', SNF-Project No. 100012-119898*. Berna: Institute of Political Science (University of Berne). Disponible en: <http://www.bridge.uni-koeln.de/16135.html>.
- Tucídides. 1967-1973. *Historia de la Guerra del Peloponeso*. Madrid: Hernando.

- Tucídides. 2007. *Discurso fúnebre de Pericles*. Madrid: Sequitur.
- Tzu, Sun. 2008. *El arte de la guerra*. Madrid: Ediciones Martínez Roca.
- UNU-WIDER. 2008. *World Income Inequality Database - WIID (v2.0c)*. Helsinki: United Nations University.
- Vallès, Josep M. 2000. *Ciencia política: una introducción*. Barcelona: Ariel.
- Van Evera, Stephen. 1994. "Hypothesis on Nationalism and War", *International Security*, 18 (4): 5-39.
- Vanhanen, Tatu. 2000. "A New Dataset for Measuring Democracy, 1810-1998", *Journal of Peace Research*, 37 (2): 251-265.
- Vanhanen, Tatu. 2002. *The Polyarchy Dataset (v2.0)*. Oslo: International Peace Research Institute. Disponible en: <http://www.prio.no/Data/Governance/Vanhanens-index-of-democracy/>.
- Verstryngue Rojas, Jorge. 1979. *Una sociedad para la guerra: Los efectos de la guerra en la sociedad industrial*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Vreeland, James Raymond. 2008a. "The Effect of Political Regime on Civil War: Unpacking Anocracy", *Journal of Conflict Resolution*, 52 (3): 401-425. Apéndice 'The Web Appendix' disponible en: <http://jcr.sagepub.com/content/52/3/401/suppl/DC1>.
- Vreeland, James Raymond. 2008b. "The Effect of Political Regime on Civil War: Unpacking Anocracy - The Web Appendix", *Journal of Conflict Resolution*, 52 (3): 1-23. Disponible en: http://www9.georgetown.edu/faculty/jrv24/Vreeland_JCR_web_appendix.pdf.
- VV.AA. 1992. *The New Encyclopædia Britannica. 15th edition*. Chicago (etc.): Encyclopædia Britannica, Inc.
- Waldman, Peter. 1992. "Diferentes formas de violencia política", *Revista Internacional de Sociología*, 3 (2): 121-148.
- Weber, Max. 1946. *From Max Weber: Essays in Sociology*. Nueva York: Oxford University Press.
- Weber, Max. 1964. *Economía y sociedad: esbozo de sociología comprensiva*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Weber, Max. 2002. *El político y el científico*. Madrid: Alianza Editorial.
- White, Halbert. 1980. "A Heteroskedasticity-consistent Covariance Matrix Estimator and a Direct Test for Heteroskedasticity", *Econometrica*, 48 (4): 817-838.
- White, Halbert. 1982. "Maximum Likelihood Estimation of Misspecified Models", *Econometrica*, 50 (1): 1-25.
- White, Matthew. 2005. "National Death Tolls for the Second World War", en Matthew White (ed.) *Necrometrics - Historical Atlas of the Twentieth Century (webpage)*. Disponible en: <http://necrometrics.com/ww2stats.htm>. Consultado el 20/09/2013.

- Whitehead, Laurence. 1988. "Aspectos internacionales de la democratización", en Guillermo O'Donnell, Philippe C. Schmitter y Laurence Whitehead (eds.), *Transiciones desde un gobierno autoritario. Vol. 3, Perspectivas comparadas*. Buenos Aires: Paidós.
- Wikipedia contributors. 2013. "Women's Roles in the World Wars" en *Wikipedia, The Free Encyclopedia*. San Francisco: Wikimedia Foundation. Disponible en: http://en.wikipedia.org/wiki/Women's_roles_in_the_World_Wars. Consultado el 13/02/2013.
- Winter, Jay M. 1993. *La Primera Guerra Mundial*. Madrid: Aguilar.
- Wirszubski, Chaim. 1968. *Libertas as a Political Idea at Rome during the Late Republic and Early Principate*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Wooldridge, Jeffrey M. 2002. *Econometric Analysis of Cross-sectional and Panel Data*. Cambridge, MA y Londres: The MIT Press.